LEON URIS

ARMAGEDDON



Lectulandia

Armageddon es una novela sobre Berlín… lo que ocurrió inmediatamente después de la guerra… el puñado de estadounidenses y británicos que se quedaron, mientras todos los demás volvían a casa a disfrutar del placer de la paz… el gran drama del puente aéreo de Berlín… Una novela de un tiempo y lugar donde las relaciones son complejas y los amores, privados…

En Berlín se mantendrá un pulso por la hegemonía de Europa entera, y ninguno de los dos bandos está dispuesto a dejar que el otro gane.

Lectulandia

Leon Uris

Armageddon

ePub r1.0

German25 4.01.16

Título original: *Armageddon*
Leon Uris, 1963
Traducción: Baldomero Porta

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Betty, con cariño

DOY LAS GRACIAS

ES imposible mencionar a todas las personas que me ayudaron en esta empresa. No puedo citar los nombres de otras que me prestaron su colaboración desde detrás del telón de acero. Sin embargo, sería dificilísimo dejar de nombrar a algunas de ellas.

Por su prestación en materia logística, mi más profunda gratitud al general Lucius B. Clay; al «Padre del Puente Aéreo», teniente general William Tunner; y a mi buen amigo brigadier general Frank Howley, que fue comandante de Berlín en aquellos días de angustia.

Estoy en deuda con la Fuerza Aérea de los Estados Unidos por su cooperación sin reservas. También con los generales James Hunter y «Dinny» Dinsmore, que me prepararon los complicados contactos con alemanes y americanos, así como entrevistas e itinerarios; con el historiador de la Fuerza Aérea, Joseph Tustin; el capitán Lionel Patenaude, oficial del PIO en Tempelhof y Berlín; y con mi compañero teniente coronel William G. Thompson, quien viajó conmigo por Alemania y luego me asesoró en lo que se refiere al Puente Aéreo y en los pasajes de la obra en los que se alude a la aviación.

Deseo mencionar y dar las gracias a Columbia Film Studios, que patrocinaron mis investigaciones; a la Universidad de Southern California Library, que no ha dejado nunca de sostenerme; y al Ejército de los Estados Unidos y a la Agencia Informativa de este país en Berlín.

ICH BIN EIN BERLINER[1]

JOHN F. KENNEDY

PRIMERA PARTE

UN ENCUENTRO EN EL ELBA

CAPITULO PRIMERO

ENERO de 1944

El capitán Sean O’Sullivan levantó la cortina del *blackout* [2]. Un chorro de tenue luz iluminó débilmente la habitación. «Dios mío —pensó—, ¿acaso en Londres no brilla nunca el sol?». Oyó unos aviones runruneando en dirección al Canal de la Mancha, pero, la espesa niebla le impedía verlos. Se preguntó si su hermano Tim volaría aquel día.

—Ven a desayunar, querido —llamóle Nan.

Sean volvió la cara hacia el interior del cuarto. Era una habitación elegante, la más elegante que había visto en su vida. Aquella mañana, desde el saliente de la chimenea, la fotografía del comandante G. Donald Milford le dirigía una mirada particularmente áspera.

La parte que servía de comedor era una alcoba de tres ventanas en ángulo desde las cuales podía extenderse la vista por encima de Bayswater Road hasta Kensington Gardens. Pero fuera la atmósfera era tan lóbrega que cualquier panorama había desaparecido. Nan Milford, con una bata de seda y encaje, realzaba la opulencia de la morada. Nan colgó la chaqueta del capitán en el respaldo de una silla y dijo algo acerca de quitar una mancha que tenía en la manga.

Sean bebió un sorbito de café, hizo una mueca y tomó nota mentalmente de que tenía que mendigar un poco de café decente al cocinero. Aquel recurso inglés de sustitutivo del café auténtico no podía consumirse ya desde un principio y resultaba todavía peor cuando Nan había terminado de hervirlo en exceso.

La posesión carnal había dejado a Nan cansada y satisfecha. Estaba triste por haberse entregado tan apasionadamente, y más triste aún por haberse enamorado de verdad. Miraba a Sean con visible adoración.

—¿Cómo se explica que un bruto irlandés tan hermoso como tú no se haya casado?

—¿Renunciando a todo esto?

—Habla en serio, por una vez, Sean.

—Ha sido por culpa de la transposición de las viejas tradiciones de mi país a San Francisco, me figuro.

—¿Y cuántas chicas te han perseguido como te perseguí yo, y cómo las has sorteado?

El capitán iba a soltar una expresión humorística acerca de alejar los peligros que representaban las mujeres casadas, pero lo pensó mejor.

—Un solterón adquiere un sexto sentido que le advierte en el momento en que van a invadir su fortaleza particular. Una colección de sistemas interiores de alarma dispara llamaradas y cohetes y voltea las campanas.

—Por favor —suplicó ella, pellizcándole la punta de la nariz.

—¿Para qué ponernos serios?

Nan se irguió. Jamás se enojaba abiertamente… Ponía la espalda muy rígida nada más, miraba con unos ojos muy abiertos y manifestaba así su resentimiento.

—Lamento haberlo preguntado.

De vez en cuando, Sean se acordaba súbitamente de que a Nan se la podía ofender sin pensarlo, de que había que tratarla de un modo distinto que a otras mujeres a quienes había conocido anteriormente.

—Te sería difícil comprenderlo —dijo en tono apologético.

—¿Tan falta estoy de entendederas?

—En la vida has gozado de ciertas ventajas que imposibilitan la comprensión.

—Hablas como si fuese una *snob* incorregible.

—Lo eres. Pero eres una *snob* auténtica. No se trata de una cualidad que hayas cultivado intencionadamente. El mundo está lleno de personas que se esfuerzan en ser *snobs*, pero no consiguen este título. Una *snob* auténtica, sin barnices, es una criatura que merece ser reverenciada.

A Nan le gustaba oír la voluble y encantadora locuacidad de Sean. Por supuesto, hasta entonces ningún hombre le había hablado así. El querido y dulce Donnie solía sentarse donde Sean lo hacía ahora. ¡Oh, caramba, qué diferencia! Nan no sabía si a Donnie le ofendería más el hecho de que Sean ocupase su puesto, o que tuviera la audacia de sentarse a su mesa con las mangas de la camisa subidas y el cuello desabrochado.

—¿Quieres decir que el matrimonio te habría impedido ascender en tu carrera?

—De ningún modo, Nan. Los motivos para no casarme han sido de índole más práctica.

—Vaya, me tienes completamente intrigada.

—No me he casado por el mismo motivo que mis padres esperaron hasta después de diez años de noviazgo. Sencillamente, mi padre era demasiado pobre para mantener a una esposa.

El capitán bebió otro sorbo de aquel café horrible. La suave mano de Nan, posada sobre la suya, aminoró el golpe. Las yemas de los dedos de la mujer jugueteaban sobre el dorso de las manos de él.

—No te interrumpas, te lo ruego. Sean. ¡Sabemos tan poca cosa el uno del otro!

Los grandes ojos castaños de Sean escudriñaron el cuarto y luego se perdieron por la niebla, sin buscar nada concreto.

—Cuando mis padres emigraron a América, no tenían otra cosa que sus manos, sus espaldas y sus corazones. Mi padre trabajaba más de lo que el Señor tenía dispuesto que ningún hombre trabajase. Apenas recuerdo ningún momento en que no tuviese dos empleos…, estibador durante el día, vigilante durante la noche; taxista, de día; conserje, de noche; peón de albañil, obrero de pico y pala, mozo de café. Y mamá se pasó la mayor parte de su vida lavando platos y fregando suelos en casas como ésta. Por esto, a veces, me dan ganas de haceros daño a ti y a todas las esposas

de hombres de vuestra clase social, cuyos cuartos de aseo fregaba mi madre.

Nan le oprimió la mano con fuerza para darle a entender que le comprendía.

—Mi padre decía siempre que no abandonó su vieja patria para criar tres policías irlandeses que engrosaran la fuerza de seguridad de San Francisco. Tenía la obsesión de que sus hijos cursaran estudios. Aquí, el trabajo; la recompensa, en el cielo.

—Ha de ser un hombre interesante.

—Sí, lo es —respondió Sean—, pero un día su espalda cedió y su corazón estuvo a punto de ceder también. Mi madre tuvo que encargarse de ganar el sustento para todos. Yo me vi obligado a terminar mis estudios. No los dejé. Los acabé. ¿Sabes cómo? Buscando combates preliminares de boxeo, a diez y veinte dólares, en los pequeños clubs del Sector del Puerto. A uno de esos clubs de San Francisco lo llamaban el Cubo de Sangre. Era un buen boxeador, Nan. No quería que me pegasen en la cara y tener que explicarle luego a mi madre el origen de los cortes y las magulladuras. Combatía bajo el nombre de Herskowitz, el «Judío Batallador». ¿Cómo es posible? Porque el Señor fue bueno. Terminé el Cálculo y un día me planté ante mi madre y le dije: «Mamá, ya no tiene que fregar nunca más los suelos de las señoras ricas. Yo cuidaré de usted».

—Sean…, lo lamento.

—¿Qué lamentas? Había conseguido finalizar mis estudios y deseaba encargarme de que mis hermanos los terminasen también. Somos una familia irlandesa negra[3] que permanece unida. Un día me rompí la mano en el ring y me hicieron esto —dijo señalando la delgada línea blanca de una cicatriz encima del ojo izquierdo—, y entonces mi madre se enteró. A partir de aquel día pasé a ser el colegial O'Sullivan, el «Profesor combativo». Mamá estaba a punto de morir cada vez que yo subía al ring. —Sean dejó caer los hombros. —Ahí nos tienes, pues, a los hermanos O'Sullivan. Tim está allá arriba, volando, y Liam yace en una fosa, en Africa del Norte. Yo quería casarme, tenía una novia a la que amaba, pero la familia era primero y ella no quiso esperar. —Sean echó una cucharada de mermelada de mora en el platito para disimular el sabor a quemado. —Nan, eres una mala cocinera.

Ella murmuró algo acerca de la imposibilidad de encontrar servicio doméstico. El resto de la comida transcurrió en silencio. Sean se bajó las mangas, se las abotonó, se arregló la corbata y se puso la chaqueta. El silencio se hizo embarazoso. Ahora, cada vez que se decían adiós, desviaban los ojos. La humedad fría de las nubes del exterior había penetrado en la habitación y los envolvía.

Nan comprendía que el Dios que gobernaba a Sean O'Sullivan le empujaba a poner fin a la aventura.

—Hay tantas cosas inexpresadas —murmuró.

—Nuestra relación entera queda inexpresada, Nan. Esa fotografía de tu marido, que no puede protestar. Tus hijos en el campo, que permanecen escondidos. Las palabras que no pronunciamos durante la posesión amorosa. Seis hermosos meses de cosas inexpresadas.

—Ahora vamos a expresarlas, ¿verdad que sí, Sean?

—Al menos, eso parece.

Abajo, en la calle, sonó la bocina de un *jeep*. Biip, bi, biip; biip. Nan reaccionó.

—¿Es preciso que toque la bocina, anunciando tu partida a todo el West End de Londres?

Sean se abrochó la guerrera y se puso el gorro. En este momento Nan se volvía siempre gentil, presentándole la mejilla para el sonoro beso de despedida, lo mismo que hacía antes con G. Donald Milford. En vez de recibir el beso se encontró apretada fuertemente contra Sean. Éste la soltó; ella retrocedió unos pasos tambaleándose y le vio desaparecer por el pasillo.

Sean saltó dentro del *jeep*, sentándose al lado del subteniente segundo Dante Arosa, quien arrancó velozmente el vehículo por la calzada humedecida por la niebla.

—Anoche marqué un tanto —anunció Dante, con el orgullo de la conquista.

—¿Una chiquilla de teatro?

—Un testimonio viviente de que las inglesas no son frías en la cama. ¿Quién diablos les colgó su etiqueta? ¿Algún irlandés?

Sean se mostró indulgente. Dante tenía sus mismos años, veintiocho, pero su primera experiencia de la vida la había vivido aquí, en Inglaterra. De una hacienda del Valle de Napa había pasado a la Universidad de San Francisco para cursar, con casi demasiada brillantez, una carrera de Leyes. No se podía dudar de las dotes de Dante Arosa cuando estaba en funciones de oficial de contraespionaje, ni de que, fuera del servicio, se comportaría casi como un adolescente. «Los jóvenes altos y delgados no deberían fumar cigarros —pensó Sean. —Dante no sostiene el cigarrillo sólidamente en un ángulo de la boca, sino que le cuelga con abandono entre los dientes delanteros».

Mientras corrían por Kensington Gardens, el tráfico se hizo más denso. Dante prosiguió su declaración acerca de la mujer inglesa.

—Ah, de paso, no toques la bocina.

—¿Eh?

—Cuando vengas a buscarme, primero, aparca el *jeep*. Segundo, salta. Tercero, ve hasta la puerta. Cuarto, toca el timbre.

Dante se encogió de hombros. No tenía ningún afecto a Nan Milford. Fulanas como ella eran las que daban a las mujeres inglesas la mala reputación que tenían. «¿De dónde saca esos escrúpulos de Virgen María? No es otra cosa que una de tantas fulanas casadas que se divierten a espaldas de su marido; sea cual fuere el color con que Sean quiera pintarlo».

Ambos se sumieron en el silencio. Esos días, todo era diferente en Londres. Todo menos el tiempo. Las largas, horripilantes noches en los refugios habían pasado. La tensión había cedido. En la actualidad los aviones de bombardeo volaban en dirección

opuesta. Por todas partes se respiraba un aire de victoria. La gente veía acercarse el final de la guerra; se notaba bien en la voz y en el andar de todo el mundo.

—Sean.

—¿Qué?

—¿Hasta qué punto han llegado tus relaciones con Nan?

—Ojalá lo supiera.

—Tocaré el timbre.

Dante Arosa viró bruscamente a mitad de la manzana y enfiló en línea recta hacia una valla de barrotes verticales que cerraba el callejón sin salida de Queen Mother's Gate. Delante de él los coches paraban con un chirriar de frenos y los peatones se dispersaban. Dante pisó el freno, parando el atormentado vehículo delante del aterrorizado centinela, quien saludó de mala gana y les hizo ademán de que cruzaran debajo del rótulo de la entrada, en el cual se leía: *Misión especial, Gobierno Militar, Ejército de los Estados Unidos*.

La breve calle cerrada constaba de media docena de edificios ordenados alrededor de un ancho patio central. En un lado estaban los alojamientos de los oficiales, los cuarteles de la tropa, la administración, el dispensario y el comedor. Al otro lado del patio dos grandes edificios de tres pisos, construidos con bloques de granito, albergaban las oficinas y las salas de conferencia de la *Misión especial*.

Desde el instante en que cruzaron la entrada, dirigiéndose hacia el garaje, los problemas de la vida y el amor en Londres quedaron atrás. Dante y Sean andaban vivamente, llevando el paso, en dirección al primer edificio de oficinas de la Misión.

La guía de la antesala rezaba:

Habitación 101: Administración Civil de Ciudades Alemanas.

Habitación 102: Códigos Legales Alemanes.

Habitación 103: Higiene Pública.

Habitación 104: Sistema Bancario.

Habitación 105: Personas Desplazadas y Refugiados.

Salas de Conferencias A, B, C: Identificación de Ciudades Alemanas. Reconocimiento Aéreo.

Habitación 106: Laboratorio.

Habitación 201: Contraespionaje, Nazis de Primera Fila.

Habitación 202: Contraespionaje, Nazis de Segunda Fila.

Habitaciones 203, 204, 205: Extirpación del Nazismo.

Habitación 206: Órdenes, Normas y Manual del Gobierno Militar.

Salas de Conferencias E, F: Identificación de las Organizaciones de Partido de los Nazis.

Piso Tercero: Centro de Documentos.

Saliendo de la antesala entraron en la oficina del oficial de día y, después de

firmar, fueron introducidos a través del cerrado portal en el núcleo interior de silencioso ajetreo. Un segundo mostrador de seguridad, defendido por un sargento, cerraba el pasillo.

—Buenos días —dijo Dante, inclinándose sobre el mostrador para firmar en el registro.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —dijo Sean.

—Buenos días, capitán O’Sullivan. El general Hansen quiere que se presente usted en su oficina sin pérdida de tiempo. Y, francamente, señor…, «Erico el Rojo» enarbola la bandera de ataque.

CAPITULO II

EL brigadier general Andrew Jackson Hansen sostenía los lentes en la punta de la nariz. Era bajo, pesado y tenía unas crenchas de cabello gris, de modo que metiéndole un cojín debajo de la guerrera se le habría dado el aire del bondadoso Papá Noel. Otros hombres usaban gafas; él usaba lentes. Tenía una cara tan móvil y expresiva como un muñeco de dibujos animados. Este burbujeo de amabilidad resultaba engañoso, porque en un instante una riada de palabrotas podía explicarle a uno por qué le daban el mote de «Erico el Rojo».

El general Hansen tamborileaba con sus dedos regordetes sobre el tablero de la mesa y de vez en cuando, a medida que iba leyendo, su garganta emitía, refunfuñando, una palabra particularmente enojosa…

«*Informe confidencial*: Pedido para uso exclusivo del briggen. A. J. Hansen.

»*Tema*: Cohabitación: Nan Milford y capitán Sean O’Sullivan.

»*Mistress* Nan Milford. Edad, treinta y cinco años. Esposa de G. Donald Milford, comandante, Ejército británico. El comandante Milford fue hecho prisionero en 1941, cuando los alemanes invadieron Creta. Hace tres años que está prisionero en Officer’s Lager 22; Westheim (Alemania).

»Antes de la guerra, Milford era directivo de Morsby Ltd., una de las principales empresas de publicidad inglesas, y desempeñaba su cometido con mucho éxito. Miembro de la junta directiva de una docena de compañías de menos importancia. Se le considera moderadamente acaudalado. Sangre azul en ambas ramas de la familia. Antes de la guerra se consideraba a los Milford un matrimonio que congeniaba bien. Se relacionaban con la buena sociedad londinense y tomaban parte en reuniones de arte, culturales y caritativas. Miembros de la iglesia de Inglaterra.

»Dos hijos: Pamela, de diez años. Roland, de doce. Los hijos viven en casa de la abuela paterna, en Plimlington East, adonde fueron evacuados durante los intensos bombardeos de Londres.

»Desde que su marido fue hecho cautivo, Nan Milford ha trabajado como voluntaria en la Sección Londinense de la Cruz Roja Internacional, División de Prisioneros de Guerra.

»Hace unos siete meses conoció a O’Sullivan, quien a la sazón estaba realizando un estudio G-5 sobre los Campos de Prisioneros de Guerra. Por causa de su trabajo, O’Sullivan pasaba mucho tiempo con ella, reuniendo datos concretos de la Cruz Roja.

»O’Sullivan y *mistress* Milford practican la cohabitación desde hace unos seis meses, aproximadamente. Al principio eran extremadamente prudentes en sus citas y se abstenían de tomar parte juntos en toda actividad social ajena a su trabajo. No obstante, parece que aquella reserva va disminuyendo. Durante los dos meses últimos la cohabitación se ha llevado a cabo periódicamente en el elegante piso de los

Milford, en Bayswater Road, Londres, W-2.

»De este informe se ha emitido una sola copia Los otros testimonios han sido destruidos, según se pidió.

»Thos. Hanley, comandante, Contraespionaje».

—¡Cuernos! —dijo Hansen, deslizando el informe en el cajón superior de su mesa.

El general se puso a pasear por el cuarto. No sabía si estaba más enojado con Sean o consigo mismo. Al general Hansen no le gustaba equivocarse al juzgar a las personas, y este caso le inquietaba. Había seleccionado a Sean para la misión especial con preferencia a varios centenares de expertos, todos mayores, con más experiencia y criterio más profundo.

«¿Por qué le elegí? —Le invadía esa primera sombra de duda al estimar el carácter del hombre en cuestión. —¿Por qué? Porque no se doblega ante mí… quizá. Porque todo muchacho que ame a sus padres y hermanos y cuide de ellos a costa de su felicidad personal ha de amar también a su patria del mismo modo».

El general volvió a su mesa y continuó haciendo muecas de enojo. Incluso cuando Sean perdió un hermano en Africa del Norte consiguió reconfortarse de nuevo. ¡Mujeres! Malditas mujeres. Fuera del dormitorio, esa pareja no tiene nada en común. Ella tiene siete años más que él, y proceden de mundos sociales, económicos y religiosos distintos.

Diablos, no hay nada malo en cobrar una pieza de caza. Pero como decía el informe… cohabita… y olvídalas. «Sean tiene que desembarazarse de esa mujer».

El ordenanza del general, un desgarbado cabo de Kentucky picado de acné, anunció la llegada de Sean.

—Siéntate, O'Sullivan.

Hansen cogió un documento en el que Sean reconoció un estudio que él completó el día anterior. *Rigurosamente secreto. Prerrogativas de los comandantes del Gobierno Militar en Alemania*.

—Este informe ha llegado con dos semanas de retraso.

—Resultó mucho más complicado de lo que me figuraba.

—¿Qué? ¿El informe?

Hansen jugueteó con el documento, hojeándolo durante quince segundos de silencio, que cargaron la atmósfera de tensión.

—Has levantado en alto un auténtico palo contra los alemanes.

—Si el general quiere ser concreto…

—El general será concreto —remedó Hansen, ajustándose los lentes para leer. —Este trozo escogido se encuentra en la página catorce, párrafo sesenta y dos. Cito al capitán Sean O'Sullivan: «En el caso de que la población civil no cumpla las órdenes del comandante militar local, éste se hallará autorizado para coger rehenes de la población civil y ejecutarlos a su discreción hasta haber impuesto su voluntad». —

Hansen cerró el informe y se quitó los lentes con un tirón brusco. —¡Vaya cosa gorda para ser escrita por un muchacho americano!

—No sabía que nuestra función consistiese en propagar el americanismo por Alemania.

—Tampoco consiste en continuar el nazismo. Al hablar de rehenes, capitán O'Sullivan, adivino que quieres distinguir entre nazis y los no nazis.

—Si el general tiene la bondad de decirme si la bala que mató a mi hermano salió de un fusil nazi o no nazi…

—De modo que al considerar que todos los alemanes son iguales, te propones coger rehenes de dos, tres y cuatro años de edad.

Sean abandonó un poco.

—Bien…, quizá deberíamos limitar los rehenes a los nazis.

Hansen siguió acosando.

—Hay quince millones de nazis en Alemania.

—¡Cuando abramos sus campos de concentración, tendremos sitio suficiente para todos!

—Siéntate, muchacho, y no me sueltes tus bravatas de irlandés. Quiero que me expliques el párrafo de los rehenes.

Sean abrió los puños y se hundió de nuevo en el sillón. «Erico el Rojo» hablaba en serio.

—En el comentario siguiente decía que no sería preciso utilizar rehenes porque los alemanes son disciplinados y obedecerán a quienquiera que represente la autoridad. Usted sabe condenadamente bien, general, que yo he dicho y repetido que los alemanes no resistirán, recurriendo a la guerra de guerrillas. Cito a Churchill: Los alemanes o te cogen por el cuello o se te arrodillan a los pies. Cuando hayamos terminado con ellos, los tendremos arrodillados a nuestros pies.

—Entonces, ¿por qué creíste necesario poner este parrafito sobre los rehenes?

—Porque en Berlín también tenían sus misioncitas especiales, escribiendo su versión del mismo manual. ¿Conoce sus versiones? Alemanes puros, colocados bajo la protección americana, cueste lo que cueste, pues los soldados americanos os obsequiarán con cigarrillos, chocolate y una memoria corta. Hemos de poner la norma esa de los rehenes en el informe sólo para que se enteren de que está.

Hansen refunfuñó y abrió el cajón del fondo de la mesa. Sus dedos regordetes sacaron una botella de whisky de centeno y un par de vasos. Echó dos raciones generosas de licor y empujó una de ellas hacia Sean. Volvía a entender la causa de que le hubiera elegido para la misión especial.

—Yo también perdí un hermano: Mark Twain Hansen. En la Primera Guerra Mundial. Bosque de Belleau. No podemos volver a someter a ese pueblo a las atrocidades de la guerra. Están enfermos. Hay que curarlos. El remedio no consiste en volvernos nazis nosotros también.

—El problema siempre revierte a la misma maldita confusión, general. ¿Qué

haremos con ellos?

—Conoce los hechos y cree en nuestro país. Formas parte de esta misión porque nuestra guerra empieza cuando acaban los tiros. Por balas, tenemos ideas… Tus padres son inmigrantes, ¿no es cierto?

Sean hizo un gesto afirmativo.

—También los míos. Mi padre (Dios dé el descanso a su alma) fue en la clase más modesta después de la guerra civil y anduvo de Nueva York a Iowa, en el corazón del invierno. —El general bebió un sorbo de whisky y se permitió el raro placer de un momento de nostalgia. —Condado de Black Hawk (Iowa). Pusimos en cultivo un pedazo de tierra. Mi padre se llamaba Hans Christian Hansen, en honor al héroe nacional danés. A todos nosotros nos pusieron nombres de héroes americanos…, excepto a mi hermana. Murió de difteria durante uno de esos malditos inviernos de Iowa. ¡Dios Todopoderoso!…, hasta el día de mi muerte veré a mi padre de pie como una estatua, contemplando los campos de maíz recién cortados…, con la pipa echando humo. Se quedaba mirando las hojas, que se doblaban, me ponía aquellas grandes manazas correosas sobre los hombros y no solía hablar mucho. El Día de Acción de Gracias, después de leer la Biblia, solía ofrecer un brindis, y los ojos se le llenaban de lágrimas cuando exclamaba: «Dios bendiga a América».

La tensión entre los dos hombres se había disipado. Sean pensaba en su propio padre y sonreía.

—Mi papá solía decir: «¿En qué otra parte del mundo podría llevar un leñador irlandés tres hijos a la Universidad?».

Andrew Jackson Hansen dio un puñetazo a la mesa.

—¡Esto es lo que yo quería expresar! —gritó con la áspera voz saturada de entusiasmo. —Tenemos que amar a nuestro país como lo amaron nuestros padres… de un modo ingenuo, sentimental, sin complicaciones. El buen Dios ha sido generoso con nuestra República. Nos ha dado la cordura de hacer guerras sin pensar en ganancias personales. Pero esta vez no podemos hacer el equipaje y volvernos a casa. Hemos llegado a la mayoría de edad. Sin buscarlo, ni desearlo, hemos heredado el poder y la responsabilidad del mundo. Pero…, hemos de estar a la altura de la situación. Nuestro país ha criado un árbol de la libertad hermosísimo, cuya fruta constituye el ideal más elevado del alma humana. Pero no podemos continuar eternamente limitándonos a comer el fruto del árbol de la libertad, si no queremos que este árbol muera. Hemos de empezar a plantar algunas semillas.

Condenado Hansen, pensaba Sean. Era capaz de hacerle pasar a uno de la cólera a las lágrimas en un momento.

—Mi madre era una inmigrante alemana, Sean. Vio a un hijo suyo luchando contra el país donde ella había nacido y muriendo en la Primera Guerra Mundial. Esto la mató. No me gusta pensar que a mi madre hubieran podido fusilarla como rehén.

Sean asintió con la cabeza, indicando que comprendía. El camino, largo y duro, exigiría de ellos una sabiduría que no sabían si poseían.

—Voy a redactarlo de nuevo —dijo, cogiendo el informe de encima de la mesa.

A. J. Hansen volvió a fijar la atención en los interminables problemas que esperaban soluciones, indicando sin pronunciar palabra que la entrevista había terminado.

Sean se encaminó hacia la puerta.

—Ah, de paso —dijo Hansen—, haz algo en relación con *esa* mujer.

CAPITULO III

LOS dos grandes edificios del lado derecho de Queen Mother's Gate estaban a oscuras, excepto por la luz de dos oficinas. La correspondiente a A. J. Hansen era habitual. Solía arder hasta pasada la medianoche. Nadie sabía bien el número de horas que A. J. Hansen trabajaba, pero él solía comentar con frecuencia:

—Es una suerte tremenda que no exista un sindicato que exija el pago de las horas extraordinarias, con un cincuenta por ciento de aumento, para los generales, porque de lo contrario en un año habríamos llevado al Gobierno a la bancarrota.

A. J. Hansen recorrió con la mirada los documentos acostumbrados, añadió las decisiones acostumbradas, comió el *sandwich* acostumbrado y bebió el acostumbrado vaso de leche. Esta noche se trataba de la intervención de los Bancos alemanes, de congelar los fondos, de emitir moneda de ocupación. ¿Mañana? Quizá los ferrocarriles alemanes, acaso los libros de texto alemanes. Aunque, una vez al día, el problema inmediato quedaba oscurecido por la misión principal. Todos los informes llegaban repletos de ideales expresados con palabras grandilocuentes; pero el general cavilaba. «Los americanos, ¿hemos perdido el temple? ¿Somos demasiado egocéntricos y estamos ahítos en exceso para comprender lo que nos ha ocurrido y hacerle frente? Combatiremos en la guerra hasta el fin, no cabe duda, pero ¿en qué parará todo cuando se haya disparado el último tiro?

»¿Y esos alemanes enfermos? ¿Podemos tratarlos con benevolencia? ¿Comprenderán nuestra actitud, o la confundirán con la debilidad? Ciertamente, ¿puede ser el idealismo una solución práctica para una gente que sólo ha comprendido la fuerza?».

Llegó aquel momento de la noche en que necesitaba un trago de whisky y también descabezar prestamente un sueño. El general se estiró en el sofá y se tapó los inflamados ojos. Se acordó de cómo había hablado hoy de su padre al joven O'Sullivan. ¿Tenía algo de sorprendente? Cada día que pasaba volvía más y más la vista atrás, hacia sus comienzos, en busca de soluciones…

Andrew Jackson Hansen era el segundo en línea para el «trono», la finca de la familia; pero, según él decía, «no le importaba un bledo la agricultura». Fue el primero de la familia Hansen que se alejó del hogar con las bendiciones de su padre. Cursó estudios en la Universidad de Iowa, ganándose la vida por los procedimientos clásicos: sirviendo mesas y fregando suelos. Durante los veranos se iba a talar árboles a Wisconsin y ayudaba a montar y desmontar las tiendas de los espectáculos ambulantes que aparecieron como una viruela por el Midwest, a la vuelta del siglo.

Su primera mujer fue una bailarina de danzas provocativas que se encaprichó de él durante las vacaciones del segundo curso. Andrew Jackson siguió pensando en ella muchos años.

Al llegar la Primera Guerra Mundial había ganado el título y enseñaba historia,

economía y ciencias políticas en la River Ridge Military Academy, de Michigan, a unos muchachos pertenecientes a la esfera económica más elevada y los cuales no podían sentir menos interés por la historia, la economía y la ciencia política. Entonces, se alistó en el Ejército.

Cuando murió su padre (un hombre a quien todos reverenciaban en aquella parte de Iowa) la finca pasó a Tom Jefferson Hansen, que había estado siempre cortado a medida para la vida del campo. Tom dirigió la finca prósperamente hasta la fecha actual, ayudado por sus hijos.

El final de la guerra encontró a A. J. Hansen con el rango de capitán y profundamente enzarzado en un programa que enviaba comida a una Europa muerta de hambre y, más tarde, a Rusia. Hansen continuó en el Ejército, maldiciendo su habilidad administrativa y organizadora, la cual impidió que le destinaran nunca a un puesto de combate.

En realidad sus únicas batallas las libraba con el Congreso, las altas jerarquías del Ejército y los paisanos, los cuales, cuando no había guerra, miraban a los militares como una lepra social y les consideraban fascistas.

Dentro del Ejército Andrew Jackson Hansen cometió el pecado original de no haber estudiado en West Point y no ser por lo tanto miembro de la Asociación Protectora de aquella Academia. En segundo lugar, dentro del Ejército Regular era práctica corriente engendrar un heredero varón para que pudiese perpetuar la dinastía del uniforme.

Andrew Jackson se casó con una hermosa mujer del Midwest, la cual durante las largas ausencias del hogar que el servició imponía al marido nunca se entrego a la bebida ni a otros hombres, y le ofreció tres hijas, ninguna de las cuales sintió una debilidad especial por el Ejército, de manera que las tres contrajeron matrimonios dichosos con no militares.

A despecho de su flagrante desprecio de la tradición y de faltarle la virtud de tener la boca cerrada en el momento preciso, su genio para los nuevos programas y su buena disposición para asumir sin vacilar el papel de ordenador y crítico le tuvieron siempre a la vera de los jefes de Estado Mayor.

En 1938 el coronel Hansen pasó de la noche a la mañana a constituir la sensación del momento al encabezar una junta encargada de señalar el contingente de soldados que necesitaba el Ejército. Su informe reclamaba la integración de reclutas y voluntarios negros en todas las unidades de combate.

Un oficial de Georgia, compañero suyo y miembro de la junta, avisó lealmente a unos cuantos generales amigos de Virginia, Georgia y Mississippi antes de que Hansen se presentase en el Congreso con el informe.

—Andy, nosotros no vamos a quedarnos con los brazos cruzados permitiendo que presentes al Congreso el asunto ese de los negros —le advirtió un conocido oficial de Artillería de Alabama, actuando de portavoz del grupo puritano. —¿Querrías tú que un oficial negro condujese al combate a un hijo tuyo?

Hansen replicó que le planteaban un problema de semántica, puesto que no tenía hijos varones, y entregó el informe sobre el contingente de tropas al Congreso.

El gesto, no sólo enfureció al cuerpo de oficiales del Sur, entregado a la salvaguarda de un Ejército blanco, ario, sino también a los senadores y representantes meridionales que supervisaban los ascensos en el Ejército.

Cuando se hubo apaciguado el alboroto, Hansen se encontró desterrado en uno de esos puestos remotos a los que el Ejército envía, castigadas, sus ovejas negras, dándoles tiempo para meditar sus culpas y cumplir la penitencia.

Sus numerosas peticiones solicitando que le dieran el mando de un regimiento de combate quedaron sin respuesta. En la época del ataque a Pearl Harbour los futuros poderes consideraron que Hansen había purgado ya su crimen…, aparte de que le necesitaban con urgencia para un programa nuevo.

El programa era el G-5, Gobierno Militar.

Al principio, el G-5 entrenaba abogados en la Universidad de Virginia. Después de los desembarcos en Africa del Norte se hizo evidente que las leyes de un Gobierno militar no bastarían para detener epidemias, realizar el trabajo de policía y contraespionaje, y reparar carreteras y cloacas cortadas.

Dentro y fuera del Ejército, Hansen buscó exalcaldes y encargados de servicios públicos, médicos, ingenieros de puertos y de sanidad, banqueros, periodistas, lingüistas y expertos en alimentación, transportes y comunicaciones, y los hizo oficiales.

En los cuarteles Hore-Belisha, de Shrivenham (Inglaterra), reunió a dos mil expertos con otros similares ingleses y franceses. Aunque todos eran hombres maduros, trabajaron tan intensamente como si fueran paracaidistas. Se les asignó ciudades y capitales alemanas, distribuidas en unidades llamadas A, B y C, según su importancia.

Y en la Queen Mother’s Gate, de Londres, cincuenta hombres escogidos uno por uno trabajaban y vivían bajo una vigilancia rígida. Esos hombres desmenuzaban y estudiaban hasta el último detalle de la estructura nazi y de la del Estado alemán. Las decisiones llegaban después de laboriosas, detalladas estimaciones y pasaban a los manuales, con frecuencia sólo después de acaloradas discusiones.

Hansen irguió el cuadrado cuerpo, abrió los ojos parpadeando y se encaminó a paso corto hacia su mesa.

«¡Qué inmensamente afortunados fuimos —pensaba— al poder luchar en nuestras guerras, hacer el equipaje y volvernos a casa!». He ahí el meollo de la cuestión que se planteaba ahora. Se había confiado a los militares la ejecución del G-5. Y, sin embargo, los generales americanos no habían tenido que preocuparse nunca por combinar una victoria militar con una victoria política. Sus cerebros sólo sabían idear y planear la destrucción del enemigo. «¡Dios mío —exclamaba interiormente Hansen—, dame fuerzas para luchar contra nuestra propia gente lo mismo que contra los alemanes!».

CAPÍTULO IV

SEAN trabajó hasta altas horas de la noche, incluso después de haberse retirado el general Hansen. Meditó las modificaciones de *prerrogativas de los comandantes militares en Alemania* hasta que quedaron comprendidas dentro del marco de la política más elevada. Al diablo con ello, se dijo. Había pedido a Hansen que le trasladase a una unidad de combate, pero el general estaba más solo que él todavía y luchaba contra fuerzas mayores. Ese instinto que existe entre los hombres le decía que Hansen le necesitaba.

El pueblo alemán tendría que responder de poca cosa, aparte de la desdicha que habían atraído sobre sus propias cabezas. Unas reparaciones, algunos sufrimientos personales, pero nada que se pudiera comparar con las lágrimas y la sangre que habían provocado. Los malditos abogados habían determinado ya que existía una diferencia entre nazis «criminales» y nazis «no criminales».

Sean tachó con el lápiz el párrafo sobre rehenes y, en cambio, escribió: «Cuando entremos en Alemania, el objetivo del Gobierno Militar consistirá en acelerar la victoria aliada. Gobernaremos con firmeza, pero con justicia, teniendo presente la tradición americana de no emplear la brutalidad en la población civil enemiga. Los comandantes militares sólo usarán la fuerza armada en casos de resistencia. Si la población alemana deja de cumplir las órdenes, se la castigará con encarcelamientos, multas, o pérdida de la ración alimenticia en los casos extremos».

Sean arrancó el papel de la máquina de escribir.

—Dios bendiga a los buenos y cariñosos soldados americanos —refunfuñó en tono de maldición, pronunciando en alemán las palabras más parecidas a las correspondientes americanas. Y después de estrujar la hoja de papel y arrojarla a la papelera, se frotó las sienes. —¡Oh, Dios mío! ¿Qué debo hacer, Liam?

¿Clamaba desde la tumba su hermano Liam, pidiendo venganza? ¿Quería realmente que alguien respondiera de su muerte? Incluso cuando un matón le agredió hasta hacerle sangre y Sean y Tim trataban de vengarle, Liam dijo: «Dejadle, no le hagáis ningún mal. ¿No veis que me atacó porque estaba horrorizado y aturdido?».

«Devuelve el golpe —decía Tim. —Devuelve el golpe, Liam. Habrá demasiada gente que te chupará la sangre, si saben que no piensas en devolver el golpe».

«La venganza por la venganza es inmoral», replicaba Liam.

¿Qué es lo que uno rememora más a las dos de la madrugada, cuando todo se disuelve en manchas borrosas y cuando hay que recordarlo todo en unos cortos momentos áureos? Tim, Liam, Sean en las cuevas de debajo de Sutro Baths. El océano golpeando las rocas. El agua que se encabrita, probando de desafiar la gravedad. Liam O'Sullivan leyendo. *Más allá del horizonte*, de Eugene O'Neil, a sus dos hermanos mayores, arrobados por un hechizo…

—Oh, Liam. Tu vida era demasiado valiosa para que te la arrebatasen. Los

muchachos de veintidós años no deberían morir en lugares solitarios llamados Kasserine Pass…

Sobre la cabeza de Sean colgaba el omnipotente mapa de Alemania. Sean fijó la mirada en él, cogió la desgarrada hoja de la papelera, la copió y pasó al apartado siguiente.

Wehrmacht: *Ejército regular de Alemania*.

Política: La Wehrmacht ha librado una guerra convencional contra las fuerzas americanas. No obstante, el servicio de contraespionaje ha catalogado atrocidades contra las poblaciones civiles. Particularmente se han recogido pruebas de brutalidades contra los griegos, los pueblos eslavos y los judíos. El Gobierno militar debe determinar hasta qué punto los nazis dominaban la Wehrmacht. En los sectores bajo el mando de la Wehrmacht en los que se cometieron atrocidades, hemos de hacer responsable al comandante de la Wehrmacht como criminal de guerra.

«Maldita sea —pensó Sean—, ahí no retrocederé. Si permitiésemos que el comandante militar echase la culpa a los nazis de las atrocidades cometidas en su sector, nos cavaríamos nosotros mismos una serie de trampas legales que dejarían centenares de crímenes sin castigo».

Sin embargo, en el fondo de su corazón, Sean sabía que ningún general del Ejército regular tendría que responder jamás ante un tribunal.

Entonces ¿quiénes eran los culpables?

Delante de él había media docena de libros, cada uno de ellos tan grueso como una guía telefónica de Manhattan. Allí estaban los culpables «oficiales», la «Lista Negra». Ése era el corazón del cáncer nazi. Pero ¿no estaba infectado el cuerpo alemán entero? Sean había argumentado incansablemente que el nazismo era la expresión histórica y política de todo el pueblo alemán.

En este punto abrió el índice de la «Lista Negra» para respaldar su informe…

Libro Primero: *Organización nazi*.

Grupo Primero: *Organizaciones paramilitares al servicio de los nazis*. Estas agrupaciones no son las fuerzas armadas convencionales al servicio de Alemania (Ejército, Marina, Fuerza Aérea, etcétera). *Todas las de la lista siguiente han de ser desbandadas en cuanto entremos en Alemania, y es necesario apoderarse de sus archivos*.

Schutzstaffel. Conocida corrientemente por SS. Las SS son el blanco primordial del Servicio de Contraespionaje. Hemos de arrestar a *todos los miembros de las SS,* sea cual fuere su jerarquía.

Allgemeine SS. Éstas son SS alemanas regionales encargadas de dirigir escuelas y otras instituciones de las SS y particularmente de «supervisar» la máquina política

de determinados distritos políticos. Sus componentes están armados sólo con armas cortas. Debemos detenerlos a todos.

Waffen SS. Éste es un cuerpo completamente militarizado, con fuerzas armadas, de abastecimientos y administrativas propias. Las Waffen SS se encargan de misiones especiales, tales como hacer guardia en los *ghettos*, campos de concentración, campos de trabajo esclavo y fábricas con obreros esclavos por todas las naciones ocupadas. Por añadidura, las Waffen SS han tomado parte en combates en todos los frentes de batalla. Es imposible calcular el número de miembros de esta organización que se hallarán en Alemania cuando nosotros entremos. Constituyen el núcleo duro de fanáticos. Estimamos que constituirán el centro de toda guerrilla de resistencia. Hay que arrestar a todos sus miembros inmediatamente.

Tropas de Asalto del Partido Nazi (SA). Conocidas comúnmente por «Camisas Pardas». Se trata de un grupo paramilitar que jugó un papel importantísimo en el ascenso de Hitler al poder y en la hazaña final de apoderarse del Gobierno. Los «Camisas Pardas» emplearon tácticas de terror para aplastar la oposición contra Hitler e hicieron objeto de brutalidades a las minorías. Cuentan con millón y medio de afiliados. Hemos de arrestar a todas las personas que tengan el rango de Sturmbannführer o superior (rango nazi: comandante). El libro Primero trae una lista de treinta mil a los que hay que detener.

Sean volvió la página del índice. ¿Dónde terminaba…? ¿Dónde terminaba…?

Cuerpo de Transporte Motorizado del Partido Nazi (NSKK). Grupo de entrenamiento preliminar para miembros del partido nazi con objeto de que sirvieran luego en las unidades de tanques o motorizadas de las Waffen SS. A pesar del aire inocente que tiene el nombre, está empapado de espíritu nazi. Hay que arrestar a todas las personas con rango de Staffelführer o más elevado. En el Libro Cuarto figura una lista negra de diez mil a los que debemos capturar.

Cuerpo de Aviación del Partido Nazi (NSFK). Este grupo se formó a principios de los años treinta para sortear el Tratado de Versalles, que prohibía a los alemanes poseer una fuerza aérea. Se constituyó como un club aeronáutico; pero, en secreto, se dedicaba a dar instrucción militar y realizar maniobras; sostenía escuelas para pilotos de planeadores, pilotos de aviones, construcción y reparación de aeronaves. Hay que arrestar a todos los que ostentan el rango de sturmbannführer, o superior. El Libro Quinto trae una lista negra de cinco mil que deben ser arrestados.

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea —pensaba Sean. Si estábamos tan enterados de lo que hacían…, ¿por qué no se lo impedíamos?».

Cuerpo Nacional Auxiliar de Defensa Antiaérea (HEIMATFLAK o HF). Aunque no lleve el nombre de nazi, este grupo está bajo control y dirección nazi. La mayoría

de sus miembros son obreros componentes de las Juventudes de Hitler. Hay que abolirlo sin practicar detenciones.

Ejército del Pueblo (VOLKSTURM). Consta de personas demasiado viejas o demasiado jóvenes para el servicio militar regular. Un Ejército «Patrio» construido para la defensa de las ciudades y el suelo alemanes. Las edades de sus componentes oscilan entre trece y dieciséis años y entre cuarenta y sesenta. Aunque este grupo está dominado por los nazis, sus soldados serán tratados como prisioneros de guerra de un ejército regular.

Servicio Alemán del Trabajo (RAD). Una fuerza laboral en la que prestan servicio obligatoriamente todos los «arios», varones y hembras. Sólo nos interesan los oficiales más antiguos del RAD; el Libro Sexto trae una lista negra de doscientos cincuenta a los que hay que arrestar.

Organización Todt (OT). Un grupo para «trabajos públicos» que absorbe a los parados. Este grupo construyó la Línea Sigfrido. Sus funciones coinciden bastante con las del RAD, antes mencionado. Hemos incluido en el Libro Sexto una lista de cien oficiales antiguos a los que debemos detener.

Juventud Hitleriana (HITLER JUNGEND, o HJ). Grupo al que pertenecen obligatoriamente todos los «arios», varones y hembras, de catorce a dieciocho años. A estos jóvenes los saturan de doctrina nazi. Hay también grupos de estudios naturales y estudios agrícolas, y nosotros los consideramos los más perniciosos, porque se trata de personas jóvenes, que se encuentran en su período de formación. Los oficiales y dirigentes son nazis fanáticos. Hay que arrestar a todos los que tengan la jerarquía de saurmführer (jefe de cuadro). El Libro Quinto contiene una lista de veinte mil para arrestarlos.

Grupo Segundo: *Organizaciones de fuerzas de policía dominadas por los nazis*.

Policía de Orden (ORPO).

Subgrupo 1.°. Schutzpolizei (Schupo). Actúan en poblaciones de dos mil habitantes o menos.

Subgrupo 2.°. Gendarmería. Actúan en sectores rurales de dos mil habitantes o menos.

Subgrupo 3.°. Policía Nacional de Prevención de Incendios.

Subgrupo 4.°. Policía Auxiliar. Ciudadanos voluntarios y sin sueldo empleados en trabajos generales de policía, regulación del tráfico, etc.

Subgrupo 5.°. Cuerpo Técnico de Emergencia. Utilizado en demoliciones, rescates, quitar derribos. Particularmente activo desde los bombardeos.

Subgrupo 6.°. Policía Administrativa. Informes, Pagaduría, etc.

Policía de Cuarteles. ¡*Peligrosa! Una tropa de choque poderosamente armada y guardada como reserva móvil. La consideramos una fuente potencial de resistencia.*

Hay que tener en cuenta que la máquina entera de la policía civil está bajo el dominio total de los nazis y se sabe que es un instrumento fiel de ellos. Está semimilitarizada. Sus jefes son nazis. Es preciso abolir toda la máquina policíaca y apoderarse de sus informes. Todo el edificio policíaco alemán ha de ser reorganizado desde la base. Después de la victoria aliada, el Gobierno militar considerará este problema como el primero entre los primeros.

Grupo Tercero: *Máquina de la policía nazi, cuya oficina principal es la Reichsicheheitshauptamt* (RSHA). *Oficina Principal de Seguridad del Tercer Reich. Policía de Seguridad* (SIPO).

Subgrupo 1.°. Policía Secreta del Estado (GESTAPO). Constituye el brazo más conocido de la policía *política* del partido nazi. Tiene un poder ilimitado para efectuar detenciones. Figuran en ella los nazis más fanáticos. *Hay que arrestar a todos sus miembros. El apoderarse de tos archivos de la Gestapo ha de constituir el objetivo primerísimo del Contraespionaje*. El Libro Sexto contiene una lista de quince mil para su arresto.

Subgrupo 2.°. Policía Criminal (KRIPO). Un brazo de la Gestapo que actúa en el terreno general de la delincuencia, especializándose en tareas tales como el mercado negro, el contrabando, etcétera.

Subgrupo 3.°. Servicio de Seguridad de las (SD). Nervio central para espiar a los ciudadanos alemanes y utilizar confidentes que recojan informes para las SS.

Nota: Las SD han sustituido recientemente al servicio de espionaje normal del Ejército regular alemán. *Debe arrestarse a todos los miembros*. A causa de la naturaleza ultrasecreta de este grupo, nuestras listas son incompletas; pero el Libro Sexto anota, por ahora, unas quince mil detenciones.

«¿Quiénes fueron los culpables? ¿Cómo pudo suceder todo esto en una década de control nazi del Gobierno, sin el apoyo descarado de la masa de la población? ¿Dónde termina la cadena?», se preguntaba Sean…

Grupo Cuatro: *Organizaciones políticas nazis. Las siguientes serán abolidas y sus archivos recogidos. En la lista negra del Libro Cuarto se encontrarán aquéllos a quienes hay que arrestar*.

Oficina Central del Partido Nazi.

Cancillería del Partido. Todos los oficiales están en la lista negra.

Cancillería del Führer. Todos los miembros en la lista negra.

Organización de Alemanes en el Extranjero. Todos los oficiales en la lista negra.

Centro del Volksdeustche.

Oficina de la Unión Nacional para los Alemanes en el Extranjero.

Oficina del jefe de la Organización del Reich (arrestar a los quince oficiales superiores).

Oficina del tesoro del Partido del Reich. Todos los oficiales en la lista negra.

Tribunal Supremo del Partido y Tribunales nazis subordinados. Todos los magistrados en la lista negra.

Oficina del delegado del Führer para la Supervisión de la preparación Intelectual e Ideológica y la Educación del Partido Nazi. Todos los empleados en la lista de detenciones.

Oficina del jefe de Propaganda del Reich. Una lista de trescientas detenciones.

Oficina del jefe de Prensa del Reich. Los empleados superiores en la lista negra.

Oficina del jefe de Prensa del Partido del Reich. La decisión sobre arrestos queda pendiente.

Oficina del Reich de Población Agrícola.

Oficina del Reich de Sanidad Pública.

Oficina de Tecnología.

Oficina de Gobierno Local.

Oficina de Empleados. Todos los oficiales, arrestados.

Oficina del delegado para Cuestiones Raciales. Todos los oficiales en la lista negra.

Partido del Reichstag de los Nazis (Congreso). Hay que arrestar a todos sus miembros.

Jefatura de la Mujer del Reich. Las empleadas, en la lista negra.

Oficina de víctimas de guerra nazis.

Oficinas Regionales y Locales de la Administración del Partido Nazi:

Gauleitung de cada Gau o Kreisgau (ciudad o distrito) del Partido Nazi. Todos los gauleiters (jefes de distrito), en la lista negra.

Kreisletung de cada Kreis (condado) del Partido Nazi. Setecientos kreisleiters (jefes de condado) en la lista negra.

Ortsgruppenleitung de cada Ortsgruppe (rama, sector de ciudad del Partido Nazi). Todos los jefes han de ser detenidos.

Empleados de Zellen y Block (célula, manzanas, casas de vecinos). Todos los jefes, en la lista negra.

Beauftrager der NSDAP (Oficina de Delegados del Partido Nazi). Se ha hecho una lista negra de determinadas personas.

Y luego, el resto. Desde la policía y la máquina política los tentáculos; se extendían por todas las venas de la vida alemana.

Grupo cuarto: *Organizaciones profesionales nazis y otras organizaciones*.

Liga de Médicos del Reich. Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Técnicos del Reich. Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Maestros del Reich. Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Empleados del Reich.

Liga Colonial.

Organización de Mujeres (mujeres trabajadoras). Las jefas superiores, en la lista

negra.

Liga de Enfermeras.

Asociación de Mujeres (amas de casa).

Organización de Dirigentes Estudiantes, Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Estudiantes. Los jefes superiores, en la lista negra.

Asociación de Estudiantes.

Asociación de Profesores. Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Abogados, en asociación con los Notarios y Contadores. Los jefes superiores, en la lista negra.

Liga de Antiguos Estudiantes.

Liga de Familias Alemanas.

Frente Alemán de Trabajo.

Asociación de Educación Física.

Liga de exsoldados.

Cámara de Cultura.

Unión de Gobiernos Locales Alemanes.

Asociación de Cazadores Alemanes.

Concejo de Expertos en Demografía y Política Racial. Los dirigentes, anotados en la lista negra.

Comité para la Protección de la Sangre Alemana. Los dirigentes, en la lista negra.

Organización de Socorro a las Víctimas de la Guerra. (Apoderarse de los archivos, pues esperamos descubrir un latrocinio al por mayor).

Socorro de Invierno. (Apoderarse de los archivos. Sospechamos un robo en grande).

Grupo quinto: *Oficinas civiles y políticas dominadas por los nazis*.

Las relaciones a continuación serán suspendidas, y todos los empleados, despedidos. La lista de los que debemos capturar se hallarán en el Libro Cuarto.

Ministerios del Reich (Oficinas Nacionales), Secretarías de Estado, jefes de Ministerios, Ochenta en la lista negra.

Ministerios de Demarcación y sus secretarios de Estado (subdivisión comparable a un Estado americano). Treinta en la lista negra.

Presidentes de distrito. Cuarenta en la lista negra.

Jefes de Departamento de Provincias. Treinta en la lista negra.

Delegado General: Servicio Médico e Higiénico. (Véase la lista negra).

Delegado General: Servicio Médico e Higiénico. (Véase la lista negra).

Delegado de Embarques. La decisión sobre arrestos queda pendiente.

Inspector-general: Agua y Energía Eléctrica. Decisión pendiente.

Inspector-general: Transportes. Decisión pendiente.

Inspector-general: Carreteras Alemanas.

Jefe de la Juventud del Reich: Arrestos mencionados en otra parte.

Jefe de División: Oficina del Plan Cuatrienal. (Los archivos constituirán un objetivo primordial del CIC).

Jefes del Reichbank, Tribunal Supremo Administrativo.

Tribunal de Herencias.

Tribunal del Trabajo.

Archivos.

Seguros Sociales.

Tribunal de Honor.

Empleados Estatales de la Alimentación del Reich.

Regierungspresidenten (gobernadores de provincias).

Ladrate (magistrados de distrito).

Oberbürgermeisters (alcaldes) de ciudades alemanas de más de cien mil habitantes. Noventa y cinco en la lista negra.

Empleados: Ministerio del Reich de Instrucción Pública y Propaganda, y sus oficinas regionales.

Ministerio del Reich de Armamento y Producción de Guerra. Setenta en la lista negra.

Miembros del Reichstag Alemán (Congreso, o Parlamento). Todos sus miembros, en la lista de detenciones.

Miembros del Tribunal Supremo. Arrestados.

Miembros del Tribunal del Pueblo. Arrestados.

Miembros del Tribunal Especial. Arrestados.

Miembros del Tribunal de Apelaciones. Arrestados.

Fiscales principales. Arrestados.

Delegados Obreros. Cuarenta en la lista negra.

Grupo sexto: *Naciones ocupadas*.

Presidentes Provisionales. Gobernadores del Reich. Treinta en la lista negra.

Delegado para Asuntos de Propiedades del Enemigo. Los archivos constituyen el objetivo principal del CIC.

Jefe del Reichstelle für Raumordnung (Departamento para la ordenación de tierras extranjeras).

Jefes de Administración Civil y Militar de países ocupados. Tres mil anotados para su arresto.

Grupo séptimo: *Diversas categorías anotadas en el Libro Tercero*.

Jefes de Policía. Cien en la lista negra.

Otros miembros clave de la máquina policíaca. Trescientos veinte en la lista negra.

Todos los miembros del partido nazi, no incluidos por otras causas, con el rango de beriechsleiter (jefe de grupo). Treinta mil anotados para su arresto.

Miembros del Nazi Dozentenbund (profesores de universidades).

Nazi Studentenbund (asociación de estudiantes).

Empleados del Nazi Kraftfahrer Corps (parques de motores).

Comerciantes y otros que han aceptado condecoraciones nazis, tales como: Blut Orden (Orden de la Sangre), o Ehrendolch (Puñal de Honor), o Ehrensold (Sueldo de Honor). Las listas son muy incompletas.

—¡Amigo Sean, despierta!

La cabeza de Sean descansaba sobre el libro del índice, encima de la mesa. Dante le daba unos empujones. La cabeza de Sean estaba llena de semisueños molestos y le martilleaba por exceso de cansancio. Por fin la levantó y respiró con fuerza. Dante Arosa apareció ante sus ojos. Dante olía a whisky y humo de cigarro… y a perfume de bailarina.

—¡Diablos! ¿Qué hora es?

—Las cinco de la madrugada. Como no estabas en la habitación, me he figurado que te habrías dormido.

—Sí…, debo de haber descabezado un sueño…

Dante le ayudó a cerrar los volúmenes y a guardarlos en la caja fuerte.

—El trabajo duro te ha correspondido a ti —dijo Sean—. Yo no tengo que hacer otra cosa que dar mi parecer y ver cómo lo echan a la cloaca. Tú tienes que sentarte aquí e identificar los retratos de esos canallas. Estaba a punto de explicar por qué la Wehrmacht…

—Vete a la cama. Andas haciendo eses.

—A veces me siento aquí, en medio de esa porquería, y me pregunto con qué diablos hemos topado. Esto es, ni más ni menos, una maldita orgía homosexual con ochenta millones de actores.

CAPÍTULO V

UNA de las cosas que Sean encontraba más interesantes en Nan Milford era su calma inalterable. Se preguntaba si habría algo, fuego o tormenta, que pudiera ponerla nerviosa. Pero ahora Nan manifestaba signos visibles de inquietud.

—Desde el instante en que nos conocimos hemos caminado hacia este momento —decía.

—El adulterio no lo inventamos nosotros. A ciertas personas no les inquieta. En cambio, a nosotros nos causa un desasosiego infernal.

—Dios mío, todo el día he tenido una jaqueca que me partía la cabeza. —Nan se llenó una copa de coñac y sintió cómo el calor del alcohol descendía por su ser para calmar sus excitados nervios.

Sean miraba al otro lado del cuarto, fijando la vista en la omnipresente fotografía del comandante G. Donald Milford.

—Es un muchacho agradable, ¿verdad que sí?

—¿Donnie? Donnie es un hombre encantador. Te diré qué clase de hombre es Donnie. No solamente me perdonaría, sino que lo comprendería.

—Sería mucho más sencillo si estuvieras casada con un ruin. Yo también soy un buen chico, Nan. Te me has metido demasiado adentro. Si continuamos, armaremos un lío.

Nan hizo un esfuerzo para conservar la calma. A Sean no le gustaría una mujer histérica. ¿Qué decir? «¿Y yo? Yo tampoco hice nada por llegar a esta situación. Donnie era confortable. Ambos éramos de la misma especie…, sosos y confortables. Puedo decir… ¡Sean, tú me conviertes en un animal! Anhelo las cosas que me haces y las que por tu causa hago yo. Unas cosas que no me ocurrirán nunca más…».

Nan habló pausada, deliberadamente.

—Cuando cogieron prisionero a Donnie, en 1942, hacía un año que estaba ausente, y casi cuatro años que no le veía, cuando te conocí a ti. Esto no justifica nada, por supuesto. De buena gana habría cambiado el puesto con Donnie. Detrás de las vallas de alambre no tiene ni posibilidad ni conciencia de lucha. Considero mucho más difícil estar libre y saber que una tiene que apartarse voluntariamente de la especie humana.

Costaba trabajo imaginar que Nan Milford no fuese dueña de sí misma por completo en todas las circunstancias. Sean debía saberlo. Debía saberlo por su manera de estallar, primero en la oscuridad y luego aquí, bajo la luz mortecina de la sala de estar.

—Durante la época de bombardeos intensos, los niños y yo pasamos un año viviendo todas las noches abajo, en la bodega. Finalmente me vi obligada a enviarlos a casa de su abuela. Durante el día yo era esa maravilla de valor de *mistress* Milford. Un ejemplo glorioso de la resistente madera británica. Pero cuando caían las bombas,

de noche, estaba sola…, sola en ese mundo gris, donde no eres una persona, sino una planta. Esto le ocurre a una cuando vive en ese mundo gris; el no sentir a otro ser humano a tu lado te hace tener celos hasta del último soldado que ves con su amiga en la calle, hasta de los pájaros que encuentran su pareja. Sean, desde el instante que te conocí, no te quedó la menor posibilidad de escapar.

—Tampoco yo busqué las emociones que sentía.

—Ni yo. ¿Debería de estar asqueada de mí misma porque no siento remordimientos ni me considero culpable? Ya sabes cómo me comporto por tu causa…, ahí dentro. Yo nunca había sido así.

Sean se levantó pausadamente y anduvo por la lujosa y bella estancia. Nan no estaba ni nerviosa ni arrogante. Estaba, simplemente, fatigada.

—Sean, el encontrarme sola de nuevo me da miedo. Tú, yo, Donnie…, no sé. Lo que sí sé es que, si me dejas, necesitaré otro hombre, y Dios me ampare, porque ni siquiera le tendré cariño.

—Me parece que no estamos obligados a ser santos —dijo Sean. —Ahora debo marcharme. Mi hermano está en Londres para pasar el fin de semana.

—Muy bien.

Sean se puso el abrigo pausadamente y se encaminó hacia la puerta.

—Sean.

—Di.

Nan tenía un acento ácido y enojado.

—No es preciso que vuelvas esta noche. Por la mañana me iré a pasar varios días con los niños.

—De acuerdo.

—¿Me llamarás cuando regrese?

—Si encuentro fuerzas para resistir, no —respondió él, y salió.

El portero le dio paso, dejándole internarse por una oleada de húmeda niebla fría. Sean dirigió el chorro de luz de su linterna hacia la acera para hallar un camino a través de aquella oscuridad abismal. Un segundo después, la niebla le había engullido.

—¡Sean! —una voz frenética taladraba la oscuridad. ¡Sean…!

El capitán escuchó unas pisadas sin rumbo y se recostó contra un edificio para esconderse…, intentando no contestar.

—¡Sean! —gritaba la voz de la mujer. —¡Sean!

—Estoy aquí.

Nan se derrumbó sobre él, boqueando en busca de aliento, temblando y destrozada.

—So locuela condenada, salir corriendo sin abrigo…, so locuela condenada.

Nan temblaba y gritaba:

—Sean…, ya sé que tendremos que decirnos adiós…, pero ahora no. Te amo, Sean. Pagaré el precio que sea por tenerte. Juro que no me importará la vergüenza, o

el dolor, o el riesgo que ello pueda depararme. Cuando tú debas irte…, ambos encontraremos el coraje necesario, sea como fuere.

Sean la había envuelto con su abrigo, besaba sus húmedas mejillas, y la estrechaba con vigor entre sus brazos.

—Te amo, Nan…

CAPÍTULO VI

DESPUÉS de salir de la niebla, Sean entró en la *Blue Hawk Inn* («Posada del Halcón Azul») de Henry Pringle. La «Blue Hawk», que llevaba el nombre de la escuadrilla de combate de Pringle, en la Primera Guerra Mundial, era el punto de reunión de los pilotos de caza. Por su parte, Henry Pringle era mecánico y aún no había realizado su primer vuelo. La taberna era un santuario dedicado a los héroes a quienes no había dejado nunca de adorar.

La espaciosa sala estaba llena de fotografías de más de doscientos ases ingleses, norteamericanos, canadienses, franceses, polacos, neozelandeses y australianos, y de otros tantos modelos de aeroplanos tachonadas de vacíos cascos de bombas, insignias de escuadrillas, cascos de cuero, cuadros anotando gestas de los cazas, ametralladoras y pistolas, trozos de alas y hélices. Era un museo de aviación con whisky y cerveza de jengibre.

Nelson Goodfellow Bradbury, un corresponsal norteamericano, puso al «Blue Hawk» de Pringle en primera fila, después de una hibernación entre las dos guerras. Bradbury escribía crónicas de guerra desde Londres mucho antes de Pearl Harbour. Cuando la escuadrilla norteamericana voluntaria Eagle Squadron voló con la RAF, sus hombres descubrieron el establecimiento de Pringle. Bradbury lo descubrió en sus crónicas, y los ingleses lo reverenciaron sólo un poco menos que al rey. Bradbury elevaba su altar a los pilotos de caza con palabras. «Big Nellie» —que era como le llamaban a Bradbury— escribía una de sus crónicas, por lo menos, todas las semanas, desde su reservado particular. Y en las emisiones radiofónicas que dirigía, con su voz profunda, a América, mencionaba constantemente el «Blue Hawk».

A pesar del magnífico salario que percibía como corresponsal de guerra, Big Nellie estaba casi siempre cargado de deudas. Desde el día en que la Eagle Squadron llegó a Inglaterra, sostenía un piso especial como punto de reunión para pilotos cansados…, pagaba innumerables cuentas de bar de «sus muchachos»… y concedía incontables préstamos; algunos de los cuales no volvía a cobrar jamás, porque los pilotos no regresaban de sus acciones de guerra.

A Sean le gustaba la atmósfera enrarecida del «Blue Hawk». Las conversaciones sobre vuelos, las barbas sin afeitar, los gorros aplastados, la camaradería; la nerviosa y jactanciosa tensión de los hombres que jugaban con la muerte. Aquello quedaba muy lejos de la austera tristeza de Queen Mother’s Gate.

Por otra parte, Pringle tenía las camareras más guapas de Londres, y, por aquellos días, los pilotos de caza causaban sensación. Las bodas en el «Blue Hawk» se convertían en fiestas desenfrenadas; los corchos de las botellas de champaña subían como metralla durante tres o cuatro días.

Como cualquiera podría reunir en aquel establecimiento demasiada información, a los extraños no se les permitía la entrada. Sean, que no era un extraño, se sentó en el

reservado de Big Nellie. Éste se inclinaba como un oso gris sobre su máquina de escribir, tecleando, entre el estrépito, el final de su artículo.

—¿Dónde está Tim?

—Fuera, buscando aventuras. Me ha dicho que te vería aquí tan pronto como hallase una buena pieza.

—¿Qué fue de la última que tuvo?

—Se casó con un sargento canadiense.

Sean pidió un par de copas.

—¿Te debe algo Tim?

—Cinco dólares…, diez dólares…, no lo sé.

Sean pagó la deuda de su hermano. Los cantores que rodeaban el piano descargaron…

Oh aleluya, oh aleluya
Echa una moneda en el prado,
Salva a un piloto de caza apurado,
Oh aleluya, oh aleluya,
Y te habrás salvado…

Big Nellie levantó la cabeza bruscamente, una vez terminada la crónica que escribía en la máquina.

—Estás oyendo las voces combinadas del Grupo Cuarto… Décima Escuadrilla… —Y en seguida se puso a corregir el artículo.

La metralla perforó mis alas,
La gasolina se me ha terminado,
¡Primero de mayo!
Seis Messerschmidts me han alcanzado…
Oh aleluya…

—Tienen que cantar fuerte —dijo la voz enfurruñada de Nellie. —Faltan tres tenores, dos barítonos y un bajo. Fue ayer, derribando un puente, desde la altura de un árbol. Los «Krauts[4]» estaban arriba, escondidos detrás de una nube. Fue una caza de pavos. ¿Cómo van las cosas en Queen Mother's Gate?

—Tres bajas. Uno con corte de sujetapapeles extraviado, otro con las manos sucias de papel carbón y el tercero se perdió en la niebla yendo del edificio A al edificio B y chocó con la pared.

La risa de Nellie concordaba con su aspecto de oso gris.

—¿Qué tal os lleváis el general Hansen y tú?

—¿Hoy o ayer?

—Permíteme que te diga una cosa sobre Hansen, Sean. Unos pocos, poquísimos ejércitos en el mundo tienen una docena de generales que valen demasiado para malgastarlos en una unidad de combate. Sí…, he dicho malgastarlos. Hansen es un «jeffersoniano» con uniforme. Recuerdo cuando informaba sobre las discusiones

acerca del contingente de tropas, delante de un comité conjunto del Congreso. Ese pillastre miró de hito en hito a un senador de Carolina del Sur y le dijo: «Jamás podremos hacer una guerra justa, ni siquiera correcta, si algunos de nuestros ciudadanos han de luchar únicamente como mozos de comedor o cavadores de zanjas. Nuestras epidermis pueden tener un color diferente, pero la sangre que el negro ofrece a su patria es del mismo color que la de usted».

—Si no me diese cuenta de eso, Nellie, haría tiempo que me habría marchado. Muchos generales se vanaglorian de que sus hombres les seguirían hasta el mismo infierno. Hansen es el único con el cual sería yo capaz de hacer el viaje.

—Me gusta que pienses así, Sean. Hansen te necesita.

—Y esto es lo que me gusta de ti, Nellie. Siempre estás bien informado. He venido temprano ex profeso para poder hablar contigo a solas. ¿Qué se le ha metido en la cabeza a Tim?

La ancha jeta de Bing Nellie titubeó.

—Vamos, Nellie. En Queen Mother's Gate tenemos veinticinco agentes de contraespionaje. Hansen los utiliza para espiarme a mí. Yo los utilizo para espiar a Tim. Desde esta base han partido varias misiones realizadas por un hombre solo.

La ancha zarpa de Nellie escondió el vaso de whisky.

—Las bases alemanas de cohetes.

—Eso me figuraba.

—Son pequeñas, están bien disimuladas y pueden levantar toda una nevada de metralla. Hemos probado varias maneras de atacarlas. En estos momentos empleamos «Invaders» y «Marauders». Son unos pájaros buenos; aunque nada del otro mundo. En unidades de tres y desde media altura les queda una posibilidad de entrar y salir del fuego.

—Sigue.

—Hemos conseguido éxitos limitados. Tim convenció a su comandante de que le dejase intentar un ataque por sorpresa con un aparato solo, volando a baja altura. Regresó de la misión sin novedad. El aparato parecía un tamiz, pero Tim demolió el blanco. De manera que tu hermano, la semana próxima, se mete, solo, dentro de otro avión. —Nellie engulló el licor y señaló que volvieran a llenarle el vaso. —Según cuentan, cuando Tim vuela bajo le gusta contar los pelos de las cabezas de los alemanes.

Ah, no, no hay pilotos de caza en el infierno,
Ah, no; aquello está lleno de invertidos… marinos, bombarderos…
Ah, no, no hay pilotos de caza en el infierno.

Timothy O'Sullivan entró en el «Blue Hawk» de Pringle del brazo de una pelirroja de senos pronunciados. Tim tenía una debilidad por las pelirrojas de busto desarrollado.

Nellie y Sean le seguían con la mirada mientras se encaminaba hacia el reservado

donde se encontraban, entre las cabezas que si volvían y los ojos que se abrían admirados.

—¿Dónde diablos las encuentra? —inquirió con envidia Nelson Goodfellow Bradbury. —Hace un par de horas nada más que está en Londres.

—¡Mírale, canastos! —exclamó Sean. —¿Qué mujer no se dejaría conquistar por un irlandés moreno, de veinticuatro años, guapo y gallardo, con una lengua voluble y maneras atrevidas?

Sean era parcial, naturalmente. Quizá le dominase el orgullo de hermano, se decía él mismo…, pero el caso era que Tim siempre había tenido que espantar a las mujeres para que le dejasen en paz. Sean y Nellie se levantaron en el momento en que Tim y la pelirroja de senos lozanos entraban en el reservado y Tim murmuraba un nombre así como Cynthia, o Penélope, o algo por el estilo, y ella se declaraba encantada de conocerles, particularmente a Nelson Goodfellow Bradbury, a quien conocía ya de oídas, por supuesto…, pues, ¿quién no le conocía? Se sentaron todos y pidieron algo de beber. Tim y Sean intercambiaron cartas de su casa. Unas miradas sin palabras les sirvieron para comunicarse que ambos estaban intranquilos por la dolencia cardíaca de su padre, pues desde la muerte de Liam, el viejo no se había recobrado.

Sean dijo que en Queen Mother’s Gate todo marchaba bien. Tim dijo que en Braintree todo iba estupendamente. Henry Pringle vino personalmente a presentar sus respetos, y bebieron un poco más.

Los concurrentes localizaron a Tim y le obligaron a irse junto al piano, donde la pelirroja de senos pronunciados hizo las delicias de la Décima Escuadrilla permaneciendo de pie a su lado y ondulando el cuerpo al compás de la música. La entrada en escena de Tim impuso una ronda de baladas irlandesas. La tercera y cuarta rondas de licor condujeron directamente a un ataque de nostalgia y Tim cantó la canción favorita de su padre con una hermosa voz irlandesa de tenor…

¡Kathleen Mavourneen!
El alba gris hiende las nubes,
El cuerno del cazador todo el monte estremece.

—El granuja sirve para todo —dijo Big Nellie. —Si se presenta para el Congreso, se llevará la votación de calle…

La alondra de su ala leve el rocío sacude
¡Oh mi Kathleen Mavourneen! ¡Qué! ¿Todavía duermes?

Luego que los pilotos de caza de la Décima Escuadrilla se hubieron conmovido hasta derramar lágrimas, la pelirroja se excusó para ir a asearse y Tim volvió al reservado.

—Bien cantado, muchacho. Esta noche estás en voz.

—Nellie, estoy en un apuro. Necesito una habitación.

Bradbury levantó los hombros.

—En el piso están celebrando una fiesta que durará toda la noche.

—Entonces, llévala a un hotel —indicó Sean.

—Tiene una reserva mental contra los hoteles.

—Toma. Coge la llave de mi vivienda. Yo me iré a un cuarto de hotel.

—Ni pensarlo, Nellie.

—Claro que sí —replicó el periodista. —Por otra parte, yo me levantaré temprano. —Y mientras le daba la llave, miró a Tim de hito en hito. —Montaré en un «Invader». Van a probar suerte contra una base de V-l.

Tim cogió la llave, esquivando la mirada de los otros dos hombres.

—Ha de ser interesante —dijo.

El corresponsal puso en pie su alta humanidad de casi dos metros y cruzó la sala. La travesía quedaba escalonada por apretones de manos, palmadas en la espalda y «hola-Nellies».

Los hermanos estaban solos.

—¿Qué pasa, Sean? Pareces realmente abatido.

—Tenemos todo el fin de semana para hablar de ello.

—Dios mío, lo siento. Mañana a primera hora tengo que volverme a Braintree. Deja que ponga a esta fulana en un taxi y la envíe a su casa. Podemos refugiarnos en el piso de Nellie y hablar.

—La cosa no es necesaria. Yo me deslizaré dentro del piso de Nellie más tarde y dormiré en el sofá de la sala de estar. Tendremos ocasión de hablar por la mañana.

Tim inició una protesta, pero la pelirroja lozana volvió, y su mera presencia decantó la discusión en favor de Sean. Tim y la muchacha abandonaron el «Blue Hawk» después de «lamentar» que Sean no pudiera acompañarlos.

CAPÍTULO VII

—DESPIERTA, cariño.

Sean abrió los ojos, parpadeando. Tim estaba de pie ante él, vestido y afeitado. Sean dirigió una mirada en rededor. Se hallaba en el piso de Big Nellie. Lentamente, se incorporó hasta quedar sentado. Le dolía la cabeza. Tenía mal sabor de boca. El olor del desayuno que se cocía en la cocina aumentaba su malestar.

—Una cosa no soporto —dijo Tim—, y es un irlandés borracho.

—¿Dónde está la mujer?

—Acabo de «facturarla» en un taxi. No te hemos oído entrar. ¿Qué hora es, de todos modos?

—Caramba, no lo sé. Hemos cerrado el «Blue Hawk» y celebrado una fiesta particular. Pringle me ha descargado aquí.

Sean se puso de pie tambaleándose y anduvo con paso inseguro hacia el cuarto de baño, vomitó y luego hundió la cabeza en un lavabo de agua helada. Extendió una línea de pasta dentífrica en su dedo índice, se frotó los dientes y después hurgó por el armario buscando un cepillo y un peine. El espejo le descubrió un hombre con el mentón barbudo y los ojos inflamados, con la resaca de una jaqueca monumental.

Entonces se fue a la cocina, donde Tim se atareaba sobre el hornillo, abrió la nevera y refunfuñó porque no había zumo de fruta, pero encontró cerveza. Abrió una botella. Gracias a Dios, Nellie todavía conservaba la cerveza fría. A continuación se derrumbó en una silla y preguntó qué hora era.

—Las seis y media. Cogeré el tren de las ocho, que viene de Waterloo. —Tim empujó un plato de jamón y huevos delante de Sean. Éste retrocedió.

—¿Cómo está la pelirroja?

—¿Cynthia? Buena para la cama. Por lo demás, es una chica agradable. Perdió su marido en Grecia. Tiene un hijo de siete años. Deberías visitarla uno de esos días…, si Nan te concede alguna vez una noche libre… Escucha, hermano mayor, tú no eres de los que desprecian una juerga. ¿Qué te atormenta? ¿Nan?

—En parte.

—Lo malo de ti, Sean, es que siempre tuviste que enamorarte. Tienes que convertir las aventurillas en una gran pasión. ¡Por Dios! ¿No puedes tomar a esas mujeres con un grano de sal? —Tim mascó un pedazo de jamón y luego blandió el tenedor debajo de la nariz de Sean. —Vas a meterte en un verdadero lío con esa Milford.

—Tim…, la amo. La amo más profundamente que amé a aquella otra chica. Por nadie más había sentido lo que siento por ella.

Tim dejó el tenedor y suspiró:

—¡Pobre truhán!

—He dicho que la amo.

—Claro, ahora comprendo el cuadro perfectamente. Tú, yo, Nan y papá en Seal's Stadium, bebiendo cerveza y viendo el partido de fútbol, el domingo por la tarde.

—Pollino listo…, pollino listo.

—Nan no es de los nuestros y nosotros no somos de los suyos.

—¿Quién diablos dice que estamos hablando de casamiento?

—¿De qué estás hablando, pues, Sean?

El hermano mayor apartó el plato, cogió la botella de cerveza y se levantó, con murria, de la mesa. Luego se recostó contra la pared, bebiendo unos sorbos… huraño, enfurecido. La mano de Tim le tocó el hombro.

—Estoy de tu parte, Sean. Una mujer como Nan tiene más clase de lo que tú y yo veremos en todo el resto de nuestras vidas. Considero que ha de ser muy fácil enamorarse de ella. Pero yo bajo de Braintree todas las semanas y veo cómo te devoras el corazón. No puedes seguir tan esclavo de una mujer a la que tendrás que renunciar.

—Tienes razón, naturalmente, pero el darle el beso de despedida no resulta tan sencillo. No sé si tendría resistencia suficiente para permanecer en la misma ciudad en que vive ella y no visitarla. Me digo continuamente que debo pedir un traslado…, pero… ya sabes el afecto que le tengo al general Hansen. Hansen está luchando contra el Ejército en peso y el Departamento de Estado. Tampoco puedo abandonarle a él.

—En fin…, lo mismo da que tomes el desayuno.

Ambos se pusieron a comer desanimados. Sean abandonó los intentos de comer.

—Nan Milford no es lo único que me atormenta. También me atormenta Tim O'Sullivan. Me han dicho que te estás convirtiendo en un auténtico piloto loco.

—Big Nellie habla demasiado.

—No ha hecho más que confirmar lo que ya sabía. Se te dio la baja en el escuadrón de caza por tu bien. Te destinaron a los «Invaders» para moderarte un poco, porque eras demasiado temerario. Y ahora has ideado la manera de ganar la guerra por tus solos medios.

—¿Qué diablos quieres de mí?

—Deja de enarbolar la bandera, Tim. Tú estás siempre enarbolando la bandera. Cuando tenías diez años querías alistarte en el Ejército Republicano irlandés. *¡Erin en pie!* ¡Viva la República! ¡A los diez años! Y si yo no te hubiera detenido, habrías abandonado los estudios y marchado a España, con la Brigada Lincoln.

—En cual ocasión —interrumpió Tim—, mi hermano, el boxeador, levantó la mano y dijo: «He librado dos combates para pagar tus mensualidades y me he roto la mano. Me romperé la otra para que sigas estudiando».

—¿Me equivoqué, pues? ¿Acaso hice algo malo?

Tim se quedó en silencio y movió la cabeza.

—Tú nunca te equivocas, Sean. Tú jamás me dejas meterme en conflictos…, jamás quieres que sufra ningún daño.

—¿De dónde viene esa obsesión? ¿Por qué te enfureces de este modo…? Diablos, cuando éramos niños y solíamos descender a las cuevas de Sutro…, Liam…, Liam hablaba de los poetas irlandeses, y tú hablabas de los terroristas irlandeses.

—¿Cómo puedes contemplar de un modo tan impersonal una guerra que nos ha arrebatado a nuestro hermano?

—No creas que no he llorado a Liam.

—Tú te sientas un día tras otro, una semana tras otra en aquellas habitaciones de Queen Mother's Gate. ¡Tú sabes lo que han hecho los alemanes! ¿No sientes nunca como si las ansias de arremeter contra ellos para tomarte el desquite, te despedazasen?

Sean movió la cabeza como si, hasta cierto punto, se creyese culpable.

—Supongo que se me debe juzgar por la calidad de mi trabajo. Y no puedo permitir que mis sentimientos personales se mezclen con la tarea que realizo.

—He ahí el caso, pues —replicó Tim—, tu guerra es cuidadosa. La mía es de otra especie. Y ninguno de ambos se equivoca. —Tim agarró, excitado, el brazo de su hermano. —Cuando yo era piloto de caza y penetrábamos sobre suelo alemán casi siempre veía la cara de Liam delante de la ventanilla. Le veía sonreír dulcemente de aquella manera que sólo él sabía…, le oía leyendo para nosotros en las cuevas. Y entonces… me aparecía ante los ojos la tumba de Liam. Quiero decírtelo, Sean. Supliqué que me asignaran misiones de bombardeo. Me gustaba ver a los alemanes dando gritos y corriendo a refugiarse en las zanjas. Quería volar tan bajo que pudiera hacerlos pedazos con mis hélices. —Los ojos de Tim se humedecieron. Su voz se dulcificó. —Soldado Liam O'Sullivan…, veintidós años. Primero en literatura. Liam era poeta. Los poetas no deberían morir. Tú y yo nos habríamos portado perfectamente al lado de papá y mamá…, pero Liam…, Liam habría podido traernos la gloria. ¡Oh, Dios! ¿Por qué ha de morir el hermano que no debería desaparecer jamás?

Tim se puso a llorar. Cuando hablaba de Liam, siempre lloraba.

—Liam decía que la venganza por la venganza es inmoral. Déjala ya —suplicó Sean. —Con cincuenta y cuatro misiones hay bastante. Has abatido diez aeroplanos enemigos y destruido una base de cohetes. Tim…, estamos ganando la guerra, en la actualidad. Dentro de pocos meses desembarcaremos en Europa. Has de empezar a tener cuidado.

Tim abandonó la silla de un salto.

—Cállate. ¡Empiezas a disgustarme!

Sean cogió a su hermano y lo zarandeó.

—¡Maldito seas, Tim! ¡Maldito seas! ¿No piensas nunca en nadie más que en ti mismo? ¿Quieres llevar a papá y mamá a una fosa, al lado de la tuya?

—No me pidas que luche en tu guerra. Yo soy lo que soy.

Sean dejó caer los brazos a los costados con gesto impotente.

—Voy a arreglarme y te acompañaré hasta la estación.

CAPÍTULO VIII

A. J. Hansen veía en Sean O’Sullivan la imagen de sí mismo: un joven oficial plantado con aire de desafío delante de su superior, pidiendo el mando de una unidad de combate.

—¿De modo —bufó «Erico el Rojo»— que quieres que te trasladen? Te ha entrado la locura de querer ser mi héroe. Te felicito. Esto es, ni más ni menos, lo que el Ejército necesita: un comandante más de una compañía de infantería.

—Ya terminó mi labor de aquí, general.

—Esta cuestión le corresponde al general decidirla.

—Tiene usted mi informe, arreglado para que esté de acuerdo con la política y los ideales más grandilocuentes; pero hubo demasiadas cosas que tuve que escribir por la fuerza y que estaban en contradicción con mi sentir.

«Hasta se expresa como yo —pensó Hansen. —¿Cuántas veces habré justificado yo mi existencia de dependiente de escritorio? ¿Cuántas noches me he acostado convenciéndome a mí mismo de que me ocupaba del servicio más importante que podía prestar? ¿Cuántas mentiras me he dicho a mí mismo, con las posaderas irritadas de tanto estar sentado?».

«Hoy mismo —pensaba Hansen—, hoy mismo, sin ir más lejos…».

En el Cuartel General, al suplicar a los mandos políticos norteamericanos que prestasen oído a los consejos británicos, Hansen había vivido otra experiencia descorazonadora. La invasión de Europa estaba cercana. Hansen les rogaba que planeasen las futuras tácticas de combate dentro de un marco de reorganización política de postguerra. Pero aquellas momias sólo sabían pensar en la manera de aplastar al enemigo, en cuántos rollos de papel higiénico habían de desembarcar en Francia, en cuán de prisa podrían irse todos a sus casas y olvidar el feo y molesto enredo.

A. J. Hansen se había constituido desde hacía varios años en observador casi solitario de los rusos. Vio cómo los comunistas se adueñaban de la Europa oriental sin protestas; vio cómo la U. R. S. S. extendía sus tentáculos por las esferas americanas e inglesas, por Grecia, por Italia y por el «maquis» francés. Hansen conocía a los rusos por referencias de primera mano, pero sus argumentos topaban con un punto muerto.

Y he ahí que ahora tenía ante él a un joven incapaz de resignarse a beber de una copa parecida.

—Se precisa una especie singular de hombre para servir a su país sin el beneficio de los fuegos artificiales, o de una recompensa, y una clase de bravura diferente para tener la boca cerrada y seguir trabajando y teniendo fe, cuando uno está seguro de que tiene razón y de que los que le rodean se equivocan. No contamos con bastantes hombres dotados de esta clase de abnegación, Sean…

—Esto no es más que una parte del caso, señor. Yo he procurado continuar aquí porque sé con qué obstáculos se enfrenta usted.

—Entonces, ¿de qué se trata, hombre?

—Quizá ansíe saborear mi ración de esta guerra, tal como lo hace mi hermano. He deseado muchas veces estar tan entregado a mi tarea como usted, pero la clase de trabajo que hacemos aquí no me proporciona aquellas satisfacciones.

—Y quizá busques una manera fácil de terminar la relación con aquella mujer. Sin duda…, pedir que te trasladen. Dejar que el Ejército te resuelva el problema.

—Es posible que esto influya también.

Hansen se levantó y se volvió de espaldas a Sean, mirando abajo, al vasto patio de Queen Mother's, desde la ventana de aquella oficina del tercer piso.

—El general ordena —dijo— que el capitán continúe en su puesto.

Esta humillación le hizo sentir un nudo en la garganta, y no pudo continuar. No habría sabido encontrar palabras para expresar hasta qué punto tenía necesidad de la mente sagaz, penetrante de Sean, de un respeto que no excluía la osadía; ni decir la admiración que le producía la especie de lealtad que Sean le había dedicado. Tampoco habría podido entrar en el terreno de las reacciones que le causaban el tener tres hijas y ningún hijo. Desde el primer estallido de bombas, ocurrido casi dos años atrás, había nacido esa devoción especial que sienten los hombres, unos por otros, en tiempo de guerra.

—Yo te daré tu ración de esta guerra —anunció Hansen. —Y consistirá en quedarte aquí, en Queen Mother's Gate, perdiendo más discusiones con canallas estúpidos y apurando el cáliz de la amargura. Y significará que el ver o no ver a la mujer que mencionábamos queda a tu albedrío.

Sean no respondió.

—Nuestro departamento enviará a un Equipo G-5 de Ensayo a estudiar una ciudad alemana. Habrá que hacerlo de modo que se llegue a conocer hasta su última calle, su último ciudadano y su más insignificante función. En una de las salas de conferencias construiremos una maqueta de ella…, enviaremos aviones a reconocerla, la desmenuzaremos mejor que ningún otro pedazo del suelo alemán. Ese equipo de ensayo habrá de tener una solución para todos los interrogantes posibles: cloacas…, nazis…, personas desplazadas…, lupanares… Será la ciudad que servirá de libro de texto gracias al cual adquiriremos experiencia y sagacidad para gobernar a Alemania. Cuando llegue la invasión, el equipo de ensayo se trasladará a Alemania y continuará su trabajo, pasando de la teoría a la práctica en la realidad. Las nuevas leyes, las ideas nuevas, las ensayaremos primero aquí…

¡El equipo de ensayo para Alemania! Esto era más que la ración de guerra que había imaginado. Sean comprendió que, obedeciendo a un impulso repentino, el general Hansen arriesgaba otra jugada con él. Un mando semejante había que concederlo a una persona con experiencia de gobierno…, a una persona menos terca.

—Podría defraudarle terriblemente, señor.

—Yo no lo veo de este modo. ¿Sabes algo de Rombaden?

El rostro de Sean se estiró meditativamente.

—En la provincia de Schwaben, Landkreis de Romstein. Está asentada en una amplia curva del Landau, a mitad de camino entre la Selva Negra y Munich. Una de las fortalezas más fanáticas de los nazis.

—Buen principio —dijo Hansen. —Arriba, en el Centro de Documentos, tenemos un informe de un profesor en estudios alemanes. Nació y se crió en Rombaden y estuvo internado en el campo de concentración de Schwabenwald durante 1935 y 1936. Cuando le soltaron se fue a América. Empieza a leerlo.

Sean se hallaba demasiado ensimismado en aquel súbito reto para sospechar la enormidad de la tarea.

—Querrás a Dante Arosa para tu servicio de contraespionaje, no lo dudo. Idos los dos a Shrivenham y escoged vuestro equipo. Rombaden ocupa un puesto de preferencia. Coged a quienes queráis. ¿Alguna pregunta?

—¿Por qué Rombaden? ¿Por qué no Regenburg, o Essen, o Hanover?

Hansen se arregló los lentes y se puso a leer unos papeles de la mesa.

—Siento una inclinación especial por esa ciudad. Mi madre era de allí.

Sean se puso en pie para marcharse.

—¡Qué guerra tan extraña y maldita! —exclamó.

—O’Sullivan.

—Diga, señor.

—Otra cosa todavía. —Hansen abrió el cajón superior, cogió un par de hojas de roble doradas y las echó sobre la mesa. —Yo llevé estas mismas, años atrás. Quizá te traigan mejor suerte. Colócatelas en los hombros… No queremos que ninguno de tus ingleses te aventaje en jerarquía, comandante.

CAPÍTULO IX

CONFIDENCIAL. Estudio preparatorio para un Gobierno militar. Ciudad de Rombaden, Landkreis de Romstein (Alemania).

Situación

Alemania del Sur. Estado de Württemberg. Provincia de Schwaben. Condado de Romstein. La ciudad de Rombaden está edificada en la orilla norte del río Landau, cien millas al oeste de Munich, sesenta millas al este de la Selva Negra, treinta millas al norte de la orilla helvético-alemana del lago Constanza. El Condado de Romstein comprende la ciudad de Rombaden y continúa por la orilla sur del Landau, internándose por ondulantes laderas y tierras de cultivo. Tanto la ciudad como el distrito están rodeados por los bosques típicos alemanes, que cubren un treinta por ciento (el mismo promedio nacional, aproximadamente) del suelo. El más famoso es el Bosque de Schwabenwald.

Resumen histórico

Fundada en su origen por tribus célticas, dos mil años antes de Jesucristo. Debe enfocarse la historia de este sector como la de una parte integrante de la historia general alemana. Durante tres mil quinientos años no existió una Alemania propiamente dicha. Había tribus germánicas, Estados, Principados, Reinos, Ducados, Condados, todos gobernados por una familia real o noble particular. En determinado momento de la historia alemana, existían a la vez trescientas cincuenta entidades independientes que se gobernaban a sí mismas en calidad de reinos.

Alemania ha consistido, por tanto, en una serie de alianzas regias poderosamente influidas y dominadas por alianzas eclesiásticas. Las tribus germánicas estuvieron asentadas entre el mundo eslavo, al este, y el mundo romano, al oeste y al sur.

De vez en cuando ciertas regiones alemanas dominaban a las otras —Prusia y Austria destacan especialmente— y aparecieron figuras tales como Carlomagno y Federico el Grande. A pesar de todo, Alemania no se convirtió en una nación unificada hasta que Bismark publicó su Despacho de los Olmos, en 1870, hace setenta años nada más. Alemania fue el último país de Europa que se convirtió en una nación, el último en colonizarse, uno de los últimos que se industrializó y el último que se sobrepuso a la ruina asoladora de la Guerra de los Treinta Años (1614 - 1648).

La historia alemana está formada por una larga serie de guerras sangrientas, entrelazadas con despliegues de poder, que nacieron de alianzas regias y religiosas, dentro de sus fronteras, y con presiones ejercidas fuera de ellas.

El distrito de Rombaden-Romstein, por ejemplo, ha sido invadido a lo largo de la historia por los teutones, los romanos, los godos, los hunos, los vándalos, los bávaros,

los francos, los borgoñones, los sajones, los bohemios, los prusianos…, entre otros. El distrito de Rombaden-Romstein ha enviado ejércitos al campo de batalla contra los daneses, los suecos, los mongoles, los magiares, los wends, los turcos, los franceses y los italianos…, entre otros.

Suele cometerse el error generalizado de echar a todos los alemanes en el mismo saco, considerándolos personas similares. Por su origen y formación y por su comportamiento, los alemanes se diferencian tanto entre sí como un bostoniano y un tejano, como un natural de Iowa y uno de Nueva York.

Los habitantes de la provincia de Schwaben, donde está enclavado Rombaden-Romstein, poseen un espíritu de unión feroz y arrogante, casi tribal. De Schwaben salieron las ramas de las familias Hohenzollern y Hohenstauffen que han dominado la línea de las dinastías alemanas. La Liga de Schwaben y los príncipes de Schwaben fueron turbulentos, pusieron en marcha muchas revueltas y durante toda su historia han ocupado una posición preponderante en los despliegues de poder.

Rombaden-Romstein ha militado siempre en el bando católico, en las luchas religiosas. Esta región, formó parte casi siempre del Sacro Imperio Romano, hasta que éste fue disuelto, después de las guerras napoleónicas. Quizá pudiera hacerse notar aquí que el Sacro Imperio Romano no fue Sacro, ni Romano, ni Imperio, sino una alianza continuamente cambiante de reinos, principados y ducados alemanes con los poderes papales.

Rombaden-Romstein ha sido gobernado o dominado por la familia Von Romstein, que forma parte de la nobleza de segunda fila de Schwaben, perteneciente a la Línea Hohenstauffen. El cabeza de familia solía tener el rango de Markgraf o Graf (conde).

La ciudad de Rombaden ha sido destruida total o parcialmente una docena de veces, al menos. En diez de tales ocasiones, la guerra la arruinó. Durante la Guerra de los Treinta Años, fue destruida dos veces. Quedó tan terriblemente mutilada que por espacio de siglos no se recobró del todo (como tampoco se recobró el resto de Alemania, para el caso). Rombaden fue destruida otras dos veces durante las sublevaciones de los campesinos, que en Schwaben fueron particularmente sangrientas.

Rombaden fue destruida durante las guerras napoleónicas.

Rombaden fue destruida dos veces durante la serie de guerras entre Prusia y Austria.

Rombaden fue destruida dos veces por el fuego.

Durante la Edad Media, la peste acabó con la población de Rombaden, parcial o casi totalmente, media docena de veces.

Hemos de tener presente que la historia de Rombaden no es distinta de la mayoría de ciudades alemanas, y que muy pocas ciudades americanas han sido asoladas jamás, como Atlanta, por la guerra.

Por añadidura, Rombaden-Romstein ha sido entregado, vendido o trocado para consolidar matrimonios regios, tratados de paz, etcétera, una docena de veces.

Una historia detallada muestra que este distrito particular ha formado parte de más de seiscientas alianzas distintas.

Una serie interminable de desastres ha jalonado la historia de cada catástrofe, con típica energía germana.

Datos generales

Rombaden (Baños romanos). Población: 90 000 habitantes. Con el distrito de Romstein, 150.000. El ochenta y cinco por ciento, católicos romanos. La ciudad recibió el nombre por los restos de baños romanos hallados en las fuentes termales de los alrededores. Por su tradición, el sonsonete de su dialecto, sus trajes, etcétera, pertenece claramente a la provincia de Schwaben. Existe un gran orgullo provincial. No obstante, se aprecian en ella influencias inconfundibles de la vecina Baviera, particularmente en la arquitectura.

Rombaden se extiende a lo largo de la orilla norte del Landau. Dos puentes la comunican con el distrito de Romstein, en la orilla sur. Entre estos dos puentes se encuentra una inmensa Rathaus Platz (Plaza de la Casa de la Villa) que tiene una media legua de longitud.

La plaza está rodeada de altos edificios. En la cara este se halla Marienkirche (Iglesia de María) con dimensiones de catedral. Su única torre, con cúpula puntiaguda, tiene poca altura menos que la de la Marienkirche de Munich. Su interior, barroco, es considerado el ejemplo más esplendoroso de este período de toda Alemania. La iglesia fue reconstruida en 1670. En la cara oeste de la plaza, enfrente de la catedral, está la Rathaus (Casa de la Villa), fábrica cuadrada, estilo Renacimiento, del siglo XVII. Debajo de la Rathaus hay el Ratskeller (bodega o restaurante de la Casa de la Villa) que constituye un lugar habitual de reunión en las ciudades alemanas. Este Ratskeller particular fue escenario de concentraciones nazis, en los primeros tiempos del nazismo.

El límite norte de la plaza, de media milla de longitud, está flanqueado por una serie de edificios: El Colegio Médico, Instituto de Investigación y Hospital de Rombaden; el Roman Kunsthalle (museo); el famoso teatro de muñecos y la Casa de la Opera. Digamos de paso que el museo contiene innumerables tesoros de obras maestras alemanas, comprendiendo desde Durero al modernista Paul Klee.

En la plaza hay tres estatuas. La estatua de la Virgen María se levanta delante de la catedral. Delante de la Casa de la Opera está la segunda: la de Hintersee, el poeta e hijo más famoso de Rombaden. Él fue quien escribió la *Leyenda de Rombaden*. La tercera estatua se yergue delante de la Casa de la Villa y representa a dos personajes de la *Leyenda de Rombaden*: el dios mítico Berwin y la diosa Helga.

Esta plaza descomunal, capaz de albergar a la mayoría de la población de la ciudad, fue escenario de muchas ceremonias nazis.

El barrio comercial del centro se abre en abanico detrás del límite norte de la

plaza.

El sector industrial se encuentra a la orilla del río. Allí está la Fábrica Romstein de Maquinaria, propiedad de la familia gobernante, y que es en realidad un complejo de media docena de fábricas, constituyendo la columna vertebral de la economía de la región. Desde la era de Hitler se dedica a la fabricación de armas y motores de aviación. Desde el comienzo de la guerra, buena parte de la fábrica ha sido trasladada a departamentos subterráneos. Se cree que fabrican allí piezas de las V-2. Se cree, asimismo, que la mayor parte de sus obreros son esclavos importados de las naciones ocupadas.

A la orilla del río se hallan otras fábricas, la mayoría del tipo de industria ligera: una de cerveza, un pequeño astillero de construcción de gabarras y un taller de cueros. Hay cierto número de talleres, que han pasado de padres a hijos, para la talla del cristal; la manufactura de los famosos muñecos de Rombaden; una fábrica de juguetes, etc.

Rombaden es conocido por su vida alegre. Una gran parte de los ingresos de la ciudad se los proporciona el hecho de haber sido el lugar donde pernoctaban los conductores de las barcazas fluviales. Para que puedan divertirse, hay una calle de tres manzanas de edificios llena de cervecerías, bares, hotelitos y lupanares conocida por avenida de la Princesa y que tiene la reputación de ser una «Reeperbahn hamburguesa, en pequeño».

El baile de Carnaval de la Facultad de Medicina constituye una fiesta alborotada a la que acuden artistas de todo Schwaben y de Baviera para una semana de orgías incesantes.

No menos retumbante resulta el Festín de Noviembre de la Cerveza, durante el cual la Plaza de la Villa está cubierta de varios entoldados grandiosos. Allí se consume medio millón de litros de cerveza, junto a cantidades pasmosas de vino, ginebra holandesa y *Schweinwurtscheru*.

Para contrapesar estas diversas orgías, hay una espléndida temporada de óperas y sinfonías, teatro guiñol, innumerables seminarios científicos en el Instituto y otras, actividades culturales.

Rombaden celebra una única solemnidad, fundada en la *Leyenda de Rombaden,* que data de mil años atrás. Vistiendo trajes medievales, representan el argumento de la leyenda. El punto culminante llega cuando una docena de lectores recitan el poema épico de Hinterseer, lo cual tiene lugar delante de su estatua y para un público de más de cien mil oyentes.

Distrito de Romstein (Piedra romana)

Después de cruzar los dos puentes, se entra en el distrito; dominado por la familia von Romstein, las propiedades de los von Romstein y el castillo von Romstein. La región está bajo este dominio desde hace ocho siglos.

La finca particular de la familia cubre cerca de cien millas cuadradas e incluye su propio bosque de caza.

Hay tres pueblos campesinos que llevan los nombres de individuos destacados de la familia von Romstein: Ludwigsdorf, Sigmundsdorf y Ottosdorf.

El castillo es una maravilla con setenta habitaciones, y contiene una riqueza indecible en tesoros de arte. Está a seis millas del río, sobre un primer y extenso montículo, en las proximidades de Ludwigsdorf.

Ludwigsdorf es además la población de la entrada del Bosque de Schwabenwald, el cual ha ganado notoriedad como emplazamiento del campo de concentración de Schwabenwald. Fue una de las primeras prisiones políticas abiertas por los nazis en 1934. El bosque entero está vigilado por miembros fanáticos de las Waffen SS. En la época en que el autor de este informe estuvo encerrado allí (1936 - 1937) había unos seis mil prisioneros políticos, entre los que se contaban varios sacerdotes católicos y pastores protestantes. El prisionero más famoso era el viejo socialdemócrata Ulrich Falkenstein, que no se sabe si sigue viviendo.

También en la orilla sur del río, algo distanciadas de Rombaden, hay unas cuarenta o cincuenta propiedades que oscilan entre medianas y grandes y pertenecen a la sociedad rica y aristocrática de la región. También hay en este sector una docena de hoteles, construidos alrededor de las fuentes termales. Los alemanes tienen una fe casi religiosa en los grandes poderes curativos de los balnearios. El centro de la actividad de esta clase privilegiada, en la orilla sur, es el Kurhaus, casino de juego y versión un tanto disimulada de la impúdica avenida de la Princesa, del otro lado del río.

Rombaden-Romstein posee muchas características «típicamente» alemanas.

Contamos entre ellas la adoración al ídolo, el espíritu tribal, el gusto por la francachela y el misticismo.

Contamos también con el ritual pagano de los nazis.

Como contradicción, anotamos un catolicismo fuerte, una vida cultural y educativa y un complejo industrial moderno.

Esta fuente de conflictos y esta paradoja están profundamente arraigados en el carácter alemán y son particularmente visibles en Rombaden-Romstein. En verdad, Rombaden es un ejemplo representativo del alemán eterno, que se busca a sí mismo y que constituye un enigma para sí mismo y para el mundo exterior.

Datos políticos actuales

La dinastía de los von Romstein ha detentado el poder absoluto durante ocho siglos. El cabeza de familia actual, Graf Ludwig von Romstein, ascendió a la jerarquía después de una distinguida carrera como aviador en la Primera Guerra Mundial. Es amigo íntimo de Hermann Goering. El hermano mediano, barón Sigmund von Romstein, ha sido alcalde de Rombaden por espacio de casi veinte

años. Por su parte, el conde Ludwig es el canciller del distrito; de modo que entre los dos dominan el aparato político. Un hermano menor, Kurt von Romstein, es el jefe de distrito nazi; pero no es seguro que los dos mayores pertenezcan efectivamente, al partido.

Al conde Ludwig von Romstein, como a muchos alemanes, el Tratado de Versalles le había amargado y desilusionado. Su «clase» tenía poca fe en la fuerza de la República de Weimar. Como la mayor parte de Alemania, su distrito no se bastaba a sí mismo en materias alimenticias y había de recurrir a la producción industrial. La depresión, la inflación la falta de víveres y las restricciones del Tratado de Versalles trajeron la ruina al distrito y dieron origen a un partido comunista fuerte.

Graf Ludwig von Romstein jugó el naipe de los nazis. El hermano menor, Kurt, se convirtió en un nazi activo. Estamos seguros de que lo hizo a instancias del conde, como un deber con la «familia».

Con el ascenso de Hitler y el rearme, la Fábrica Romstein de Maquinaria fue de las primeras que se benefició de cuantiosos pedidos. La nueva prosperidad económica llevó directamente al conde a codearse con los nazis, y, siendo el propio hermano del conde un jefe del partido, el sector de Rombaden-Romstein se convirtió en una fanática fortaleza nazi, igualando en fervor a Munich, Nuremberg y los Estados Orientales alemanes.

Desde que empezó la Segunda Guerra Mundial, la Fábrica de Maquinaria, así como las otras fábricas menores, han sido transformadas en productoras de material de guerra. Durante los meses últimos, ese sector ha sido bombardeado intensamente.

Las dudas de Sean iban en aumento a medida que profundizaba más en la atormentada historia de guerras civiles y religiosas, orgías sangrientas, paganismo y tribalismo; y del orgullo de barones y príncipes; de relatos de fraudes, alianzas, puñaladas por la espalda…, demasiado compleja para seguirla. Del homosexualismo y la perversión de los nazis. De una brutalidad profundamente arraigada, que el hombre no había conocido hasta entonces. De Hinterseer, el poeta místico. De los filósofos que también se creían místicos. De cantores y músicos y escritores y hombres de ciencia. Intelectuales y bárbaros. Brutos y eruditos. Amor y crimen.

Sean O'Sullivan se preguntaba, como se lo preguntaba el general Hansen, si existiría la especie de hombre capaz de traer cordura a un país que no la había conocido jamás. ¿Qué poder, terreno o de otra clase, lograría obrar la maravilla de que una idea se abriese camino a través de este entretejido de porquería y belleza?

CAPÍTULO X

DURANTE todo el mes siguiente, Sean y Dante Arosa se dedicaron al estudio de los historiales y antecedentes personales de cerca de cuatro mil oficiales en el Centro de Entrenamiento del Gobierno Militar, de los Cuarteles Hore-Belisha de Shrivenham. Discriminaron, sopesaron y luego estuvieron en condiciones de seleccionar el Equipo Guía.

Dante Arosa regresó a Queen Mother's Gate para reunir todos los datos proporcionados por el espionaje sobre Rombaden, mientras Sean continuaba en Shrivenham para entrevistarse con los posibles candidatos.

El subteniente Shenandoah Blessing entró en la oficina de Sean. Era un hombre voluminoso que andaba con esa gracia peculiar que adquieren ciertas personas obesas a costa de luchar constantemente para conservar el equilibrio. Al primer apretón de manos, Sean descubrió a un tiempo la engañosa penetración y la energía de aquel hombre.

—¿Usted fue *sheriff* del Condado de Hook (Tenessee) durante nueve años?

De la cara de luna de Blessing salió una voz empapada de dulzura jovial, respondiendo en sentido afirmativo.

—Y siguió una docena de cursos especiales en las escuelas de entrenamiento de la F. B. I…

Blessing confirmó modestamente sus credenciales. Hubo todavía unas cuantas preguntas formularias más; pero Sean sabía desde el principio que Blessing era el hombre que andaba buscando. El Condado de Hook era parecido en extensión y población a Rombaden-Romstein. El Condado de Hook era un terreno áspero, con problemas policíacos difíciles. A pesar de su figura y su modestia, la reputación de Blessing como hombre que sabía imponer la ley cada día más se había extendido notablemente y su historial estaba lleno de innumerables ejemplos de bravura e ingenio.

—El problema policíaco de Rombaden va a ser especialmente difícil porque no tenemos en la lista blanca bastantes alemanes ni para dirigir el tráfico. Aquello es nazi de los pies a la cabeza.

—¿Con cuántos muchachos podré contar?

—Creo que le podré proporcionar veinte.

Veinte hombres para habérselas con cien mil paisanos enemigos, además de un número desconocido de soldados, fanáticos, personas desplazadas… Habría que seleccionarlos uno a uno, y entrenarlos como espartanos; tendrían que ser hombres que casi desconocieran el miedo, y al mismo tiempo listos como el diablo.

—¿Puedo escoger yo a mi gente?

—Sí.

—Bien. Creo que saldremos adelante, comandante.

El más antañón de los hombres elegidos por Sean fue también seleccionado sin ni una sombra de duda. El capitán H. W. Trueblood tenía sesenta y dos años. Sus cualidades excepcionales y su decisión de participar en la guerra le habían traído a Shrivenham. Trueblood había sido celador de la National Gallery de Londres, especializado en la Edad Media alemana. Hablaba el alemán perfectamente y estaba completamente empapado de historia alemana.

Trueblood era pálido como sólo puede serlo un inglés que no vea nunca el sol, y hablaba con voz apagada, sin dirigirse nunca a nadie en particular. Era el estudioso perfecto, pensaba Sean.

—¿Está familiarizado con el Roman Kunsthalle de Rombaden?

—Sí, naturalmente. —Y Trueblood se apresuró a refrescar la memoria en voz alta. —Extraordinaria representación del segundo período alemán… Hans Pleydenwurff, Wolgemut. Han de tener varios Van Soests y estoy enterado de que poseen cuatro Grunewalds. Luego, por supuesto, sus propios maestros de Schwaben: Konrad Witz y Lucas Moser…

—Por supuesto —dijo Sean, fascinado por el lenguaje «extranjero» que hablaba el otro.

Trueblood recordó de pronto que estaba ante un lego y probó de corregirse.

—Estoy hablando, naturalmente, de las escuelas flamenca y de Colonia del siglo XV.

—Sin duda.

—Reservo un capítulo excelente a los alemanes del Renacimiento. Ya sabe usted, la familia Romstein ha sostenido el museo con importantes sumas.

—¿Qué dificultad ofrecerá confeccionar un catálogo preciso, que incluya además la catedral y el castillo Romstein?

—Pues… uno no sabe adonde habrán transportado los cuadros desde que empezaron los bombardeos, ¿verdad que no? —Y como si fuera una idea repentina, luego murmuró—: Sería una pena grande que hubieran perdido su altar de Moser…

Otro inglés, el doctor Geoffrey Grimwood, se había retirado del Ejército con la graduación de oficial del Imperio británico. Había servido en la India como director de un hospital en una población donde el hambre y las epidemias eran endémicas. Después de retirarse había ocupado un alto puesto en el servicio de sanidad pública. Lo mismo que Trueblood, no quiso quedar al margen de la guerra.

A través de su bigote castaño claro de foca, Grimwood informó a Sean de que hablaba un alemán aceptable y había asistido a seminarios sobre sanidad pública en el Colegio Médico de Rombaden, antes de la guerra.

Había otro oficial británico, W. W. Tidings, del departamento alemán del Barclay's Bank, que era un brujo en ese reino místico de la moneda de los diversos

países.

Había un canadiense, Bertrand Collier, que había sido corresponsal en Alemania y, posteriormente, seleccionador de noticias para la Emisora Canadiense.

Entraron también americanos: Dale Hickman, muy conocido como experto en economía agrícola; Sam Alterman, ingeniero de comunicaciones de la International Tel. and Tel.

Asimismo Bill Bolinski, abogado de treinta y dos años, hijo de padre polaco y madre alemana, y que hablaba bien ambos idiomas. Además de oficial jurídico, fue nombrado oficial de personas desplazadas.

Figuraba también en la selección Hank Greenberg, ingeniero civil nacido en Alemania, que empezó sus estudios en la Universidad Humboldt, de Berlín, y los terminó en Carnegie Tech, de Pittsburg. Se había especializado en el planeamiento de ciudades. Nombrado oficial del Ejército en 1940, había proyectado y construido ya media docena de bases nuevas para el Ejército cuando A. J. Hansen se lo llevó consigo al Gobierno Militar.

Si se dejaba aparte el hecho de que era judío, Greenberg tenía una figura completamente germánica: cejas gruesas y oscuras, grandes ojos castaños, cuerpo alto y flexible. El martilleo de preguntas de Sean no provocó en él ninguna reacción.

—¿Usted nació en Mannheim?

—Sí. Durante la Primera Guerra Mundial, en la que mi padre fue un buen soldado alemán. Lo cierto es que posee una Cruz de Hierro —respondió Greenberg con sólo el más leve vestigio de acento.

—¿Judío por ambos costados?

—Por nacimiento, sí, completamente; por religión, de una manera moderada. Como puede ver usted en el informe que tiene ahí, el Hank es, en realidad, Heinrich.

—¿De qué clase de persecuciones fue objeto usted personalmente, por parte de los nazis?

Greenberg sonrió levemente.

—Mi padre fue bastante listo para salir de Alemania antes de que Hitler subiese al poder. No obstante, para un judío, en Alemania nunca se puede retroceder bastante en el tiempo. El antisemitismo no es un fenómeno reciente. Se ha manifestado por espacio de mil años, comandante.

—Entonces debe de causarle una satisfacción maligna el saber que las incursiones de los bombarderos están despedazando Alemania.

—La misma que le causa a usted, comandante. Ambos somos americanos.

—¿Guarda usted algún recuerdo agradable de Alemania?

—Naturalmente. Pasé la niñez y llegué a la juventud allí.

—¿Qué idioma hablan sus padres en casa?

—Alemán.

—¿Qué clase de castigo cree que deberían recibir los nazis?

—Esto corresponde al departamento de usted. Yo soy ingeniero. Mi campo es el

de las matemáticas.

Sean simpatizó con Greenberg; le gustaba su piel recia y su actitud precavida. Sin embargo, había algo en Greenberg que no sabía identificar. Se notaba algo en su persona que proclamaba que en aquel hombre quedaba todavía mucho de alemán. ¿Había que extrañarlo demasiado? Al fin y al cabo, una quinta parte de la población de Norteamérica desciende de antepasados y emigrantes alemanes. ¿Qué decir del propio padre de Sean? Seguía siendo irlandés hasta lo más íntimo del alma. A despecho de la fachada exterior de Greenberg, Sean estaba convencido de que dentro de su alma libraban un duelo el amor y el odio.

En el Equipo Guía faltaba sólo un hombre clave. Alguien con una experiencia práctica de gobierno. Por los informes, el capitán Maurice Duquesne, de las Fuerzas Francesas Libres, poseía todas las condiciones que se podía apetecer. Había sido elegido para un cargo público en una región similar por sus dimensiones a Rombaden-Romstein; fue *sous-préfet* de un *arrondissement* del Departamento de Belfort, provincia de Lorena. Duquesne había vivido en la frontera alemana, enfrente de la Selva Negra, y hablaba un alemán impecable.

Pero era arrogante, y desde el primer momento de la entrevista dio a entender a Sean que los americanos eran unos recién llegados. Francia sabía cómo había de gobernar Alemania. Los americanos no sabían nada.

Para Sean, la decisión acerca de Duquesne fue la más difícil. Evidentemente, el francés consideraba que era él quien debía tener un equipo bajo su mando. No obstante, a pesar de los signos de tormenta, Sean no podía dejarlo escapar.

El joven comandante recordó la primera vez que vio al general Hansen y le calificó interiormente de cascarrabias, corto de talla y mal hablado. Poco a poco fue aprendiendo que Hansen no era grosero ni estúpido, y que poseía aquello que a él le faltaba: experiencia. De aquel hombre podía aprenderse mucho.

Duquesne poseía experiencia práctica de gobierno. El trato cotidiano le había proporcionado un conocimiento de los alemanes superior al adquirido por Sean a través de teorías escolásticas fabricadas a una distancia de millares de millas.

Sean jugó, pues, el naipe de Maurice Duquesne.

En el Equipo Guía había otros aún: americanos, ingleses, franceses. Sumando los hombres alistados por Blessing en el cuerpo de policía y los escribientes y sanitarios, Sean se llevó cincuenta hombres a Queen Mother's Gate.

El general Hansen pensaba que, sobre el papel, Sean tenía un buen equipo, pero que, después de Dante Arosa, era el oficial más joven. ¿Sabría ganarse el respeto de los hombres mayores y más formados? ¿Sería capaz de infundir vida y pasión en las reproducciones en yeso de Rombaden? ¿Podría transformar la placidez en espíritu de misión?

Las dudas de Hansen se desvanecieron pronto. Sean atacó el problema de Rombaden-Romstein con un celo que convirtió los estudios del Equipo Guía en una

especie de cruzada.

Hasta el arrogante Maurice Duquesne daba ligeras muestras de respeto ante la energía de aquel joven, y concedió una tregua. Por lo pronto, el comandante O'Sullivan era un motor en marcha, pero aquellos mapas, aquellos interrogantes, aquellos problemas teóricos estaban muy alejados del campo de batalla. Duquesne sabía que la mayoría de los planes de batalla quedan desmentidos en cuanto se dispara el primer tiro, y se reservaba el juicio definitivo para cuando llegase ese día…

El Equipo Guía se trabó en una unidad cerrada, orgullosa. Sean O'Sullivan había resultado un maestro en una de las lecciones aprendidas de Andrew Jackson Hansen. Poseía el don de cultivar en sus hombres una fidelidad nada común dando a entender a cada uno que se le necesitaba. Aunque al mismo tiempo le daba a entender también que todo podría marchar perfectamente sin él.

CAPÍTULO XI

SEAN entró en la oficina de Hansen. Nellie Bradbury y Henry Pringle estaban sentados en el gran canapé de cuero, con una palidez de yeso en los rostros. El dolor arrugaba la expresiva faz de Hansen.

Las palmas de las manos de Sean se humedecieron; su garganta se quedó seca. «¡Oh, Dios mío! ¡Estoy soñando!». Probó repetidamente de sacar de su pecho aquella pregunta. Un sudor frío le invadió.

—Tu hermano Tim ha muerto —dijo finalmente Hansen.

Sean movió la cabeza, indicando que lo sabía, se acercó a la ventana y se puso a contemplar el patio con mirada inexpresiva, dando la espalda a los otros. Diez minutos insoportables transcurrieron sin otro son que el suspiro estremecido que exhalaba Sean de vez en cuando.

—Se lanzó al ataque de una base de V-l —explicó Bradbury. —Esta vez iba al frente de unos cuantos más. Los otros vieron cómo le daban.

Hansen cogió a Sean por el brazo y le acompañó a un sillón.

—Vamos, hijo, bebe algo.

Sean apartó el brazo del general. Los demás vieron cómo se ponía rígido, luchando contra una convulsión. Un atontamiento profundo se apoderó de él.

—Desahógate —recomendó Nellie.

Luego, sólo el silencio terrible nuevamente y la expresión ofuscada de Sean.

—Era uno de los mejores; sí, Tim O'Sullivan era uno de los mejores —dijo Henry Pringle con voz casi alegre. —Un campeón de campeones. Tuvo una muerte gloriosa. No se le olvidará jamás.

—¡Cállese, so vampiro hediondo! —silbó el general Hansen. —Me asquea esa maldita adoración que ustedes los aviadores rinden a la muerte.

—Déjelo, general —recomendó Big Nellie. —Pringle y yo hemos llorado por esos muchachos hasta que no nos quedaron lágrimas.

—¿Cree usted que armamos juergas porque somos dichosos? Tenemos miedo y nos sentimos mal y todos casi morimos de pánico cada noche, cuando se abre la puerta y entra la mitad de una escuadrilla…

Todos se callaron al ver que Sean se ponía en pie y salía de la habitación.

La aguja del gramófono de su padre arrancaba, a través del altavoz, una alterada reproducción de la voz de John McCormack:

¡Kathleen Mavourneen!, emerge de este sueño frío.
En las montañas azules el sol centellea…

—Escúchame, Tim. Tuve que aceptar dos combates para pagar tus estudios. Tú no te vas a la Brigada Lincoln. Me rompí esta mano para hacerte entrar en el colegio,

y me romperé la otra para retenerte allí.

… ¡Ah! ¿Dónde está el hechizo que animó mis ritmos?
Abre tu belleza, oh tú, de mi noche estrella.

Un cambio repentino del viento azotó la espuma dentro de la cueva, echándola encima de los tres hermanos. Liam protegió el libro para que no lo mojase el agua. Sean y Tim se quedaron mirando cómo las olas retrocedían, resbalaban rocas abajo y corrían nuevamente hacia el mar. Liam volvió a leer el libro con su voz delgada.

Cayó como caen los valientes,
Impertérrito hasta el fin,
Y hoy la muerte le ha reunido
Con los viejos héroes de la antigua Erin.

¡Parnell! Mientras Liam leía, los ojos de Tim buscaban afanosos aquellos lugares, más allá del horizonte, donde aguardaban las aventuras, y no sólo en sueños de vigilia.

—¡Lee algo de O’Casey, Liam!

—Tú y tus patriotas irlandeses me dais asco —dijo Sean.

Mavourneen, Mavourneen, mis lágrimas se derraman Al pensar que a nuestra Erin y a ti os diré adiós.

—¿Cómo diablos puedes mostrarte tan impersonal ante una guerra que nos arrebató a nuestro hermano…? Penetrábamos sobre el suelo alemán…, yo casi veía la faz de Liam delante de la ventanilla…, y entonces… se me representaba la tumba de Liam…, quería volar tan bajo que pudiera hacerlos pedazos con las hélices…

—Deja ya de enarbolar la bandera, Tim.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué ha de morir el hermano que no debía morir…? Liam habría podido darnos la gloria.

Puede ser por años, hasta, quizá, para siempre;
¿Cómo estás callada, pues, voz de mi corazón?

—Tu padre está muy enfermo, Sean. Necesitará meses de reposo y atenciones para restablecerse de este ataque, y no volverá a ser lo que era antes.

—Papá, no debe preocuparse por nada. Yo me encargo de la familia.

Soldado Liam O’Sullivan, poeta. Un muchacho amable. Muerto. Veintidós años. Kasserine Pass, Africa del Norte. Murió tan calladamente como vivió.

Subteniente primero Timothy O’Sullivan. Rebelde. Veinticinco años. Murió en algún punto de Alemania, dentro de una columna de fuego…, tan violentamente como había vivido.

Puede ser por años; hasta, quizá, para siempre,
¿cómo estás callada, pues, Kathleen Mavourneen?

—Sean. Soy yo, Dante. No puedes quedarte eternamente sentado ahí en la oscuridad. Sean, por amor de Dios, estalla de una vez y llora. Maldice, aporrea la pared, emborráchate. Sean, contéstame, te lo ruego. Sean, no puedes seguir ahí, sentado en la oscuridad… Sean…, Sean…

Sean parpadeó, abrió los ojos y se humedeció los labios. Poco a poco distinguió ante él al reverendo padre O'Brien.

—Ha estado encerrado aquí cinco días. Tim ha volado al cielo. Hay que servir a los que siguen viviendo.

Sean se incorporó pausadamente hasta quedar sentado, bebió un sorbo de agua y encendió un cigarrillo. Se sentía débil, desmadejado y embotado.

—Padre —graznó con voz áspera—, no tengo oídos para discursos jesuitas y falaces.

—Los aspectos espirituales podremos explorarlos después. Ahora estoy pensando en algo más práctico, como, por ejemplo, tomar una comida decente. Si no sale de aquí, le llevarán al hospital y le alimentarán por vía intravenosa.

Sean volvió a derrumbarse sobre la cama y se sumió de nuevo en su delirio.

—Sería mucho mejor que despidiese a su hermano al buen estilo irlandés. Vayámonos a emborracharnos y abrir un par de cabezas a porrazos.

—Padre O'Brien, váyase al diablo. —Un temblor espantoso agitaba a Sean. Por primera vez, una lágrima resbaló por su mejilla. —¡Oh, Timmy! ¡Timmy! Esto matará a mamá y papá.

El sacerdote se sentó a su vera prestamente.

—Ha perdido la fe en Dios, ¿verdad que sí? Todos hemos librado esta lucha, Sean. Hasta Jesús.

—Yo creo en Dios, efectivamente; pero no en un Dios de amor. Es un monstruo. Permitió que linchasen a su único Hijo, y continúa matando a los que le quieren más. Dios ha destruido mi familia.

—Ese asesinato que se cometió en nombre de Dios no fue obra Suya. Es la locura de los hombres la que clama erróneamente que se asesine en Su nombre.

—¡Por qué no moriría yo en lugar de Liam y de Tim!

—¡Sean! Mientras esté tendido sobre su espalda, deshonrará la memoria de sus hermanos. ¡Levántese, Sean!

El general Hansen se quedó apenado al ver el aspecto de fatiga de Sean. Después de varios días de tormento, tenía la figura del soldado de primera línea que acaba de librar un combate terrible.

—Estoy dispuesto a volver a mi mando. Lamento…, lamento haber causado tantas molestias a todos.

—Hay una cuestión que debemos discutir. ¿Estás en condiciones?

—Sí, señor.

—De tres hermanos, eres el único que sobrevive. Tu familia ha contribuido con

una parte mayor de lo que le corresponde.

—No quiero volver a los Estados Unidos.

—La cuestión no está en tus manos. Está en la de tus padres. Te das cuenta de que tienen este derecho.

—Sí, señor.

—Me he puesto en contacto con un antiguo compañero mío que está destacado en el Presidio de San Francisco. Le pedí que visitara a tus padres y les explicase la situación.

—¿Cómo están…?

—Todo lo bien que se puede esperar.

—¿Qué…, qué decidieron?

—No lo sé. Tu padre escribió una carta. Me la entregó en mano un correo personal que vino en avión. —El general le dio un sobre. Sean leyó su nombre, escrito con mano cansada y temblorosa. —¿Aceptarás la decisión de tu padre con calma?

—Sí, señor… ¿Haría…, haría el general el favor de leérmela?

—Muy bien. —Hansen se arregló los lentes, acercó los ojos a la desigual escritura y carraspeó:

«Muy amado hijo:

»¡Mi corazón clama por ti en esta hora de gran necesidad que atraviesas! Me apena no estar cerca para consolarte. No sería preciso decir que sobre esta casa han descendido unas tinieblas horribles. Siempre he sido sincero contigo, Sean. Tampoco ahora mentiré. Lo cierto es que no sé si tu madre y yo viviremos mucho después de este golpe.

»Es por ti por quien sufro ahora, porque tú has de seguir viviendo. Eres nuestra última semilla. Eres el que ha de continuar nuestro apellido más allá de nosotros, o ha de ponerlo a descansar para siempre.

»A tu madre y a mí ya no nos quedan lagrimas. Nuestro dolor no puede ser más profundo. No podría decir con toda sinceridad si la muerte de tres hijos puede ser más terrible que la de dos. Si debes reunirte con ellos, entonces, no retrocedas.

»Daría la vida por abrazarte una vez más, hijo mío. He pasado muchas horas sentado para confiar al papel las palabras que te obligasen a volver a nuestro lado, fuera del peligro. Pero no puedo hacer eso. Toda tu vida he procurado enseñarte que debes seguir tu propia conciencia. No puedo negarte ahora que continúes igual. Tú no puedes vivir por Tim y por Liam. Debes vivir por Sean.

»Has servido a nuestro apellido más tiempo y más fielmente de lo que un muchacho está obligado. Te has sacrificado años y años por nosotros…, has trabajado por nosotros, y duramente.

»Eres libre.

»Te ruego, Sean, que no te dejes consumir por el odio, porque te destruiría como ha destruido a Tim. Y recuerda, hemos conseguido todo lo que nos habíamos propuesto conseguir. Yo no soy más que un trabajador inmigrante y he podido ver a mis tres hijos con título universitario».

Hansen entregó la carta a Sean.

—¡Qué gran hombre! —exclamó el general. —Sean, quiero utilizar tus servicios aquí, como ayudante mío. Quiero que renuncies a tu actual destino.

—¿Que renuncie a mi destino?

—Exiges demasiado de ti mismo. Después de lo que ha pasado, no creo que ni a ti ni a nadie se le pueda situar en un puesto en el que haya que estar en contacto directo con alemanes. Ahora tu criterio estaría demasiado nublado.

Un runruneo familiar del exterior había ido cobrando intensidad ya desde el primer momento de entrar Sean en la oficina. De pronto se hizo arrollador. El rugido imposibilitaba toda conversación; las ventanas trepidaban y el edificio se conmovía hasta sus mismos cimientos. Sean y el general Hansen se acercaron a la ventana; por una vez el cielo de Londres estaba despejado. Una oleada tras otra, los bombarderos «Liberator» marchaban pesadamente hacia la costa como ballenas voladoras. La invasión de Europa no podía tardar ya mucho.

—General Hansen —dijo Sean—, quiero mi mando.

CAPÍTULO XII

NAN Milford abrió la puerta de par en par. Andrew Jackson Hansen apareció de pie ante ella. La expresión ilusionada de la cara de Nan se trocó en una de evidente desencanto.

—Soy el general Hansen —dijo el visitante. —¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

Todos los adornos para una reunión estaban de manifiesto: una espléndida mujer con una atractiva bata de anfitriona; una mesa iluminada con velas en la alcoba; música de gramófono y una luz discreta. Hansen siguió detrás de la mujer, entrando en la sala de estar. Era ciertamente hermosa; mas, al mismo tiempo, era también hielo y cólera.

—El comandante O’Sullivan ha tenido que partir para Shrivenham inesperadamente.

—¿Por haberlo dispuesto usted personalmente?

—¿Puedo sentarme?

—Sin duda alguna.

—*Mistress* Milford, hemos de decirnos unas cuantas cosas desagradables. Le agradecería algo de beber. —Nan le llenó un vaso con gesto frío. Hansen habría preferido tener que habérselas con cualquier otra persona antes que con una mujer enojada.

—Puesto que hemos de hablar con toda franqueza —dijo Nan—, me gustaría saber hasta qué punto su cargo le da autoridad sobre la vida particular de sus hombres.

—*Mistress* Milford…

—Y me gustaría saber por qué me ha impedido comunicarme con él en una ocasión como la presente. Hasta me cortaron las llamadas telefónicas.

—Porque ésta es la ocasión en que había que tenerla a usted apartada de él.

—No comprendo su concepto de la compasión, general.

—Aquel muchacho ha recibido una herida tan profunda que hasta niega a su Dios.

—Me ha necesitado, general.

—Sí, la ha necesitado. Bastante malo es que la necesite cuando está sano. ¿Qué pasa si ahora viene, arrastrándose, hasta usted y se arroja en sus brazos misericordiosos?

—¿Acaso no se debe dar el amor cuando más lo necesitan?

—Sí, *señora* Milford, pero usted no puede darlo…, únicamente puede prestarlo.

Nan palideció.

—Usted ofrece una muleta a un hombre herido. A mí me gustaría verle curado. O se dispone usted a seguir por este camino hasta el final, divorcio, nuevo matrimonio;

todo, en fin…, o le deja que viva su vida, sin usted.

Nan arqueó la espalda y contuvo las lágrimas que se formaban en sus ojos.

—Él le admira más de lo que puede expresarse, general Hansen. Su afecto raya en la adoración.

—También a él le adoran. Ese muchacho tomó el mando de un grupo de hombres mayores y más expertos que él y que se habían labrado ya un nombre como especialistas talentudos, y los ha moldeado hasta formar una unidad. Desde esa tragedia, su equipo está poco menos que desintegrado. Pues bien, todos los que amamos a Sean O'Sullivan hemos de ofrecerle nuestro amor de la manera que haya de serle más útil. Sus hombres se lo ofrecerán entregándose en cuerpo y alma al trabajo. Su padre se lo ofreció concediéndole el don de poder portarse como un hombre, permitiéndole que siga los dictados de su conciencia. Yo le he demostrado que creo en él; le he devuelto a su puesto…

—Y yo…

—Usted sabe muy bien lo que tiene que hacer, *mistress* Milford.

—¿Ha sido espantoso para él?

—Raras veces he visto a un ser humano sufriendo tan terriblemente.

—Mi pobre Sean…, pobre cariño mío.

Nan se estrujó con fuerza las enlazadas manos, respiró profundamente y sacudió la cabeza con movimiento rápido. ¡Aquello había terminado así, tan sencillamente! Al final, ese final que ella había sabido siempre que había de llegar, Nan volvió a los cauces de su estirpe. La temida soledad, el miedo al tiempo que se extendía interminablemente ante ella se disolvieron súbitamente en un manantial de compasión por Sean. El general Hansen comprendió por qué Sean la amaba tanto…, por qué la necesitaba, y por qué Nan no podía tenerlo ahora a su lado.

—Mañana por la mañana marcharé a Plimlington East a ver a mis hijos. Estuve pensando que unas vacaciones sin otra compañía que la suya habría de resultar un tónico maravilloso. Podríamos escondernos, desaparecer en cualquier punto de Escocia. Sé lugares que ni siquiera tienen teléfono.

Hansen dejó el vaso, se acercó a ella y le oprimió la mano.

—¿Me olvidará?

—No, pero se sobrepondrá.

Nan movió la cabeza asintiendo.

—Asunto resuelto, pues, ¿no es cierto?

—En verdad, usted le ama mucho.

—General —a Nan se le quebró la voz—, le ruego que se vaya…

CAPÍTULO XIII

20 abril de 1945

Era el atardecer. El comandante Sean O'Sullivan corría a toda velocidad por una carretera alemana, el segundo en la línea del convoy de *jeeps*, coches de mandos y camiones que constituían el Equipo Guía G-5. Sean ocupaba siempre el segundo *jeep*; Maurice Duquesne, el primero. El francés conducía como un suicida; nadie se atrevía a viajar con él.

Los guijarros de la carretera estaban lisos por la lluvia y hacían traquetear los vehículos. Atravesaban unos bosques interminables; los abedules proyectaban unas sombras oscuras y caprichosas sobre la mísera carretera empapada de lluvia. Sean se encorvaba sobre el parabrisas.

A su lado, el doctor Geoffrey Grimwood hacía muecas. De vez en cuando salían a través de su bigote unos refunfuños bajos, protestando de la monstruosa construcción del *jeep*.

En el asiento trasero, el ordenanza de Sean, soldado O'Toole, intentaba separar tres barritas de goma de mascar. El macizo Shenandoah Blessing, dormía, aplastando a O'Toole contra el costado del vehículo. Su cara de luna se bamboleaba libremente sobre el cuello y caía sobre el hombro del ordenanza. «El muy truhán duerme en cualquier parte —pensaba O'Toole. —A través de la Línea Sigfrido, cruzando el Rhin, en cualquier parte. Mírale al canalla durmiendo con la lluvia corriendo por su feo cuello». O'Toole levantó el hombro y apartó de un empujón la cabeza de Blessing, intentando luego desplazar aquel cuerpo inerte Pero cabeza y cuerpo volvieron a inclinarse sobre él.

Allá al frente se levantaba una barrera. El convoy hizo alto delante de un cabo que tenía en las manos un fusil ametrallador. Sean bajó del *jeep*, se envolvió en el poncho y se acercó al guardia.

—Santo y seña.

—*Wishing well* —contestó Sean, usando un par de «ws» destinadas a deletrear la lengua alemana más perfecta. (Digamos de paso que en español «wishing well» significa «buenos deseos», o sea, «que usted siga bien»).

«Uno de estos días voy a decir "vishing, vell" y le daré un susto de miedo a uno de esos centinelas», pensó O'Toole.

—Glenn Miller —respondió el guardia.

—«Serenata a la luz de la luna» —replicó Sean.

—Deme otra vez.

—«Tuxedo Junction», «Little Brown Jug», «Pennsylvania Six Five Thousand». —Sean repartía americanismos típicos.

—Pershing Square.

—*Queers*.

«¡Vaya juego tonto! —exclamaba para sus adentros Grimwood. —Los americanos llegan a extremos ridículos para identificarse recíprocamente».

El guardia se convenció de que el convoy no era de alemanes que se infiltraban y advirtió a Sean que se hallaban al final de la carretera y que en una casa de campo, a unos centenares de metros de allí, estaba el Cuartel General de un Regimiento.

—Muy bien. Reúnan el convoy. Monten una guardia. Organicen un vivac.

Sean, seguido de su perro guardián, O'Toole, cruzó por el encharcado suelo en dirección al claro y a la casa de campo. El coronel Dundee les dio la bienvenida malhumorado. «Dandy» Dundee, un soldado que se había abierto paso por su propio esfuerzo, intentaba hacer honor a su leyenda. La úlcera que sufría le estaba matando.

—Vosotros los sujetos del Gobierno Militar os echáis siempre sobre mi espalda —dijo, rascándose el pelo de la mandíbula.

—Lo cierto, coronel, es que hace casi un año que aguardamos para trasladarnos a Rombaden.

—¿Ha bebido alguna vez esta porquería? Steinhager.

Sean aceptó la botella, engulló un buen trago y la pasó a O'Toole.

Dundee le puso al corriente. Había enviado una patrulla a Rombaden, pero había sido destrozada. Entonces retrocedió, se atrincheró y trajo dos batallones de Long Toms y uno de tanques. Ahora estaban ocupando posiciones en el bosque. Los morteros pesados los colocaban más adelante, a fin de que pudieran alcanzar al menos los suburbios de la ciudad. Dundee se proponía castigar Rombaden toda la noche, con todas las armas que alcanzaran hasta allí. Le habían prometido que por la mañana se llevaría a cabo un ataque con un centenar de aviones. Dundee soltó el eructo del hombre cuyo estómago se rebela continuamente. Luego fijó en Sean una mirada diabólica, como si fuera a comunicarle un secreto tremendo.

—Comandante —le dijo con aire solemne—, esta noche voy a cruzar el Landau, dos millas más abajo de la población.

—¿Tiene un puente?

—¡No, diablos! El maldito batallón de ingenieros se ha perdido. Cruzaremos en botes de goma.

Dundee calculaba que, al amparo de la oscuridad, podría enviar un batallón al otro lado del río. La mañana encontraría a Rombaden aislada. Más aún, podría adelantar parte de sus hombres hasta el campo de concentración de Schwabenwald para desatar la esperada resistencia de las Waffen SS.

Sean regresó al vivac para ver cómo estaba su equipo. Desde que cruzaron la Línea Sigfrido habían vivido sobre el terreno. Los hombres de Blessing habían reunido ya ganado suficiente de los alrededores, y raciones triples para una comida decente. Las tiendas de dos piezas habían sido montadas. A los más viejos del equipo —Tidings, Trueblood, Collier, Duquesne— se les había reservado las cajas de los camiones para que durmieran en ellas. Por su edad, Geoffrey Grimwood tenía el mismo derecho, pero sus largos años de servicio militar hicieron que se negase

arrogantemente y se acostó en el suelo.

Sean fue hasta el lindero del bosque. Delante no se veían más que tinieblas empapadas de humedad. Gris sobre gris, el río Landau no se veía en el horizonte. Rombaden estaba por alguna parte de allá enfrente. Los colores de la tierra se habían vuelto pálidos, fango y lodo cobrando vida y hormigueando de infantes.

Al anochecer había cesado la lluvia. En el vivac del bosque, el viento sacudía de las hojas interminables rociadas de agua, mojando, con la consiguiente incomodidad, a todos.

El cansancio había rendido a los hombres del equipo guía G-5, los cuales habían llegado a este delicioso estado de embotamiento en que el dolor y la desdicha cesaban, en que uno apenas sabía recordar que hubiera vivido alguna vez sin barro. Se habían zampado un cerdo y una docena de gallinas alemanas, de modo que la vida no carecía de compensaciones. Luego se durmieron todos, menos el comandante; porque cuando los demás duermen, el comandante medita.

Los cañones Lonk Tom y los tanques encendían luces cada pocos segundos y sus hocicos despedían llamaradas. Allá arriba y más adelante, los morteros pesados silbaban y las rayas encarnadas de las balas de las ametralladoras volaban raudas hacia Rombaden.

Sean se recostó sobre un árbol del lindero del bosque. O’Toole vigilaba a unos metros de él, con la carabina en las manos, alerta por si aparecía algún intruso.

«Bien, Tim —pensaba Sean—, he visto a los alemanes. No los he visto por la ventanilla de un avión lanzado al ataque, huyendo como hormigas que escapan de un chorro de agua hirviente; los he visto empujados como un rebaño, abandonando un campo tras otro, apagada la mirada, derrotados. Los he visto marchar cojeando en hileras interminables, con las manos sobre la cabeza. Los he visto sorber afanosa, ruidosamente, agua de nuestras cantimploras, con mano temblorosa, y echarse al suelo para recoger las colillas que nosotros habíamos tirado. Los he visto demasiado cansados y disgustados para que el deshonor de ser hechos prisioneros les importase poco ni mucho».

Un súbito estallido de llamas que se levantaban de Rombaden puso a la vista la silueta de unos cuantos edificios. Sean estuvo mirando el fuego hasta que las llamas vacilaron y empezaron a desvanecerse.

Era raro lo que le pasaba al ver alemanes. No los odiaba. No sentía el deseo de golpearlos, de pisotearlos…, de preguntar: «¿Cuál de vosotros apretó el gatillo que mató a Liam?». Eran unos bultos abstractos. Aquellos seres no podían haber sido los fanáticos con botas altas y paso de ganso que gritaban histéricamente: *Sieg Heil! Sieg Heil*! No eran nada…, nada.

«Liam…, Liam, tú nunca llegaste a verlos siquiera. Quizá sea mejor así. Morir de prisa y acabar. A mí me toca vivir con ellos… y pensar en ti y en Tim».

«Greenberg. ¿Qué pensaría Greenberg cuando entramos en Mannheim y se plantó delante de una casa y dijo que era donde él había nacido?».

«¡Oh, Dios mío, Nan! ¡Qué solo me he sentido sin ti! ¿Por qué me devolvían las cartas que te escribía? ¿Por qué no respondía nadie cuando te llamaba por teléfono? Eres una perra maldita, con hielo en las venas; pero sigo amándote. Te amo todavía». ¡Aquel momento terrible de humillación! En el teatro, del brazo de un coronel inglés, Nan se había vuelto con los de su clase. Se la veía en su sitio, del brazo del coronel…, como si él fuera G. Donald Milford. «Una simple inclinación de cabeza, he ahí todo lo que tuvo para mí; eso y una única frase final: “No llegaríamos a ninguna parte, Sean. No quiero una escena, ni ahora ni nunca”».

Bien, ahora pronto recuperarán el tiempo perdido, con G. Donald Milford en su puesto.

Los pensamientos de Sean empezaron a correr en precipitada confusión…, el desembarco en el sur de Francia…, la batalla por el Valle del Ródano arriba…, la rotura de la Línea Sigfrido…, el cruce del Rhin…, los campos de prisioneros…

Y ahora…, Rombaden estaba ahí delante.

El capitán Maurice Duquesne salió del vivac y se plantó al lado de Sean, contemplando el bombardeo con arrobada fascinación. Se había traído consigo botellas de vino y coñac de Francia, y pasó una a Sean, quien bebió un sorbo y se la devolvió.

—¿Qué se piensa a la una y media de la noche?

—¿Qué hemos dejado por hacer?

Cuando el francés hablaba, o caminaba, o bebía vino, lo hacía siempre con determinado ademán de manos, con cierta expresión en los ojos, en la voz. Era arrogante. Sin embargo, había sido fiel al equipo y, pensaba Sean, quizá su oficial más valioso.

—¡Ah, nuestras batallitas de papel, en Queen Mother’s Gate!

—¿Usted nunca ha tenido fe en lo que hacíamos allí?

El francés se encogió de hombros.

—El general De Gaulle me envió al Gobierno Militar por mi experiencia.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Usted y yo hemos sido siempre amigos personales. No le hago responsable de la ingenuidad de los americanos.

—La ingenuidad de los americanos se saca a relucir sin muchos reparos.

—Fíjese en el inglés. Sean. Fíjese en Grimwood. Sabe cómo gobernar. Sabe cómo conquistar. Nosotros, los franceses…, también contamos con nuestras pequeñas experiencias. En cambio, los americanos no saben cómo se debe conquistar ni cómo se debe ocupar. Ustedes hacen sus guerras en defensa de un idealismo pulcramente expresado…, y luego se vuelven a un país que no ha tenido que catar nunca sus propias cenizas.

—¿Tan malo es creer en los ideales?

—Es poco práctico. ¿Cree de veras que puede aprender algo sobre los alemanes en Queen Mother’s Gate? Cuando se vayan ustedes, los americanos, Alemania

quedará aquí, y Francia también. Nosotros hemos vivido con los alemanes, hemos probado su látigo, y ellos han probado el nuestro. Hemos mezclado nuestro sudor, en la cama, con las mujeres alemanas, y ellos, con las francesas. Éste es el camino a seguir para conocer a la gente.

—Pero este camino no ha conducido a ninguna parte, Maurice. Todo ese mezclar sudores y toda la experiencia de ustedes no han producido más que siglos de sangre y sufrimientos. Quizá no debería de hacerse el sordo a las ideas de un extraño.

—¡Sean! ¿Cree sinceramente poder cambiar el temperamento fundamental del alemán?

—Debo creerlo.

—Yo soy un cínico, por la experiencia…, usted es un tonto, por falta de ella.

Sean quería decir: «Yo creo en mi patria», pero no lo dijo. El político práctico que había conquistado y sido conquistado por otros no habría comprendido una frase tan vulgarmente sentimental.

O’Toole corrió hacia ellos, excitado.

—¡Han cruzado el Landau!

—Bien, pues —dijo Duquesne—, vayámonos a dormir un poco. Mañana Rombaden se enfrentará con un conquistador ilustrado.

CAPÍTULO XIV

EL alba despertó con un vigor que infundió nueva vida a los soldados, abatidos por la humedad y las penalidades. Y trajo la noticia de que, durante la noche, un batallón de infantería había cruzado el Landau en botes de goma y ahora era dueño de la orilla sur.

El día era transparente y, por fin, veían la ciudad… ¡Rombaden! La cinta de agua deslizándose hacia la ancha curva, el apiñamiento de tejados rojos, el verde lozano y la gran torre de Marienkirche. Unos aviones de caza volando a ras de los tejados, arrojaban nuevo furor a las humeantes ruinas.

Sean mandó levantar el campo y que el convoy estuviera a punto para avanzar pisando los talones de los soldados que abrieran brecha.

El tiroteo cesó súbitamente a las siete y veintidós. Sean corrió hacia el Cuartel General del regimiento, donde el coronel Dundee estaba hablando por teléfono con sus avanzadillas. Tres oficiales alemanes, enarbolando bandera blanca, habían salido de Rombaden y se acercaban al puesto de observación en un intento de salvar la ciudad de la destrucción total que provocaría una lucha calle por calle.

Sean no aguardó a que la rendición oficial se hubiera consumado. Su convoy salió del bosque y se puso en marcha hacia Rombaden, precediendo a los pesados tanques y a la infantería.

Rombaden empezó a tomar forma y figura. Cuando llegaron a los suburbios, un silencio etéreo les hizo acortar el paso. De aquí y de allá brotaban pequeños incendios…, se oía el runruneo distante de los aviones, buscando blancos más hacia el sur…, más allá de las primeras casitas de campo…, el barrio obrero en el extremo norte…, huertecitos esmeradamente cuidados…, tiestos de flores en las ventanas…, tejados agujereados…, pedazos de estuco arrancados por las balas…, rótulos en letra gótica…, «Backerei»… «Hofmeyer’s Bierstube»… «Apotheke»…, ventanas destrozadas…, una casa derrumbada en la calle por una bomba que le dio de lleno.

Sean hizo penetrar el convoy por la avenida principal, Friedrichstrasse, que conducía directamente, atravesando Rombaden, hasta la plaza del Ayuntamiento. Era una calle de los muertos. Docenas de miles de banderas blancas saludaban a los vencedores. Las banderas colgaban inertes y los edificios de tres pisos que flanqueaban Friedrichstrasse estaban en ruinas. La guerra se había cebado cruelmente en la avenida. Se veían montones enormes de derribos, esqueletos chamuscados y edificios llameantes cuyas paredes se mantenían en pie por una desconocida fuerza del destino. Todas las ventanas y la mayoría de los tejados habían desaparecido; los raíles del tranvía estaban retorcidos e inservibles; los postes de la toma de energía y los árboles, arrancados.

El convoy disminuyó la marcha; apenas se movía.

En un cruce, un caballo muerto yacía en el charco formado por su propia sangre,

cubierto por un enjambre de moscas hambrientas.

«¡Qué raro! —pensó Sean—, en cada ciudad y pueblo ha habido un caballo muerto, contemplando con ojos muy abiertos y pasmados la locura del hombre».

La mirada de los componentes del equipo escudriñaba las destrozadas ventanas, sabiendo que decenas de miles de ojos invisibles se fijaban en ellos. Sólo el revoloteo de una cortina, una sombra rápida, un sonido apagado hablaban de vida humana detrás de aquellas ruinas.

Un chiquillo apareció en un umbral, protegiéndose los ojos del sol. Llevaba unos pantalones de cuero, cargados de la suciedad que sólo los pantalones de cuero son capaces de recoger. Sentía curiosidad. Una puerta se abrió y la mano de una madre aterrorizada lo arrancó de la vista del enemigo.

El cruce donde la Friedrichstrasse se juntaba con la plaza del Ayuntamiento estaba cerrado por un montón de tres metros de ladrillos y acero retorcido.

Sean ordenó parar al convoy. Obedeciendo las señales que les hacía con la mano, todos siguieron tras él mientras trepaba por el montón. Saltando y tropezando, entraron detrás de Sean en la plaza del Ayuntamiento, al lado del Landau. La plaza estaba salpicada de hoyos de obuses de artillería. El ataque había destrozado gravemente los edificios. Sean dirigió primero la mirada hacia Marienkirche. La catedral había recibido impactos, pero la torre, con su magnífica cúpula puntiaguda, continuaba en pie por uno de esos milagros reservados para que las iglesias se salven. La estatua de María, delante de la catedral, había desaparecido.

La fila de media milla de edificios, el Colegio Médico, el teatro, el hospital continuaban estremecedoramente intactos. La estatua de Hinterseer seguía sobre su pedestal, pero decapitada.

Lo único que rompía el espantoso silencio eran las pisadas de sus pies acelerados cuando se separaron, empezando a abrir puertas, dirigiéndose con un orden bien aprendido de antemano hacia los edificios que habían visto sobre el papel durante tantos meses. Sean se sorprendió al verse corriendo a toda carrera hacia el Ayuntamiento, situado al otro lado de la plaza, con Dante Arosa y O'Toole jadeantes tras él. Delante del inmenso edificio, la estatua de los dioses de la leyenda, Berwin y Helga, permanecía intacta. ¡Ironía terrible! Hinterseer está sin cabeza, la Virgen María ha desaparecido, ¡pero lo pagano queda!

La puerta había saltado fuera de sus goznes, dejando a la vista el vestíbulo de mármol lleno de estatuas de la familia von Romstein, con los escudos de cada distrito. El equipo de Sean se agolpó detrás del jefe y subió las escaleras en espiral, abriendo las puertas de las oficinas. Todo estaba en un orden perfecto, preparado para una jornada de trabajo.

La oficina del ángulo del segundo piso ostentaba el nombre del alcalde, barón Sigmund von Romstein. Sean entró. Era un despacho magnífico. Las ventanas de un lado miraban a la plaza del Ayuntamiento; las del otro proporcionaban una vista del Landau y aquella parte de la comarca. Sean vio bocanadas de humo y balas bien

dirigidas que cruzaban el río, hacia el distrito. El batallón de Dundee había trabado batalla con el enemigo, quizá con las Waffen SS del campo de concentración de Schwabenwald. El panorama de la plaza cambió en un momento. Un tanque se abrió paso entre los derribos…, luego dos, tres. Los soldados empezaron a entrar en grupos. Los ingenieros fueron hacia la orilla. Ambos puentes estaban inservibles. Se tendió uno de barcazas a fin de que los tanques y la artillería pudieran cruzar, para tomar parte en la batalla del distrito de Romstein.

Entonces se produjo un chirrido que retumbó sobre la plaza. Las palancas del antiguo reloj de la torre de la catedral giraban para dar la hora. La campanada sonó nueve veces, con una fidelidad que estremecía el suelo.

—Comandante —dijo O'Toole—, ahí fuera hay un oficial kraut.

—Hazle pasar.

Sean anduvo pausadamente hasta la mesa del alcalde y se sentó detrás. El alemán entró, cuadróse tieso como un palo delante de la mesa y se inclinó con una leve reverencia. Iba minuciosamente uniformado para la solemnidad de la derrota, como si la sangre y el barro no formasen parte de su negocio. El alemán ofrecía un contraste singular con el sucio y fatigado O'Sullivan.

Con voz rápida dijo que era el oficial de más edad y deseaba saber si Sean querría una rendición en toda regla. Sean se puso de pie, volviéndose de espaldas al alemán.

—O'Toole, acompaña a este hombre para que vea a Blessing. Le dices que este oficial debe reunir a su gente, traerla a la plaza y echar las armas en un montón.

El alemán empezó a protestar de que éste no era modo de tratar a un honorable comandante enemigo.

—No hay más que hablar —interrumpióle bruscamente Sean.

Los acontecimientos se sucedían rápidamente. El largo entrenamiento del equipo guía G-5 entró en acción. Sus componentes realizaban las tareas asignadas de antemano con tal precisión que hasta el cínico Maurice Duquesne estaba impresionado.

Pronto empezó a entrar en la plaza una dispersa, riada de soldados alemanes. Media docena de tanques y una de las compañías de infantería de Dundee formaban un piquete a su alrededor. Los alemanes entraban cojeando, con el mismo abatimiento que había caracterizado a otros vencidos, desde Francia a Rombaden. Su tragedia y su humillación subían de punto por el hecho de tener que rendirse dentro de una de sus propias ciudades. El montón de armas fue creciendo hasta que la plaza contuvo varios millares de soldados.

Algunos eran adolescentes imberbes; otros, hombres maduros. Éstos formaban el Ejército del pueblo. La última trinchera de defensa de la patria.

Los oficiales alemanes estaban reunidos en camarilla, apartados de sus hombres, como si los soldados tuvieran la peste.

Algunos paisanos curiosos empezaron a asomarse con cautela. Andaban cerca de los edificios, con paso receloso, manteniéndose a distancia prudencial de los

prisioneros.

—Esto terminó.

—Esto terminó.

—Esto terminó.

Rodaban por allí como bobos, en atontada confusión. Unos lloraban de pena; otros lloraban de alivio.

—Esto terminó.

Después de las doce del mediodía habían sido detenidos una docena o más de empleados civiles. Sin embargo, ni el conde Ludwig, ni el barón Sigmund von Romstein, ni Kurt, el hermano menor de ambos, habían sido hallados.

Ahora la plaza estaba atestada de una turba de gente amedrentada, que miraba con ojos vidriosos. Sean O'Sullivan bajó las escaleras y los miró desde los peldaños del Ayuntamiento. Luego mandó izar sobre el edificio las banderas de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, y que se clavase en el tablón de anuncios su primera orden.

PROCLAMA NUM. 1: 21 DE ABRIL DE 1945.

¡Atención! ¡Ciudadanos de Rombaden!

Esta ciudad se ha rendido incondicionalmente a las Fuerzas Aliadas.

Por la presente, el Ayuntamiento queda designado como Cuartel General del Gobierno Militar de las Fuerzas Aliadas.

No se tolerarán ya nuevas resistencias.

Ustedes están bajo el mando supremo del representante aliado.

Por la presente quedan suspendidos todos los tribunales, agrupaciones, Bancos, transportes y comunicaciones dentro de los límites de la ciudad.

Queda suspendido el comercio.

Por la presente, la fuerza de policía queda disuelta.

Todos los miembros de las fuerzas armadas alemanas se entregarán inmediatamente, con sus armas de fuego, en la plaza del Ayuntamiento.

Por la presente, todos los vehículos de motor quedan requisados.

Por la presente, todos los almacenes quedan requisados.

Por la presente, todas las tiendas y el petróleo quedan confiscados.

Por la presente, toda la ley penal alemana queda suspendida.

Rombaden estará sometido al toque de queda desde las diecinueve horas hasta las seis, todos los días. Los que violen esta disposición serán fusilados en el acto.

Todos los teatros, cines, emisoras de radio, periódicos y otras publicaciones, suspenderán sus actividades inmediatamente.

El alcalde, el jefe de Sanidad, los alcaldes de barrio, el jefe médico, el jefe de

policía, el jefe de Servicios y sus subordinados inmediatos se presentarán inmediatamente en el Cuartel General Aliado.
Por la presente, se ordena a todos los demás paisanos que regresen a sus hogares y permanezcan allí hasta nuevo aviso.

Por orden de Sean O'Sullivan,
comandante Ejército de los Estados Unidos
Gobernador Militar de Rombaden-Romstein.

CAPÍTULO XV

Querido general Hansen:

Tal como dijimos, le escribo estas impresiones extraoficiales fundándome en la experiencia de las setenta y dos horas primeras. El regimiento de Dundee encuentra una fuerte oposición en el distrito de Romstein por parte de las Waffen SS, de modo que mi equipo todavía no ha cruzado el río. Tenemos trabajo de sobra aquí.

En Rombaden, la resistencia se derrumbó. La población está desmoralizada, muerta de miedo y empieza a pasar hambre. Hasta ahora hemos evitado el pánico, las epidemias y los delitos graves, pero esto es el caos.

Ahí tiene un botón de muestra, una inspección extraoficial. Hank Greenberg, mi ingeniero, calcula que el noventa por ciento de las viviendas están destruidas por completo, y el veinte por ciento, en parte. Se le presenta un problema monumental para demoler los edificios que no ofrecen garantías. En cuanto a los derribos, dice que pueden pasar años antes de haberlos limpiado por completo. La central eléctrica está fuera de servicio en un sesenta por ciento, pero uno de los generadores puede funcionar. Durante meses no será posible suministrar luz ni fuerza a la población civil. Las líneas telegráficas se fueron al suelo en toda su extensión. Del sistema telefónico funciona, aproximadamente, un treinta por ciento. Los transportes públicos están *kaput*. La emisora de radio quedó totalmente demolida y no puede transmitir. Ambos puentes se derrumbaron. El depósito de vagones de ferrocarril y los astilleros forman el desorden más endiablado. Ambos inoperables. Sobre el suelo, la fábrica de maquinaria está destruida en un ochenta y cinco por ciento (aunque hay unos vastos talleres subterráneos que empleaban trabajo esclavo del campo de concentración) y las otras fábricas están destruidas en un ochenta por ciento. Dígales a los muchachos del aire que tuvieron una puntería excelente.

El problema urgente que se nos presenta ahora es el de que tanto el sistema de alcantarillado como las arcas de distribución de agua están inservibles. El doctor Grimwood, mi jefe de Sanidad, me ha dicho que el río está contaminado. Hemos utilizado agua de manantiales y racionado a los alemanes a un balde de agua por familia y día.

En lo tocante a la eliminación de las aguas sucias, hemos montado un servicio por medio de cubos. Se los recoge diariamente y se los saca de la ciudad por medio de carros. En este destacamento de trabajo hemos empleado nazis de la lista negra. Es un bien para ellos.

Por ahora nuestra atención principal se centra en el problema de las cloacas y la instalación de aguas. Greenberg opina que podremos ponerlas en funcionamiento, al menos parcialmente, a tiempo para evitar una epidemia.

Grimwood cree que los elementos de que disponemos actualmente en materia

médica pueden resolver pequeños problemas urgentes, gracias al colegio médico, pero, por supuesto, no sabemos los problemas de esta naturaleza que se nos presentarán cuando hayan liberado el campo de concentración.

En el terreno de lo satisfactorio:

La intervención de los Bancos, periódicos, firmas comerciales, etcétera, se ha llevado a cabo sin un solo tropiezo.

Hemos formado dos batallones de trabajadores, los cuales, junto con unos dos mil quinientos hombres de las POW, han iniciado la limpieza de derribos, las demoliciones, etc.

Blessing se apoderó de la cárcel y, con sus reducidas fuerzas, ha logrado mantener la ley y el orden. Tenemos una de las compañías de Dundee para el servicio de guardia y la empleamos como fuerza «de sostén». Hasta ahora, Blessing y Arosa han capturado a más de un centenar de los de la lista negra, que trabajan en nuestra brigada de recogida de cubos.

El Romankunsthalle está sin novedad. Lo mismo la catedral. De todos modos, Trueblood tendrá una pesadilla como ningún otro celador la tuvo jamás, puesto que todo lo del museo lo pusieron en cajas y lo guardaron en los sótanos para que no corriera peligro.

Hablando de paradojas, Dante Arosa y Duquesne encontraron intactos todos los archivos judiciales —nacimientos, defunciones, casamientos— de Rombaden-Romstein de los treinta años últimos. El por qué no los destruyeron es un misterio. Es demasiado pronto para anunciar qué revelarán tales archivos, pero puede usted apostar a que se descubrirán muchas cosas.

No estuvimos tan afortunados con los archivos de los nazis. Kurt von Romstein, el jefe nazi los destruyó y luego se suicidó. Hasta ahora no ha aparecido ninguno de los dos hermanos, ni el conde Ludwig ni el barón Sigmund.

En resumen, esa gente ha provocado para sí misma un desastre increíble. Opino que nuestro equipo, con su pronta reacción, estuvo a la altura de las circunstancias. Creo que continuaremos estándolo y que mantendremos una semblanza de existencia humana, excepto por un problema, que parece insuperable.

Dale Hickman, mi técnica de asuntos de alimentación, dice que tenemos reservas almacenadas para seis semanas, a una ración mínima de mil doscientas calorías por día. La fuente principal de alimentos la constituye el distrito, pero Dale teme que la cosecha será pobre. Esta región no se bastaba a sí misma en producción de víveres ni aun en sus mejores épocas. He demorado el expedir cartillas de racionamiento hasta que hayamos abierto el campo de concentración. Opino que sus ocupantes tienen un derecho de prioridad sobre la comida. Todavía tenemos cocinas populares. Mas, la situación alimenticia ha de empeorar aún más. El espectro del hambre es real.

Aquí estamos demasiado ocupados previniendo el desastre para pensar en la mente del pueblo alemán ni en un futuro dorado. Me dicen que las cosas están igual por toda Alemania. He cumplido mi promesa y no he buscado la venganza personal ni he empleado la brutalidad. Pero, por otra parte, no siento pena, ni lástima, ni compasión.

Sinceramente suyo,

Sean O'Sullivan.

CAPÍTULO XVI

SEAN levantó el receptor.

—El comandante O’Sullivan al habla.

—Un minuto, por favor, comandante. Hemos podido comunicar con el coronel Dundee.

—Magnífico.

—Hola… Dundee al habla.

—Hola, coronel. Aquí el comandante O’Sullivan. ¿Cómo está la situación ahí?

—Hemos limpiado la mayor parte del distrito; no obstante, esos canallas son unos fanáticos. Yo no cruzaría aún.

—¿Hasta cuándo?

—Creemos tener a los últimos encerrados en el campo de concentración de Schwabenwald. Utilizan a los prisioneros como parapetos. Hemos de andar despacio.

—¿Dónde puedo encontrarle a usted?

—En Ludwigdorf. Actualmente, el pueblo está en nuestras manos. ¿Qué noticias hay?

—Dicen que Patton ha llegado a la frontera checa y que los ingleses están a punto de penetrar en Hamburgo. Ya no falta mucho ahora.

—¡Ah, el muy granuja! Yo quería alcanzar la frontera de Austria y Suiza antes de que Patton llegase a Checoslovaquia. ¿Cómo se portan por ahí los *krauts*?

—Son pacíficos de verdad.

—Hablaremos luego.

O’Toole entró en el momento en que Sean colgaba.

—Fuera hay un par de *krauts* que quieren hablar con usted, comandante.

—Por hoy se terminaron las entrevistas personales.

O’Toole le entregó un par de tarjetas de visita. Una decía: Graf Ludwig von Romstein, canciller, Romsteins Landkreis. La segunda presentaba al barón Sigmund von Romstein, alcalde, ciudad de Rombaden.

—Vaya, vaya. El comité de bienvenida del alcalde. Que aguarden. Ve en busca de Duquesne y Dante Arosa.

Dante Arosa y el francés se situaron a ambos lados de la mesa de Sean. Se ordenó a O’Toole que trajese a los alemanes. La expresión de los tres hombres disimulaba intencionadamente la ansiedad que tenían por enfrentarse a la familia que había gobernado la comarca durante siglos. Sean los reconoció al instante por las fotografías de identificación.

El conde Ludwig von Romstein era el alemán perfecto, incluso con su cicatriz de duelo. Alto, rubio cabello teutónico cortado en cepillo…, pantalón a rayas…, tieso como un palo…, una gallardía que desmentía sus cincuenta y siete años…, un

verdadero estudio de nobleza alemana…, cabeza de la familia von Romstein, canciller.

El tipo bajo, gordo, nervioso, venía detrás. Era Sigmund, el alcalde de Rombaden. Ahora en su silla se sentaba Sean.

Ambos se detuvieron delante de la mesa, el conde un paso más adelante que su hermano. Aguardó unos segundos, esperando que los militares se levantasen y les estrechasen la mano. Sean no se levantó ni invitó a los alemanes a que se sentaran. El conde Ludwig comprendió que el desaire era intencionado, pero disimuló hasta la menor manifestación de que lo hubiera advertido.

—Graf Ludwig von Romstein —dijo en un inglés seco, impecable. —Y mi hermano, barón Sigmund von Romstein.

—O'Sullivan, gobernador militar aliado. Mis ayudantes, capitán Duquesne y subteniente Arosa.

El conde Ludwig inclinó la cabeza tres veces, una en dirección de cada uno. Su hermano hizo tres profundas reverencias. El gordito estaba nervioso; se estrujaba las manos como si se las estuviera lavando.

—Me habría presentado aquí antes —dijo Ludwig, hablando, obviamente, en nombre de los dos. —La capitulación militar de Rombaden nos sorprendió al otro lado del río, en el castillo Romstein. Hasta hace unas horas no he podido llegar aquí.

Sean respondió que lo comprendía y que consideraba razonable la demora.

—Estoy al servicio de ustedes —anunció Ludwig, aceptando la situación de un modo completamente formulario. Su hermano, el alcalde, no tenía nada que decir.

Los informes del Servicio de Espionaje eran correctos. Ludwig dominaba a la familia de forma absoluta. El barón, no sólo continuaba lavándose las manos, sino que empezó a sudar copiosamente.

—Su hermano Kurt von Romstein era el jefe nazi de este distrito. ¿No es así? —preguntó Duquesne.

—Exacto.

—Se ha suicidado.

—Así me han informado —respondió Ludwig con una desapasionada aspereza que les dejó pasmados. —Ahora que Ludwigsdorf ha caído, me gustaría hacer trasladar su cadáver a la iglesia que ha sido el panteón tradicional de la familia.

—Esto puede esperar —replicó Sean.

El alemán movió la cabeza en signo de conformidad sin manifestar cólera ni emoción. Dante entregó una gruesa carpeta a Sean. Las fotografías reproducían fielmente a sus modelos. Sean hizo pasar una página tras otra, echando una ojeada, a las actividades conocidas, que narraban una historia sórdida. De pronto cerró la carpeta después de tomar una decisión repentina.

Tomó una hoja de papel, le dirigió una mirada y la dejó en la parte delantera de la mesa.

—He ahí la notificación de que sus tierras y propiedades quedan confiscadas, y

los depósitos bancarios de cuya existencia tenemos noticia, congelados.

Si Ludwig se disgustó, no hizo nada para darlo a entender. Ni siquiera se dignó mirar el documento.

—Agradecería que me informasen de los recursos legales que puedo utilizar —dijo.

—Ninguno —respondió Sean. —Barón —prosiguió… y el hombrecito obeso dio un paso adelante y se inclinó en una reverencia—, usted continuará como alcalde de Rombaden bajo mis indicaciones. Su función principal consistirá en cuidar de que la población civil cumpla nuestras órdenes sin demora.

—Sí…, sí…, me sentiré muy honrado…

—En cuanto a usted, conde von Romstein, el cargo de canciller queda suprimido. No he tomado ninguna decisión definitiva sobre su caso. Entre tanto me gustaría contar con su cooperación voluntaria.

—Me he puesto al servicio de usted.

—El subteniente Arosa les someterá a extensos interrogatorios.

—Por supuesto. No tengo nada que esconder.

—Tiene muchísimo que explicar. Le conmino por su honor a no abandonar los alrededores de Rombaden. ¿Tiene un domicilio en la ciudad?

—La casa de mi difunto hermano Kurt servirá para el caso.

—Usted y su familia dejarán libre inmediatamente el castillo Romstein. Coja solamente los efectos personales que pueda llevar en dos sacos de mano. Dé su dirección al escribiente que hallará fuera. Pueden irse.

El Graf Ludwig von Romstein dirigió una sonrisa entre dientes, transmitiendo el mensaje inconfundible de que aquellos tres cerdos sentados allí a guisa de tribunal representaban una situación pasajera. Su obeso hermano cruzó la puerta inclinándose y andando hacia atrás.

—Bien —dijo Duquesne—, ¿le gustan mucho los alemanes ahora?

Dante Arosa exhaló un soplo prolongado y quitó la envoltura de un cigarro puro que había mendigado al coronel Dundee.

—No debías dejarlos marchar, Sean. Ambos encabezan la lista negra.

—No se marcharán a ninguna parte.

—Nadie que viva a sesenta millas de la frontera deja de tener estudiada una ruta de escape. Probablemente tienen la mitad de sus fondos en Suiza.

—No, Dante —intervino Duquesne. —Sean tiene razón. Las posesiones que los hacen poderosos están aquí. Las tierras…, la fábrica. Si hubiesen tenido intención de abandonar el país, lo habrían hecho antes. Huir a Suiza es cosa sencilla. El conde ha decidido quedarse aquí y luchar por sus propiedades. Al entrar en esta oficina estaba dispuesto a afrontar todas las consecuencias.

—Enciérrale —insistió Dante.

—Ambos pueden sernos demasiado útiles, para encerrarlos.

Después de haberse declarado de acuerdo con Sean, ahora Maurice se volvía

contra él.

—No crea que podrá jugar al gato y al ratón con ese conde von Romstein. La intriga es una forma de vida que cuenta con siglos de antigüedad. Con todos los respetos debidos, queda fuera de la comprensión de los americanos. Cuando Dante le interrogue, el conde echará mano de un tejido de relatos trabados de modo que le presenten como una doncella de pura nieve.

Sean no discutió. Se preguntaba si al dejar en libertad al conde Ludwig no se había puesto en una situación peligrosa.

El barón Sigmund von Romstein, el cual por inadvertencia o por una estratagema seguía siendo alcalde de Rombaden, se desplomó sobre un sillón tapizado, devorado por la transpiración y con el corazón palpitando.

—Perdido —lamentábase—, todo se ha perdido. Los pueblos, el castillo Romstein, la fábrica de maquinaria. Todo se ha perdido.

—¡Cállate! —le ordenó el conde Ludwig. Hasta en aquella hora de espanto su voz seca cortaba los balbuceos de su hermano. —Patanes —continuó Ludwig.

—¿Qué nos harán? —gimió Sigmund.

—Por ahora, nada. Nos aguijonearán para arrancarnos informaciones y nos utilizarán como fachada para realizar su cochina tarea.

—¡Estamos limpios! ¡Jamás hemos pertenecido al partido nazi!

—No, el pobre Kurt se alistó en sus filas por nosotros.

—Y ahora está muerto. Tú le obligaste a ingresar en el partido. ¡Fuiste tú, Ludwig! —grito en un raro alarde de desafío.

El conde le dio un cachete y se plantó ante él, encendido de cólera. La cicatriz del duelo se oscurecía hasta tomar un feo matiz violado.

—¡Kurt ingresó en el partido por la familia von Romstein! ¡Recuérdalo! Y tú vas a dominarte, Sigmund. Eso es lo que quiere esa gente precisamente…, que pierdas la compostura delante de ellos.

El barón contestó a boqueadas que lo comprendía.

—He tomado la decisión. Nos quedaremos aquí —continuó Ludwig.

—Ese comandante americano me da miedo. Nos odia.

—No debes temerles. Es un americano obsesionado con las severas normas del juego limpio. ¿Qué diablos saben los americanos del juego de la guerra y la conquista? ¿Qué saben de gobernar un pueblo? Son una raza mestiza a la que el aislamiento ha protegido de la sangre y las cenizas. Fíjate en lo que digo, cuando se haya disparado el último tiro, los americanos llorarán por irse a casa. Puedes dar gracias a Dios de que no llegaran aquí los rusos primeros…, o hasta los franceses.

—No sé. En los ojos de éste he visto algo. Te lo digo, se propone arruinarnos.

—Tonterías. En cuanto a los otros dos, para el joven idiota con nombre italiano será un placer interrogarnos. Pero…, ten cuidado con el francés.

—¿Cuidado? ¿Por qué? Nos lo han quitado ya todo.

—Lo recobraremos todo. La familia von Romstein ha pasado por esta crisis un centenar de veces. Deja que hagan sus acusaciones. Deja que nos metan en la cárcel, pero nosotros tenemos tiempo, Sigmund. Tenemos tiempo y tenemos herederos. Un año, cinco, diez. Los americanos se irán, los franceses se irán… y todavía existirán los von Romstein.

CAPÍTULO XVII

EL teléfono de Sean llamó.

—Comandante O’Sullivan.

—Aquí el capitán Armour, del equipo del coronel Dundee. Hemos entrado en el campo de concentración. El coronel Dundee dice que venga usted inmediatamente con su oficial de Sanidad.

—¿Cómo está el cuadro, capitán?

—Imposible describirlo. Les recogeré a ustedes en Ludwigsdorf y les acompañaré hasta acá.

—Vamos en un abrir y cerrar de ojos.

Cruzaron el puente de barcazas hacia la orilla sur del Landau, en dos *jeeps*. Orilla abajo, dejaron atrás las fincas magníficas, el Kurhaus Casino, los balnearios y luego doblaron hacia el interior, por los campos del distrito. En su excitación, Sean se olvidó y permitió que Maurice Duquesne ocupara el segundo lugar. En seguida corrigió la situación, dejando que el francés tomase la delantera. Le acompañaban Grimwood, que murmuraba algo porque Sean había encerrado a varios médicos alemanes que figuraban en la lista negra y a quienes él necesitaba, Blessing y, por supuesto, O’Toole.

En el otro *jeep*, Bolinski, abogado y encargado de personas desplazadas, y Dante Arosa rezaban, por su propia seguridad, en favor de la pericia de chofer de Duquesne.

El distrito Romstein era lozano y pastoril. Los pueblos indemnes que dejaban atrás parecían haber vivido en paz por un millar de años. Labradores y aldeanos curiosos, sabiendo que ahora no se les haría ningún daño, observaban los veloces *jeeps* americanos con aire casi amistoso, y algunos chiquillos decían adiós con la mano.

Al acercarse a Ludwigsdorf, que servía directamente a las fincas de los Romstein, pudieron ver el castillo Romstein en la lejanía, sobre un monte. Cerca de la carretera había una pequeña estación de ferrocarril utilizada para transportar los productos de los Romstein, y en el centro de la población se levantaba un templo con una torre alta y una cúpula puntiaguda, copia exacta de la catedral de Rombaden. En sus sótanos reposaban los muertos de siglos de la dinastía von Romstein.

En la plaza, el capitán Armour les hizo seña de que parasen, saltó dentro de su propio *jeep* y abrió la marcha, guiándoles. La vía del ferrocarril describía una cerrada curva y corría paralela a la carretera, internándose en el bosque de Schwabenwald. Los vehículos se precipitaban hacia la masa verde oscuro y los rayos del sol descendían en parpadeos intermitentes a medida que la carretera serpenteaba a través del bosque.

Un gran rótulo, picado por la viruela de las balas, les gritaba: *¡Alerta! ¡Terrenos del campo de concentración! ¡No pasen de aquí! ¡Los infractores sufrirán severos*

castigos! Debajo de las palabras figuraba la enseña de la calavera.

Unas docenas de soldados americanos, fatigados por la batalla, estaban sentados a la orilla del camino, apoyando la espalda contra los árboles, el cerebro embotado por la lucha, escarbando sin entusiasmo dentro de los botes de jamón y mordisqueando el chocolate de sus raciones.

Un bonito puente de madera salvaba un río. Desparramadas por el bosque había una cincuentena de hermosas casitas con unos jardincitos delante. Eran los hogares de los oficiales de las SS casados.

Unos centenares de metros más allá de las casitas, desembocaron en un claro inmenso, situado en lo que tenía que ser el centro matemático del bosque. Una puerta alta y sólida les cerraba el paso. La flanqueaban dos garitas vacías; sobre la puerta se tendía un arco. También éste ostentaba un rótulo: *Campo de concentración de Schwabenwald*. Debajo había unas sabias palabras en caracteres góticos, declarando que todo el que llegase allí y realizase un trabajo honrado redimiría sus pecados.

Atravesada esta puerta exterior, se encontraron en una calle de edificios administrativos y cuarteles de las Unidades de la Calavera de las SS. El capitán Armour se detuvo delante del edificio del comandante.

Desde el momento en que entraron en el bosque de Schwabenwald, Sean y los otros notaron un mal olor. En otras ocasiones lo habían percibido en lugares donde había cadáveres en descomposición. A medida que corrían por el bosque, aquel olor persistía y se intensificaba. Ahora era irresistible.

El terrible silencio indicaba claramente que habían llegado a un lugar donde había ocurrido una catástrofe espantosa. El coronel Dundee estaba en medio de una docena de oficiales y soldados suyos. Sin una palabra siquiera de saludo, subió a su *jeep* y condujo al grupo de Sean calle abajo hasta un sitio donde se extendía en ambas direcciones y por espacio de media milla una valla de alambre espino de más de tres metros de altura. Al otro lado de la valla había un pasillo de poco menos de dos metros de ancho y a continuación venía otra valla de alambre espino. Unos rótulos de advertencia clavados en los postes anunciaban que estaba electrificada. A cada doce metros exactamente se levantaba una torreta de guardia, de madera, con reflectores y ametralladoras.

La comitiva penetro en el corazón de Schwabenwald.

Terminada la inspección, los miembros de la comitiva se sentaron por allí, inermes, abatidos. Sean se halló sumido en la misma pesadilla que después de la muerte de Tim. ¿Cómo había podido llegar la raza humana a semejante degradación?

El coronel Dundee era un hombre acostumbrado a dar partes mencionando cifras de muertos. El doctor Grimwood había vivido con los que sufrían. Blessing había visto correr la sangre, pero todos estaban petrificados y silenciosos.

Dante Arosa y Bolinski vomitaban fuera de la oficina, el joven O’Toole lloraba.

Maurice Duquesne, que había mezclado su sudor con las alemanas y se jactaba con arrogancia de su sofisticación, rompió el angustioso silencio:

—¡En nombre de Dios! ¿Cómo han podido ser capaces de una cosa así?

—Confiemos nada más —dijo Dundee con voz alterada— en que ese comandante Klaus Stoll fuera un maníaco. Confiemos por Dios en que no haya otros lugares como éste.

—¡No puede haberlos! ¡Dios Todopoderoso, no podría haberlos!

Y luego el terrible silencio descendió sobre ellos nuevamente.

—¡Mis hermanos murieron por esto! ¿Qué estúpidos pregonaron alguna vez que conocían a los alemanes? ¿Que sanemos a los enfermos, general Hansen? ¡Sin duda! Venga a echar un vistazo.

Geoffrey Grimwood fue el primero que volvió a la vida.

—Hemos de continuar la tarea —dijo. —Necesitaré toda la colaboración que pueda encontrar. ¿Puede asignarme algunos de sus médicos y sanitarios?

Dundee contestó afirmativamente.

—Tendré que pedir suministros y orientaciones. No sé si hay alguien que sepa mucho sobre esto. ¿Tienen alguna idea de cuántas personas vivas existen ahí dentro?

—Quizá tres o cuatro mil —respondió el capitán Armour.

—Necesitaremos un edificio muy grande para alojarlos.

—¿Qué le parece el castillo?

—No. Prefiero trasladarlos a Rombaden. Hemos de aprovechar los elementos que nos proporcionarán el hospital y el Colegio Médico.

Sean oía la conversación sólo de un modo intermitente y confuso.

—Será mejor que los clasifiquemos y hagamos enterrar a los muertos inmediatamente. Sean, ¿tiene algún inconveniente en que formemos una brigadilla de enterradores con los brutos de las SS que han sido hechos prisioneros? Sean…, decía que hemos de enterrar a los muertos.

—¡A los muertos no se les enterrará! —gritó Sean.

—Vamos, amigo. Esto nos tiene trastornados a todos. Hay que enterrarlos inmediatamente.

—¡No! No se les enterrará. No se les dará tierra hasta que todos los hijos de mala madre de Rombaden recorran este campo palmo a palmo.

—Dará mucho trabajo el obligarles —dijo Dundee.

—A nadie…, *a nadie* se le extenderá cartilla de racionamiento hasta que haya recorrido este campo.

—Está a más de nueve kilómetros y medio de Rombaden. En la ciudad hay muchos ancianos y niños. Usted no obligará a los pequeños a que vean esto —objetó Dundee.

—¡Vaya que no! Andarán lo mismo que hacían andar a los esclavos todos los días y todas las noches hasta las fábricas. Y si son demasiado viejos, que sus camaradas alemanes se los carguen a la espalda.

—¿Y los niños?

—Sus madres pueden cubrirles los ojos, pero el hedor de este lugar los

acompañará hasta sus sepulturas. En cuanto a los de las SS…, enciérrelos dentro de las cámaras de gas, Blessing. Que vivan un rato dentro.

El estallido de Sean se había disipado.

—No voy a permitirle que haga esto, comandante. Nos buscaremos una infinidad de contratiempos —dijo Dundee:

—Tomo sobre mí toda la responsabilidad.

—Pero, usted está fuera de sus cabales.

Sean anduvo pausadamente hasta el coronel y le miró de hito en hito, casi rozándole la cara.

—Como gobernador militar, mi autoridad es superior a la de usted, coronel. Si tiene queja, dé parte al Cuartel General. Porque si intenta impedir que haga lo que digo, le haré encerrar. ¡Blessing!, ¡vea qué desea el coronel!

El coronel «Dandy» Dudee, un rudo luchador salido de la tropa, no estaba preparado para el ultimátum, ni para la furia del comandante, ni para las consecuencias. Todos los que les rodeaban se quedaron paralizados. Dundee cedió, volvióse de espaldas y se alejó.

—Está bien, doctor. ¿Decía usted algo acerca de que necesitaba espacio?

—Sí. Aunque muchos están cerca del fin. Hemos de prepararnos para un porcentaje de defunciones espantoso. A algunos sería inútil sacarlos de aquí.

—No es inútil. Sacaremos a todos los que estén con vida. Si han de morir, al menos no morirán teniendo ante los ojos este maldito alambre espinoso. Ya lo han visto de sobras. —Por las mejillas de Sean resbalaban las lágrimas de dolor por aquellos pobres animales humanos. —Coronel Dundee. ¿Podría hacer el favor de poner sus transportes motorizados a mi disposición?

—Sí, comandante.

—Gracias, coronel. Maurice, ordene que saquen del hospital de Rombaden a todos los enfermos alemanes. Requise la catedral. Quite todos los bancos. Coja de otras tantas casas alemanas las camas y las ropas que se necesiten para acomodar a esa gente. Pero, por amor de Dios, ¡sáquela de aquí! ¡Sáquela de aquí!

O’Toole se sentía desazonado en presencia del reverendo padre Gottfried, de la catedral. El sacerdote llevaba unos hábitos muy similares a los de los sacerdotes americanos; tenía una voz profunda y retumbante, la cara morena y las cejas espesas. En realidad, O’Toole lo veía como una figura muy similar a la de un soldado alemán. Por una parte, era el enemigo, consideraba O’Toole. Por la otra, era un sacerdote y, por lo tanto, no podía ser el enemigo. El problema le dejaba perplejo a uno; y a O’Toole le ponía nervioso. El irlandés introdujo al sacerdote en la oficina de Sean.

—Habría venido a presentarle mis respetos antes —dijo el padre Gottfried—, pero comprendía que a usted le acaparaban asuntos urgentes.

—¿Qué idea le trae, padre? —preguntó Sean.

—La requisa de Marienkirche.

—¿Qué hay sobre ello?

—Tengo entendido que va a ser convertida en hospital.

—En efecto.

—Naturalmente, yo tengo muchísima simpatía por aquellas pobres almas, pero usted debe probar a comprender, hijo mío, que la Marienkirche no es solamente una casa de Dios, sino una tradición inalterada por siglos y siglos que para nosotros, los de aquí, tiene muchísima importancia…

—Padre Gottfried —interrumpió Sean—, no nos vayamos con cuentos mutuamente. A mí me importan un pepino las inalteradas tradiciones de ustedes y lo que piense la gente. En lo que afecta a usted personalmente, si le examinamos las manos con atención encontraremos porquería nazi debajo de las uñas. No obstante, yo soy católico y, en honor a mi fe, no puedo meter en la cárcel a un sacerdote…

El padre Gottfried no venía preparado para unas expresiones tan duras. Sean había cortado de debajo de sus pies el lazo común de que pensaba echar mano, y ahora el sacerdote andaba buscando palabras.

—Sus feligreses pueden rezar con los luteranos, El Señor se lo perdonará. Ya es hora de que una catedral que lleva el nombre de la Virgen vuelva a estar al servicio de Dios.

—Usted recuerda sin duda —estalló bruscamente el cura—, que existe un concordato, firmado por el Papa y el Gobierno alemán hace unos diez años.

—No creo que la Iglesia Católica y los nazis sean compatibles. Se da el caso de que en este distrito tengo más poder que el Papa.

—¡Tenga cuidado con lo que dice!

—Padre Gottfried, estoy dispuesto a responder de mis actos en el cielo, el infierno, o el purgatorio. El Santo Padre tendrá que responder de los suyos.

—¡Usted no es católico!

—Y usted, señor, no es un sacerdote de mi iglesia. Los miembros de mi iglesia que servían a Dios como se debía han pasado cinco años encerrados en el Recinto A del campo de concentración de Schwabenwald. Usted abrirá la comitiva al lado del Graf von Romstein y dirigirá al pueblo de Rombaden al campo… y eche un buen vistazo a los frutos de sus hermosas tradiciones, padre.

CAPÍTULO XVIII

LA macabra marcha duró todo el día. La hilera de gente que arrastraba los pies refunfuñando se extendía desde el pontón hasta seis millas más allá por la carretera del bosque. El Graf Ludwig von Romstein, el barón Sigmund y el padre Gottfried iban en cabeza. En dirección opuesta venían camiones cargados de prisioneros medio muertos, transportándolos del campo de concentración a la catedral. Los caminantes volvían la vista al otro lado. En Ludwigsdorf, los habitantes del distrito se unieron a los de la ciudad, y todos juntos siguieron adelante, mientras el hedor se intensificaba.

Lo vieron todo. La mayoría miraban en silencio. Algunos se desmayaban, otros vomitaban, unos pocos lloraban. Las madres cubrían los ojos de sus hijos con la mano.

Y cuando hubo terminado el desfile, cogieron los certificados para conseguir el racionamiento y regresaron con paso inseguro a Rombaden.

—Yo soy viejo. Yo no tuve nada que ver con ello. ¿Por qué me han hecho venir a contemplarlo?

—Hitler nos ha puesto en esta situación.

—La culpa la tuvo Hitler. Hitler y sus nazis dementes.

—Nosotros no lo sabíamos.

—La culpa la tiene Hitler.

—Nosotros no lo sabíamos.

—Nosotros no lo sabíamos.

—Nosotros no lo sabíamos. ¿Cómo íbamos a saberlo? —preguntaba *herr* Himmelfarb, secretario del Registro Civil del distrito.

Sean y Dante Arosa miraban al burócrata con ojos enojados y fríos.

—Deben creerme —repitió el escribiente.

—Himmelfarb, ¿cuánto tiempo hace que lleva los libros del Landkreis?

—Desde 1924 —contestó con orgullo. —Desde el 4 de enero de 1924.

Dante levantó un grueso libro y se lo presentó.

—¿Qué es esto?

—Registros de defunciones en Schwabenwald.

—Los encontraron en los sótanos.

—*Ja*[5]. Yo los puse allí para que estuvieran bien guardados.

Dante volvió a coger el libro y abrió la cubierta.

—¿Es letra de usted ésta?

—*Ja*.

—¿Las inscripciones las hizo usted?

—*Ja*.

—*Herr* Himmelfarb, tenemos catorce libros más como éste.

—Dios sea loado. Creí que quizá se hubiesen perdido.

—Anotan ciento dieciséis mil certificados de defunción extendidos en el campo de concentración de Schwabenwald.

—*Ja*. Así es exactamente. Quince libros; ciento dieciséis mil certificados de defunción registrados.

—De ellos, ciento diez mil constan, bien como colapso cardíaco, bien como causas naturales.

—*Ja*.

—¿Qué significa eso de «causas naturales»?

—No tengo idea —respondió Himmelfarb.

—¿Se le ocurrió alguna vez que resultaba un poco raro que le entregasen mil certificados de defunción por causa de colapso cardíaco en una determinada semana?

—No pensaba en eso ni en un sentido ni en otro. Mi deber consiste meramente en ver si el certificado es legal y luego registrarlo.

—¿No le pasó nunca por la mente que se estaba cometiendo un asesinato en masa?

—Se lo ruego, subteniente. Yo soy un simple funcionario civil. No tengo opiniones. Mi deber consiste en llevar registros, y no hago otra cosa. Llevo los registros y nada más.

—¡*Herr* Himmelfarb! —gritó Dante con cólera creciente—, ¿era usted miembro del partido nazi?

—*Ja*. Era miembro. Le ruego recuerde que mi empleo era apolítico. Estrictamente apolítico.

—¿Llevó uniforme?

—*Ja*.

—¿Con esvásticas?

—*Ja*.

—¿Asistió a reuniones del partido nazi?

—*Ja*, naturalmente.

—¿A concentraciones nazis?

—Pero es que todos teníamos que asistir a reuniones y concentraciones. Hasta en mis días libres tenía que asistir, tanto si quería como si no.

—¿Quería asistir alguna vez?

—¡Jamás!

—Pero asistía.

—¿Qué recurso me quedaba? Mire, subteniente, yo tenía muy buenos amigos judíos, incluso.

—¿Qué fue de ellos?

—No lo sé. Desaparecieron.

—¿Indagó alguna vez qué les había ocurrido?

—Esto no se hacía.

—¿Les ofreció ayuda antes de que desaparecieran?

—Era demasiado peligroso, pero cuando se los llevaron sentí mucha pena.

—De todos modos, usted era miembro del partido, ¿no?

—Usted no lo entiende, subteniente. Yo ingresé en el partido nazi por un solo motivo…, para conservar mi empleo.

Dante había llegado al punto de ebullición. Sean levantó la mano.

—Ahórrate saliva, Dante. ¡O'Toole!

El ordenanza entró precipitadamente en la oficina.

—Enciérrale.

Dante levantó las manos al cielo, desalentado.

—¿Con cuántos hemos hablado hoy? ¿Con veinte? ¿Con treinta? Ninguno que diga: «Yo tuve la culpa». Ninguno que diga: «Perdonadme». Todos: «Yo tenía un buen amigo que era judío». «Estrictamente apolítico».

—Los judíos eran afortunados teniendo tantos buenos amigos alemanes —comentó Sean. —Ahí estamos, pues. Nadie sabe nada. Capataces de fábrica que no sabían que estuvieran empleando trabajo esclavo… gente que trabajaba a la orilla del río y ni siquiera veía cómo conducían a los esclavos todos los días…, médicos, enfermeras, profesores del colegio que no sabían que sus colegas estuvieran en el «centro de investigaciones» del campo de concentración…, nadie veía los trenes que llegaban a Ludwigsdorf… En realidad, aquello, no sucedió nunca.

—¿Para qué llevaban esos registros? —preguntó Dante.

—Porque, según su desencaminada lógica, era una base para legalizar y justificar los asesinatos de Schwabenwald. Por supuesto, nunca sabremos a cuántas de esas pobres víctimas de fuera de Alemania se les escamoteó incluso el certificado de defunción.

—No lo sabíamos —le decía el conde Ludwig a Sean.

—Hasta la fecha el cómputo sale perfecto. De veintinueve personas interrogadas hasta ahora, las veintinueve no lo sabían. De ellas, veintidós tenían buenos amigos que eran judíos, y veintidós se habían afiliado al partido nazi apolíticamente, para conservar sus empleos.

—Usted no nos puede acusar por la actuación de un loco solitario. Klaus Stoll estaba loco, evidentemente.

—Acaso le interese saber que Schwabenwald era uno más, meramente, de muchos campos iguales. Aquí tiene unos cuantos nombres más que acaban de llegar. Usted lee el inglés. Léalo. —Y le entregó el papel.

El Graf Ludwig leyó el despacho del Cuartel General… Dachau… Ravensbruck… Buchenwald…, informes del frente ruso indicaban que en Polonia…

—¡En nombre de Dios, comandante! Nosotros somos un pueblo civilizado.

—El nombre de Dios ha sido invocado con bastante prodigalidad estos últimos

días.

—No se puede inculpar a toda una nación por los actos de un puñado de nazis.

Sean profirió el gruñido de una leve carcajada irónica. Sobre su mesa había montones de expedientes. Encontró el que buscaba, lo abrió y se acercó al conde. Contenía fotografías, de la plaza del Ayuntamiento en un día pretérito. Todos los edificios, el municipio, el colegio, el hospital, el museo y hasta la catedral estaban cubiertos de colgaduras con la esvástica. Una larga fila de miembros de las SA, con sus camisas pardas y sosteniendo altas antorchas se prolongaba hasta un inmenso estrado donde otros miles más, con camisa negra e insignias de la calavera, sostenían estandartes con la esvástica. Decenas de miles más con los uniformes de las Juventudes de Hitler y de las SS hacían el saludo nazi. Y todavía se veía a otros miles más, que no cabían en la plaza, escuchando por medio de altavoces desde barcazas atadas unas a otras en el río. Daba la sensación de que de todo el vecindario de Rombaden no podía faltar ni una sola persona. Algunas mujeres gritaban extasiadas, a la vista del Führer. Segmentos ampliados de las fotografías mostraban a los tres von Romstein, al padre Gottfried y a casi todos los otros nazis «apolíticos».

Todo ello se había desarrollado delante de la ventana de la oficina de Sean, en la plaza adonde sacaban los prisioneros de Schwabenwald que morían en la Marienkirche.

Masas, extasiadas masas vociferantes. ¡Oíd los tambores! ¡Oíd la voz de Hitler! *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil*! Las trompetas y las botas marcando el paso.

—¿A esto lo llama usted un puñado? ¿Es un puñado lo que hay en esta plaza?

—Estas pomposas manifestaciones iban destinadas a inflamar a las clases inferiores. A las masas de todas las partes del mundo les entusiasman los uniformes.

Sean dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Pero no pierden el juicio cuando se agrupan en muchedumbre como lo pierden los alemanes!

—Comandante, le aseguro que Schwabenwald es obra de unas pocas personas. Usted vio por sí mismo cuán escondido y vigilado estaba aquel lugar. Era una palabra que sólo se pronunciaba en susurros.

—¿Y el hedor? ¿Se olía también en susurros? Durante la primavera y a principios de invierno soplan aquí vientos del sur. ¿Qué pasaba cuando el hedor llegaba a Rombaden? Disponemos de veintiséis respuestas. Diez no tenían opinión alguna sobre aquel olor; cinco pensaban que se trataría de una fábrica de cueros; cuatro, de una fábrica de abonos; uno, de una fábrica de productos químicos, y once no olían nada.

Ludwig von Romstein se contrajo en el primer gesto visible de malestar que Sean le sorprendía.

—Usted era el principal protector del Colegio Médico y del Centro de Investigaciones. Usted agasajaba a doce médicos en el castillo Romstein y jugaba con ellos en el Kurhaus. ¿No hablaban de sus experimentos? ¿Sabía usted que su buen

dinero se invertía en un centenar de castraciones y ovariotomías diarias? Desde el castillo Romstein se ve el pueblo de Ludwigsdorf, ¿no es cierto?

No hubo respuesta.

—¿No es cierto?

—Es cierto.

—Sus criados y sus granjeros trabajaban y viven en Ludwigsdorf. Usted y su familia asisten al templo en Ludwigsdorf. Es el templo tradicional de la familia. ¿Qué pensaba usted cuando pasaban por Ludwigsdorf trenes enteros de vagonetas cargadas, de cadáveres? ¡Diga, maldita sea! ¿Qué pensaba?

—Todos nosotros sabíamos cerrar los ojos, los oídos y la boca, si queríamos continuar viviendo.

—¿Qué pensaba usted de que su fábrica funcionase seis años a base de obreros esclavos? ¡Les hacían cruzar el puente todos los días delante de toda la condenada ciudad! ¿Qué pensaba usted?

—A mí me ordenaban que produjese el cupo que me habían asignado. Y aceptaba la mano de obra que me destinaban.

—Usted y Hermann Goering sirvieron juntos como aviadores en la Primera Guerra Mundial. ¿Utilizó o no utilizó esta amistad personal para obtener contratos de fabricación de motores de aeroplanos y cohetes V-2?

—Como hombre de negocios no me diferencio de otro igual de cualquier parte en lo de utilizar mis relaciones…

—Ni en aceptar la condecoración de la Orden Nazi, de la Sangre.

—No estaba en situación de rechazar una condecoración nazi. En mi caso, rehusar habría sido un suicidio.

—De modo, pues, que su hermano Kurt fue utilizado como fachada nazi por la familia von Romstein y, tal como convenía, se suicidó.

—Mi hermano tomó la decisión por propia voluntad. Supongo que el concepto de justicia que tiene usted excluye la culpabilidad por asociación.

—Examinemos esta asociación. Hermano número uno, alcalde. Hermano número dos, canciller. Hermano número tres, jefe nazi. Deje que le pregunte, conde. En su calidad de canciller y protector, ¿qué hacía usted cuando destrozaban los escaparates de las tiendas de los judíos, incendiaban sus sinagogas, les robaban sus fortunas, los apaleaban por las calles y los asesinaban en Schwabenwald?

Ludwig se irguió, rojo de cólera. ¡Los judíos! ¡Siempre los judíos! ¿Qué sabía ese idiota de los judíos? «Sí, como canciller, yo cuidaba de que no hubiese demasiados en el personal del hospital y mantenía su número dentro de justos límites en el Colegio Médico. Me prevenía contra su cochina ética comercial. Ni yo, ni mi padre, ni el padre de mi padre tuvimos jamás a un judío en el castillo Romstein. Era una cuestión de honor familiar. Había, sí, aquellas pocas y desagradables solemnidades cívicas en que resultaba inevitable el reunirse con un judío…, pero aquí los judíos no dirigían los teatros, los periódicos y los Bancos, como sucedía en Viena y en Berlín».

—Jamás he condonado —dijo el conde con voz pausada y enfática— el programa de Hitler respecto a los judíos. Nosotros los alemanes hemos tenido muchos judíos, de los cuales nos enorgullecemos. Ha de haber habido una docena de judíos alemanes galardonados con el Premio Nobel. Un examen minucioso de mi comportamiento en la vida pública demostrará que nunca me salí de la ley en el trato que les di.

—No tenía necesidad de salirse de la ley. Las leyes de Nuremberg les permitían a ustedes hacer todo lo que quisieran. ¿Existe algún crimen en los textos que usted no sepa excusar o justificar, conde?

—Para usted es muy cómodo y hacedero machacarme a preguntas y pedir explicaciones —replicó von Romstein en un estallido colérico—, pero yo no estaba en situación de sentenciar sobre la legalidad o la inhumanidad de nuestra ley más de lo que lo está usted en relación a las suyas. Soy un ciudadano alemán, y ésas eran las leyes y los tiempos de mi país. Sin duda el buen comandante tiene noticia de que en Norteamérica existen leyes injustas contra los negros, y sin duda el comandante sabe que un gran sector del pueblo norteamericano mira a los negros como a seres infrahumanos. Nosotros los alemanes no inventamos el odio racial.

—Nosotros los americanos no inventamos fábricas de muerte. ¡Esta innovación es exclusivamente alemana!

—Si…, si pudiéramos discutir este tema conservando, quizá, la cordura… Yo no puedo dar explicaciones, ni justificantes si usted me chilla, y, sin embargo, me gustaría que usted supiera mi posición.

El furor de Sean amainó poco a poco. Se dijo que debía dominarse.

—Continúe…

—¿Puedo sentarme?

Sean hizo un signo afirmativo. El conde pidió permiso para fumar, y dio una profunda chupada, meditando por dónde empezaría. El hombre que tenía enfrente rebosaba de cólera justiciera.

—Debe recordar, comandante O’Sullivan —empezó von Romstein—, que Norteamérica nunca ha tenido que rendir cuentas de sus actos anteriores. La conducta de ustedes no ha sido juzgada nunca por un conquistador. Jamás han tenido que dar explicaciones. Cuando uno no se halla mezclado en el vivir cotidiano ni en la corriente de los tiempos, resulta fácil hacer preguntas como un observador neutral.

—Yo no soy un observador neutral. Los alemanes mataron a mis dos hermanos.

—Y yo he perdido un hijo. No querría ofenderle, comandante, pero debería darse cuenta de que la casa de von Romstein viene siendo la responsable de este Landkreis desde mucho antes de que Colón descubriese América.

La jugada de apertura impresionó a Sean.

—No voy a poner en tela de juicio la sagacidad de ustedes al prohibir el feudalismo —continuó von Romstein—, pero es un sistema que nosotros hemos heredado a causa de las pocas posibilidades del suelo. El feudalismo, el terrateniente y el superintendente crían un tipo de tradición y responsabilidad familiares extraño a

la vida americana. A medida que pasó el tiempo, la población creció más de la que podía sostener nuestra economía agraria y nos vimos obligados a industrializar, o perecer. Vea usted, Alemania fue la última potencia en Europa que entró en la era industrial. Mi abuelo llevó a cabo esa tremenda transición hace sólo cincuenta años.

»Una vez construida la fábrica de maquinaria, la extensión de Rombaden se triplicó. Bajo una economía agraria, la vida era muy sencilla. La población era tan reducida que cada uno tenía bastante que comer. Se manufacturaba géneros en pequeños talleres que se dedicaban a la artesanía tradicional desde muchas generaciones; pero… con la introducción de la industria pesada, el distrito de Romstein, como sucedía en la mayor parte de Alemania, ya no podía producir comestibles suficientes. Esto puso en marcha un ciclo, según el cual había que negociar los productos manufacturados con el fin de importar alimentos.

»Alemania es una nación pequeña con una población enorme. Nosotros no tenemos tierras que explorar o por las que expansionarnos. No poseemos los recursos naturales que Dios concedió a Norteamérica. La riqueza natural de Alemania es escasa. Su mayor recurso lo constituyen la energía y el ingenio de sus habitantes. Aquí la fábrica debe producir, para dar trabajo a un número suficiente de trabajadores. Si la fábrica cierra, Rombaden no come. A diferencia de Norteamérica, nosotros no contamos con un excedente de comestibles del que echar mano.

»Al terminar la Primera Guerra Mundial, yo heredé la jefatura de la familia von Romstein. No voy a discutir con usted lo bueno o lo malo del Tratado de Versalles. Los aliados dicen que Alemania no sufrió un castigo suficiente. Nosotros los alemanes consideramos que fue demasiado severo. Ciñéndose a un punto de vista práctico, el Tratado de Versalles cerró la fábrica de maquinaria y no se nos permitió producir. El pueblo de este Landkreis y el de toda Alemania tenían hambre y miedo, y no había trabajo.

El conde Ludwig von Romstein apagó el cigarrillo. Estaba inmerso en sus recuerdos; se había perdido en el mar de sus propias palabras. Distraídamente, se fue hasta la ventana que daba sobre la plaza del Ayuntamiento, aquella plaza con tanta historia.

—Tampoco discutiré lo bueno o lo malo de la República de Weimar. Fue nuestro experimento con eso que se llama democracia… y fracasó. Era demasiado débil para satisfacer las necesidades de los tiempos.

»Y ahora que esta guerra está terminando, usted me pregunta. “¿Cómo puede haber ocurrido esto?”. Se lo explicaré, comandante O’Sullivan. Si en 1924 usted hubiese sido un ciudadano, de Rombaden, lo sabría, La gente moría de hambre, y no había trabajo. La inflación era tal que una carreta de marcos no alcanzaba para comprar una hogaza de pan.

»Y lo peor de todo era que a los alemanes se nos había despojado de nuestro orgullo y nuestra dignidad. El orgullo es la fuerza y la debilidad del alemán. Otros pueblos pueden vivir sin él…, los chinos…, los latinoamericanos…, los eslavos. Un

alemán no. —El conde se señaló la cicatriz de duelista. —Es un orgullo sin sentido que presuma de la bravura que tenía de joven. Pues bien, vino Hitler y nos habló de trabajo y de devolvernos la dignidad alemana. En esa plaza de ahí abajo y en otras plazas similares puso en escena su farándula, y la clase baja se la tragó.

»¿Qué pensábamos los demás de aquel hombre ridículo? En el Landkreis de Romstein nos encontrábamos ante una alternativa: o nos íbamos con Hitler, o con los comunistas. La República de Weimar no ofrecía un término medio sólido. De modo que probamos de establecer un acuerdo pasajero con Hitler a fin de dar trabajo a la gente, recobrar nuestras facultades, derrotar a los comunistas y restaurar nuestra dignidad.

»Le digo con toda franqueza, comandante O'Sullivan, que en los días venideros ustedes los americanos descubrirán que, respecto a los comunistas, no nos equivocábamos. Ahora pueden ser sus aliados, pero aprenderán con ellos lecciones muy duras.

»Al principio, Hitler nos dio más de lo que había prometido. Se nos había devuelto el honor nacional y trabajábamos otra vez. Ninguna persona de mi clase creía que con el tiempo no pudiéramos someter a Hitler a un control. El resto de la historia lo sabe usted ya. La tiranía que se impuso al pueblo alemán fue absoluta. Nos estrangulaban y no podíamos defendernos… Sean escuchaba el relato, fascinado. ¿Fue injusto el Tratado de Versalles? ¿Podía esperar menos una Alemania que hundió al mundo en el baño de sangre de su primera guerra global? ¿Y qué decir del resto de Europa, que moría de hambre y se quedaba sin trabajo y conocía la sangre y el dolor por culpa de la demencia alemana?

»¿Y qué decir de la República de Weimar? ¿Quiso de veras el pueblo alemán que pudiese operar? ¿Le dieron una oportunidad el Estado Mayor y todos los von Romstein de la nación? ¿No la combatieron y la mataron a garrotazos?

—Me apena lo que pasó en Schwabenwald —dijo Ludwig, en voz baja. Y cuando el pueblo alemán esté enterado de la existencia de tales lugares, sentirá pena también. Nosotros no lo sabíamos.

—¿Qué me dice de Londres, y de Rotterdam y de Varsovia? —preguntó Sean. —¿Siente pena también por aquellas ciudades? ¿Siente pena por mis hermanos Timothy y Liam O'Sullivan? ¿Tuvo usted lágrimas para la raza humana, a la que pisotearon, o empezó a sentir pena cuando les levantaron la tapa de los sesos en Stalingrado? En cuanto a estar enterados, *ustedes no lo sabían porque no querían saberlo*.

El Graf Ludwig von Romstein se levantó.

—Colijo que la entrevista ha terminado.

—Sí.

El alemán dio media vuelta para marcharse, luego se detuvo y dijo con acento suplicante:

—Lo que usted vio en Schwabenwald podría haberle ocurrido a cualquier otro pueblo de cualquiera otra parte bajo las mismas condiciones.

—Pero no ha ocurrido nunca, conde, no ha ocurrido nunca.

CAPÍTULO XIX

LUDWIG von Romstein desmentía su noble crianza en el mismo sitio donde la desmentían muchos alemanes: en la mesa. Sus maneras, en toda otra ocasión impecables, se desmoronaban, dejando al descubierto una glotonería que satisfacía con rápidas paladas de cuchara, tenedor, cuchillo y dedos, intercaladas con sorbetones y eructos seguidas por la escena final de chuparse los dedos y limpiarse con un palillo los dientes. Sus nervios sublevados le hacían sentir más hambre que de costumbre.

Sigmund tenía razón. El comandante americano se había designado a sí mismo la obsesionante misión de destruirle. Por añadidura, O'Sullivan poseía una inteligencia pasmosa y una información y unos conocimientos sobre la historia de la familia von Romstein igualmente pasmosos. La entrevista distó mucho de resultar convincente.

Desde el momento en que se dio cuenta de lo que ocurría en Schwabenwald, ahora hacía un año, el conde Ludwig empezó a tejer versiones, mentalmente, fabricándose argumentos que demostrasen que no sabía nada de todo aquello. Lo mismo hacían los demás. El conde maldecía a los estúpidos patanes nazis, quienes habían puesto a todo el mundo en un aprieto al olvidarse de destruir las cámaras de gas y los crematorios. ¡So perros torpes…! ¡Dejar aquellos campos y aquellos cargamentos de cadáveres esparcidos por ahí! Por si fuera poco, a la última tanda de castrados del «centro científico» los mataron a tiros en la cama.

«Quizá —pensaba Ludwig— hubiera debido tomar parte en la conjura contra Hitler, el año pasado. Debería haberme protegido con algún gesto antinazi; debí pasar algún judío a Suiza, o algo por el estilo. Tenía esclavos judíos trabajando en las granjas. Y entonces, ¿qué? Me habrían ahorcado como a todos los complicados en la conjura de la bomba».

Y se convenció una vez más a sí mismo de que se había mantenido al margen de las intrigas contra Hitler con la intención de salvar a la familia… Y no obstante, ¡ahora la familia von Romstein entera se tambaleaba! «Sigmund está a punto de derrumbarse. Desde los primeros ataques aéreos, hace dos años, es víctima, de histerismo. ¿Qué ocurrirá cuando le pongan los grilletes real y efectivamente? Si por lo menos tuviese el gesto elegante de suprimirse como lo hizo Kurt…».

De los dos hijos de Ludwig, Johann había seguido los pasos de su padre como aviador. Johann había muerto…, le abatieron sobre el Canal de la Mancha.

El otro hijo, Félix, era un obtuso burócrata de poca monta, en Berlín, y carecía de facultades para continuar la tradición de los von Romstein.

Los pensamientos del conde se centraron en su hija, Marla Frick. Marla, la única esperanza auténtica que le quedaba a la familia. Aunque, ¿acaso no lo había sido siempre? Johann era alocado e irresponsable…, coches rápidos, aviones más rápidos todavía. Aunque hubiera sobrevivido, Johann no habría sentado la cabeza para llenar sus deberes con la familia.

Los otros…, unos chapuceros. De todos ellos, Marla era la única von Romstein auténtica. Una verdadera aristócrata alemana. El conde Ludwig tuvo necesidad de alguien para modernizar la fábrica de maquinaria y concertó el matrimonio de Marla con Wilhelm Frick, con el fin de atraerse al brillante diseñador industrial y apartarlo de las industrias Krupp.

La fortuna de los von Romstein tenía como base la fábrica de maquinaria. Wilhelm Frick era la garantía de que seguiría creciendo y prosperando…, hasta quizá la convirtiese en una de las industrias gigantes de la nación. Así, pues, ¿qué importaba que el matrimonio no hubiese sido concertado en el Paraíso?… Wilhelm tenía diez años más que Marla…, mantenía queridas en el balneario de la orilla sur…, tenía otra en Dusseldorf, adonde iba todos los años para marcharse, en compañía de aquella mujer, a Munich y a la Riviera. Mas ¡qué diablos!, todos tenemos mujeres de recambio. Ludwig no compartía el lecho de su esposa desde hacía siete años. Hasta el pobre Sigmund mantenía a una amante en Rombaden.

El matrimonio de Maria y Wilhelm había producido los herederos necesarios, afortunadamente dos muchachos. En su momento, estos dos nietos adoptarían el apellido von Romstein y continuarían la gran tradición hasta el siglo venidero.

Pero, maldita sea, precisamente cuando empezaban a llegar los grandes pedidos, el Ministerio de Alfred Speer se llevó a Wilhelm Frick, para organizar la industria en los países ocupados. Luego Wilhelm Frick fue capturado por los rusos. Sólo Dios sabía cuándo Ludwig volvería a verle, si es que volvía a verle jamás.

Ludwig dejó la mesa y se retiró al estudio de su difunto hermano Kurt. La habitación conservaba su opulencia, habiéndose salvado de los bombardeos. En este cuarto fue, hacía tantísimos años… ¿Cuántos? Veinte…, veinte años atrás instó a Kurt a que ingresase en el partido nazi —con la categoría de fundador— en bien de la familia. Kurt obedeció. A Ludwig le obedecían todos. Ha sido una suerte tremenda para todos nosotros, se decía Ludwig, que Kurt no permitiese que se apoderasen de su persona ni de los archivos. Unos archivos que ponían de manifiesto la estrecha trabazón del dominio que ejercía la familia von Romstein. En este cuarto fue asimismo donde Kurt se quitó la vida. ¡Pobre Kurt! Ludwig eligió una de las pipas de su hermano, buscó el último tabaco que le quedaba y se hundió en un sillón hondo, aguardando a que Marla terminase acostar a los niños. ¡Vaya fastidio condenado estos días, sin criadas!

Marla era una mujer entera. Ella y Wilhelm Frick poseían una finquita magnífica en la orilla sur. Los americanos la habían requisado para los patanes de los peones de labranza polacos. ¡Esclavos, dices tú! Un esclavo decente puede, al menos, rendir una jornada de trabajo; los polacos resultaban poco menos que inútiles. En épocas normales no habrían sido admitidos para trabajar en la fábrica de maquinaria… y ahora esos cerdos viven en la casa de Marla. Dios sabe qué harán con el castillo Romstein.

Marla Frick entró en el estudio, anunció que los niños se habían dormido y se

sentó en una silla de respaldo recto, cerca de su padre. Encarnaba un tipo radicalmente apartado de la variedad campesina, de pecho voluminoso y que se hartaba de pan y de cerveza, tan abundante en el Landkreis de Romstein. Marla von Romstein Frick era esbelta, con unos pómulos altos, y cuidaba de su persona con inmaculada pulcritud. Tenía una fisonomía demasiado morena y recia para considerarla realmente hermosa, pero sus maneras compensaban este inconveniente. Cuando entraba en el casino, todas las cabezas se volvían para contemplar su porte regio. Era una amazona estupenda, dotada de una crueldad fría e intrigante, tan capaz de utilizar el látigo para un caballo como para cruzar la cara de una sirviente. Se veía a la legua que Ludwig la adoraba, y aunque consideraba que no debía ser así, reconocía que Marla era su favorita. A menudo se preguntaba qué necesidad tenía su yerno, Wilhelm, de salir del redil.

Marla sirvió té y coñac a su padre.

—¿Qué tal fue la entrevista con el americano?

—No muy bien, me temo.

—¿Qué quieren de nosotros? ¿No hemos sufrido bastante?

—La guerra es una sustancia ajena a sus organismos. Ellos jamás tuvieron que dar explicaciones a una fuerza de ocupación… ¡Qué vida tan envidiable! Nosotros tuvimos una buena posibilidad de conservar nuestro puesto, es decir, la tuvimos hasta que abrieron Schwabenwald. En cambio ahora se levantará por el mundo toda una oleada de ira justiciera, pidiendo reparación.

—Fue asqueroso…, insoportable —dijo Marla—, ¡obligarnos a todos a pasear entre aquellos cadáveres, como si hubiese sido obra nuestra!

Ludwig dejó la pipa.

—La realidad es que la familia se encuentra en una crisis grave. Lo más probable es que tu tío Sigmund y yo tengamos que cumplir una condena en la cárcel.

—Pero ¿cómo es posible, padre?

—Nenita mía, la justicia está siempre en manos del vencedor. Los vencedores pueden juzgar a los vencidos fundándose en el código que mejor les plazca. Puedes estar segura de que los rusos no tendrán que responder nunca de sus odiosos crímenes ante un tribunal. Sólo habremos de responder los alemanes.

—¡Dios mío, a qué situación nos ha llevado Hitler!

—Marla, estoy completamente dispuesto a cumplir una condena en la cárcel. Tú sabes perfectamente bien que Félix es incapaz de constituirse en cabeza de la familia. Y no sabemos cuándo podrá regresar de Rusia tu marido, si regresa alguna vez. Ahora mandas tú, Marla.

—¡Qué delicioso momento! Mando yo. Todo depende de mí. De mí y de mis hijos. *De mí, ¡la mujer*!

—En lo que a la política se refiere —continuó su padre—, como mujer estás por encima de toda sospecha. En este aspecto, los americanos son terriblemente caballerosos. Ya sabes, por supuesto que transferimos a Suiza fondos suficientes.

Marla hizo un signo afirmativo.

—A menos que te echen, debes quedarte aquí y continuar la lucha por la finca y la fábrica de maquinaria.

—Sí, padre.

—Marla, la fuerza mayor de la familia von Romstein, radica en la resolución de sus miembros para sacrificarse por nuestro nombre. Tu tío Kurt y tu hermano Johann dieron sus vidas. Tu tío Sigmund y yo estamos dispuestos a ir a la cárcel. A través de nuestra historia, las mujeres von Romstein han cimentado alianzas inapreciables en bien de la familia.

Marla sabía que su matrimonio no había sido otra cosa. Wilhelm Frick era un partido aceptable, pero no deseable. De tarde en tarde, Marla gozaba con él, pero tales ocasiones escaseaban y sólo venían después de largos períodos de solitaria frustración.

En su vida pública, Wilhelm Frick se portaba siempre como debía. Para la familia, la unión de ambos tenía mucha importancia. Había producido los deseados herederos. Protegía las fincas, el castillo y la fábrica de maquinaria. Marla supo desde pequeña que las cosas habían de discurrir por este cauce. Ahora llegaba el momento de la recompensa. Sus hijos, *y nadie más*, conservarían vivo el apellido, y su astucia de mujer salvaría a la familia.

En otro tiempo amó a un hombre. Era un estudiante de la Facultad de Medicina. Fue la única ocasión —que Marla recordase— en que su padre la pegó. Tenía entonces dieciséis años. A pesar de su rígida educación, a pesar de que odiaba a los judíos, se había enamorado de un muchacho mitad judío. Como consecuencia hubo de sufrir un castigo y una disciplina verdaderamente crueles. Naturalmente, hubo ocasiones (estando de vacaciones lejos de la familia) en que pudo concederse el placer de un amante. Secretamente, buscaba a un judío. Quizá un judío pudiera ayudarla a revivir aquel único momento en que fue joven y generosa.

—Marla —prosiguió su padre—, los americanos están instruyendo un proceso contra la familia. En cierto modo, es una suerte para nosotros que les obsesione tanto la legalidad. No cabe duda, si hubieran venido los rusos, nos habrían matado a todos. Su concepto de la justicia es tan rudo como el pueblo eslavo. Con los americanos nos quedan ciertas posibilidades. Gran parte de lo que llegue finalmente al juzgado se fundará en los resultados de los interrogatorios que realice ese oficial joven, Arosa.

Marla movió la cabeza afirmativamente.

—Después de ser interrogado por él, estoy convencido de que se puede influir en su manera de pensar. Creo que podría lograrse que la acusación fuese mucho menos severa.

Marla no dedicó más que un recuerdo fugitivo a su marido, encerrado en un campo de prisioneros de algún lugar de Rusia. Ciertamente, cuando volviese, si volvía, querría restaurar la fábrica de maquinaria y aceptaría los apremios de la situación. Por otra parte, Marla había pasado muchos meses sin un hombre. Tenía

hambre de sexo. El joven oficial americano no carecía de atractivo.

—Parecen tomarse muy en serio eso de la no confraternización, padre.

Ludwig sonrió.

—No es sino un detalle más de su estulticia, inaplicable e inoperante, de colegiales. Estoy completamente seguro, Marla, de que resultarías sobradamente convincente para Arosa. Lo cierto es que apostaría una fortuna a que sí.

CAPÍTULO XX

ERA la queda. Unos trabajadores esclavos polacos libertados del campo de concentración de Schwabenwald se tambaleaban al otro lado del puente de barcazas en dirección a la orilla sur, donde el subteniente Bolinski había montado un centro de personas desplazadas en los balnearios, hoteles y el Kurhaus.

Shenandoah Blessing los observaba desde su *jeep* y silbaba las tonadas que ellos cantaban. La última docena que llegó al otro lado de la plaza se agolpó alrededor del *jeep* para mendigar cigarrillos. Un polaco con un sombrero de caza bávaro y pantalones de cuero no se contentó con estrechar la mano de Blessing, sino que rodeó con sus brazos al obeso policía y bendijo América por tres veces. A continuación se puso a llorar con alegría de borracho e insistió en que Blessing aceptase su sombrero de terciopelo verde con la grande y vellosa pluma y los alfileres de caza. Blessing lo soportaba todo con una paciencia inagotable.

—Ahora seguid adelante, amigos. Pasemos a la orilla sur. Mañana será otro día.

El llorón besó las mofletudas mejillas de Blessing y todos se encaminaron hacia el puente de barcazas, con una docena de adioses.

Blessing paseó una mirada por la plaza, por si había llegado algún rezagado. Luego bajó la barriga hasta debajo del volante y viró en redondo, emprendiendo en dirección a la cárcel mientras iba meditando el problema inmediato de organizar patrullas nocturnas.

Había que desbandar toda la fuerza de policía de Rombaden. Hasta entonces no había podido encontrar más que media docena de alemanes de la lista blanca lo bastante dignos de confianza para engrosar su escasa dotación. Para guardar todo el Landkreis y vigilar a los POW y a los SS internados en Schwabenwald sólo contaba con una compañía de infantería americana. Si se producía algún conflicto de verdad, se encontraría en un grave aprieto.

Presionaría al comandante de polacos y a Bolinski para que le concediesen unos centenares de polacos a los que poner el uniforme. ¿Podía arriesgarse a dar armas a los polacos? Arrebatado de cólera, después de haber visto Schwabenwald, el mismo Blessing había apaleado a unos cuantos de las SS, cuando los sacaron de las cámaras de gas. Sean los dejó salir al cabo de tres días, cuando empezaban a desmayarse de hambre, sed, miedo y asfixia, y los encarceló.

Blessing salió de la plaza y se internó por una calle estrecha. Sus pensamientos quedaron interrumpidos ante la vista de una persona sentada sobre una pila de ladrillos, entre dos casas derribadas por las bombas. El policía paró el coche y el motor. Un anciano estaba mirando al vacío con ojos ausentes.

—Eh, usted, viejo amigo —le gritó Blessing—, es hora de queda.

El otro no respondió.

—¿Habla *sie* inglés? Eh, oiga. El *himmel* está *schwartz*. Tiene que irse a su *haus*

[6].

—¡Hablo *sie* el inglés perfectamente!

—Es hora de queda.

—¡Al diablo con la queda, señor!

El hombre no se movía. Blessing trepó por la pila de ladrillos con una destreza que estaba en contradicción con su volumen. El hombre no era tan viejo como parecía al principio. A sus pies había una botella de vino vacía. Blessing se detuvo, jadeando, ante él.

—Veamos, ¿dónde diablos vive usted?

—En Berlín, so idiota.

—No quiera que se me suba la sangre a la cabeza ¿Dónde vive usted en Rombaden?

—¡En ninguna parte!

—¿Está borracho?

—Claro que estoy borracho. ¿Es usted un estúpido?

El policía cogió al hombre por el cuello de la chaqueta con un rápido movimiento reflejo, le puso en pie de un tirón y lo sujetó con una llave de lucha libre. El hombre no ofreció resistencia; al contrario, su cuerpo colgaba fláccidamente. Ahora, teniéndole así, junto a él, Blessing percibió el olor de su no lavado cuerpo. Un olor que conocía bien. En seguida le arremangó el brazo izquierdo. En él aparecía tatuado el número de un prisionero de Schwabenwald. Blessing soltó al infeliz.

—¿Por qué no me ha dicho que estaba en el campo de concentración?

—¿Por qué no me lo preguntaba? —replicó el hombre, sentándose otra vez. Luego se puso a balbucear. —No he bebido mucho. No había bebido desde hacía muchísimo tiempo, y me ha emborrachado.

Blessing le ayudó a ponerse en pie, pero el hombre volvió a sentarse.

—No puede quedarse aquí toda la noche.

—Yo tenía amigos aquí, en esta casa. En otro tiempo fue el Centro Social Demócrata del Distrito. Ahora no hay nadie…, han desaparecido todos…, todo ha desaparecido.

—Espere un minuto. Usted no es polaco.

—Yo, señor, soy alemán.

—¿Es usted Ulrich Falkenstein?

—Exacto.

La cárcel zumbaba de excitación por causa del viejo que yacía desmayado en un catre de la oficina de Blessing. ¡Ulrich Falkenstein! Un hallazgo de consideración. Un hombre que había resistido la persecución de Hitler.

Todos los miembros del equipo sabían que estaba prisionero en Schwabenwald. Cuando entraron en el campo, Bolinski y Arosa pudieron determinar que Falkenstein

había seguido con vida hasta unos días antes de la rendición. En la confusión del momento, Falkenstein se había marchado en busca de antiguos camaradas de Rombaden.

Ulrich Falkenstein y su hermano eran viejos luchadores del Partido Social Demócrata. Ulrich había tenido la osadía de enfrentarse a Hitler incluso cuando llegó el final. En el periódico del partido y en discursos de combate, denunció a los nazis, en una época en que la mayoría de sus camaradas o huían de Alemania o se callaban amedrentados.

Al principio, los nazis intentaron comprar a los hermanos Falkenstein, ofreciéndoles elevados cargos. Ulrich no se dejó comprar, ni pudieron cerrarle la boca, aunque, al resistirse, firmaba casi su sentencia de muerte.

En el juicio épico de 1935, Ulrich Falkenstein hizo su última declaración pública. Predijo que aquella nueva era de tiranía conduciría a la destrucción total de Alemania y a su condenación universal. La voz de Ulrich fue el último de los escasos gritos indignados ahogados por las pisadas de las botas nazis y los coros de «sieg heils». Sin embargo, ni siquiera en 1935 Hitler se sentía lo bastante fuerte como para ordena la ejecución de «un enemigo destacado del Tercer Reich».

Falkenstein pasó a engrosar una legión que ascendió a quinientos mil alemanes arrojados a campos de concentración por oponerse, real o imaginariamente, al régimen. Pasada la noche del terror, la oposición contra Hitler que quedaba con vida se reducía a un puñado mísero de políticos como Falkenstein, junto a unos pocos sacerdotes, unos pocos escritores y unos pocos pensadores. Prácticamente, en Alemania, los nazis no encontraban oposición alguna.

Fuese como fuere, Ulrich Falkenstein consiguió conservar la vida. En otro tiempo poseía un organismo vigoroso, que resistió los palos y las patadas, las semanas y los meses de soledad. Cuando vieron que ni dándole tormento hasta matarle podrían doblegar su espíritu, le sometieron a una calculada degradación. Los de las SS se deleitaban con grandes humillaciones, ante la cárcel entera. Falkenstein soportaba las indignidades con una dignidad que aumentaba su estatura y enfurecía a sus verdugos. Su muerte no representaría una victoria a menos que él suplicase que le dejaran vivir. Y Ulrich se negaba a mendigar.

A la mañana siguiente, Falkenstein pidió excusas a Blessing por su comportamiento de borracho y le dio las gracias por la comprensión que el policía había mostrado.

Por primera vez. Sean se puso en pie en Rombaden delante de un alemán y le saludó con calor.

—Me conturba que se acuerden de mí —decía Falkenstein, saboreando las delicias de un cigarrillo. El tabaco le daba arrestos. ¡Y el café! Había olvidado el llanto hacía mucho tiempo, pero ahora el sabor del café estuvo a punto de hacerle derramar lágrimas.

Mientras charlaban, Sean se preguntaba qué clase de hombre tenía sentado

delante. La historia de los campos de concentración ponía de manifiesto que sólo se necesitaba un año o dos para destrozar por completo a un hombre normal…, para degradarle…, para dejarle sin voluntad…, para rebajarle hasta no dejarle otra cosa que el instinto animal de sobrevivir meramente. Aquéllos a quienes Hitler dejaba salir de los campos de concentración jamás osaban hablar de ellos.

¿Qué era lo que había sostenido el espíritu de reto de Ulrich Falkenstein? ¿Qué fue lo que le hizo rechazar la libertad a cambio de la promesa de guardar silencio?

Salvo por una pequeña cicatriz cerca de la orilla del arco de cabello blanco que rodeaba su calva cabeza, presentaba pocas señales externas de castigo. Parecía un poco cansado. Tenía unos ojos pasmosamente azules, como el Danubio, e irradiaba una expresión de ternura que sólo se obtiene, a veces, mediante largos e intensos sufrimientos. Los párpados le daban un aire adormilado…, engañoso y que escondía los pensamientos albergados tras ellos.

—¿Cómo va la guerra? —preguntó.

—El frente Occidental se derrumba. Es cuestión de días, nada más —respondió Sean.

—¿Y Berlín?

—Nosotros nos hemos detenido en el río Elba. Los rusos están asaltando Berlín desde la línea Oder-Neisse.

Falkenstein meditó largo rato y encendió otro cigarrillo.

—Yo soy berlinés —dijo por fin. —Tengo familia allí: mi esposa, dos hermanos, Bruno y Wolfgang, y la familia de Bruno, naturalmente. Supongo que será imposible saber noticias de ellos.

—Me temo que por ahora no podremos pedirlas.

—¿Sabe usted?, es una pena que permitan que Berlín lo tomen los rusos.

—Pero los rusos son aliados nuestros. Han sufrido terriblemente a manos de los alemanes.

—¿Acaso no hemos sufrido todos? A pesar de todo, es una pena. Los berlineses son diferentes. Nunca fueron nazis de verdad.

Sean no supo esconder su pasmo ante lo que le parecía un sorprendente aserto.

—Parece sorprendido, comandante.

—Lo estoy, a la vista de lo que le ha pasado a usted, señor Falkenstein. En Rombaden, ni un solo alemán se considera a sí mismo otra cosa que un espectador inocente, al margen de todo. Usted salió de Berlín en 1935. Quizá era demasiado pronto para darse cuenta de que los nazis ejecutaban la verdadera voluntad del pueblo alemán.

—Pero, comandante…, yo también soy alemán.

—Un alemán único.

Falkenstein se encogió de hombros.

—De todos modos, analíceme usted como quiera, soy alemán. Quizá sea uno de esos alemanes «buenos», mas esto no me convierte en inglés ni en francés. Más aún,

mi querido comandante, creo conocer, por experiencia de primera mano, las debilidades y las enfermedades de los alemanes mucho mejor que usted. Y a pesar de todo, no por ello soy menos alemán.

—Parece incongruente lo que oigo, viniendo de un Ulrich Falkenstein que ha pasado nueve años en Schwabenwald.

—Digamos que he tenido muchas oportunidades y se me han ofrecido persuasivos argumentos para abandonar toda esperanza respecto al pueblo alemán. Lo que usted dice es cierto, en parte. Muchos de los llamados alemanes «buenos» murieron en sitios similares a Schwabenwald. Pero ¿qué pasa ahora si los que quedamos le volvemos la espalda a nuestro pueblo?

Enojaba y asustaba comprobar la terquedad de convicciones de Ulrich Falkenstein. Sin embargo, Sean no podía menos que admirar a aquel hombre que había sufrido tan brutalmente y, a pesar de todo, conservado su personalidad.

—De modo que, ya ve usted, yo tengo que volver a Berlín.

¿Era mejor o peor éste que los alemanes que habían huido de los nazis y ahora colaboraban con el gobierno militar? ¿Que los alemanes que odiaban a su país y a sus propios compatriotas, que se revolvían contra todo lo alemán con furia salvaje…, que querían vengarse…, y detestaban su condición de alemanes? ¡Qué fácil le resultaría ahora a Falkenstein unirse a esa camarilla antialemana tan de moda! En cambio, Ulrich elegía el papel de misionero entre los leprosos. Sean comprendió que los palos de los nazis no habían logrado matar el amor que Falkenstein sentía por su pueblo. Sin embargo, en Falkenstein tenía él a un adversario, no a un muñeco. Y, no obstante, tomó la decisión.

—Pasará mucho tiempo antes de que usted pueda volver a Berlín. Mientras tanto, sus servicios aquí, con nosotros, son de una necesidad perentoria.

—Trabajaré con usted, comandante, siempre que transija en recordar que soy alemán y que mí primer deber no es colaborar en la victoria aliada, sino en la redención del pueblo.

CAPÍTULO XXI

A Sean le molestaba la escena, de cariz cada vez peor, que se desarrollaba en la plaza, debajo de su ventana. Una docena o más de polacos, borrachos de remate, aullaban, arrojaban botellas contra los edificios, se orinaban por la calle, armaban peleas.

—Hemos de poner fin a eso antes de que se nos escape de las manos —dijo Sean, volviéndose de cara a Blessing, Maurice Duquesne y Bolinski.

—Tonterías, comandante —calmóle Blessing—, hemos de enfocar la cuestión con un poco de gramática parda. Algunos de esos pobres diablos han estado encerrados cuatro o cinco años.

—Se nos presentan tantas quejas que ya no podemos llevar la cuenta.

—¡Qué diablos! Sólo arman un poco de jolgorio. No se precisa mucho licor para hacerles perder la cabeza. A la hora de la queda los barreremos de las calles.

—¿Y qué piensa hacer con los saqueos y las palizas?

—Sí, en efecto, han irrumpido en algunas tiendas y en algunos hogares alemanes. Han de desahogar muchas cosas que llevan encerradas en el cuerpo —dijo Blessing.

—Esto es lo que me da miedo.

El jolgorio había sido particularmente bronco aquel día. Los excautivos habían dado con una gran bodega de vino todavía sin espitas. Y a continuación vino una juerga monumental. Las calles estaban desiertas de los aterrorizados alemanes.

—No se trata de que yo sienta el menor deseo de proteger a los alemanes —dijo Sean—, pero nuestra propia autoridad se vendrá abajo si permitimos que los polacos sigan campando por sus respetos sin meterlos en cintura.

—Son buena gente —afirmó Bolinski. —Son los supervivientes de unos cien mil, tal vez, que pasaron por Schwabenvald. Menos de un millar, comandante. Los despertaban todas las mañanas a las cinco, les daban una taza de caldo aguado y los conducían a pie desde el campo a la fábrica de maquinaria. Seis millas, doscientas treinta yardas, dieciséis pies y nueve pulgadas. Los perros se echaban encima de todo el que cayese. Los últimos empujaban carretillas para recoger a los muertos amontonados a la orilla del camino. Trabajaban catorce horas en aquellos antros del infierno, encadenados a sus bancos, y luego eran conducidos a pie otra vez, de regreso; seis millas, doscientas treinta yardas, dieciséis pies y nueve pulgadas. Y les daban la hermosa recompensa de mil quinientas calorías por día…

—He leído todos sus informes —le interrumpió Sean.

—Al diablo con ello, digo yo. ¡Que se diviertan! ¡Que aporreen unos cuantos rostros!

Sean exhaló un aliento prolongado y se derrumbó en su sillón.

—Bolinski…, usted y Blessing cuidarán de que los polacos se pongan a trabajar. Contrátenles para hacer guardias. Asígnenles los mejores empleos que salgan. ¿Qué

tal sus jefes? ¿Podemos fiarnos de ellos?

—Tienen autoridad —respondió Bolinski.

—He ahí el trato. No vamos a pararnos demasiado en pelillos por unos saqueos o unas palizas. Pero no toleraremos violaciones ni asesinatos. Sobre este punto no admito añagazas.

Bolinski y Blessing salieron para despejar las calles.

Maurice Duquesne, que había escuchado la conversación con aire ausente y aburrido, tomó la palabra por fin.

—El ponerlos a trabajar es una solución poco realista. Estos primeros días se contentan ahogando su libertad en un baño de alcohol, pero pronto querrán saber si siguen siendo hombres.

—Había pensado ya en ello. Vamos a emplear algo de la gramática parda de Blessing.

Unos momentos después el barón Sigmund von Romstein, todavía en funciones de alcalde, obedecía la orden de presentarse en la oficina de Sean. La vista de Duquesne le ponía enormemente nervioso. Cada vez que venía estaba seguro de que sería para que le cortasen la cabeza.

—Una de las calles que salen de la plaza, la avenida de la Princesa, tenía la reputación de barrio alegre, ¿verdad que sí, barón?

—¡Oh, sí! Muchas cervecerías. Muchos clubs nocturnos. Durante los festivales era una de las calles más ruidosas de todo Schwaben…, y hasta de toda Baviera, para el caso.

—Estoy hablando concretamente de casas de mujeres.

El barón levantó los brazos en gesto de inocencia.

—Los nazis cerraron todas las ramerías. Ya sabe usted cómo era Hitler.

—Según nuestros informes, la avenida de la Princesa no estuvo jamás cerrada por completo, ni de verdad. ¿No es cierto que ustedes tuvieron siempre mujeres trabajando de prostitutas para los conductores de barcazas que pasaban la noche aquí? En los días de pago y durante los festivales, se podría aumentar su número con otras de Munich.

—Bien, ya sabe usted lo que pasa. Ni siquiera Hitler fue capaz de poner fin por completo a la prostitución.

—Más todavía —replicó Sean—, usted era alcalde, y su hermano, el jefe nazi del distrito. ¿No había un cierto número de convenios no escritos, de cosas sobre las que se hacía la vista gorda, en beneficio de la economía de la zona?

Sean acertaba. El americano acertaba siempre. Él y aquel abominable Dante Arosa estaban enterados de todo.

—¿No es cierto además —insistió Sean— que ustedes tenían una lista de todas las mujeres de Rombaden que actuaban como prostitutas?

El barón se resistía.

—¿Qué?

—Debe usted comprender —gimió Sigmund— que no era para obtener ingresos sucios. Naturalmente, alguna consideración a la policía de vez en cuando… No obstante, la lista sólo servía para que la cosa no saliera de los límites convenientes. Para que no se entrometieran elementos indeseables…, quiero decir…, para proteger a las muchachas…

—Una cuestión estrictamente apolítica —le dijo Sean a Duquesne, cuyos labios tuvieron que partirse en una sonrisa. —¿Cuántas de tales muchachas hay por ahí todavía?

—Quizá treinta o cuarenta.

—Alegre ciudad —comentó Sean. —Vamos a necesitarlas.

—¿Para sus tropas? —preguntó el barón, esperando que la norma de no confraternización hubiese sido revocada.

—Para los polacos.

—Ah…

—Una cuestión apolítica, barón. No quiero saber cuáles son esas mujeres. Más aún, ellas no han de saber que esto viene de las autoridades aliadas. Su bienhechor puede ser usted. A partir de mañana se pagará a los polacos con moneda de ocupación. A toda muchacha que quiera reanudar la profesión que eligió se le dará un racionamiento triple.

El desilusionado barón murmuró que, con una ración triple no sería demasiado difícil encontrar mujeres, hasta para los polacos.

—La alternativa podría ser la de que violasen a las mujeres de ustedes por las calles.

Al barón se le dio permiso para retirarse.

Maurice Duquesne se rió ante la poética justicia que encerraba el convertir al barón von Romstein en alcahuete de los polacos a quienes él y su hermano habían utilizado como esclavos.

—Una solución inteligente, Sean, pero que le rebajará a los ojos de los alemanes. Dirán: «Mira qué hace el americano para protegernos».

—Lo hago en bien de la ley y el orden.

—Ah, pero Sean, nadie espera que un conquistador sea benévolo. ¿No cree usted que las mujeres de aquí esperan que las violen? ¿No cree que los soldados alemanes violaban a las mujeres de mi provincia, y a las polacas, y a las rusas?

—¿Otra dosis de sus tradiciones viejas de siglos, Maurice?

—Otra dosis de su ingenuidad americana, Sean. Nosotros los europeos no somos soñadores, sino realistas. Maridos, hijos y amantes aceptarán de nuevo a sus mujeres, manchadas o no.

—¡No les entiendo a ustedes! —espetó encolerizado Sean.

—Y yo no les entiendo a ustedes. ¿Cuánto tiempo consideran ustedes los americanos que podrán sostener la idiotez esa de la no confraternización? ¿Cuánto tiempo pasará sin que sus virtuosos muchachos americanos se vuelvan locos por el



contacto con una mujer? —En este momento Duquesne soltó una sonora carcajada. —Por Dios que se pierden ustedes una de las auténticas ventajas de ganar la guerra.

CAPÍTULO XXII

ROMBADEN daba boqueadas en busca de la vida, en medio de su devastación. A cada día que pasaba, el impacto pleno de la derrota calaba más hondo. Ni agua, ni alimentos…, cenizas. Detrás de las chamuscadas paredes se agitaba un movimiento amedrentado cuando los polacos armados patrullaban por las calles.

La llegada de Ulrich Falkenstein inquietaba profundamente a la población. Por primera vez en la historia se había puesto fin al tiránico, pero paternal, gobierno de la dinastía von Romstein. Si bien el conde Ludwig y sus hermanos habían gobernado con puño de hierro, también habían laborado para mantener el sólido *statu quo* de la vida tradicional. Los von Romstein eran sus padres. Los von Romstein velarían por ellos.

Ahora Falkenstein, enemigo del Reich, despreciado durante veinte años, se sentaba a la derecha del gobernador aliado.

Las dudas iniciales de Sean sobre el significado de la alemanidad de Falkenstein se disiparon. Falkenstein no querría trato con los nazis. Es más, los reconocía por el olfato. Se colocó en los cargos públicos principales a unas cuantas personas de la lista blanca y a unos pocos políticos, supervivientes de Schwabenwald. Los nazis fueron rechazados.

Se vio claramente que todos y cada uno de los habitantes de Rombaden y del Landkreis tendrían que rendir cuentas de sus actividades pasadas. Corría el rumor de que el Gobierno Militar preparaba un cuestionario con centenares de preguntas que todos, hombres y mujeres, tendrían que contestar. Los encarcelamientos aumentaban día tras día.

Dante Arosa y Shenandoah Blessing aprovechaban el estado de estupor del pueblo para montar una organización de informadores. El modo más sencillo que uno tenía de limpiar su nombre consistía en comprometer a otro. Informar, delatar al vecino. En los días de los nazis el informar se había convertido en un arte depurado; nadie estaba a salvo de los ojos de los espías. Los nazis glorificaban a los delatores…, a los hijos se les recompensaba por delatar a sus padres, a los padres por denunciar a sus hijos, al hermano por descubrir a la hermana, y al primo por delatar al primo.

Werner Hoffman, un delegado de Falkenstein, pasó a ser el enlace oficioso entre los confidentes y las autoridades aliadas. Antes de la llegada de los nazis, Hoffman había sido un empleado socialista de pequeña categoría y, fuese como fuere, había sobrevivido a cinco años en Schwabenwald. De allí salió con el espinazo curvado, que le rompió la culata del fusil de un guardián. El percance le convirtió en un ser raro cuyos continuos dolores divertían a los de las SS, por lo cual le permitieron seguir viviendo. Hoffman no era un empleado particularmente eficiente, pero sí un hombre de los que no abundaban…, un antinazi de confianza.

Hoffman montó los lugares de cita de la avenida de la Princesa. Hoffman hacía

los tratos con los confidentes en lo tocante a raciones y consideraciones suplementarias.

Esta desintegración de la moralidad aumentaba el desprecio de Sean hacia los alemanes. Y provocaba los despectivos comentarios de hombre enterado de Maurice Duquesne.

—¿Cómo le sorprende tanto? Han sido derrotados y quieren sobrevivir. Ustedes los americanos no han tenido que vivir jamás en situación de vencidos. Jamás han tenido que dar cuenta de lo que hicieron durante su vida. Si un alemán ocupase Nueva York, se quedaría usted pasmado al ver el número de lenguas delatoras que se pondrían en movimiento.

Se puso en marcha un movimiento furioso en el que cada uno procuraba exonerar sus culpas.

—Debe conseguir que los americanos comprendan que yo ingresé en el partido porque estaba en juego mi empleo.

—Mi empleo era apolítico, estrictamente apolítico, pero yo estaba en situación de ver lo que pasaba.

—Holstein entregó a cuatro niños judíos que estaban escondidos.

—Le diga lo que quiera el señor Dunkel, era un «camisa parda».

—Cuando interrogue a Bargel, recuérdele cómo andaban las cosas cuando era guardián de manzana.

—Se sabe que el hijo entregó a su propia madre.

—Sí, robó el negocio y la casa de la familia judía, cuando ésta desapareció.

El sobrecargado cubo de basura se derramaba, y el sumidero vomitaba, y el hedor se mezclaba con las cenizas de Rombaden.

Ulrich Falkenstein dormía en una casona confiscada al dueño de la fábrica de cerveza. Era un edificio de veintidós habitaciones, enclavado en la orilla sur y que compartía con media docena de antiguos internados en Schwabenwald, que trabajaban en el seno del Gobierno aliado.

A las cinco de la mañana del comienzo de la segunda semana de ocupación, su teléfono llamó. Era Werner Hoffman.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué quiere a esta hora? —inquirió Falkenstein.

Hoffman contestó con un solo nombre:

—Klaus Stoll. —Pronunciaba el nombre del jefe de Schwabenwald, que había desaparecido al final de la lucha.

—¡Stoll! —repitió Falkenstein en un susurro glacial.

—Y su querida esposa Emma. Les tenemos a los dos.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Nos ha proporcionado la información una persona que tiene que responder de muchas cosas. Stoll ha estado escondido en los sótanos de una casa de

Friedrichstrasse, en ruinas a causa de los bombardeos. Se confió a uno de nuestros confidentes más seguros.

—¿Y las autoridades aliadas? ¿Lo saben?

—La verdad es que quien ha capturado a Stoll, hace una hora, ha sido el subteniente Blessing. Ha dicho que para proceder a cierta identificación, sería una buena idea que una docena poco más o menos de antiguos huéspedes de Schwabenwald interrogasen a Stoll en los mismos sótanos antes de que se le ponga bajo custodia.

—¡Dios del cielo! ¡El comandante O’Sullivan se pondrá furioso!

—El comandante O’Sullivan lo sabe. Ha dicho que se pasaría el día entero recorriendo el Landkreis. Y ha añadido una frase extraña. Ha dicho: «Lo que no conozca no me dolerá». ¿Qué quería decir con eso, Ulrich?

Falkenstein apartó la manta. La sangre corría por su corazón tan de prisa y con tal fuerza que temió que el pecho le estallaría. Vistióse precipitadamente, llamó a su chófer y al poco rato cruzaba el pontón y penetraba en Rombaden. En la plaza, a la primera luz del día, le esperaba Hoffman.

Se detuvieron delante del montón de derribos de lo que en otro tiempo fueron los grandes almacenes Kauffman. Parecía que no había nadie. Hoffman, haciendo muecas por el dolor del encorvado cuerpo, y Falkenstein, resollando por la edad, salvaron a tropezones los cascotes y descendieron a unos sótanos que despedían muy mal olor.

Un foco de luz chocó contra sus caras.

—¡Aquí dentro! —gritó alguien.

Ambos se abrieron paso hasta una celda hábilmente disimulada, poco menos que cerrada por barras de acero doblado y maderos medio quemados. Jadeando en busca de aire, los dos recién llegados acomodaron sus ojos a la luz de la linterna. Una docena de alemanes moradores de Schwabenwald se habían reunido allí.

Sobre una cama de harapos, en el rincón, se acurrucaban, acobardados, el Obersturmführer Klaus Stoll y su esposa Emma.

Uno de los antiguos prisioneros de Stoll le dio un puntapié en el estómago. El golpe hizo más ruido que daño.

—Ponte en pie en presencia de Ulrich Falkenstein —ordenó el hombre.

Klaus Stoll se levantó, haciendo deslizar la espalda junto a la pared y cubriéndose la cara con los brazos para detener los golpes.

Otro de los presentes agarró a Emma por el cabello y la puso en pie de un tirón.

Ulrich se abrió paso a través del corro y se plantó cara a cara ante el nazi. Stoll era un hombre muy bruto, de cuerpo tan recio como lo había tenido Falkenstein antes de que le hubieran hecho perder las carnes a golpes. Ulrich fijó la mirada en Klaus, luego en Emma y por último en Klaus otra vez, probando a revivir mentalmente los nueve años de Schwabenwald. Ahí estaba aquella mujer, tal como era: una obtusa y estúpida prostituta de lo más bajo, con una boca infernal. Emma llevaba los jerseys y

las faldas muy ceñidos para atormentar a los prisioneros. Emma hacía traer a su presencia hombres y mujeres desnudos para que actuasen delante de ella. Emma, que se caía, sudando de cansancio, de tanto azotar prisioneros.

Y Klaus Stoll, un carretero de la fábrica de cerveza salvado del anónimo por sus depravados nazis. Klaus, el bravucón que atormentaba a Ulrich describiéndole cómo mataban con el gas y lo que le gustaba presenciar las castraciones en el centro de experimentos médicos; y le explicaba cómo hacía arrodillar a media docena de prisioneros, juntas las cabezas, y apostaba a que era capaz de atravesarlas todas con una sola bala de pistola.

Y el perro carnicero de Klaus Stoll, «Messer». El perro tiraba de la correa aguardando la orden:

—¡Mata!… ¡Muerte en la garganta, «Messer»!

La morena cara de Klaus Stoll estaba sucia, poblada de barba y empapada de sudor. Su negro uniforme nazi, desgarrado y cubierto de sangre seca. La esvástica había desaparecido.

—Me alegro de que esté aquí, señor Falkenstein —dijo con su hablar semianalfabeto. —Usted es un hombre comprensivo. Les explicaba que yo sólo obedecía órdenes. Si no hubiese obedecido, los nazis me habrían matado. Guardaban a mi familia como rehenes para que yo cumpliese lo que me mandaban.

—Apártese, Ulrich, y deje que nos las entendamos con él.

—¡Señor Falkenstein! ¡Usted es un hombre civilizado! ¡No puede dejarme a su merced!

—Quizá tengas razón, Stoll. Quizá deberíamos llamar a los polacos.

—¡Dios Santo, no! —chilló Emma.

Stoll se volvió hacia el tullido Hoffman.

—¿No le salvé la vida a usted contraviniendo las órdenes?

—Porque os divertía verme llorar de dolor en la espalda. —Hoffman agarró un ladrillo. —¡Veamos qué tal soportas el dolor de un espinazo roto!

El nazi cayó de rodillas y juntó las manos.

—¡Dios! ¡Dios, sé mi juez misericordioso! ¡Yo odié aquello siempre! ¡Me obligaban los otros!

—¡Esperen! —ordenó Ulrich Falkenstein, con tal poder y autoridad que los otros se detuvieron. —No vayamos tan de prisa. En lugares como Schwabenwald convertían a los seres humanos en bestias, a fin de que rameras y maleantes como Klaus y Emma Stoll se viesen a sí mismos, por comparación, unos superhombres. Ponte en pie, Klaus Stoll —dijo Falkenstein en un tono casi paternal. —Ni siquiera te tocaremos. —Ulrich acalló las protestas de los otros y continuó—: Vamos, Klaus Stoll. Ponte de cara a tu esposa. Escúpele en el rostro, tal como hacías que nosotros escupiésemos a nuestros camaradas. ¡Escupe, digo!

Klaus Stoll escupió sobre su esposa.

—Vamos. Emma Stoll. No te seques el escupitajo. Deja que corra por tu cara y te

entre en la boca. ¡Escupe sobre tu marido!

Emma escupió dos veces.

Ulrich les ordenó escupir una y otra vez hasta que la boca se les quedó seca. Les dieron agua y les hicieron escupir nuevamente.

—Vamos, Klaus Stoll, da puñetazos a tu esposa hasta que le sangre la cara.

—Ahí va, Emma Stoll. Coge este palo y golpea la cara de tu marido.

Y marido y mujer se herían mutuamente con unos golpes que daban náuseas. Los prisioneros de Schwabenwald retrocedían, apartándose de la escena con repulsión. Los dos combatientes siguieron pegándose hasta que Emma Stoll se derrumbó, semiinconsciente. El nazi se quedó de pie junto a ella, jadeando, llorando y pidiendo comprensión en nombre de Dios.

—¡Klaus Stoll! —rugió Falkenstein. —¡Llama a tu perro!

—¡Misericordia!

—¡Llama a tu perro, digo!

—«Messer» —lloriqueó la voz del nazi. —«Messer».

—¡Dile a «Messer» que mate! ¡Dile que muerda en la garganta!

—Mata… —A Klaus Stoll se le quebró la voz.

—¡Ah, ahí «Messer» no responde a la llamada de su dueño. Ponte a gatas y ladra como «Messer». Ladra contra tu esposa!

Klaus Stoll se arrastró grotescamente de un lado a otro, a cuatro patas, ladrando y dando mordiscos a su mujer.

Ulrich Falkenstein se volvió de cara a los demás, y ellos comprendieron que había obrado de aquel modo deliberadamente, para que se avergonzasen de sí mismos.

—¡Basta ya! —gritó Hoffman, bajando el arma. —¡Dígale que pare!

Klaus Stoll cayó agotado, y Ulrich Falkenstein se plantó junto a él.

—¿Por qué no has tenido la decencia de matarte…? Hoffman, llame a los americanos.

CAPÍTULO XXIII

LAS sábanas estaban empapadas de sudor. Dante se apartó de la cama, sobre unas piernas que parecían de goma, buscó a tientas las cerillas, encendió la lámpara de petróleo y subió la mecha. Las sombras bailotearon por el cuarto, que la guerra había medio destrozado.

Las sombras jugueteaban sobre el relumbrante cuerpo de Marla, que yacía de costado, la cara hundida en la almohada, el cabello desordenado sobre la revuelta cama. Permanecía inmóvil, salvo por el movimiento del pecho, exhalando profundos murmullos sensuales.

La brumosa mente de Arosa trataba de entrar en actividad. Dante se lavó lo mejor que pudo en el único cubo de agua y luego se vistió.

El entumecimiento que le causaron los mordiscos de la mujer empezaba a disiparse, y le dolían. ¡Una locura! ¡Es una locura, ni más ni menos!

La entrevista se concertó en un pequeño piso bombardeado que en los viejos tiempos destinaba el padre de Marla a una amante. Cuando llegó Dante, Marla le estaba esperando en la oscuridad desde hacía más de una hora. Ambos se habían dejado arrebatar por una especie de demencia.

Antes Marla era una amante pasiva. Con Wilhelm Frich la posesión carnal venía a ser una avenencia que le proporcionaba un goce accidental, hacía alarde de una superioridad que los «mantenía a raya».

Cuando su padre le dijo lo que tenía que hacer con Dante Arosa, esperó el momento con una ilusión excitada que no había experimentado más que una vez en su vida, con el estudiante del colegio de Medicina. Entonces se lo pagaron a palos. Ahora se vengaba de aquellas palizas.

El juego desplegado para traer a Dante Arosa a esta situación le recordaba el tiempo, tan largo, que había estado sin un hombre. Dante tenía un cuerpo duro. Era vigoroso, extremadamente vigoroso.

Desde el momento que empezaron a buscarse recíprocamente en aquella destartalada vivienda, Marla estalló con una fuerza brutal, dulce, avasalladora, que no la dejaba cesar de entregarse. El instante supremo se produjo una y otra vez, repetidamente, en una sucesión cada vez más rápida que le hizo perder el control, hasta que se desplomó.

Para Dante fue una locura que no había conocido jamás y que terminó en el agotamiento. Y luego Marla revivió y retornó a una laxitud tranquila, glacial. Dante no había encontrado a ninguna otra que se entregase de aquella manera. La estudiada calma de la mujer vaciaba su cuerpo y su mente, con cada contacto y con cada caricia, de la energía de resistir. He ahí los momentos victoriosos de Marla, cuando tenía indefenso a un hombre… ¡Era el triunfo supremo!

Dante se plantó junto a la cama y encendió un cigarrillo.

—Tendrás que quedarte aquí hasta la mañana. Ha sonado ya la hora de queda.

Marla se volvió cara arriba pausadamente, poniendo a la vista su espléndido cuerpo.

—Dame un beso de despedida, Dante.

—Me gustaría romperte ése condenado pescuezo —dijo él.

Marla volvió a tenderse de costado y no se movió cuando la mano de Dante resiguió la línea de sus caderas y muslos. No se movió tampoco cuando la puerta se cerró, ni cuando oyó que el motor del *jeep* se ponía en marcha.

Dante serpenteó a través de las silenciosas calles, sembradas de derribos, sumido en un estupor. De vez en cuando un guardia polaco o americano le detenía, y en seguida le dejaba pasar.

«¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho? ¡Loco! ¡Dante loco, condenado y estúpido! ¡Canalla estúpido de Dante!».

Todos los cepos que ella le había tendido se disolvían en una bruma: el aroma dulce, el pasar por su vera rozándole, el seno mitad al descubierto.

«Fija la atención en el interrogatorio. Ten cuidado con sus ojos. Esa mujer se sirve de los ojos como un músico consumado de su instrumento. Ten cuidado…, ten cuidado…».

Entre pregunta y pregunta, largas pausas de silencio; hasta entonces Dante no había tenido ante sí a una persona de la nobleza.

La tercera y cuarta vez que Marla hubo de presentarse en la oficina de Dante…, preguntas…, y más preguntas. El tiempo quedaba detenido hasta que hacían pasar a …

—¿Por qué no continúo este interrogatorio en su casa, mañana…?

—Como usted quiera, subteniente…

Un apretón de manos…, un beso…

—Marla, tengo que verla a solas…

—Ambos podríamos meternos en un conflicto grave…

—Al diablo con ello…

Dante llegó a la plaza. En la oficina de Sean había luz. Parecía como si estuviera encendida eternamente. Dante sintió el impulso de guiar el coche hasta el interior del Ayuntamiento y explicárselo todo a Sean en aquel punto y lugar. Sean lo comprendería, le protegería, le ayudaría. Dante guió el coche hasta el lugar donde se levantaban las estatuas de Berwin y Helga, delante de la entrada, y paró el *jeep*. Todos tienen la pasión de matar…, todos ellos… Amor y muerte.

Dante puso el motor en marcha y partió a toda velocidad hacia el puente de barcazas, dirigiéndose a sus cuarteles de la orilla sur. «¡Retrocede, Dante! ¡Loco maldito, retrocede! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ve a Sean, ahora!».

En los tres días atormentadores que transcurrieron, Dante Arosa volvió a vivir

mentalmente la orgía una y mil veces. Ni los razonamientos, ni el compadecerse de sí mismo, ni el mortificarse le servían ya de nada.

El cuarto día llamó a uno de sus subalternos.

—Sargento, vaya con un coche a casa de Frick y tráigala para interrogarla.

—Sí, señor.

Los ojos de Marla y de Dante se encontraron. La mirada de ambos estaba saturada de odio y de deseo, Sin pronunciar palabra, ambos se decían: «Sí, esta noche y todas las noches».

CAPÍTULO XXIV

SI se exceptuaba una sola mansión, que ocupaban Ulrich Falkenstein y sus delegados, el conjunto de fincas de la orilla sur había sido requisado para el personal americano. No obstante, muchos miembros del equipo guía G-5 veían raramente sus lujosos alojamientos, porque durante aquellos primeros días el número de horas de trabajo era tan abrumador como la tarea a realizar.

A una de las casas, que perteneció al dueño del astillero de barcazas y embarcaciones fluviales, la llamaban «el hogar de los ancianos», rindiendo un dudoso honor a sus ocupantes, los miembros más antañones del equipo: Tidings, el banquero; Trueblood, el celador; Hickman, el técnico en economía agrícola; Sam Alterman, el experto en comunicaciones; Maurice Duquesne y el doctor Geoffrey Grimwood.

Ninguno trabajaba, ni se le pedía, tantas horas como el comandante; salvo Geoffrey Grimwood, quien no llegó a ver su juego de habitaciones, ni, para el caso, se tomó la molestia de trasladarse a ellas.

Grimwood se reservó un cuarto en el hospital con el fin de poder estar en todo momento al frente de la lucha sin cuartel por salvar las vidas de los internados en Schwabenwald. La mayor parte de los tres mil pacientes asistidos en el hospital y la catedral estaban casi moribundos y con pocos recursos para combatir los efectos de la inanición y de media docena más de enfermedades mortales.

Grimwood libraba batallas infatigables por cada una de aquellas vidas. A pesar de no tener un conocimiento más que superficial de la inanición y sus efectos secundarios, había mantenido el promedio de defunciones por debajo del diez por ciento. Una línea directa le ponía en comunicación constante con un campo llamado Bergen-Belsen, donde el Ejército británico se había topado con otro establecimiento similar a Schwabenwald, pero mucho mayor.

La medianoche había pasado hacía mucho rato cuando Sean decidió dar por terminada la jornada en la oficina. Entonces cruzó la plaza, se fue al hospital y encontró a Grimwood ante su mesa, con los ojos inflamados. Ambos se reanimaron con un café.

El inglés se frotó los ojos y los enfocó sobre un reloj de bolsillo.

—¡Oh, buen Dios! Se me ha pasado la reunión de personal.

—La junta de directores de Rombaden, sociedad limitada, informa que la situación sigue siendo muy difícil.

—¿Cómo está el servicio de aguas?

Sean revolvió su fatigada mente.

—Hank Greenberg me ha dado una cifra en metros cúbicos. No logro recordarla. Dice que en el espacio de una semana, poco más o menos, tendrá el equipo de destilación funcionando parcialmente y podrá triplicar la ración.

—¿El desagüe?

Sean movió la cabeza.

—El generador eléctrico más grande recibió un impacto, y no disponemos de piezas de recambio. ¿Cómo va la guerra por aquí?

Grimwood levantó dos dedos enlazados, como conjurando el peligro.

—Vamos empujando el carro adelante.

Sean se acercó hasta el tabique de cristal, que daba sobre una sala.

—Todavía no puedo creerlo. Fábricas de muerte. El asesinato al por mayor.

—Lo que le parte el corazón a cualquiera son los niños salidos de allá. ¡Pobrecillos! La mayoría no recuerdan otra vida que la de Schwabenwald. El único punto de contacto, casi, que les une con la humanidad es la obstinada fidelidad recíproca que les une…, pero el amor resulta una experiencia nueva para ellos. ¿Puede imaginarse a un niño de diez años que no sepa sonreír? Quizá logremos reparar sus cuerpos…, pero ¿y sus mentes? Dios sabe que he visto hambre de sobras en la India. Pero ¡esto! Este fruto de la mano del hombre, nuestro prójimo.

—¿No se ha enterado, doctor? Schwabenwald no ha existido. Esto no ocurrió nunca.

Grimwood refunfuñó con ironía.

—Ahora estoy en condiciones de enviar una comunicación memorable a la Real Academia sobre la inanición.

Sean dirigió una mirada de soslayo al inglés.

—¿Y qué le parece si, de paso, enviase una comunicación sobre los hurtos de suministros médicos para proporcionárselos de contrabando?

Faltó poco para que a Grimwood se le atragantase el café.

—¿Qué diablos…?

—Si los Estados Unidos vuelven a implantar la Ley Seca, voy a nombrarle jefe de una cuadrilla de contrabandistas.

—Maldita sea, comandante. Tenemos tres mil personas enfermas y en situación desesperada. Yo no puedo aguardar el curso de los impresos por triplicado.

Sean levantó la mano.

—Déjelo. Formamos parte del mismo equipo. No tengo nada que decir contra el empleo de la gramática parda. Basta tan sólo con que me informe de sus manejos. Esta mañana, el cirujano jefe me ha tenido atado al teléfono.

Grimwood soltó una carcajada ronca a través del mostacho.

—Y yo convencido de que estaba desplegando una astucia diabólica. —Grimwood alargó la mano por encima de la mesa y tocó la manga de Sean. —Comandante…, tengo nietos de la misma edad que algunos de esos golfillos. No podemos pararnos en formalidades.

Sean movió la cabeza, indicando que lo comprendía.

—¿Y cómo diablos me las arreglo en materia de personal? No puedo utilizar a los alemanes…, ni siquiera a los que usted no metió en la cárcel. ¡Doctores, ciertamente! De modo que tenemos seis médicos para tres mil moribundos.

—Hago más de lo que puedo para proporcionarle otros.

—Lo estuve meditando bien —dijo Grimwood en tono halagador. —El castillo Romstein está vacío, excepto por el viejo empollón de Trueblood que anda por allí, evaluando las piezas de arte. Ciento veintidós habitaciones. Constituirían un hermoso campo de rehabilitación.

Sean entornó los ojos. Grimwood era un jugador tramposo. No sólo lo estuvo pensando bien, sino que, evidentemente, se había trazado un plan.

—Continúe.

Grimwood carraspeó con aire de persona culpable.

—Pues bien, hay una media docena de hospitales americanos de campaña y hospitales base que no hacen otra cosa que rodar por este sector de un lado a otro. Los americanos no han sufrido las bajas suficientes para justificar el número de personal sanitario utilizado. Pues bien… a una de esas unidades le encantaría plantar sus reales en el castillo Romstein.

Sean había captado el curso del razonamiento.

—Y a cambio de facilitarles el castillo Romstein, llegaríamos a un entendimiento con ellos para que nos proporcionaran personal, equipo y suministros.

—Exactamente.

—La idea tiene mérito, doctor. Déjeme que la consulte con la almohada y mañana le daré una respuesta. —Sean se levantó, desperezóse de buena gana, estrechó la mano del médico y se encaminó hacia la puerta.

—Ah, comandante…

—Diga.

—De paso. Hoy he topado precisamente con el doctor Pobirs, del Sesenta y Dos Hospital de Campaña, en Stuttgart. Yo estaba allí, pues…, para requisar suministros…, y etc., etc. Una cosa nos ha llevado a otra, y he ahí que nos hemos venido a echar un vistazo al castillo Romstein…

—¿Cuándo se trasladarán allí?

—Mañana.

—Grimwood, es usted un pícaro del diablo.

—Gracias, camarada. Ya sabía que usted estaría conforme.

Sean levantó las manos con un gesto de «derrota».

—¡Comandante! Con sus cuarenta médicos y enfermeras salvaré a todos los que tenemos aquí y en la catedral, hombres, mujeres y niños.

—No es preciso que dé explicaciones, doctor.

CAPÍTULO XXV

SEAN mantuvo la captura de Klaus y Emma Stoll en secreto hasta que hubo recibido órdenes de la superioridad y lo tuvo todo preparado para recibir a una riada de periodistas.

Bertrand Collier, su encargado de Prensa e Información, se había puesto en danza prestamente ante las revelaciones de Schwabenwald y organizó las visitas al campo de concentración, preparó reseñas de los hechos comprobados, así como alojamientos en la orilla sur para los periodistas.

Una vez anunciada la captura, llegaron a Rombaden en alud. Se les permitió ver desde cierta distancia a Stoll y su esposa dentro de unas celdas rigurosamente vigiladas, pero no se les autorizó a ninguno que los entrevistase.

Uno de los periodistas que llegó a Rombaden fue Cornelia Hollingshead, un fenómeno gracias a su sexo. Era corresponsal de la «Whittsett Press» y de su sindicato, la «Global Alliance», y se había captado una legión de lectores en todo el mundo.

Ni dentro de unos pantalones azules y una chaqueta militar carecía la periodista de obvios encantos femeninos: cabello largo y suave, seno generosamente favorecido y labios sensuales. A pesar de ser mujer, Corney resultaba una contrincante más que regular para sus colegas masculinos. Su ética profesional quedaba en entretela con harta frecuencia. Por lo demás, «Whittsett Press» y la «Global Alliance» gozaban de la bien merecida fama de cultivar el sensacionalismo con preferencia a la veracidad.

La «Whittsett Press» y sus veintiséis periódicos apoyaron al subteniente general Arnold Cleveland para el cargo de comandante supremo de las fuerzas aliadas. El general Cleveland era una figura destacada en el mundo de los generales, pero cuando la «Whittsett Press» y Corney Hollingshead hubieron realizado su campaña laudatoria, resultó que le habían levantado unos cuantos codos por encima del mismo Dios Todopoderoso. Para empeorar la cuestión, Corney tenía relaciones íntimas con él y probaba a empujarle para que se separase de su esposa.

Cuando fue elegido Eisenhower, con preferencia a Cleveland, la «Whittsett Press» y Corney, la periodista, estallaron como un par de bombas de relojería, llegando hasta el extremo de llamar traidores al presidente y al general Georges Marshall. Si la «Whittsett Press» hubiese desarrollado sus actividades en otra nación, en medio de una guerra, es dudoso que hubiera podido sobrevivir a su propio veneno.

Corney Hollingshead correteaba por todo lo ancho y lo largo de Inglaterra, Francia y Alemania, constituyendo un dolor de cabeza colosal para las autoridades, que no se atrevían a meterse con la vaca sagrada: la «Whittsett Press» y la «Global Alliance».

Cornelia llegó a Rombaden decidida a echar mano de un poco de literatura «creativa» para animar los relatos de campos de concentración, ya bastante

descoloridos. Bertrand Collier fue a recibirla personalmente, le destinó un hermoso juego de habitaciones y le hizo dar un recorrido conveniente.

Ella no se quedó contenta y examinó a los oficiales del equipo guía con el fin de ver cuál de ellos podía prestarle los mejores servicios. Maurice Duquesne fue el candidato elegido para que le diese entrada a terrenos que los otros reporteros no podían pisar.

Duquesne aceptó sus insinuaciones sin enorgullecerse de un modo especial. Sabía lo que se proponía aquella mujer y, por otra parte, no había tenido intimidad con ninguna desde que salió de Francia. ¿Cómo no?

En la habitación de la periodista, el francés combatió bravamente, sin hacer promesas concretas, pero el señuelo de la cama le indujo a insinuarle que tal vez se le pudiera dar acceso a informaciones especiales.

Y por ello tuvieron una aventura. Para Duquesne, aquello fue un asco desde el principio hasta el fin. Experimentaba la sensación de que le habían violado. Corney era una amante pésima, de temperamento agresivo, y con la misma delicadeza, poco más o menos, que un tractor pesado. A Maurice le entristeció el caso, pues hubiera dado por seguro que una mujer como aquélla que dependía tanto de estos talentos particulares, debía de haberlos cultivado mucho mejor.

Por la mañana, la aventura había terminado definitivamente. Parecía que a Corney no le afectaba mucho; no era la primera vez que la repudiaban. Pero le enfurecía el hecho de que Duquesne se marchase sin la menor concesión.

Más tarde se fue en su coche a Schwabenwald y empezó a husmear por las villas de los oficiales de las SS vigiladas en la actualidad por los polacos. La vigilancia no significó un problema muy grande. La gentil dama sobornó a los guardias, mediante cigarrillos, con una facilidad risible, y al poco rato estaba dentro de la villa de Klaus y Emma Stoll, revolviéndolo todo: armarios, cómodas, mesas y hasta debajo de las camas.

En el comedor le llamó la atención un tosco armario bávaro para vajilla que contenía el juego Rosenthal de Emma Stoll y un juego de utensilios de plata con asas de hueso complicadamente labradas. ¡Había encontrado su llave!

Después se fue a la catedral a conversar con antiguos moradores del campo de concentración a los que indujo a hablar de los millares de rumores que circulan en lugares semejantes. Cornelia Hollingshead reunió algunos hechos ciertos y algunas verdades a medias, narrados por personas enfermas, apasionadas, dominadas por el odio; añadió unos cuantos rumores y labró un relato que venía a coronar el sórdido capítulo sobre los campos de concentración. ¡En verdad, a Cornelia Hollingshead no la aventajaba nadie! Así, pues, escribió:

> «*Frau* Emma Stoll dio órdenes especiales a los guardias de las SS del centro de exterminación con el fin de que estuvieran a la caza de determinados tipos de cráneos eslavos y judíos.

»Fuentes irrefutables han declarado que Emma Stoll iba personalmente todos los días adonde estaban las máquinas trituradoras de huesos para inspeccionar las nuevas remesas de cráneos, y elegía uno por uno los ejemplares que más le convenían.

»Estos cráneos servían para confeccionar las asas de sus enseres de plata…».

Antes de que pudiera confirmarse, negarse o comprobarse, el relato de Cornelia Hollingshead fue aceptado plenamente por un mundo dispuesto ya a creer todo lo que se dijese de los campos de concentración alemanes.

La obtusa, estúpida Emma Stoll se había ganado la infamia eterna como reina de los vampiros. El nombre de Emma Stoll se convertiría en el símbolo del monstruo universal. ¡Nada menos! ¡Cráneos humanos para objetos de plata! ¡El mundo clamaba, con cierto retraso, que la cabeza de aquella mujer rodase por el suelo!

Los guardias introdujeron al corpulento americano dentro de la mansión que ocupaba, en la orilla sur, el comandante del equipo guía G-5. Llamó utilizando la aldaba de la puerta principal. Alfred Oberdorfer la abrió en honor de su nuevo dueño.

—¿Señor? —inquirió el criado.

—*Spraechen sie* inglés?[7]

—*Nein, bitte* [8].

El voluminoso americano refunfuñó y continuó la conversación en una especie de alemán.

—Dígale al comandante O’Sullivan que Nelson Goodfellow Bradbury ha llegado de lugares situados más allá del horizonte, con un saco militar lleno de whisky escocés, ropa sucia y cigarrillos para el mercado negro.

El bueno del mayordomo se quedó desconcertado.

—Un momento, por favor —dijo. Luego fue hacia el estudio de Sean y llamó. —Ahí fuera, señor, hay un americano que habla de whisky y de ropa sucia. Se llama Goodfellow.

—¡Big Nellie!

Alfred Oberdorfer vio cómo los dos hombres se abrazaban y se daban fuertes palmadas a la espalda.

—¡So canalla feo!

Alfred estaba disgustado. Los americanos eran una gente rara. En los viejos días nunca tenían lugar en aquellas salas espectáculos semejantes. Cuando el señor Schoof era el dueño, se guardaba la compostura. Dios tenga la misericordia de que su señor pueda volver algún día.

—¡Vaya refugio que tienes aquí, muchacho!

—La casa pertenecía al editor del periódico, un pariente de los von Romstein. ¡Heidi!

La esposa de Alfred respondió a la llamada echando a correr y atándose al mismo tiempo un delantal de camarera. Saludó con una reverencia.

—Suba esos sacos a una de las habitaciones para huéspedes. Encárguese de que las ropas del señor Bradbury estén limpias y en orden para mañana… y prepárenos algo que comer.

Marido y mujer se pusieron en movimiento después de escuchar el mandato, bregando con los sacos de oficial de Big Nellie, cargados de botellas.

Durante la comida, Nellie le explicó a Sean sus aventuras con el III Ejército, de Patton, cuando penetró en Checoslovaquia.

—Cuando le ordenaron que retrocediese, Patton estuvo a punto de sufrir una crisis y se echó a llorar. Se moría de deseos de tomar Praga. Cuando dejó de llorar empezó a soltar maldiciones. Así estuvo una hora, sin repetir la misma ni una sola vez. Yo creo que deberíamos haberle dejado tomar Praga…

Mientras hablaba, advirtió signos de fatiga en Sean. La mente de su amigo parecía reaccionar lentamente, usando las palabras como si hubiera tenido que pensarlas y repensarlas tres o cuatro veces antes de que se concretasen.

Otra cosa parecía que le faltaba también a Sean. Tim había sido el muchacho impulsivo; Sean era un hombre ecuánime y poseía el don de la amabilidad. En cambio ahora Bradbury se fijaba en la aspereza brutal con que daba órdenes a los criados, la cólera desatada con que respondía al teléfono y la expresión de odio a los alemanes, que apenas disimulaba. Y el whisky le hizo mella demasiado pronto.

—¿Ha sido duro? —inquirió Big Nellie.

—Sólo para el alma —respondió Sean. —Dispénsame. Después de dieciséis horas en la fábrica de calderos tengo que ahogar la fatiga bebiendo. El comandante bebe solo y no confía sus intimidades a nadie.

—¡Eh, viva, chicos! El comandante bebe solo.

—¿Cómo diablos pudieron hacerlo?

—¿Schwabenwald, Dachau, Buchenwald? Me han dicho que han encontrado algunos en Polonia, en comparación de los cuales, éstos parecen lugares de veraneo.

—De modo que por la noche me siento aplanado. En cierta ocasión el general Hansen me hablaba de las bellezas del gobierno militar. Para la mayoría de soldados, el enemigo es un ente abstracto, al que no ven ni oyen. Ni Liam ni Tim le vieron jamás cara a cara, ni conocieron la mano del hombre que les mató. Quizá el general tuviera razón. Quizá sea demasiado para mí el vivir entre los asesinos de mis hermanos. ¡Juro que he probado a ser justo!

—Sean, antes de venir aquí vi al general Hansen. Está hasta la coronilla. Sin su equipo guía…

—Lo sé. Doy gracias a Dios por tener conmigo a Ulrich Falkenstein. Lo malo es que no hay muchos Falkenstein en Alemania.

—¿Y tu equipo?

—Cuando estábamos en Inglaterra, mirando mapas, hablando de problemas

abstractos, trabajando planes como un puñado de dirigentes de una agencia de publicidad, Rombaden era una especie de juego. En Francia, aquello fue una fiesta. Entrábamos como libertadores. Maurice Duquesne hablaba el idioma. No había problemas. En cambio aquí…, me veo obligado a luchar contra mi propia gente…, a vivir solo…, y a defender a los alemanes. Y lo que es más, noto la ausencia de Nan Milford. Estuve a punto de correr a suplicarle una docena de veces.

—Serías rechazado, Sean. Ahórrate esta humillación.

Sean movió la cabeza, asintiendo, y dijo con voz cansada:

—Lo sé. —Luego bebió de su vaso larga y codiciosamente, y se lo llenó de nuevo antes de que los criados quitaran la mesa. Sean los miró con rabia. —Fíjate en ese par de «krauts», Nellie. Gente seria. Están aquí desde hace años. *Wie lange haben sie hier gearbitet*?

—*Zwei und zwanzig jahre*.

—Veintidós años, Nellie. No tiene un rincón malo en todo su cuerpo. Poseen un perro «basset» y le tratan como si fuese un niño. Alfred y Heidi no pensarían en comer hasta haber examinado las sobras y escogido lo mejor para su perrito. Y, ¡amigo!, tendrías que verlos con sus nietos. Sentimentales, amorosos… Los alemanes serían incapaces de hacer ningún daño a los niños, ¿verdad, Alfred?

Él mayordomo, que no le entendió, limitóse a inclinarse.

—*Schwabenwald war schlecht, nicht wahr*? [9].

Alfred entrelazó las manos y se las retorció con horror, reconociendo que el campo de concentración era un lugar terrible. La mujer se mostraba inquieta ante las pullas de Sean, inspiradas por el whisky.

Nellie observaba la escena fascinado.

—Su casita, ahí fuera, recibió un impacto. La pared de una cara se derrumbó. Deberías ver a esa pareja en sus horas libres. Él trae derribos del otro lado del río y esa mamaíta está pintando todos los tiestos de las ventanas y las plantas, y los tiene muy limpios. Petunias y pensamientos.

Los criados, después de quitar la mesa, aguardaron en posición de firmes.

—Sí, señor, una gente bondadosa —continuó Sean. —Aman a sus perros, aman a sus niños y sus jardines. Aman sus bosques, y su poesía y su música. Me lo han dicho así ellos mismos. Perdieron uno de sus hijos en el frente ruso. También me explicaron otra cosa. Me dijeron que las personas no deberían matarse unas a otras. ¿Qué le parece, Alfred? Las personas no deberían matar a los hermanos de otras personas, ¿verdad que no?

El desorientado mayordomo se encogió de hombros. —Whisky, hielo, agua de seltz y *raus* —espetó Sean. —El antiguo ocupante, el señor Schoof, editaba el periódico. Nazi…, aunque una clase de nazi especial. Como el partido estaba lleno de asesinos y maleantes, les gustaba contar con chicos ricos de las clases superiores, como Schoof. Está encerrado en Schwabenwald, indignado como un demonio. Él era sinceramente antinazi. Él mismo me lo dijo. Nadie sabe nada. Tengo doscientos

guardias de las SS que ni siquiera saben que hubiera allí un centro de exterminio. ¿Qué me dices? Mañana —continuó Sean, llenando el vaso de Nellie— te haré recorrer Schwabenwald tal como lo recorre el comandante en persona.

—Gracias de todos modos. Recibí mi bautismo en un hogar para prisioneros políticos en los dominios ancestrales del conde de Dachau. —¿Hay algo de verdad en la crónica de Corney Hollingshead?

—No lo sé. He enviado muestras a los Estados Unidos, a Suiza y a Suecia para que las analicen. Ojalá pudiera enviar a Corney allá también. Se propone deleitarnos con el placer de su compañía y quince artículos más y se está poniendo desagradable porque quiere entrevistar a Emma Stoll.

—¡Por Corney! Una mujer que honra mi noble profesión. O'Sullivan, voy a darte un antídoto contra el veneno de la Hollingshead. Mañana ensaya el efecto que le causa esto…

¡Cornelia Hollingshead estaba furiosa!

—No estoy acostumbrada —decía con voz ronca— a que me tengan aguardando en la antesala de los oficiales jóvenes. Quiero saber por qué me encerraron fuera de mi cuarto y por qué me retiraron las credenciales de periodista.

—A pesar de mi baja jerarquía, estoy en libertad de decidir, y actuar sobre los elementos indeseables de mi distrito.

—¡Maldita sea, he dicho que quería saber la causa!

—Usted envió una crónica no autorizada ni confirmada, que está produciendo graves consecuencias.

—No me suelte esas monsergas de pequeño gran señor puritano, compinche. La gente quiere relatos de atrocidades y esto es lo que se le dará.

—En este distrito la libertad de Prensa no alcanza a las embusteras patológicas. Si no está fuera del Landkreis de Romstein dentro de dos horas, voy a meterla en la cárcel.

Corney se inclinó sobre la mesa de Sean y se puso a reír, rechinando los dientes al mismo tiempo.

—Comandante, usted se lo busca. A chiquillos como usted los empleo yo para que me laven las bragas. Tal vez no sepa quién soy y lo que haré con usted. Van a echarle fuera de este Ejército sin contemplaciones, compinche.

—Me encuentro abrumado de trabajo, *miss* Hollingshead. Le agradecería que se fuese sin más retórica.

—De acuerdo, pero asegúrese de leer la «Wittsett Press» mañana. América se enterará del «Comandante Negro».

—¿De veras? ¿Qué dirá del «Comandante Negro»?

La imaginación de periodista canalla de Cornie entró en acción.

—¿Realizó el «Comandante Negro» experimentos en las cámaras de gas de

Schwabenwald, utilizando prisioneros de guerra alemanes como conejillos de Indias? ¿Qué le parece esto para empezar? ¿Por qué profanó el «Comandante Negro» la catedral Marienkirche y encarceló a un sacerdote antinazi? ¿Tiene el «Comandante Negro» lupanares en Rombaden con el fin de que sus tropas puedan burlar las leyes de no confraternización? ¿Ha abierto el «Comandante Negro» cuentas en los Bancos suizos? ¿Va comprendiendo la idea compinche? ¡Y ahora, escuche! ¡*Usted me prepara la entrevista con Emma Stoll*!

Sean no podía creer que aquella airada criatura fuese capaz de escupir tanto veneno.

—Acaba de ocurrírseme —dijo— que usted es la primera persona americana con una mentalidad puramente nazi que he conocido.

Cornelia Hollingshead apretó los labios, rechinó los dientes y se dirigió hacia la puerta, pisando fuerte.

—¡*Miss* Hollingshead! ¿Le gustaría adivinar qué dama muy conocida, corresponsal de guerra, le contagió una blenorragia a qué comandante general muy conocido en París…?

Corney se paró en seco y giró sobre sus talones.

—¡So canalla!

—¡Qué vergüenza para usted! ¡Blenorragia a su edad! Veamos si nos entendemos bien mutuamente. El relato de la… hum… indiscreción que cometió en París lo ha redactado un corresponsal que cuenta con un público tan numeroso como el de usted, y dos veces más exigente. Lo tengo yo en mi mesa, y soy libre de enviarlo cuando me parezca bien. ¿Alguna pregunta?

La chantajista era víctima de un chantaje. Corney adoptó un aire divertido…, derrotada gravemente en su propio juego. Ya sólo le quedaba un arma en su arsenal. Sonriendo, vino hacia el comandante…

—Que tenga buen viaje, Corney. Por lo demás, me han dicho que usted no vale nada en la cama.

CAPÍTULO XXVI

«A: Comandante jefe, G-5, Francfort.
»De: Comandante militar, equipo guía G-5, Rombaden-Romstein.
»Asunto: Hollingshead, Cornelia. Corresponsal de “Whittsett Press”, “Global Alliance” y “News Syndicate”.
»La presencia de la periodista antes nombrada es, en mi opinión, perjudicial para la mejor marcha de las actividades del gobierno militar en este distrito.
»En consecuencia, y de acuerdo con mi autoridad, he suspendido sus credenciales de periodista y ordenado que se hiciera lo mismo en toda la zona.

»*Sean O’Sullivan*» *(comandante)*
Comandante, equipo guía G-5

Andrew Jackson Hansen estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía cuando leyó este informe. Nadie le daba un puntapié a Corney sin que luego vinieran consecuencias pésimas.

El Cuartel General de Francfort se retiraba a un lado, dejando paso al ciclón que vendría de Rombaden. Con gran pesar de todos, Corney llegó muy mansa y extendió la especie de que «su» guerra en Europa había terminado y que se marchaba al Pacífico y a los campos de batalla todavía no conquistados.

Aunque todo el mundo exhaló a la vez un suspiro de alivio, nadie pensó que ni siquiera los *Marines* merecían lo que significaba Corney.

Unos días después, cuando llegó Nelson Goodfellow Bradbury, Hansen intuyó que allí había gato encerrado y probó de sonsacarle.

—General —runruneó Bill Nellie—, uno de estos días pregúntele al general Borof Roth por qué no pudo asistir a las ceremonias de la liberación de París.

Y casi no dijo ya nada más.

Hansen veía llegar los partes de Rombaden con no disimulado orgullo. La actuación de O’Sullivan ponía de manifiesto su buen criterio. Rombaden llevaba semanas y hasta meses de ventaja a la mayoría de ciudades.

Mayo, 1. Se han retirado los escombros suficientes para que podamos circular, en una dirección al menos, por todas las avenidas importantes.

Mayo, 2. Hemos apartado de los cargos públicos al sesenta por ciento de los antiguos nazis conocidos y ahora forman parte de las brigadillas que limpian los derribos.

Mayo, 3. Hemos organizado la producción de energía suficiente para uso de los aliados, los hospitales y ciertas necesidades de urgencia.

Mayo, 4. El capitán Greenberg ha localizado en Munich un generador similar al generador principal de la instalación para el tratamiento de las aguas residuales. Ha conseguido las piezas suficientes para improvisar la reparación del generador de Rombaden.

Mayo, 5. El puente oriental sobre el Landau ha sido restaurado y puesto en funciones de nuevo.

Mayo, 6. La instalación para la destilación de aguas funciona ya en un veinte por ciento. En consecuencia, podemos elevar el racionamiento de agua a seis baldes diarios por familia.

Mayo, 7. Los astilleros han abierto de nuevo, parcialmente.

Mayo, 8. Tres fábricas pequeñas han abierto de nuevo, parcialmente. Todas las fábricas emplearán desperdicios como materia prima fundamental.

a) Talleres Humpelmeyer, que antes producían cascos de acero, ahora fabricarán ollas, cacerolas, utensilios de cocina, etc.

b) La fábrica Struger, que anteriormente producía granadas de mano, volverá a su manufactura tradicional de juguetes y muñecas.

c) Los talleres Landau, que hacían culatas de rifle, volverán al acabado de muebles.

Mayo, 11. La fábrica de cueros funciona otra vez.

Mayo, 13. En la actualidad tenemos siete batallones completos de trabajadores ocupados en la retirada de escombros, en demoliciones y obras públicas. Dos batallones están compuestos de exnazis; dos, de prisioneros de guerra, y el resto, de paisanos.

Mayo, 14. Tenemos el gusto de comunicar que la población entera ha sido vacunada repetidamente contra el tifus, el paratifus y la viruela. Hemos realizado un setenta por ciento de operaciones de despiojamiento como medida preventiva antitífica.

Mayo, 18. Han sido restablecidos los servicios telefónicos y telegráficos para uso de los aliados.

Mayo, 25. Tres Bancos en pleno funcionamiento.

Mayo, 27. Ha empezado a funcionar un servicio de transporte público improvisado, utilizando vehículos tirados por caballos y carritos tirados por bicicletas.

Junio, 1. La instalación para las aguas residuales funciona parcialmente.

Y así continuaba la actuación. Rombaden-Romstein se convirtió en una luz

orientadora. De todas partes de los sectores americanos y británico llegaba a Francfort la llamada urgente:

—¿Qué dice de esto Rombaden?

—¿Qué hacen los de Rombaden en caso de…?

—¿Cómo resuelven este problema en Rombaden…?

—Sigan el ejemplo de Rombaden.

He ahí el nuevo santo y seña…, sigan el ejemplo de Rombaden, mientras los hombres pugnaban por conseguir la sabiduría de Salomón y la fuerza de Atlas en aquel país arrasado. Las ciudades alemanas estaban rasas como la faz de la luna; no había ferrocarriles, ni barcazas, ni puentes…, ni correos, ni comunicaciones, ni escuelas, ni tribunales…, ni radio, ni Prensa, y poca, muy poca comida.

Tres millones de coléricos esclavos recién libertados violaban, saqueaban y destruían los sectores occidentales; tres millones de soldados aliados hollaban el suelo alemán, y siete millones de alemanes estaban prisioneros de las potencias occidentales.

El racionamiento se redujo a un millar de calorías, unos dos tercios del mínimo necesario para sostener la vida humana.

El problema no lo constituía únicamente el cuerpo destrozado de Alemania, sino más bien la degradación que le habían impuesto a la humanidad. Era la terrible enfermedad alemana puesta al desnudo.

Como Ulrich Falkenstein había sólo un puñado. La era nazi despojó a Alemania de gobierno, de policía, de intelectuales. La joya de Alemania, sus hombres, estaba muerta, mutilada o prisionera, pero entonces sucedió una cosa extraña. Por primera vez se pidió al ciudadano de segunda clase, la mujer alemana, que se encargase del gobierno, así como de limpiar el desorden de las calles.

Junio, 5. Tengo el gusto de comunicar que estamos iniciando un plan magistral para la reconstrucción de Rombaden.

Junio, 7. Hoy el subteniente Shenandoah Blessing ha aceptado y empezado la misión de entrenar a siete alemanes como el núcleo para una nueva fuerza de policía de Rombaden.

Junio, 10. Hoy, Ulrich Falkenstein ha pasado a ser el primer editor de un periódico alemán. Dentro de una semana confiamos que podremos poner en funcionamiento una emisora de veinticinco vatios para el sector, con energía producida a mano.

Junio, 12. Bajo la dirección de la Junta de Educación de Ulrich Falkenstein, ha empezado la tarea de la nueva redacción de los textos escolares elementales.

Una tras otra, el general Hansen ensayaba en Rombaden nuevas leyes, ideas nuevas, para ver si darían resultado en el resto de la zona. Advirtiendo que Sean

O'Sullivan dominaba el sector por completo, Hansen publicó el edicto de que no podía emplearse a ningún antiguo nazi en otra cosa que en trabajos manuales. A esta norma general le siguió inmediatamente el Cuestionario, el *Fragebogen*, que los adultos tenían que llenar, dando cuenta detallada de todos sus actos durante la era nazi. Sus ciento treinta y una preguntas escudriñaban el alma por entero, no omitían nada…, no dejaban nada al azar. Mientras el *Fragebogen* desnudaba todas las fachadas de Rombaden, espiaba detrás de los ojos inexpresivos y los labios sellados, Hansen trazaba planes para utilizarlos en toda la zona americana.

> Junio, 15. Personalmente, estoy convencido de que Ulrich Falkenstein ha logrado purgar el Gobierno de este distrito de todos los exnazis, los cuales han sido sustituidos por personas con un historial antinazi indiscutible. Desgraciadamente, la mayoría carecen por completo de experiencia política. No obstante, el haber expurgado a los nazis de todos los cargos oficiales ha colocado a Rombaden en un estrado elevado, importante.
>
> A partir de hoy, entregaré a los alemanes la responsabilidad y las funciones del Gobierno, poco a poco, a medida que demuestren que pueden encargarse de ellas.
>
> A su debido tiempo permitiré que empiecen a funcionar partidos políticos de justas tendencias.
>
> Personalmente, confío en que podremos celebrar unas elecciones libres antes de un año.

CAPÍTULO XXVII

EL miembro más discreto del equipo guía G-5 era H W. Trueblood, excelador del Museo Británico. Más que contento, el viejo entendido en arte estaba extasiado pasando los días en los sótanos del Rombaden Kunsthalle, desencajonando y catalogando las obras de arte del mundo. Todas las noches salía, pálido como una ardilla terrera, pero arrobado por la emoción de verse rodeado de obras de los grandes maestros.

Cuando Sean se enteró de que Geoffrey Grimwood había «prestado» el castillo Romstein a un hospital de campaña, envió a Trueblood allá inmediatamente para que recogiese, catalogase y almacenase las obras de arte, para evitar robos.

Trueblood eligió para sala de trabajo la inmensa biblioteca del castillo. Pinturas preciosas, urnas, estatuillas y estatuas, armaduras y tapices fueron retirados de una habitación tras otra y transportados a la biblioteca, hasta que ésta tuvo el aspecto de la sala de antigüedades de un multimillonario de los grandes. Y se montó ahí un servicio de guardia, día y noche, mientras, Trueblood atacaba la ímproba tarea de tomar nota de todos los objetos, uno por uno.

Al tercer día de trabajar en el castillo, telefoneé a Sean O'Sullivan.

—Quería preguntarle si podría dedicarme un ratito, comandante, y venir corriendo. He hallado la urna del tesoro encantado. Ah, y de paso, que le acompañe el policía gordo.

—¡Recanastos! —exclamó Blessing, cuando llegó, en compañía de Sean—, esto parece la tienda de antigüedades del viejo míster Hawkins.

Trueblood les condujo a un rincón en el que había un montón de pinturas.

—Supongo que querrán saber la causa de que les haya llamado. Al parecer el conde Ludwig tenía una pasión especial por el período postimpresionista. Les advierto que ese período no es mi fuerte, pero las obras que tenemos ahí han alcanzado un renombre tal que las conoce todo el mundo. —Y levantó el primero de la hilera: «Retrato de Suzanne Valadon», de Toulouse-Lautrec, obra del 1885. —Dejando el cuadro a un lado, cogió, uno tras otro, los dos siguientes. —Éstos son Gauguins…, «Vahine no de Taire» y, naturalmente, «Playa de Martinicas». Como sabemos, ese otro es un Van Gogh…, «Campo de Saint-Remy». Todo un cuarteto, ¿no les parece? Los he sacado de las habitaciones particulares del conde.

Blessing no comprendía qué importancia tan singular podían tener aquellos cuadros, pero le impresionaba que el inglés los nombrase como si estuviera pronunciando los nombres de sus propios hijos.

Sean se había adelantado ya a lo que había de venir luego.

—¿De dónde proceden?

—De la Carlsberg Glyptotek, de Copenhague.

El comandante soltó un silbido prolongado.

—Continuemos, ¿no? «Mujer a la Ventana», de Van de Velde, siglo XVII… Museo Real de Bellas Artes, Antwerp. «Vista del Puerto», de Lemmen… Galería Giroux, de Bruselas, etc., Los últimos tres son Renoir, de colecciones particulares francesas.

—¿Quiere decir que los robó? —preguntó Blessing. —Pero ¡por Dios!, en la feria del condado de Hook tenemos pintores mejores que ésos.

—En verdad que no. Este lote representa mucho más de un millón de dólares.

—¡Canastos!

—Desde el principio venimos sospechando que los altos jefes nazis de las naciones ocupadas contrajeron una súbita inclinación a coleccionar obras de arte; es decir, obras de otras personas. Creemos que sólo Goering robó muchos millones en Francia.

—¿Cree que todavía hay más aquí? —preguntó Sean.

—Apostaría cualquier cosa.

El pensamiento de Sean galopaba.

—Venga conmigo a Rombaden, Trueblood. Probaremos de ponernos en comunicación con el museo ese de Copenhague, para empezar, y veremos en qué condiciones se les llevaron esos cuadros y qué otras piezas les faltan. Blessing, reúna a todos los que trabajaban en el castillo, o en las tierras. Póngales la miel en la boca. Prométales cigarrillos, raciones dobles, lo que quiera. Queremos conocer hasta el último sótano, cueva, pasillo secreto…, en fin, todo lugar en que pudieran esconder un alijo…

—¿Y el conde?

—Mande que le vigilen las veinticuatro horas del día.

Sean se fue inmediatamente a la oficina de Dante Arosa.

—Necesitaré inmediatamente todo lo que tengas relativo al conde Ludwig. Mejor dicho, dame los informes de toda la familia.

Dante se sobresaltó.

—¿Qué diablos pasa?

—Dentro de pocas horas lo sabré con certeza. Envía corriendo los archivos a mi oficina.

Dante soltó una carcajada tímida.

—Vaya, no encontrarás nada rompiéndote la cabeza con esos informes. ¿Qué buscas?

En aquel instante, Sean advirtió la inquietud del otro. Una sombra de sospecha le invadió.

—No sé con certeza qué busco —dijo con cautela.

Dante se encogió de hombros.

—Bien…, lo cierto es que no están al día…

Sean se sentía violento.

—Examinémoslo ahora.

—Claro…, claro…

Los voluminosos sumarios de los interrogantes de Ludwig von Romstein fueron estudiados durante horas. Las fechas de sus visitas a Dinamarca, Bélgica, Holanda y Francia podían coincidir, efectivamente, con los robos; pero a medida que Sean iba leyendo, pasada la medianoche, el hallazgo de los tesoros de arte empezaba a tomar una importancia secundaria.

Los legajos de Dante Arosa empezaban a revelar una cosa fea.

—Oh, Dios mío, no —murmuraba Sean para sí mismo. Pero seguía leyendo. En determinado punto cogió el teléfono. —Telefonista, vea si el subteniente Arosa está en sus habitaciones —ordenó.

—Lo siento, señor, el subteniente Arosa no responde. ¿Pruebo en la cárcel? A veces está allí hasta muy tarde, procediendo a los interrogatorios.

Sean dirigió una mirada al reloj de bolsillo. Casi la una de la madrugada.

—Pruebe a ver si está en la cárcel.

—No, señor, nadie ha visto al subteniente Arosa… ¿Debo…?

—Llame al subteniente Bolinski. Dígale que se presente al instante. Luego llame al castillo Romstein, localice a Blessing… está en el castillo o en los alrededores. Dígale también que se presente aquí.

Sean se desplomó en su sillón. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo, en nombre de Dios, hizo eso Dante? Sean continuó leyendo, abstrayéndose en los documentos todavía más profundamente.

Bolinski continuaba adormilado, después del brusco despertar, aunque, como ya había trabajado bajo las órdenes de O'Sullivan, estaba habituado a que le interrumpieran el sueño. Sean pidió excusas a su consejero legal por lo intempestivo de la hora. Bolinski contestó, con un bostezo, que no tenía importancia.

—Bolinski, usted está redactando las recomendaciones para los procesos contra la familia von Romstein. ¿Las tiene muy adelantadas?

Bolinski se rascó la barbilla.

—He repasado los interrogatorios y las recomendaciones. La verdad es que quería hablar con usted de ello.

—¿Qué impresión le causa este caso?

—Dante Arosa parece opinar que el conde está bastante libre de culpas.

—¿Podremos establecer alguna relación entre él y Schwabenwald?

—Según Dante, no.

—¿Qué me dice de crímenes contra la humanidad por el empleo de trabajo esclavo?

Bolinski movió la cabeza.

—¿Se sabe de algún contubernio entre Ludwig y su hermano nazi?

—Guiándonos por los interrogatorios, el conde parece más puro que la nieve recién caída. Si nos atenemos al material de Dante, no podríamos hacerle condenar ni por haber violado las normas de circulación.

—Gracias —respondió Sean, con un signo de asentimiento. —Lamento haberle despertado, Bo. No diga nada.

—Naturalmente.

Sean miraba por la ventana sur en dirección al puente, aguardando a que los faros de Blessing apareciesen ante su vista. Siguió con la mirada al *jeep*, mientras cruzaba el puente y aparcaba, y vio al obeso policía que salía del vehículo.

—Dios Todopoderoso —exclamó Blessing, detrás de Sean—, tengo allá veinte hombres abriendo pasillos dentro de otros pasillos. Están volviendo el castillo de dentro para fuera. —Aquí el cansancio de la jornada le invadió. —Vaya, una cosa buena tiene la no confraternización: hemos trabajado tanto que en todo un mes no me he acordado de que soy varón.

Sean dio media vuelta repentinamente.

—¿Dónde está Dante Arosa?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—Si usted es mi jefe de policía, le conviene saberlo, de veras.

—¡Fuego en el infierno! Usted me llama aquí simplemente para…

—¡No se haga el tonto conmigo, Blessing!

—No puedo hablar con usted mientras esté enojado de este modo…

—Usted le ha venido encubriendo, ¿verdad que sí?

Blessing se puso encarnado como un rábano.

La cólera hinchaba los músculos de los brazos y los hombros de Sean.

—¡Debería aporrearle ese abultado estómago que tiene!

Blessing se desplomó en un sillón.

—Hace una semana nada más que lo sé. Se lo juro, comandante, que acabo de enterarme. He pasado unas angustias de infierno, comandante…, de infierno. Sé que Dante ha hecho algo que no debía, pero se lo juro… no sabía decidirme a decírselo a usted. Sólo le pido a Dios que no le haya perjudicado.

Sean notó que la cólera que le dominaba le abandonaba lentamente. Ahora eran dos los que se encontraban en el mismo aprieto.

—En mi trabajo —continuó Blessing— tengo que utilizar confidentes. Uno aborrece al canalla maldito que delata, pero tiene que usarle. Los confidentes son las mofetas más repugnantes del mundo. Sencillamente, no quise convertirme yo en una más. Había decidido hablar con Dante…, probar de volverle al buen camino…

—Es demasiado tarde ya.

—¿A dónde ha ido y qué ha hecho?

—Ha blanqueado la fachada de toda la familia von Romstein. Ha tergiversado hasta el último informe, el último interrogatorio.

—¿Cómo podía pensar que no se le descubriría?

—Con las muchas decenas de millares de procesos judiciales que se están redactando, creyó que ya nos habríamos marchado de Rombaden mucho antes de que von Romstein tuviera que presentarse ante un tribunal. Supongo que habrá una mujer por medio.

Blessing movió la cabeza afirmativamente.

—¿Quién? ¿La hija de von Romstein?

—Sí. La semana pasaba le seguí y esperé hasta que se marchó. Luego continué allí hasta el alba, vi salir a la mujer y la seguí hasta su casa.

—¿Dónde están?

—En una habitación bombardeada, allá abajo, cerca de la fábrica.

—Vayamos, pues.

Aparcaron a dos manzanas de distancia del refugio. El resto del camino lo recorrieron de puntillas por las silenciosas calles. Blessing señaló el segundo piso de una casa gravemente dañada. Luego se retiraron a la otra esquina, donde el *jeep* de Dante estaba escondido debajo de la arcada de un patio.

—Podemos entrar al asalto.

—No —murmuró Sean. —Concedámosle al menos la satisfacción de que le cojan con los pantalones puestos. Yo me quedaré aquí, junto a su *jeep*. Usted vigile y detenga a la mujer, cuando salga, más tarde.

La una.

Sean se había sentado en el *jeep* de Dante. Por las callejuelas, unos gatos muertos de hambre maullaban protestando; no había cubos de basura que revolver. El olor rancio y la quietud de una calle acosada por la muerte envolvían al comandante.

Las dos. Sean dormitó unos momentos y se despertó, galopándole el corazón al recordar dónde estaba y lo que ocurría cerca de allí. Acaso sintiera un vestigio de envidia, pero le ahogó la cólera y la compasión que le inspiraba Dante. ¿Qué sensación causaba robar amor en un pozo cenagoso…, ardiendo de miedo…, de remordimiento? ¿Qué clase de amor era aquél? El impulso de estrangular a la mujer alemana en su mismo lecho, ¿no había de resultar demasiado tentador?

Las dos y media: unas pisadas leves y rápidas. Una sombra sobre los derribos. Un trote. Un suspiro largo, alterado. Dante Arosa encendió un cigarrillo.

Notó la presencia de alguien a su lado. ¿Una broma de vagabundo en la oscuridad…? No… Y encendió otra cerilla. Sean estaba allí, a su lado…, ¡no era un sueño! Dante Arosa cogió el volante y emitió un solo y patético sonido inarticulado de desesperación.

—Vamos a mi oficina —ordenó fríamente Sean.

Cuando estuvieron allí, Sean cerró la puerta de golpe. Dante se puso a llorar y Sean le dio un cachete.

—¡So canalla estúpido!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué dirán mis padres?

—¡So canalla estúpido, y más estúpido todavía!

—¡Ella me ama! —gritó Dante, desesperado.
—¡Ella ama a su padre! ¡Te han cazado! ¡Eres un canalla estúpido!
—¡Oh, Dios mío! He hundido a mi familia en la vergüenza…, oh, Dios mío…
—Gracias por acordarte de ellos.
Dante se puso a temblar y a sudar en el mismo instante.
—¿Qué harás conmigo, Sean?

CAPÍTULO XXVIII

EL conde Ludwig von Romstein sabía advertir el menor cambio en el viento. Ahora notaba ya una suavización en la actitud de los americanos. Iban llegando nuevos, que no habían tomado parte en la batalla de Alemania, y no estaban tan dominados por una cólera justiciera. En la coraza de la no confraternización iban asomando algunas resquebrajaduras. Aquella exagerada separación era una norma ridícula, especialmente para los americanos. Los americanos necesitaban ser amados hasta por sus enemigos. He ahí una debilidad de la que podía sacarse provecho.

¿Debilidades? Los americanos las tenían a montones. Otro conquistador habría dejado que los alemanes cuidaran de sí mismos, entre las cenizas, y se habría llevado lo que le hubiese gustado como botín…, según hacían los rusos. En cambio, el roble americano parecía inflamado por el deseo de devolver la ciudad, el Estado, la nación a sus habitantes, y entregarles el Gobierno.

Los americanos usaban poco de la brutalidad física…, con su necio cuestionario seguían unos procedimientos de desnazificación infantiles.

Ludwig conocía una manera segura de desnazificar Rombaden. Consistía en ponerlos a todos en fila contra una pared y fusilarlos. Sí, en efecto, había transcurrido el primer mes sin ninguna ejecución; los nazis reptarían de nuevo hasta escalar otra vez el poder. Naturalmente, permanecerían escondidos hasta que el clima les fuese más favorable; pero retornarían, no cabía duda. Alemania se vanagloriaba de tener dieciséis millones de nazis. Alemania no contaba con otras personas capaces de gobernar el país…, los nazis volverían.

—Buenos días, mi querido comandante O’Sullivan —saludó con desprecio Ludwig cuando Blessing le hizo pasar. —Su policía me ha informado de que voy a quedar detenido.

Sean tenía mal semblante a consecuencia de la preocupación que había significado el asunto de Dante Arosa para él y respondió al alemán con un sonido gutural inarticulado.

—¿Y de qué horrendo crimen piensan acusarme?

—No se glorifique. Vamos a encerrarle como a un ladrón vulgar.

A Ludwig von Romstein se le encendió la sangre.

—Le ruego que…

—Su pasión por el arte postimpresionista le hizo perder los estribos.

—Se refiere usted, por supuesto, a los Van Goghs, Gauguins y demás del castillo Romstein.

Sean movió la cabeza asintiendo.

—Bien, esto tiene una explicación sencilla. Si hubiese sido culpable, los habría escondido. Me los regalaron.

—La Glyptotek de Copenhague ruega que disintamos.

«¡Patán!», pensó Ludwig. ¿Había subvalorado al americano? ¿Cómo diablos se enteró tan rápidamente?

—Me… me asombra oír que pertenecen a un museo.

—Estoy seguro de que sí le asombra.

—Palabra de honor, me los regalaron altos empleados de las naciones ocupadas. Vea usted, como miembro de la Junta de Armamentos, tuve ocasión de visitar Dinamarca, los Países Bajos y Francia…

—Déjese de historias. Estoy cansado. Hemos localizado el tesoro entero en los sótanos de su pabellón de caza y en las cuevas próximas a las ruinas romanas.

¡Santo Dios! El alemán se aclaró la garganta y se puso a pensar con gran rapidez.

—Aquello… me… me lo envió Goering, desde Francia, para que lo tuviera a salvo.

—A salvo ¿de quién? ¿De sus legítimos dueños?

—Exijo el derecho de demostrar mi inocencia. Desearía presentarme ante un tribunal americano inmediatamente.

—Lo primero es lo primero. El nuevo oficial del CIC le someterá otra vez a interrogatorio.

Estas palabras cayeron sobre él como una losa; su inmaculada compostura se deshilachó. Sus ojos se apartaron de los de Sean, duros y llenos de asco. Ahora se sentía acorralado por completo, cogido en la trampa. Quiso preguntar por Marla… y no pudo.

—Por si lo está dudando, a su hija la hemos encerrado en la cárcel esta mañana.

En la frente del alemán brotaron gotas de sudor que descendían hacia su cara, bañando la cicatriz de duelo.

—Si Marla ha cometido alguna indiscreción, no puede usted culparme a mí, ciertamente.

—Claro. Usted es la víctima inocente de un montón de personas groseras. Su hermano el nazi, Goering, y ahora su hija. Todos se pusieron de acuerdo para comprometerle a usted, ¿verdad que sí?

—Demostraré mi inocencia ante el tribunal.

—No se presentará ante un tribunal americano, von Romstein. Hago de ello una cuestión personal. Cuando encontremos en Rombaden el número suficiente de antinazis, vamos a instaurar un tribunal alemán.

—¡Un tribunal alemán!

—De verdad, usted querrá que le hagan justicia sus propios compatriotas.

Las implicaciones eran claras. Los primeros tribunales alemanes se dejarían arrebatar por una furia vengativa para demostrar al mundo que estaban dispuestos a pasar cuentas de la era nazi sin misericordia. Con sólo pensarlo, Ludwig von Romstein sintió que se desmayaba de miedo. Todos los cálculos, todos los planes tan cuidadosamente edificados se derrumbaban. ¿Cómo diablos no había escapado a Suiza? Oh, Señor, los tribunales alemanes tendrían sed de sangre y de venganza.

Veinte años…, treinta…, cuarenta… Oh, Señor…, ¿a qué situación me llevó aquel loco furioso de Hitler?

—¿Qué hará con Dante Arosa? —le preguntó Maurice Duquesne a Sean.

—Sé lo que me gustaría hacer con él.

—Tiene que proteger a ese muchacho.

—¡Por el diablo, le protegeré!

—Si le juzga un consejo de guerra bajo esa ley idiota de la no confraternización…

—¡Se da el caso de que es un oficial de contraespionaje del Ejército de los Estados Unidos!

—Ya sabe lo que significa eso, comandante. Expulsado con deshonor. Se le retirará su título de abogado. ¿Qué crimen ha cometido? ¿Ser humano? ¿Llevar a una mujer a la cama?

—Escogió la mujer que no debía.

—¡El ejército de los santos!

—No sea tan condenadamente tragasantos, Duquesne. Cuando entramos en la preciosa Francia de usted, sus dignos y orgullosos ciudadanos afeitaron el cabello a las mujeres que habían dormido con alemanes y las echaron a la calle, desnudas.

—¿Y qué? Cuando los americanos se marchen y los prisioneros alemanes regresen, afeitarán las cabezas de las mujeres que durmieron con americanos. ¡Qué suerte! ¡Qué suerte que sus encantadoras mujeres americanas se ahorren estas indignidades!

—Ese mezclar sudores con el enemigo no es justificación.

—¡Ah, mi querido Sean O'Sullivan! ¡Qué oportuna falta de memoria padece! ¿Se ha olvidado de usted mismo y aquella inglesa?

—Aquello fue diferente.

—Claro que fue diferente. Usted escapó sin castigo.

Cuando Sean fue a su cuarto, Dante Arosa estaba demacrado y afligido. Levantó la vista un momento, y luego volvió a bajar la cabeza. Tenía el cabello desordenado…, su aire de espadachín, su vitalidad se habían venido al suelo, estaban muertos. Fuera, el largo prado verde se sumergía en el Landau, fangoso a consecuencia de una lluvia reciente.

—Di algo —graznó por fin Dante—, échame en cara lo indigno que soy. Explícame la vergüenza que he arrojado sobre mi familia. Dime… cómo les gustaría a todos los del equipo escupirme en el rostro.

Sean no le dijo nada.

—No puedo explicarlo —murmuró Dante. —Era como si… como si Marla quisiera matarnos a los dos en aquella cama… como si fuese una mensajera de la muerte y me atrajese con un señuelo maravilloso…, la muerte y el peligro estaban en

el cuarto con nosotros cada vez…, y esto era un incentivo para mí. Y ella me empujaba más y más hacia aquella situación…, y yo no supe escapar… Era difícil respirar…, pensar siquiera…

Sean le agarró por el cuello de la camisa y le puso en pie de un tirón.

—¡Una mujer alemana! ¿Cómo has podido tener esa clase de relación con una mujer alemana?

Pero luego, trastornado por su propia violencia, abrió las manos y dejó a Dante libre.

—Somos hombres nada más —dijo en tono baladí—, hombres nada más. Para algunos de nosotros, impusieron unas normas demasiado duras… Quedas arrestado en tus habitaciones hasta que llegue otro oficial del CIC. Le pondrás al corriente de los asuntos de aquí. Después, te trasladarán a una unidad de servicio. Tan pronto como sea posible, te darás de baja del Ejército. He cuidado…, he cuidado de que se te conceda la baja con todos los honores.

Vaciado del veneno del miedo, Dante se puso a llorar.

—Eres demasiado bueno. No merezco esta solución, Sean. No la merezco.

—Quizá se encierre en ello un castigo para ti, Dante. Tendrás que seguir viviendo con la certeza de que si esto llega a saberse, tendré que presentarme yo, en tu puesto, ante un consejo de guerra.

CAPÍTULO XXIX

«*Entrega por correo personal al comandante Sean O’Sullivan*.

»Querido Sean:

»Utilizo este método inusitado de comunicar contigo por motivos que comprenderás pronto.

»La opinión mundial se enardece furiosa ante lo que se ha descubierto en los campos de concentración. Las presiones ejercidas sobre nosotros para que “actuemos”, se hacen irresistibles.

»Al obrar de acuerdo con instrucciones recibidas directamente de Washington, este Cuartel General publicará una orden dentro de veinticuatro horas: es decir, la ORDEN N.° 22. Esta dirá, en efecto, que un gobernador militar local puede solicitar un tribunal militar extraordinario para juzgar casos extraordinarios. Nos referimos, por supuesto, a las atrocidades de las SS. El tribunal estará facultado para imponer la pena de muerte.

»Bien, Sean, una vez más te paso la pelota. Como comandante de mi Equipo Guía que eres, hemos ensayado en tu territorio unas cuantas cosas nuevas, de modo que ahora acudo a ti otra vez para lo de la ORDEN N.° 22. Por una feliz coincidencia, tienes a la mamá y al papá de todos en las personas de Emma y Klaus Stoll. Aquí en el Cuartel General Supremo consideramos que son las figuras perfectas para un primer juicio bajo la ORDEN N.° 22.

»Hemos de darnos prisa en este asunto con el fin de soltar un poco de vapor por el tubo de escape y mostrar al mundo y al pueblo alemán que vamos a ser duros. Tenemos un interés especial en colgar a Emma Stoll. El hecho de que se trate de una mujer causará una impresión tremenda.

»Manda a tu oficial jurídico que redacte actas de acusación, solicitando sentencias de muerte, y un sencillo papel, que firmarás tú, pidiendo un tribunal extraordinario, según la número 22. A las setenta y dos horas tendremos el tribunal reunido en sesión en Rombaden.

»Destruye este documento después de haberlo estudiado bien.

»Con los más afectuosos recuerdos.

»A. J. Hansen»

El subteniente Bolinski arrugaba el ceño y movía la cabeza mientras leía la carta secreta de Hansen.

—Bien, evidentemente, en Washington hay quien presiona mucho para que se monte un juicio que sirva de ejemplo.

—¿Qué opina usted sobre la legalidad de la Orden 22?

—Diablos, comandante, hemos ganado la guerra. Podemos hacer lo que nos guste sin detenernos en pelillos legales. Ahora bien, a la vista de las pruebas reunidas, a

cualquier tribunal del mundo se le podría arrancar una sentencia de muerte contra Klaus Stoll.

—¿Y Emma?

Bolinski arrugó la frente de nuevo, reuniendo esos cabos de cuerda legales sobre los que un buen abogado es capaz de levantar una montaña.

—Creo que con los interrogatorios y las pruebas, yo sería capaz de librarla de una sentencia de muerte ante cualquier tribunal con sentido de la justicia.

—Siga.

—Es culpable de haber apaleado a prisioneros…, ninguno de los cuales murió ni sufrió daños graves a consecuencia de las palizas, y es culpable de perversiones sexuales. El mayor delito que ha cometido es el de robo en gran escala de los Fondos de Socorro de Invierno del pueblo alemán. Con esto basta para ponerla a buen recaudo para toda su vida. Por otra parte, si la suposición de que los mangos de los objetos de plata fueron labrados con calaveras humanas resulta cierta…

Sean abrió un legajo y empujó un informe por encima de la mesa, acercándolo a Bolinski, el cual encendió un cigarrillo y leyó el membrete. La comunicación procedía de un orfebre sueco y traía adjunta una nota de un laboratorio.

—Llegó anoche —explicó Sean. —Envié muestras de los mangos a Estocolmo, los Estados Unidos y Suiza.

Bolinski chupó el cigarrillo con fuerza.

> «En conclusión, hemos analizado estas muestras por todos los métodos conocidos. A nuestro parecer no son más ni menos que trabajos de artesanía hechos con colmillos de elefante de una variedad africana».

—¡Dios Santo!

—Esta mañana he telefoneado a la firma suiza de Zurich. Todavía no ha puesto por escrito sus resultados, pero en lo esencial me han dicho lo mismo: colmillos de elefante.

—Gracias, Cornelia Hollingshead.

—La cuestión en conjunto empieza a tomar el aspecto de un linchamiento legalizado.

—Mas ¿qué diablos hará usted en ese caso, comandante? No puede oponerse a esa desvergüenza.

Sean colocó la carta de Hansen en su gran cenicero de cristal, le acercó una cerilla encendida y se quedó mirando como levantaba una gran llamarada, que oscilaba luego y la dejaba reducida a un centenar de pedacitos arrugados y chamuscados.

Unos momentos después entraba en la celda carcelaria de Emma Stoll y despedía al guardia. La mujer no sabía nada de las versiones que hacían furor por el mundo y la convertían en símbolo de todo lo malvado del nazismo. Sean había hablado con

ella en diversas ocasiones. Emma, sucia y desaliñada, le miró con ojos inflamados, que recobraban algo de su antigua arrogancia.

Los americanos no les habían matado, ni a ella ni a Klaus, con lo cual habían dado muestras de su debilidad. Antes las SS sabían cómo desembarazarse de los enemigos de Alemania. Los americanos eran débiles…, débiles.

—Muy pronto la someterán a juicio, Emma. La única probabilidad que tiene de conservar la vida consiste en que responda a mis preguntas.

—Usted quiere cazarme en una trampa.

—Estoy tratando de ayudarla.

—¡Miente!

—Emma, usted no adopta una conducta lógica. Le he dicho que es como si estuviera muerta. ¿Qué puede perder diciendo la verdad?

Para la dependienta de comercio, la proposición resultaba desconcertante de veras. Mentir o decir la verdad…, ¿qué más daba ahora? La condenarían, si se les antojaba…, pero…

—¿Por qué se toma usted la molestia de protegerme? ¿Por qué?

—No se trata de protegerla a usted, Emma, sino de proteger el buen nombre de mi país.

La mujer, con sus tardas entendederas, quedó desorientada. Aquel comandante O'Sullivan era un hombre desconcertante. ¿Era realmente tan blando como ella sospechaba? ¿Qué significados se escondían allí que no sabía comprender?

—¿Qué quiere saber? —preguntó con recelo.

—Sólo tengo que hacerle unas cuantas preguntas. Ninguna de ellas representa un cepo. Deme las respuestas claras y auténticas. En primer lugar, ¿sabía usted lo que pasaba dentro de Schwabenwald?

Emma estuvo a punto de replicar automáticamente con una protesta de inocencia, pero se detuvo en seco. Se había propuesto pregonar hasta el último instante que ignoraba lo de Schwabenwald…, pero… ahora… ese hombre decía que era lo mismo que si estuviera muerta. Con aire taciturno, se retiró a tropezones hasta su camastro. Todos sus esforzados y vulgares intentos, a fuerza de afeites y actitudes, para tener una figura sexualmente atractiva, se habían desmoronado dentro de aquella húmeda celda. Sus manos sostenían una cabeza de cabello sucio y despeinado.

—Yo vivía fuera del campo propiamente dicho —dijo lentamente. —Usted debe recordar que soy una mujer alemana, una esposa alemana. En Alemania mandan los hombres. Mi marido no me hablaba nunca de los asuntos del interior del campo, y yo jamás le preguntaba nada. Soy una mujer alemana.

—¿Sospechaba?

—Sospechar ¿qué?

—Los exterminios.

Emma levantó hacia él unos ojos afligidos, se estrujó las manos y agachó la cabeza de nuevo.

—Todos sospechábamos.

Sean sentía una excitación singular al ver que o la tenía desconcertada, o había conquistado su confianza inmediata…, o aquella mujer estaba desplegando un juego desesperado por conservar la vida.

—¿Qué parte vio usted del campo?

—Sólo…, sólo el recinto exterior. La oficina de mi marido, el terreno de alrededor de los cuarteles de las SS…

—¿Qué me dice del centro de experimentos médicos?

Emma cerró los labios.

—El centro estaba en el terreno inmediato, Emma. ¿Entró alguna vez en el centro de experimentación?

—Sí —respondió ella con voz casi inaudible.

—¿Y en los cuarteles de interrogatorios de la Gestapo?

—He contestado estas preguntas un centenar de veces al subteniente Dante Arosa.

—¿Y en los cuarteles de interrogatorios de la Gestapo?

—¡No quiero hablar más! ¡Salga!

—La última vez, Emma. Está llegando al final del trayecto. ¿Entró alguna vez en los cuarteles de interrogatorios de la Gestapo?

—¡Salga!

—De acuerdo, Emma. Se acabaron las preguntas. —Sean se encaminó hacia la sólida puerta de hierro, disponiéndose a llamar al carcelero.

—Estuve en la Gestapo —dijo la mujer.

Sean regresó junto a ella.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé.

—¿Cuarenta?

—Quizá.

—¿Cincuenta?

—Sí…, cincuenta…

—Y apaleó prisioneros y les obligó a realizar actos sexuales.

—¡Solamente a judíos y esclavos!

—¡Y entró usted en el recinto interior y presenció los exterminios!

—¡No! ¡No! ¡Nunca! ¡Lo juro! ¡Jamás estuve allá dentro! ¡Juro que jamás estuve allá dentro!

Sean se arrodilló prestamente al lado de la cama. La mujer estaba llorando, murmurando oraciones a Dios y proclamando su inocencia.

—Tengo una última pregunta, Emma. Respóndala con atención. Su vida depende de ello. ¿De dónde sacó su vajilla de plata?

El súbito cambio de rumbo del interrogatorio la sacó de su centro.

—Mi…, mi…, ¿qué?

—Su juego de vajilla de plata.

—Pero es que yo tengo dos vajillas de plata.

Ninguna actriz habría podido fingir tal sorpresa. Emma Stoll era inocente de la acusación. Ahora. Sean lo sabía sin el menor margen de duda.

—Bien, ¿de dónde los sacó?

—La plata buena la compré en Suiza.

—¿Con fondos robados del Socorro Alemán de Invierno?

Emma hundió la cara entre las manos y lloró otra vez, sollozando. El mundo la miraría como a una ladrona. Esto era más de lo que podía soportar. Sean aguardó hasta que se le pasó el acceso de llanto.

—¿Y el otro juego? ¿El de los mangos caprichosos?

—La plata vieja con mangos de marfil me la regaló mi padre, que la había recibido del suyo. Mi abuelo estuvo de soldado en el Africa Oriental Alemana, antes de la primera guerra, y se trajo aquellos objetos de plata, que han pasado a ser una herencia de familia. Era fea, pero a una esposa alemana le enseñan a conservar las herencias de familia… y, por tanto, la guardé.

Sean exhaló un profundo suspiro. Su enérgico rostro moreno de irlandés manifestaba tanta perplejidad como el de Emma Stoll.

—Por motivos que sólo conoce el Señor de las alturas…, voy a probar de salvarle la vida a usted.

A la mañana siguiente se convocó en el Cuartel General Supremo de Francfort una conferencia de Prensa, en la que se anunció la Orden número 22. El oficial de Prensa comunicó que vendría a continuación un juicio sumario.

Los periodistas de la Zona Americana, que habían llegado a ser autoridades en su oficio, ataron cabos rápidamente. A los pocos minutos del anuncio y mientras se transmitía éste a todas las partes del Globo, se especulaba abiertamente acerca de que Klaus y Emma Stoll serían los dos primeros a quienes se juzgaría según lo dispuesto en la orden.

> «*Entrega por correo personal al brigadier general A. J. Hansen, Cuartel General Supremo del G-5: I. G. Farben Building: Francfort.*
>
> »Querido general Hansen:
>
> »No estoy seguro de si su comunicado significa una orden o una petición. Fuese lo que fuere, por la presente le notifico que lo rechazo, tanto si es lo uno como si lo otro.
>
> »En opinión de mi oficial jurídico, y en la mía propia de lego en la materia, Klaus Stoll es culpable y merece una sentencia de muerte. No obstante, se necesitarán unas semanas para preparar los documentos legales pertinentes y completar el proceso…, ateniéndonos a las tradiciones americanas.
>
> »Emma Stoll no ha hecho nada que merezca una pena de muerte.

»La Orden número 22 es contraria a mi conciencia, mi moralidad y, según mi parecer, a los más altos intereses de mi patria.

»Sinceramente suyo.

»*Sean O'Sullivan*»

CAPÍTULO XXX

LA escolta de coches y motocicletas de Andrew Jackson Hansen lo barría todo fuera de su paso, bajando desde Francfort como un huracán.

«Erico el Rojo» saltó fuera de su coche aún antes de que hubiese parado por completo delante del Ayuntamiento de Rombaden, subió los peldaños de mármol en tromba, recorrió el pasillo flanqueado de estatuas e irrumpió en la oficina de Sean, cerrando la puerta de golpe tras de sí. Sean se levantó.

—Buenas tardes, general. Le esperaba a usted.

—¡So canalla obtuso! ¿Tratas de presentarnos al público como unos idiotas?

—No, señor. Estoy tratando de evitar que parezcan unos idiotas.

—¿Para qué diablos estás protegiendo a la vampiresa de Emma Stoll?

—Intento —replicó pausadamente Sean— proteger el buen nombre de mi país. Y da la casualidad que tal intento afecta, de paso, a esa mujer. Usted ha leído el informe, señor. Aquellos mangos de hueso no son cráneos humanos.

Hansen se inclinó sobre la mesa, apoyándose sobre los nudillos y remedó el tono calmoso, suave de Sean.

—Pero el mundo no lo sabe. Y, comandante, jamás podremos imponer esta historia tal como es en realidad. Corney hizo bien su trabajo. Además, si por algún milagro la versión llegara a corregirse, a la gente le importaría un bledo. El mundo pide la cabeza de Emma Stoll.

—Yo no voy a poner mi nombre debajo de una orden de linchamiento.

El puño de Hansen se abatió dos, tres, cuatro veces sobre la mesa, haciéndola saltar bajo su furia.

—Escucha lo que voy a decirte, muchacho. ¡Emma Stoll morirá! ¡Si la soltamos, los alemanes se nos reirán en nuestras propias barbas, y el mundo entero gritará que estamos mimando a los nazis!

—¡Y a mí me importa un bledo lo que el mundo grite! —replicó Sean, rugiendo en pleno rostro de Hansen. —Más aún, me niego a hablar con el general mientras esté poseído de una cólera tan grande que le quita el dominio de sus facultades.

Hansen enderezó el cuerpo con el asombro del niño a quien han echado un vaso de agua en la cara en mitad de una pataleta. Sean continuó con voz temblorosa que pugnaba por dominar:

—¿Qué demostramos con la Orden número 22? ¿Para qué molestarnos con la vergüenza de un tribunal amañado? Los sacamos, sencillamente, y los fusilamos. Adolfo Hitler proclamaba la misma clase de tribunales para desembarazarse de elementos indeseables. Los llamaban Tribunales del Pueblo. Nosotros los llamamos Orden número 22. ¿Se figura que yo no sé que el pueblo alemán quiere a Emma Stoll muerta, todavía más que nosotros? Claro que sí, dejemos que muera por los crímenes de todos. Que Emma Stoll muera por todos los que gritaron *sieg heil*. Lamento

haberme dejado arrebatar, señor. Tengo opiniones muy firmes sobre la materia.

—A veces, Sean —dijo el general sosegadamente—, vemos que nuestra nación comete un error evidente. Y lo aceptamos sin protesta porque creemos en la equidad última de nuestra conducta. Los momentos más difíciles son aquéllos en que se le pide a un hombre que crea con una fe tan profunda como para obedecer ciegamente y sin protesta. Lo que te hemos pedido que hagas no es cosa que puedas decidir tú…, ni yo. Lo han decidido nuestros superiores. Como tampoco pesará sobre ti la responsabilidad última. ¿Qué puedo decir, Sean? Esa criatura no merece que la salven. Y el mundo no te condenará jamás. Concédenos este error humano y sigue creyendo.

La presión aumentaba. Sí, pensaba Sean, sería fácil, muy fácil firmar sin más la petición solicitando un tribunal. Resistirse era una tontería y una ridiculez. Y cuando colgasen a Emma Stoll se levantaría por el mundo entero un coro de aplausos y nadie se afligiría, excepto un perro favorito y una abuela. Al cabo de diez años, o cosa así, algún oscuro profesor señalaría quizá que a Emma Stoll se le negó un proceso en regla. Pero hasta Norteamérica podía cometer un error en la resaca y la confusión del final de la guerra. ¿Y quién se acordaría del nombre del comandante que firmó la petición para que se formara un tribunal?

En cambio, el negarse significaba atraerse mil calamidades…, nadie comprendería ni querría comprender su actitud. Jamás podría hacer penetrar en el cerebro de la gente la verdad acerca de los mangos y asas de marfil. ¿Por qué, en nombre de Dios, enfrentarse con la ira del mundo para defender a una ramera que apenas merecía vivir?

—General Hansen, me he pasado un día tras otro y una semana tras otra sentado aquí, escuchando cómo un alemán tras otro repetían la misma historia, igual que un disco rayado. Todos dicen: «Nosotros nos limitábamos a obedecer órdenes». ¿Comprende…? De este modo justifican los asesinatos, las castraciones, las barbaridades, la degradación. Obedecían órdenes, nada más. Y cuando me voy a mi alojamiento y me pongo un poquitín a medios pelos todas las noches y pienso: «¿Qué habría pasado si unos cuantos millones de alemanes, o hasta unos centenares de miles, hubiesen tenido el valor de ponerse en pie y negarse a cometer crímenes en nombre de la patria?». Lo siento, general Hansen. América no defiende la Orden número 22. Yo no voy a cometer un asesinato en nombre de mi país por cuenta de usted ni de nadie sólo por aquello de que órdenes son órdenes.

Hansen sabía lo que tenía que hacer ahora.

—Todo eso queda fuera de nuestras manos y nuestro poder, Sean. La realidad es la realidad. Te presentarás en Francfort en un plazo de setenta y dos horas, o con la petición de que se constituya el tribunal, o dándote de baja del Ejército. Lamento una decisión obstinada y terca, que te acarreará muchas desdichas.

—Acepto la plena responsabilidad de mi decisión, general. —Hansen se puso el gorro y se encaminó hacia la puerta. —Lamento que haya venido aquí, general. Lo

lamento porque creía en usted…, creía en usted cuando me decía: «Nosotros no somos nazis…».

Llovía, y el Landau se puso fangoso de nuevo, y los guijarros de la gran plaza estaban resbaladizos. Llovía dentro de las chozas de las ruinas de las bombas, y la húmeda tristeza intensificaba el aire lúgubre que reinaba en el Ayuntamiento.

Nadie la mencionaba abiertamente, pero la visita del general Hansen era un secreto a voces. Sean convocaba a sus subordinados, uno a uno, con el fin de ponerles al corriente, con el propósito obvio de entregar, sin sacudidas ni alteraciones, el Equipo Guía-5 a un nuevo comandante.

El Equipo Guía G-5 había constituido un gran experimento, y todos se preguntaban si, marchándose Sean, no se ausentaría también la conciencia que lo animaba. Lo más probable era que nombrasen nuevo comandante a Maurice Duquesne, si firmaba la petición solicitando un tribunal de acuerdo con la Orden número 22. El nuevo comienzo reposaría sobre una mentira.

El conflicto en que Sean le había puesto tenía perplejo a Maurice. El francés no quería enfrentarse con semejante decisión. Sabía que al principio todos los hombres eran puros e impulsados por motivos puros. Y los jefes en los que creen los hombres, también son puros, al principio. Pero en algún punto del comienzo de la travesía todos los hombres llegan a ese primer momento de compromiso, de pacto. Maurice Duquesne tuvo que pactar cuando se presentó para su primer cargo, veinte años atrás; luego había seguido adelante, sin volver casi nunca la vista atrás para sufrir unos instantes de remordimiento.

Había servido bien a su pueblo dentro de la estructura que encontró establecida ante sí. Sabía que el ceder, el pasar por alto la verdad en ciertas ocasiones, el ser expeditivo en otras, el retroceder en lugar de plantarse en una actitud fatal… todo eso eran herramientas útiles y prácticas en su profesión. Aborrecía la incorruptibilidad de Sean, que le obligaría a él a tomar una decisión corrompida; a Sean le animaba un idealismo terco que se adaptaba muy poco a la realidad. Y, en última instancia, el francés sentía una profunda admiración por el hombre como el que él deseaba haber sido.

Para Sean O’Sullivan llegó la hora de la tristeza con la traición de Andrew Jackson Hansen. En otro tiempo, Sean creyó al general Hansen capaz de desafiar a las estrellas y la luna. Ahora, en cambio, era meramente un hombre débil que se doblegaba calladamente ante una decisión injusta.

¿Podía creer Sean en el argumento de Hansen de que los fines últimos de Norteamérica justificaban y permitían, a sabiendas, errores como éste?

Las puertas de la duda se abrían de par en par. Quizá Hansen no fuera más que un político inteligente. ¿Acaso libró Hansen todas sus famosas peleas sabiendo y calculando por adelantado, en realidad, hasta qué punto podría forzar la jugada? ¿Cuántas veces, durante su carrera, le habían doblegado como ahora? ¿Se había fabricado, cuidadosa y deliberadamente, el renombre de «tipo pintoresco» rindiendo

un tributo de saliva a su imaginaria fortaleza?

Al final, Sean se encontraría completamente solo con el perro y la abuela de Emma Stoll. Lo arrojarían a un pozo de lobos periodistas que lo comerían vivo. No, ni siquiera Emma comprendía por qué creía Sean que valía la pena luchar para salvarle la vida. Acaso Big Nellie probaría a defenderle, o al menos a hacer públicos sus motivos. Pero semejante proceder significaría la caída de Big Nellie junto a la suya, derribado por un mundo que pedía sangre.

Al final no le quedaría más que un solo amigo: su padre. Sean anhelaba desesperadamente verle, y pedía a Dios que cuando supiera la noticia, de labios de personas extrañas, su corazón no empeorase. Pero, pasara lo que pasase…, su padre seguiría creyendo en él… frente a todo y a todos… su padre estaría a su lado… y le comprendería.

CAPÍTULO XXXI

LAS once. La hora de la reunión cotidiana con Ulrich Falkenstein y el Ayuntamiento. La gran sala de conferencias parecía el comedor de un castillo medieval: una larga mesa de madera; altas y toscas sillas de respaldo recto cubiertas parcialmente de lustroso y desgastado cuero; un enorme tapiz, representando una batalla de la Leyenda de Rombaden. Los concejales que poseían insignias las lucían. Eran veinte alemanes, con Ulrich Falkenstein en una punta de la mesa.

Cuando la campana de la Marienkirche daba la hora, Sean entró en la sala y los alemanes se pusieron en pie vivamente y se inclinaron en una leve reverencia. Hoy Sean no venía acompañado de su séquito habitual de oficiales americanos.

—Siéntense —dijo. —He dispensado de la sesión de hoy a los otros oficiales con el fin de que puedan ocuparse de otros asuntos. Examinen ustedes sus carpetas y su agenda para ver si hay algún problema que no pueda esperar dos o tres días. Deseo examinar únicamente los que requieran una solución inmediata.

El anuncio los dejó petrificados. Los alemanes empezaron a buscar por sus carpetas nerviosamente. Todos sabían de qué se trataba; lo habían comentado en susurros. Con O’Sullivan, las cosas habían marchado bien en Rombaden. O’Sullivan daba las órdenes con aplomo y aceptaba la responsabilidad de todas las decisiones; era severo, pero justo. Y sabían que otras ciudades de Schwabenwald y Württemberg y Baviera se hallaban en el caos. Si él se marchaba…, sólo Dios lo sabía. ¿Qué pasaría si tenían que tratar con el francés?

Uno tras otro, todos dijeron que no tenían nada urgente.

—Queda una cuestión —dijo Ulrich Falkenstein. —Pasado mañana es el 22 de junio. Por espacio de siglo y medio ha sido el «Día de Hinterseer», en honor al poeta de Rombaden. En los viejos tiempos había mucho bullicio y muchas solemnidades…, en los años magros la gente se contentaba reuniéndose en la plaza para escuchar la lectura de su obra más famosa, la *Leyenda de Rombaden*. Aunque este año habría de celebrarse necesariamente con gran austeridad, ciudadanos de todos los estamentos me han pedido que solicitase de usted la autorización para que se celebre la lectura. Sería cuestión de una media docena, aproximadamente, de actores, un tablado detrás de la estatua de Hinterseer y unos cuantos altavoces.

Presentada así la cuestión, Sean no vio ningún mal en ello. Hasta aquel día había prohibido las reuniones numerosas pero, con las fuerzas de que disponía, podía dominar fácilmente la situación. Todos respetaban la autoridad de Blessing. El volver a la vida de siempre elevaría la moral… Pero… una cosa inquietaba a Sean. La lectura de la *Leyenda de Rombaden* y las celebraciones propias del día habían continuado durante la era nazi.

—Esta noche leeré el poema, y mañana les daré una respuesta —contestó.

Esto era lo que le gustaba al Ayuntamiento: una respuesta pronta y definitiva.

—Como no hay más asuntos de que tratar… —dijo Sean, levantándose. Todos se pusieron en pie y aguardaron así hasta que hubo abandonado la sala.

Sean dejó la oficina seguro de que todo estaba lo mejor preparado posible para el comandante nuevo. Podría darle unas breves orientaciones, y asunto resuelto. Y todavía podría entregar sus poderes con mayor rapidez si elegían a Duquesne.

Sean ordenó que le trajeran a su estudio una comida ligera y pidió que no le molestase nadie. Después abrió el libro de poesía de Hinterseer y se puso a leer con gran atención el texto alemán de unas cuarenta páginas. Naturalmente, Sean sabía algo de la Leyenda de Rombaden. La había estudiado en el Instituto como una parte de la mitología alemana y en textos resumidos del Gobierno Militar.

Para Sean, la poesía alemana era verdaderamente una de las formas más magníficas con que el hombre se expresaba a sí mismo. Más aún, desde que salió del Instituto había flirteado con la literatura alemana y había hurgado por todas partes, buscando las respuestas al acertijo alemán.

La *Leyenda de Rombaden* estaba sacada de los mitos de la Trilogía de la Selva Negra. Sean no tardó en sumergirse por completo en aquellos versos casi tan perfectos como los de Goethe.

Wolfram, Rey de los Dioses, reinaba en un reino mítico, muy en el interior de la Selva Negra. Aunque Wolfram tenía un poderoso cuerpo humano, la mayoría de los atributos que poseía eran característicos de ciertos animales: la furia del verraco, la velocidad y belleza del gamo; la fuerza del oso; la blancura del cisne; los instintos y la astucia de la zorra. En el cuerpo de aquel hombre se condensaba todo lo grande y hermoso de cada animal.

Su hijo único, Berwin, era un guerrero de valentía increíble, como correspondía al Hijo del Rey de los Dioses. Wolfram ordenó a su hijo que buscase el pueblo más puro de la tierra, para poblar con él su reino. Berwin erró de una nación a otra hasta que dio con los arios de Rombaden, los cuales pasaron a ser el pueblo elegido.

En Rombaden vivía Helga, Diosa de la Fecundidad, y Berwin se enamoró de ella. Antes de que Berwin y Helga pudieran consumar su amor, el Dios de la Nieve y las Montañas, Ernald, descendió en alud de su mítico reino de los Alpes y secuestró a Helga.

Berwin advirtió que si Ernald violaba a Helga, la raza pura quedaría contaminada, y reunió a su alrededor a los guerreros de Rombaden. En un discurso inflamado les exhortó a morir en la batalla, porque solamente entregando sus vidas en la lucha conocerían un momento de éxtasis que sobrepasaba las dimensiones terrenas. Los que muriesen en el combate, prometía Berwin, se irían al reino de Wolfram, en la Selva Negra, y vivirían como el más puro de todos los pueblos.

En la batalla final, Wolfram transmite a su hijo todo el poder y la astucia animales que posee con el fin de ayudarle a destruir al adversario. Pero después de triunfar,

Berwin fue muerto.

A él y a todos los otros guerreros caídos de Rombaden los colocan sobre almadías llameantes para ser trasladados río arriba por el Landau hacia la Selva Negra y el reino prometido.

Helga, al verlos apartarse de la orilla, se hunde el puñal de Berwin en el pecho, y luego un gran puente de rayos la transporta a la almadía de su amado. Helga se tiende al lado de su héroe muerto, sobre la pira en llamas, y mientras el fuego y la herida ponen fin a su existencia, experimenta este momento de exaltación que sólo la muerte puede proporcionar. Helga grita que la muerte la transforma en un ser superior. Y, en la muerte, consuma su matrimonio con Berwin, que no pudo consumar en vida.

Y así fue como los hijos de Rombaden engendrados por esta unión de Berwin y Helga pasaron a ser los más puros de la tierra.

Sean O'Sullivan cerró el libro. Tantos años como se había pasado hurgando y sondeando en busca de respuestas… y ahora… por un raro capricho… en la víspera de su partida de Alemania, algunas de tales respuestas se le ocurrían por sí solas.

La Leyenda de Rombaden, ¿no era en realidad la historia del pueblo alemán?

Sean se puso a rebuscar por el grueso volumen, a la caza de pistas, de pasajes que le clarificasen un centenar de pensamientos confusos. Y entonces, unas preguntas inquietantes, no respondidas jamás, empezaron a encontrar respuesta con una rara claridad.

Cuando estaba dando clases y le eligieron para ocupar el Gobierno Militar, había discusiones y debates interminables acerca de la mente alemana. Eruditos y hombres prácticos discutían de lógica y de teoría; pero luego, al llegar a determinado punto, en todas las discusiones, toda lógica relacionada con el pueblo alemán parecía disolverse en la confusión. El alemán se escondía siempre en una nube de misterio…, continuaba siendo el eterno enigma.

Pero aquí, en las páginas de Hinterseer, el alemán se ponía al descubierto. ¡Aquí estaba Sigfrido! ¡Aquí en la Leyenda de Rombaden estaba el anhelo ese de una raza de superhombres! ¡Aquí se hallaba el extraño alborozo en el momento de la muerte, tan generalizado en la cultura alemana! ¡Aquí se encontraba la recompensa al héroe por haber caído combatiendo!

En la leyenda los alemanes se miraban a sí mismos como el pueblo «elegido» de dios. Pero ¿de qué clase de dios? ¡Ése no era el Dios de Jesucristo! El dios con el cual ansiaban identificarse ¡era un dios pagano! ¡Wolfram era un dios que vivía en el bosque y tenía más de animal que de humano!

¿No se identificaban más los alemanes con lo pagano que con el monoteísmo, el concepto occidental de un solo Dios?, cavilaba Sean. En otro tiempo redactó una comunicación a la que calificaron de muy brillante sobre «Los orígenes del antisemitismo en la mente alemana». El general Hansen, en su búsqueda de expertos

en cuestiones alemanas, leyó la comunicación por casualidad, y ésta fue la causa de que un oscuro profesor de ciencias políticas de la Universidad de California entrara a formar parte del Gobierno Militar antes de los treinta años.

Ahora Sean probaba a relacionar su comunicación con la *Leyenda de Rombaden*. En aquella ocasión escribió:

> «Ningún pueblo del mundo occidental vive más influido por su mitología que el pueblo alemán. Sigfrido y otras figuras legendarias, particularmente guerreros, están profundamente arraigados en el alma de los germanos.
>
> »El pueblo alemán se ha identificado a sí mismo, indeleblemente, con el bosque, la naturaleza y los animales. Esta atracción poderosa de la selva ha dado aliento al misticismo característico de los "pobladores de las selvas" y a una relación con los animales que les son más conocidos.
>
> »Tomemos, por ejemplo, los rituales alemanes de caza. Después de haber sido sacrificado el animal, el cazador alemán le corta la garganta con un cuchillo especial. El "Dueño del Bosque" moja un palo en la sangre del animal y unge con ella la frente del cazador. El palo es, puramente, un símbolo fálico, y la finalidad que persigue la ceremonia es la de dotar al cazador con la fuerza y el poder de la víctima irracional que acaba de matar… exactamente igual como Sigfrido se bañó en la sangre del dragón que había matado.
>
> »Los judíos le regalaron al mundo occidental una concepción formal de un Dios único. Los judíos bajaron del Sinaí las "leyes" fundamentales, o normas de la moralidad occidental, los Diez Mandamientos.
>
> »En su subconsciente, el alemán odia del mismo modo el concepto del Dios único como la severidad de las "leyes". Superficialmente, y para todo el ancho mundo, el alemán es a la vez cristiano y producto de la cultura occidental.
>
> »No obstante, el alemán tiene una doble personalidad. Otra parte de él, una parte vital de su alma, continúa en la selva. En consecuencia, el alemán es civilizado de modo muy semejante a la domesticación de un animal; porque parte del alemán sigue siendo siempre animal.
>
> »A pesar de sus adornos, el alemán conserva una parte puramente pagana. Y para llegar a ser el pagano total que su subconsciente desea, el germano tiene que desechar el concepto de un Dios único y de unas leyes divinas. De ahí que el alemán tenga que destruir al judío, que se interpone entre él y sus deseos paganos».

Sean creyó siempre que los alemanes odiaban a los judíos porque aquéllos querían volver a la selva. Opinaba que amaban a sus dioses guerreros, los Berwins y los Sigfridos, se identificaban con ellos, no amaban a Cristo y no se identificaban como cristianos. Sean estaba enterado de la vieja tesis de que para ser auténticamente antijudío hay que ser anticristiano. Cuando se destruye lo judío, debe destruirse

también a Cristo. En consecuencia, el alemán protesta contra el cristianismo destruyendo a los judíos.

Un especialista en enfermedades mentales diría que el alemán es esquizofrénico. Ciertamente, en el alemán hay dos personalidades distintas.

Una de estas dos personalidades aportó a la civilización sus más elevadas y enriquecedoras contribuciones, a través de los Beethoven, los Bach, los Kant, los Schiller, los Freud, los Mozart y los Goethe.

¡Pero la otra! Los extravíos llenos de odio y cieno de Hegel, de Treitschke y Fichte… Y el genio trastornador de Ricardo Wagner, cuyos sones magníficos cantaron la gloria de la muerte, de la madre patria, del pueblo elegido… *elegido de los dioses paganos*. ¿Y quién dirá que Wagner no forma parte integrante del alma del pueblo alemán?

Adolfo Hitler comprendió este deseo de paganismo del pueblo alemán y lo explotó. Los uniformes, las ceremonias sangrientas, las concentraciones no eran más ni menos que rituales paganos. Hitler pulsó deliberadamente la cuerda del deseo del pueblo alemán de identificarse con el paganismo mediante la persecución de los judíos.

Hitler fue, ciertamente, otro dios pagano que pidió al pueblo alemán que se destruyese a sí mismo en una orina de sangre, y los alemanes contestaron con los *sieg heil*!

Sean empezó a recordar las divagaciones de los filósofos enfermos. Schopenhauer: «El único deseo honrado que el hombre puede tener es el de la aniquilación total». Hegel, ídolo que acaparaba toda la adoración personal de Adolfo Hitler y que escribió: «… El espíritu muere para vivir y el que se entrega a sí mismo a la muerte no hace otra cosa que entregar su yo a su otro yo, porque la vida es muerte». Y todavía más adelante, escribió Hegel que «… todo Estado debe aceptar el derecho divino de oprimir que le pertenece como una situación necesaria en la evolución del gobierno». Nietzsche: «Quiero enseñar al hombre el sentido de su existencia, que es el *Superhombre*, el rayo salido de la oscura nube». Fichte, quien mencionó que los latinos, los franceses y los judíos son infrahumanos. Y Treitschke, que puso el «amén» final en el carácter alemán: «No importa lo que pienses, con tal de que obedezcas».

He ahí, pues, que todo concuerda, pensaba Sean. La Leyenda de Rombaden le había proporcionado la llave mágica que había buscado durante tantos años y que explicaba la perversión antiteísta, anticristiana, antijudía como un impulso para retornar al paganismo.

Ésta era, pues, la respuesta al conde Ludwig von Romstein y a todos los que argüían que la era nazi había sido un fenómeno singular nacido de la Primera Guerra Mundial y de una serie de crisis subsiguientes. Mentira, porque las raíces del nazismo penetraban profundamente en los corazones y las mentes del pueblo alemán, y todo ello —arianismo, paganismo, amor a la muerte, al bosque y al superhombre—

¡formaba parte de ellos desde hacía siglos y siglos!

La era nazi había representado, pues, la voluntad global de la mayoría del pueblo alemán después de siglos de cultivo y crecimiento. ¡El impulso hacia la propia destrucción era inevitable!

Para Sean, Hinterseer y la *Leyenda de Rombaden* explicaban más todavía: ponían ante los ojos el pasmoso descubrimiento de que *¡los alemanes adoraban a la muerte!* Los alemanes enfocaban la muerte de un modo distinto a los restantes pueblos occidentales, quienes, o la temían, o la miraban como el fin de los sufrimientos de este mundo. Para el alemán, la muerte era, por sí misma, un estado de existencia más maravilloso que la vida ¡y el momento en que se fallece había que adorarlo como el de la suprema exaltación!

¿Acaso no empezaba esto a explicar que gente así fuera capaz de tener fábricas de muerte funcionando en Dachau y en Schwabenwald? Si en su subconsciente místico y pagano la muerte es un superestado deseable, entonces no es un pecado mortal «cristiano» el cometer asesinatos.

El asesinato en masa no lo podía llevar a cabo más que una mente occidental astuta. Y el asesinato en masa se puede justificar, cuando la moral pagana arrolla a la cristiana. La doble personalidad del alemán la hizo posible.

Hinterseer y Richard Wagner hablaron a un mundo desconcertado de las paradójicas contradicciones del alemán. Pero, lo que es más aún, nadie está más perplejo, ni busca con más pasión su propia identidad, ni constituye un enigma más oscuro para sí mismo que el propio alemán.

CAPÍTULO XXXII

LAS once. El Ayuntamiento estaba reunido. Con sus ojos de lenguado, Ulrich Falkenstein, sentado en una punta de la mesa, enfrente del comandante, tenía un aire engañosamente sereno.

Los miembros del Concejo estaban sentados a uno y otro lado de la mesa; media docena de ellos fueron prisioneros de Schwabenwald y los años pasados en el campo de concentración les había conquistado un distintivo de respetabilidad. Los demás, restos del antiguo Partido Socialdemócrata en su mayor parte, habían conseguido mantenerse alejados de todo contacto con los nazis. Casi todos carecían de experiencia de Gobierno, y cinco miembros eran mujeres, una novedad en la política alemana.

—Me gustaría consultarles —dijo Sean—, por si alguno de ustedes tiene algo que oponer a que leamos la *Leyenda de Rombaden*.

Los concejales se miraron unos a otros un tanto intrigados, y cada uno a su vez levantó los hombros y movió la cabeza negativamente. No, nadie se oponía a nada. Ulrich Falkenstein no se dejaba engañar y estudió atentamente a Sean, comprendiendo que el comandante perseguía algún propósito concreto. Aquella mañana los ojos de Sean tenían una mirada más penetrante, en su frente las arrugas se marcaban más profundas, mientras escudriñaba las caras de los otros. Falkenstein sabía lo que significaba esta expresión.

—Señora Meissner —dijo Sean—, usted nació en Rombaden. ¿Qué importancia tiene para usted este acontecimiento?

—*Ach*! ¡Vaya pregunta, comandante! El Día de Hinterseer es nuestra fiesta más importante. Y la *Leyenda de Rombaden* la llevamos todos en el corazón.

—¿Influyó en su vida?

—Usted no lo sabe bien. Entre los actores del Teatro de Rombaden se planteaba una reñida competición para interpretar papeles en la lectura. Una lectura de la que se hablaba en todos los hogares, en el Ratskeller…, hasta en la avenida de la Princesa. Para los niños, la leyenda se ponía en escena en el teatro *gignol*. Cuando yo iba a la escuela, la marca de mis hazañas consistía en recitar de memoria pasajes nuevos.

Luego, uno tras otro, todos dieron testimonio de cómo la leyenda formaba parte integrante de sus vidas y elogiaron la estatua de Hinterseer, manifestando cuán orgullosos estaban de él.

El profesor Hans Moltke era el intelectual del Concejo. Fue profesor de Literatura Alemana hasta que los nazis le expulsaron de la cátedra. Moltke consiguió ganarse la vida y la de su familia, durante la era nazi, perdiendo su antigua personalidad y convirtiéndose en escribiente de Banco.

—Desde el punto de vista de la literatura pura, del verso puro, puede considerarse que el poema se cuenta entre unas pocas docenas de obras maestras del mundo

entero. En segundo lugar, ha cobrado un significado extraordinario para los habitantes de este distrito. Hinterseer es el hijo más grande de Rombaden…, el eslabón que nos une con la inmortalidad…, y esto es un orgullo para la provincia. Además, la lectura de la leyenda señala la llegada del verano. La gente sabe que volverá a hacer excursiones al bosque y se unirá a la naturaleza. Como usted sabe, comandante O'Sullivan, nosotros los alemanes tenemos un amor singular al bosque.

—Me doy cuenta de ello —respondió Sean. En este punto se dirigió a Hoffman, el delegado del espinazo roto, que ahora cuidaba de preparar las entrevistas con los confidentes. —Señor Hoffman, usted no es de Rombaden. ¿Qué significa la leyenda para usted?

—¡Oh, caramba! —exclamó, rebosando entusiasmo al verse elegido particularmente para dar testimonio. —Todos los colegiales alemanes la conocen. Forma grupo con las obras maestras de Schiller, Goethe y… Heine. —Aun siendo un antiguo internado en un campo de concentración, Hoffman tartamudeó al llegar al último nombre… el de un judío.

—¿Y usted, señor Maas? ¿Por qué supone que los nazis permitían que se leyese la leyenda?

—¿Por qué no, comandante? No es un poema político y tiene un espíritu altamente alemán.

Ulrich Falkenstein escuchaba completamente fascinado a medida que uno tras otros se manifestaban, sin la menor idea de la conclusión a que Sean quería ir a parar. El comandante abrió el anotado ejemplar de la *Leyenda de Rombaden*.

—Señora Meissner, ¿le molesta hacer la suposición de lo que tenía en el pensamiento Hinterseer al escribir el siguiente párrafo?: «Ciudadanos de Rombaden, arios, ¿permitiremos que el líquido seminal de Ernald impurifique nuestra raza?».

La señora Meissner se quedó desconcertada.

—Bien, señora Meissner…, ustedes, los de Rombaden, ¿se sienten arios?

—Yo… no… no comprendo…

Sean volvió unas páginas más.

—¿Les importaría a ustedes, damas y caballeros, aventurar una interpretación del pasaje siguiente: «Vosotros, los de Rombaden, sois los hijos escogidos de Wolfram, Rey de los Dioses»?

El señor Maas empezaba a comprender. Con un ademán, desechó la pregunta del comandante.

—Ésa es meramente una manera de decir que Rombaden es una ciudad excelente, pues todas se consideran las mejores. Hasta en los Estados Unidos existe esta competición entre las ciudades.

—Muy bien, señor Maas… Y ahora, ¿qué me dice de eso: «Os prometo una muerte, un momento de exaltación divina…, ésta es la muerte del guerrero…, éste es el momento de la plena satisfacción…, en el instante en que vuestra vida abandone su cuerpo por la madre patria gozaréis del éxtasis de los éxtasis»?

Las frentes se arrugaban. Sean continuó leyendo:

—O esto otro, señor Maas: «… Yo me baño en la sangre de un jabalí, le castro; con su fuerza y su virilidad, me convierto en un superhombre entre los pueblos del mundo… Perdóname, jabalí, pues tengo la misión de gobernar a los infrahumanos que nos infestan».

Sean cerró el libro y lo arrojó con desprecio sobre la mesa. Todos se habían callado de miedo, salvo el profesor Moltke.

—Pero, comandante, la misma manera de escribir se encuentra en la mitología griega…, en la mitología escandinava.

—Le reto a que lo demuestre. Los dioses griegos eran unos personajes refinados, poseían un humorismo delicioso y se burlaban de sus flaquezas mortales.

—Y los noruegos y los daneses. Nuestro *Anillo* se funda en su mitología.

—En efecto, pero ni los noruegos ni los daneses se toman en serio a sus dioses…, ustedes, los alemanes, sí. En realidad, viven su mitología.

—No acepto su punto de vista, comandante O'Sullivan. Uno puede dar a sus escritos el significado que quiera…, cualquier significado que se proponga.

—Y éste es el punto que defiendo, precisamente, profesor Moltke. Los nazis dieron significado a esas leyendas. Este poema fue concebido con un espíritu nazi. Adolfo Hitler lo encontró, y también otros similares, y dijo: «Esto es lo que somos y el pueblo alemán lo cree».

—Pero… —protesto Hoffman, débilmente— Hinterseer murió hace casi dos siglos.

—No obstante, Hoffman, las ideas nazis viven dentro del pueblo alemán desde hace veinte siglos.

Era como si les hubieran arrojado un cubo de agua fría a todos. Durante unos largos momentos imperó un silencio atónito, hasta que el señor Bach, el miembro más inocuo del Concejo, dijo con aire ratonil:

—A mí siempre me pareció que en ese poema había algo que no estaba bien.

—Entonces, ¿cómo diablos no dijo nada? —inquirió Sean.

—Pero, comandante, uno no se pronuncia contra las tradiciones.

—He ahí el caso, precisamente. La tradición de ustedes exige una obediencia ciega. Mientras estén dispuestos a dejarse conducir como borregos, otro loco se apoderará de las mentes de ustedes. Quizá dentro de un año, o de cinco, o de veinte, un sacerdote pronunciará un sermón desde el púlpito, denunciando esa leyenda; o un profesor inducirá a un grupo de estudiantes a protestar contra ella… Sólo entonces se podrá leer a Hinterseer sin peligro.

Falkenstein, que se había mantenido completamente al margen, tomó ahora la palabra:

—Ustedes, en América, también tienen una tradición, ¿verdad que sí, comandante?

—Si el presidente de los Estados Unidos fuese a leer la Declaración de

Independencia delante del monumento a Lincoln, el 4 de julio, no faltaría en Norteamérica quien protestase y pusiera el gesto en tela de juicio.

Falkenstein asintió con un movimiento de cabeza, como diciendo «tocado». Una leve sonrisa cruzó por sus labios al ver la profunda confusión que dominaba al Concejo. Aquí estaban los que se habían considerado a sí mismos alemanes «buenos». También ellos tenían parte de culpa; en cada uno de ellos había una pizca de espíritu nazi.

—Como no hay más asuntos que este Concejo deba tratar, les advierto que durante los días próximos estaré en el Cuartel General Supremo de Francfort. El capitán Duquesne asumirá el mando en mi ausencia. Pueden marcharse —concluyó, mirando a Falkenstein para que se quedase.

Sean metió sus notas y papeles dentro de la cartera. Los dos hombres estaban solos en la inmensa sala. Sean cerró la cartera bruscamente. Entre él y Falkenstein reinaba una frialdad semejante a la de la piedra del hogar.

—Me odian, ¿verdad que sí, Falkenstein? —se sorprendió el mismo Sean, mientras hacía la pregunta.

—Al contrario, comandante O'Sullivan. Usted se ha ganado el puesto de padre y dirigente suyo. Son dos cosas que el alemán comprende bien. Usted ve por sí mismo lo bien que le obedecen. Una vez derrotado, el alemán es muy manejable.

—Pero ni siquiera saben de qué diablos estaba hablando.

—Creo que es demasiado impaciente, comandante. Podemos ser viejos en lo que toca a nuestras tradiciones, pero somos niños en cuanto a experiencia democrática. Nuestro primer ensayo con una república, la de Weimar, terminó en un desastre. Las sutilezas del juego democrático quedan fuera de la comprensión de esa gente.

—En cambio, asimilan bien la idea de padre y la de obediencia. De modo que estamos abocados a que se repita el ciclo cuando otro padre los guíe hacia la destrucción.

Falkenstein se irguió un poco.

—Usted olvida con mucha oportunidad las grandes cosas que el pueblo alemán ha dado al mundo. Ésos son los alemanes a quienes yo amo y en quienes creo. Ésta es la Alemania por la que lucho.

Sean estuvo tentado de discutir la cuestión. Sí, habían hecho grandes aportaciones a la literatura, la música y la ciencia. No obstante, no se había producido nunca un ideal alemán de libertad duradero, y también muy pocos ideales de dignidad del hombre. Hasta su reformador más grande, Martín Lutero, fue un tirano dogmático. Pero Ulrich Falkenstein, que había sufrido brutalidades indecibles a manos de esa sociedad, se negaba tercamente a renunciar a su personalidad o a su fe. Para Sean era una estupidez admirable. Tener unas convicciones tan firmes era bueno, pero por el panorama que se extendía ante los ojos de todos, nadie podía hacerse a la idea de que el pueblo alemán fuese a cambiar. Ambos notaban que la conversación había llegado a un punto muerto. Falkenstein rompió el hielo por fin.

—Todos tememos que quizá usted haya realizado su último acto oficial en Rombaden.

—Es muy posible —respondió Sean.

—Sería una vergüenza. Usted ha sido duro, pero jamás injusto. Vea, comandante O'Sullivan, hay alambicamientos de la democracia que ni siquiera yo logro comprender. Por ejemplo, ¿cómo es posible que un hombre de la talla de usted sacrifique una carrera brillante en defensa de una Emma Stoll?

—Me parece muy sorprendente la pregunta, señor Falkenstein, viniendo de labios de un hombre que fue condenado por un tribunal de Hitler.

—Sin duda no querrá compararme con Emma Stoll.

—Claro que no. Pero me opongo a que, en nombre de mi patria, se forme un tribunal como los de Hitler.

—Es una pena que no vaya usted conmigo a Berlín, cuando pueda ir yo. Por otra parte, tengo la sensación de que es realidad no quiere saber que existen alemanes buenos.

Sean le dirigió una mirada colérica, pero luego reprimió su enojo.

—Usted mismo ha dicho que he sido justo.

—Justo, sí, lo mismo que un amaestrador de perros. Pero hasta un animal percibe por el olfato cuándo le odian.

—Señor Falkenstein —dijo Sean—, he redactado un informe completo para el comandante que ha de sustituirme, caso de que no elijan al capitán Duquesne. En él le recomiendo con insistencia que, en todos los asuntos, ponga una confianza absoluta en usted.

Los dos hombres se estrecharon la mano con gran reserva y sin el menor afecto. Y, sin embargo, cada uno de ambos sentía una innegable admiración por el otro.

—Buena suerte, comandante —dijo Falkenstein, abandonando la sala.

Y entonces Sean se quedó solo.

Sean se encontró deambulando por un laberinto de calles estrechas. Había ordenado que no se celebrasen despedidas ni hubiese sentimentalismos. Por la mañana partiría, supuestamente, para un viaje ordinario al Cuartel General Supremo…, ni más ni menos.

En uno de los cruces, un batallón de trabajadores, prisioneros de guerra, vigilados por guardias polacos, cavaban en los interminables montones de derribos. Al ver al comandante, los alemanes interrumpieron el trabajo unos momentos, le miraron, se quitaron los gorros y, al pasar, le saludaron con una inclinación. Los polacos le saludaron militarmente y sonrieron, pero Sean no se fijaba en ellos.

Había llegado el momento de hacer un balance. Podía calcular uno para Liam y Timothy O'Sullivan. Otro para Nan Milford… pérdidas, ganancias, dicha, tristeza. Pero no habría ningún balance para Rombaden ni para Sean O'Sullivan.

Unos cuantos signos vagos se levantaban curiosamente, esperanzadores, del mar de ruinas. La gente de Rombaden trabajaba con una energía sorprendente. Habían desplegado gran ingenio en la creación de tareas y en utilizar los derribos y desperdicios como materia prima para una docena de empresas.

Pero el cavar derribos continuaría durante meses y, quizá, años. Se había abierto una sola clase, sin maestros ni textos nazis. Un solo periódico, de cuatro páginas, y una estación de radio, con la energía producida a mano, representaban a la Prensa. La mitad de la población había llenado el temido *Fragebogen*. Muchos de los nazis habían sido reducidos a trabajos manuales. Se había presentado una solicitud para crear diversos sindicatos y hasta una petición para fundar un partido político…, he ahí unos signos esperanzadores, aunque pequeños.

Pero el otro platillo de la balanza pesaba terriblemente. Sean sabía ahora que, en realidad, la desnazificación no se llevaría a cabo jamás. Uno no mata a doscientas mil personas que forman el corazón del cáncer nazi, ni castiga a dieciséis millones, sin convertirse él mismo en un nazi. Empezaba a verse claramente que en la Zona Inglesa sólo juzgarían a los nazis más destacados y que estos juicios se celebrarían a título de ejemplo. Los franceses que, mirándolo con ojos realistas, habían de continuar viviendo en la vecindad de los alemanes, no podían pagar más tarde las venganzas de hoy.

La no confraternización empezaba a desmoronarse. Las nuevas tropas, que no habían participado en los combates, no eran tan hostiles a los alemanes y el viejo gran corazón yanqui empezaba a manifestarse. Los soldados americanos no sabían abstenerse de dar chocolate a los niños. ¿Y por qué habrían de hacerlo?, se preguntaba Sean. ¿Nos enseñaron acaso a dejar que los niños mueran de hambre? ¿Es éste nuestro estilo?

Además, los soldados son hombres, y los hombres necesitan mujeres… y las encontrarán, pese a la no confraternización. Ciertamente, en su calidad de comandante, Sean podía hacer que el asunto resultase peligroso, pero no lo bastante como para cortarlo de raíz.

Ayer nada más vio un hecho en su residencia que le indujo a meditar. Dos de sus guardias ayudaban a los viejos criados, Alfred y Heidi Oberdorfer, a reparar la destrozada casita de éstos.

—Maldita sea —murmuró Sean en voz alta—, somos unos conquistadores pésimos.

La balanza había descendido más aún; se había ordenado otra reducción del racionamiento. ¿Cuánto duraría la energía de la gente? Y cuando llegue el invierno sus cuerpos exigirán muchos centenares más de calorías para calentarse. Sean tenía la premonición de que Dios les reservaba un invierno duro.

La crisis alimenticia estimulaba el mercado negro y provocaba una prostitución en masa. Como consecuencia natural, vendrían los crímenes y las enfermedades venéreas.

Sean se internó por la avenida de la Princesa. Detrás de las fachadas destrozadas se oían las carcajadas de hombres y mujeres. Era un sonido extraño en Rombaden; al menos los polacos y las rameras tenían las barrigas llenas y bebían licor barato. La competición para lograr el puesto de ramera «oficial» de la avenida de la Princesa era reñida.

Al ver a Sean O'Sullivan bajando por el centro de la calle, hombres y mujeres se refugiaban en los umbrales. A los oídos del comandante llegó el sonido incongruente de la voz de una mujer, que cantaba; salía de un *cabaret* improvisado en una bodega. Sean se recostó contra el marco de la puerta y miró hacia el interior de la madriguera, que despedía un olor acre. La voz ronca de la mujer cantaba:

Du, Du Hegst mir im Herzen,
Du, Du liegst mir im Sinn;
Du, Du machst mir viel Schmerzen,
Weisst nicht, wie gut ich dir bin.

Era un fragmento de una extraña canción sentimental de otra época:

«Tú, tú vives en mi corazón,
Tú, tú vives en mi alma;
Tú, tú me causas gran dolor,
De mi bondad no sabes nada».

(Literalmente: No sabes lo bueno que soy contigo).

Un coro que retumbaba formado por voces de hombres y mujeres se apropió de la canción, y golpeaban las recias mesas de roble con los jarros y cantaban: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!». Todo se transformó en una quietud de terror cuando vieron a Sean. El comandante movió la cabeza y se alejó con paso rápido.

Sean se detuvo, meditando, en la gran plaza…, desde la época de los romanos hasta la de las botas altas. Levantó la vista hacia su oficina y hacia la estatua de Berwin y Helga, y, cruzando la plaza, hacia la catedral. Habían restaurado la estatua de María. Mañana devolverían la catedral al pueblo como lugar de culto, puesto que el último prisionero de Schwabenwald había sido trasladado al hospital de campaña del castillo Romstein.

La campana dio la hora. Berwin y Helga…, Cristo y María. Cristo, el Hijo de Dios, ¿ocuparía alguna vez un lugar más elevado que Berwin, el hijo del rey de los dioses, en las almas de la gente?

CAPÍTULO XXXIII

ANDREW Jackson Hansen golpeaba, se sacudía y revolvía. Las palabras de Sean le martilleaban el embotado cerebro. De pronto encendió la lamparita de noche.

—¡Maldito canalla irlandés terco!

Tanteó en busca de los lentes y enfocó la mirada al reloj. Las tres de la madrugada. A Sean se le había agotado el plazo. Al mediodía se presentaría. ¡No, aquel canalla tozudo de irlandés no cambiaría de idea! Entraría con paso resuelto, subiría los trece peldaños, pondría la cabeza en el tajo y ¡bam!

Hansen apagó la lámpara y probó a acomodarse, refunfuñando por la molestia que le causaba el exceso de calor de la recia manta alemana de plumón. Y tomó nota mentalmente para pedir al día siguiente que le trajesen un par de mantas del Ejército.

> «General Hansen, me he pasado un día tras otro y una semana tras otras sentado aquí, escuchando como un alemán tras otro repetía la misma historia, igual que un disco rayado. Todos dicen: “Nosotros nos limitábamos a obedecer órdenes…, sólo a obedecer órdenes…, sólo a obedecer órdenes”. Yo no voy a cometer un asesinato en nombre de mi país por cuenta de usted ni de nadie sólo por aquello de que órdenes son órdenes… Acepto la plena responsabilidad de mi decisión… Lo lamento porque creía en usted…».

La lámpara se encendió otra vez. Hansen dio una patada a la recia manta y se quedó mirando con murria los nudosos y gruesos dedos de sus pies. Un momento después tenía un bocado de tabaco detrás de la mejilla, muy adentro, y lo echó, apuntando a la escupidera que había junto a la cama.

Sean era un oficial extraño. Se había sobrepuesto a una tragedia personal, había asumido el mando para una misión de suma importancia y lo había desempeñado de un modo brillante. En este Ejército… no, en todo este pícaro mundo… hay tan pocas personas que tengan el coraje de defender sus convicciones…, es muy fácil cargarle el muerto a otro, como el mismo Hansen intentaba hacer ahora, y a sabiendas. Ah, ese hombre raro, uno entre diez mil, que dice con tranquila sencillez: «Acepto toda la responsabilidad»… ¡Eso es! Un puñetazo en la mandíbula. Nada de pasarle el lío a otro, nada de gimoteos titubeantes.

¿Qué había sucedido cuando Sean despidió a Dante Arosa? El general Hansen no lo supo nunca. Sean se limitó a repetir una vez más: «Yo acepto la plena responsabilidad». Los dos eran amigos íntimos. ¿Por qué causa se dio Arosa de baja del Ejército? Se necesita reaños para castigar a un amigo… y todavía más para defender a un enemigo.

¡Qué diablos…! ¿No sabe Sean que hay ocasiones en que todo el mundo tiene que doblegarse un poco?

¿Y para qué canastos sirve el querer razonar? En el fondo de su corazón, Hansen

sabía que Sean O'Sullivan había tomado una gran decisión. Era esa clase de decisión que un hombre toma por sí y ante sí cuando todos los consejos bienintencionados le empujan en sentido contrario. Una decisión con la cual el que la adopta se expone a sabiendas al desprecio y al peligro. Había tan pocos, poquísimos hombres capaces de tomar una gran decisión que causaba espanto conocer a uno de los tales.

—Muy bien, so canalla, nos hundiremos juntos —refunfuñó el general. Y a continuación descolgó el teléfono. Le contestó un telefonista medio adormilado. —Localice a Nelson Goodfellow Bradbury y ordénele que se presente en mi despacho inmediatamente.

Después se vistió, fue a su mesa escritorio y empezó el primero de muchos borradores de la Orden 26.

Pasaron sus buenas dos horas antes de que se pudiera localizar a Big Nellie, en Wiesbaden, donde estaba dando remate a una gran orgía de alcohol con la Fuerza Aérea. Fue cuestión de soltarle y serenarle lo suficiente para acudir a la inusitada llamada. Cuando llegó, se encontraba en un estado transitorio de mentecatez.

—Esto —contestó secamente Hansen, entregándole un papel.

Las grandes zarpas de Nellie desplegaron el papel para leerlo.

«*Orden número 26, Cuartel General del Gobierno Militar, Francfort*.

»Después de un examen y un análisis nuevos y completos, se estima que la Orden número 22, que disponía la constitución de tribunales especiales, está en contradicción con los ideales democráticos, la visión de nuestros padres fundadores y el significado de la República Norteamericana. Hasta aquellos sobre quienes se tiene sospecha de que sean criminales de guerra nazis tienen derecho a un proceso judicial en regla, tal como nosotros lo entendemos. En consecuencia, por la presente, la Orden número 22 queda anulada, sin valor, revocada».

A. J. Hansen
Comandante general
Ejército de los Estados Unidos de América

—¡Jesús! ¿Cuándo decidieron eso, ustedes, señores?

—Nosotros, señores, no hemos decidido nada. Lo he decidido yo. Con franqueza, ni siquiera sé si tengo autoridad para ello. No obstante, muchacho, usted se encargará de que aparezca en la primera página de todos los periódicos de la A. P. de América mañana mismo, a la vez que se publica aquí por los cauces reglamentarios. De modo que, si no es oficial, usted lo convierte en oficial.

Big Nellie sabía lo que tenía que hacer. No había mucho tiempo. Dobló la Orden y se la puso en el bolsillo de pecho.

—Es un «as», general Hansen —dijo. Después se fue.

Eran las doce aproximadamente del día siguiente, dos horas después de haber sido

sentenciada y ejecutada la Orden 22, cuando Sean maniobraba su *jeep* por las calles entre otros montones de escombros. En este caso, era por la ciudad de Francfort. El Cuartel General Supremo de Alemania había sido establecido en el edificio de la I. G. Farben, corazón del cartel químico del mundo, en otros tiempos. El hecho de que el edificio continuara intacto mientras casi todo lo que le rodeaba se había derrumbado resultaba una ironía de la guerra. Aquel edificio era una estructura colosal, comparable, por sus millas de salas, millones de pies cuadrados y número de ascensores, al Pentágono y al Mercado General de Chicago.

Sean O'Sullivan, un modesto comandante, se perdía entre la riada de plateadas hojas de roble, águilas y estrellas. Aquí todo el mundo andaba con un aire más jovial; no se veía aquel arrastrarse fatigado del combatiente. Cada uno estaba convencido de que llevaba en su cartera el problema más importante de Alemania…, si no del mundo.

Después de mucho ir y venir, Sean pudo enterarse de en dónde se encontraba la oficina del general Hansen.

Sean entró en uno de esos ascensores antiguos, individuales y sin puerta que se mueven continuamente, formando una cadena vertical, de modo que el entrar y salir de la abierta caja en cada piso exigía que se escogiera bien el momento, especialmente si uno transportaba una cartera.

—El comandante O'Sullivan está aquí, señor.

—Hágale entrar.

Sean se plantó delante de su mesa y aceptó la mano que le ofrecía.

—Me he enterado de la noticia, señor. Me enteré hace una hora, cuando estaba cruzando Mainz. ¿Qué le harán a usted, señor?

—¿Qué diablos te figuras? ¡Me clavarán una condenada medalla en el pecho! —Hansen, con la mano, le indicó una silla. —Bien, hasta ahora me han estado martirizando Ike, cuatro delegados suyos y tres representantes del Departamento de Estado. En el momento presente, discuten mi futuro el Pentágono y la Casa Blanca. Mientras aguardamos, muy bien podríamos disputar una partida de damas… ¿Juegas a las damas, *de verdad*?

—¿Y si jugáramos a un rompecabezas?

Sean perdió cuarenta y dos partidas consecutivas de damas mientras aguardaban. Era de noche cuando la Casa Blanca envió su declaración. Una sola frase resumía todo el asunto; *La anulación de la Orden número 22 era acertada*.

—Ya sabes —decía Hansen—, nosotros los americanos tenemos la suerte mayor del mundo… y es esa oportunidad de echar un segundo vistazo a las cosas. Y después de echar ese segundo vistazo, solemos dar con la solución acertada. —Aquí dirigió una mirada a su reloj de bolsillo. —Bien, y ahora que continuamos en el Ejército todavía durante algún tiempo más, me gustaría que te quedases. Guardaba una cosa

muy importante para discutirla contigo.

Por el tono de voz de Hansen, Sean comprendió que ante él se levantaba otra decisión crucial.

CAPÍTULO XXXIV

DURANTE la comida y a la hora del café, los dos hombres hablaron de los asuntos más actuales. El general Hansen había hecho el recorrido de las zonas inglesa, francesa y americana. Las estadísticas de las pérdidas alemanas, que ahora llegaban en alud a Francfort, trastornaban la imaginación. Antes de la guerra, Francfort tenía ciento cincuenta mil viviendas; de éstas quedaban en pie cuarenta mil. En toda la historia de la civilización moderna, jamás ninguna otra nación había sido arrasada de un modo tan devastador.

Para aumentar las calamidades, decenas de millones de personas desplazadas atestaban las carreteras de Europa, y Alemania se veía obligada a dejar entrar millones de germanos desde Polonia, Checoslovaquia y Hungría; expulsados de estas naciones por la traición que representaba el haberse puesto al servicio de Hitler.

No todos esos elementos que hacen del hombre un ser civilizado funcionaban en el interior de Alemania. En la actualidad llegaban noticias recientes de Polonia sobre lugares llamados Auschwitz, Majdanek, Treblinka, Chelmno, en comparación con los cuales las fábricas de muerte de Dachau y Schwabenwald resultaban moderadas.

Hansen veía el problema en tres fases: a corto plazo, a plazo intermedio y a plazo final. El problema a corto plazo giraba alrededor de una sola palabra: *comida*.

—Podemos ir tirando en todos los demás problemas. Si los alemanes tienen frío este invierno, pueden cortar sus preciosos bosques…, pero, la comida…

En el período de transición se empezaría a reedificar. Las minas de carbón del Ruhr habían de entrar en actividad nuevamente; la gente tenía que encontrar trabajo, y la economía había de pasar de la producción de guerra a la producción de paz. Las partes de Europa arruinadas por las armas alemanas merecían la primera ayuda, y para complicar todavía más el recobramiento alemán, Rusia había presentado una reclamación por un total de muchos miles de millones de dólares en concepto de reparaciones y se los cobraba llevándose toda la maquinaria que estaba en condiciones de funcionar.

La fase final, la de permitir que Alemania se gobernase a sí misma, parecía por lejana, imposible.

—No contamos con bastantes alemanes dignos de confianza y entrenados ni siquiera para dirigir un buen sumidero. —Y en voz baja, el general Hansen dirigió un comentario directo a su joven oficial. —Tenemos un cuarto problema, Sean. De éste era en realidad del que quería hablarte.

—¿Cuál, señor?

El general se salió por la tangente.

—¿Cómo calculas que se presenta la situación en Rombaden?

—La marcha será penosa y lenta lo mismo que en el resto de Alemania. Veo la cuestión igual que usted. Por supuesto, yo cuento con Ulrich Falkenstein. Es un

hombre inapreciable.

—Y Falkenstein cuenta con O'Sullivan. No seas modesto. ¿Qué me dices de ti mismo?

Hansen había dado un largo rodeo para llegar a esta pregunta; Sean replicó con otra:

—¿Qué me dice usted de mí, señor?

La cara del general había perdido la expresión escudriñadora.

—Bien, ¿cuánto tiempo calculas tú que continuarás en el Ejército?

—Cuando entré en el gobierno militar me di cuenta de que me pedirían que continuase todavía durante algún tiempo, después del final de la guerra. No he concretado estos pensamientos en términos de semanas o meses.

—¿*Cuál* es tu actitud personal respecto al caso?

—¿Debo hablar claro?

—Dispara.

—Estoy harto de alemanes. Estoy harto de Alemania. Le prometí a usted obrar con justicia. He puesto todo mi empeño en cumplir la promesa.

—Emma Stoll puede dar testimonio de tu equidad. ¿Es mucho tu tormento, Sean?

—De noche, mucho. Al menos durante el día estoy ocupado. Me estoy enterando de que la soledad que entraña el ser comandante constituye un castigo tremendo. Naturalmente, podría imponer mi compañía a los oficiales, pero ha de haber siempre un distanciamiento… Mas ¿qué diablos le estoy explicando? ¡Como si fuese algo que usted no supiera! Así es que me encierro en mi estudio y a eso de medianoche empiezo a pensar en mis hermanos y tengo que ponerme un poco a medios pelos para ahogar el odio…

—¿Qué harás cuando haya terminado todo eso?

—Canastos, eso es fácil. Si usted fuese un genio y pudiera concederme tres deseos, le diré cuáles serían.

—¿Deseo número uno?

—Quiero estar cerca de mis padres durante el resto de sus vidas. Merecen eso al menos. Deseo número dos…, necesito una mujer, general…, quiero una esposa. Ya no soy un niño, y estoy cansado, terriblemente cansado. Probablemente me casaré con la primera mujer que me trate con ternura. Quizá el deseo número uno ande mezclado con el número dos. Quiero que mis padres vivan y vean a sus nietos. Quiero que sepan que sigue otra generación de O'Sullivan. —En este punto, Sean se quedó callado.

—Todavía debo concederte otro deseo.

En los ojos del comandante apareció una expresión nostálgica. Ahora Sean se permitía recordar aquello que había echado a un rincón oscuro de su mente, y dijo:

—Un recinto escolar. Un recinto verde, muy verde. Grandes jardines, edificios antiguos, como castillos, y árboles. Mirar el recinto desde mi clase y ver a los chiquillos andando apresurados. Necesito aquel hermoso silencio que precede al

momento en que los carillones tocan en la torre. Quiero contemplar los rostros de estudiantes llenos de esperanza, energía y afán inquisitivo.

—¿Y cómo conseguirás el deseo número tres?

—Ya sabe usted, yo era profesor auxiliar de ciencia política. De noche proseguía mis propios estudios. Me falta un semestre para la licenciatura, y creo que en dos o tres años conseguiré el doctorado.

—Y entre clase y clase, ¿volverás a disputar combates preliminares a cuatro asaltos?

—No, esta vez no. Mis hermanos me han devuelto, con sus vidas, lo que me debían. Dos vidas…, diez mil dólares cada una. Irónico, ¿verdad? Sea como fuere, el seguro militar garantizará el bienestar de mis padres hasta que yo termine. Y entonces, con esta nueva ley…

—Bien, cuando estés preparado para el doctorado deberías poder redactar toda una condenada tesis sobre el Gobierno Militar.

Sean se puso a reír.

—Probablemente no conocería bastante teoría…, los estudios sólo se muestran prácticos cuando ello no perjudica a la teoría.

—Tus tres deseos son muy sencillos. ¿No se te ha ocurrido nunca quedarte en el Ejército? Con lo joven que eres, tienes ya un grado alto.

—Me quedaré el tiempo necesario para dejar hecha mi tarea.

—¿Hecha? ¡Pero esto puede tardar veinte años!

—Quiero decir…

—Quieres decir, terminar la primera fase en Rombaden.

—Sí, señor, esto es.

Hansen se entretuvo buscando y encendiendo una pipa. Tenía ganas de mascar tabaco, pero nunca lo hacía en presencia de otra persona…, que no fuese su esposa.

—General —dijo Sean—, es usted un jugador tramposo. Dígame qué quiere pedirme en realidad.

Hansen sacó una cuarta cerilla y despejó con la mano la columna de humo.

—Me voy a Berlín. Quiero que me acompañes.

—¿A Berlín?

—En efecto, a Berlín.

Sean reunió sus facultades y preguntó con voz alterada:

—¿Da a entender el general que desea que permanezca en el Ejército?

—Doy a entender que la nación te necesita más que tu padre y tu madre, y que tus propios deseos de encontrar la paz de espíritu.

La sangre se retiró de los labios de Sean, que intentaba representarse el panorama. ¡Berlín! Una prisión monstruosa. Los montones de derribos y el sudario gris devoraban su recinto escolar verde y los atormentados ojos solitarios de su padre.

—No, señor. No quiero ir a Berlín —respondió, moviendo la cabeza.

—Tampoco quiero ir yo, Sean —dijo Hansen con deliberada lentitud. —Hace

treinta años que busco la paz de espíritu. Yo tampoco quiero ir a Berlín.

—Pero ¿y mi padre?

—¡Pregúntaselo a tu padre! —El general se levantó y empezó a pasear. —¡Ah, sí, Dios mío! El campo del colegio es tibio y acogedor. Un irlandés joven y guapo como tú escalará la cima. Dale unas palmadas en las posaderas a la mujer del presidente y sonríe con esos grandes ojos castaños, y el mundo es tuyo, lo mismo que si lo tuvieras dentro del puño. Y piensa en las mentes jóvenes que puedes seleccionar, fecundar e instruir tal como a ti te guste exactamente. ¡Ah, sí, demonios, Sean; todo el que renuncie a ese recinto escolar verde a cambio del espantoso montón de escombros que es Berlín ha de estar loco! Basta ya de cosas feas como Schwabenwald y alemanes enfermos y montones de ladrillos contra los cuales luchar. Limitémonos a hablar de ellos con aire doctoral. Allí no tendrás que tomar decisiones, muchacho.

—Déjelo, general. No sé por qué diablos me he convertido de pronto en el hombre indispensable del Ejército.

—¡Yo te lo diré! Norteamérica ha adquirido un deber ante el mundo, sólo que ella misma no lo sabe ni lo cree todavía. A todos nos gustaría del mismo modo retirarnos a nuestros terrenos escolares. Pero, si nuestra patria ha de sobrevivir, de ahora en adelante habrá que negar a generaciones que todavía no han nacido las comodidades del hogar, el amor de la lumbre.

—Evidentemente, usted está hablando de los rusos.

—Ahora me interpretas en voz alta y con claridad.

—Yo no soy uno de esos liberales que adoptan una posición fija, pero pongamos las cosas en su punto, general. Usted es un acosar rojos desde el principio de los tiempos.

—Escúchame y analiza si soy un acosar rojos.

¡Sean se había metido en la trampa de Hansen! ¿Qué diría si éste demostraba que tenía razón? El general sabía desde hacía mucho tiempo que Sean respondería a ciertos sentidos del deber y a determinados puntos de la lógica.

—No quiero escucharle, general.

—Ellos cuentan con hombres que sirven a su causa con una devoción fanática, que no cabe dentro del concepto que tenemos nosotros de la adhesión a una idea. Los tienen a centenares de miles, y esos hombres actúan como autómatas. Yo me paso las noches despierto, con el temor de que quizá se haya apoderado de nosotros una debilidad mortal. Temo que nuestros hijos están demasiado gordos, son demasiado perezosos y complacientes para sacrificarse y servir en silencio. No se precisa ser un genio para profetizar lo que ha de ocurrir en Berlín, pero hay muy pocos, poquísimos, entre los nuestros que quieran creerlo y estén dispuestos a enfrentarse con la realidad. Nuestra nación está dormida. Hasta que despierte, si hemos de sobrevivir, necesitaré en Berlín a todos los Sean O'Sullivan que pueda conseguir.

Sean quedó atontado por la vehemencia del estallido. ¿Podía marcharse de

aquella habitación sin escuchar siquiera cuál era el problema de aquel hombre?

Con una lenta inclinación de cabeza, indicó al general Hansen que podía empezar…

CAPÍTULO XXXV

EL general Andrew Jackson Hansen entró en contacto con los rusos por primera vez al final de la Primera Guerra Mundial, en el año 1920. Después de la revolución rusa y de la contrarrevolución, el hambre imperaba sin remedio. Cuando era un joven oficial formó parte de la Comisión Hoover, que alimentó diariamente a diez millones de rusos.

Hansen argüía que la revolución rusa no tuvo mucho de revolución. La casa del Zar estaba podrida por siglos de feudalismo, corrupción, el poder en manos de la aristocracia, atropellos de la iglesia, falta de industrialización y de humanización. El podrido edificio no necesitaba más que un buen empujón para derrumbarse, Los comunistas han enmendado la historia a la medida de sus gustos para convencer al mundo de que la revolución fue un levantamiento del pueblo, acaudillado por ellos. Esto no es cierto.

El pueblo ruso —explicaba Hansen—, tanto por su temperamento como por sus antecedentes históricos, ha demostrado que no siente inquietudes políticas ni posee un espíritu revolucionario. Ha soportado un Estado policía bajo una u otra forma, desde los orígenes de su historia, o sea durante doce largos siglos. Ha vivido su historia entera doblegándose por completo al terror del Estado policía sin protestar apenas, o nada en absoluto.

Al general le gustaba referirse a los experimentos que hacía Pavlov con perros. El gran científico ruso realizó varios para demostrar que podía predisponerse completamente a un animal. A un animal se le podía enseñar a realizar ciertos actos para alejar el hambre, el frío, la estrechez. Hansen creía que, en cierto sentido, Pavlov realizaba sus experimentos con el mismo pueblo ruso. La historia de la humanidad presenta pocos, ejemplos de gente a la que pueda predisponer o adaptarse tan completamente como a los rusos. Cuando las presiones llegan a un punto crítico, se les echa otro hueso, y se quedan callados. Ciertamente, salvo un número lamentablemente corto de excepciones, los rusos son unos animales estupendamente adiestrados que no permitirán que su mente alimente una idea extraña, creadora, libre o contradictoria. Todos se adaptan al cuadro de lo que sus dirigentes les permiten pensar.

Recordando la historia del final de la Primera Guerra, Rusia estaba cansada, ensangrentada, derrotada y hambrienta. La ocasión era propicia para que los diversos y divergentes partidos políticos se uniesen y dieran un empujón a la podrida casa del Zar. Ésta fue la llamada revolución.

Entre aquellos grupos divergentes estaba el partido comunista. Cuando se formó el nuevo Gobierno, los comunistas no tenían mayoría. No obstante, eran los que estaban más firmemente unidos, los que contaban con una dirección más despiadada, los más dinámicos y los que tenían más presentes sus objetivos últimos.

En la confusión que siguió a la huida del Zar, los comunistas se adueñaron pura y simplemente del poder. Esto no fue un movimiento espontáneo, o general, del pueblo, como ellos sostuvieron más tarde; ni en grandes extensiones del vastísimo país se comprendió bien lo que significaba.

Al cabo de un tiempo, los restos dispersos del régimen zarista recobraron un poco el aliento, y junto a los ucranianos y los rusos blancos nacionalistas, que odiaban a la «Madre Rusia», pusieron en marcha la contrarrevolución anticomunista.

Éstos fueron los «blancos». La contrarrevolución blanca estuvo condenada desde que se engendró. A medida que los «blancos» reconquistaban parte de Rusia, con preferencia reinstauraban la nobleza y el sistema corrompido que había sido causa de la caída del Zar. Trataban de volver a la vida un caballo muerto.

En consecuencia, los «rojos» fueron los herederos del pueblo, por omisión de los «blancos». Por lo demás, los comunistas no le fueron a la gente, cansada de la guerra, con los elevados idealismos de Marx. El grito de combate de los rojos era sencillo y comprensible… ¡Pan!… ¡Paz!… ¡Tierra!

Los comunistas firmaron una paz separada con Alemania. Rusia se retiró de la guerra, abandonando a sus antiguos aliados. Francia, Inglaterra y los Estados Unidos tenían tropas y equipo en suelo ruso; entre las primeras podía incluirse una división checoslovaca entrenada por ellos. Enojados por la paz separada de los rusos y obligados a guardar sus depósitos de suministros, los aliados sostuvieron liberalmente la malhadada contrarrevolución blanca. Por esta supuesta traición, el mundo occidental se granjeó el odio perdurable de los rusos.

Polonia, que había sido dividida y olvidada antes de la Primera Guerra Mundial, emergió una vez más como nación. Polonia dio un paso mal calculado, atacando por la espalda a los tambaleantes rusos en 1920, la última de una serie de guerras entre antiguos enemigos. No obstante, el Ejército rojo había conseguido la adhesión del pueblo, y derrotó a los polacos. Polonia cayó dentro del mismo círculo de odio, y se la echó en el mismo saco que a los occidentales.

Una de las primeras cosas que aprendió Hansen cuando llegó a la Rusia hambrienta de 1920 fue la de que los rusos son asiáticos. La cultura occidental ha sido importada únicamente a unas pocas de las ciudades más importantes. La mayor parte de Rusia y de los otros Estados cautivos que componían la Unión Soviética, sencillamente, ni pensaban ni obraban como el Oeste.

Desde el comienzo del régimen comunista, los rusos hicieron saber claramente que del Oeste aceptarían víveres, préstamos a largo plazo, créditos, comercio y el reconocimiento de su régimen; pero jamás llegaron ni siquiera a dar las gracias por nada de todo ello. Los comunistas expresaron a las claras desde el primer momento, que se proponían reestructurar el mundo a su propia imagen y semejanza.

Hansen opinaba que esto, fundamentalmente, resultaba más peligroso que los nazis, los cuales querían conquistar el mundo en nombre de Alemania. El objetivo de los rusos era más aterrador. El comunista cree tener la solución para el mundo entero.

El alemán se levanta violentamente y es derrotado de la misma manera. En cambio, los rusos poseen una paciencia oriental. Diez años estuvieron esperando a que se reconociese su régimen, y esperarán un siglo para conseguir su objetivo último. El permanecer en un punto muerto durante diez años no les importa, puesto que la máquina está trabajando siempre, empujando siempre adelante. Están convencidos de que su victoria final es inevitable.

El pueblo ruso sabía que todas las invasiones, desde Napoleón a Hitler, habían venido del Oeste. Todo pacto que concertase sobre una cuestión de interés pasajero era en beneficio propio. Su alianza con el oeste, contra los nazis, no se oponía de ningún modo a sus *otros* objetivos contra el resto del género humano.

Resumir los objetivos inmediatos de los rusos era tarea simple. La primera meta la constituía la clase trabajadora alemana, cuna auténtica del marxismo. Dominar a la clase trabajadora alemana era sinónimo de dominar toda Europa…, viejo y acertado axioma. Hansen opinaba que Rusia se proponía capturar y comunistizar Alemania como primer paso contra toda Europa.

Mas…, a fin de capturar Alemania…, primero hay que devorar a Polonia, que está enclavada en medio. Fueron las maniobras con respecto a Polonia, durante la guerra, lo que hizo concebir a Hansen los temores que le inquietaban.

La ineptitud occidental había vendido a Hitler, Austria y Checoslovaquia. Cuando Hitler ejerció presión sobre Polonia, Stalin estaba convencido de que el Oeste vendería también a los polacos. Para complicar las cosas, Polonia rechazó la ayuda de Rusia.

Con lo cual, convencido nuevamente de la timidez occidental y sabiendo que Polonia odiaba a Rusia, Stalin consideró una necedad continuar enganchado al carro del Oeste.

Y, por el contrario, firmó un pacto con Hitler. Éste necesitaba el pacto, porque Polonia venía a continuación en su cuadro de conquistas. Para el caso de que Francia e Inglaterra hicieran honor a su compromiso de defender a Polonia, Hitler no quería arriesgarse a la posibilidad de una guerra en dos frentes. Por lo tanto, se lanzó a «neutralizar» a Rusia. Stalin, comprendiendo bien la situación, fue un negociador aprovechado. Obtuvo la mitad de Polonia, los Estados bálticos, una faja de terreno libre para eliminar algunas posiciones defensivas de Finlandia, y, lo más importante de todo, adquirió un tiempo preciso para prepararse contra el ataque que él sabía que llegaría, más tarde o más temprano, de Alemania.

En 1939 fue atacada Polonia. Según el acuerdo establecido, Rusia apuñaló a Polonia por la espalda y se quedó la mitad oriental del país. Muchos polacos escaparon. Algunos llegaron a Inglaterra, donde formaron el Gobierno polaco en el exilio. Éste era el organismo reconocido universalmente que hablaba en nombre de una Polonia soberana.

Año y medio después de la defunción de Polonia, Rusia fue atacada por Alemania, con lo que pasó a ser la aliada «oficial» de Inglaterra. Fue ya desde el

comienzo una extraña alianza —una boda impuesta por la necesidad—, un arreglo pasajero de mutua conveniencia.

Desde el mismísimo principio, los rusos manifestaron la frialdad y el despego que sentían por sus aliados. Nunca dijeron «gracias» por los convoyes de material aliado que llovían dentro de Rusia por la suicida ruta de Murmansk. El hundimiento de barcos y hombres en las heladas aguas del mar de Barens se convirtió en una leyenda de horrores. A los que sobrevivían y desembarcaban en Murmansk y Arcángel se les acogía con una frialdad a tono con la de las aguas.

No obstante, los aliados guardaban silencio, porque Rusia sufría centenares de miles de bajas que hubieran podido sufrir ellos.

Como parte de las maniobras diplomáticas internas, Rusia reconoció al Gobierno polaco en el exilio, de Londres, conocido por los polacos de Londres. Esto fue en 1941. Rusia reconoció al Gobierno polaco con el fin de empezar a ejercer presión sobre el Oeste para arrancarle la promesa de modificaciones de fronteras en Polonia, cuando hubiese terminado la guerra.

Como un adorno del escaparate, los rusos llegaron al extremo de disolver «oficialmente» el Comintern, el instrumento del comunismo internacional. Lo hicieron para apaciguar a los aliados. Hansen estaba seguro, fundándose en informes del espionaje, de que en realidad el Comintern no había dejado de existir ni un solo momento. Estaba seguro en absoluto de que se realizó sin un solo día de descanso un activo adiestramiento de agentes extranjeros para apoderarse de cierto número de naciones, y que ahora estaban dispuestos a entrar en acción, particularmente en Alemania, Polonia y las naciones escandinavas.

Roosevelt y Churchill tenían cierto reparo en empujar a Stalin, habida cuenta de que Rusia soportaba el peso de la guerra, Stalin, sin embargo, no sufrió nunca semejantes inhibiciones, y ejerció una presión continua sobre el Oeste para que se aviniera a los arreglos de postguerra. Éstos podía obtenerlos «legalmente» ahora. El otro tipo de «arreglos» los obtendría después.

Los polacos de Londres protestaron contra los cambios de frontera que proponía Stalin para la postguerra. En una de las grandes paradojas de la guerra, los ingleses y los americanos impidieron que los polacos de Londres armasen demasiado ruido, por miedo a ofender a Stalin.

La «enojosa» cuestión polaca estalló en 1943.

Cuando Alemania atacó a Polonia en 1939, muchos oficiales y soldados polacos prefirieron huir a Rusia, como mal menor, y entregarse a la tierna misericordia de la Unión Soviética. Muchos millares de oficiales polacos fueron internados con la esperanza de que otro día podrían luchar.

A quince mil de estos oficiales los internaron en campos, en un sector llamado Bosque de Katyn. A partir del momento en que los rusos los confinaron, no se supo nunca nada más de ellos. Hansen, que estaba en contacto íntimo con los ingleses, sabía que los polacos de Londres habían cursado innumerables demandas para saber

qué había sido de aquellos oficiales. Los rusos no contestaron jamás.

En 1943 los ejércitos alemanes penetraron en Rusia y toparon con el Bosque de Katyn, proclamando en seguida que habían hallado los huesos de los quince mil oficiales polacos que «faltaban», víctimas de una carnicería. Los alemanes invitaron a la Cruz Roja Internacional a que realizara una investigación, y los polacos de Londres se sumaron a la demanda.

Los rusos se indignaron y retiraron su reconocimiento a los polacos de Londres. Inglaterra y Norteamérica probaron otra vez de calmar a los molestos polacos, y no se permitió que se investigara la acusación.

Hansen se figuraba que aquellos quince mil oficiales polacos habían sido peones del ajedrez humano, sacrificados porque representaban una fuerza potencial contra las aspiraciones que Rusia tenía sobre Polonia en la postguerra.

Más tarde, cuando los rusos volvieron a conquistar Katyn, realizaron una investigación cerrada por su cuenta y dijeron que habían sido los alemanes, en realidad, quienes habían asesinado a los oficiales polacos.

Por supuesto, el caso de las carnicerías de Katyn tenía dos caras, dos versiones; pero Hansen opinaba que la Historia había demostrado que los rusos eran muy capaces de semejante degollina. Habían manifestado ya claramente que iban a organizar una Polonia a la que pudieran dominar y que fuese, en su frontera, un parachoques contra futuras invasiones del Oeste.

Había precedentes indicadores de que eran capaces de asesinar, si con ello conseguían alguna ventaja política. Hansen calculaba que, en veinticuatro años de régimen comunista, los rusos habían matado a más de diez millones de sus propios ciudadanos. A pesar de los almíbares de paz y hermandad que salían de las conferencias conjuntas, no les consideraba ni amantes de la paz, ni buenos, ni cariñosos, ni muy interesados por la hermandad humana.

Después de la revolución rusa, los comunistas empezaron liquidando a la clase superior, del Zar para abajo, y a los nacionalistas de Ucrania y la Rusia Blanca con la misma presteza de los días de la guillotina, en la Revolución Francesa. Hansen lo sabía por observaciones de primera mano.

Al final de los años veinte, Stalin inició la colectivización de la agricultura. Millones de campesinos prósperos o semiprósperos formaban una clase llamada los «kulaks». Las escuadras terroristas de Moscú invadieron los campos de cultivo con la orden de «liquidar a los kulaks como clase». La Historia no registrará nunca el número verdadero de familias kulaks asesinadas sobre el terreno o embarcadas para Siberia como esclavos. Ciertamente, no bajan de cinco millones de hombres, mujeres y niños. Las pérdidas en cosechas ascendieron a millones de hectólitros, millones de hectáreas. Las pérdidas en ganado vacuno, cabrío, lanar y de cerdo importaron decenas de millones de cabezas. Al parecer, a Stalin y a sus colaboradores en el proyecto les inquietaban más las pérdidas en animales que las pérdidas humanas.

Por los datos de sus fuentes de información, Hansen calculaba que durante los

veinticinco años de comunismo, trece millones de rusos, o de ciudadanos soviéticos, habían sido reducidos al trabajo esclavo.

La degollina más notable, no obstante, tenía que llegar más tarde durante las purgas habidas entre 1936 y 1939. Sobre la Unión Soviética descendió un reinado de terror que sólo tenía paralelo, en los nazis, o en las hordas mongoles. De la mitad a las tres cuartas partes del número de maestros, abogados, médicos, escritores, científicos, militares e intelectuales fueron arrastrados ante los «Tribunales del Pueblo» después de haberles arrancado, mediante palizas, brutales confesiones declarándose culpables de delitos imaginarios. Luego les sacaban y les colgaban, o les fusilaban. Nadie estaba a salvo del terror decretado por Stalin. Los delitos tenían nombres tan atractivos como «desviacionismo», «cosmopolitismo», «trotzkismo», «aventurerismo» y «especulacionismo»…

Al comienzo de la guerra, muchos ucranianos, rusos blancos y hasta rusos propiamente dichos, miraban a los alemanes como a unos libertadores. Cuando los rusos reconquistaron las tierras en que moraban gentes así, la venganza fue épica. Hansen consideraba a Stalin el monstruo mayor de todos los tiempos.

El capítulo final de la tragedia polaca se desarrolló en 1944, poco antes del desembarco aliado en Normandía. Rusia arrolló las líneas alemanas, penetró en los Balcanes y, por el norte, llegó al río Vístula, delante mismo de Varsovia.

Mientras avanzaban sobre Varsovia, los rusos incitaban al Ejército de guerrillas polaco a que desatara un levantamiento. Estas guerrillas eran el brazo militar oficial de los polacos de Londres…, bastante numeroso y bastante bien equipado con armas ligeras. En Varsovia, unos cuarenta mil hombres del Ejército guerrillero se apoderaron de los puntos estratégicos y dominaron la ciudad mientras los «libertadores» rusos se acercaban.

Entonces vino la clave de la traición. Los rusos pararon su ofensiva en el Vístula, delante de Varsovia, y no hicieron nada para ayudar a los polacos, a los que habían incitado a levantarse. Los alemanes volvieron a Varsovia con un par de divisiones de tanques y otras tantas de las SS, y se aprestaron a destrozar la ciudad, a las guerrillas y a los ciudadanos en general, mientras los rusos lo contemplaban.

Londres y Washington pidieron que Moscú ayudase a los polacos. Al principio Stalin se resistió alegando que habían exagerado su fuerza y que dudaba de que pudieran dominar Varsovia.

El pretexto siguiente consistía en alegar que los ejércitos rusos estaban fatigados a causa de la ofensiva y tenían necesidad de reagruparse y reabastecerse.

Churchill siguió presionando. Por fin Stalin mostró su mano manchada de sangre, y, con el pretexto de que eran unos «aventureros militares», dijo que no tenía intención de ayudar a los polacos, enzarzados en la batalla. Evidentemente, Stalin quería que el Ejército polaco fuese destruido porque era fiel al Gobierno de Londres y podía cruzarse en el camino de los planes acerca de Polonia que se había trazado para la postguerra.

Desesperado por fin, Churchill pidió permiso para lanzar suministros desde el aire al centro de Varsovia. Pero como las distancias eran grandes, los aeroplanos aliados tendrían necesidad de aterrizar en campos de aviación rusos, después de realizados los lanzamientos.

Los rusos se negaron a que aparatos norteamericanos e ingleses aterrizaran en su suelo.

Y de este modo, Varsovia fue destruida y casi doscientos mil de sus habitantes, muertos.

Hansen había hecho coro con los ingleses, siempre en las demandas de éstos de que se fuese duro con Stalin y que se planease las campañas aliadas teniendo simultáneamente en el pensamiento un objetivo político. Por la época de la tragedia final de Varsovia, Roosevelt estaba muy enfermo, y el Departamento de Estado, al que Hansen estimaba muy poco, daba bandazos sin rumbo.

Al principio, los ingleses querían que se abandonase el proyecto de desembarco en el sur de Francia y que, en lugar de éste, se realizara uno en los Balcanes. Hansen respaldaba esta idea. No había que ser muy listo para darse cuenta de que Francia, Holanda, Dinamarca, Bélgica y Luxemburgo seguirían formando parte del Oeste. En cambio, los Balcanes, de cabo a rabo, eran una pieza dudosa.

Hansen esgrimía el argumento de que si los aliados hubiesen desembarcado en los Balcanes y situado un ejército entre Rusia y Alemania, ahora estarían en situación de impedir anexiones tales como la de Polonia. Tal como estaba la situación, el Oeste podía perder Rumania, Hungría, Bulgaria y quizá hasta Checoslovaquia. Además, Austria y la Alemania oriental estaban en peligro.

Agentes rusos habían promovido revoluciones en Grecia e Italia; pero, afortunadamente, pensaba Hansen, aquel sector de la guerra estaba bajo mando inglés, y los ingleses no permitirían que se salieran con la suya.

Y he ahí que se jugó el naipe final del caso de Polonia. Después de negarse en redondo a negociar siquiera con los polacos de Londres, los rusos instalaron su «Comité de Liberación» propio salido de Moscú, para gobernar la patria de Chopin.

Después de sumir a Sean en la perplejidad con historias de las que no sabía nada, Hansen persiguió su objetivo de más cerca, rememorando un sucedido que Sean conocía bien.

Cuando los aliados desembarcaron en Francia, en muchas ciudades el «maquis» francés realizó un levantamiento que coincidiese con el ataque aliado. En cuanto la ciudad fue liberada, los franceses estuvieron demasiado ocupados festejándolo a la manera francesa de costumbre y demasiado contentos con que la guerra hubiese terminado para tener los ojos fijos en sus respectivos Ayuntamientos.

La verdad era que algunas tropas francesas avanzaron hacia las ciudades con mujeres en los tanques y libraron la última batalla con una mano alrededor de una botella, o de una mujer. Y mientras los aliados y el «maquis» se sumergían en un mar de vino, flores y senos generosos, los comunistas del «maquis» se apoderaban a la

callada de las alcaldías y el aparato policíaco de docenas de ciudades francesas. Fue Hansen quien publicó la orden de desarmar a los comunistas, por muy franceses que declarasen ser, y de echarles fuera de los cargos usurpados.

Hansen se burlaba descaradamente de las proclamas de «hermandad» que seguían a las conferencias de los «tres grandes», particularmente a la de Yalta. Los rusos suscribían brillantes declaraciones sobre democracia, que no entendían, y elecciones libres, que nunca habían celebrado. Al mismo tiempo que rendían este tributo de saliva a la libertad, los paniaguados que habían elegido cuidadosamente de antemano daban el carpetazo final a lo de Polonia como señal clara y luminosa de lo que iba a llegar.

Hansen condenaba el hecho de que el Estado Mayor Supremo tuviese poco talento para la situación política. Mientras los rusos y los ingleses sabían planear sus batallas en línea con las ventajas políticas, los americanos andaban por el camino de la pureza y la inocencia. Esto nacía del hecho de que los Estados Unidos no hubiesen sentido jamás la amenaza de enemigos poderosos en sus fronteras, ni tampoco habían tenido que mantener un equilibrio de poder en su hemisferio.

Como consecuencia de la miopía norteamericana, los ingleses tuvieron que suplicar el permiso de cruzar por el norte de Alemania, con el fin de cerrar el paso a los rusos e impedir que «libertasen» Dinamarca.

Al final, las fuerzas americanas se dedicaron a envolver al Ejército alemán en el Ruhr, en lugar de decidirse por un avance rápido sobre Berlín. Y a Patton le ordenaron que abandonase Checoslovaquia y retrocediese. Cuando Churchill dirigió su última y desesperada petición de que los americanos se precipitasen hacia Berlín, ¡se le contestó que Berlín había dejado de tener valor estratégico!

Cuando las fuerzas norteamericanas se detuvieron delante del río Elba, los rusos, sus aliados del día anterior, habían empezado a levantar barreras de alambre espinoso.

Tanto Rusia como los Estados Unidos habían sido aislacionistas por naturaleza, pero la guerra lo cambió todo. Rusia se había vuelto poderosa. El gigante que había estado tanto tiempo en actividad latente empezó a desplazarse hacia el Oeste. En la actualidad, sólo Norteamérica podría cerrarle el paso.

En otra de las astutas jugadas típicas de Stalin, Norteamérica entregó dos provincias alemanas a cambio del derecho a estar en Berlín.

Hansen consideraba que no se precisaba un talento especial para imaginarse lo que ocurriría en Berlín cuando los gigantes toparan, testa contra testa. Y, sin embargo, una Norteamérica cansada de la guerra, mal dispuesta a creer que su aliada de ayer fuese su enemiga de hoy, no preparada para aceptar la nueva situación del poder mundial, diría que Hansen era un alarmista.

Y hasta que sus compatriotas comprendieran lo que estaba pasando, unos pocos Hansen y unos pocos O’Sullivan tendrían que cubrir la brecha…, y parar una embestida en una palestra llamada Berlín.

CAPÍTULO XXXVI

EL momento de la decisión es el más desamparado de la vida humana. Hay que llegar a él en el silencio y la oscuridad, y desde los antros más profundos del alma surgen, desgarradores, cavilosos pensamientos y angustiosas dudas.

Sean O'Sullivan era un científico político. Sabía que si Hansen le había dicho la verdad sobre la cuestión polaca, entonces sus dudas, no sólo eran razonables, sino muy fundadas. Ahora trabajaba sobre montones de documentos en los que se basaba la tesis, separando la verdad de la ficción.

Hemos ordenado que la principal emisora de radio de Berlín, es decir, la «Funkturm», no sea bombardeada. Los enlaces aliados con Rusia son tan escasos que con cierta frecuencia hemos de averiguar dónde están las líneas del frente del Este escuchando las transmisiones de noticiarios de los alemanes.

¡Oh, legendarios secreto y recelo rusos…! Sólo Churchill parecía darse cuenta de todo. Al principio intuyó lo que significaba Hitler, pero a sus advertencias, los apaciguadores hicieran oídos sordos. Y al final también se dio cuenta de lo que significaba Stalin. Norteamérica se encontraba de pronto sin dirección. Churchill quería que nosotros hiciéramos acto de presencia física en los Balcanes y que nos sostuviéramos firmes en Checoslovaquia. Churchill comprendía la importancia de que nuestras fuerzas llegasen a Berlín antes que las otras. En cierto modo, nosotros habíamos cometido el mismo error que cometió Hitler al comienzo de la guerra, cuando no supo reconocer la importancia de Moscú y envió a sus ejércitos hacia los campos petrolíferos del sur de Rusia. Ahora puede hablarse en serio de si Rusia se habría recobrado en caso de que Moscú hubiera sido tomado por los alemanes.

En nuestro caso, nosotros nos fuimos hacia las provincias meridionales de Alemania y a destrozar a un Ejército alemán, ya derrotado, en el Ruhr, con la malhadada declaración de que «Berlín ha dejado de tener valor estratégico».

Sí, los seres humanos cometen errores humanos. Sin embargo, estos errores se pagan con el sudor y la sangre de otros seres humanos. Hasta ahora nadie había reconocido la caída en tan gran equivocación y, a diferencia de Hansen, pocos se daban cuenta de la magnitud del error y de la gravedad de la situación.

En la sala de clase, Sean habría argüido que el ruso es un ser humano decente, pacífico por temperamento, dotado de genio científico y animado de deseos normales. En una sala de clase, Sean habría puesto en duda quizá las estadísticas de la época de las purgas y si a los kulaks les liquidaron de verdad, o si merecían que se les arruinase. Cosas tales como la carnicería de Katyn y el sacrificio deliberado de Varsovia no existían, sencillamente, en un mundo civilizado. Sí, en efecto, un profesor las pondría en duda y se extendería en teorías.

Pero los meses de estudio en *Queen's Mother Gate* habían estropeado la facultad de teorizar de Sean. Allí aprendió a no tomar redactores con ánimo frío, desde un punto de vista ajeno a la política, sin teorizar y llenos de datos, los cuales, por la misma naturaleza y funcionamiento del CIG, tenían que ser ciertos.

Y en el momento en que Sean O'Sullivan cruzó las puertas del recinto del campo de concentración de Schwabenwald, todos los antiguos conceptos e ideales sobre el humanitarismo entre los pueblos se habían venido abajo.

La muerte de Polonia y los temores acerca de Rusia eran hechos ciertos.

Varsovia está destruida en un ochenta y cinco por ciento. Han sido muertas un cuarto de millón de personas, en su mayor parte civiles. Es seguro, sin lugar a la menor duda, que los rusos habrían podido cruzar el río Vístula y evitar por completo la carnicería. La destrucción de Varsovia y en particular la del Ejército polaco ha sido, por parte de los rusos, una jugada política calculada y premeditada.

¿Era el general Andrew Jackson Hansen un pincha-rojos cascarrabias? Desde hacía diez largos años, Hansen venía pidiendo al Ejército que se formase una nutrida y efectiva sección de estudios eslavos. Quería que se aprendiese el ruso, que hubiese hombres que comprendiesen al pueblo ruso y conocieran los motivos y los métodos para tratar con él. Pero, a semejanza de otras muchas ideas de Hansen, ésta chocó también con un muro de galones. El momento no era adecuado. Un Ejército norteamericano con semejante departamento en los días anteriores a la Segunda Guerra Mundial habría encendido instantáneamente la ira en las cabezas de los liberales. Bien, A. J. Hansen tendría su propia sección de estudios rusos, en la carne, en Berlín.

Sean se sintió hipnotizado por los resúmenes sobre las características y la conducta rusas durante la guerra.

> «Al principio —leyó Sean— la pérdida de más de la mitad de su cuerpo de oficiales por las purgas de 1936-38 tenía desmoralizado al Ejército rojo. Stalin había eliminado el pasmoso total de un noventa por ciento de coroneles y generales.
>
> »En 1940, la expedición rusa contra Finlandia puso al desnudo el desastre interno que aguardaba al Ejército rojo. Los rusos lucharon en Finlandia con poco entusiasmo y valor. Los finlandeses, en un principio, les derrotaron y rechazaron. Esta pasmosa revelación y el darse cuenta de pronto el pueblo ruso de que su "Ejército rojo" distaba mucho de ser invencible, provocó una frenética reorganización.
>
> »A cada unidad se le agregaban los comisarios políticos soviéticos correspondientes. Por añadidura, cualquier oficial o soldado que sea miembro del partido comunista tiene a menudo el mando efectivo, por encima del

verdadero comandante militar. En resumen, el Ejército rojo tiene un mando doble: los oficiales, por una parte, y los comisarios y los miembros del partido, por otra. Los comisarios, cuya existencia depende de la actuación final, empleaban todas las tácticas de miedo para infundir un espíritu de lucha en el Ejército.

»El Ejército rojo es esencialmente un ejército de campesinos. Los soldados del Ejército rojo comprenden bien una petición fundamental…, *Salvad, el suelo…, y salvad la Madre Patria*. Cuando Alemania atacó y el Ejército rojo retrocedió, los comisarios fueron bastante listos para no pedir a su gente que salvase el comunismo ni el “estilo de vida” soviético. Como en los viejos tiempos del “Pan, Tierra y Paz”, los comisarios gritaban: *¡Salvad a la Madre Patria!* Comisarios, oficiales y miembros del partido alistados en el Ejército se situaban literalmente detrás de sus tropas, apuntándoles con ametralladoras para impedir que siguieran retrocediendo.

»Es fácil predecir las reacciones del soldado del Oeste. Se puede presumir con bastante acierto lo que hará un grupo de hombres, o franceses, o italianos bajo ciertas circunstancias. En cambio, el soldado ruso es asiático, es un tipo oriental, y no se puede predecir en modo alguno —guiándose por los raseros occidentales— cómo se comportará. En un día determinado luchará como un loco. Otro día, bajo las mismas circunstancias, volverá la espalda y echará a correr.

»Al principio de la guerra, los alemanes tenían la victoria en la mano. Sin embargo, Hitler no se atrevió a ordenar un ataque frontal y una lucha calle por calle en Leningrado; y en vez de hacerlo así, le puso sitio. El segundo gran error consistió en no presionar para la captura de Moscú y, en cambio, lanzarse hacia los campos petrolíferos del sur. Se cree hoy que la toma de Leningrado y Moscú habrían hundido la moral rusa sin remisión posible.

»Más aún, los ucranianos, rusos blancos, georgianos y otros nacionalistas excautivos dentro de la Unión Soviética han alentado siempre el fuego del nacionalismo y el deseo de ser independientes de Moscú y de Rusia. Al principio, esos hombres, junto a millares de intelectuales rusos, abrazaban a los alemanes como a libertadores. Libres de la cárcel mental que representa el comunismo, la bienvenida que dispensaban a las tropas alemanas constituía una revelación pasmosa.

»De todos modos, la luna de miel fue corta. En sus relaciones con ellos, los nazis partían de la base de considerar a los rusos y otros eslavos como a “infrahumanos”. Tal conducta por parte de los nazis, y de los alemanes en general, fue un chorro de viento en las aspas de los desesperados molinos de la propaganda rusa. Los rusos comprendían plenamente ahora, por primera vez, que los alemanes se proponían eliminarlos como pueblo, o reducirlos a la condición de siervos. Empujados por el miedo descarnado a no sobrevivir, los

rusos se reagruparon.
»De modo, pues, que el tercer error que cometieron los alemanes fue el de representar su mito del superhombre ario. Una masa de rusos blancos ucranianos y rusos propiamente dichos les aguardaba con ciertas simpatías, pero ellos los arrojaron de nuevo en brazos de Stalin.
»El soldado ruso quizá sea el mejor del mundo. Ello se debe a que no es preciso ahorrarlo. La famosa táctica de la apisonadora de la Primera Guerra Mundial se repitió en la Segunda. Este sistema consiste, fundamentalmente, en mover a los hombres en hordas. Abates una fila, y se te echa encima otra. Abates una tercera fila, y te ataca la cuarta. Destrozas la fila treinta, y se te echa encima la treinta y uno.
»En el ataque y en lo demás, los rusos son como una manada de animales. La manada ataca mejor cuanto más grande. Y —como el animal— el ruso es más feroz que nunca cuando se encuentra acorralado.
»Lo mismo que el animal, el ruso se confunde con los fondos naturales del panorama y sabe aprovechar el terreno para cubrirse. Lo mismo que el animal, el ruso sabe resistir el frío y el hambre…, mejor que ninguna otra tropa del mundo. A ningún soldado ruso se le ocurriría rendirse al enemigo por el mero hecho de estar muriéndose de hambre. Sabe desaparecer en el terreno como un animal silvestre. Puede sobrevivir comiendo raíces y hierbas. Si un soldado ruso se queda helado, sus superiores lo considerarán un delito. Y —lo mismo que un animal— el soldado ruso posee unos instintos más agudos y un coraje mayor, bajo el manto de la noche. Es un soberbio combatiente nocturno.
»Aunque el soldado ruso es animal con muchos recursos, no existe como individuo, pues es un animal amaestrado y gobernado. Desde arriba se encargan de pensar por él. No se les pide ni se espera que tome jamás una decisión por su cuenta.
»Los oficiales más altos del Ejército rojo son excelentes soldados, con buen criterio militar.
»No obstante, los capitanes, comandantes, tenientes coroneles y todos los de “jerarquía media de campaña”, sólo saben pensar en la medida en que el mando superior se lo ordena. Estos mandos “de campaña” cumplen sus órdenes al pie de la letra, rigurosamente. Son tan estrictos por miedo a ser eliminados por sus propios superiores o por los comisarios políticos. Se han producido millares de casos en los que un comandante de campaña ha dejado de aprovechar una brecha repentina porque, sencillamente, no ha querido asumir una responsabilidad personal.
»La mayoría de tácticas rusas se funden en el empleo de grandes masas de hombres para arrollar al enemigo. Poseen buenas corazas, tan buenas en su mayor parte como las alemanas, pero mueven los tanques empleando tácticas primitivas. Si los alemanes inutilizan una docena de tanques rusos, se

encuentran frente a otra docena.
»Su legendaria artillería se funda también en el empleo de cantidades astronómicas para saturar el blanco.
»En lo fundamental, la fórmula consiste en oleadas y oleadas de hombres, lanzados en un ataque frontal. He ahí la manera básica que tiene de utilizar su poder el Ejército rojo. Los alemanes han apilado muchas veces atacantes rusos lo mismo que cuerdas de leña, pero los otros seguían atacando sin cesar. Al Estado Mayor ruso le inquieta poco el perder regimientos y hasta divisiones enteras para introducir la punta de lanza de un ataque o limpiar un campo de minas terrestres. Pasto humano, el desprecio por el individuo es el motor que empuja al Ejército rojo.
»Las entrevistas con prisioneros alemanes atestiguan lo desmoralizador que puede ser un asalto ruso. Aun en el caso de que sea rechazado, su recuerdo resulta inolvidable.
»Este despiadado empleo del hombre como soldado es similar al despiadado manejo de la población civil. Los comandantes soviéticos no vacilarán nunca en utilizar una aldea, una villa o una ciudad como posiciones defensivas. Al retirarse, destruirán las cosechas, la maquinaria, los edificios, con el fin de quitárselos a los alemanes; pero al mismo tiempo les quitan a sus propios compatriotas los medios de subsistencia. Muchas veces el Ejército rojo ha dejado una destrucción tan absoluta, al retirarse, que la población civil no ha tenido otra alternativa que morir de hambre. Miles de poblaciones fueron destruidas, y muertas centenares de miles de personas civiles; y millones de ellas, trasladadas al interior de Rusia para trabajar como esclavos, por sospechar que habían colaborado con los alemanes.
»La tenacidad defensiva rusa es proverbial. Los rusos no se dejarán expulsar de una posición fija a menos que el enemigo le arrolle. Sin embargo, una vez arrollada una posición, el ruso no se retira ordenadamente, sino que corre desbocado hacia atrás. El ruso dispone de miles de millas en las que volver a parapetarse.
»Leningrado, más aún que Stalingrado, es el ejemplo sobresaliente de la defensa rusa y del despiadado olvido de la población civil. Hitler se asustó de un asalto frontal contra Leningrado y de la sangrienta lucha por las calles que seguiría. Y en vez de atacar de frente ordenó un asedio, con la colaboración de tropas finlandesas, con el fin de rendir a la ciudad por hambre. Se calcula que durante los seis meses primeros de sitio murió de hambre y de frío medio millón de rusos. Durante el resto de los trece meses del cerco, otro medio millón halló la muerte. Sin embargo, Leningrado no tuvo intención en ningún momento de abandonar la lucha, y, a medida que el asedio continuaba, la población se hacía cada día más fuerte, hasta que por fin rompieron el sitio.
»Una frase de elogio es preciso dedicar a las combatientes femeninas que

aparecen en todos los campos del servicio militar, incluyendo la infantería, las fuerzas aéreas y el cuerpo de tanques.
»A medida que la guerra continuaba, y después de los descalabros, el Ejército rojo se hacía más fuerte. Los altos jefes rusos empleaban magníficos movimientos nocturnos y tácticas inspiradas. Para compensar la falta de transporte motorizado, a menudo trasladaban la infantería a lomos de los tanques. En el invierno, cuando la mísera red de carreteras rusas quedó destrozada y dejó atascado, literalmente, el transporte alemán, los rusos utilizaron caballos y trineos para transportar hombres y equipo.
»Una de las brillantes improvisaciones rusas fue la de construir puentes a través de lagos a unos treinta centímetros por debajo de la superficie del agua. La tarea se realizaba completamente de noche, y cuando se ordenaba una penetración o un ataque, los alemanes se enfrentaban con la visión de los tanques y la infantería que avanzaba contra ellos, corriendo, al parecer, por encima del agua.
»El ruso combate mejor de noche. Las unidades de guerrilleros sembraron el espanto. Utilizando uniformes alemanes y la protección de terreno, estas unidades podían caminar días enteros con unas cuantas rebanadas de pan. Sus ataques producían un efecto devastador en las líneas de aprovisionamiento de los alemanes, demasiado extendidas.
»Esta guerra ha sido horrenda. En realidad, la más brutal que se ha disputado jamás entre dos naciones civilizadas. Con sus violaciones, saqueos, asesinatos de prisioneros y odio al pueblo, los alemanes se han portado exactamente como Stalin prometió que se portarían. Sin embargo, los rusos han correspondido a cada atrocidad con otra atrocidad.
»El daño causado a las ciudades, las granjas, el ganado y la industria alcanza proporciones astronómicas. La pérdida de vidas rusas, a las que ambos bandos conceden tan poca consideración alcanza igualmente una cifra pasmosa. Quizá diez millones.
»La derrota alemana se hizo inevitable. Hitler cometió al principio un error táctico. El espacio ruso, el tiempo y el clima vencieron a los alemanes. Los recursos de los rusos aumentaban a medida que los alemanes se reducían. Nuevos ejércitos rusos, instruidos muy atrás de las líneas, se lanzaban contra los invasores, los cuales no tenían ni siquiera noticia de que existiesen aquellas unidades.
»El nuevo Ejército rojo es formidable. Está bien instruido, bien equipado y bien dirigido. Continúa sus éxitos con la táctica fundamental del ariete humano. A medida que las bajas alemanas crecían y el equipo se perdía definitivamente, los alemanes empezaron a perder la iniciativa. Alemania no podía reducir aquella línea de frente de varios millares de millas; lo único a lo que podía recurrir era a tenerla guarnecida con menos fuerzas.

»Los inviernos tuvieron un efecto aplastante sobre el alemán. Sobre este punto, se ha escrito ya mucho desde los tiempos de Napoleón hasta nuestros días.

»El Ejército rojo es una central eléctrica muy transformada con respecto a sus primeros tiempos. *Su presencia en la Europa oriental y central en el período de la postguerra será un factor importantísimo, si no decisivo, para la realización de la política de Moscú*».

—¿Repasaste los documentos anoche? —le preguntó Hansen a Sean a la mañana siguiente.

—Examiné todo lo que necesitaba ver.

—¿Y tomaste una decisión?

—Sí, demonios. La tomé cincuenta veces, y cambié de idea otras cincuenta. Lo que yo quiero de verdad, general Hansen, es irme a casa. Odio a Alemania y a los alemanes. La perspectiva de una misión en Berlín me llena de desesperación…, por completo.

—¿Qué fuerza es mayor, Sean? ¿El amor a tu patria, o el odio a Alemania y el miedo a Rusia?

Sean movió la cabeza, indicando que no lo sabía.

—Tú te estás preguntando: «¿Por qué he de ser yo?». Diantre, chico, no sabría explicarte la injusticia que se encierra en esto. Los capitanes y los reyes se van, y nos dejan, a ti y a mí, un lío para que lo resolvamos. Comandantes jóvenes y brillantes como tú se irán a sus casas y se convertirán en jóvenes y brillantes directores de empresas. Nosotros estaremos aquí dando con la cabeza contra la pared, por lo cual no cosechamos la menor comprensión ni la menor gratitud. Pero algunos de nosotros tendremos que llevar a cabo la tarea de todos modos. He ahí el milagro para que nuestra República sobreviva. Parece que siempre, en el momento preciso, salen los hombres que hacían falta.

—No aspiro a ser un mártir.

—Entonces di que no y márchate.

—Usted sabe condenadamente bien que no puedo decir que no, general. Hansen, una vez, en Londres, usted me preguntó si aceptaría la decisión de mi padre, con todo sosiego. Yo la acepté, y ninguno de ambos lo lamenta. Permítame que ahora le pida lo mismo. ¿Aceptará usted la decisión de mi padre? Ayer usted me retaba a que se lo preguntase a él. De acuerdo, se lo preguntaré.

Hansen se quitó los lentes y carraspeó. El hombre que tenía delante no estaba contento, ni fingía estarlo. Él, Hansen, había encerrado intencionadamente a Sean en una situación difícil. Sin embargo, le estaba pidiendo al joven comandante todo lo que podía dar…, todo.

—Como sabes, todos los días transfieren docenas de escuadrillas al frente del Pacífico. Llamaré a la base de Rhin-Main y veré si encuentro quien te lleve. ¿Cuál es el campo militar de aterrizaje más próximo a tu casa?

—Hamilton, en el condado de Marin.

—Ve a ver a tus padres. Nuestro primer contingente entrará en Berlín el 4 de julio. Cuando regreses a Alemania será, o para volver a Rombaden y terminar tu misión, o para ir conmigo a Berlín durante todo el tiempo que te necesitemos.

—¿El 4 de julio? Pero, señor, incluso con buenos enlaces no podré estar en casa más de cuarenta y ocho horas…, y hace casi cuatro años que estoy fuera…

—En efecto, Sean. Cuarenta y ocho horas.

CAPÍTULO XXXVII

—¡EH, comandante O’Sullivan, eche un vistazo!

Sean respondió a la incitación del piloto del «Vigilant Virgin», un B-24 cansado de combatir. Saltando fuera de un camastro improvisado en el depósito de las bombas, se deslizó hacia la cubierta de vuelo, entre los dos pilotos. El comandante del aparato señalaba por su ventanilla.

Abajo, las torres del *Golden Gate Bridge* asomaban a través de un sudario de nubes grisáceas. Más allá del puente, el yeso centelleante y las colinas de San Francisco buscaban el sol, eternamente esquivo.

—La *Golden Gate* en 1948, el ferrocarril en 1949 —dijo alguien por el megáfono.

Y luego nadie dijo nada más. Para la tripulación, aquello era el adiós a Europa y el saludo de llegada al Pacífico, pero el «Vigilant Virgin» desaparecía para siempre. Detentador arrogante de setenta y cinco incursiones, y habiendo sobrevivido a la carnicería aérea de Ploesti, sufriría un final prematuro, y su tripulación sería instruida en el manejo de los B-29 mucho más potentes.

—Pónganse los cinturones para el aterrizaje.

El *jeep* guía condujo al «Vigilant Virgin» hacia una pista de cemento. El personal del campo indicó a la tripulación que parase los motores y calzó las ruedas. Los aviadores salieron por la portezuela del depósito de bombas, y Sean y otros pasajeros accidentales dieron gracias a la tripulación por haberlos llevado. Un *jeep*, que se metió debajo de las alas del aeroplano, puso fin a la ceremonia. Del vehículo saltó un cabo de la base de operaciones.

—Perdonen. ¿Está aquí el comandante Sean O’Sullivan?

—Yo soy O’Sullivan.

El cabo saludó sin gran corrección, cosa que un miembro del Ejército les toleraba a los de las Fuerzas Aéreas.

—¿Quiere acompañarme, señor? El sargento Schlosberg tiene noticias para usted, en el centro de transmisiones.

El *jeep* describió una U y corrió por la orilla del campo mientras el resto de la escuadrilla de bombarderos descendía oblicuamente sobre la pista de aterrizaje.

—Buenas tardes, señor —dijo el sargento Schlosberg. —¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Todo lo bueno que puede ser un viaje en aeroplano.

Schlosberg toleró la mentalidad no voladora de un oficial del Ejército sujeto al suelo.

—Hemos recibido una comunicación acerca de su viaje de regreso, señor. Puede coger un B-17 militar de Mather a Washington, luego un ATC en el trayecto del VIP hasta Orly. Si acude a la base de operaciones de París, le llevarán a Francfort o a Wiesbaden con el «Theater Aircraft». Desean que se presente usted el 3 de julio.

—Mather, esto está arriba, cerca de Sacramento, ¿no?

—Sí, señor. Tenemos un coche militar que le llevará ahora a San Francisco. Si deja su dirección en el parque de automóviles, tomaremos las disposiciones necesarias para que vayan a recogerle y le lleven a Mather.

—Se lo agradezco.

El sargento dijo que no tenía importancia, después de haber experimentado una asombrosa admiración al ver que en las instrucciones que le daban se le ordenaba atender a Sean con preferencia a todo lo demás.

—¿Podría utilizar el teléfono?

—Como guste.

Sean indicó que la conversación sería particular. El sargento se excusó. Sean levantó el receptor.

—Telefonista de Hamilton.

—Aquí el comandante O'Sullivan. Acabo de llegar con la Escuadrilla 23 de Bombarderos. Llamo desde la base de operaciones. ¿Podría darme un número de San Francisco?

—Sí, señor.

—Póngame con Mission, 0430.

—Un momento, señor.

Sean oyó el sonido de marcar en el otro extremo. El teléfono sonó. La mano de Sean oprimió el receptor con fuerza… ¡Ring…, ring…, ring…, clic!

—Diga.

—Hola…, mamá…

Silencio en el otro extremo de la línea.

—Mamá…

—¡Oh, Dios!

—Mamá, soy Sean.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

—Mamá…, no llore…, no llore…

—¡Es Sean!

—Hijo, ¿eres tú, hijo?

—Hola, papá.

—¿Eres tú de veras?

—Sí…, sí…, soy yo. Lamento no haber podido comunicar con ustedes antes para notificarles mi llegada. Acabo de aterrizar en el campo de Hamilton. Estaré en casa dentro de una hora, aproximadamente.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, muy bien… Estoy ahí en seguida.

La carretera que cruzaba Marin corría entre montañas pardas. Al pie de la cuesta de Waldo se levantaba una ciudad nueva de barracas cerca de la actividad frenética de los varaderos. Luego, montaña arriba, para descender hacia el túnel y salir sobre el puente de Golden Gate. Sobre el puerto aparecía la ciudad, coqueteando a través de

los harapos de nubes que subían por el portillo, y el viento desviaba el coche.

Ahora cruzaban la puerta de los impuestos y entraban en la ciudad. Luego se internaron por Van Ness, que en tiempo de paz había sido una llamativa procesión de coches…, y siguieron adelante, dejando atrás la enorme mole del templo nuevo de Santa María.

¡Qué pequeño, qué quieto parecía todo! Casas, calles, todo se había encogido. Pero ¿acaso no es siempre el recuerdo mayor que la realidad?

Sean extendió la vista por toda la longitud de Market Street hasta el «Edificio Ferry». Una mar viviente de marinos con gorros blancos le dijo que todavía había guerra. Las líneas rivales de tranvías de Market Street y Municipal Street desencadenaron una de sus carreras improvisadas sobre los cuatro juegos de carriles.

La luz cambió y entraron en Mission Street, pasando por delante del cuartel donde Sean empuñó un rifle por primera vez.

—Baje por la Treinta y tres y luego doble a la derecha. Mi casa está delante exactamente de Guerrero.

—Sí, señor. —El chófer experimentó con ello una súbita sensación de igualdad. El comandante, un personaje de categoría evidentemente, vivía en un barrio que no era ni la mitad de distinguido que el suyo de Cleveland.

Mamá y papá esperaban de pie en el desvencijado porche. Papá se apoyaba en un bastón, que temblaba en su marchita mano. El chófer paró, abrió la portezuela, saludó y se quedó en pie, sin saber qué hacer, mientras la madre de Sean corría al encuentro del hijo y el anciano bajaba los escalones fatigosamente, uno cada vez, para unirse al círculo de abrazos silenciosos.

Al final, cuando hubieron dominado las lágrimas, Sean indicó al chófer, con un movimiento de cabeza, que podía irse, y él y los dos ancianos se encaminaron calladamente hacia la casa.

Dentro de las dimensiones de su oficina y de sus habitaciones de Rombaden y de Queen Mother’s Gate, Sean había poco menos que olvidado lo chiquita que era su vieja casa y lo extremadamente fatigada que estaba… Unos muebles grandes, de una época pretérita, demasiado abarrotados y forrados de tela de pelo de camello; la sala de estar, sin ventilación ni luz, unas marchitas cortinas de encaje, y unas persianas rotas. La adornada lámpara, con sus lágrimas de cristal, colgaba muy baja en el centro de la habitación, sobre la mesa redonda de roble, y las servilletas de mamá cubrían todos los respaldos de los sillones. El escabel estrecho delante de la mecedora de papá…, todo era lo mismo, solamente que más gastado.

En la chimenea, algo separadas de la estatuilla barata de yeso de la Virgen María, unas fotografías de los hermanos O’Sullivan, de uniforme: soldado Liam, subteniente Timothy, y él.

Sean advirtió los estragos que había producido en sus padres el sufrimiento. Los tres años últimos los habían envejecido como veinte. Pat O’Sullivan, aquel irlandés alto, de esqueleto recio y anchas espaldas era un cascarón viejo y arrugado.

—Pareces muy cansado —dijo su madre.

—Ha sido el viaje en avión, mamá. Al construir esos bombarderos no buscan la comodidad.

Pero mamá veía que había algo más que el cansancio. De su ser había huido ya y por completo la juventud.

—Ahora, antes de enzarzarnos en las tonterías de Mamá acerca de cuántas comidas puedes engullir y cuántos calcetines te puede remendar, dinos exactamente cuánto tiempo podrás pasar con nosotros.

El padre tenía intuición para todo… lo había adivinado.

—Me temo que dos días solamente.

—¿Tan pronto?

—Lo siento, mamá. Pasado mañana a las diez de la mañana vendrá un automóvil militar a recogerme.

—Pero… Sean.

—Vamos, madre. Lo hemos prometido. No empecemos con ésas. Estamos gozando de una fiesta inesperada. Agradezcamos el poder tener a Sean con nosotros durante este tiempo.

Al poco rato Eileen O'Sullivan había asumido ya el papel de la madre cuyo hijo ha regresado de la guerra, y se hallaba en la cocina, guisando con aire de desquite. Sean y Patrick se habían sentado a la mesa de la cocina, bebiendo té y probando a hablar de todo lo que había sucedido en tres años de ausencia.

Mientras estaba en su propio hogar y en compañía de sus padres, Sean se daba cuenta de la crueldad irreparable que significaba ceder a los deseos de Hansen. Las tragedias habían envejecido y debilitado a sus padres. Decirles que quizá se marchaba para siempre, era llevarlos a la tumba. ¿Y qué justicia podía encontrarse en ello? ¡Oh, Dios de los cielos! ¿Dónde está la justicia? Mamá no cesaba de hablar de lo maravilloso que sería cuando tuvieran a Sean en casa para no volver a marcharse nunca. Mamá casi no hablaba jamás de otra cosa.

Sí, sí, convenía el hijo. Sería maravilloso.

—Decías que calculabas un par de semestres para conseguir el doctorado. ¿Piensas reanudar los estudios?

—Sí.

Y luego mamá preguntó a Sean si había pensado alguna vez en fundar una familia, y Sean respondió que sí, que había pensado muchas veces.

Patrick O'Sullivan se contuvo todo el rato durante la comida, porque ahora era el momento en que mamá había de hablar de nietos y preguntar a Sean qué comía y dónde vivía en Alemania y qué tal se cuidaba.

—¡No, Sean, bondad divina! Ni hablar de que tú seques los platos. No es trabajo adecuado para un comandante del Ejército de los Estados Unidos. Tú y Pat a la sala de estar. Yo iré también dentro de poco rato.

El padre puso la mecedora en movimiento. El temblor de su mano remitió en gran

parte. ¿Por dónde empezar? ¿Qué decir?

—¿Cómo pasa los días, papá?

—Pues todavía tengo en la Mission la mejor colección de discos de John McCormack. Y tengo también la radio. Tu madre va a la iglesia al menos una vez al día.

—Y usted, ¿puede desenvolverse algo siquiera?

—Bastante. Dormimos en la planta baja. Esto me ahorra las escaleras. Los días de sol subo a Dolores Street o a la iglesia. Y gracias a Dios, mis ancianos ojos están sanos como un halcón. Me gusta leer. Desde el último ataque me paso la mayor parte del tiempo leyendo. ¡Se puede aprender tanto!

—Papá, estuve pensando una cosa. Sería bonito que usted y mamá tuvieran una de aquellas preciosas casitas de Lincoln Way, enfrente mismo del parque. Son mucho más alegres y usted tendría el parque para pasear por él, o sencillamente, sentarse a leer…

—Vamos, Sean. Tu madre y yo no sabríamos vivir en ninguna otra parte. A ti esta casa vieja y cansada quizá te deprima, porque tú eres joven y tienes ambiciones, y así debe ser. Para nosotros resulta cómoda como un zapato viejo. Hemos vivido en ella cerca de treinta años. Los tres hijos, todos nacisteis aquí…

—Pero si yo tengo que estudiar en Cal les querría a ustedes cerca, para que pudiéramos estar juntos…

—Te inquietas demasiado por nosotros. Por esto has venido a casa, porque estás preocupado por nosotros.

Empezaron a llegar las visitas. Sólo unos cuantos amigos íntimos, a quienes Sean quería ver. Y cuando los visitantes se hubieron marchado, ellos tres se quedaron charlando hasta muy entrada la noche. El recordar y el pronunciar los nombres de Tim y Liam no resultaba tan penoso como Sean había pensado que sería. Cuando uno se ha hecho muy viejo, muy viejo, como mamá y papá, los recuerdos son una droga dulce, que alivia las largas horas…

A la mañana siguiente Eileen O’Sullivan se levantó muy temprano para preparar más tortas y pastelillos de los que ningún ser humano podría engullir en una semana. Y mientras su padre descabezaba el sueño a primera hora de la tarde, Sean dio un paseo por la vecindad.

… Mission High, en Dolores Street. Habitación número 28. Clase de mister Whitehurst. Allá fue donde cogió por primera vez la fiebre de la ciencia política.

… El Coliseum…, el viejo club de boxeo al que llamaban «el cubo de sangre»… «¡Presentación! En el ángulo rojo, llevando pantalones verdes, con ciento setenta y cinco libras y media, procedente de la dura, brava Mission de San Francisco…, el maestro de danza… ¡Colegial O’Sullivan!».

Pégale y escapa, dale y corre…, no dejes que te alcance…, no quieras que mamá

te vea con una cara destrozada…, pega y corre, pega y corre.

… Los muchachos continuaban frecuentando la heladería de las calles Dieciocho y Dolores. Algunos estaban dentro jugando con la máquina automática; otros fuera, viendo pasar las pollitas.

… Compre un mobiliario Lanchman. ¡Diecisiete motivos se lo aconsejan!… La luz de neón se encendía y se apagaba… Diecisiete motivos se lo aconsejan.

… Un puñado de muchachoes, en la esquina, hacían rebotar monedas contra la pared, aguardando a que la furgoneta del «Call-Bulletin» les echase sus periódicos.

—¡Eh, taxi! —gritó Sean en un impulso.

—¿A dónde, general?

—Lléveme a la playa…, a Cliff House.

No había focas en Seal Rock (Peña de las Focas). Por lo pronto, las dueñas eran las gaviotas. Sean pasó por delante de un edificio monstruoso, que albergaba los baños Sutro, una reliquia de antes de comienzos de siglo. Allí había media docena de piscinas a varias temperaturas, una pista de hielo, una colección de diversiones baratas, curiosidades, coches viejos, cuadros antediluvianos, un centenar de máquinas tocadiscos, prendas deportivas, cines baratos…, todo en aquel antro inmenso; junto a pájaros parlantes, momias, ciudades en miniatura hechas de cerillas, boleras, máquinas grabadoras de la voz, y una fuente mágica que aceptaba monedas metálicas de toda clase, alimentando esa manía americana de arrojar monedas a los estanques de agua.

Cuando salió de los Sutro, Sean sintió una atracción magnética que le arrastraba hacia las colinas de detrás, desde las cuales se bajaba al océano. Años atrás habían labrado en la mellada peña escaleras y cuevas, con la idea de construir un restaurante a nivel del mar, pero las olas traicioneras inundaron el sector, por lo que el proyecto fue abandonado. Ahora aquello permanecía olvidado casi de todo el mundo, excepto de los chiquillos aventureros y los soldados nostálgicos que estaban de permiso.

Desde aquí pasó a la parte trasera de los baños Sutro y pudo ver el pasillo abovedado que atravesaba por en medio de una de las Seal Rock. Sean descendió por uno de aquellos túneles. A mitad de camino pudo ver un rayo de luz difusa, que venía del océano, y la espuma entró con furia en el orificio. Al final del túnel trepó hasta las rocas poco más arriba del embravecido oleaje y contempló el océano y su dorada puerta de entrada en San Francisco.

¡Cuántas horas habían pasado allí los tres, después de viajar de balde hasta la playa colgados de las traseras de los tranvías! Venían aquí a mirar cómo entraban y salían los barcos, a improvisar juegos de grandes aventuras en las rocas y cuevas… Tim combatía por la revolución irlandesa y Liam leía poesía irlandesa.

La proximidad de sus hermanos le sobrecogió y le invadió la tristeza. En todos los meses y años de ausencia, siempre había vuelto los ojos hacia este lugar y hacia su ciudad natal con afecto; en este trance ambos formaban una parte considerable de su ser. Sus hermanos, la juventud de los tres…, esta ciudad era carne de su carne y le

asaltaban un millar de recuerdos que creía haber olvidado.

Sean se alejó con el corazón oprimido. Al final del Golden Gate Park, de cara al océano, pasó junto a la venerada reliquia de la chalupa que perteneció al explorador Amudsen, quien cruzó el Círculo Artico con ella.

Sean recorrió la longitud entera del parque… y dejó atrás los campos de polo y los lagos, donde los chiquillos jugaban a lobos de mar con barcos de juguete; y los cercados de los búfalos y los lagos con barcas de remos y los sitios escondidos donde se refugiaban los marineros y sus novias; y dejó atrás el Jardín Japonés, que ahora se llamaba Jardín Oriental…, y dejó atrás toda aquella lozanía…, sumergido en los recuerdos.

De pronto se encontró fuera del parque y ante él se levantó el gran templo de San Ignacio. Sean entró, se arrodilló y se persignó. Era aquella hora del día en que unas pocas damas ancianas rezaban por las vidas de unos hijos a quienes quizá volviesen a ver, y muchas velas ardían por los hijos que no regresarían nunca más.

Había pasado tanto tiempo…, tantísimo tiempo… Todas aquellas oraciones que Sean había arrinconado, de las cuales había dudado, todas subían ahora a sus labios en un solo grito de desesperación: «¡Oh, Madre de Dios! ¡Yo no quiero volver a Alemania! ¡Ayúdame a obrar como deba!».

Al día siguiente, al aceptar todos tácitamente el hecho de que Sean tenía que partir otra vez, las horas transcurrieron más agradables. Se habló del asunto con la idea de que regresaría pronto y para siempre. Y hasta subir al piso para acostarse no supo hallar en su interior la decisión suficiente para hablar del verdadero motivo de su visita.

Sean se revolvía inquieto en su cama. Sus hermanos estaban con él…, estaba rodeado de recuerdos suyos. Guantes de baseball, cuadros pintados en clase, el primer cuaderno de poesía de Liam, las medallas de Tim, el crucifijo en la pared, libros, guantes de boxeo, la radio de galena. Nadie había tocado nada de este cuarto. Lo habían conservado igual, aguardando con inmaculada ilusión la vuelta al hogar de los hijos guerreros.

Sean oyó que su padre subía penosamente las escaleras y llamaba a la puerta.

—¿Te he despertado?

—No, papá, pero no deberías subir los escalones.

La cama crujió cuando papá se sentó en su borde, como había hecho un millar de veces. El anciano acarició el cabello de su hijo, y Sean volvió a ser otra vez un niño pequeño.

—Ha sido para ti una travesía larga y dura, ¿no es cierto, hijo?

—Sí, papá.

—¿Hubo una mujer en Inglaterra?

—Sí.

—Pude notarlo por el tono de tus cartas.

—Nunca supe mentirle a usted, ni engañarle demasiado bien…

—¿Y la amabas mucho?

—Sí. Era casada…, tuvimos que… romper…

—¿Todavía te atormenta muy profundamente aquello?

—No lo he superado por completo. Creo que no lo superaré jamás.

—¿Pero hay otra cosa?

Sean se volvió de espaldas.

—¿Por qué has hecho este viaje?

¡Se hacía tan fácil hablar con papá, teniéndolo al lado, de esta manera! Papá comprendía siempre. Desde el primer instante supo que Sean se encontraba en un torbellino de confusiones.

—Me han pedido que me quede en el Ejército. El general Hansen quiere que vaya a Berlín.

—Bien. Tu madre y yo no nos sentiremos demasiado desilusionados. Por tus cartas habíamos visto ya que habría que esperar bastante hasta que te licenciasen.

—Usted no lo comprende, papá. Esto significa…, cuatro años, al menos…, quizá más.

—Ah, ya veo, bien, pues, ¿qué crees que debemos hacer?

—Yo quiero volver a casa. Yo quiero volver a casa. Deberíamos estar juntos ahora…, los tres…, esto es lo justo.

—Sean, hay ciertos placeres de los cuales todos los padres quisiéramos disfrutar. Queremos gozar de la compañía de nuestros hijos y del placer de nuestros nietos, pero tu madre y yo nos sentimos mucho más recompensados viendo que has llegado a ser un hombre importante, y que cada día lo eres más. Esta gran satisfacción que nos has proporcionado recompensa de sobras los pequeños placeres egoístas que nos hemos perdido. —El sabio padre tocó a su hijo para que se volviese de cara a él. —¿Qué es lo que no me explicas?

Sean señaló las dos camas vacías.

—No puedo seguir viviendo con sus asesinos.

—Ese general Hansen. Le admiras muchísimo, hijo, ¿verdad que sí?

—Sí, padre.

—¿Sabe él los sentimientos que te inspiran los alemanes?

—Sí, lo sabe.

—Sabiendo eso y admirándote, como te admira también él a ti, si continúa pidiéndote que vayas a Berlín, ha de ser cosa de una importancia tremenda.

Sean se incorporó de un tirón, bajó los pies al suelo y escondió la cara entre las manos.

—Sí, es importante.

—Cuéntamelo.

—El general Hansen ve ante nosotros peligros cuya existencia pocas otras

personas quieren reconocer. Necesita tener consigo en Berlín a determinadas personas que se den cuenta de que hemos de trazar una línea…, hasta que el resto de la nación abra los ojos a lo que está ocurriendo. Teme que quizá no encontraría suficiente número de personas dispuestas a…

—¿No has contestado sobradamente a tu propia pregunta?

Sean se puso en pie de un salto.

—¡Y de mí, ¿qué?, papá! Dios mío, cuando regrese habré cumplido los treinta y cinco años, o quizá más. No me encontraré en condiciones de competir en clase con los muchachoes. Ya no sabré estudiar. Y hasta es muy posible que sea demasiado tarde para fundar una familia. ¿Y nosotros? ¡Oh, papá! Es posible que no vuelva a verles a ustedes…, ¡yo no quiero ser soldado!

Sean O'Sullivan lloró en brazos de su padre como no había llorado desde que era niño.

—¡Oh, Dios mío! —gritaba—, les odio… Quiero volver a casa. Noto la ausencia de Liam y de Tim… ¡Oh, Dios mío!

—Sean O'Sullivan —murmuró su padre—, debes sentirte orgulloso de que te necesiten de este modo. Yo soy un hombre sencillo y no domino la oratoria ni la filosofía; pero debes hacerte y contestarte una sola pregunta. Tu madre no cuenta. Yo no cuento. Tú, ni tus ambiciones, ni tu vida tampoco contáis. Una sola pregunta.

—¿Cuál es?

—¿América merece el sacrificio?

A la mañana siguiente, cuando se separaron, sonreían; sin actitudes heroicas, ni lágrimas. Para ellos, cuarenta y ocho horas serían pasto para una eternidad de recuerdos. Un abrazo, un adiós con la mano…, y Sean estuvo fuera otra vez.

El C-47 entraba y salía de las masas de nubes en cúmulos. El aparato volaba con rumbo sureste sobre el Rhin, dejando atrás un campo de cascotes que en otro tiempo fue Dusseldorf.

El copiloto estaba acostado en un ovillo sobre una litera de la cabina. Sean, sentado en su asiento, se puso los auriculares, gozando con la jerga incomprensible de los aviadores. El piloto hizo girar la llave del aparato de comunicación interior.

—¡Eh, comandante! Mire esas espantosas ruinas de ahí abajo. Como si hubiese llegado el juicio…, ¿eh?

El aeroplano avanzaba sobre Colonia. A lo largo de la orilla del río, sólo las agujas gemelas de la catedral se levantaban en medio de un paisaje lunar.

—Fue una puntería extraordinaria el que no le diesen a la catedral.

—Cristo vela por los suyos.

—Comandante, esos «krauts» no van a desembarazarse de ese montón de ruinas ni en un centenar de años.

—No lo diga demasiado alto.

El piloto volvió a poner la frecuencia de comunicación con las estaciones orientadoras y llamó a la torre de Wiesbaden.

—Aquí el cuatro-siete-seis-tres del Ejército llamando a Y-80, cambio.

—Y-80 a cuatro-siete-seis-tres del Ejército, le comprendo muy bien, cambio.

—Aquí cuatro-siete-seis-tres del Ejército. ¿Cómo está la atmósfera en estos momentos?

—Visibilidad en todo el camino. Vientos de cinco nudos del noroeste.

Mientras volaban sobre Coblenza, el piloto volvió a comprobar su horario.

—Dentro de veinte minutos aterrizaremos —dijo por el sistema de comunicación interior. —¿A dónde se dirige, comandante?

—A Berlín —respondió Sean O'Sullivan.

SEGUNDA PARTE

LOS ULTIMOS DIAS DE ABRIL

CAPITULO PRIMERO

12 de abril de 1945. Berlín

El sótano que servía de refugio antiaéreo debajo de la casa de Falkenstein se estremeció por una sacudida violenta. En una de las paredes se abrió una grieta, escupiendo una rociada de yeso granuloso. La preciosa porcelana de Rosenthal, que la señora Herta Falkenstein había envuelto y encerrado cuidadosamente para conservarla a salvo, se salió de un barril tumbado y se partió en mil millones de pedacitos.

Hildegaard Falkenstein lloriqueaba en brazos de su madre.

¡Otro estallido! ¡Otro! Cada uno más cerca que el anterior. El sótano se sumió en la oscuridad. La llama de una cerilla buscaba la vela de encima de la mesa de madera, situada en el centro de la estancia.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Bruno Falkenstein.

Herta y las dos muchachas respondieron con voz entrecortada.

Otro impacto les envió a los cuatro de barriga contra el suelo.

—¡No puedo resistirlo más! —gritó Hildegaard, golpeando el suelo con los puños y retorciéndose histéricamente. —¡No puedo resistirlo! *¡Matadnos! ¡Matadnos!*

—¡Haz que calle! —ordenóle Falkenstein a su atontada esposa. Pero la pataleta de la muchacha continuó. Hildegaard estaba más destemplada cada día. Durante la segunda o tercera hora de las incursiones solía hallarse fuera de sí. Bruno puso a su hija de pie, arrancándola de los brazos de su esposa, y le dio unos fuertes cachetes en la mejilla.

—¡Silencio! ¡Te lo ordeno!

La joven sofocó los sollozos hasta dejarlos en gemidos bajos.

—Sí, padre.

Al otro lado de la estancia, Ernestine hundía los dedos en el polvo y la basura que había caído del techo sobre el catre y la mesita de noche. Hurgaba en busca de la cajita de música, arañando desesperadamente hasta que la encontró. Entre los escombros apareció un pedazo. La muchacha apartó la basura y lo recogió. De las diez figuras de húsares prusianos, cinco habían saltado de su sitio, y la caja estaba agrietada y mellada. Ernestine quitó el polvo soplando, dio cuerda con cuidado exquisito y abrió la palanquita de retención. Los cinco jinetes restantes empezaron a rodar en círculo por la superficie, la música dejó oír su campanilleo y Ernestine tarareó:

Había una vez un húsar muy fiel
Que adoró a su amada un año o dos.
Un año o dos…, o tres o cuatro…
Y juraba que la amaría cien…

Y el estallido de las bombas les parecía muy distante, particularmente a Ernestina.

Durante el corto espacio de tranquilidad, todos respiraron hondo. La señora Falkenstein acariciaba a Hildegaard, que se había calmado hasta exhalar únicamente unos sollozos entrecortados.

Pero la calma duró poco. Otra oleada de bombarderos siguió en pos de la primera, otro cargamento del infierno descendió de los cielos, silbando sobre sus cabezas, la metralla se levantó con un tableteo de explosiones y la estancia tembló otra vez.

Ahora hasta Bruno Falkenstein tenía los nervios destrozados.

—¡Cerdos! ¡Cochinos cerdos americanos! ¡Bestias yanquis!

Nadie parecía escuchar sus protestas.

Ernestine se había dejado arrastrar por sus divagaciones a un mundo de calma. Años y millas pasaban por delante de sus ojos mientras miraba, transfigurada, la caja de música. «El húsar fiel», ¿cuántos millares de años habían pasado? ¿Seis años de fidelidad nada más? Entonces estaban en 1938 y había paz. Paz…, ¡qué palabra tan extraña! ¿Era posible que sólo hiciese seis años? Entonces ella sólo tenía diecisiete. «¡Oh, Señor! Las bombas están cayendo sobre Berlín desde hace un siglo. Dietrich, ¡amor mío! Las bombas están cayendo sobre nosotros, día y noche, desde hace cien años. Oh, Dietrich…, mi álbum de fotografías se quemó en una incursión, de modo que he olvidado tu fisonomía hace mucho tiempo. ¿Me perdonas?».

Berlín, primavera de 1939

Ernestine sujetaba el guardín mientras Dietrich Rascher bajaba la vela y echaba el ancla. La mole verde oscura de Grunewald y la línea de la costa quedaban lejos. Ernestine no podía ocultar su alegría por el hecho de que ellos dos hubiesen podido escabullirse lejos del resto del grupo.

«¡Qué guapo es Dietrich! —pensaba. ¡Con qué destreza se mueve por el bote! ¡Qué hermosa cara tiene! Cariñoso y sensato, con ojos de cachorrillo».

Ernestine volvió la vista hacia la costa con una pizca de remordimiento. El grupo estaría cantando canciones de las juventudes nazis. Hoy tenían a un conferenciante del partido. Al diablo con ello. Se estaba mucho mejor en medio del lago con Dietrich Rascher.

El muchacho se deslizó a su lado. Le costaba trabajo disimular su orgullo. Aquel día le habían nombrado jefe supremo de la juventud de Hitler de todo el distrito de Dahlem. A los diecinueve años esto era un gran honor.

—No regresemos —dijo Ernestine pensativamente—, jamás, jamás, jamás. Icemos la vela y escapemos del Wansee, canal arriba, hacia el mar del Norte, y luego internémonos por los océanos, en dirección a los mares del Sur.

—Una idea romántica que está en contradicción con la conferencia de esta noche.

—¿No olvidas nunca a la Juventud de Hitler, ni siquiera por un momento?

Dietrich movió la cabeza negativamente.

—Te juro, Ernestine, que a veces tengo la impresión de que ni tan sólo deseas

pertenecer al Grupo.

—¡Oh, pues sí lo deseo, muchísimo! De este modo puedo verte con más frecuencia.

—No bromees sobre cosas tan serias. En primer lugar, parecías bastante ansiosa de ingresar en él.

—Pues, por supuesto, tenía que ingresar. Y luego mi padre nos mandó a Hitler, a mi hermano Gerd y a mí, que demostrásemos mucho entusiasmo.

—*Ach*.

—Lo siento, Dietrich. Ya sé lo mucho que significa esto para ti y que no debería importunarte, pero supongo que estoy celosa.

Dietrich respiró muy hondo, decidió ser indulgente y luego se volvió hacia ella y le cogió las manos.

—Te he pedido que vinieses hoy aquí conmigo en el bote porque tengo un secreto. No lo comparto con nadie del mundo más que contigo, Ernestine. —Dietrich hizo una pausa, lleno de orgullo. —He solicitado que me admitan como alumno en una escuela de oficiales de las SS. Creo que me aceptarán.

Un extraño silencio se rompía únicamente con el ruido del chapoteo del agua. La confusión que notaba en la muchacha enfurecía a Dietrich.

—Confiaba que estarías orgullosa —dijo.

—Te amo, Dietrich.

—Pero no ves el honor que esto representa.

Ernestine se limitó a mover la cabeza. A ella no se le permitía decir lo que pensaba verdaderamente de aquellas cosas. La reacción de la muchacha trastornó al joven, que la cogió, excitado, por los hombros.

—¡El Führer ha hecho tanto por nosotros, Ernestine! Hasta que vino él, a los alemanes nos arrojaban por el polvo. Él dijo: «Levantad las cabezas…, estad orgullosos de ser alemanes». Él nos ha dado pan, trabajo, tierra y nuestro orgullo. —Ernestine se revolvía inquieta entre aquellas manos que la oprimían cada vez con más fuerza, y ante aquel súbito estallido de fanatismo. —Hemos de devolverle al Führer con nuestra obediencia lo que él nos ha dado. Nosotros los alemanes somos el único pueblo del mundo capaces de la entrega que se le exige a la raza aria.

Estas palabras se las estaban metiendo en el cerebro a martillazos desde hacía años. Dietrich las recitaba bien, como debía hacerlo todo jefe de la Juventud de Hitler. El muchacho observó que Ernestine se apartaba, y dejó caer las manos.

—¿Qué sabéis de política vosotras las mujeres? —profirió. —Deberíais estar más agradecidas todavía por lo que Hitler ha hecho por la mujer alemana.

Y entonces, nada.

—¡Bien, por amor de Dios, di algo! —exigió.

—Cuando nos conocimos eras tan bueno y tan cariñoso… No quiero que lo pierdas.

El sufrimiento de la muchacha le conmovió; acarició su mano dulcemente, la

levantó y se la llevó a los labios, y ella consiguió sonreír débilmente.

—Ernestine…, te amo. Y eres la única persona de este mundo en quien tengo confianza. Aquí, en medio del Wansee puedo decir algunas cosas que de pensarlas nada más me tengo rabia a mí mismo. El ser nazi tiene algunas cosas con las cuales no acabo de reconciliarme. No me gusta tener que actuar de espía de mis padres por culpa de unos pocos detalles de su pasado. Son viejos e inofensivos. A veces… hasta siento pena por un amigo judío que tenía. —El escuchar su propia confesión le inquietó, y añadió apresuradamente—: Pero hemos de aceptar el hecho de que hemos de cumplir algunos deberes desagradables y obedecer sin discusión. Es un precio sobradamente pequeño para lo que Hitler está dando a Alemania.

—Mi consejera me recomendó que te entregase mi cuerpo con el fin de procrear un niño ario. ¿Te parece que sería justo que tuviéramos un hijo, ahora?

—Ya te he dicho que ni siquiera Hitler puede ordenarme que te desflore.

Ernestine se ablandó y se acurrucó en los brazos de Dietrich, que le estaban aguardando, mientras pensaba: «En el fondo de su corazón no será nunca un oficial de las SS, siempre que siga siendo mío».

Se levantó una brisa que no deseaban. Dietrich izó la vela, levantó el ancla y desvió el bote, alejándolo de Postdam, rumbo al campamento, de Grunewald.

—A veces, Ernestine, tengo la extraña impresión de que, en realidad, no crees en los nazis.

—Claro que creo, Dietrich. ¡El pueblo es tan dichoso estos días! He visto la alegría que han traído a mi propia casa, en las personas de Gerd y mis padres. Veo cuánto ha mejorado la vida… sólo que…

—¿Sólo qué?

—Sólo que tengo un tío en el campo de concentración de Schwabenwald.

—Nadie culpa a tu familia. Ulrich Falkenstein era un traidor al pueblo alemán.

—No, Dietrich —respondió ella dulcemente—, era un hombre bueno y amaba mucho a Alemania. A mí no me permiten que pronuncie su nombre, pero tampoco conseguirán que le olvide y no puedo creer que sea un traidor.

—Hombres como Ulrich Falkenstein habrían mantenido a Alemania como un Estado de pobres. Con sus ilusiones democráticas eran débiles. Alemania ha de ser fuerte.

—Lo que me inquieta, Dietrich, es que tengo dudas acerca de lo de tío Ulrich y los judíos. Tengo dudas acerca de Dios y otras muchas cosas, y ojalá supiera dónde hallar otra respuesta.

—Hoy ser alemán es comprender el destino de Alemania. *Hay que creer sin dudar…, creer sin dudar…, creer sin dudar…*

En aquel momento, en la bodega de los Falkenstein sólo se oía el aliento, como un murmullo, de unas personas atontadas. Durante dos horas la VIII Fuerza Aérea

americana, procedente de Inglaterra, arrojó cerca de dos mil toneladas de bombas sobre Berlín, y mientras el ruido de la última oleada de atacantes se desvanecía, el ruido del primer motor de la XV Fuerza Aérea americana procedente de Italia, empezaba a runrunear sobre los berlineses.

Hildegaard se había desmayado. La señora Falkenstein tenía los ojos vidriosos. Únicamente Bruno Falkenstein iba soltando maldiciones débiles contra los americanos, puesto que por su parte, Ernestine se había sumergido por completo en los recuerdos. El recordar le ayudaba siempre durante los largos días y noches pasados en la bodega.

Un año había trascurrido desde que Dietrich Rascher fue admitido en la Escuela de oficiales del campo de concentración de Schwabenwald. Dietrich había regresado a Berlín. Estaban ya en guerra. Como nuevo Untersturmführer de las SS, era seguro que partiría pronto para Polonia, o para las naciones ocupadas.

Dietrich miraba taciturno por la ventana del hotel, a través de la densa lluvia, en dirección a la Kunfurstendamm. A su espalda podía oír la caja de música desgranando el campanilleo de «El húsar fiel». Se lo había traído a Ernestine como regalo. La habían esculpido a mano en la Selva Negra con unas preciosas figuritas de antiguos jinetes prusianos del tiempo de Federico el Grande, y el mecanismo musical había sido importado de Suiza.

Debería de haber sido un momento de gran felicidad, pero Dietrich se sentía desdichado. Abajo la gente se escabullía, arrimada a los edificios, para no mojarse…, excepto un par de nazis con botas altas, que se contoneaban por el centro de la acera, desafiando la lluvia.

Dietrich quería explicarse… y las palabras se le atascaban en la garganta. Quería explicar a Ernestine cómo había pasado aquel año en la escuela de las SS. Quería que estuviera enterada al detalle del entrenamiento brutal, los castigos y el «trabajo práctico» con los prisioneros dentro del campo de concentración. Había aprendido a ser un matón y a aterrorizar. Y ahora había regresado al hogar y había gozado de Ernestine con la misma falta de conciencia.

Quería explicarle los ejercicios de degradación del espíritu humano y la tranquilidad con que apaleaba a nombres indefensos. Y que después de la primera revulsión que experimentó, el placer que le causaba el percatarse del poder de que estaba investido, y el ver que su presencia acobardaba a otros hombres.

Dietrich se separó de la ventana. Ernestine continuaba tendida en el lecho, medio vestida. Tenía el aire de una niña inocente, dando cuerda a la caja de música. Al acercarse Dietrich a ella, los ojos de Ernestine le manifestaron hasta qué punto rebosaba de amor.

Ernestine se tranquilizaba con la convicción de que Dietrich no había cambiado de veras; era compasivo, y durante toda aquella primera noche estremecida que

pasaron a solas estuvo cariñoso con ella como no lo había estado nunca. Quizá tenía razón cuando quería ser oficial de las SS. La instrucción recibida le había hecho varonil y digno. Un hombre ha de conseguir lo que quiere. Su madre se lo decía siempre a Ernestine: «Dale al hombre lo que quiera…, el hombre lo es todo».

Dietrich se sentó a su lado. Ella procuraba comprender su silencio, hacerle feliz, satisfacerle por completo. Él le acariciaba el cabello. Un cabello espeso, rubio como el oro; los dedos del muchacho se enredaron en él. De súbito, aquellos dedos se crisparon y le hicieron daño. Dietrich retiró la mano y se quedó mirándola con una mirada casi demente…

—¡Cadete Rascher!

—*Jawohl*!

—Soy tu hauptsturmführer. A cada candidato, como tú mismo, cuando empieza su instrucción en las SS, se le asigna un cachorro de perro de pastor. Un oficial de las SS ha de entender a los animales, ha de saber amaestrarlos y utilizarlos. Y, como dijo nuestro amado Führer, ha de saber imitar su poder y virilidad. Escogerás un perro de esta prole y cuando esté debidamente domesticado compartirá tu vivienda contigo.

Dietrich fijó la mirada en el montón, de pelotas vellosas, levantó un cachorro y sonrió al ver que la húmeda naricita y la lengua del perro le mojaban de afecto.

—¡Ah, ah! La única perrita de la nidada. ¿Cómo la llamarás, cadete Rascher?

—La llamaré «Ernestine». Será mi novia hasta que pueda regresar al lado de otra Ernestine.

Hasta a los crueles instructores les gustaba la habilidad con que el cadete Rascher amaestraba a su perro «Ernestine». Se buscaba continuamente la comunicación perfecta entre el hombre y la bestia, pero raras veces se conseguía. Sin apartarse de las normas, Dietrich poseía un don especial para los animales. Conseguía más él de su perra susurrándole palabras al oído que todos los demás cadetes con sus correas, collares estranguladores y cadenas de castigo. Durante aquel primer año, el joven cadete y su perra estuvieron juntos día y noche: en las patrullas de Schwabenwald, las cazas de fugitivos, las horas de centinela. La dura disciplina, la fealdad del campo quedaban relegadas al olvido por las noches cuando se sentaba en su catre y leía y podía estirar el brazo y pasar la mano por el pelaje del perro.

Pocos días antes de la entrega de credenciales, de la concesión definitiva del uniforme negro, el emblema de la calavera y el puñal de las SS, el cadete Rascher y su perro fueron llamados a un desnudo aposento de piedra, en la perrera. Su hauptsturmführer estaba allí.

—Estoy contento de tus progresos, Racher —dijo el capitán. —Has aprendido bien las lecciones. Serás honra y prez de la raza dominadora. No obstante, antes de recibir tu puñal de las SS, te queda una prueba final de obediencia que todos los hombres de las SS deben sufrir.

—*Jawohl*. —Rascher abandonó su postura para ponerse rígidamente firmes.

—En este mismo instante estrangularás a tu perro hasta que muera.

El cadete de las SS Dietrich Rascher salió airoso de la prueba final de obediencia. Sin repugnancias, vacilaciones ni manifestaciones visibles de la menor emoción personal, se inclinó, cogió al confiado animal, le rodeó el cuello con las manos y apretó rápidamente, como para cercenárselo. Luego se puso firmes otra vez.

—Con hombres como tú —le felicitó el capitán—, somos invencibles.

Un viento repentino azotó la ventana con el tamborilear del agua. Dietrich continuaba con la mirada clavada en la mano.

—¿Qué te pasa, cariño? —suplicaba Ernestine. —¿Qué te pasa?

—¿Cuánto tiempo puede durar esto? —gemía Bruno Falkenstein. —Tal vez sería mejor que nos cayese una bomba encima y nos matase a todos.

—No hables así delante de las chicas, por favor —suplicó Herta.

—Ayer, seis horas de incursiones. Anteayer todo el día. Hoy, parece que no ha de terminar nunca. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

Ernestine miró a su padre con una mirada burlona. Quizá los habitantes de Varsovia, Roterdam y Londres se hicieron la misma pregunta, pensó. Cosa chocante, no parecía que su padre se afligiese mucho entonces.

—¡Cierra esa maldita caja de música; me vuelve loco! —ordenó Bruno.

—Sí, padre.

Ernestine se trastornó cuando vio a Dietrich al llegar de permiso desde el frente del Este. Sabía que la guerra había de cambiarle un poco, aunque todavía no era mucho más que un muchacho. Dietrich tenía veintidós años actualmente, pero de su persona había desaparecido todo lo dulce y amable.

Los permisos los habían instaurado para proporcionarle unos días de felicidad al soldado y renovar su vigor combativo. Ernestine había alimentado la convicción de que Dietrich Rascher no se apartaría nunca del campo de influencia de su amor. Pero ahora notaba que le había perdido.

Todas las noches durante su estancia junto a ella apestaba a ginebra holandesa y cerveza. Se tendía en la cama, demasiado borracho para gozar del amor…, balbuceaba…, tendía a dejarse arrebatar por repentinas cóleras furiosas y llorosas confesiones incoherentes de crímenes desconocidos.

Cadáveres…, cadáveres judíos…, decenas de miles de judíos desnudos…, cuadras incendiadas…, poblaciones incendiadas…, hombres barbudos rezando…, madres desnudas…, hermanas…, abuelas…, hoyos llenos de cadáveres en llamas…, su fusil ametrallador escupía balas dentro de los cadáveres…, los perros desgarraban

gargantas judías…, los ojos salvajes de los ucranianos que jaleaban la fiesta mientras las SS tumbaban a tiros a los judíos dentro de las grandes fosas…, la pesadilla una y otra vez…, él se ahogaba en sangre, en sangre judía…, tenía las manos y la boca y el cabello chorreando sangre, pegajosos de sangre…

—¡Beber! ¡Tengo que beber!

—¡Dietrich! ¡Despierta, cariño! ¡Despierta!

—¡Beber! ¡Dame de beber!

—Oh, cariño mío. Deja que te ayude, te lo ruego. Por favor. No me dejes fuera de tu vida.

—Ayúdame mañana, mujer. Ahora necesito un vaso de licor.

—Cariño, deja que te ame. ¡Te lo ruego! ¡Te lo ruego! Casémonos… mañana…, ahora.

—¿Que me case contigo? ¡Vaya humor! Estoy casado con las SS. No me queda sitio para otra esposa.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!

—¡Acaba ya con tu condenado llanto y tráeme ginebra!

—Escúchame, Dietrich Rascher, esta guerra terminará un día. No sé qué has visto, ni la herida que ello haya producido en tu alma, pero necesitarás olvidar. Yo esperaré aquí para ayudarte. Esperaré hasta el final de los tiempos… hasta que se me pare el corazón…, nunca dejaré de esperar y te ayudaré a olvidar.

Sonó el final de la alarma.

Todos subieron trabajosamente hacia la demolida calle y se quedaron inmóviles bajo la luz gris del crepúsculo, contemplando su destrozada casa. En otro tiempo se levantaba, con sus dos pisos de altura, cuadrada y sólida. La mayor parte de la planta superior había desaparecido. El resto estaba acribillado de agujeros, brechas y ventanas reventadas, rotas. El pequeño jardín, que la señora Falkenstein cuidaba con tanto esmero, quedó arrasado. El automóvil de Falkenstein ardía en llamas, destripado, inservible.

Los vecinos se arrastraban fuera de sus respectivas bodegas, uno tras otro, y se ponían a escarbar los escombros. La casa de Rimer, más abajo de la calle, había recibido un impacto directo y resultó arrasada hasta los cimientos. El resto de la calle era un laberinto desordenado. Había sido una calle hermosa, flanqueada de árboles de sombra y arbustos pulcramente recortados.

—Será mejor que vaya a la tienda y vea si queda algo —dijo una voz.

—No te molestes. En la tienda han caído varias bombas.

—La señora Winkelmann y sus dos hijos han muerto. —«Quizá haya sido mejor para ellos», pensó Falkenstein. La señora Winkelmann había quedado lisiada en una incursión, hacía entonces medio año, y sus hijos se habían convertido en una carga para todos los vecinos. Su marido había muerto en combate mucho antes, en Túnez.

—Que vaya alguien a la estación distribuidora y vea cómo está la cañería del agua. En mi casa no llega ninguna.

El aire estaba sucio de polvo, los fuegos ardían con intensidad y a su alrededor chillaban las sirenas, llevándose a los heridos, y cavaban en busca de los muertos. Quedaba poco tiempo para la compasión, ni para contemplar el panorama, ni para llorar los hijos muertos y las casas destruidas, ni para buscar pan y llenar los cubos de agua. Sabían que los incendios provocados por los americanos durante el día señalarían el camino que guiaría a los bombarderos ingleses de noche y que cuando llegase la oscuridad el ataque continuaría. Las noches resultaban un poco mejores. Los americanos elegían un área y la bombardeaban con puntería minuciosa. Si uno quedaba cogido dentro del blanco de los americanos, como había ocurrido hoy, la tragedia podía ser espantosa. Los bombarderos «Lancaster» de los ingleses probaban de saturar la ciudad entera con bombas incendiarias, con lo cual el blanco era más extenso y las posibilidades de sobrevivir mayores.

Las probabilidades de conservar la vida iban volviéndose más dudosas, de todos modos. Si se escapaba al bombardeo nocturno de los ingleses, los americanos volverían mañana y continuarían su destrucción metódica, sector por sector… Dahlem…, Wilmesdorf…, Charlottenburg…, Kopenick…

La gente huía de Berlín por decenas de millares…, pero ¿a dónde ir? Quizá, pensaba Bruno Falkenstein, había que buscar una catedral hermosa y quedarse allí. A los americanos les dolía bombardear iglesias. Tal vez al día siguiente gozasen de un descanso. Quizá el bombardeo afectase a otra parte de la ciudad. ¡Señor! Los americanos llegaban desde hacía un mes largo con trescientos bombarderos, o más, y los ingleses entraban detrás de ellos.

Su hermosa calle, su hermosísima calle había pasado a ser un montón de escombros, lo mismo que el resto de Berlín. Para qué diablos seguir confiando ya más.

La mente de la señora Falkenstein se dirigía a cosas más prácticas. La mujer envió a las muchachas al depósito del agua, con unos cubos, mientras ella buscaba algo que comer. Era astuta en el arte de sobrevivir, conocía todos los atajos del racionamiento, acudía al mercado negro, sabía guardar y cambiar.

Paradójicamente, el cartero entregó a Falkenstein, durante el momento de respiro, el último número del *Berliner Illustrated*. Todos regresaron a la bodega para consumir una comida de *bockwurst* rancio y un sucedáneo del café. Para calmar sus destrozados nervios, Falkenstein leyó la revista a la luz de una vela. En ninguna parte se mencionaba la destrucción de las ciudades alemanas. La revista seguía describiendo victorias alemanas y, al igual que la radio, prometía que unas armas secretas cambiarían el curso de la guerra de la noche a la mañana.

Falkenstein refunfuñó. Algunos tontos de su oficina creían fervientemente en las armas secretas que Goebbels había prometido. También él creyó, en otro tiempo. Su mente retrocedió hacia el discurso de Goebbels en el Sportspalast…

—¿*Queréis una guerra total*? —Y las masas contestaron con gritos de «heil». Bien, ahora la tenemos, en efecto. Cuando los cohetes «V» no cumplieron la promesa de aplastar a Inglaterra, Falkenstein dejó de creer en armas secretas. Ardía de deseos de escuchar la BBC; sabía que por aquellos días muchos vecinos ya se atrevían. Falkenstein volvió la página, para encontrar los trajes de esquiar que se esperaba aparecerían en Garmisch, el invierno próximo. Falkenstein arrojó la revista al suelo y engulló el último pedazo plomizo de carne.

Fuera chillaban las sirenas de alarma aérea. Los cuatro se desnudaron en medio de una oscuridad absoluta y se acostaron en sus respectivos catres, los ojos bien abiertos a cada explosión. Era una incursión de las grandes.

—Desearía que esto hubiera terminado… Ojalá hubiera terminado esto —murmuraba para sí mismo.

Ernestine hacía una mueca como respuesta a la ironía que encerraba la afirmación de su padre. Sí, todo el mundo quería que aquello hubiese terminado. Pero en los primeros tiempos su padre nunca lo deseó. Ella recordaba sus gritos de alborozo, sus fanfarronadas después de Dunquerque y cuando conquistaron Grecia. Y cuando Gerd le escribía desde París, él reventaba de orgullo.

Únicamente a partir de Stalingrado empezaron a desear que terminase. Entonces comenzó el pensar en la seguridad de Gerd. Sí, a partir de Stalingrado la guerra se hizo cargante y sólo entonces oyó ella las primeras palabras de que habían traicionado a Hitler.

… Stalingrado. Aquélla fue la última vez que tuvo noticias de Dietrich Rascher. Desde entonces había pasado más de un año. Ernestine recordaba la última carta de Dietrich, traída por un amigo aviador cuando trataron de abastecer por aire a los soldados del VI Ejército.

Mi adorada Ernestine:

»Es casi seguro que las últimas noticias que tengas de mí sean éstas. Me consuela poder escribirte esta vez y hablarte con franqueza. Un camarada de la Fuerza Aérea me ha prometido entregarte esta carta. Pero, aunque la encuentren no importará mucho, porque, cuando alguien la lea, yo habré muerto ya.

»Nos han derrotado. Yo no tengo el “privilegio” de rendirme, como lo tiene el Ejército regular. Como oficial de las SS, debo quitarme la vida por mi propia mano. A la larga, quizá salga mejor librado que esos pobres diablos que me rodean. Sólo Dios sabe qué será de ellos cuando caigan prisioneros de los rusos.

»Nos helamos de frío. Las botas se me ponen blandas de humedad; luego se vuelven sólidas. No tengo sensibilidad en las yemas de los dedos y estoy medio ciego a causa del reflejo de la nieve. Nos morimos de hambre. Sufro vértigos por la falta de comida. Andar unos pocos metros requiere un esfuerzo supremo. Las municiones se nos han agotado casi. Somos un número escaso ante las

hordas que se nos echan encima, y que ahora empiezan a rechazarnos.
»Aquí, en Stalingrado, ningún milagro puede salvarnos. Hitler nos exhorta a realizar un esfuerzo sobrehumano, pero no podemos reaccionar. Más aún, no tenemos ya muchos deseos de reaccionar más. De modo que ya ves, no somos superhombres desde el principio al fin…, sino simples mortales.
»Aquí, en Stalingrado, los hombres hablan descaradamente de la traición de Hitler y de los nazis de un modo que hasta ahora yo no había oído en labios alemanes. En los últimos momentos de la vida quizá sea bueno protestar. Yo he sido un nazi entregado a la causa. He amado a Hitler; le he adorado. Sin embargo, en esta circunstancia, no hallo en mi corazón la voluntad de morir gloriosamente. Lo único que quiero es dormir.
»Por otra parte, no sé perdonar a los que me rodean y que denigran a Hitler. Todos le habíamos seguido con devoción. Todos creímos en los nazis mientras Alemania vencía. Sólo parte de la culpa corresponde a Hitler y a los nazis. El resto corresponde al pueblo alemán en su totalidad.
»No se me ocurren mensajes inspirados con que despedirme de ti y de Alemania. Sólo sé decir que tengo frío, hambre y muchísimo miedo. Ahora ya sé que soy un simple mortal y que Hitler no es mi dios, tengo mucho miedo al ir al encuentro de mi Dios verdadero. Pienso que me juzgará severamente por algunas de las cosas que hice en las SS.
»Lo que realmente desearía, Ernestine, es poder volver a los diecinueve años y que tú y yo estuviéramos navegando por el Wansee y poner nuestro bote rumbo a un canal y correr hacia el mar del Norte y cruzar los océanos, dirigiéndonos a los mares del Sur…, para siempre, siempre jamás.
»Mis respetos para tu padre y tu madre. Mi afecto para Hilde y mi deseo de que tu hermano Gerd regrese de la guerra sano y salvo.
»El poco amor que he dado o recibido en esta vida ha sido tuyo. Me temo que no vale mucho.
»Siempre tuyo.

»Dietrich.

CAPITULO II

21 de abril de 1945

El fuego de cañón hizo mella en el puentecito de piedra que cruzaba el río Oder, durante la retirada alemana, y ahora gemía bajo una carga para la cual no había sido construido.

Un desfile interminable de tanques de Stalin y otros monstruos rodados del arsenal sin fondo que era Rusia combaban el puente hasta sus mismos cimientos. Unidades mastodónticas de artillería motorizada, piezas antitanques, los nuevos lanzadores de cohetes, vagonetas con ruedas de hierro y tiradas por caballos y camiones ostentando los nombres de «Chevrolet» y «Studebaker» se sumaban a la hilera esperando cruzar. Caballos, hombres, hierro…, todo se encaminaba hacia el último día de la resistencia de Berlín.

El coronel Igor Karlovy, jefe de Ingenieros del III Frente de la Rusia Blanca, se zambulló debajo del agua para estudiar los efectos en los sacudidos cimientos del puente. Luego emergió en la superficie y nadó hacia la orilla, donde un grupo de manos que aguardaban le ayudaron a remontar el margen. Mientras se secaba y encendía un cigarrillo, se vio rodeado por unos hombres impacientes que querían consultarle. Igor Karlovy se vistió. Era un hombre fuerte, musculoso, aunque de estatura un poco inferior a la corriente. El cabello rubio, un rastro de protuberancia en los pómulos y unos ojos azulados de hielo daban testimonio de elementos tártaros entre sus antepasados, siglos atrás. En la desnuda espalda se veían cicatrices de la metralla de una batalla anterior. Cuando se hubo abotonado el cuello de la guerrera, su figura pareció declarar más de treinta y seis años. Tenía una cara que había visto mucho, sentido mucho, sufrido mucho. Poseía una autoridad evidente.

—El puente se hundirá. No hay manera posible de reforzarlo. La erosión ha empezado a dejar sentir sus efectos en los cimientos.

El ayudante personal del mariscal de campo Popov, un comandante nervioso, inquirió:

—¿Cuánto tiempo resistirá?

—Pregúnteselo al mismo puente —respondió Karlovy.

—Tenemos más de dos mil piezas pesadas que transportar al otro lado en este sector. Si el puente se derrumba, puede retardarse la ofensiva sobre Berlín.

Igor se encogió de hombros.

—Berlín no emprenderá la huida. —El ayudante de Popov no sabía llegar a la entraña del humorismo de Igor Karlovy. Le constaba que el mariscal había puesto toda su ilusión en iniciar la ofensiva para que Berlín cayese el primero de mayo.

Los que rodeaban al coronel Karlovy le siguieron orilla abajo. Éste consultó con otros dos ingenieros y decidió sobre el sitio mejor donde tender cruces temporales.

—Habrá que desviar la carretera principal, así es que será preciso construir una

rampa con el fin de que el equipo móvil pueda descender por la orilla del río. Yo sugiero que cortemos algunos de estos hermosos árboles alemanes y construyamos un camino de troncos. Si el mariscal Popov nos concede un regimiento de hombres para el trabajo, creo que podemos tener listo un puente provisional para mañana por la mañana.

—¿Antes no?

—La verdad es que no.

El ayudante salió a escape en busca de la mano de obra. Igor se apresuró a trazar los planos para el tendido del puente. El capitán Iván Orlov penetró dentro del círculo y se llevó aparte al coronel. Señalando su reloj de bolsillo con gesto excitado, le dijo:

—El comisario Azov nos está esperando en Eberswalde.

El capitán Orlov prescindía ostentosamente del nombre de pila de Azov, ya que el coronel sabía que V. V. Azov tenía más poder que el mismo Popov. Iván Orlov, el miembro del partido que tenía la misión de vigilar a los ingenieros, era capaz de dejarse llevar por el pánico ante la idea de llegar tarde a la entrevista con el comisario.

—Cruce el puente antes de que se hunda y espere hasta que yo tenga las cosas en marcha. Si el puente se derrumba, cruzaré a nado y me reuniré con usted tan pronto como pueda… Y ahora, se lo ruego…

El capitán Iván Orlov se fue hacia un automóvil, el «Mercedes» de un general alemán, del que se habían incautado en Varsovia. Tocó el claxon con violencia y metió el vehículo entre un par de monstruosos tanques «SU-100» que retumbaban sobre el estremecido puente.

Hacia el mediodía un hormiguero de trabajadores se atareaba en aquel sector. La muchedumbre de hombres y mujeres había asolado un bosquecillo y transportado a mano toneladas de tierra de relleno, construyendo una rampa hasta la orilla del agua. Otros, trabajando en la rápida corriente, habían iniciado el tendido del puente provisional. Seguro de que quedaría terminado antes de lo que había predicho. Igor confió la tarea a los ingenieros subordinados.

La demora tenía en estado casi frenético al capitán Orlov quien enfiló a toda marcha en dirección a Eberswalde, zigzagueando entre las interminables hileras de tanques, cañones, vagonetas, jinetes… tocando el claxon incesantemente y ordenando a la infantería se refugiase a toda prisa en las cunetas. Desbarraba sin descanso. Igor procuraba ignorarle. ¡Qué magnífica vista aquella masa inmensa de hombres y armas! Pronto llegaría el final de aquellos cinco años horribles. Estaban a las puertas de Berlín… Rusos…, ucranianos…, asiáticos achaparrados de las tierras mogoles y tártaras…, armenios de ojos negros y georgianos.

A Igor le inquietaban las habladurías del alto mando según las cuales Stalin prefería que se luchase en las calles de Berlín antes que permitir a los nazis que se rindiesen. Sería un pretexto para destruir la capital, calle por calle, casa por casa. ¡Qué vergüenza perder muchos millares de jóvenes en aquella última hora de la

guerra!

Igor enrolló el abrigo, lo colocó a guisa de almohada y fingió dormir para poner fin a la charla de Ivan Orlov. Un cruce atascado de vagonetas les obligó a parar. Una mujer de seno opulento, que vestía el uniforme de policía militar, respondió al largo y sostenido bocinazo de Orlov.

—¡Paso libre, maldita sea, limpien el camino!

—¿Por qué llevas tanta prisa, camarada? —preguntó la mujer soldado.

—Tenemos una cita con el comisario.

—Excúsame, camarada. ¡Despejen el camino! ¡Déjenles pasar!

El Grupo de Gobierno Militar y Civil del pueblo estaba establecido temporalmente en el gimnasio de muchachos de la ciudad de Eberswalde, a unos cincuenta kilómetros al norte de Berlín, donde aguardaban la caída de la capital. Banderas blancas de rendición colgando de las ventanas de las casas contrastaban con las banderas rojas del tejado del colegio.

El capitán Iván Orlov, que llegaba con una hora de retraso, saltó del «Mercedes». Se dio a conocer rápidamente a los dos agentes de la policía política, tocados con gorros azules, y trotó por el pasillo principal, del que todavía colgaba un retrato de Adolfo Hitler.

En la puerta, se reunieron con Igor sus dos oficiales jóvenes, el capitán Boris Chernov y el joven subteniente Feodor Guchkov, quienes no habían visto al coronel durante varios días. Se intercambiaron abrazos y palmadas a la espalda.

—¿No se ha enterado, Igor? ¡El Frente de la Rusia Blanca, de Popov se ha acercado a los suburbios del este y sur de Berlín!

—¡Y el Frente Ucraniano está entrando desde el norte! —añadió Feodor. —Los tenemos dentro de unas tenazas.

—Es noticia oficial. ¡Nos hemos dado la mano con los americanos en el río Elba!

—¡Magnífico! —rugió Igor Karlovy. —Pero por ahora será mejor que entre a ver al camarada Azov.

—Esperaremos aquí —respondió Feodor. —Esta noche empieza en serio el bombardeo de Berlín. Sé un lugar, cerca de las primeras líneas, desde donde podremos verlo.

—Traigan el vodka —dijo Igor, y preguntó por dónde debía pasar para ir a la oficina de V. V. Azov, pero se detuvo un momento para echar una mirada a la sala de espectáculos. El Cuerpo de Agitación y Propaganda se entregaba de lleno a la tarea: pilas de carteles con los retratos de Stalin, Lenin, Marx y Engels; pilas de octavillas; largas tiras de letras encarnadas sobre tela blanca, pregonando consignas, entrarían en acción en cuanto se hubiese disparado el último tiro.

V. V. Azov estaba sentado detrás de su mesa, con una cara como una estatua. Iván Orlov repetía nerviosamente la excusa por haber llegado tarde.

—El mariscal Popov en persona ha pedido al coronel Karlovy que cuidase del tendido del puente.

Azov hizo callar al capitán levantando la mano y sin dar muestras de si le creía o no le creía. Parecía alejado del alborozo que causaba el magnífico sesgo de los acontecimientos. Casi no se le veía nunca una sonrisa, un ceño, ni ninguna de esas manifestaciones que son atributo de las reacciones humanas. Saludó a Igor Karlovy breve y formulariamente. Llevaba el espeso y negro cabello perfectamente ordenado y el bigote peinado y cuidadosamente enhiesto. El cuello de la sencilla guerrera estaba desabrochado. Detrás de sus ojos grises y apagados funcionaba un cerebro entrenado a recibir y propagar informaciones sin la menor emoción.

—¡He oído la noticia de que hemos establecido contacto con los americanos! —dijo Igor. —¡Es maravilloso!

Azov abrió la boca pausadamente y se puso a hablar como un autómata, con acento inexpresivo:

—Podemos comprender muy bien la exaltación de estas horas. Sin embargo, coronel, no vamos a perder de vista el hecho de que la participación norteamericana en esta guerra ha constituido un factor de poca importancia.

Gracias a un largo trato con los comisarios, Azov sabía cómo había de interpretar la declaración de éste. Desde hacía varios meses se adoctrinaba al pueblo de la U. R. S. S. en el dogma de que la victoria en la guerra se debía al solo esfuerzo de los rusos. Al oírlo de labios de Azov, Igor supo que estaba escuchando la versión de la política oficial. Era completamente seguro, sabía Igor, que los miembros de Agitación y Propaganda estaban preparando literatura para minimizar la participación americana.

—Importa mucho más todavía —continuó Azov— que usted y nuestros camaradas del Comité de Liberación del Pueblo Alemán tracen los planes definitivos para el desmembramiento del complejo industrial de Berlín como primer plazo de las reparaciones de guerra.

—Debería hacerse, camarada comisario —respondió Karlovy.

Como el Comité de Liberación del Pueblo Alemán le había agotado la paciencia, Igor dejó al capitán Orlov para que siguiera tratando con ellos y salió en busca de Boris Chernov y Feodor Guchkov. Los tres abandonaron Eberswalde en dirección a las líneas del frente, con tres hogazas de pan, cinco botellas de vodka, un acordeón, una mandolina y una balalaika. El joven Feodor destapó la primera botella y se puso a cantar. Boris guió el destartalado coche hasta una carretera lateral, llena de baches. Subieron a sacudidas pendiente arriba, luego cortaron diagonalmente por un campo de cultivo hasta una pequeña elevación, aparcaron y anduvieron hasta el borde. Ante ellos se desplegaba un panorama aterrador. Millares de cañones de las brigadas de artillería ligera, artillería pesada, regimientos de lanzamiento de cohetes y cañones autopropulsados se alineaban rueda con rueda hasta donde alcanzaban la vista en ambas direcciones.

Esto requería otra botella de vodka. Los tres hombres se sentaron en cuclillas sobre un montón de pedruscos y se pusieron a comer el pan y una ración de arroz de sus toneles, regándolo todo con el vodka polaco.

Igor se acercó a la cara los anteojos de campaña. Delante de las filas de cañones, divisiones de tanques aguardaban desplegadas y preparadas. Infantes y jinetes, en número de un millón, al parecer, hormigueaban por bosques, caminos y campos en dirección a las siluetas de los suburbios septentrionales de Berlín.

Uno tras otro, los controles adelantados de la artillería ordenaron que se disparasen salvas de ensayo. Los puestos avanzados de observación dispusieron los reajustes necesarios. Con la llegada de la oscuridad el ritmo se aceleró hasta que todas las piezas de la fila vomitaron un diluvio de acero contra Berlín, en la más saturada concentración artillera sobre un solo blanco de toda la historia de la guerra. Los cañones saltaban hacia atrás de doce en doce cada vez, haciendo retemblar la tierra violentamente; el cielo se iluminaba con decenas de millares de fulgores de los rayos que partían de las bocas, y el rugido se volvía horrendo. Un viento cálido se levantó en medio de aquella agitación, subiendo hasta el otero y trayendo al olfato de los tres militares el olor de la pólvora quemada.

La desatada furia y el vodka empezaron a embotar a Igor Karlovy y a sus dos oficiales. Boris Chernov amenazaba a Berlín con el puño, soltando maldiciones; y Feodor daba vítores y chillaba, alentando a los atacantes.

—¡Matad a los canallas nazis!

El fuego de barrera alcanzó una nueva intensidad salvaje. Igor Karlovy permanecía inmóvil. Los relámpagos se reflejaban en sus ojos y le traían el recuerdo de otros fuegos…

La memoria había transportado a Igor Karlovy a Leningrado. El coronel se encontraba en la *Sovietskyt*, mirando al otro lado del río Neva, cubierto de hielo. Entonces eran los cañones alemanes y finlandeses los que escupían obuses sobre Leningrado, y por su alrededor ardían los incendios. ¡De pronto vio que el Hogar Infantil Número 25 se desplomaba bajo un impacto directo! Corrió allá. Los gritos de dolor llegaban a sus oídos. El bombardeo había cogido desprevenidos a los niños.

¡Muerte a los nazis, asesinos de niños! Un enorme rótulo colgaba sobre la entrada de la Fábrica Número 67. Por todo Leningrado, rótulos y consignas bramaban contra los verdugos nazis, y otros rótulos y consignas exhortaban a soldados y obreros a realizar esfuerzos sobrehumanos.

—¡Mire, coronel, mire! gritaba Feodor, echando los brazos alrededor de Karlovy. Su lengua de borracho oscilaba libremente. —¡Mire los fuegos de Berlín! ¡Matad a los canallas!

¡Cuánto tiempo! ¡Cuantísimo tiempo había aguardado Igor para presenciar aquel

instante glorioso! ¡Berlín en llamas! ¡Berlín en dolores de muerte! ¿Cuántas veces creyó que no llegaría jamás? Todos aquellos días terribles pasados eran ahora recuerdos…, todos aquellos trece meses de asedio…

—¡Muerte a los canallas nazis! ¡Violadores de nuestra madre patria!

Cuando Igor Karlovy fue trasladado a Leningrado, en 1941, se encontró con una ciudad aturdida y amedrentada. El darse cuenta de que el Ejército rojo era vulnerable había causado una impresión terrible en el pueblo.

—Las primeras semanas de campaña contra los finlandeses habían terminado en el desastre. Aquéllos, vestidos de blanco, esquiando como fantasmas por la nieve y utilizando sus bosques como refugio, hacían una carnicería entre los asaltantes rusos. Aquí, la táctica rusa de la apisonadora no dio resultado. Hasta que los rusos no aprendieron a luchar a la manera de los finlandeses, fueron derrotados por un enemigo quince veces inferior.

Los soviéticos estaban indignados contra los americanos, los cuales se habían puesto al lado de los finlandeses abiertamente sólo porque éstos habían pagado anualmente unos cuantos dólares de una antigua deuda de guerra. Los americanos no comprendían que los finlandeses tenían posiciones militares en el Istmo de Karelia, en la misma garganta de Leningrado, y que Mannerheim, el dictador finlandés, era uña y carne con el Estado Mayor alemán. Para la Unión Soviética, no disputar aquellas posiciones finlandesas habría representado hacer oposiciones al suicidio.

En seguida de terminar la campaña de Finlandia, Igor Karlovy fue a Leningrado. La ciudad tenía un significado especial, lo mismo que Moscú. No solamente era un gran centro cultural y un puerto de mar soviético, sino la cuna de la Revolución de Octubre. Con las Fuerzas Armadas Soviéticas reorganizándose, eran un momento y un lugar adecuados para que un oficial joven, se hiciese un hombre.

El solapado ataque alemán contra la Unión Soviética se produjo en junio de 1941. En setiembre, treinta divisiones alemanas y el Ejército finlandés, sediento de un desquite, presionaban sobre Leningrado.

Las masas de la ciudad estaban aturdidas y coléricas. Nunca hasta entonces habían oído los dirigentes tan amargas críticas contra el régimen. Las masas gritaban: «traición». Se habían dejado engañar hasta convencerse de que el Ejército rojo era invencible y se sentían más traicionadas aún porque Leningrado estaba literalmente indefenso y carecía de reservas.

Después se volvieron pasivas. No se trataba de que recibieran a gusto a los alemanes, puesto que sabían que les tratarían duramente, sino que comprendían, con gran alivio, que los comunistas huirían pronto.

Los jefes comunistas, presa del pánico, habían hecho las maletas y estaban preparados para marcharse cuando Stalin les ordenó que se quedaran y que Leningrado debía resistir, costara lo que costase.

Un millón de obreros de las fábricas y los colegios y el Ejército salieron a construir un cinturón de defensa contra los ejércitos nazis que se acercaban.

Sí, era la ocasión en que un ingeniero de las Fuerzas Aéreas rojas se labrase un nombre. Aunque interesado principalmente en pistas, tráfago aéreo e instalaciones de aviación, la necesidad de aquella hora le llevó hacia otros campos. Igor Karlovy demostró poseer una iniciativa y una inventiva especiales, que hacían muchísima falta para la construcción de defensas. Él fue quien concibió un plan para desmantelar el no terminado estadio y utilizar los millares de bloques de cemento en el perímetro de la ciudad.

En el trance de la retirada del Ejército rojo dentro de Leningrado, el pueblo ruso estaba enterado ya de que los alemanes no eran unos libertadores. Empujados por el miedo más descarnado, decenas de miles de hombres y mujeres se alistaron en los batallones de defensa y guarnecieron los parapetos.

Cuando pudo apreciar con todos sus cinco sentidos la proximidad de Leningrado, Hitler se pronunció contra el consejo de sus generales y prohibió una lucha por las calles. Con los finlandeses como aliados. Alemania puso sitio a la ciudad. Hitler estaba seguro de que el sitio quebraría la resistencia rusa, logrando los mismos resultados que la desmoralización, los bombardeos y el hambre habían obrado en Varsovia y otras infortunadas ciudades de Europa. Hitler creía que los rusos eran seres infrahumanos, con lo cual se les despojaría pronto de la voluntad de resistir. Había empezado uno de los asedios más considerables de todos los tiempos.

La artillería del Ejército rojo proseguía el vapuleo de Berlín con furia que no menguaba mientras iba transcurriendo la noche. El joven Feodor había perdido los sentidos de puro borracho. Boris Chernov dormía en el asiento trasero del coche. Sólo Igor Karlovy montaba la guardia, porque estaba sereno y el dolor del recuerdo le pinchaba ahora vivamente.

Recordaba la despiadada agonía del invierno de 1941. Leningrado estaba aislado de Rusia, excepto por un solo pasillo sobre el lago Ladoga, a la espalda. En el lago no había bastantes embarcaciones ni para evacuar a la población, ni para traer combustibles, víveres y municiones suficientes, y, por añadidura, tenían que cruzar bajo los cañones del enemigo.

Los jefes comunistas, a los que se dirigía arengas desde Moscú, enardecían a su vez a las masas.

En aquellos días, un ingeniero de la Fuerza Aérea roja dormía poco. Igor estaba ocupado en la construcción de media docena de pequeñas pistas de aterrizaje con objeto de intentar un avituallamiento por el aire. El plan resultó desastrosamente insuficiente.

Cuando se heló el lago Ladoga, él y otros ingenieros realizaron la peligrosa hazaña de construir caminos sobre la superficie del hielo para mantener en marcha los magros convoyes de camiones y trineos.

Llegó el día triste en que se ordenó que todas las casas de madera de Leningrado

fuesen desmanteladas para leña, y en las turberas de alrededor de las islas hubieron de trabajar batallones de mujeres bajo el fuego de la artillería alemana.

No obstante, fuese como fuere, el pueblo lo soportó. Los rusos pusieron de manifiesto su capacidad ilimitada para resistir el sufrimiento. En Leningrado, lo mismo que en toda Rusia, no se producían artículos civiles, prácticamente. Los obreros se veían obligados a trabajar un número increíble de horas para sostener la existencia más precaria. Tierra adentro, veinte millones de hombres y mujeres se instruían y armaban en aquel singular esfuerzo de la nación por sobrevivir.

En Leningrado las cartillas de racionamiento se convirtieron en la llave de la vida y el medio de controlar las masas y obtener más trabajo de ellas. Dentro de cada fábrica, batallón de trabajadores y unidad del Ejército, existía el comisario político, el miembro del partido, el agente del Servicio Secreto y el confidente para aplicar una presión incesante, junto a las tácticas del miedo. Escaseaba casi todo, excepto consignas y retratos de Stalin. Día y noche se machacaba dentro de los cerebros las noticias de las atrocidades alemanas. No había un momento de descanso, ni siquiera en aquel infierno.

A medida que las reservas de carbón disminuían, los cortes de la electricidad detenían la industria, los transportes, la luz y la calefacción.

En 1941, el puñal de la muerte tenía forma de carámbano de hielo, y bajo ese puñal murieron cuatrocientas mil personas. La vista de cadáveres helados por las alcantarillas de Leningrado se hizo tan corriente como escuchar las consignas. Muertos de hambre, bombardeados desde dentro y desde fuera, medio locos de miedo, los habitantes de Leningrado se aferraban al hilo de la vida, y se les empujó a rendir, todavía una onza más de energía.

A medida que los cañones sitiadores iban martilleando, la piedra tenaz de Leningrado empezó a desmoronarse pedazo a pedazo. Las bajas en los hospitales, escuelas y fábricas espantaban. «Stukas» y «Messerschmitts» descendían del firmamento lanzando alaridos…; días…, semanas…, meses…, años…

En la primavera de 1942, un Ejército rojo en vías de recuperación penetró desde el sur, abriendo en el cinturón de asedio un pasillo de ocho millas, llamado el boquete de Schlusselberg. Los ingenieros de Karlovy y hordas de mujeres tendieron una línea férrea a través del boquete y levantaron defensas «bull-dog» a uno y otro lado. Los alemanes jamás consiguieron cerrar aquel estrecho cuello de botella. Hitler continuaba convencido de que lograría someter a los rusos por hambre; pero desde que pasó el primer tren de suministros por el boquete de Schlusselberg, entrando en Leningrado, quedó escrito que la ciudad resistiría.

A pesar de esta línea vital abierta hacia el resto de Rusia, la tragedia del sitio continuaba con toda su realidad. El hambre, las enfermedades, la artillería, las incursiones aéreas y el frío de otros dos inviernos rusos exigirían todavía otro medio millón de vidas.

¡Mueran los nazis, asesinos de niños!

Sí, un millón de muertos. Éste fue el precio de Leningrado.

Igor estaba parado en la Sovietsky Prospekt cuando el Hogar Infantil Número 25 se desplomó bajo el impacto de un obús. Corrió hacia allá, con los alaridos de los niños martilleándole en los oídos.

—¡Dios mío! ¡Mi hijo está allí! ¡Mi hijo! ¡Yuri! ¡Yuri!

Yuri Karlovy nació, vivió y murió durante el asedio.

Al amanecer, los cañones rusos estaban al rojo blanco y deformados de tanto disparar. Boris y Feodor seguían durmiendo. El tres veces condecorado héroe de la Unión Soviética, poseedor de la Orden de Lenin al Valor, reunió a sus muchachos y emprendió el regreso en coche a Eberswalde mientras el poderoso Ejército rojo asaltaba los suburbios de Berlín.

CAPITULO III

EL escenario estaba dispuesto para poner en escena el deseo alemán de muerte total. Desde el «bunker» de la cancillería, Adolfo Hitler acarreó una autodestrucción definitiva con su premeditada decisión de luchar hasta el fin. Ciertamente, todo ello entraba en la tradición de las furiosas muertes de los ídolos de las leyendas teutonas con la diferencia, sin embargo, de que esto no era un mito.

A semejanza del Berwin de Rombaden, exhortaba a sus guerreros a realizar gestas sobrehumanas. No obstante, a diferencia de los arios de la leyenda, los «arios» de Hitler existían de nombre únicamente y no podían responder. La orden de que acudiesen a liberarlo y se lanzasen a contratacar la daba a unos ejércitos inexistentes, sobre el papel. Hitler se sometió a un odioso ritual de ceremonia de boda con Eva Braun, una mujer tan estúpida y obtusa como Emma Stoll. Y, en sus últimos momentos, despotricaba clamando que Alemania entera le había traicionado y era indigna de su genio.

Los rusos, a quienes había declarado infrahumanos, continuaron sus monstruosos fuegos de barrera con asaltos frontales a las mismas entrañas del reino de Hitler. Mientras la atormentada ciudad se revolvía con los estertores y las angustias de la muerte, Hitler aguardó hasta que el enemigo estuvo casi al alcance de su mano, y entonces ordenó que acercaran la antorcha a su cuerpo.

Niños y ancianos del Ejército del Pueblo, desorganizadas unidades militares y nazis fanáticos hacían pagar una copiosa contribución de sangre al asaltante ruso.

El último baño de sangre fue un sacrificio propio de la muerte de los dioses paganos. Los alemanes luchaban desde los «bunkers», los tejados, las esquinas de las calles y las ventanas. Berlín era una ciudad sólida, de piedra y acero, lo mismo que Leningrado; pero, a diferencia de los alemanes, el Ejército rojo no rehuyó un combate calle por calle.

En los últimos días de abril, las victorias rusas se contaban por pulgadas; las bajas, por decenas de millares. No, esto no era un asedio; era demoler palmo a palmo, habitación por habitación aislar casa por casa, calle por calle, barrio por barrio; reducirlo todo a escombros. La artillería y los tanques disparaban por las calles principales a quemarropa y las paredes se doblaban grotescamente y se desplomaban. La carne de cañón, armada de bayonetas y lanzallamas, se abría paso reventando y destripando. Ríos de sangre corrían por las alcantarillas. El espinazo nazi se quebraba a golpes de martillo macho, incesantes, inevitables. El alemán se suicidaba, luchaba, sangraba, huía, se rendía. La población civil se acobardaba y moría de hambre y se quedaba deshidratada por la sed de la angustia.

Las magníficas *Unter den Linden y Siegesallee*, con sus bulevares inmensos y sus grandes estructuras macizas, quedaban reducidas a cascotes ignominiosos. Los puentes se hundían, crepitando, en el Spree, y la Puerta de Brandenburgo estaba

agujereada como un tamiz; los castillos y el Reichstag humeaban, y las fábricas que habían conseguido mantenerse en pie al cabo de meses de bombardeos se derrumbaban con los tiros horizontales de los cañones y el tableteo incesante de ametralladoras, granadas y morteros. Este violento estrépito continuó sin descanso hasta que se apoderó de los defensores una depresión que era ya más que simple agotamiento. Y entonces fueron aislados sistemáticamente y sus municiones descendieron al nivel de cero.

El primero de mayo las banderas blancas brotaron a decenas de miles, seguidas por las manos en alto de la rendición. El estrépito y el furor disminuían, al mismo tiempo que solitarias y fanáticas unidades suicidas realizaban un último gesto pueril.

El día 2 de mayo los vehículos del Ejército rojo corrían libremente por aquellos lugares no interceptados por los escombros. Dominaban una ciudad que había sufrido más daños a manos del hombre desde una punta a la otra, y debajo de las montañas de ladrillos yacían centenares de miles de paisanos muertos.

Meses atrás, cuando el Ejército rojo empezaba la ofensiva final, los periodistas rusos, con la bendición oficial, prometían a los soldados que Berlín y todo lo que hubiera en la ciudad sería botín de los vencedores.

A medida que las tropas de combate conseguían el control completo de la ciudad eran retiradas de un modo sorprendente y súbito de Berlín, batallón por batallón, y remplazadas por fuerzas de guarnición de calidad inferior. Estas fuerzas de relevo contenían gran número de asiáticos, procedentes de Repúblicas Soviéticas lejanas. Ellos iniciaron el capítulo final de horrores sobre el enemigo derrotado.

Durante los últimos días de abril, la familia Falkenstein y todos sus vecinos se encerraron en las bodegas, mientras los oficiales de las SS de un campo vecino presentaban una última resistencia en el barrio de Dahlem. El gemir de las balas, el estallar de los morteros y la explosión de los obuses los tuvieron encogidos y acobardados durante toda la enconada batalla.

El miedo les hacía olvidar el hambre. En la bodega de los Falkenstein se oía un sonido nuevo, que en años no había sido escuchado: la voz de Bruno Falkenstein, rezando.

La mente se les había nublado. La radio, estropeada; el aseo, sin funcionar; no quedaba más que una sola vela, y nada de agua ni de comestibles.

A primeras horas del tercer día de batalla hubo un corto y violento intercambio de fuego de cañón, y luego un silencio absoluto, aterrador. La calma se prolongó por un espacio que parecía de horas; nadie recordaba un silencio igual durante años.

Cuanto más se prolongaba la quietud, más espantosa se volvía. Los cuatro miembros de la familia, sucios, hediondos, muertos de hambre, permanecieron sentados en medio de su estupor durante más de una hora, sin pronunciar una sola palabra. Al final, la señora Falkenstein hizo crujir la cama al incorporar su

voluminosa humanidad y se subió a un cajón vacío para mirar por una ventana a nivel de la calle. Después de apartar las tablas y la manta fijó una mirada bizca en una eterna monotonía gris que no revelaba nada.

—¿Qué haremos, Bruno?

—No lo sé —respondió él con voz áspera.

—Hemos de encontrar víveres y agua, o moriremos todos.

—Me levantaré y subiré a ver si hay alguien ahí —dijo Ernestine. Su padre protestó, pero ella insistió arguyendo que estaba en mejores condiciones para andar que los demás. —No suban a buscarme, ni se muevan de aquí hasta que regrese.

—Por amor de Dios, ten cuidado, Ernestine.

Ernestine subió las empinadas escaleras, empujó la trampa y dirigió una mirada al desorden que había en el pasillo. Tenía un cuerpo ligero y ágil. Izóse con cuidado, dejó caer la trampa de nuevo y, pensándolo mejor, arrastró una alfombra de la antesala y la puso encima de la puerta.

La sala de estar, destrozada desde mucho tiempo atrás, estaba atestada con los objetos del resto de la casa. Ernestine empujó una puerta provisional y miró al exterior. Ni un signo de vida en las calles. Las cicatrices de la batalla destacaban claramente; la calle ardía en rescoldos desde uno a otro extremo. Ernestine decidió cruzar a la carrera hasta la casa de sus vecinos, los Kaiser. El sonido de sus propias pisadas la empujaba a correr más de prisa todavía.

En mitad de la calle hundió el tacón en un agujero pequeño de mortero y rodó por el suelo, torciéndose el tobillo. Con un grito de disgusto y de dolor, giró hasta ponerse a gatas y probó de levantarse. El pie no le sostenía. Ernestine rechinó los dientes y probó de arrastrarse, cuando vio, por el rabillo del ojo, algo que se movía.

Ernestine levantó la vista poco a poco. Unos metros más allá, en el cruce, dos hombres con sendos fusiles a la espalda se habían parado y la miraban. Llevaban bandoleras cruzadas, anchos pantalones pardos, botas bajas y estrellas rojas en los gorros. ¡Rusos! Ambos se acercaron a ella con cautela, sonriendo.

El tobillo le dolía y Ernestine reprimió el impulso de echar a correr. Ahora uno de los dos hombres le apuntaba con el arma. Ambos parecían muchachos en el final de la adolescencia. Uno era rubio y más bien imberbe. El otro moreno, con una greñosa melena de pelo.

—*Kumm frau* —dijo el rubio, acercándose sigilosamente. —*Kumm frau*.

—Tic, tic, tic, tic —dijo el melenudo, señalando la muñeca de Ernestine. En seguida se inclinó, le cogió el brazo, le arrancó el reloj de pulsera, se lo acercó al oído y echó a reír. —Tic, tic, tic, tic. —Su camarada escuchaba, divertido también.

Ernestine probó de alejarse a rastras mientras ellos jugaban con el reloj, pero los dos soldados la siguieron, porfiando:

—*Kumm frau*!

Ernestine se puso de pie repentinamente, probó de correr, y tambaleándose atontada, cojeando sobre el tobillo torcido. El soldado rubio la agarró por el largo

cabello y la tumbó en el suelo nuevamente, sin piedad.

—*Kumm frau*! —repetía, buscando con la mirada un sitio adonde llevarla. Cuando el soldado se inclinó, Ernestine vio los ojos de un hombre salvaje y escuchó la respiración de un perro en celo. La muchacha lanzó las manos contra su cara y le abrió la carne con las uñas. El soldado la puso en pie de un tirón y la rodeó con los brazos, arrastrándola hacia el jardincillo del patio de los Kaiser. Ernestine no osaba gritar, pues con ello sólo habría logrado que salieran sus familiares y se pusieran en peligro, pero pataleó y se revolvió con furia, y sus dientes se abrieron paso dentro de la carne del ruso. Éste rugió de dolor y la soltó. El de las greñas abatió el puño sobre los labios de la muchacha.

Ernestine giró bajo la violencia del golpe, chocando con fuerza contra el polvo, que le llenó la boca, la nariz y los ojos. El mundo rodaba en un torbellino demente. Ernestine hundió los dedos en la tierra húmeda para detener aquel girar incesante…, vio su propia sangre que manaba, se vio a sí misma hundiéndose en ella… y se incorporó lentamente hasta quedar sentada, sujetándose la cabeza con las manos y gimiendo. Otro puñetazo del ruso de la melena la tumbó de espaldas. El soldado le cogió los brazos y la sujetó contra el suelo, clavándole las rodillas en las muñecas. El rubio se arrodilló sobre ella, gruñendo, con los pantalones bajos.

Una hora después Ernestine llamaba casi sin ruido en la trampa de la bodega. La puerta se abrió con un chirrido. La muchacha se arrastró hasta el borde, rodó escaleras abajo y quedó tendida como una masa informe sobre el suelo. Tenía el vestido hecho harapos, ambos pechos al descubierto y los párpados cerrados e hinchados. De su boca manaba sangre. Profirió un largo gemido gorgoteante y luego la bendita oscuridad la sumió en la inconsciencia.

Bruno Falkenstein metió la mano debajo de la almohada, agarró la pistola y se lanzó hacia las escaleras. Su esposa le echó los brazos alrededor de las piernas.

—¡No! ¡No salgas armado!

—¡Voy a matar a esos canallas!

—¡Bruno! ¡Dame el arma y busca al doctor Hahn! ¡Escúchame, por amor de Dios! ¡Es posible que nuestra hija esté agonizando!

El localizar al doctor Hahn resultó una tarea monumental. Falkenstein perdió el reloj en manos del primer ruso, otro ruso le maltrató por no llevar reloj y un tercero le pegó por el solo gusto de pegarle. Varias veces le ordenaron que retrocediera, obligándole a emplear el método de los rodeos. Cuando al final encontró al médico, éste estaba atendiendo a una muchacha de diecinueve años que había sido violada por seis rusos. La chiquilla se encontraba muy maltratada y sufría un *shock* nervioso. El doctor Hahn prometió a Falkenstein que iría tan pronto como pudiese.

Transcurrió otra hora larga antes de que el doctor Hahn pudiera llegar a la bodega

de los Falkenstein.

—¿Y aquella chiquilla?

—Muerta. Ahí arriba se han vuelto locos. Eso no tiene fin.

El médico, que había traído al mundo a las dos muchachas, así como a su hermano Gerd, se arrodilló al lado del camastro de Ernestine, la hizo rodar hasta ponerla boca arriba, separó los hinchados párpados y dirigió la luz de una pila eléctrica a las pupilas. La sangre de la boca se había coagulado; el corazón y el pulso eran débiles, pero firmes; los cortes y los cardenales, innumerables. El médico desinfectó las heridas con su escasa provisión de drogas, las lavó con una solución y luego pasó una barrita de amoníaco por debajo de la nariz de la paciente. Ésta gimió, recobrando más o menos los sentidos.

—Ernestine. Soy el doctor Hahn.

La muchacha movió la cabeza indicando que le entendía.

—Quiero reconocerte para ver si tienes algo roto. Tú me dirás si duele mucho.

El médico le palpó el cuerpo y luego permaneció inmóvil un largo momento, aturdido por la más completa sorpresa.

—No sufre *shock* y esto es muy favorable. El tobillo no está roto, sólo torcido, pero sospecho que tiene un par de costillas fracturadas y quizá alguna lesión interna. No sería preciso decir que está muy mal a consecuencia de los golpes y las violaciones. No sé qué podemos hacer en cuestión de alimentos y medicinas…

Todo el mundo se quedó paralizado a la vez al oír el ruido sordo de unas pisadas sobre sus cabezas.

—¡Señor! Nos hemos olvidado de cerrar la trampa —susurró Bruno.

—¡Silencio!

Los sonidos de arriba se intensificaron…, risas…, frases en un idioma extraño…, habían derribado y aplastado algo de un puntapié. La señora Falkenstein cogió a Ernestine por debajo de los sobacos y la arrastró debajo de un catre, mientras apagaban la vela.

Falkenstein quería ir a coger su pistola, ¡pero en este punto las pisadas estaban encima mismo de ellos! El foco de la pila eléctrica tanteó a través de la abierta trampa, corrió por las paredes y se detuvo al descubrir la cara de Hildegaard. ¡La muchacha profirió un alarido!

Un soldado saltó al suelo, trazó un arco con el fusil ametrallador apuntándoles, y llamó a los otros. Detrás de él bajaron otros tres. Eran mongoles; bajos y recios, con la piel amarilla y mostachos largos y caídos. El último llevaba un saco cuadrado de arpillera lleno de relojes de pared, vajilla de plata, objetos de porcelana, candelabros, producto del pillaje.

El jefe, tambaleándose y casi sin sentido a causa del alcohol, se acercó a ellos, diciendo:

—Tic, tic, tic, tic.

—Quieren sus relojes —dijo el doctor Hahn. —Dénselos.

Hildegaard y Herta Falkenstein se los quitaron nerviosamente y los pusieron sobre la mesa del centro. El jefe los cogió de un zarpazo y se los puso en el brazo izquierdo, donde llevaba ya una docena.

Luego espetó un mandato al del fusil ametrallador, quien sonrió a través de unos consumidos dientes pardos y amarillos al mismo tiempo que separaba al doctor Hahn y a Falkenstein de las mujeres, apuntándoles al pecho con el cañón del arma e indicándoles con el ademán que se volviesen de cara a la pared.

—*Kumm frau* —dijo el jefe, avanzando hacia Hildegaard Falkenstein.

—Oigan —dijo rápidamente el doctor Hahn—, es inútil luchar. Podrían matarlas. Hagan lo que les digan…, no resistan.

—¡Madre! —gritó Hildegaard, echándose dentro del impotente abrazo protector de Herta. —¡Madre! ¡Dígales que estoy enferma! ¡Dígales que no me obliguen!

Herta Falkenstein estrechó con fuerza a su hija durante un instante, y luego se la arrebataron y la arrojaron sobre el camastro debajo del cual estaba escondida Ernestine.

—¡Animales! ¡Canallas! —gritó Bruno al mismo tiempo que se volvía y arremetía. El cañón del fusil del guardia le dio sobre el puente de la nariz, enviando sus gafas contra el suelo, hechas pedazos. Otro golpe en la mandíbula con la culata del arma le hizo resbalar en un movimiento lento hacia el suelo, donde quedó a gatas, revolviéndose insensatamente. Un último golpe le derribó por completo, y debajo de su rostro empezó a formarse un charco de sangre.

El jefe desgarró los vestidos que cubrían a Hildegaard, hazaña que sacudió a los otros tres soldados con espasmos de risa, mientras la muchacha gritaba, trataba de protegerse, suplicaba y lloraba. El jefe la derribó de un golpe y se le echó encima. Otro soldado tiró de un empujón a Herta Falkenstein sobre otro camastro. El cuerpo obeso y fofo de la madre y sus enormes pechos colgantes entusiasmaron a los mongoles, que reían y lanzaban hipidos mientras se le ponían encima a la fuerza.

Las dos mujeres se quedaron rígidas y sin protestar. Cuando los dos primeros asaltantes hubieron terminado, cambiaron de pareja. Los otros dos se enfurecieron, apartando a sus camaradas a empujones y tomaron su turno. En medio de todo ello, el jefe empezó a vomitar por culpa del licor y los otros orinaron e hicieron sus necesidades en el suelo. Cada nuevo acto repugnante lo consideraban muy gracioso y les arrancaba alaridos de risa.

Dos horas después de haber llegado, en un último estallido de vandalismo, destrozaron a tiros los estantes de la bodega, y se marcharon.

Mientras el doctor Hahn se disponía a prestar sus cuidados a las mujeres, Bruno Falkenstein se arrastró hacia su catre, cogió la pistola de debajo del colchón y se metió el cañón en la boca. El doctor dio un salto hacia él y le arrancó la pistola de las manos de un puntapié. Bruno se revolvió por el suelo, llorando.

—¡So idiota! ¡Ayúdeme a atender a las mujeres!

—¿Por qué me ha detenido? ¿Para qué tenemos que vivir? ¡Estamos arruinados,

todos!

El anciano doctor Hahn permanecía inmóvil en aquella cámara de horrores, con el olor fétido penetrando profundamente en su nariz. Veía cómo el angustiado padre golpeaba el suelo con los puños, veía el desorden y la sangre y escuchaba los gemidos de las tres mujeres.

La señora Herta Falkenstein se arrastró fuera de su camastro, se arrodilló al lado de su postrado marido y le tocó la cabeza. Bruno se apartó de ella.

—Bruno —gimió la señora Falkenstein—, ve con Hilde. Dile que la amas. Por favor, acércate a Hilde y dile que la amas.

—Arruinados —lloraba él. —Estamos arruinados.

CAPÍTULO IV

HEINRICH Hirsch bajaba solo y desarmado por el centro de una calle todavía humeante de la batalla, en el distrito de Neukolln, de Berlín, y se detuvo delante de un edificio de tres pisos en el número 2 de la Geyerstrasse. Un rótulo picado por las balas, con la palabra «Backerei», oscilaba y gemía. La ventana estaba reventada y remendada. Heinrich Hirsch levantó la vista hacia el segundo piso. Un tiesto de una ventana daba asiento a unas petunias que se inclinaban fatigadamente.

El joven era alto y esbelto. Tenía una cara delgada con unos rasgos semíticos, revelando que era medio judío, por parte de madre. Llevaba unas botas nuevas y relucientes, un atuendo semimilitar y una estrella roja en el brazal.

Subió los crujientes peldaños hasta el apartamiento cuarto del segundo piso, que daba a la fachada, y llamó. Una anciana llena de miedo abrió la puerta pausadamente Al ver la indumentaria rusa del joven, palideció.

Heinrich empujó la puerta, abriéndola de par en par, y entró en la estancia. La mujer se arrimó a una pared, espiando sus movimientos, mientras él se plantaba en el centro de la habitación y lo repasaba todo con los ojos.

—No se asuste, anciana —dijo. —Yo viví aquí, en otro tiempo. Sólo quiero echar un vistazo.

¿Hacía solamente diez años…? Diez años, casi día por día. Se acordaba de cuando entró en la habitación y vio las caras tristes de los camaradas. Se le ordenó que se fuese a su cuarto a dormir.

Heinrich se encaminó hacia un estrecho pasillo y abrió la puerta de un dormitorio diminuto. Allí estuvo acostado aquella noche, diez años atrás, escuchando las discusiones de los camaradas. Durante aquellos días se pasaba muchas noches despierto en la cama, escuchando. El alud nazi tenía desorientados a los camaradas. ¿Qué hacer? ¿Dónde contratacar? ¿Cómo luchar?

Miembros importantes del partido iban desapareciendo, uno tras otro. Empezaban a sonar nombres de campos de concentración… Oranienburg…, Dachau.

Y luego… le llegó el turno a su padre. Aquella noche habían hablado hasta muy tarde. Cuando los otros se marcharon, sus padres se fueron a dormir en el dormitorio vecino, acostándose en la cama grande y blanda, con el grueso edredón de plumón.

Recordaba que le despertó un silbar de pitos en la calle…, luego unas pisadas subiendo las escaleras a la carrera y unos golpes furiosos a la puerta de la vivienda… y finalmente… ¡el grito de su madre!

Mucho de lo que vino luego pasaba por su memoria en manchas confusas. Durante varios días él y su madre se escondieron en los sótanos de la casa de unos camaradas de Spandau. Llegó la noticia de que su padre, Werner Hirsch, un comunista oficial, había conquistado la aureola del martirio, muerto a palos en el cuartel general de la Gestapo.

Heinrich recordaba una huida alocada en automóvil, en mitad de la noche, hasta Rostock, a orillas del Báltico, y cómo se escondieron en la bodega maloliente de un viejo barco pesquero que se escabulló por los estrechos hasta el refugio de Suecia, donde otros camaradas les tuvieron escondidos.

Pasadas tres semanas, su madre le dijo:

—Los camaradas han decidido que debemos irnos a la Unión Soviética. Por fin estaremos a salvo.

¡La Unión Soviética! Desde que podía recordar, su padre y su madre habían trabajado, vivido y luchado por el sueño de un Estado socialista en Alemania. La Unión Soviética era la matriz, la madre. Sería casi como si llegasen a su hogar por primera vez.

Heinrich recordaba el entusiasmo excitado con que subieron al tren que había de llevarlos a Leningrado. Los ojos de su madre derramaban lágrimas cuando aparecieron ante ellos los grandes edificios de piedra de aquella poderosa fortaleza del socialismo… Pronto estarían en Moscú.

En 1935, a los refugiados de Alemania los trataban como a héroes, porque eran el símbolo viviente de la lucha contra Hitler. El hijo de Werner Hirsch estudiaría en el Colegio Número 78 de Moscú, establecido exclusivamente para muchachos alemanes, austríacos y de los países de lengua alemana. Al Colegio Número 78 se le dedicaba una atención especial. Era un edificio moderno, de cuatro pisos; los muchachos vivían internos en él; se les daba una dieta especial de platos alemanes, los mejores uniformes, hacían excursiones por el país, se les asignaban puestos de preferencia en las actividades culturales y la más cuidada supervisión médica. Fuera del colegio, una Liga de Comunistas Alemanes coordinaba sus actividades.

Para Heinrich Hirsch, un muchacho de quince años, era la vida más maravillosa que había conocido. Las húmedas salas de reunión de Berlín, la vida miserable, el terror habían quedado atrás.

Al Colegio Número 78 le ahorraban la visión de aquel lugar triste, sin brillo, llamado Moscú. A los muchachos se les permitía ver únicamente unas pocas joyas en medio del mar de postración de la ciudad.

La madre de Heinrich trabajaba como traductora de documentos alemanes en una de las oficinas políticas. A Heinrich le permitían visitarla un día por semana. Madre e hijo habían vivido extraordinariamente unidos, y aquellos encuentros semanales les colocaban en una situación incómoda. Apenas había sitio alguno donde pudieran estar solos para hablar. En el Centro Alemán de Cultura ni pensarlo, porque no habrían tenido ni un momento de reposo; hasta en los parques se levantaba constantemente un griterío de altavoces elogiando la vida soviética, interpretando música nacionalista y difundiendo noticias.

Pasaban el tiempo en el cuarto de su madre. Era una sola habitación de la vivienda de un camarada de Berlín, en una abominable casa vieja de madera. Los cimientos se habían hundido y las paredes exteriores estaban apuntaladas con troncos

para evitar que se derrumbasen. Unas veinte personas, pertenecientes a cinco familias distintas, compartían un solo cuarto de baño y una misma cocina.

Pero esto era lo mejor que se había podido conseguir. A Heinrich le habían adoctrinado a fondo acerca de que tales condiciones de alojamiento eran consecuencia de la Primera Guerra, la contrarrevolución, el dedicar todo el esfuerzo a industrializarse y las presiones de los países imperialistas. La madre parecía muy contenta con su suerte y, en particular, con la buena fortuna de su hijo.

Varios meses después de su llegada, Heinrich Hirsch se encontraba en el escenario de la sala de actos del Colegio Número 78. Sobre el escenario colgaba un gran retrato de Stalin y, en letras color rojo de sangre, su frase: *¡No hay ninguna fortaleza que los bolcheviques no puedan asaltar!*

Heinrich recibió un pañuelo rojo en una ceremonia que le hizo miembro de los Pioneros, y repitió el juramento:

> —*Prometo solemnemente, en presencia de mis camaradas y padres, que, como pionero de la Unión Soviética, lucharé bravamente por los intereses de la clase trabajadora y para salvaguardar el legado sagrado de Lenin.*

Luego le clavaron en el pañuelo una hebilla con cinco continentes, y con las tres llamas del fuego de la Internacional Comunista.

Éste fue el comienzo oficial de sus estudios religiosos. Privado del Dios de su madre, Heinrich Hirsch adoptó la religión del comunismo. Karl Marx era dios; Lenin, el hijo de dios, y Stalin, el gran discípulo.

Los escritos de estos hombres eran estudiados tan minuciosamente como un jesuita estudia el cristianismo, y bajo una disciplina más severa. Como todas las religiones, también ésta ofrecía un paraíso que parecía fuera del alcance de los vivientes.

La primera vez que Heinrich Hirsch conoció el miedo se le apareció con la forma de los nazis y los camisas pardas desfilando con botas altas.

En esta otra ocasión llegó bajo la forma de una llamada a la puerta en mitad de la noche. ¡Las purgas!

Aparecieron nuevos titulares beneméritos, y discursos inflamados, y los altavoces arengaban:

—*¡Espías! ¡Traidores! ¡Retoños fascistas! ¡Agentes! ¡Especuladores! ¡Estafadores! ¡Desviacionistas! ¡Provocadores! ¡Trotskistas! ¡Sediciosos!* —Y se aconsejaba—: *¡Descubridlos! ¡Fusiladlos! ¡Destruidlos!* —Y cada nuevo bramido terminaba con una oración solemne—: *¡Que vivan por muchos años el camarada Stalin y nuestro glorioso partido comunista!*

En el Colegio 78 la situación empezó a cambiar. Casi de la noche a la mañana, la comida consistió en unas gachas pésimas, lo mismo que las del resto de los rusos, y

los halagos se acabaron. Uno por uno desaparecieron los profesores. Las reuniones, los bailes de fin de semana, las diversiones y las risas habían llegado a su fin.

Un sábado, dieciocho meses después de haber llegado a Moscú, Heinrich Hirsch fue al cuarto de su madre. La puerta estaba sellada y cerrada con candado. El muchacho probó de abrirla con esfuerzo frenético y luego corrió por la casa suplicando a todo el mundo, uno por uno, tratando de saber qué había pasado. Nadie había oído nada, nadie había visto nada, nadie sabía nada.

Tres semanas después recibió una tarjeta postal. Traía el texto impreso. La firma podía ser, quizá, la de su madre. Decía: «He sido culpable de provocaciones, he confesado que traicioné a la Unión Soviética y he aceptado voluntariamente que me deporten a Siberia. Olvídate de mí».

«¡Mi madre haber traicionado a la Unión Soviética! ¡Imposible! ¡Imposible!».

Más tarde, otros niños del Colegio 78 salieron en sus fines de semana y encontraron puertas selladas y recibieron tarjetas postales de sus padres, confesándose traidores.

Los maestros estaban demasiado amedrentados para hablar de ello, pero, al cabo de un tiempo, los estudiantes lo comentaban entre ellos mismos. Cada uno sabía que su propio padre no era culpable; mas, la intensa catequización daba sus frutos. Todos llegaron a justificar el hecho de que se cometieran algunas injusticias, bajo la urgencia de los tiempos.

A pesar del negro baldón que llevaba encima, Heinrich Hirsch había demostrado una aptitud tan grande para los estudios políticos que llegó a la segunda fase de su carrera de comunista. Y fue llamado a conferencia, con la posibilidad de ingresar en el Komsomol, la Liga de Jóvenes Comunistas.

Heinrich recitó sus nuevos deberes impecablemente:

—Para estudiar las obras de Marx, Engels, Lenin y nuestro bienamado Stalin; para alentar a las masas hacia nuestros ideales, para cumplir todas las resoluciones, proclamas y edictos del Soviet Supremo y del Partido Comunista sin discusión, para proteger nuestra gran herencia socialista con sacrificios, para adquirir conocimientos y cultura y desarrollarme físicamente, y no cesar jamás de trabajar por la Madre Patria contra sus enemigos, y para no dejar nunca de luchar, hasta que todos los pueblos estén libres de la esclavitud fascista e imperialista mediante el Comunismo Internacional.

—¿Cuál es el principio sobre el que se funda el Komsomol?

—El principio del centralismo democrático.

Fue admitido en instituciones más elevadas para el estudio de idiomas, luego marxismo y luego comunismo internacional. Heinrich Hirsch cerró su mente a lo que ocurría a su alrededor. Los nombres de personas que ayer eran héroes de la Revolución pasaban hoy a ser nombres de traidores. Mariscales del Ejército rojo,

miembros del Politburó de Lenin, miembros del Comité Central…, todos caían bajo el hacha de la purga. A menudo el suicidio de nombres importantes ocupaba el lugar de las confesiones oficiales. A uno no le quedaba otra alternativa que la de estudiar y conservar la boca cerrada.

En el Instituto Número 16 de estudios superiores de comunismo extranjero, Heinrich volvió a ver a Rudi Wöhlman, jefe titular de los comunistas alemanes en la Unión Soviética. Wöhlman había venido al Instituto Número 16 para una serie de conferencias sobre comunismo alemán.

Recordaba a Heinrich de cuando era un niño de cinco años, en Berlín, y, naturalmente, recordaba muy bien a su padre, Werner Hirsch. Heinrich oyó hablar a su padre muchas veces de Rudi Wöhlman como la gran esperanza de los comunistas alemanes.

Wöhlman salió de Berlín a mediados de los años veinte para seguir unos cursos especiales en Moscú, pero no regresó jamás. Lo cual fue una gran desilusión para los comunistas alemanes. Después de instruirse en Moscú, Wöhlman fue nombrado comisario de la República del Volga, que formaba parte de la Unión Soviética y donde se hablaba el alemán.

No maravilla, pues, que Heinrich aguardase sus conferencias con ilusionada impaciencia. Aquí estaba por fin el eslabón de enlace entre Berlín y Moscú. Lo que vino después fue para él un terrible desencanto. Los discursos de Rudi Wöhlman eran ni más ni menos que un recitado de la línea política de la actualidad, y los pronunciaba con una perfección de loro. Sus palabras eran una simple reproducción de un centenar de discursos que Heinrich había escuchado anteriormente.

Rudi Wöhlman se demostraba un político astuto más bien que un pensador. Poseía una facilidad de palabra que disimulaba la falta de profundidad y de inteligencia. Empleaba las mismas acrobacias verbales que todos los profesores. Wöhlman se sanaba en salud, daba un rodeo, orillando el nudo de los problemas delicados, evitaba toda opinión personal y esquivaba las preguntas intencionadas haciendo que los estudiantes discutieran entre sí, para erigirse luego en juez definitivo. Hombre de cuerpo leve, con una perilla inmaculadamente peinada y ojos saltones, todos sus pensamientos y todas sus palabras estaban calculados para mantenerle libre de conflictos.

Al final de la tercera conferencia, Heinrich llegó a la conclusión de que Rudi Wöhlman no tenía de alemán otra cosa que el nombre. No había sufrido durante la era nazi ni manifestaba la menor fidelidad por la clase trabajadora alemana. Wöhlman era otro de aquellos camaradas «extranjeros» a quienes Moscú conservaba porque sus nombres tenían cierto significado en sus países natales. La verdad era que no participaban con una iniciativa personal en las luchas de las naciones que pretendían representar, sino que se limitaban meramente a cumplir los edictos de Moscú.

El padre de Heinrich, en cambio, aunque comunista convencido, era, sin embargo, un alemán convencido. Había inculcado en su hijo que Marx y Engels y la idea comunista eran alemanes todos. La Unión Soviética se había limitado a pedirlos prestados. En cambio, las conferencias de Wöhlman no dejaban duda de que Moscú era la Meca del comunismo.

Los primeros desastres de la campaña contra Finlandia y la vulnerabilidad del Ejército rojo sumieron a Heinrich en la incertidumbre.

La gran sorpresa vino con el Pacto de No Agresión germano-soviético. Los órganos de propaganda dispararon un fuego de barrera de explicaciones verbales y escritas para «demostrar» que el pacto era un tratado científico congruente con los objetivos del socialismo. Pero por más explicaciones que dieran, con toda su fuerza de persuasión, el trastrueque completo, de la noche a la mañana, de la política exterior soviética y de las metas comunistas profusamente declamadas causó un efecto perdurable en Heinrich Hirsch y en millares de otros jóvenes. Heinrich Hirsch no podía recordar ni un momento de su vida en que no hubiese luchado contra los nazis. Estos nazis, ahora amistosos con Rusia, eran los mismos que asesinaron a su padre.

¿El recurso? No había medio alguno ni de interrogar ni de protestar…, sólo justificar. Heinrich Hirsch pensaba que si había mácula no provenía del sistema, que era científicamente perfecto, sino de los mortales que lo dirigían y de las presiones del exterior. Al fin y al cabo, si los imperialistas occidentales no hubieran colocado a la Unión Soviética en tales circunstancias —razonaba él— no hubiéramos tenido que establecer un convenio con los nazis.

Los «panzer» alemanes invadieron el suelo patrio de Rusia en junio de 1941, destrozando el pacto. Las palabras «fascista», «hitleriano» y «nazi», que no habían sido escuchadas en Rusia durante los veintidós meses de vida del tratado, corrían de nuevo ahora, apostrofando a los agresores. Y todos los discursos, emisiones y escritos terminaban con el grito: «¡Muera el enemigo nazi!».

Una noche de setiembre de 1941, tres meses después de la invasión alemana, unos golpes a la puerta despertaron a Heinrich Hirsch. Cuatro hombres de la NKVD le dieron diez minutos para reunir unos cuantos objetos personales en un solo saco. En el cuarto general de la policía secreta le retiraron la documentación y el carnet de Komsomol, y le dieron una nueva tarjeta de identidad estampillada con las palabras *alemán* y *judío*. Luego le cargaron en un camión que aguardaba, lleno con otros procesados, y le llevaron, en las horas que preceden al alba, a un cercado de alambre espino, en un apartadero del ferrocarril de las afueras de Moscú. Allí esperaba un tren de ochenta vagones y pico, parte de los cuales eran de mercancías y de ganado.

Con pocos minutos de frecuencia llegaba otra camionada de deportados. Las ventanillas estaban cerradas con barrotes. Evidentemente, aquellos mismos vagones habían hecho otras excursiones transportando «elementos sospechosos». Las persianas fueron bajadas, y las puertas, cerradas y vigiladas. El tren partió de Moscú,

rumbo al sureste, hacia un destino desconocido.

En el vagón de Heinrich se amontonaban setenta personas. El joven descubrió que era uno de los pocos alemanes auténticos del grupo, formado en su mayor parte por personas de ascendencia alemana, procedentes de la República del Volga. A través de los cerrados coches, corrió el rumor de que estaban deportando en masa a la República del Volga completa. Algunos eran hijos de padre o madre alemanes…, algunos llevaban apellidos germanos…, otros no tenían idea de por qué estaban allí.

Fue un viaje atormentador de paradas y puestas en marcha. El vagón hedía por falta de aire. Una vez al día les arrojaban raciones de agua y comida, del mismo modo que se echa el pienso a un puñado de bestias encerradas en una jaula. El único medio que tenían para satisfacer sus necesidades consistía en un orificio de treinta centímetros abierto en el suelo del centro del vagón.

Diez días y mil millas después se les permitió que subieran las persianas y que bajaran del tren un rato. Había algunos cadáveres en el vagón, y enfermos graves a quienes era mejor dejar que murieran fuera. La estación presentaba el cuadro de una turba revuelta de refugiados. Decenas de millares de personas sin hogar que habían huido ante el asalto alemán deambulaban sin rumbo, hambrientas, desesperadas.

Por los rótulos y el aspecto, de nuevos guardias y ferroviarios con ojos negros, piel de un amarillo moreno y piernas cortas y gruesas, Heinrich dedujo que habían cruzado el río Volga y se habían internado por las laderas de los Urales en la lejana República Soviética de Kazakh.

Continuaron su viaje hacia el sur, hasta mucho más allá de los Urales, hacia el lago Baikal, en aquel punto en que se reúnen las fronteras de Siberia, Mongolia y China, y luego doblaron hacia el norte, hasta la remota ciudad de Karaganda, y todavía más allá por espacio de varios centenares de millas.

Al día veintiséis de esta pesadilla, el tren se paró junto a un cobertizo de madera, en un apartadero de una población que llevaba el nombre de Colonia núm. 128. Los pasajeros desembarcaron. Les aguardaban docenas de carros tirados por caballos. Se pasó lista.

—Bloss. Colonia núm. 89.

—Hauser. Colonia núm. 44.

—Bauer. Colonia núm. 123.

Heinrich Hirsch les veía caminar pesadamente hacia los carros, llevando únicamente un fardo pequeño de objetos personales. ¡He ahí, pues, estaban en la tierra de los exiliados! Poblaciones sin nombre, a mil millas de ninguna parte. Aquí estaban los kulaks supervivientes, los labradores a quienes Stalin confinó en su empeño por colectivizar la agricultura, al final de los años veinte. Aquí estaban los políticos supervivientes de las purgas y los prisioneros alemanes de la Primera Guerra, que no habían sido devueltos. No cabía duda, su madre se encontraba en uno de aquellos poblados sin nombre. Heinrich no se atrevió a indagar.

La odisea de Heinrich Hirsch hubiera podido terminar en la trasera de uno de

aquellos carros, marchando hacia el olvido por un camino sin grava, de no ser porque el régimen todavía podía aprovechar sus servicios. A Heinrich Hirsch le enviaron de nuevo a Karaganda.

El muchacho tenía noticia de la ciudad. Karaganda, construida durante el primer plan quinquenal, recibía una carta de alabanzas en un mitin tras otro.

Karaganda era capaz de desilusionar al servidor más fiel del partido. Aquella ciudad edificada según un plan, epítome del espíritu innovador soviético, resultaba una madriguera sucia y arruinada hasta lo indescriptible, infectada por una capa de polvo de carbón.

En las afueras, Heinrich Hirsch vio millares de grandes agujeros en el suelo, cubiertos con harapos, madera y hojalata. Aquellas fosas ampliadas servían de hogares a los kulaks menos afortunados, los cuales no habían sido reasentados en los poblados sin nombre. Un gran número de ellos eran ancianos, tullidos e impotentes. Vivían en aquel lugar, alimentándose de sobras y aguardando que con sus horrores, el «Socialismo del Pueblo» les concediera una muerte misericordiosa.

Había en Karaganda unos cuantos edificios modernos. Pertenecían a la NKVD, al Soviet de la ciudad, al Comité del distrito del partido comunista y al Instituto Educativo y Cultural. En aquel rincón olvidado, Heinrich Hirsch asumió nuevos deberes como miembro readmitido del Komsomol y agente del cuerpo de agitación y propaganda.

Los objetivos eran dos. Primero: toda la República Alemana del Volga había sido deportada (muchos de sus habitantes a este distrito) y él tenía que continuar ilustrando a los exiliados y sosteniendo sus cupos de producción agrícola y fabril.

El segundo objetivo se puso más de manifiesto a medida que duraba la guerra. Llegaban trenes de prisioneros alemanes, los cuales eran internados en campos. Heinrich Hirsch formaba parte de uno de los equipos que había de reeducarlos. Heinrich encontró alemanes renegados, obtuvo firmas para peticiones contra la Alemania nazi y las utilizó para emisiones de radio y artículos de periódico.

Heinrich les instruyó en el credo comunista. Los prisioneros alemanes arrepentidos podían convertirse en miembros de los «antifascistas» que se ponía en lista para misiones importantes en los planes de ocupación de Alemania, que Rusia trazaba para después de la guerra.

Hirsch hizo su trabajo a la perfección. En 1934, Rudi Wöhlman fue a Karaganda y nombró a muchos alemanes para nuevas funciones. Entre los designados se contaba Heinrich Hirsch, que acababa de experimentar su tercera redención.

Otra vez cruzó el gran desierto de Kuzkah. Esta vez viajaba en un tren sin guardias y con unos documentos libres de los baldones de *alemán y judío*. Iba destinada a la ciudad de Ufa, en la República Autónoma de Bashkir, a unas ochocientas millas al este de Moscú.

Cuando los rusos evacuaban hombres y máquinas hacia el interior de sus vastos territorios, determinadas ciudades recibían una significativa cantidad de evacuados de

características similares. Alma Ata y Tashkent pasaron a ser centros, en estos tiempos de guerra, de artistas y hombres de ciencia. Otras levantaron complejos fabriles y se convirtieron en centros de transportes o de entrenamiento.

Ufa se convirtió en el centro del comunismo internacional. Por acuerdo con los aliados occidentales, el Comintern Internacional había sido disuelto, oficialmente. Pero en la remota Ufa continuaba operando bajo una colección de nombres distintos.

Heinrich Hirsch fue agregado como miembro de la Sociedad Internacional de Ayuda a los Prisioneros de Guerra de Clase. En Ufa se reunió con la crema de los discípulos comunistas extranjeros.

Como la mayoría de las ciudades soviéticas del interior, Ufa estaba atestada de refugiados muertos de hambre y sufría las horribles privaciones de los tiempos de guerra. Sin embargo, ello no afectaba a los discípulos del Comintern, que seguían viviendo espléndidamente.

Su colegio particular era la Escuela Técnica núm. 77 de Economía Industrial. En ese instituto, alemanes, checos, austríacos, españoles, búlgaros, polacos, italianos, franceses, sudamericanos y africanos, todos se entrenaban para las singulares misiones de infiltrarse en sus antiguas patrias, subvertirlas y destruirlas.

En aquel santuario interior de discípulos selectos se cargaba el acento sobre la táctica de mantener a los imperialistas a la defensiva, hostigándoles, molestándoles, presionándoles constantemente. Lenin seguía siendo la fuente infalible de inspiración. «Empuja una bayoneta adelante. Si se hunde en la grasa, empuja más profundamente. Si encuentra hierro, retírala para otro día».

Con el fin de que aprendieran a replicar a la propaganda imperialista, se sometía a los estudiantes a libros, periódicos, discursos y emisiones de radio occidentales. Porque en Ufa, el enemigo, el verdadero enemigo, era todo aquel que no fuese comunista. Esto incluía a los aliados temporales americanos y británicos, del mismo modo que incluyó a los nazis en los días del Pacto de No Agresión.

Durante aquellos minuciosos cursos de propaganda, se instruyó a Heinrich en el pensamiento de Jefferson, Lincoln y Paine y el de otros pensadores occidentales. En las salas de clase se desmenuzaban y destruían por completo todas las ideologías angloamericanas; mas, al mismo tiempo, se daba paso con ello a un nuevo alud de raciocinios.

Heinrich Hirsch pudo leer por primera vez en su vida que Marx, Lenin y Stalin no habían descubierto todas las ideas del mundo. Añadiendo esto a sus anteriores confusiones y desilusiones, Hirsch supo que sólo podría convertirse en un agente de la revolución gracias al miedo al poder y silenciando para siempre las voces inquisitivas que despertaban en su interior.

Otra cosa le sucedió también en Ufa. Con los veintiún años cumplidos, no había tenido jamás relación sexual con una mujer. Había estado siempre demasiado cansado con los estudios y demasiado entregado a sus tareas para permitirse semejantes tonterías.

En Ufa conoció a María Majoros, la hija menor de un comunista español, un mártir del mundo comunista, como el propio padre de Heinrich.

¿En qué momento prueba uno de describir el primer despertar? ¿Qué ocurre cuando el sentimiento reprimido brota a la vida como la primavera? ¿Cómo explica uno la sensación del primer amor? Primero un encontrarse de las miradas…, luego quizá otras miradas furtivas…, el alterar la rutina de uno para encontrarse en un sitio por donde sabe que pasa ella…, una primera cita llena de estremecimiento y tanteos, y luego…, el conocer el amor.

Fue un descubrir que en esta tierra había otras cosas que les habían sido concedidas a la mayoría de los hombres, y negadas a él.

Grandes, apasionados gritos de amor mutuo en lugares secretos…

¡BOLETIN!
Heinrich Hirsch y María Majoros se presentarán ante el comité del Komsomol con objeto de proceder a una autocrítica.

¿Quién les delató? ¿Importaba de veras quién hubiera sido? ¿Sería posible vivir jamás apartados de los ojos de los espías?

Ambos soportaban las consecuencias. Estaban de pie, codo a codo, sin osar mirarse. El retrato de Stalin se les enfrentaba colérico; los enojados ojos de los dirigentes del Comité del Komsomol se clavaban en ellos con mofa despectiva, y ambos confesaron su crimen.

—Solicito la comprensión de mis camaradas por este acto petit bourgeois de lenidad que he cometido. —Esto dijo Heinrich Hirsch acerca del amor de la única mujer que había conocido. —Me siento humillado por haberme permitido olvidar la educación comunista recibida y por mi conducta, indigna de un miembro del Komsomol.

Heinrich Hirsch fue reprendido por espacio de una hora; y luego, María Majoros, una mujer de arrogante sangre española, balbució su «confesión»:

—Las manifestaciones y provocaciones del acto que he cometido con Heinrich Hirsch son contrarias a los deberes de una mujer socialista. Solicito la merced de mis camaradas para demostrarme digna otra vez de aportar mi contribución a la revolución mundial.

Acordada la degradación posterior de María Majoros, la muchacha fue enviada lejos de Ufa, y no volvió a tenerse noticias de ella.

Heinrich Hirsch, el joven de veinticinco años, delegado de Rudi Wöhlman en el Comité de Liberación del Pueblo Alemán, acababa de terminar su viaje al pasado, en

el piso de Geyerstrasse, número 2.

La anciana presente en el cuarto continuaba teniendo un miedo horrible de aquel joven.

—No se asuste, *mutter* [10] —dijo él, dulcemente—, sólo quería ver qué aspecto tenía esto.

Y salió para internarse por el matadero de Berlín. Había celebrado su regreso al hogar.

CAPÍTULO V

IGOR Karlovy requisó una casa de Karlhorst para su acantonamiento. El edificio había salido relativamente indemne, y sus doce habitaciones eran las más lujosas que ocupó nunca. La oficina del cuartel general la instaló en el salón principal; su trabajo particular lo hacía en su propio dormitorio, espaciosísimo y agradable. De todas partes de la ciudad llegaban informes llenos de datos acerca del desmantelamiento del complejo industrial de Berlín. Dentro de pocos días tenía que entregar sus propias conclusiones al comisario Azov y al Comité de Liberación del Pueblo Alemán.

A sus oídos llegó el sonido de una canción; eran las voces de sus hombres. Igor Karlovy se quitó las gafas un momento, las dejó sobre la mesa y escuchó sin moverse. La canción, que conocía desde su niñez, se titulaba «Volga, Volga»; una canción de los cosacos, con la que éstos se llamaban unos a otros. Era rusa, melódica y sentimental. La voz del joven Feodor estaba impregnada de nostalgia.

«Un buen muchacho, el joven Feodor —pensaba Igor—, el oficial que promete más de todos los que tengo». Habían hecho toda la guerra juntos, Feodor y el coronel. Eran más como hermanos que oficial superior y oficial subordinado.

La voz de Iván Orlov se unió al coro. «Iván canta bien —pensó Igor—; pero esto es casi lo único bueno que tiene. Se sujeta demasiado estrictamente a las palabras de los comisarios y a los edictos. Nos espía».

Igor se estiró, bostezó, se dio unas palmadas en el estómago, duro y plano y se puso la guerrera sin abotonársela y se fue a la sala de estar. Los cantores gozaban de un cálido bienestar después de los primeros entusiasmos de la victoria, y las irisaciones del vodka. Se habían sentado en desorden, saboreando las refinadas comodidades de la casa, con las botas fuera y las guerreras abiertas.

—No se muevan, no se muevan —dijo Igor al entrar.

Feodor le arrojó una mandolina al coronel. Éste apoyó el pie en un taburete, encendió un cigarrillo y se sumó al coro:

Volga, Volga, tú eres mi madre,
Volga, tú eres un río ruso…

El capitán Boris Chernov entró desde la calle en el momento en que la canción llegaba a su triste final, que hablaba de una princesa a la que arrojaban a las aguas como víctima de un sacrificio.

—Llegas tarde —le amonestó Igor. —Tengo todo el parte en suspenso por tu causa.

—Perdóname, camarada coronel —respondió Boris, mostrando con aire taimado un delicado reloj de mujer. —Un bomboncito alemán me ha retrasado.

Iván Orlov empezó a reír. Igor dejó el instrumento, cogió con mano furiosa el papel de la cartera de Boris y regresó a su dormitorio, cerrando tras sí con fuerte

portazo.

—¿Qué le pasa al coronel? —preguntó Boris.

—Opina que nuestros oficiales no deberían forzar a las mujeres alemanas —espetó Feodor, saliendo en defensa de Karlovy.

—Tonterías —replicó Iván Orlov.

—Permítanme que les diga que muchos oficiales lo condenan y quieren ponerle fin.

—Estuve en el Cuartel General… —explicó Boris, riendo—, y una anciana se quejaba de que la habían violado ochenta y cuatro veces. El doctor insistía en que había gozado con ello, pues de lo contrario no se habría tomado la molestia de contarlas.

Iván rió; Feodor se enfureció más.

—Vamos, Feodor —dijo Boris. —¿Crees que los alemanes merecen otra cosa?

—Idos al diablo los dos —respondió Feodor. —Por lo demás no tengo gran opinión de tu buen gusto. En cuanto a mí, no querría meterme entre las piernas de una mujer alemana.

Igor Karlovy estaba de pie en el umbral, con los puños cerrados.

—Continuad vuestra maldita discusión en otra parte. Estoy tratando de terminar mi trabajo.

Cuarenta y ocho horas después de haber archivado el parte del coronel, el comisario Azov llamó a Igor para reunirse con el jefe del Comité de Liberación del Pueblo Alemán.

V. V. Azov, que cultivaba con primor el arte de mantenerse misterioso y anónimo, tenía una mansión en Postdam, sobre el Wansee. Su casa estaba en un bosque, con las cortinas eternamente corridas y los alrededores copiosamente vigilados.

Sobre la mesa de conferencias, en la habitación de oscuro artesonado, colgaba el retrato habitual de Stalin, sustituyendo un óleo de nobleza prusiana. Igor pensó que los retratos de Stalin no habían escaseado nunca, ni siquiera en los peores días de Leningrado. Al ocupar su puesto en la mesa, V. V. Azov tenía un aire inexpresivo y aburrido.

Dos miembros del Comité de Liberación del Pueblo Alemán se sentaban frente a él. Personalmente, Igor detestaba a la mayoría de los alemanes del comité. Cierto que todos ellos eran comunistas probados que habían huido de Hitler; no obstante, él creía que en sus almas quedaba demasiado espíritu alemán.

La cara de Rudi Wöhlman le recordaba a Igor los ratoncillos de campo que solían atacar los almacenes de cereales de la finca de su familia: rostro delgado, barba delgada, incisivos centelleantes. Venía acompañado de su joven ayudante, Heinrich Hirsch.

—Para ir directamente al grano —dijo Azov—, encuentro su informe poco

satisfactorio.

Igor había tratado sin contratiempos con elementos del partido durante el asedio y las grandes ofensivas rusas a través de Polonia, Prusia Oriental y Alemania. Hubiera deseado que le permitieran ocuparse exclusivamente de los problemas de la Fuerza Aérea, pero su propio talento sirvió de trampa, en la que cayó; conocía el lenguaje.

—Si el camarada comisario quiere señalar puntos concretos, estoy seguro de que podré darle una explicación.

—Muchas de nuestras recomendaciones han sido rechazadas —intervino vivamente Heinrich Hirsch.

—Tomemos como ejemplo la trasferencia de vagones de ferrocarril. Usted la ha suprimido —dijo Azov.

—Estoy seguro —respondió Igor— de que el comisario se da cuenta de que entre las redes ferroviarias alemana y soviética existe una diferencia de anchura de vía, causante de que el material rodado alemán resulte inservible para nosotros. Con los problemas de transporte y distribución que tenemos, los vagones de ferrocarril prestan mejor servicio en Alemania.

Azov movió la cabeza, admitiendo que el punto de vista era acertado.

—No obstante —dijo en tono zumbón—, las redes polaca y alemana son compatibles. Nuestros camaradas polacos han sufrido brutalidades indecibles a manos de las bestias nazis. El Comité del Pueblo de Lublin por una Polonia libre y democrática nos ha pedido que le ayudemos a reconstruir su destrozado suelo nacional. La entrega del material ferroviario de la provincia de Brandenburgo se contará entre las primeras reparaciones a los polacos.

Igor fingió estudiar su folio con el fin de tener el tiempo necesario para descifrar el verdadero significado de la retórica de Azov. Docenas de conferencias parecidas le habían enseñado a no dejarse sorprender por el anuncio repentino de una política determinada. Lo que desentrañó fue que los polacos de Lublin habían sido instalados en el Gobierno del país.

—Esto plantea un problema técnico —dijo con cautela.

—¿Cuál es?

—La provincia de Brandenburgo, y Berlín en particular, jamás han producido bastantes víveres para abastecerse a sí mismos, ni aun en los mejores tiempos. Más todavía, el suplemento de víveres tiene que venir de las provincias alemanas orientales. Esto significa que necesitamos material ferroviario. Por otra parte, he estudiado el esquema de nuestro convenio con los americanos y los ingleses. Según yo lo interpreto, las regiones inmediatas a Berlín serán las encargadas de alimentar a la ciudad. Lo cual resultará imposible sin vagones de carga.

Azov tamborileaba con los dedos sobre la mesa, digiriendo el razonamiento lógico de Igor Karlovy. Wöhlman paseaba la mirada del uno al otro, sin atreverse a aventurar una opinión sobre este punto.

—Usted interpreta mal el tratado con los aliados occidentales —replicó Azov. —

Los americanos y los ingleses han de alimentar sus sectores correspondientes de Berlín, valiéndose de sus propios recursos. En consecuencia, nosotros seremos responsables de suministrar a menos de una tercera parte de la ciudad.

Igor trató nuevamente de separar las implicaciones políticas de las realidades. Las palabras de Azov, que anunciaban la política oficial, decían que Rusia encontraría la manera de romper el tratado. Estados Unidos e Inglaterra se verían obligados a traer alimentos desde una distancia de doscientos kilómetros, cuando menos, si no de ultramar. Más todavía, Berlín dependía del carbón del Ruhr para mover su industria. La pérdida de vagones de mercancías perseguía el objetivo evidente de cargar sobre los aliados occidentales un peso tal que les fuese imposible continuar en Berlín. Igor hizo un signo afirmativo, indicando que comprendía.

—Ciertamente, nuestros camaradas polacos han de disponer del material rodante —dijo. —Procederé rápidamente a rectificar los cálculos sobre la situación.

Luego Azov leyó una lista de diversas clases de máquinas omitidas en el informe.

—La maquinaria de que usted habla —respondió el ingeniero— no puede integrarse en el sistema soviético. No nos sirve. Por lo demás, se precisarán decenas de miles de horas de trabajo para desmantelarla, transportarla por ferrocarril y descargarla con el único objetivo de dejar que se oxide en los depósitos. Esto representa un derroche de espacio ferroviario y de mano de obra.

—No obstante, camarada coronel, —Azov volvía a esgrimir argumentos «políticos»—, si la maquinaria no tiene valor para nosotros, lo tiene muy grande para los alemanes; particularmente si alimentan la idea de una guerra de desquite contra la Unión Soviética.

Wöhlman consideró oportuno entregar una lista al comisario. Después de carraspear, dijo:

—Llamo la atención de usted sobre las recomendaciones del Comité de Liberación del Pueblo Alemán formuladas en el párrafo veintidós, que le presentamos ya en Varsovia. Usted no las ha incluido, camarada coronel.

Por venir de Rudi Wöhlman, esto era demasiado. Durante un instante Igor estuvo a punto de perder la compostura. Le daban ganas de gritar: «¡Diablos! ¿En qué bando se sitúa usted, Wöhlman? ¿Es alemán, o no lo es?». Naturalmente, no dijo nada, sofocando la cólera con una leve sonrisa.

El coronel Karlovy se sabía de memoria el famoso párrafo veintidós. En él se anotaba la retirada de los aseos de Berlín, pilas, empuñaduras de puerta, marcos de ventana, instalaciones eléctricas, lámparas, sillas y mesas, máquinas de escribir, visillos de ventana, bidets y muchos otros artículos similares como parte del «complejo industrial» de Berlín. ¡Qué afán de agradar tenía Rudi Wöhlman! ¡Hasta retiraría los asientos de water fuera de Berlín!

—No logro entender —dijo Igor, ahora calmándose—, en qué sentido podrá influir la loza sanitaria instalada en Alemania, para aumentar el bienestar de la Unión Soviética, o el futuro potencial de guerra alemán. Si el camarada Wöhlman tuviese la

bondad de explicármelo…

El camarada Wöhlman se quedó aturdido bastante rato hasta que Azov intervino para salvarle.

—Antes de que iniciemos la reeducación de la clase trabajadora alemana, hay que procurar que se den cuenta de lo que les pasa a quienes osan atacar a la Unión Soviética. Sólo cuando los alemanes hayan purgado el error de haber atacado a nuestra madre patria estará el Comité de Liberación en situación de edificar el socialismo. —Con esta frase, Igor comprendió que la conferencia tocaba a su fin. —Entiendo, pues —continuó Azov—, que usted se da cuenta de las deficiencias de su informe.

Había llegado el momento de siempre. Igor Karlovy movió la cabeza asintiendo y murmuró unas palabras de excusa por sus errores.

—En todo lo que haga, dé prioridad a los sectores del Berlín occidental designados para que los ocupen los americanos y los ingleses. Queremos que queden limpios de todo antes de que lleguen los ocupantes.

La entrevista terminó bruscamente, con la promesa de Igor de tener listo un informe enmendado dentro de setenta y dos horas.

—Si quiere llevarme en su coche a nuestro Cuartel General —dijo Heinrich Hirsch—, le prepararé las listas de nuestras primeras recomendaciones.

—Con mucho gusto, camarada Hirsch.

Después de cruzar las puertas de la mansión de Azov, salieron a la carretera Konigs y a la devastación de Berlín. Heinrich Hirsch era el alemán que le inspiraba menos repugnancia a Igor. Era el miembro más joven del comité y, evidentemente, la mano derecha de Wöhlman. No había que sorprenderse. En las reuniones que habían celebrado, Igor notó que Hirsch poseía una lengua cortante como una navaja, un cerebro astuto, que reaccionaba rápidamente, y un conocimiento profundo de la dialéctica. La mayoría de elementos del partido meditaban palabra por palabra, sopesaban las respuestas, pero Hirsch, no. Igor sabía que era hijo de un mártir comunista alemán. Exceptuando esto, no sabía sino cuatro cosas más, a medias y de un modo nebuloso. Uno jamás preguntaba a otro sobre sus orígenes ni sobre su vida. Uno había de tratar a los otros sobre la base de la confianza, porque nunca sabía si estaba hablando con un espía, ni si un día venidero utilizarían contra él sus propias palabras. El hecho de que Hirsch hubiese ascendido a miembro del comité a una edad tan temprana, daba testimonio de su talla. Durante largo rato, ambos hombres guardaron silencio. Ahora pasaban junto al lago. Los abedules gris pálido formaban un manto de verdor a ambos lados de la carretera.

—Estoy de acuerdo con su posición —dijo Hirsch al final.

—¿Qué posición?

—La de probar a evitar que despojen a Berlín hasta del último clavo y el último tornillo.

—No es una posición, camarada Hirsch. Yo soy ingeniero y nada más. Las

posiciones, como usted las llama, vienen del comisario Azov.

—A pesar de todo —replicó Hirsch, prestamente—, usted decidió ignorar las recomendaciones de Rud Wöhlman y trazó unos planes diferentes.

—Sobre una base que creía puramente científica. Pensaba únicamente en términos matemáticos de horas de trabajo y transporte. Ahora que me han hecho observar las consideraciones políticas, mi posición, como usted la llama, se ha clarificado.

Era el modo de hablar que ambos conocían tan bien.

—Diablos, miremos el caso cara a cara —insistió Heinrich, provocando la desazón de Igor. —Es una táctica terriblemente mala. No solamente por lo de despojar a la ciudad, sino por los atropellos de los soldados.

Igor miraba fijamente adelante, fingiéndose aburrido. Su cerebro trabajaba febrilmente, buscando la manera de no dejarse arrastrar a semejante discusión. Un instante después enfilaba la carretera que cortaba diagonalmente por el Grunewald. Los daños no eran muy grandes en aquel sector.

—El comportamiento del Ejército rojo, en la actualidad, está destruyendo una hermosa imagen.

—Un minuto nada más, camarada Hirsch. La Unión Soviética no invitó a los nazis a invadirnos, destruir nuestras ciudades, incendiar nuestros campos, matar a nuestros hijos y violar a nuestras mujeres. —Igor recitaba la versión establecida. —Nuestros hombres han luchado duramente y han cubierto de sangre millares de millas. Después de lo que hemos sufrido nosotros, el pueblo alemán sería tonto si esperase algo mejor. Además —añadió como una idea de última hora—, los soldados son soldados.

Hirsch contraatacó inmediatamente.

—Con toda sinceridad, camarada coronel, fuesen cuales fueran las provocaciones, este continuo violar mujeres no puede producir otro fruto que el de disminuir la estatura del Ejército rojo. Tanto Marx como Lenin hicieron notar que para que realicemos con éxito la revolución mundial hemos de contar primero con el apoyo de la clase trabajadora alemana.

—A la clase trabajadora alemana se la reedificará después de purgarla de todo vestigio nazi.

—Pero, camarada coronel, yo planteo la cuestión de si nuestros soldados distinguen entre nazis y no nazis en este… hum… deporte suyo. En verdad la violación de una chiquilla adolescente no contribuirá a inducir a los alemanes a que acepten el estilo de vida soviético.

—Es forzoso que se cometan unos cuantos errores —respondió débilmente Igor.

—Sería más acertado decir unos cuantos centenares de miles. Coronel Karlovy, yo me atrevo a sostener esta conversación con usted por el amor que ambos tenemos a la Unión Soviética. He suplicado al camarada Wöhlman que hablase con Azov. El caso es que a veces Wöhlman parece más ansioso por complacer a los comisarios y

conservar sus preferencias que por representar a la nueva Alemania. Si se permite que continúen estos atropellos, terminaremos por granjearnos el odio eterno de los alemanes, y con ello quizá sembremos las semillas de una guerra de desquite. Usted es un héroe de la Unión Soviética y está en situación de hacer oír su voz. Lo que sucede en Berlín disgusta a muchos oficiales del Ejército rojo.

La desazón de Igor había llegado a un extremo insoportable. Habían salido de los suburbios y se dirigían hacia las ruinas del centro de Berlín. Igor sabía que nada podía poner fin a las violaciones y saqueos más que las órdenes de Azov. Los actos de «individualismo» fueron precisamente aquello que llevó a la tumba a la mitad del cuerpo de oficiales durante las purgas.

—Camarada Hirsch, muchas de las cosas que me ha dicho podrían acarrearle consecuencias graves. Por esta vez nada más, olvidaré que haya abierto la boca siquiera.

Heinrich Hirsch clavó la mirada en Igor. No había nada más que decir. Llegaron a la puerta de Brandenburgo, donde la bandera roja colgaba fláccidamente sobre el monumento a las primeras victorias alemanas, y cruzaron por debajo en dirección a la Unter den Linden. La avenida de las grandezas pasadas era quizá la más horrible de Berlín, con las conchas de sus edificios víctimas de una destrucción masiva. Hirsch pidió que le dejase apear.

—Lamento haber hablado con usted, coronel Karlovy —dijo. —Estaba terriblemente equivocado. Le creía diferente.

Igor, escocido por la última observación, siguió con la mirada a Hirsch. Luego cogió el volante con rabia…, ¡so maldito canalla!

Bastante trabajo le costaba resignarse al caos de Berlín. Y ahora, el asunto ese de desmantelar cuartos de aseo. ¡Qué diablos!, las decisiones políticas no se las comunicaban para someterlas a discusión. Aplicando las lecciones que uno aprendió en los tiempos de las purgas, Igor poseía la facultad de hacer el vacío en su pensamiento. En la instrucción de los oficiales se creaban situaciones para empujar a los hombres a delatarse mutuamente. La delación era un estilo de vida aceptado. Uno debía tener cuidado en no trabar amistades duraderas, pues no podía adivinar jamás en qué momento tergiversarían y presentarían contra él la queja más inocente. El espiar mantenía las mentes despiertas e impedía la formación de camarillas de militares desviacionistas.

A pesar de esta preparación, Igor Karlovy se dejaba influir. Había ciertos recuerdos que le atormentaban. En ocasiones como la presente, se le aparecía siempre el fantasma de Peter Egorov, y escuchaba su voz. Igor Karlovy regresó a su casa, olvidando el trabajo, cerró la puerta detrás de sí y se puso a beber precipitadamente para ahogar el recuerdo de Peter Egorov.

Se tendió en la cama, y el sudor empezó a reunirse en gotas frías. «¡Maldito seas, Peter Egorov! ¡Maldito seas! ¿Por qué lo hiciste? ¿Quieres dejarme en paz? Sabes que fuiste un tonto…, lo sabes».

Más vodka…, sí, más vodka para quemar el recuerdo.

El subteniente Peter Egorov y Feodor Guchkov eran los favoritos del coronel Karlovy. Durante el sitio de Leningrado, todos los ingenieros jóvenes miraban a Igor como a su ídolo. El talento de Igor, su valor y sus bravatas se habían hecho legendarios. Y lo que era más, el coronel Karlovy no pertenecía al partido. En su sección no reinaba la inquietud. Sus ayudantes inmediatos eran como una familia. ¡Qué magníficamente lo habían pasado los tres! Amar, luchar y beber. Igor, Feodor y Peter Egorov.

¡Qué oficial tan brillante era Peter! Un ingeniero estupendo, con un talento inagotable para improvisar, principalmente para conseguir aumentar la producción de las fábricas. Tan inteligente era Peter que las fábricas bajo su mando inmediato incluso aumentaron la producción en pleno asedio.

Peter tenía a la vida el amor del cosaco. Tal vez fue ésta la causa de que Igor, cosaco también, se sintiera atraído por el joven. Peter poseía todas las cualidades…, cantaba como un ruiseñor, o luchaba cómo un tigre, según exigiera la ocasión. Amaba a las mujeres, y las mujeres le amaban a él.

Cuando se rompió el sitio y las líneas se desplegaron hacia el Oeste, los altos mandos se dirigieron a la Fuerza Aérea roja para pedirle que les prestase a Igor, y le ascendieron a ingeniero jefe de todo el frente. Peter y Feodor continuaron formando parte de su personal. Conforme se desarrollaban las ofensivas de 1944 y 1945, los ingenieros avanzaron con los ejércitos a través de los países bálticos, la Rusia Blanca y entraron en Polonia, construyendo puentes, volando otros, reparando puertos, construyendo campos de aviación, demoliendo edificios que no ofrecían garantía, cortando carreteras y reparando ferrocarriles.

El frente de la Rusia Blanca avanzó hasta las puertas de Varsovia y se detuvo en la orilla oriental del río Vístula, en el suburbio industrial de Praga. Cuando este barrio quedó limpio, descendió de las alturas un edicto singular ordenando no perseguir a los alemanes al otro lado del río ni penetrar en Varsovia.

Al principio se les explicó a los comandantes de campo que era preciso reagrupar y reabastecer todo el frente. Más tarde se hizo circular la noticia de que dentro de Varsovia tenía lugar un levantamiento de «aventureros militares» representantes del imperialista grupo polaco de Londres. Aunque tales explicaciones resultaban bastante nebulosas, los oficiales del Ejército rojo estaban demasiado bien preparados para preguntar nada más. A pesar de todo, podían contemplar en la otra orilla del río, a simple vista, la destrucción de Varsovia.

Pasaron los días y llegó el rumor de que se estaba permitiendo a las divisiones de «panzer» nazis arrasar la ciudad hasta el suelo y que la población civil era asesinada en masa.

Mientras tanto había sido instalado en Lublin, hacia el sur, un Comité del pueblo

para una Polonia libre y democrática instruido en Moscú. El Ejército rojo advertía la cólera y el resentimiento de la población polaca. Igor intuía el furor de los polacos, pues conocía estas reacciones desde su misma niñez. Al parecer, al comité de Lublin le costaba un trabajo ímprobo convencer a los polacos de que la Unión Soviética los había libertado real y verdaderamente.

Una noche, durante la segunda semana de combate en Varsovia, Peter Egorov se presentó en los cuarteles de Igor.

—Muchos de nosotros estamos hartos de la degollina que se lleva a cabo entre el pueblo de Varsovia —dijo. —Sabemos que tenemos fuerza suficiente para cruzar el río y ayudarle.

—Calma, Peter. Es una pena que se encuentren atrapados en medio del combate unas cuantas personas civiles. Ya sabes que ese Ejército nacional polaco no es más que un instrumento fascista.

—¡Por amor de Dios, coronel! ¡Son polacos que luchan por Polonia contra los nazis!

—Ten cuidado con lo que dices, Peter.

—He andado con cuidado con lo que decía toda la vida. Por una vez quiero decir a gritos lo que tengo en el corazón. Coronel…, escúcheme…, hay otros oficiales que piensan como yo. Entre todos podemos reclutar varios centenares de soldados. Tenemos el proyecto de tender un puente más arriba para entregar armas a los defensores y quedarnos allá a luchar. Con usted, Igor Karlovy, como jefe, quinientos soldados cruzarán detrás de nosotros. Créame, coronel…, ésta es la manera de salir al campo. —Durante un instante, el corazón de Igor se dejó inflamar por aquel fuego. —Imagínese. Si el Ejército rojo fuese a rescatar a Varsovia, entonces los polacos sabrían que somos sus libertadores y no sus conquistadores —exclamó Peter.

Peter era ucraniano y polaco. Igor notaba desde hacía tiempo que la peligrosa vena de «nacionalismo» que latía en él había permanecido dormida, pero empezaba a entrar en ebullición, debajo de la superficie. Ahora, al encontrarse delante de Varsovia, estallaba.

—Olvidaré que has hablado conmigo, Peter, y te recomiendo que olvides tu locura.

Peter no la olvidó. Con otros seis oficiales jóvenes y cincuenta soldados, fue víctima de una traición la noche antes de la fecha señalada para intentar el paso del río.

El comisario V. V. Azov nombró un tribunal militar especial para juzgarles. Uno de los jueces fue Igor Karlovy. Le nombraron con toda intención precisamente porque Peter Egorov era miembro de su grupo de ingenieros. ¿Quién los había traicionado? No importaba mucho. Quizá fue Iván Orlov. Todo el mundo sabía que era el enviado del partido. Quizá fue otro. Nunca se sabría.

Antes de que se reuniera el tribunal, la policía secreta y la policía política obtuvieron confesiones. Los jóvenes rebeldes fueron interrogados día y noche sin

interrupción en la cárcel del barrio de Praga. Viejos expertos en el arte de obtener confesiones, los agentes de la policía secreta doblegaron a los rebeldes, uno tras otro, principalmente con la promesa de dejarles dormir. Cincuenta y seis declaraciones juradas confesaban al unísono «una conjura antisoviética con el propósito de cometer sabotajes y traiciones y colaborar con el enemigo». El «enemigo», en este caso, era el ejército clandestino polaco.

Vino a continuación un juicio secreto. El tribunal se reunió en el cuarto del carcelero, debajo de un retrato de Stalin y de una frase elogiando la justicia soviética.

La sentencia se pronuncio al poco rato. Hubo una lectura de las acusaciones, una lectura de las confesiones, unas breves deliberaciones de los jueces y se pronunció la sentencia de muerte, que debía ser ejecutada inmediatamente.

V. V. Azov no tomó parte en los procedimientos. Se limitó a estar presente como mero «espectador», en interés del Estado. Los tres jueces firmaron la orden de ejecución… Azov dio a Igor Karlovy una demostración de su absoluto poder.

—Camarada coronel —dijo el comisario—, usted supervisará personalmente las ejecuciones.

¡Qué extraño…, qué terriblemente extraño! Cuando trajeron a Peter Egorov al patio y le colocaron junto al muro de ejecuciones, brillaba en su cara una sonrisa. Era una expresión de contento íntimo, de satisfacción, de haber descubierto un gran secreto. Hasta el último instante de su vida, Peter Egorov tuvo la mirada clavada, sonriendo burlonamente, en los ojos de Igor Karlovy…, hasta que se desplomó muerto.

CAPÍTULO VI

EL coronel pasó todo el día siguiente de un humor negro. Estuvo enojado mientras una riada de visitantes discurría por su oficina, y varias veces durante las conferencias sobre la redistribución de las fuerzas de trabajadores se volvió contra sus subordinados de un modo nada corriente en él.

Iván Orlov atribuía el comportamiento del coronel a que había tenido que soportar, sin duda, una reprimenda de Azov. La otra docena de oficiales y soldados de servicio en la casa guardaban silencio. Sólo Feodor sabía realmente que el espectro de Peter Egorov había regresado. Había visto al coronel del mismo talante en otras ocasiones. Si tenía en el cuerpo la cantidad de vodka suficiente, a veces le decía entre balbuceos que, en el juicio, había hecho lo que tenía que hacer y que Peter era el culpable de su propia muerte.

Heinrich Hirsch había disparado el resorte. ¿Por qué había uno de volver siempre a este punto? ¿A verse obligado a tomar una decisión contra el régimen? Igor se decía a sí mismo que él era ingeniero. Todo lo que deseaba era la oportunidad de construir de nuevo… Esto y un poco de paz de espíritu. ¿Por qué se repetía una y mil veces esta condenada situación?

Al atardecer, Igor se retiró a la oficina de su dormitorio. Le entregaron una bandeja, y se encerró con llave. Al cabo de largo rato, sumergido en números, se calmó. Los ojos burlones de Peter, las losas de la cárcel, empapadas de sangre, el reto de Heinrich Hirsch…, todo se fundía en las columnas de números.

La noche era cálida. El coronel se quitó la guerrera y la colgó en el respaldo de la silla; apartó los papeles a un lado, se fue al balcón y se recostó en el marco. Una brisa inquieta hacía susurrar las hojas de los árboles. Hirsch tenía razón, naturalmente. Era una vergüenza…, violar a millares de chiquillas y ancianas. Las mujeres de Berlín iban por la calle arrastrando los pies y con la cara llena de barro para tener un aspecto repulsivo. Otras se fingían semiidiotas para que los soldados las dejaran en paz. Después de todo esto, habrían de pasar años, si no una eternidad, para lograr que el pueblo alemán creyese en el estilo de vida soviético. Mas ¡qué diablos! Hirsch era un tonto, igual como lo había sido Peter Egorov. Sólo las órdenes de Azov podían poner fin a las barbaridades.

Volvió la cabeza para mirar en el interior de la habitación, el trabajo que le aguardaba. Pero no se sentía en estado de concentrarse. La calma dulce de la noche no tardó en consumirle de sentimentalismo. Se puso a tararear, y luego cantó en voz baja, sólo para sí…

—Daleko… Daleko…

Allá lejos, muy lejos,
donde nace la niebla,
donde las brisas suaves,
ondulan los trigos,

en tu propio campo,
cabe a un monte, en la estepa,
prosigues tu vida.
Piensa en mí, amor mío.
día y noche…, noche y día;
lejos, muy lejos de mí,
aguarda, mi amor…

Un sonido extraño interrumpió su canción; el coronel ladeó la cabeza para escuchar. Algo se movía entre los arbustos del jardín. Quizá un gato extraviado. ¡No, aguarda! Igor fue hasta la barandilla…, un forcejeo pesado…, gruñidos enojados de una voz masculina…, ¡luego!, ¡un grito breve y agudo de mujer!

Igor apoyó la mano en la baranda, saltó por encima y aterrizó con cautela en el suelo. Se estaba librando una lucha feroz.

—*Kumm frau*!

Igor se precipitó allá y apartó los arbustos. En la semioscuridad divisó a un hombre con uniforme ruso encima de la figura de una mujer que se debatía sujeta contra el suelo. Igor levantó la bota, echó la pierna atrás y de un puntapié, en la sien separó al soldado de la mujer. El soldado se incorporó a gatas y se puso en pie trabajosamente, para recibir un puñetazo demoledor en la boca. Y cayó de espaldas otra vez. Igor se inclinó, sobre él, mirándole furioso.

—¡Animal!

Igor estiró el brazo, cogió al atontado atacante, le puso en pie de un tirón y le arrastró hacia la luz. ¡Feodor!

—¡Oh, Madre de Dios! ¡No, tú no, también, Feodor! ¡Tú que te estimabas demasiado para tocar a una mujer alemana! ¡Tú no, también, Feodor!

Feodor se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. Igor le arrojó al suelo, encolerizado, le dio de puntapiés en las costillas y le hundió el talón de la bota en los riñones.

—¡Apártate de mi vista!

Feodor se alejó a rastras, mientras Igor probaba de reprimir las lágrimas de rabia y de disgusto. La mujer se agitaba y gemía. Igor se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó bruscamente en alemán.

Ella contestó con un lloriqueo. El coronel la ayudó a ponerse de pie y la sostuvo mientras caminaban hacia la luz. Ella se detuvo, tambaleándose… y tratando de sujetarse sus desgarradas ropas. Igor le cogió la cara con mano firme, volvióla de modo que la luz le diese mejor y examinó los cortes y las magulladuras. La mujer era muy joven, y aunque cubierta por completo de suciedad y de sangre, Igor pudo verla extremadamente bonita.

—Eres una niña, nada más —dijo. —Está bien, deja de balbucear. No te haré ningún daño.

La muchacha empezó a recobrar el dominio de sí misma, sorbiendo grandes

bocanadas de aire y estremeciéndose.

—¿Qué diablos hacías dentro de esta valla?

—Podía oler el pan que se cuece.

—¿Tanta hambre tienes?

—No he comido en tres días.

—Esto es inverosímil. Podías ponerte en las colas del rancho de socorro.

—Lo hice. Dos soldados me sacaron de la cola y me llevaron a los escombros. No volví más.

Igor reaccionó con un gruñido de revulsión.

—Muy bien, te daré algo que comer y mandaré que te acompañen a casa en un coche.

—No tengo casa. Sus soldados la requisaron.

—¿Y tus padres?

—Ambos murieron en un ataque aéreo de los americanos hace tres meses.

—¿Amigos? ¿Parientes?

—Todos mis parientes viven en Dresden. Los amigos están lejos. No es fácil andar por ahí estos días. Evitamos el ir por las calles. La mayoría no sé dónde están.

Súbitamente, la joven se desplomó en un desmayo. Igor la cogió a tiempo, la tomó en brazos y anduvo en dirección a la casa. En la puerta principal topó con los ojos interrogadores de Iván Orlov.

—¿Va a entrar con ella ahí dentro?

—¿Qué propone usted, Orlov? —Y siguió adelante con gesto brusco. En seguida se volvió. —Tendrá tiempo de sobra para correr a informar a Azov. Por lo pronto, diga a mi ordenanza que prepare alguna comida caliente y vea si hay ropas de mujer en algún armario.

Feodor aguardaba delante de la puerta del coronel.

—Estoy muy avergonzado —susurró.

Igor escupió a los pies del joven oficial, entró en el dormitorio y dejó a la muchacha en el lecho. En seguida le limpió la nuca con un paño húmedo, le hizo oler sales y, cuando volvió en sí, la hizo sentar en el borde de la cama y doblarse hasta poner la cabeza entre las piernas.

—Vamos, niña. Estás perfectamente.

A la muchacha le temblaba la mano de tal modo que al principio tuvo que darle la comida Igor, quien le hizo sorber despacio unos tragos de caldo caliente de pedazos de carne y coles. El encogido estómago de la joven se rebelaba contra el repentino asalto de alimento.

—No comas tan de prisa o vas a devolverlo todo.

Ella asintió con la cabeza, y luego comió hasta que pensó que iba a reventar. Con el sabroso pan moreno arrebañó el fondo de la escudilla.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Lotte. Lotte Böhm.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Bien, ¿cómo te encuentras ahora?

—Mejor.

Igor ordenó a su ordenanza que limpiase el cuarto. El soldado dijo que habían encontrado algunas ropas de mujer. Igor le ordenó que abriese el dormitorio contiguo y no le molestase más.

Cuando el soldado hubo salido, Igor consideró la situación. La muchacha parecía haber recobrado los sentidos y no daba síntomas de estar en mal estado…, unas magulladuras de poca consideración. No obstante, quizá estuviera demasiado débil para marcharse sola. Naturalmente, a dónde pudiera irse era pura conjetura. La única perspectiva que le aguardaba, si podía darse crédito a su versión, era otro violador. Por supuesto, Igor no se creía obligado a protegerla. A pesar de todo, uno habría tenido la misma consideración con un perro apaleado.

—Conviene que lo que me has contado sea completamente cierto —dijo. —Me propongo comprobarlo.

—Ojalá no lo fuese. Ojalá tuviera padres y casa.

Igor tomó una decisión repentina.

—Esta noche te dejaré dormir en la habitación vecina Nadie te molestará. De la ropa que encuentres allí, coge lo que quieras. Mañana veré qué puede hacerse para proporcionarte un lugar seguro.

—Usted es muy bueno —dijo la muchacha, y rompió a llorar.

Igor quería decirle que no todos los rusos eran como los que se encontraban por las calles ahora…, ni aun después de una guerra que le había arrebatado su único hijo y su adorada Natacha. Sí, incluso después de lo de Natacha, los enemigos mortales han de conservar un poco de humanidad. Sin decir nada, abrió la puerta del cuarto contiguo.

Lotte Böhm se secó las lágrimas.

—¿Tiene agua? —balbució.

—¿Agua?

—Para lavarme.

—Sí, naturalmente.

—No me he lavado decentemente en todo un mes.

—Bien, tú misma…

—¿Podría…, podría… bañarme?

Lotte dio unos golpecitos tímidos a la puerta entreabierta. Igor, sentado ante la mesa, se volvió.

—Veamos, vamos a echarle un vistazo. Con la cara lavada tienes un aspecto muy aceptable.

La juventud de Lotte había hecho posible que su cuerpo y su espíritu se reanimasen. Respiraba profundamente, con aire dichoso, y saltaba por su dormitorio, sujetándose el cabello en largos y graciosos bucles. Llevaba una chaqueta de noche excesivamente grande que la hacía parecer muy menudita.

—Mientras me estaba bañando, todo el rato pensaba en lo bueno que es usted. Ha de ser una persona muy importante.

—Un simple soldado —respondió él, señalando la cama.

La muchacha se deslizó entre las sábanas, se estiró, runruneó de contento y palpó las almohadas y el cubrecama de satén como si se encontrase en el país de las maravillas.

—Me moriré si despierto y hallo que esto es un sueño. Sí despierto en el sótano, me muero.

Igor se sentó en el borde de la cama, sonriendo indulgentemente. ¡Era tan chiquita y desamparada! Tan así… como Natacha. Inconscientemente, estiró el brazo y le acarició la mejilla, sobresaltándola. Y retiró la mano vivamente.

—No quería asustarte.

—No me asusta. —Lotte rodó sobre el costado hasta quedar de espaldas a él. —He vivido seis meses sola en unos sótanos. Me he pasado todo este tiempo muerta de hambre. Los americanos venían con sus bombarderos todos los días, y los ingleses, todas las noches. Y desde que los rusos…

—Lo sé.

—Le estoy más agradecida de lo que sabría expresar.

—Somos personas, simplemente…

—Debo demostrarle lo agradecida que estoy. Quiero complacerle.

—No es una condición precisa para que nos mostremos humanos unos con otros.

—Pero yo quiero darle las gracias. No tengo otra manera. Los otros usaron de mí como quisieron. Una vez, creyendo que estaba muerta, me dejaron en el arroyo, cuando tres de ellos hubieron terminado su tarea conmigo. Al menos permítame que lo entregue yo una vez por propia voluntad.

—Duérmete y calla.

—Cuando estaba ahí fuera, resistiéndome, en el suelo…, oí una voz que cantaba…

El coronel se inclinó sobre ella, le rozó la mejilla con los labios y le acarició el cabello.

—Buenas noches, Natacha.

—Era la voz de usted, ¿verdad?

Igor apagó la luz y se encaminó hacia la puerta.

—Por favor, no deje el cuarto a oscuras —le pidió la muchacha.

—Estaré trabajando en mi escritorio, ahí en el cuarto vecino. Dejaré la puerta abierta.

Habitualmente a Igor le gustaban las horas nocturnas para trabajar. En la quietud completa de la noche los pensamientos podían alcanzar una claridad inmaculada, pero aquella noche le seguían los fantasmas del día. Los hechos se amontonaban. Las áridas estadísticas y los problemas de ingeniería quedaban invadidos por la sonrisa atormentadora, obsesionante, de Peter Egorov y la voz acerada de Hirsch…, ¡y ahora Natacha estaba con él!

De vez en cuando oía que la muchacha se revolvía inquieta y escuchaba gemidos de lo que parecía ser una pesadilla continua. Igor se sorprendió en el umbral, mirando a Lotte, como arrastrado por una fuerza incontenible. La luz de su cuarto caía sobre el cuerpo de la joven. ¡Qué magnífica criaturilla! Es joven…, yo también fui joven en otro tiempo. ¿Qué había sido de todo ello?

Y, como si hubiese estado esperándole, Lotte despertó de su sueño y le vio. Ambos se miraron largo rato, sin moverse ni hablar. Lotte no parpadeaba ni apenas respiraba mientras le atraía pausadamente hacia la cama. Igor se sentó en el borde.

La manecita de la muchacha se acercó a la mano poderosa de Igor, la cogió, la guió hasta debajo de la manta y la posó sobre su agitado pecho; luego abrió las sábanas, dejándole sitio.

Lotte tenía un cuerpo deliciosamente joven, firme y tibio.

«Con dulzura —se repetía él—, con dulzura. Sé muy cariñoso con ella. Trátala con delicadeza y compénsala de las brutalidades de aquellos miserables. Sé tierno y haz que me quiera como Natacha me quería».

Igor la preparó poco a poco, hasta que el deseo de la muchacha parecía saltar fuera de su epidermis. Ambos se provocaban y se incitaban; la muchacha se estaba volviendo loca. Profería unos sonidos guturales de gozo y trataba de poseerlo y devorarlo. Y luego vino un momento en que el dominio y la sensatez huyeron, y ambos estallaron en convulsiones…, y ahora, por fin, Lotte durmió con un sueño profundo, sosegado, pacífico.

Igor permaneció despierto. Yacía de espaldas, con el cuerpo de la muchacha acurrucado contra el suyo. Tenía los ojos abiertos de par en par… «Ahora no soy mejor que los otros…, pero ¿es que lo he sido alguna vez? ¿Lo he sido alguna vez realmente?».

CAPÍTULO VII

LA población de Glinka, sobre el río Kuban, en la Rusia meridional, el año 1921.

Igor terminó sus tareas en la cuadra, cruzó el gallinero en dirección a la bomba, se quitó el picudo gorro Cuadrado adornado con abalorios y la bordada camisa de campesino, sacó un balde de agua y se la echó por la cara, el pescuezo y las manos.

Su mirada se volvía pensativamente hacia la casita de campo. Unas voces amortiguadas, enojadas, se filtraban por sus paredes y se desparramaban por el aire del atardecer. Su padre y su hermano, Alexander, volverían a estar como siempre. Ahora todas las noches pasaba lo mismo: una discusión acalorada tras otra. La semana anterior, en un arrebato de cólera, su padre había pegado a Alexander.

En todo el pueblo ocurría igual. Todo el mundo andaba por ahí con la cara larga, las maldiciones en los labios y la sospecha en los ojos. Lo mismo que Alexander, muchos jóvenes del pueblo se habían unido a los rojos y luchado a su lado. Pero había otros, principalmente entre los mayores, que habían estado con los blancos.

Igor notó la presencia de alguien y se volvió, para ver a Natacha acercándose a él muy despacio y tímidamente. Natacha le sonreía con la visible adoración del primer amor. Ella tenía diez años y él doce. La niña recogió la camisa del suelo y se la dio.

Igor la toleraba como se tolera a una hermanita menor. La conocía desde que podía recordar. Natacha vivía tres casitas más abajo, junto al camino. Bien, quizá había algo más que tolerancia; Natacha era una amiga fiel. Hasta tenían los dos un escondite secreto, cerca de una curva del río. A menudo se reunían allí y hablaban de sus pensamientos más íntimos.

—No estés tan triste, Igor, te lo ruego —decía ella.

—Ya no me gusta entrar en casa.

—La mía no está mejor.

—Sí, lo sé. Alexander dice que la lucha ha terminado. Todos hemos de aceptar el orden nuevo. Sólo papá…

—Igor, ¿bajarás al río, mañana, a reunirte conmigo?

—No sé. Ensacaremos grano la mayor parte del día. Además, tengo que estudiar. Ya sabes cómo insiste Alexander en que aprenda a leer y escribir.

—Te lo ruego.

—Muy bien. Pero sólo unos minutos, mientras los otros duerman la siesta.

Natacha escapó corriendo, trepó por la valla y luego corrió camino abajo hacia su casita, después de una última mirada y un ademán.

—¡Igor! ¡Ven! —llamaba la voz de mamá.

En la tosca habitación imperaba un silencio espantoso. El padre de Igor, Gregory Karlovy, un gigante barbudo y correoso, estaba sentado a la rústica mesa sin pulir, con sus grandes manazas enlazadas y los encendidos ojos fijos en el suelo. Delante de él estaba sentado Alexander, un joven de veinte años, con los músculos del rostro

contraídos por la tensión. Igor se deslizó al lado de su padre todo lo sosegadamente que pudo.

En el centro de la mesa había una gran olla de caldo de pollo y tropezones. En el momento en que Alexander extendía la mano hacia un pedazo de pan, su padre levantó la cabeza y le miró furioso. Alexander cedió, soltando el pan, enlazó las manos, murmuró una breve plegaria y se santiguó.

Fue otra de aquellas comidas silenciosas, tan frecuentes últimamente, sin otro ruido que, alguna que otra vez, el de sorber el caldo. A cada cucharada, Igor veía que la cólera de su padre se encendía. Por fin el viejo abatió un puño como una maza sobre la mesa, haciendo retemblar el aposento entero.

—¡Mi propia carne y mi propia sangre abandonando la casa y las tierras de sus padres!

Alexander por poco se ahoga tratando de deglutir a pesar del nudo que sentía en la garganta. Su padre volvió a rugir. El hijo dejó la cuchara.

—Se lo digo por decimoquinta vez. Me voy a Rostov por invitación del Comité Planeador del distrito. Es la gran oportunidad de mi vida. Reorganizaremos desde aquí hasta la misma frontera de Georgia. ¿No puede comprender lo importante que es esto para mí?

—Nada es más importante que tu propia finca.

—Se equivoca, papá. La revolución importa más.

—A mí me parece —respondió el padre, temblándole la voz— que ya hemos vivido bastantes años de angustia y derramamiento de sangre. Primero, la guerra se llevó la mitad de nuestros hijos; luego, la revolución; después, la contrarrevolución. ¿Es que no ha de haber nunca paz? ¿Qué clase de revolución es esa que vuelve a un hijo contra su propio padre y su propia tierra?

—Los viejos estilos pasaron.

—¡Qué han de haber pasado! ¡Generaciones de Karlovy han nacido, vivido y muerto en esta tierra! ¡No me digas que pasaron!

—Papá, en nombre de Dios. La contrarrevolución ha fracasado. Nos han desangrado durante siglos. El pueblo quiere una vida nueva.

—Te agradeceré que no repitas tópicos rojos debajo de este techo.

—No es un tópico, papá. Glinka vive desde hace trescientos años sin escuela ni hospital. ¿No quiere ver a Igor leyendo y escribiendo? ¿No quiere ver a las mujeres como su propia esposa dando a luz sin perder tres hijos de cada cuatro?

El anciano movió la cabeza tristemente.

—La libertad es mi vida, hijo. Esto de las reformas nos lo han explicado ya otras veces. Aquí…, esta tierra…, esto es libertad. Tú eres un cosaco kuban, y eso es libertad. Si hemos aprendido algo ha sido a conocer por el olfato a los que nos querían robar la libertad.

El joven se apartó de la mesa.

—¿Para qué diablos sirve el hablar?

Habían llegado a una situación crítica. A una situación definitiva. La llama de la revolución estaba destinada a arder en el corazón del joven, únicamente. El hijo había perdido al padre, del mismo modo que los viejos estilos habían pasado. Alexander dio media vuelta, abrió de un tirón la cortina de su alcoba y cogió el saco con su ropa. Su madre y su hermano estaban llorando.

El joven se acercó a la mujer, la besó y luego pasó la mano por el cabello de su hermano.

—Estudia, Igor, estudia. El futuro será de los que estudien.

El padre y el hijo estaban cara a cara.

—¿Hemos de darnos la mano, padre? ¿Quiere desearme un buen viaje?

Gregory Karlovy se levantó, pero sus manos continuaron pegadas a sus costados. El viejo se volvió de espaldas.

—Ojalá Dios te proteja —murmuró cuando la puerta se hubo cerrado de golpe.

Igor silbó la clave secreta que tenían, tres veces, como una golondrina de pantano, luego correteó orilla abajo, a través de la hierba alta, hasta el claro donde Natacha le estaba esperando. Se hallaban en una leve, muy leve elevación del suelo, sobre un punto de la curva del río. Allí cerca se levantaba un viejo sauce corpulento cuyas ramas colgaban hasta la orilla del agua.

Era mediodía. La atmósfera estaba quieta, el campo encendido en tonos naranja y encarnado y oro. Un almadiero pasó en rápido giro por delante de ellos, apoyando su larga percha en la margen opuesta para empujar la almadía hacia el centro de la corriente. Del otro lado de los campos llegaban a los oídos de los dos niños voces que cantaban.

Natacha tenía los grandes ojos castaños llenos de miedo y temblaba.

—Estoy muy contenta de que estés aquí, Igor…

—No ha sido fácil venir —respondió él, atento únicamente a sus propios problemas. —Anoche Alexander se marchó de casa para siempre. Se ha ido a Rostov, a reunirse con los rojos. Yo me he pasado toda la noche despierto, probando de pensar cómo será la vida sin Alexander. Oía a papá y mamá que gemían en sueños.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—No te apures. Bien, ¿qué asunto hay tan importante?

Natacha inspiró profundamente y probó de hablar, sin saber si podría. En este momento, Igor advirtió su ansiedad.

—Los rojos —dijo por fin la muchacha, con voz entrecortada. —Han hablado con mi hermano, con Sergei.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En Armavir, hace tres días, cuando fuimos al mercado. Papá se fue al barrio judío a comerciar y dejó a Sergei encargado de vigilar nuestro puesto. Cuando yo llegué, Sergei se había marchado. Hasta esta mañana no me ha dicho dónde estuvo.

Se lo habían llevado los rojos.

—¿Qué querían?

—Lo que quieren siempre. Querían saber dónde esconden los campesinos el grano.

—Él no se lo dijo, por supuesto.

—Al principio, no. Luego le dijeron que todos nosotros somos unos saboteadores y unos provocadores —sea lo que fuere que esto signifique— y que la gente de la ciudad moría de hambre.

—¡Malditos sean! ¡Ya sabes qué nos dieron a cambio de nuestro grano! Un pedazo de papel que nadie puede leer.

—Le…, le prometieron a Sergei que le declararían héroe de la Unión Soviética si lo decía.

—¿Héroe por delatar a sus propios padres?

—Sergei lo dijo.

Igor se puso en pie de un salto.

—Tenías que habérmelo dicho inmediatamente.

—Yo…, yo lo supe hace poco…, y tenía miedo…

—¡Tengo que avisar al pueblo!

Igor cruzó los campos corriendo y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Corrió sin parar hasta el centro de la población, una calle fangosa; jadeando ofuscado, cogió la cuerda de la campana de alarma y tiró con toda su fuerza, atrayendo hacia allí a los labradores, que venían de los campos, desde todas las direcciones, a la carrera.

Igor les contó lo sucedido, y Sergei, un muchacho de doce años lo mismo que él, fue traído a la plaza e interrogado hasta que se dio por vencido y confesó. El padre del delator lo arrastró hasta su cuadra y lo molió a golpes hasta arrancarle casi la vida, mientras Natacha lloraba a gritos. Los cosacos se lanzaron frenéticamente a trasladar a otro sitio el grano escondido. En mitad del alboroto llegaron los rojos y les sorprendieron. A la casa de Natacha le pegaron fuego hasta dejarla arrasada, y al padre lo colgaron por el cuello en la plaza.

Cuando los vecinos cortaron la soga, le enterraron y hubo terminado el llanto y calmado el trastorno, Natacha y su madre se fueron a vivir con unos parientes al el pueblo vecino.

Los rojos llevaron a Sergei a un hogar infantil de Armavir, hogar que al poco tiempo fue rebautizado en su honor. Los rojos ensalzaron a Sergei como al primer héroe joven de los cosacos kuban. En el transcurso de cierto período de tiempo se honró a Sergei dando su nombre a seis pueblos, veinte fábricas, diez granjas colectivas, ocho parques de tractores y docenas de hogares infantiles y campamentos de pioneros.

Durante los años que siguieron a la década del 1920, Alexander Karlovy ocupó cargos de considerable importancia en Rostov. El hecho de que fuera un cosaco del país y al mismo tiempo un comunista convencido y fiel, resultó de un valor inapreciable. Alexander se contaba entre los jefes principales que planeaban la manera de obtener mayor producción de las fincas de la Rusia meridional.

En toda la Unión Soviética sucedían unos cambios fantásticos. El gigante que despertaba entraba temblando en un siglo nuevo y había de pagar con trabajo rudo, intenso, los errores pasados, cometidos en la tarea de educar a su pueblo e industrializarlo. Ahora el sudor de los obreros y campesinos, empujados por el implacable látigo comunista, les abría las puertas hacia este mundo nuevo.

Los cosacos kuban, de Glinka, continuaban pegados a su tierra. Estos estilos nuevos continuaban siéndoles extraños. Muchos de sus hijos se habían marchado y el pueblo sufría heridas que no sanaban. A los agitadores enviados para ilustrarles los trataban con recelo. Sus creencias eran tan sencillas y primitivas como sus vidas. Siglos atrás, los zares habían enviado a los cosacos a puestos avanzados sobre el Don y el Kuban, a Siberia y a otras fronteras. En tiempos de emergencia, los cosacos habían levantado sus propios ejércitos. A cambio de ello se les otorgaba la consideración de hombres libres. Esto mismo, nada más ni nada menos, era lo que deseaban de los rojos.

Igor Karlovy llegó a los primeros años de su edad varonil conservando una fe inconmovible en los viejos estilos. Rechazaba el deseo que sentía de conocer aquel mundo nuevo, porque el seguir a Alexander, abandonando la finca de la familia, habría dado origen a penalidades sin cuento. Gregory Karlovy había envejecido mucho. A pesar de su furiosa arrogancia, ya no podía hacer el trabajo de un hombre fuerte, por lo cual Igor subordinaba su curiosidad a los deberes que tenía con la familia.

La sed de conocimientos continuaba viva, no obstante, y todas las noches leía y estudiaba hasta que se le inflamaban los ojos. Cuando Glinka tuvo una escuela, Igor mendigaba libros y periódicos para satisfacer aquel hambre cada vez mayor de aprender.

Aunque la cantidad de cosas escritas aumentaba, los libros empezaron a caer en una uniformidad sosa. Todo había sido escrito de nuevo, de modo que acabara siendo una glorificación de los bolcheviques.

Igor aprendió por sí mismo alemán e inglés con el fin de encontrar nuevas rutas del pensamiento, alejadas de las repeticiones de los textos comunistas. Así descubrió que podía leer en estas lenguas extranjeras a grandes escritores rusos del pasado cuando las obras de muchos de ellos ya no se publicaban en ruso. Idéntico caso se daba con la historia de Rusia, que, por lo que concernía a los bolcheviques, parecía empezar con el nacimiento de Karl Marx.

En otros aspectos, Igor era el hijo de su padre. Siguiendo la tradición cosaca auténtica, llegó a ser un jinete consumado, cantaba con la dulzura de la golondrina de los pantanos y se hizo un bebedor de no menudas hazañas. Su corazón, frívolo en ocasiones, no se apartó nunca de Natacha, ni perteneció jamás de verdad a ninguna otra mujer.

Los días, y a veces las semanas, parecían interminables, hasta el momento dichoso en que la muchacha venía del pueblo donde estaba ahora y podían marcharse juntos a un lugar que sólo ellos conocían, lejos de todo el resto del mundo. Pero ambos habían llegado a ese tiempo de la primavera de la vida en que los encuentros traían el desencanto, y las separaciones eran fuentes de pena.

Natacha comprendía el afán de Igor de conocer el mundo, se daba cuenta de su situación, veía que estaba encarcelado. No le presionaba para que le hiciese una promesa de matrimonio, pues una promesa semejante le habría encerrado en Glinka para siempre.

Y de este modo, un día de verano, cuando Igor tenía dieciocho años y ella dieciséis, llegaron a unirse sus cuerpos. Ocurrió en su escondite secreto, junto al río Kuban.

Al final de los años veinte, un gran cambio se extendió por el país. De Moscú vino la orden de colectivizar las fincas. Los encargados de realizar planes publicaron un edicto diciendo que la producción agrícola debía seguir la marcha de la industrialización. Un edicto que no entendieron los kulaks, que eran agricultores libres, ni los cosacos, que eran hombres libres.

Los cosacos del Kuban se armaron y montaron en sus caballos para defender la tierra, embistiendo furiosamente ante las descargas cerradas de las armas del Ejército rojo, que los derribaban como gavillas de trigo.

Al final le tocó a Glinka el turno de colectivizar. Movido por el sentimentalismo, Alexander Karlovy volvió al lugar donde había nacido. Se convocó una reunión. Alexander suplicó a los labradores que aceptasen la colectivización pacíficamente, en bien de Rusia, y les advirtió que sólo acatando la orden en silencio ahorrarían a Glinka la suerte de centenares de pueblos bañados en sangre. No estaba en su mano hacer más.

Los campesinos de Glinka, capitaneados por el viejo Gregory Karlovy, dieron su respuesta. Incendiaron las cosechas y sacrificaron el ganado.

Y de este modo vino a suceder que la tradición secular de hombres libres tocó a su fin. Los habitantes de Glinka fueron acorralados y deportados a Siberia para dedicarlos al trabajo esclavo, y nunca se volvió a saber de ellos. No se salvó más que un solo habitante. Mediante un engaño, Alexander hizo que su hermano Igor viniera a Rostov a visitarle en el momento preciso de la deportación.

Por supuesto, Igor notó que había ocurrido algo terrible, pero en aquellos días era casi imposible obtener salvoconductos para viajar. Además, la vida rusa le había dotado del hábito de no indagar. A su debido tiempo, Alexander le explicó lo sucedido y que sus padres habían decidido no huir a Rostov.

La finca se había perdido para siempre; sin embargo, el vivir en Rostov con Alexander y su familia, ofrecía cierto número de compensaciones. Lo principal era que el esfuerzo por instruir a las masas abría muchas puertas nuevas a la posibilidad de aprender. Como comunista que ostentaba un cargo, Alexander tenía su casita de dos habitaciones y pudo adosarle un cobertizo al exterior para que Igor dispusiera de su propia habitación de tres metros de largo por cerca de dos de ancho, lo cual era un lujo extremado para un hombre solo.

Igor ingresó en aquella vasta legión anónima de obreros que trabajaban en una de las nuevas fábricas de tractores, y por la noche continuaba sus estudios.

A causa de las autorizaciones necesarias para el viaje, le era imposible traerse a Natacha a Rostov. Aun en el caso de que hubiera podido, carecía de medios para mantenerla, y no podía pedirle que compartiese su cobertizo. Natacha aprendió a leer y escribir, con lo cual pudieron sostener una correspondencia que les diera alientos. Después pudieron marcharse los dos, una vez al año, a pasar una semana en el mar Negro.

A principios de los años treinta, Igor Karlovy analizó sus ideas acerca de la vida que tenía que vivir. Odiaba la fábrica; lejos de la libertad del campo, se miraba a sí mismo como a una vaca marcada a la que se le exigía que produjera tantos y cuantos cubos de leche. Odiaba las cuatro paredes llenas de consignas y retratos; odiaba los diagramas y la pugna de su equipo contra los otros equipos en los intentos incesantes de estimular la producción.

Durante el descanso para el almuerzo y dos o tres días a la semana, después del trabajo, estaban obligados a escuchar conferencias de los agitadores y, del Komsomol ensalzando su «estilo de vida». Se les explicaba que la vida era difícil, temporalmente, a causa del atraso del país, heredado de los zares, las sangrías sufridas y, principalmente, las presiones exteriores de los imperialistas, que querían aplastarles.

Lo que más detestaba Igor eran las Escuadras de Acción formadas por miembros del partido y del Komsomol. Las Escuadras de Acción cuidaban de que los obreros asistieran en un cien por ciento a las conferencias y demás actividades. Las Escuadras de Acción se ponían en cabeza en las «manifestaciones espontáneas» que habían organizado entre ellos en honor a los dignatarios visitantes y en los desfiles de los días festivos. Las Escuadras de Acción se encargaban de que en las «elecciones» el cien por ciento de los votos fuesen para el partido. Y eran las Escuadras de Acción las que visitaban a los equipos rezagados para inducirlos a «dar» jornadas gratuitas de

trabajo, a fin de incrementar los cupos de producción.

La presión llegó a ser tan insoportable que los obreros, desesperados, se reunieron en secreto, con la intención de organizar una huelga. Las Escuadras de Acción, junto a la policía secreta, recogieron a los dirigentes y los embarcaron hacia el este. Luego los agitadores vinieron y explicaron que en la Unión Soviética las huelgas eran ilegales, porque no había necesidad de hacerlas. Los obreros eran dueños de las fábricas y, por tanto, estarían en huelga contra ellos mismos.

La única manera que tenía un obrero de llamar la atención sobre sí mismo consistía, al parecer, en bajar pronto a la fosa, donando casi todas sus horas libres. Esto se le recompensaba con una medalla, la Orden del Trabajo de la Bandera Roja, que podía prenderse en su harapiento traje.

La vida en el campo había sido una vida primitiva, pero Igor nunca olvidó las palabras de su padre: «La libertad es vida». Igor comprendía que los comunistas trataban bravamente de convertir la Unión Soviética en una nación moderna y que había que recurrir a métodos duros. También llegó a comprender que el Oeste era el verdadero enemigo de las masas. A pesar de todo, tenía que huir de la fábrica.

Los fuegos revolucionarios de su hermano Alexander se habían mitigado. En la actualidad Alexander se encontraba en una selva de luchas para sobrevivir. La única manera de medrar consistía en seguir las líneas clásicas del partido. Al idealismo de los primeros tiempos lo había sustituido un terror incesante. Alexander intentaba una y otra vez que Igor ingresara en el Komsomol. Como miembro del mismo se le abrirían nuevas oportunidades. Igor estaba decidido a librarse de la disciplina fanática y los desagradables deberes de un agitador o de un miembro de las Escuadras de Acción.

Igor halló su camino en el estudio de la ciencia e introdujo en la fábrica cierto número de improvisaciones que le conquistaron la atención de los planeadores y, finalmente, la medalla de Héroe del Trabajo Soviético. Sabía que, si se hacía ingeniero, tendría la posibilidad de vivir mejor, puesto que había una necesidad apremiante de técnicos.

Por tal motivo presionó a su hermano para que le procurase la oportunidad de presentarse a exámenes de ingreso en la gran Universidad de Moscú. Un sueño ambicioso. La Universidad estaba reservada a los fieles del Komsomol y a los hijos e hijas de la nueva clase gobernante. Simplemente, un muchacho cosaco de Rostov no tenía la menor posibilidad. Pero Igor persistió y logró su sueño.

Cuando fue a verla por última vez antes de su partida, Natacha lloró. Moscú estaba a mil kilómetros de distancia. Igor estaría ausente cuatro años, con pocas —o ninguna— posibilidades de verla y con sólo una muy pequeña posibilidad de conseguir documentos para que ella fuese a Moscú. Luego él tendría que dar dos años de trabajo gratuito al Gobierno, a fin de compensarle por los gastos de su instrucción, y, muy probablemente, le enviarían a Siberia, a las tierras vírgenes.

Igor probó de consolarla prometiéndola que los años pasarían y ellos todavía

serían jóvenes para iniciar una vida nueva. Sus últimas palabras fueron el juramento de que volvería a su lado.

Igor Karlovy no fue jamás a cumplir su servicio en Siberia. Después de alcanzar el título de la Universidad de Moscú, le nombraron oficial de la Fuerza Aérea roja y le enviaron a Leningrado. El Ejército y la Fuerza Aérea se estaban reorganizando con frenesí, tratando de recobrarse de las purgas y del fracaso de la campaña finlandesa.

La víspera de la Segunda Gran Guerra le sorprendió delineando y construyendo bastiones en el istmo de Karelia, para la defensa de Leningrado. Natacha se trasladó a Armavir, a una fábrica de guerra; pero al cabo de poco tiempo se cortó la comunicación entre ambos.

«Junio, 1942.

»Mi amado hermano Igor:

»La guerra ha impedido el contacto entre nosotros durante un año entero: En todo este tiempo no he tenido noticias tuyas, pero sé por algunos amigos que estás estacionado en el mismo puesto al que te destinaron cuando saliste de la Universidad.

»Al portador de esta carta, un colega del partido, le trasladan a tu distrito y se ha declarado dispuesto a probar de hacerla llegar a tus manos.

»Mi familia y yo hemos sido evacuados al interior. Estamos aposentados y ahora nos dedicamos a la tarea de organizar la producción de víveres. Lo pasamos perfectamente bien.

»Tengo que darte muy malas noticias. Natacha ha muerto. Estaba entre los defensores de Armavir. Muchos supervivientes de allá se encuentran ahora en mi sector, de modo que la versión de su muerte es auténtica. Me temo que su caso fue de lo más triste. Cayó herida y los nazis la cogieron, abusaron de ella y la despacharon de la manera más brutal.

»En esta hora de dolor, mi compasión más entrañable vuela hacia ti. Te ruego que tengas un corazón firme y que te vengues en el monstruo nazi de lo que hicieron a Natacha y a nuestra gloriosa Madre Patria.

»¡Viva el Partido Comunista! ¡Viva Stalin! ¡Muera el enemigo!

»Tu hermano que te quiere,

»Alexander»

Las tierras de Rusia son frías y mórbidas una larga sombra de muerte y tragedia se cierne sobre sus habitantes. Gritos doloridos de trabajo y sufrimiento y pobreza llenan su música y su poesía; la vida es sufrimiento, el sufrimiento es vida. Los inviernos son tan brutales como la existencia.

Todo lo trágico de la herencia rusa se abatió sobre Igor Karlovy, allá donde vivía, entre los que morían de hambre y de frío durante el sitio de Leningrado. Aquella carta

era el capítulo más doloroso del camino de una vida saturada de dolor. Faltó poco para que la muerte de su adorada Natacha le quitase la voluntad de sobrevivir.

¿En qué circunstancias un hombre como Igor Karlovy busca a una mujer como Olga Shiminov? ¿Es cuando su alma se revuelve en una sima sin fondo de pesares? ¿Es cuando se agarra tenazmente a un hilo cada vez más delgado entre la esperanza y la depresión total?

O quizá la causa estuviera en el calor que le devolvió primero a la vida, el calor del piso de Olga Shiminov. Fuera, los muertos se apilaban como troncos helados en el arroyo los que morían de hambre andaban como en sueños; los cañones finlandeses y germanos vomitaban sin tregua sobre ellos. ¿Fue una cosa tan simple como el frío y el roncar del hambre en su vientre lo que le arrastró hacia Olga Shiminov?

Olga era una de las dirigentes más importantes del Komsomol de Leningrado. Como delegada puesta al frente de los batallones de mujeres trabajadoras, estaba en trato frecuente con Igor por los numerosos problemas de ingeniería que planteaba el construir fortificaciones, caminos sobre el hielo, demoler edificios que ofrecían peligro, limpiar escombros.

Fue una noche de diciembre, durante una de sus muchas conferencias. El frío se hizo insoportable en la oficina de Igor, sin calefacción, y Olga propuso que terminasen el trabajo en su piso, donde había buena temperatura. Calor…, he ahí lo que necesitaba uno en el invierno de Leningrado. Para las masas no había combustible. Todas las construcciones de madera habían sido demolidas y consumidas como leña hacía mucho tiempo. Todo el mundo tenía frío y hambre…, excepto los que ocupaban cargos importantes, como Olga Shiminov.

Olga tenía su habitación propia, con baño y cocina particulares. Un palacio lujoso, en aquel sepulcro helado que era la ciudad. Y sus estantes guardaban té, vodka, patatas, pan y ternera.

¿Se vendió quizá a cambio de calor, o fue simplemente un cansancio de la vida que no le concedió la facultad de resistir? En verdad, durante aquellos largos, meses que habían trabajado juntos, Igor nunca miró a Olga como un hombre mira a una mujer. Y ella adoptaba una actitud árida y severa como corresponde a un alto cargo del partido.

Carecía por completo de las astucias femeninas, las miradas sensuales, las caricias suaves, el cuerpo deseable de Natacha. Olga era una hija de la revolución, el producto acabado de esta nueva forma de vida. Llevaba los senos como una especie de desafío, como si fuesen un reto a su derecho a la igualdad. Olga era una consigna, un objeto hecho en un molde sin corazón, que funcionaba con la eficiencia mecánica de la nueva estirpe de rusos. A pesar de todo, quedaba todavía en ella algo que era «mujer»…, quedaba la carne femenina. Por muy bien sovietizada que estuviera, existía aún.

Igor era un hombre atractivo. A pesar de los reparos de Olga por su falta de formación comunista, había una tolerancia especial, de tiempos de guerra, para los héroes de la Fuerza Aérea roja, Igor pertenecía a la nueva leyenda. Herido de metralla de cañón, hombre de gran inventiva y un coraje enorme, un cosaco que bebía como una cuba, rodeado de oficiales adictos. Quizá fue la indiferencia total de Igor lo que despertó el amor propio de Olga. Igor la aceptó porque había perdido el alma por completo… y en el piso de aquella mujer reinaba buena temperatura.

El matrimonio no se concertó en el paraíso. Fue un pacto conveniente para ambas partes, con objeto de sacar el mejor provecho posible de una vida miserable.

Ni la paciencia ni la ternura de Igor lograron hacer mella en la obsesionada entrega total de Olga al Partido. Su vida sexual, fuese la que fuere, la despachaban con eficiencia mecánica. La ordenaban de modo que no interfiriese nunca con una reunión de comité o una conferencia a los obreros de las fábricas.

Igor Karlovy, en la actualidad comandante condecorado de la Fuerza Aérea, se alejó de su cálido nido cuando llegó la primavera y se inició el deshielo. Buscó a sus antiguos camaradas para beber con ellos, y mujeres suaves y tiernas con las que practicar el amor.

Olga Shiminov no carecía de recursos. Igor fue llevado ante el Comité Central del Partido Comunista de Leningrado y amonestado sin rodeos por sus desenfrenadas maneras cosacas, advirtiéndole que el marido de una funcionaria destacada no podía tratar a su mujer como a una campesina. Si la categoría y la carrera significaban algo para él, haría bien quedándose en casa por la noche. Finalmente le informaron de que se le podía enviar a climas mucho más fríos todavía que el de Leningrado.

Entre discurso y discurso, Olga quedó embarazada. Desde su punto de vista inmensamente práctico, no era momento para tener un hijo. Aparte de la cuestión del espacio y el alimento, un hijo podía ser una molestia aborrecible y le estorbaría en su trabajo. Por todo lo cual, y contra los deseos de Igor, solicitó reglamentariamente un aborto.

En esta ocasión, el Comité Central adoptó el punto de vista del marido. Los camaradas «indicaron» a Olga que sería muy favorable para la moral de las masas si una de sus dirigentes daba a luz simbólicamente en pleno asedio. Olga, que no había sido nunca una desviacionista, aceptó la «sugestión» y regaló a su marido y al niño el nombre de su padre, pero los camaradas «rogaron» que se le llamara Yuri, en honor de un chiquillo que había muerto martirizado por las SS al principio de la invasión.

El nacimiento de su hijo dio a Igor un motivo para renovar su deseo de vivir. Poco a poco, empezó a salir de aquella profunda oscuridad… hasta que un día el obús de un cañón Sitiador cayó en el Hogar Infantil Número 25.

Cuando Igor despertó, la muchacha alemana, Lotte Böhm, le estaba mirando atentamente. Igor había visto una expresión semejante de pleno contento en los ojos

de una mujer hacía muchísimo tiempo; cuando Natacha solía mirarle de aquella manera.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

—No sabía que esto pudiera ser de este modo.

Igor cerró los ojos y estrechó contra sí el cuerpo joven de Lotte. Las lágrimas llenaron sus ojos y corrieron por sus mejillas. «¡Oh, Virgen Madre! —murmuró. —Déjame tenerla unos momentos más».

Igor se lavó y se vistió en silencio, y reanudó su trabajo en el dormitorio vecino. Lotte le miraba desde el umbral; sus ojos no se apartaban de él ni un momento. Al final, el coronel partió el lápiz en dos pedazos, fue hasta la puerta vidriera, la abrió de par en par como si se asfixiase e inspiró profundamente.

—Quiero establecer un arreglo contigo —dijo. —Velaré por tu seguridad y cuidaré de que estés bien alojada y alimentada.

—No te arrepentirás. Yo te haré muy feliz.

CAPÍTULO VIII

EL comisario Vasali Vladimarovitch Azov bebió un vaso de una medicina blanca, con sabor a yeso, para calmar el ardor de sus úlceras, se limpió unas gotitas del negro y espeso bigote, eructó y se puso a masticar la segunda mitad de su ágape: galletitas. Un retrato de Lenin, «Hablando a los Obreros», colgaba detrás de su mesa, y en el manto de la chimenea, frente a él, había un retrato de Stalin. Sus recias manos de campesino sostenían las nuevas directrices de Moscú. Las estaba estudiando.

Poned fin a las fiestas de la victoria en Berlín y, *estabilizad la situación*.

Azov se felicitó de que la orden hubiese llegado por fin. Como hombre que vivía en buena parte gracias a un sexto sentido, notaba la cólera cada vez más viva que provocaban en el cuerpo de oficiales las violaciones por las calles de la capital.

La última vez que se encendieron aquéllos fuegos en su estómago fue durante la ofensiva de la Prusia Oriental. Decenas de miles de soldados alemanes habían quedado encerrados en una bolsa y querían rendirse. Azov recibió la orden de «liquidar la bolsa» so pretexto de que se sospechaba que todos los alemanes en cuestión pertenecían a las SS. Para esta tarea, Azov echó mano de mogoles, tártaros y cosacos siberianos. Los alemanes fueron desarmados primero y luego asesinados. Durante los diez días que costó el completar la desagradable limpieza, las úlceras de Azov se inflamaron como fuegos de infierno.

El comisario hizo un saludo burlesco al retrato de Stalin, con un segundo vaso de medicina, y pensó que tenía que intercambiar los retratos de sitio para no tener que estar mirando a Stalin todo el día. No obstante, en la vida soviética, el ritual de descolgar retratos comportaba toda suerte de implicaciones. La desaparición repentina de un retrato significaba que una persona había caído en desgracia; así, pues, era posible que algún miembro de la policía política secreta diese cuenta del intercambio de retratos y lo utilizasen como un arma contra, él.

Azov no había decidido si le gustaba o no la encumbrada posición que ocupaba en la actualidad y que era la más importante de toda su distinguida, aunque anónima, carrera. Continuaría siendo un hombre misterioso, un enigma para casi todo el mundo en Alemania; pero como comisario político jefe y consejero de Asuntos Alemanes las «indicaciones» que hiciese al Ejército y a la población alemana serían cumplidas al pie de la letra. Ciertamente, esta discreta mansión sería la verdadera capital de la parte oriental de Alemania.

Azov se daba cuenta dolorosamente, de que en su posición actual las posibilidades de una equivocación grave, un cálculo falso o un error de criterio eran mucho mayores. No se puso a sondear lo expuesto de su circunstancia; era una cosa que había evitado toda la vida. Su mente era como una delicada barca de vela, capaz de reaccionar instantáneamente al menor cambio de viento.

Al principio, treinta años atrás, Azov había atraído la atención del ojo de Lenin. En aquellos tiempos los comunistas sostenían sus actividades ilegales en buena parte mediante atracos a los Bancos y otros robos. Azov demostró ser una hechura perfecta para tal clase de operaciones. Era un tipo soso, pero digno de toda la confianza. Ejecutaba las órdenes sin desviación alguna ni consideraciones a los demás.

Llegado el nuevo régimen, trabajó con la policía secreta y con la policía política, como enlace de Lenin, manteniéndose en la periferia del círculo interior.

Después de la muerte de Lenin se guardó bien de comprometerse con ninguno de los dos bandos que se establecieron en lucha por el poder. Intuyendo malos vientos, puso sus velas rumbo a Stalin sin expresar realmente ninguna opinión.

Luego le enviaron a reeducar en los nuevos estilos de vida a un gran sector de la Ucrania. Se tenía grandes esperanzas de que el Plan Quinquenal modernizaría la industria y más tarde colectivizaría la agricultura de aquellas apartadas tierras.

En la demarcación de Azov abundaban los kulaks o agricultores independientes. Esto dio origen a las primeras úlceras. A los ucranianos les inflamaba, invariablemente, el fuego nacionalista. Los kulaks deseaban ser ucranianos antes que nada, no tenían ganas de entregar sus tierras y no entendían el socialismo. Se produjeron resistencias en masa mediante el incendio de cosechas y las matanzas de ganado. Azov, al mando de las Escuadras de Acción, los Agitadores y el Ejército rojo venido de Rusia, aplastó la resistencia sin misericordia. El baño de sangre y las deportaciones llevaron la economía al borde de la ruina, Azov demostró ser un hombre sin corazón. Siempre con la falta de opiniones propias que le caracterizaba, cumplía los edictos de sovietizar Ucrania con una eficiencia brutal. Había sellado personalmente, por su propia mano, el hado de un cuarto de millón de personas.

Una vez aplastada la resistencia, se puso a la tarea de estructurar la policía secreta y las unidades militares, de propaganda y políticas de manera que estuvieran al mando de rusos y no de ucranianos.

Azov realizó su trabajo tan bien que fue llamado a Moscú como delegado jefe de la NKVD. Su especialidad era la de obtener confesiones y se enorgullecía de que nadie comparecía a juicio sin haber «cantado» primero.

Ese cargo le reportó las recompensas acostumbradas. Tenía su piso particular, de tres habitaciones, teléfono, un coche a su disposición, una hija en el Komsomol y un hijo en la Universidad de Moscú.

Al principio de las purgas, Azov se convirtió en uno de los inquisidores más temidos. Decenas, centenares, miles de personas se desfondaron ante él; Azov descubría el punto débil de cada una. En unos daba fruto la brutalidad; en otros, el hambre. Algunos se derrumbaban por falta de descanso; otros sucumbían rápidamente al terror. Con el tiempo los cazaba a todos.

Pero a medida que las purgas continuaban, la caza empezaba a volverse contra los mismos cazadores. Un número cada vez mayor de miembros de la NKVD y de la GPU recibía sus propias y fatales llamadas de media noche. Cada nuevo día

presentaban ante Azov a un antiguo colega a quien había que hacer confesar.

Durante aquellos años de terror dormía con un ojo abierto, aguardando la llamada a su propia puerta. La llamada llegó muchas veces entre las doce y la una de la noche. Azov se tiraba de la cama presa del pánico, martilleándole el corazón, y se vestía borracho de miedo. Procuraba recordar si había dicho algo comprometedor, o con quién había hablado. ¡Quizá fuese su propio hijo! ¡Habían discutido!

Sin saberse a qué milagro obedecían, las llamadas para Azov vinieron siempre de Stalin. Azov era transportado a través de las desiertas calles de Moscú, en mitad de la noche, a velocidades aterradoras, hasta la villa escondida en un bosque de pinos de las afueras. Aquí tenía Stalin su corte nocturna. Los convocados llegaban uno tras otro, en automóviles negros. El reparto de personajes cambiaba cada vez y sólo Molotov y su secretario personal estuvieron presentes en todas las ocasiones.

Stalin, con una sencilla chaqueta proletaria y una figura muy parecida a la de los millones de retratos suyos, les saludaba y les conducía a la sala de banquetes. La mesa se hundía bajo el peso del cerdo asado, las chuletas, el caviar, el champaña, el vodka, el *borsch* y unos extraños platos de cordero propios de su Georgia natal.

En el transcurso de aquellas orgías nocturnas de comida y bebida, unos déspotas dirigían los asuntos de Rusia. Molotov y los ayudantes tomaban rápidas notas de los edictos de Stalin y de sus divagaciones al azar. A veces una palabra o una inclinación de cabeza significaban el traslado de medio millón de personas, o la aniquilación de un millón.

Las noches que asistía Azov solía ser con el propósito de hacer listas nuevas de personas que había que liquidar en la purga bajo la acusación de que eran trotzkistas, bujarinistas, desviacionistas, saboteadores, especuladores, traidores, oportunistas o antipartido. Azov se quedaba atónito al recibir nombres de mariscales del Ejército rojo, miembros del Politburó, héroes de la revolución y grandes leninistas.

A las cuatro o las cinco de cada madrugada. Stalin estaba completamente borracho y se divertía denigrando a cada uno de los presentes, haciéndoles objeto de bromas groseras. Con ebria turbulencia hacía trizas la dignidad de todos. Pero el camarada Stalin nunca se emborrachaba hasta el punto de perder su astucia ni su instinto letal.

—¡Camarada Azov! Yo he propuesto un brindis en honor de nuestro fiscal primero de la Justicia del Pueblo, camarada Vichinsky. ¿Por qué te niegas a beber? ¡Llenad su vaso!

Stalin estaba bien enterado de las úlceras de Azov, pero Azov bebía, y sus entrañas se ponían en llamas, y los globos de los ojos se le hundían en la cabeza, y rompía en unos sudores helados. Una vez en cada una de esas reuniones, Stalin le hacía beber un vaso entero de vodka. Azov no se atrevía a perder el sentido hasta que, al alba, se disolvía la reunión y se encontraba en el coche, dirigiéndose a llevar a efecto las nuevas liquidaciones.

Los años de la pesadilla se mitigaron lentamente a medida que los diversos

cuerpos de policía y los miembros de cada uno de ellos se devoraban entre sí. Fue, en verdad, una época delicada para Azov.

Las purgas señalaron su punto culminante con un símbolo de justicia poética cuando Yogoda, el jefe de la NKVD, fue llevado ante la justicia del pueblo. La hazaña suprema de V. V. Azov consistió en obtener la confesión de Yogoda.

Debido a su experiencia, al sovietizar Ucrania, se le encargó a Azov, durante la Segunda Gran Guerra, que formase un Comité de Liberación del Pueblo Alemán.

Y ahora, aquí en Berlín, le había llegado el turno de organizar las llamadas de medianoche. Su mesa no era tan opípara como la de Stalin; pero su poder sobre Alemania, igualmente absoluto, y, cosa más importante aún, en esta mesa, nadie podía obligarle a beber vodka.

Azov miró entre las cortinas. Abajo, en el paseo, empezaban a llegar los coches: Wöhlman, Hirsch, los otros miembros del Comité de Liberación, comandantes del Ejército rojo y altos cargos del Gobierno Militar.

Esta noche sería verdaderamente especial. Esta noche presentaría un plan secreto detallando *El Hostigamiento a los Aliados Occidentales en Berlín*.

TERCERA PARTE

LOS TILOS NO VOLVERAN A FLORECER[11]

CAPITULO PRIMERO

1.° de julio de 1945

El día llegó a las cinco cuarenta y ocho. El convoy de Sean O'Sullivan se reunió en el patio de formaciones de los antiguos cuarteles de la Wehrmacht de la ciudad de Halle, donde se habían concentrado, y esperó con impaciencia creciente el momento de emprender la marcha hacia Berlín, entre los primeros escalones americanos.

Una curiosa mescolanza de vehículos emprendió el camino: camiones militares de reglamento y *jeeps* entre una variedad de automóviles alemanes confiscados. Cuatro transportes acorazados trasladaban a un pelotón de infantería encargado de proteger el convoy de los ataques de los «lobos humanos» alemanes y las bandas dispersas.

Sean iba en un sedán «Horsche», que su antiguo propietario nazi había escondido infructuosamente. Shenandoah Blessing y Bolinski, que hablaban un poco de ruso, compartían el enorme turismo. Nelson Goodfellow Bradbury y un fotógrafo ocupaban un *jeep*, inmediatamente detrás de Sean.

El convoy puso rumbo al norte hasta Dessau y cruzó el río Elba por un pontón que habían construido los ingenieros americanos, los cuales, al retirarse, lo dejaron para que lo utilizaran los rusos.

El primer y curioso contacto con los rusos se realizó cuando una mujer policía, de dimensiones elefantinas, les hizo signo de que parasen con un par de banderas de tráfico y luego saltó con gesto desgarbado sobre el pescante del «Horsche» de Sean y señaló carretera abajo. El convoy disminuyó la marcha al pasar debajo de un arco cubierto de flores, recién erigido, que sostenía unos retratos en los cuales se identificaba fácilmente a los camaradas Lenin, Stalin y Marx. Ante sus ojos apareció súbitamente un rótulo chillón en rojo y blanco: *¡Bien venidos a la Alemania democrática!*

Inmediatamente después del arco de «bienvenida» toparon con una barrera de mal aspecto, cortando la carretera, flanqueada por alambradas de espino y nidos de cemento.

—Esto parece más feo que el tratar de entrar licor de contrabando en Kentucky —dijo Blessing.

La mujer policía soltó un grito a un par de soldados medio dormidos, los cuales levantaron la barrera. Sean adelantó su coche hasta la cabeza del convoy y cruzó. El próximo punto de contacto fue una casa de campo, cerca de la carretera. Media docena de rusos se mantenían a una distancia recelosa y más que prudencial mientras un oficial vestido con desaliño salía de la casa, se apoyaba en el sedán y decía en tono agresivo:

—Ahora están bajo la protección de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Exijo que sus soldados escondan las armas.

Bolinski tradujo la frase a Sean y luego respondió:

—Esas armas son para proteger el convoy de los posibles ataques de alemanes errantes.

—No se permite —replicó el ruso. —Es territorio soviético.

Sean recordó los puntos concretos de las órdenes recibidas: «Lleve el convoy a Berlín sin incidentes».

—Dígale a ese almirante —indicóle a Bolinski— que ordenaré a mis hombres que guarden todas las armas fuera de su vista.

El ruso lo consideró suficiente como sumisión para darse por satisfecho. Subió a su propio vehículo, un automóvil alemán notablemente aporreado, ordenó al convoy que le siguiera y se desvió de la autopista de las cuatro sendas.

—Éste no es el camino de Berlín —le dijo Big Nellie a su fotógrafo.

Al cabo de media hora llegaron a la ciudad de Wittenberg y pararon delante de la Rathaus, que actualmente servía de Cuartel General soviético del distrito. El ruso desapareció prestamente por los alrededores, dejando el convoy a la espera. Los soldados rusos observaban a los americanos desde una distancia cautelosa. Aquello distaba mucho de los carteles de hermandad de rusos y americanos, abrazándose al reunirse en el Elba sólo dos meses atrás.

Sean observó con atención a los rusos. Aquellos soldados iban bien uniformados y parecían disciplinados. Calculó que pertenecían a las unidades políticas de la NKVD.

Veinte minutos transcurrieron antes de que un nuevo oficial, un subteniente ruso, saliera del edificio y se presentara en un inglés deficiente.

—Requiero —dijo— que usted y sus hombres entren para darles una bienvenida oficial.

Sean entró, seguido de sus hombres, en el edificio del Ayuntamiento, grande como todos los de su clase, en Alemania, recorrieron un pasillo convertido en galería de retratos al óleo de héroes y llegaron a una estancia que haría las veces de sala de recepción, donde toparon con un pelotón de cosacos, todos, desde el primero al último, altos, rubios, impecables y relucientes…, evidentemente elegidos para causar buena impresión.

El oficial ruso dio media vuelta. Un subordinado le entregó un documento, y él, firme como un poste delante de Sean, leyó:

—Es para mí una satisfacción dar la bienvenida a este primer convoy de americanos que recorre esta ruta. Tienen ustedes el honor de reunirse con nosotros en Berlín después de la gloriosa victoria de la Unión Soviética sobre el agresor nazi. La victoria soviética era inevitable, pero llegó más pronto gracias a la ayuda de ustedes. Sean bien venidos a la Alemania democrática como huéspedes nuestros.

Sean se volvió hacia sus hombres, atónitos, y con un gesto de la cara les advirtió que tuvieran la boca cerrada.

—Desearía ver al comandante general de este distrito —le dijo al ruso.

—No está disponible.

—Desearía saber cómo se llama y que se me informase de dónde, cuándo y cómo puedo ponerme en contacto con él.

—Esta información no está disponible.

—Cuando usted descubra quién es y dónde está, dele esta medalla de mi Gobierno por haber sido el primero que llegó al Elba y estableció contacto con nuestras fuerzas en este sector.

El ruso se miró la mano, desconcertado. Estudió la medalla, aturdido, ordenó a los cosacos que cantasen y abandonó prestamente la sala de recepción, sin excusarse.

Dos docenas de cosacos impidieron con sus vozarrones un análisis demasiado minucioso de la situación.

—¿Qué va a hacer, comandante?

—Maldito si lo sé. —Sean se acercó a Bradbury. —No tomes notas y será mejor que le digas a Mac que tenga la cámara fuera de la vista. Me dice el corazón que le quitarían la película.

Nellie asintió.

Con el bramido poderoso del primer verso, empezó una nueva canción, que quedó interrumpida instantáneamente al entrar en la estancia un coronel ruso cargado de condecoraciones.

—Soy Antonov, coronel ayudante del general. Le doy las gracias por la condecoración.

—Ahora que nos hemos dado la bienvenida mutua y calurosamente, coronel, me gustaría continuar hacia Berlín.

—¡Caramba, hombre! —exclamó Antonov con expresión de pasmo. —Tenemos muchas más canciones preparadas y hemos de brindar.

Sean dirigió una mirada a su reloj.

—Lo siento, coronel.

—Un momento —replicó el coronel con aire petulante—, y tendremos despachadas las órdenes de usted.

El momento se prolongó hasta las diez y veinte. Acordeones y balalaikas continuaron un recital de canciones populares rusas. Los americanos aguardaban, violentos y embarazados. Cuarenta minutos después, Antonov regresó y se llevó a Sean a su oficina.

—Lamento muchísimo —dijo— que no pueda continuar usted hacia Berlín con el acompañamiento que trae. Está en contradicción flagrante con el Acuerdo de Brandenburgo.

—Coronel, me impresiona el calor de su bienvenida y me emociona la gran calidad de sus artistas. No obstante, de un soldado a otro soldado, le diré que me han dado la orden de llevar mi convoy a Berlín lo más pronto posible. No tengo noticia de la existencia del Acuerdo de Brandenburgo.

—¿No? Bien, comprendo. El acuerdo concluido entre los Gobiernos de la URSS

y Estados Unidos señala unas limitaciones numéricas para todos los convoyes que crucen por la Alemania democrática. No se les permite el paso con un convoy de más de veinte vehículos, veinte oficiales y cuarenta soldados. El acuerdo especifica concretamente que los cuarenta soldados no pueden pertenecer a unidades de combate, pero yo pasaré por alto este formalismo.

—¿Cuándo se tomó, exactamente, ese Acuerdo de Brandenburgo?

—Hace semanas. Yo no puedo asumir la responsabilidad del hecho de que su Gobierno no le haya informado a usted debidamente.

—Coronel Antonov —insistió Sean sin alterarse—, quiero ver la copia que tiene usted del Acuerdo. Estoy seguro de que su Gobierno le informó a usted tan bien que hasta le envió una copia.

Antonov miró enojado al americano, en quien reconocía, ahora a un contrincante que no se dejaría amedrentar. Sonriendo, abrió los brazos en un gesto de contrariedad.

—Por desgracia, comandante, no tengo ningún ejemplar en inglés.

—Uno en ruso servirá muy bien para el caso.

—Comprendo. —Antonov se excusó.

La ausencia del coronel se prolongaba. Dado lo estricto de las órdenes recibidas, Sean no veía otro camino que el de aguantar hasta el fin y mantenerse firme. Era obvio que les fastidiaban intencionadamente, y que lo habían planeado bien. Había salido de Halle por la mañana, convencido de que una cosa tan a la orden del día como un convoy de personal del G-5 no suscitaría conflicto alguno.

Había hablado con sus hombres de la posibilidad de que los formulismos burocráticos y la curiosidad natural de dos aliados distantes que se veían por primera vez les ocasionase alguna demora. Lo que estaba ocurriendo ahora era que los rusos estaban creando un incidente de la nada.

Sean oyó que continuaban los cantos. Asomó la cabeza. Habían traído comida y algunos manjares. Los rusos brindaban por la paz y la amistad.

Otra media hora transcurrió antes de que viniera un musculoso y moreno brigadier general, en sustitución del coronel Antonov. El ruso miró con desdén al comandante americano.

—Usted es huésped de la Unión Soviética —dijo bruscamente. —Está bajo nuestra protección. Usted nos ha ofendido trayendo tropas armadas a esta zona, en claro desafío del Acuerdo de Brandenburgo.

Sean observaba de qué modo continuaban el juego. La superioridad de jerarquía tenía el propósito de anonadarle. El caso en conjunto resultaba pueril. Sofocando la cólera, respondió:

—Pongo en duda que exista tal Acuerdo de Brandenburgo.

—Esto es una provocación grave, —replicó vivamente el general.

—Tonterías. Permítame refrescar la memoria del general sobre un acuerdo que sí existe. Los Estados Unidos han cedido las provincias de Turingia y Sajonia a cambio de un sector de Berlín.

—Las provincias de Turingia y Sajonia nos han sido entregadas por imperativo de la justicia histórica. La muerte del nazismo ha sido obra de la Unión Soviética exclusivamente.

Sean sonrió de un modo que al ruso no le gustó nada.

—Tengo entendido, general, que los rusos cubren a sus muertos con menos de un palmo de tierra y no ponen señal alguna en sus fosas.

—No le entiendo…

—Nosotros, los americanos, llevamos la cuenta exacta de nuestros muertos. Si usted mira bien por encima de mi hombro, verá cruces americanas por todo el camino hasta el África del Norte.

—La Prensa capitalista es famosa por sus mentiras descaradas.

—Sosiéguese, general. Sendas cruces corresponden a dos hermanos míos.

El ruso palideció.

—El Acuerdo de Brandenburgo limita los convoyes por esta ruta a…

—Veinte camiones, veinte oficiales, cuarenta hombres de tropa. Muy bien, esta baza es para usted. Ordenaré que la mitad de mi acompañamiento regrese a Halle. Créame, mañana será otro día.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba, comandante? —preguntó el ruso en tono amenazador.

—Gable. Clark Gable.

Sean entró con paso rápido en la estancia, donde ahora los cosacos saltaban encima de mesas y sillas, y soltó un rugido, ordenando a sus hombres que salieran.

Como precaución, hizo que Nellie enviase al fotógrafo con el grupo que debía regresar a Halle. Un comandante ruso se sentó entre Sean y Bradbury para «guiar» el convoy hacia Berlín. Bo y Blessing, que ocupaban el asiento trasero, despotricaban enojados contra la conducta de los rusos.

Tal como sospechaban ya, les apartaban de la autopista, internándoles por carreteras secundarias de las comarcas agrícolas. Sean recomendó a sus hombres que tuvieran los ojos bien abiertos. Al menos, aquel rodeo en zigzag quizá les proporcionase algunas informaciones.

A los soldados de filas, este primer encuentro con los rusos los dejó atónitos. Los soldados rusos se habían negado a portarse como suele hacerlo un hombre cuando se encuentra con otros muy lejos de su hogar. No les habían enseñado retratos de sus esposas, novias, o hijos. No les habían dicho de dónde eran, ni qué trabajo hacían. Y no cesaban de preguntar la causa de que los americanos quisieran perpetrar una agresión.

—¡Vaya día de perros, Sean! —decía Big Nellie. —Yo no quería creer que una cosa así pudiera ser cierta.

El convoy cruzaba poblaciones muertas y campos sin cultivar. No parecía notarse

ningún signo de vida alemana; aquello causaba una sensación aterradora.

Las barreras rusas cortaban incesantemente los caminos rurales más remotos. A diferencia de las disciplinadas tropas de la NKVD de Wittenberg, los soldados rusos que encontraban por el campo formaban una masa de hombres de baja estatura, sucios y andrajosos. Con gran frecuencia los veían borrachos y doblados bajo los sacos del botín. El convoy fue detenido una docena de veces; después de cada detención venían las peticiones de cigarrillos y chocolate americanos.

El «guía» les hacía dar más y más rodeos por tortuosos caminos sin grava, bajo la débil excusa de que las autopistas estaban cerradas debido a «dificultades técnicas».

Al atardecer, el serpenteante trayecto les llevó al acceso meridional de Berlín, donde les detuvieron una vez más, en la ciudad de Werder, antes de cruzar la vía férrea.

El acompañante ruso cruzó unas palabras con los suyos y luego ordenó a Sean que no dejase bajar a su gente de los vehículos.

Big Nellie dio un codazo a Sean y le indicó con un gesto los bosques que limitaban con la vía del tren. Mirando con atención, uno advertía que el suelo de los bosques estaba salpicado de millares de agujeros, abiertos por la mano del hombre y cubiertos de ramas de árboles, arrugadas planchas metálicas, cartones y pedazos de madera.

Tales agujeros servían de viviendas a decenas de millares de trabajadores esclavos libertados y a víctimas de los campos de concentración de la Europa oriental, los cuales habían encaminado sus pasos hacia Werder en un intento de regresar a Polonia y a Rusia.

Los ojos expertos de los del convoy se hicieron cargo de la situación al poco rato. No funcionaba servicio alguno en materia de registro, alimento y asistencia médica.

Un tren de unos ochenta vagones de ganado y vagonetas descubiertas traqueteó de adelante a atrás, cerrando el cruce de caminos, y se detuvo. Terminada la maniobra, vino la espantosa visión de millares de refugiados que emergían súbitamente de sus madrigueras en el bosque. Algunos llevaban un solo fardo, o una maleta. Una fila de soldados rusos, con la bayoneta calada, mantenían a raya aquella horda creciente de la resaca de la guerra.

Un oficial ruso tocó un silbato y los soldados abrieron la fila. En seguida se produjo un alboroto demente, mientras aquella oleada de miseria humana se lanzaba hacia el tren, abriéndose paso unos y otros a empujones, puntapiés, zarpazos y gritos. Jóvenes y viejos, fuertes y débiles se atropellaban por la vía férrea. En un instante los vagones estuvieron cargados más allá de su capacidad.

Otro pitido, y la línea de soldados se formó de nuevo, rechazando con las culatas de los fusiles a los que no habían podido subir. Las súplicas caían en oídos sordos. El tren se puso en marcha pesadamente, con su cargamento de desdichados.

El ruso del coche de Sean se reía.

—Vean cuán ansiosos están de llegar a casa.

Sean y sus compañeros le miraron con asco. Aquel momento valía por un curso de diez años de adoctrinamiento.

Sean tiró furioso del encendido del vehículo e hizo un esfuerzo por no gritar ante aquella injusticia. El convoy se alejó del cruce, viendo cómo los refugiados que no habían tenido suerte volvían abatidos a sus madrigueras, a esperar el tren de otro día.

Al atravesar Werder divisaron inmediatamente un cuadro ya familiar. Allá delante, un par de mogoles armados de fusiles ametralladores cerraban el puente e hicieron seña al convoy para que se detuviera.

Sean estaba ciego de rabia. Pisó con fuerza el acelerador y se metió por el puente.

—¡Así se portan los hombres, comandante! —dijo Blessing. —¡Burdeles!

El ruso se puso a gritar:

—*Nyet! Nyet*! —y probó de poner el pie en el freno. Sean le hundió un codo en las costillas al mismo tiempo que Blessing y Big Nellie le sujetaban, dejándole inmóvil.

El convoy cerró detrás de Sean y se lanzó hacia el puente ¡a más de cien kilómetros por hora!

¡Los mogoles blandían las armas amenazadoramente! En la última fracción de segundo, saltaron al río por encima de la barandilla y el convoy cruzó el puente.

A las siete, trece horas después de la partida, el convoy de Sean había atravesado el paisaje alemán en un viaje interminable para avanzar unos ciento cincuenta kilómetros.

Por fin paraban dentro de la antigua *Kaserne* de las SS de Babelsberg, suburbio de Postdam, en la orilla del río Havel opuesta a la de Berlín. Antes de parar por completo, el talludo ordenanza de A. J. Hansen se plantó ante Sean y, después de saludarle militarmente, le cogió del brazo.

—El general dice que suba a sus habitaciones antes de que los rusos se apoderen de usted. —Y ambos trotaron por el patio de formaciones mientras media docena de rusos se echaban sobre el convoy para libertar a su compañero y buscar al comandante Clark Gable.

Ninguna sonrisa saludó a Sean por parte de Andrew Jackson Hansen, primer gobernador militar delegado en Alemania.

—Entre, comandante Gable —dijo con ceño. —Maldita sea, O’Sullivan. Yo te expliqué condenadamente bien que evitaras el crear conflictos.

—Señor, he sido el compendio de la contención…, sólo que…

—¡Sólo qué!

—Sólo que vimos algo en Werder —interpuso Big Nellie.

—¿El punto de transferencia de refugiados de los rusos?

—Sí, señor —respondió Sean.

—A pesar de todo, ello no te daba permiso para echarte sobre los centinelas del

puente y obligarles a saltar al río. El próximo convoy hallará barreras de cemento en las carreteras. Sean, tienes que aprender a dominarte el genio. Esto no es Rombaden y aquí no llevas la batuta tú.

—Sí, señor.

Big Nellie observaba cómo Sean probaba de digerir el final de una guerra y el comienzo de otra. Una vez más sería el soldado sin arma…, con paciencia, dominio, cordura… El periodista miró por la ventana al patio del cuartel.

—Parece una cárcel.

—Los rusos insisten en que nuestra presencia aquí es condicional, hasta que se firme un tratado en la Conferencia de Postdam —dijo Hansen.

—¿Podré entrar en Berlín y echar un vistazo por allí? —preguntó Big Nellie.

—Quizá. Si escribiese un artículo sobre lo que ha visto hoy, haría nuestra posición más difícil todavía.

Hansen hubiera podido mencionar la censura, pero a un amigo antiguo y de confianza prefería plantearle la cuestión de otro modo. Big Nellie movió la cabeza, indicando que comprendía.

—Vaya a la oficina de información secreta y explíqueles lo que ha visto hoy.

Big Nellie dijo que así lo haría y salió. Hansen se llevó a Sean a la habitación contigua, donde aguardaban el comandante general Hiram Stonebraker y el coronel Neal Hazzard.

En el Cuerpo de Aviación, Stonebraker era conocido como un genio bregado y de temple recio, especialista en transportes por aire. Se le consideraba el verdadero creador del «Hump Airlift» que transportaba suministros desde la India a China por vía aérea. Trasladado a Europa al final de la guerra, se le nombró consejero del presidente para la conferencia que había de tener lugar en Postdam. Sería su última misión, pues estaba en lista para el retiro.

El coronel Neal Hazzard, comandante electo del Sector Americano de Berlín, había sido un combatiente franco y abierto durante la mayor parte de su carrera. Una herida le dio la oportunidad de elegir entre el retiro o un puesto en el Gobierno Militar. Era impetuoso, directo y sincero.

—Pongan a Moscú fuera de onda —dijo Hansen. Y Hazzard recorrió media docena de puntos de la habitación en los que los rusos habían escondido micrófonos. Para neutralizar la medida, un miembro del personal había montado una batería de dos elementos conectada a un zumbador que, cuando lo conectaban, emitía un zumbido continuo. Este ruido, dirigido hacia los micrófonos, impedía que los del puesto ruso de escucha, en los sótanos, pudieran entender las otras voces.

—De acuerdo, Sean —dijo Hansen. —¿Qué ha sucedido hoy?

Sean narró los bizarros incidentes. Sus informaciones concordaban con las de media docena de otros convoyes americanos venidos a Berlín por otros caminos. Todo se resumía en un plan de hostigamiento deliberado. El oficial que daba la «bienvenida» era siempre de graduación inferior a la del jefe americano del convoy.

Lo hacían así intencionadamente, como una mengua para el visitante. En cambio, los oficiales superiores tenían, invariablemente, una graduación superior a la del americano…, lógica rusa destinada a establecer la superioridad de sus hombres.

—He ahí una declaración irreflexiva —dijo Hansen. —No estamos en situación de permitirnos el lujo de un incidente.

—No habría habido ninguno —dijo Sean con firmeza. —Los rusos representaban una comedia para asustarnos.

—¿Qué le induce a creerlo así? —inquirió Stonebraker.

—Pregúnteselo a un par de soldados rusos mojados.

—Basta ya —cortó Hansen. —Mi ordenanza te acompañará a tus habitaciones. Tendrás un centinela en la puerta. No hables con nadie, como no sea con los del servicio de información.

—Sí, señor.

Cuando Sean estuvo fuera, lo único que se pudo oír durante largo rato fue el zumbido incesante dirigido a los micrófonos.

—Nos están vaciando los bolsillos —refunfuñó Neal Hazzard. —Teníamos que haber tomado Berlín. Ahora redondeamos la estupidez primera regalando a los rusos dos jugosas provincias a cambio de poder poner el pie en este montón de escombros.

—Los rusos han permanecido aislados del Oeste durante decenas de años —contestó Hansen. —A partir del final de la guerra, han salido fuera de su concha. Su nueva condición de potencia mundial les tiene espantados. Pero, son gente recelosa. Se precisará tiempo para vencer este extrañamiento, pero tendremos que aprender a vivir con ellos.

—Estos cuentos están bien para una sala de clase, Chip —replicó Stonebraker, dirigiéndose a Hasen mediante un apodo utilizado entre los generales. —Su joven comandante tiene razón. Estamos haciendo el juego a los rusos, y nos timarán hasta quitarnos la cincha de la silla.

—Por amor de Dios, señor —ratificó Hazzard—, ¿cree usted de veras que no van a probar de echarnos de Berlín a codazos?

—La pregunta es bizantina —replicó Hansen. —Lo cierto es que tendremos que tratar con ellos.

—¿Y cómo hemos de tratar, Chip? Yo me pronuncio por el estilo del joven comandante.

—Estamos en 1945. Al pueblo estadounidense no le importaría un bledo que entregásemos a los rusos toda Alemania, ni hasta toda Europa. Quiere terminar la guerra con el Japón y olvidar ese condenado negocio. Una postura firme contra los rusos no conseguiría el apoyo público.

Éstas eran, ciertamente, las feas realidades de la vida.

—Bien —dijo Stonebraker—, estamos en Berlín. Quizá algún día sepamos por qué. Hemos visto lo que les sucede a nuestros convoyes. Sería conveniente que se preparase para utilizar otra ruta.

—¿Por dónde?

—Por el aire. Señalen pasillos aéreos desde nuestra zona a Berlín, especifíquenlos sobre el papel, inclúyanlos en el Acuerdo de Postdam.

—¿Cómo podemos justificarlo sin irritarles?

Stonebraker partió los labios en una sonrisa sin alegría.

—Díganles a los rusos que es por su propio bien. Todos necesitamos una ordenación de la seguridad aérea, a causa del volumen del tráfico. Ahora se lo tragarán. Dentro de un año, no.

Al general Hansen no le gustaba la idea. Aquello de los pasillos aéreos era una tontería. Era una muestra más de la vanidad de Crusty Stonebraker.

Un golpecito a la puerta dio paso al ordenanza de Hansen, quien traía un sobre sellado del mariscal Alexei Popov. Mientras Hansen iba leyendo, los otros se daban cuenta de la gravedad del caso. El general miró a Stonebraker y Hazzard y leyó en voz alta:

—«La presente es para advertirle que no se les permitirá a los americanos tomar posesión de los seis barrios de Berlín mañana, como se había hablado previamente. El Alto Mando Soviético considera que primero ha de firmarse un convenio formal y se ha de establecer un consejo de las cuatro potencias. Firmado, mariscal Alexei Popov».

—De acuerdo, Crusty. Trace un proyecto de pasillos aéreos. Neal, traiga a O’Sullivan. El comandante tendrá ocasión de averiguar si los camaradas representan una pamplina o no.

CAPITULO II

ANDREW Jackson Hansen, Hiram Stonebraker y Neal Hazzard miraban abajo, al patio de la Kaserne, y vieron a Sean O'Sullivan y a Blessing subiendo al turismo en compañía de dos soldados.

Hansen echó una ojeada al reloj. Eran las siete de la mañana. Habían escogido esta hora sabiendo que el mando ruso no cobraba vida y empezaba a funcionar hasta el mediodía, poco más o menos.

El motor lanzó unos estertores, luchando contra el frío intenso, y luego rugió animado. En la puerta, un centinela ruso soñoliento paró el coche. Sean le enseñó una orden firmada por Hansen ordenándole que fuese al Aeródromo de Tempelhof a recoger a un personaje importante que llegaba. Al ruso le impresionó aquel automóvil tan grande y lo dejó pasar.

Al cabo de unos minutos cruzaron la puerta tres *jeeps* cargados de hombres, aparentando dirigirse a misiones habituales en Berlín.

Durante las dos semanas que había pasado semiconfinado en la Kaserne de Babelsberg, el coronel Hazzard tuvo tantos vehículos como le fue posible entrando y saliendo de Berlín por todos los motivos que supo inventar sin despertar las sospechas de los rusos. Los vehículos partían por una diversidad de caminos y, siempre que les era posible, fotografiaban las calles, hasta que el mapa fundamental de Hazzard estuvo salpicado de datos. Los soldados rusos raras veces se oponían, pues parecían tener miedo tanto a los mapas como a las cámaras fotográficas.

Sean se lanzó a toda velocidad por la orilla meridional del lago Wansee, penetrando en el Grunewald, cuya enorme extensión incluía gran parte del suelo de los distritos occidentales de Berlín.

El bosque no había sufrido muchos daños a consecuencia de la guerra y, con la niebla de la mañana, la vegetación escondía la del horror de Berlín. El automóvil corría paralelamente a la cadena menor de lagos que orillaban el bosque, y en un cruce paró y aguardó. Al cabo de pocos momentos llegaron los tres *jeeps* al lugar de la cita, procedentes de distintas direcciones.

Los vehículos cruzaron el bosque por Onkel Tom Strasse, penetraron en la avenida de la Argentina y salieron directamente delante de un magnífico conjunto de edificios administrativos que habían formado parte de los Cuarteles de Hitler y servían de Cuartel General de la Luftwaffe para la Comandancia Central de Alemania. Los edificios de la Luft Gau rodeaban el bosque y mostraban pocos desperfectos, pues habían sido elegidos como futuro Cuartel General de los norteamericanos.

Blessing señaló un edificio del centro del conjunto, delante del cual, en el jardín, se levantaba un oportuno mástil para la bandera. El sector estaba huérfano de vida. Con un ademán, Sean indicó al convoy que entrase, izó la bandera de los Estados

Unidos hasta lo alto del poste y clavó en la puerta principal un gran rótulo, pintado a mano, en inglés, alemán y ruso.

> *Atención: Esto es propiedad de los Estados Unidos de América y por la presente queda designado como Cuartel General del Sector Americano de Berlín, que comprende los barrios de Steglitz, Zehlendorf, Schoneberg, Neukolln, Tempelhof y Kreuzberg.*
>
> Coronel Neal Hazzard, comandante del Sector Americano
> en representación del comandante general Andrew J. Hansen,
> primer gobernador militar delegado.

Una llamada telefónica en su mansión de Postdam, a la intempestiva hora de las ocho de la mañana, despertó al mariscal Popov de un profundo sueño ocasionado por el vodka.

—¿Qué quiere decir? ¿Que las tropas americanas están en los Cuarteles de Hitler?

—Los han declarado Cuartel General americano, camarada mariscal.

«¿Cómo pudieron invadirnos? —pensó. No tienen bastantes soldados».

—¿Cuántos son?

—Quince.

—¡Quince! ¡Quince americanos proclamando un cuartel general! ¡Quince!

—Sí, camarada mariscal. Quince. ¿Qué debemos hacer?

Popov se estiró, rascóse la cabeza y dirigió una mirada bizca al reloj. ¡Vaya hora tan fuera de lugar para buscar camorra!

—Envíen allá un batallón de tanques y que se alineen frente a ellos. Ordene a un batallón de infantería que cuide de que no se produzcan más movimientos entrando o saliendo del sector.

Popov dejó el receptor con un golpe, se desembarazó del pijama y se encaminó hacia el cuarto de baño. Su figura marcial contradecía sus sesenta años de edad. Se afeitó, se echó agua a la cara y se peinó la gran cabeza de espeso cabello plateado, que le enorgullecía mucho, se vistió y llamó para que le subieran el desayuno a la habitación, estudiando el verdadero significado del problema.

Lo más sencillo de todo sería levantar el teléfono y pedir instrucciones al comisario Azov. Esto, sin embargo, sería un signo de debilidad. Popov se había abierto paso por todas las jerarquías del Ejército rojo, se contaba entre sus fundadores, había sobrevivido a las purgas. No había andado tanto camino para demostrarle a un comisario político que era incapaz de habérselas con quince americanos. Evidentemente, los americanos escondían algo en la bocamanga. ¿Qué sería?

Un ayudante entró trayéndole la noticia de que las tropas rusas tenían a los americanos completamente aislados y que funcionaba ya un teléfono de campaña.

Popov llamó a su comandante en los Cuarteles de Hitler.

—El mariscal Popov al habla.

—Buenos días, camarada mariscal. Aquí el coronel Vanyev.

—¿Cómo están situados ahí?

—Tengo diez tanques y cien hombres desplegados delante de los americanos. Las calles están bloqueadas. Ellos se limitan a permanecer de pie delante de la puerta del edificio.

—Ordene a alguien que cruce la calle y arranque su proclama.

—¿Qué hacemos si abren fuego? —preguntó Vanyev.

—Llame pidiendo instrucciones.

El mariscal se terminó el café y se plantó delante del espejo, adoptando una postura un poquitín bélica. Los americanos le llamaban la «Zorra Plateada». No está mal, se confesó a sí mismo. Sonó el teléfono. Vanyev le daba novedades.

—¿Han arrancado su proclama?

—Se ha intentado. Un americano ha abierto fuego, hiriendo a nuestro soldado. Por fortuna hemos sacado una buena fotografía de él. ¿Tiene nuevas instrucciones que darme, camarada mariscal?

—¡Continúe ahí! —contestó Popov, dejando el aparato, ahora con la frente arrugada por la preocupación. —¡Pide mi coche! Llama a los americanos y diles que estoy en camino para hablar con el general Hansen —espetó a su ayudante.

Acompañado de una escolta que poblaba el aire de alaridos de sirena, fue trasladado a la Kaserne de Babelsberg, subió con sus ayudantes a las habitaciones de Hansen, ordenó a aquéllos que aguardasen en el vestíbulo y entró. Neal Hazzard estaba en la antesala de la oficina.

—Buenos días, mariscal Popov —dijo. —¿Qué le trae tan temprano?

—Mis asuntos no le conciernen. Exijo ver al general Hansen.

—Lo siento, señor. El general Hansen no puede recibirle.

Popov palideció.

—Conviene que pueda hacerlo pronto.

—Sí, señor. Si quiere hacer el favor de sentarse, probaré a hacerle llegar su deseo.

Hazzard salió del aposento. El ruso pasó treinta minutos calentando la silla. Apenas vio que en lugar de Hazzard venía el general Stonebraker hacia él, comprendió que le tomaban el pelo con su propio juego de las sesiones musicales. La voz de Popov descendió a un humillado tono bajo.

—Exijo ver al general Hansen sin más demora.

—No está disponible.

—General Stonebraker. Le ruego me crea si le digo que se está terminando mi paciencia. Si no veo al general Hansen dentro de dos minutos exactamente, ordenaré a mis tropas que abran fuego.

Hiram Stonebraker se sentó detrás de un escritorio, abrió una carpeta de papeles y se puso a leerlos como si estuviera solo en la habitación.

—¡El minuto en que yo deje esta oficina habrán ustedes condenado a muerte a sus soldados!

Crusty Stonebraker levantó la vista pausadamente.

—Mariscal —dijo—, habremos de vivir mucho tiempo en mutua compañía. Usted tendrá que empezar a aprender a decir «por favor».

La cólera de Popov iba en aumento, pero sabía disimularla.

—En bien de las vidas de sus inocentes soldados, solicito una entrevista con el general Hansen.

—En este caso, señor, entre inmediatamente.

—Buenos días, mariscal Popov —le saludó Hansen. —¿Qué le trae a usted por aquí tan temprano?

Popov paseó la mirada de Stonebraker a Hansen, reunió su descompuesto genio y probó de comprender la situación. Su confianza vacilaba. Los americanos hacían el matón de mentirijillas, lo sabía…, sin embargo, no eran gente que arriesgase vidas en una jugada semejante. ¿Qué se escondía detrás de aquello?

—¿Por qué me empuja a forzar la mano? —preguntó.

—Nosotros nos limitamos a afirmar nuestros derechos en Berlín —respondió Hansen.

—¡No existe un acuerdo formal!

—¿Qué me dice del Acuerdo de Brandenburgo?

—El ¿qué?

—El mismo cuento que han utilizado ustedes para fastidiar a nuestros convoyes y tenernos a nosotros encerrados aquí —dijo Hansen. —El juego sirve para las dos partes, mariscal Popov.

—Le aseguro que no hablo por hablar.

Hansen miró pausadamente su reloj.

—Dentro de media hora, las tropas americanas han de empezar a evacuar Sajonia y Turingia. Si usted me está advirtiendo que no tenemos derecho a tomar el mando efectivo de nuestros seis barrios de Berlín, yo le advierto que las fuerzas americanas continuarán en aquellas provincias.

La ventaja material y estratégica de Popov quedaba nivelada. Su decisión encerraba implicaciones demasiado vastas. Se encontraba ante un *fait accompli*. El mariscal sonrió calurosamente e hizo gala de una cordialidad sorprendente mientras cogía el teléfono y ordenaba a sus tropas que evacuasen el Berlín occidental.

Cuando Popov se hubo marchado y llegó por teléfono la confirmación de la retirada rusa y los guardias de la Kaserne se fueron, Hansen se permitió el placer de un suspiro de alivio.

—O’Sullivan es un joven listo —dijo Stonebraker.

—Me figuro que todos hemos aprendido algo, hoy, Crusty.

Sonó el teléfono, y Hansen respondió. Era el subteniente general Hartly Fitz-Roy, gobernador militar británico de Alemania, que llamaba desde la otra ala de la

Kaserne.

—¡Caramba, Hansen! ¿Qué diablos se proponen ustedes, amigos? Ya saben que no pueden realizar una acción unilateral como ésta. Aquí, nosotros hemos organizado ya las reuniones con los rusos, para negociar.

—Las negociaciones han terminado. Pueden ocupar sus barrios en seguida.

—Imposible. Necesitamos las tropas para dar la bienvenida al primer ministro, que llega para la conferencia.

Y siguió protestando de la poca delicadeza de los americanos.

Cuando la conversación terminó, Hansen movió la cabeza.

—Algunas veces creo que entiendo a los rusos, pero que me cuelguen si llego a entender una sola vez a los ingleses.

CAPITULO III

ERNESTINE respondió a la llamada. La joven empujó el tablero improvisado que hacía las veces de puerta hasta que dejó bastante espacio para ver a un hombre con figura de anciano. Era alto, un poco cargado de hombros, y parecía fatigado. Ernestine le estudió con curiosidad.

—Diga. ¿Qué desea?

—¿Falkenstein?

—Sí.

—¿Puedo entrar?

La voz despertó algo en su memoria. La joven empujó el tablero y lo abrió más.

—¿Es usted… mi tío? ¿Es Ulrich?

—En efecto.

—Yo soy Ernestine.

—¿Tú? ¿La pequeña Ernestine?

—Estoy muy contenta de saber que está vivo. Entre, por favor.

Los ojos de Bruno se abrieron muy redondos al ver a su hermano. Levantóse lentamente y retrocedió.

—¡Tú! —murmuró con voz ronca. —¡Tú! ¡Ulrich! ¡Vivo!

—Bien vivo.

—Pero… pero… pero…

—No tengas miedo, hermano. Estoy perfectamente descontaminado.

La confusión tenía aturdido a Bruno.

—¡Tú! ¡En Berlín!

Herta Falkenstein conservaba sus facultades. Sabía que su cuñado pertenecía al grupo de los alemanes limpios y que habría venido con los americanos.

—Nunca has estado ausente de nuestros pensamientos —se apresuró a decir. —Te ruego nos perdones, pero nos has dado una gran sorpresa.

—¡Hummm! —Ulrich dirigió la vista más allá de la vela, hacia Hildegaard, sentada junto a su catre y desconcertada. —Tú debes de ser Hilde.

Hilde no sabía cómo saludar a aquél a quien todos nombraban entre maldiciones desde que le alcanzaba el recuerdo. Después de largas temporadas de silencio, su padre despotricaba furioso diciendo que sus dos hermanos eran unos traidores y que el historial de ambos entorpecía sus ascensos en la oficina. Tenía diez años nada más cuando se llevaron a tío Ulrich. Apenas le recordaba.

—¡Levántate, Hilde! —mandó la señora Falkenstein. —Deja que tu tío Ulrich vea cómo has crecido. —La muchacha se puso en pie torpemente y saludó con una reverencia envarada.

—¿Gerd?

—Está en un campo de prisioneros, en América. —Bruno empezaba a recobrar la

compostura e indicó con la mirada a su mujer que les dejase solos.

—Lamento no poder ofrecerte nada para comer —dijo ésta.

—No tengo hambre.

—Es una ocasión solemne. Todos deseamos estar contigo, pero sé que tú y Bruno queréis hablar. —Y salió de la habitación, indicando a sus hijas que la precedieran.

Los hermanos Falkenstein estaban solos. Ulrich paseó la mirada por aquel triste desorden, por aquel hombre demacrado, sin afeitar.

—Hay tantas cosas que decir que uno no sabe por dónde empezar —dijo Bruno.

—Con la alegría general por un glorioso retorno al hogar —respondió Ulrich amargamente. —¿Qué noticias, tienes de mi esposa Hannelore?

—¿No estabas enterado del divorcio?

—Me llegaron algunos rumores.

—Se divorció de ti cuando empezó la guerra. Lo pasaba mal a causa de tu… oposición. Falleció el año pasado.

Hannelore muerta, sin temple para resistir hasta el final. Hubo de ser terrible para ella.

—¿Dónde está Wolfgang? He revuelto cielos y tierra.

Bruno movió la cabeza y se le quebró la voz.

—Nuestro hermano murió.

Ulrich exhaló un largo y compasivo suspiro de resignación.

—Todo ha muerto.

—Habrás oído hablar, sin duda, de la conjura de julio para matar a Hitler. Wolfgang estaba complicado. La venganza fue terrible.

—¿Cómo murió?

—Le ahorcaron.

Ulrich se puso de pie fatigosamente, dejando caer los brazos a lo largo de los costados.

—No debo abusar del buen acogimiento.

—¡Ulrich! Seguimos siendo hermanos. Nada puede cambiar este hecho.

—No, nada puede cambiarlo.

—No sabes qué situaciones hemos atravesado —sollozó Bruno. —No puedes imaginarte cuánto hemos sufrido.

Los ojos engañosamente adormilados de Ulrich no escondían su desdén.

—Por supuesto, tú también has sufrido —siguió diciendo Bruno. —Hemos sufrido todos. Yo he visto a mi mujer y a mis hijas violadas delante de mis propios ojos. Mírame. Estamos medio muertos de hambre. Y arruinados…, no me queda nada.

—Hemos de reunirnos alguna vez y contarnos recíprocamente historias de horror.

—Por amor de Dios, lo único que quiero es olvidar que haya sucedido todo esto.

—¿Quieres decir del mismo modo que olvidaste que Wolfgang y yo existíamos?

—Pues… fuimos engañados por Hitler. Sólo porque tuve un cargo de poca

importancia con los nazis, ¿debo ir a la cárcel y dejar abandonadas a Herta y a esas dos pobres muchachas? Te aseguro que lo he purgado.

—No lo bastante, Bruno, no lo bastante.

¡Qué amarga resultaba la destrucción de un sueño largamente acariciado! Ulrich Falkenstein había salido de la negrura de Schwabenwald a la negrura todavía mayor de Berlín.

Wolfgang y Hannelore habían fallecido y los antiguos amigos no estaban.

Berlín era peor que la muerte. Una diosa grande y bella destrozada, postrada, boqueando en busca de aire…, con las últimas gotas de su sangre de vida escapándosele del cuerpo.

El anciano se encorvaba de dolor mientras caminaba con paso fatigado por la Unter den Linden, el *bulevar* colosal que retumbaba bajo las ruedas de los cañones prusianos, tintineaba bajo los tacones de las damas distinguidas, escuchaba los gritos de los obreros que protestaban, los disparos de la insurrección, las botas de las concentraciones paganas, los acontecimientos gloriosos.

En Friedrichstrasse se detuvo y extendió la mirada por la arrasada calle.

Mientras los viejos árboles llenen Unter den Linden de flores,
Nada puede pasarnos,
Berlín sigue siendo Berlín…

Las voces que en otro tiempo salían de los *cabarets* de Friedrichstrasse se habían callado para siempre. Voces sentimentales, voces obscenas, voces enojadas…, calladas ¡tan calladas! Ahora un hombre está dando hachazos a la carroña de un caballo muerto.

Tú eres mi viejo amor,
Berlín sigue siendo Berlín…

Unos hombres lúgubres, harapientos, se tambalean y caen, abatidos por el hambre. Los chiquillos mendigan, las mujeres cambalachean…

Mientras los viejos árboles llenen Unter den Linden de flores,
Nada puede pasarnos,
Berlín sigue siendo Berlín.

Ulrich se hallaba ahora cerca de la Puerta de Brandenburgo, en la Pariser-Platz, en la piedra del hogar de la ciudad. La realeza entronizada de aquella cultura floreciente vivía aquí, en esta plaza, y miraba desde sus ventanas el desfile de la historia discurriendo por debajo de la Puerta de Brandenburgo.

Las canciones de teatro de Berlín, la sátira mordaz de los *cabarets* políticos, los dramas apasionantes, la grandiosidad de la ópera…, todas las voces estaban calladas.

En otro tiempo, sobre la Puerta de Brandenburgo, cuatro garañones lozanos arrastraban la carroza de la Victoria. La carroza no tenía ruedas, los caballos estaban sin patas; todo yacía en un montón, y una bandera roja colgaba inerte sobre la triste ruina. La misma puerta continuaba en pie sólo en el recuerdo. De las macizas columnas se habían desprendido grandes pedazos, arrancados por la furia.

Ulrich Falkenstein dirigió la mirada Unter den Linden abajo, hacia los destrozados caparazones de los macizos edificios de la Opera y la Universidad, los museos y la catedral, y siguió andando hasta las otras destrozadas conchas del Reichstag.

Las esplendorosas maravillas florales del Tiergarten habían sido asoladas. La Columna de la Victoria de otras guerras, desmantelada; la avenida de la Victoria era una callejuela sembrada de piedras.

Por espacio de tres días, Ulrich Falkenstein se abrió camino por aquella extensión de trescientas cincuenta millas cuadradas que en otro tiempo fue la ciudad de Berlín. El panorama no ofrecía más que una fea cicatriz en aquel antiguo escenario de hermosura y boato, de ideas y energía. Los grandes bosques estaban en ruinas; los pabellones de caza de los electores de Brandenburgo y los castillos, derruidos más de lo imaginable; las casas de los obreros, en cenizas, y los lagos y los ríos, corrompidos.

Tú eres mi viejo amor,
Berlín sigue siendo Berlín…

Al cabo de cierto número de días, Ulrich consiguió localizar al primero de sus antiguos camaradas, Berthold Hollweg, que moraba en una choza de ripia, junto al canal Teltow, más allá del aeródromo de Tempelhof. Una sola habitación, con el suelo de tierra, sin ventanas, sin cuarto de aseo. Alguien había realizado el intento pueril de cultivar unas hortalizas míseras entre las piedras y la hierba.

En los viejos tiempos, Hollweg ocupó cierto número de cargos importantes en el Partido Demócrata. Fue presidente de la provincia de Brandenburgo y tuvo un escaño en el Reichstag hasta las últimas elecciones libres.

El tiempo y las circunstancias le habían reducido al nivel más mísero de la existencia. Había envejecido, lo mismo que había envejecido Ulrich. Los primeros momentos de verse ambos fueron presa de la incredulidad, y luego Hollweg se puso a contar el pasado.

—Cuando hubo terminado tu juicio y te enviaron al campo, aquello señaló nuestro final. Unos huyeron, otros desaparecieron y otros se confundieron con la masa anónima para pasar inadvertidos.

—¿Qué fue de nuestros judíos? ¿De Ginsberg, Jacobs, Adler, Davids? Formaban parte del corazón y el cerebro del movimiento obrerista.

Hollweg movió la cabeza.

—Todos han muerto. Durante algún tiempo intentamos esconder a Adler y sus

hijos, pero tuvieron que marcharse.

—¿Los echasteis?

—Era casi imposible esconder a un judío en Berlín. Adler lo comprendió…

La señora Louise Hollweg se puso a llorar, escuchando los recuerdos de su marido.

—Háblame de Wolfgang —susurró Ulrich con aspereza.

Hollweg bajó los ojos y explicó con voz monótona:

—Desde el momento que te alejaron a ti, la Gestapo le vigiló noche y día. Sabíamos que lo utilizaban como cebo. Tuvimos que romper todo contacto. Era imposible celebrar una reunión. Había espías por todas partes. La situación se puso tan mal que no podíamos ni demostrar que nos reconocíamos, cuando nos cruzábamos por la calle. Utilizaban a Wolfgang para localizarnos. Al final… hubimos de decirle que cesara en sus intentos de vernos. Era la única manera de sobrevivir. Ulrich…, ahórrate el resto de la historia…

—Sigue.

—Cuando se organizó la conjura contra Hitler, Wolfgang tomó parte y consiguió que entraran en él muchos antiguos camaradas. Su misión consistía en imprimir las proclamas declarando que Hitler había muerto y anunciando el nuevo Gobierno, y en pegarlas por todo Berlín. La conjura fracasó, y a Hitler le dominó la locura de la venganza. Wolfgang fue de los primeros a quienes arrastraron ante un tribunal del pueblo. Ya sabes el procedimiento que seguían.

—¿No hubo nadie que levantara la voz en su defensa? ¿No se levantó ni una sola voz?

—En muchos sentidos, Ulrich, era mejor que estuvieses en Schwabenwald. Jamás sabrás lo totalmente, aplastados que estábamos.

Era inútil regañar a Hollweg; sólo se le podía compadecer.

—¿Y cómo lo pasaste tú, Berthold?

—Perdimos nuestro único hijo en el frente ruso. ¿Yo? Yo pasé de un empleo a otro, cada vez acosado por los espías y la Gestapo. Me vi obligado a reducir mi tren de vida. Acabé siendo portero del hotel «Adlon», pero incluso allí la Gestapo consideraba que veía entrar y salir a demasiadas personas importantes. Hallé mi verdadero rinconcito en la vida como guardián del cuarto de aseo para caballeros del hotel «Am Zoo».

Ulrich se preguntaba si quedaba alguien que pudiera declararse un alemán que había luchado contra Hitler. Para empezar, eran demasiado pocos para poder contarlos de verdad.

—Quizá hubiera sido mejor haber muerto en Schwabenwald que regresar para encontrarme con esto.

—No, Ulrich, uno por uno, los berlineses empezarán a salir fuera de las cenizas. Te necesitarán, si es que hemos de poder recomponer los pedazos rotos.

Ulrich refunfuñó.

—Hicimos todo lo que pudimos, Ulrich…, todo lo que pudimos…

Al fin, Ulrich Falkenstein hizo la última escala de su amargo retorno al hogar. Mientras la luz del día se apagaba, emprendió el camino hacia la cárcel Plötzensee, situada a la orilla de otro bosque devastado y enfrente del puerto fluvial. Después de saltar del *jeep* militar que lo había llevado, anduvo a lo largo de la alta pared de ladrillo. Un piquete de soldados ingleses, guardaba la puerta principal. Ulrich les enseñó sus papeles.

—¿Habla usted inglés, señor? —preguntó un oficial.

Ulrich Falkenstein hizo un signo afirmativo.

—Hemos recibido un aviso de los americanos, anunciando que venía. Si tiene la bondad de seguirme, señor.

La puerta se abrió con un ruido metálico. Las duras botas del oficial chocaban sonoramente contra las losas. Cruzaron el recinto principal, penetraron en un patio sucio, lindante con el muro mayor, y llegaron ante un pequeño edificio de ladrillo de seis metros por seis.

El oficial empujó la puerta. Ulrich entró. La estancia teñía el suelo de cemento y estaba desnuda. Una sola vigueta de hierro cruzaba el aposento. De la vigueta pendían media docena de ganchos de carnicería. En venganza por la conjura de la bomba, Hitler hizo colgar a seiscientas personas, entre hombres y mujeres. Las ahorcaban con cuerdas de piano, que las estrangulaban lentamente. Su hermano, Wolfgang Falkenstein, se contó entre aquellos seiscientos.

Ulrich miró entre los barrotes de la ventana. Ante ellos se levantaban la roja muralla de la cárcel y una chimenea alta. Eran las últimas cosas que Wolfgang había visto.

Ulrich Falkenstein salió de aquel lugar. La puerta se cerró con violencia detrás de él.

CAPÍTULO IV

CANTABA Blessing:

¡Al empezar la batalla, madre!
¡Es cuando me acuerdo más de ti!
Mientras esperamos en el campo,
¡Con el enemigo ante mí!

—¡Grosero! ¡Cállese! —impuso Sean. —Va a despertar a Bo.

¡Pensando siempre en Dios y en mi patria!
Pues todos sabemos bien que algunos…
¡Dormirán bajo tierra, mañana!

—¡Condenado llorón! —resollaba Sean mientras arrastraba al macizo policía, borracho como una cuba. En el descansillo se pararon. Sean arrimó al corpulento Blessing contra la baranda y trató de recobrar el aliento. El policía abrió los brazos y berreó:

Adiós, madre mía, quizá jamás
¡Me estrecharás ya contra tu pecho!
Pero tú nunca me olvidarás,
¡Si yo figuro entre los muertos!

—¡Figurarás entre los muertos, te lo aseguro, si no te callas! —Sean se echó el inerte brazo del policía sobre los hombros y prosiguió la atormentadora ascensión. —¡Bo!

Bolinski abrió su puerta.

—¡Ayúdame con ese marrano cebado!

—Ha despertado a Bo. —Blessing se emocionó teatralmente, trocando de súbito sus latentes aspiraciones musicales por un acceso de llanto de borracho. —Maldita sea, comandante. Ahora ya no escriben canciones como ésta…

¡Escucha! Oigo ya la trompeta,
Es la voz que nos llama al combate,
Ojalá Dios nos proteja, maaaadreee…

—Ese truhán ha de pesar una tonelada —dijo Bo.

—¿Qué me dice, comandante, querido mío? ¿Ha barrido a los rusitos este gordo muchacho suyo? ¿Hemos ganado un montón de dinero? ¿Sí, o sí? ¿Eh, comandante, querido mío?

—Eres un viejo gordo formidable —reconoció Sean.

El extrañamiento entre los rusos y sus antiguos aliados terminó con una brusquedad explosiva. Por todo Berlín surgieron de pronto reuniones y agasajos en

todos los niveles del mando. La tropa celebraba juergas en clubs nocturnos improvisados en las bodegas, y las jerarquías más altas se entregaban a elegantes reuniones, con vodka y caviar… La hermandad manaba a todo caño.

El general Hartly Fitz-Roy, gobernador militar británico, dio una cacería de osos desde un pabellón, todavía intacto, que había pertenecido a un elector de Brandenburgo. El inglés se quedó espantado cuando el mariscal Popov se presentó con un fusil ametrallador. Era una grosería incalificable pero, como anfitrión, él no podía decir nada, como no fuese murmurar entre dientes.

Los franceses llegaron a Berlín y dieron una gran fiesta en su propio honor. El general Yves de Lys hacía muecas de horror al ver de qué modo se echaban al coleto los rusos su excelente vino.

Los rusos cantaban lastimeras canciones de su tierra natal, los cosacos daban grandes saltos, la contemplación de las películas de Mickey Mouse era un regalo nacido de aquellas pruebas de amistad eterna.

Sean y Blessing habían tomado parte en la inauguración de otro club de oficiales rusos jóvenes. Entre innumerables litros de vodka y galones de cerveza y después de incontables canciones y brindis, el ágil campeón de los pesos pesados de una división rusa, desafió a quienquiera que fuese de la sala, sin que importara su peso ni su nacionalidad. Sean no pudo resistir el ofrecimiento.

Un subteniente inglés les soltó a los dos unos extensos discursos sobre el juego limpio, y en un improvisado cuadrilátero deslumbró a todo el mundo con sus tácticas de maestro de baile… hasta que sus piernas, debilitadas por el vodka, le dejaron fuera de guardia y en situación de recibir un gancho formidable que le tumbó de espaldas.

Otra vez en pie, Sean decidió que se terminaran las exhibiciones. Y en cuarenta y cinco segundos dejó sin sentido al ruso, ganando para sus partidarios un gran número de relojes y elevadas sumas de dinero de ocupación.

Poco después salió a la luz que Shenandoah Blessing había sido en otro tiempo un luchador y que se pagó los estudios combatiendo con el seudónimo de «el Ruso Loco».

La jarana continuó mientras Blessing derrotaba a seis rusos, un inglés, dos americanos y un francés. Finalmente, unos motoristas de escolta trajeron a un siberiano de más de ciento treinta kilogramos, con un bigote que parecía un manillar. Blessing estaba ya bastante cansado, pero en estos momentos los oficiales rusos habían perdido un mes de sueldo y su nuevo club era un campo de Agramante.

La fiesta terminó a las seis de la mañana, con los rusos cantando en honor de sus invitados y declarándolos la sal de la tierra.

Sean y Bolinski descargaron el fardo sobre una cama que no había sido construida para resistir el golpe de la caída de un cuerpo tan voluminoso. Cama y ocupante se vinieron al suelo. Sean y Bolinski dejaron que el policía reposara allí.

—Venga a mi cuarto —dijo Bo. —He calentado café.

Sean se desplomó en un gran sillón y se puso a reír.

—Lo de hoy no lo había hecho desde que era muchacho, en un par de verbenas irlandesas —dijo, sacando puñados de billetes de ocupación de todos los bolsillos. —Mañana tendré que enviar parte de esta basura a los rusos, para ayudarles a reparar su club.

Bolinski miraba al comandante como fascinado. Sean, se presentaba siempre muy atildado, y a veces llegaba incluso a la ostentación. Bo enumeraba ahora un ojo morado, los nudillos arañados, los botones que le faltaban en la camisa…, tenía ante sí a un borracho tierno con una colilla de puro entre los dientes.

—¿Qué canastos hace levantado a estas horas de la madrugada? —preguntó Sean, mientras sorbía el café.

—El coronel Hazzard me ha pedido que estudiase estas regulaciones para la ocupación cuatripartita. Quiere una opinión sobre ellas hoy mismo.

—Apestan —sentenció Sean.

—Parece como si usted hubiese firmado una paz separada con los rusos, está noche —comentó Bo.

—Tenemos la orden de representar la comedia esa de la hermandad y ver si nos engatusamos mutuamente para conseguir datos. Cuando los rusos se ablandan, no resulta muy difícil convivir con ellos. En todo caso, no son alemanes.

Sean se puso de pié, entró en el cuarto de baño de Bo y se enjuagó la boca. Existía cierta frialdad entre él y Bo. Durante todo el tiempo que trabajaron juntos, Sean nunca supo de él más que los datos oficiales: abogado, Notre Dame, casado y con dos hijos, Chicago. Y no es que Bo no hubiera sido un subordinado leal y eficiente.

—Bo, ¿me granjeé su enojo porque le saqué de Rombaden y le traje a Berlín?

—Nadie me obligó a entrar en el G-5, comandante.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sean, bruscamente.

—No sé odiar a los alemanes como los odia usted, comandante. Me siento mal cada vez que veo algún chiquillo hurgando en nuestros cubos de basura. Me pongo enfermo cada vez que me interno por Berlín.

Sean no respondió.

—Buenos días, O’Sullivan —saludó Hansen, con una sonrisa, a su cariacontecido oficial. —Me han dicho que anoche tú y tu obeso amigo probasteis de aniquilar el cuerpo de oficiales rusos.

—Todo dentro del espíritu de hermandad, señor.

—¿Pudiste reunir algún dato sobre ese V. V. Azov?

—Todos cierran la boca, en cuanto se menciona su nombre. Me figuro que es quien lleva la batuta.

—Todo empieza a indicarlo así.

—Señor, quiero hablarle de las normas regulando la ocupación de Berlín.

—Dispara.

—Si las aceptamos, nos metemos en un lío.

—¿Neal Hazzard te ha puesto al corriente del asunto?

—Hablamos de ello.

—Para ser un pretendido soldado combatiente, Hazzard se preocupa muchísimo.

—Tiene derecho a preocuparse, si se le pide que tome el mando bajo esas normas. Sin embargo, nos hemos formado la misma opinión, independientemente el uno del otro. Y lo mismo le ha pasado a Bolinski. El documento entero ha sido redactado por rusos, en ruso y para rusos.

—Sean cuales fueren las normas —contestó Hansen—, el éxito de la ocupación por las cuatro potencias depende únicamente de las ganas de cooperar de los rusos.

¿Por qué hemos de inclinarnos hacia atrás a fin de darles a entender que no queremos herir sus sentimientos? Los rusos no son nada tímidos. Dentro de poco nos habrán convencido de que ganaron la guerra ellos solos.

—Es casi lo único que podemos hacer para impedir que concedan un sector de Berlín a los yugoslavos. Los rusos afirman que los yugoslavos tienen más derecho a ello que los franceses.

—¡Menudo trabajo le espera al coronel Hazzard!

—Nos espera a todos.

—Los cuatro partidos políticos autorizados tienen la sede central en el sector ruso. Jefatura de Policía: en el sector ruso. Emisora de radio: en el sector ruso. Ayuntamiento y Magistratura: en el sector ruso. Universidad: en el sector ruso.

—Siéntate, Sean. Me molesta empeorar esa jaqueca que sufres esta mañana, pero conviene que leas esto.

Máximo secreto. Recomendaciones, conferencia de Postdam.

El mismo Sean había trabajado en algunas partes de aquel documento.

»Recomendación:
»Hemos de hacer que los rusos especifiquen sus demandas de reparaciones, de lo contrario podrían extenderlas hasta el infinito. Se ha de exigir a los rusos que presenten una relación de lo que han sacado ya de su zona de Alemania y anotarlo a cuenta de la factura total. Hemos de establecer un control de las cuatro potencias para regular la riada de reparaciones hacia la Unión Soviética. Visto que los rusos piden grandes entregas de las zonas occidentales de Alemania, no deberíamos mostrarnos conformes a realizarlas hasta que ellos den su conformidad a la presentación de cuentas y al establecimiento de controles.

»Rechazada:
»El espíritu de confianza mutua que deseamos establecer saldría perjudicado si ofendiésemos a la Unión Soviética de esta manera.

Sean volvió la página.

»*Recomendación*:
»Hemos de obligar a la Unión Soviética a que acepte el principio de gobernar Alemania como una sola unidad económica. En la actualidad se impide que suceda así, porque la Unión Soviética ha separado ya materialmente su zona de ocupación del resto de Alemania. Hemos de insistir en que las fronteras estén abiertas, el comercio libre y se pueda viajar libremente de una zona a otra.

»*Rechazada*:
»Esto haría pensar a la Unión Soviética que nos oponemos a que corra la frontera polaca hacia el oeste, hasta la línea Oder-Geisse. Aunque no hemos dado nuestra conformidad a estos cambios de fronteras, el argumento soviético de establecer un parachoques es digno de consideración.

—No nos pidieron permiso para ninguno de sus malditos cambios de fronteras —comentó Sean. Las cambiaron, y listos.

—Sigue leyendo, comandante.

»*Recomendación*:
»Causa gran preocupación el hecho de que permitamos a la Unión Soviética utilizar nuestras planchas y matrices para imprimir moneda de ocupación, sin ningún método de contabilidad. La Unión Soviética podría inundar nuestras zonas de papel moneda, acaparar los recursos de la Zona Occidental y crear una inflación.

»*Rechazada*:
»Los técnicos en tributos y cuestiones monetarias están de acuerdo en que tales hechos son posibles. No obstante, la Unión Soviética acogería la petición de que nos devuelva las matrices como una duda clara respecto a su honradez.

»*Recomendación*:
»La declaración de la conferencia de Postdam garantizando la libertad del pueblo alemán y del eslavo, y la celebración de elecciones libres es una farsa. La Unión Soviética no puede garantizar a otros pueblos cosas que no se atreve a conceder al suyo propio. El pueblo ruso ha vivido sometido a un Estado policía, bajo una u otra forma, durante los mil doscientos años que registra su historia. Hemos de insistir en que se defina lo que es libertad, elecciones libres e instituciones democráticas.

»*Rechazada*:
»Es necesaria una declaración al final de la conferencia. Discutir los significados exactos costaría veinte años».

Había más, mucho más. Sean devolvió el legajo al general, sin decir nada.

—Todo lo que pude hacerles aceptar fueron cosas por el estilo de los pasillos aéreos. En consecuencia, tendremos que quedarnos quietos y aguardar a que nos lleven demasiado lejos.

—Y cuando nos lleven demasiado lejos, ¿nos daremos cuenta?

—Hoy no —respondió Hansen. —La guerra contra el Japón terminó hace una semana. Hoy vemos a muchachos americanos con el uniforme de su país desfilando por las calles de las capitales enemigas para pedir que les envíen a sus casas. Se necesitará algún tiempo para que nuestros compatriotas se den cuenta de que los americanos ya no podrán volverse a casa jamás.

CAPÍTULO V

ERNESTINE despertó de su pesadilla de miedo, sudorosa, aterrorizada. Durante horas había luchado contra el sueño, porque, con la oscuridad, llegaban los horrores. Luego un agotamiento total la embotó, sumiéndola en una semiinconsciencia hasta avanzada la noche, y empezó a deambular por aquel tormento de sangre, fantasmas y voces huecas.

Se vistió medio atontada y fue con cara fláccida hasta la cocina donde la familia comía una especie de gachas para desayuno.

Ninguno de ellos se había recobrado del golpe que significó que los americanos les requisaran la casa, obligándoles a trasladarse a un juego de habitaciones, dañado por las bombas, de Friedenau, en el barrio de Steglitz. Bruno y su mujer dormían en la cocina, las muchachas en una alcoba descomunal a la que le faltaba media pared.

Bruno se lamentaba de la última crueldad del hado, la pérdida de su casa. Él, un empleado distinguido del Gobierno; él, que hasta casi el final de la guerra había tenido a su disposición automóvil y chófer. Ahora se veía reducido a trabajar de camarero en una cervecería de los soldados franceses.

Gracias a Ulrich no estaban todos en brigadas de trabajadores y contaban con unos gramos suplementarios de racionamiento. A pesar de todo, el odio entre los dos hermanos no cedía. Bruno consideraba que su hermano podía hacer más. La familia conservaba la vida meramente, y basta. Hilde era incapaz de desempeñar un empleo. Había sido siempre la niña mimada, y la ilusión de ser actriz llenaba su cabeza.

El orgullo de Bruno sufría ante la idea de que su esposa había de trabajar de camarera en un alojamiento de oficiales americanos. No había tenido que trabajar fuera de casa en toda su vida, y difícilmente se la podía considerar una *hausfrau*[12] corriente. Ulrich le proporcionó el empleo. Los americanos le demostraban su generosidad con los huesos que le arrojaban por lavarles la ropa.

En la cervecería, Bruno se decía que era preciso soportar las indignidades de los alborotadores franceses, con el fin de sobrevivir. Los soldados dejaban cigarrillos a medio fumar, necesitaban muchachas y podían procurarse comestibles. Los vecinos necesitaban hacer trueques, con lo cual él servía de intermediario para pequeñas operaciones comerciales. A pesar de semejante degradación, Bruno y su familia vivían mejor que todos sus vecinos, que morían de hambre.

Ernestine se sentó a la mesa. Su madre la miró a ella y luego a Hilde. En comparación, Hilde no manifestaba los efectos de aquellos tiempos.

—Tienes mal aspecto esta mañana —dijo Herta.

—¿Quién lo tiene bueno en Berlín estos días? —musitó Bruno. —Todos parecen espectros que andan.

—Estoy un poco cansada, nada más —respondió Ernestine.

—Tu tío Ulrich te ofreció un empleo en la Sede Central del Partido Demócrata —

dijo el padre. —Quiero que me expliques por qué lo rehusaste.

—Preferiría no hablar de ello —contestó la joven.

—Pues hablaremos. Yo no puedo soportar ya más franceses borrachos…, y no me gusta la idea de que tu madre limpie suelos para los americanos.

—No quiero trabajar para tío Ulrich —protestó Ernestine.

—Exijo saber por qué. Te preparaste para secretaria en cuestiones legales. Trabajaste para una de las mejores firmas de abogados de Berlín.

—La ley alemana ya no existe.

—Pero sabes que tu preparación te faculta para muchas cosas. Mientras tío Ulrich nos vaya echando algunos huesos, podrías pensar en tu familia.

—He decidido que no, padre —replicó Ernestine con voz alterada.

—Ernestine —intervino la madre—, ¿qué hallas en Ulrich que te moleste?

La muchacha probó a comer. Era imposible.

—¿No puedes decir nada? —preguntó el padre.

—Son aquellos lugares —estalló ella, impulsivamente.

—¿Lugares? ¿Qué lugares?

—Las cosas que dicen de nosotros en Nuremberg.

Un silencio terrible siguió a sus palabras. Al final, Herta tomó la mano de su hija.

—Todo ha terminado. Debemos olvidar.

—Pero, si lo que dicen es verdad…

—¿Verdad? —repitió Bruno. —¿Qué es la verdad? ¿Crees que puedes hallar la verdad en una radio soviética? Tú eres una muchacha alemana. ¿Crees que tu pueblo puede haber hecho esas cosas?

—Las películas…

—Ernestine —dijo su padre con enojo—, deberías reconocer lo que es propaganda. Están restregando nuestras caras contra el lodo. No tenemos manera de replicar. Y aun en el caso de que hubiera en ello una sombra de verdad, ¿cómo podrías pensar que tú y yo somos responsables?

—Tu padre tiene razón, Ernestine. Cierra los oídos, olvida las mentiras. Están probando de azuzar al mundo contra nosotros.

«Sí —pensó Ernestine—, papá siempre tiene razón…, siempre. Papá nunca se equivoca».

—En su Oficina Laboral, ¿sabían que había esclavos?

Bruno abatió el puño sobre la mesa.

—¿Cómo te atreves?

—Pide perdón a tu padre —requirió Herta.

—Lo siento, padre. Perdóname.

Su hermana, Hilde, se separó de la mesa y se fue. ¡Discusiones! ¡Siempre las malditas discusiones!

—¿Adónde vas?

—Fuera.

—¿Adónde?

—Fuera de aquí solamente.

—¿Cuándo regresarás?

Hilde se encogió de hombros y salió.

—Todo el día está fuera —dijo Bruno. —¿Dónde pasa el tiempo? ¿De dónde saca esas cosas para pintarse la cara?

—Se las regaló tío Ulrich —apresuróse a explicar Ernestine. —Debo irme a trabajar.

—Piensa en el ofrecimiento de tío Ulrich. Piensa en nosotros —le dijo su padre al marcharse.

«¿Cuándo diablos aprenderá a dejar el pasado en paz? —pensó Bruno cuando su hija hubo salido. —Bastante dura es la vida. El futuro se presenta feo. El hado ha sido cruel».

Herta llenó un saquito con un bote de cinco onzas de tabaco, sacado de las colillas que Bruno había recogido en el jardín de la cervecería, y cierto número de pastillas de jabón que había hecho derritiendo de nuevo los pedacitos sobrantes de lavar la ropa, Herta sabía desenvolverse en el mercado al aire libre de intercambios del Tiergarten, donde se permitían las transacciones.

Aprendió a mantenerse alejada de los soldados rusos, a quienes pagaban con dinero de ocupación, que casi no tenía valor alguno en Berlín y que no podían enviar a sus casas, con lo cual se veían obligados a tomar parte ellos también en el mercado de trueques, e imponían por el temor unos intercambios despiadados.

—Prueba de conseguir una máquina fotográfica —dijo Bruno. —Estoy en contacto con unos soldados yanquis. Por una cámara decente lograré hacerme con una docena de cartones de cigarrillos americanos.

¡Una docena de cartones de cigarrillos americanos! ¡Una docena de sacos de oro!

El «Metro» sacó a Ernestine de Steglitz y la llevó al centro de la ciudad. Tenía que dar un rodeo para llegar al hospital de Neukolln, donde trabajaba de ayudante de enfermera. Durante los últimos y desesperados esfuerzos de la resistencia, habían quedado inundados muchos tramos de los túneles del «Metro», obligando a innumerables rodeos.

El coche iba lleno de gente pálida, desharrapada. Ernestine se sentía un poco aturdida, y ahora le remordía la conciencia el haber hecho aquella pregunta a su padre. Naturalmente, él no sabía nada de lo del trabajo esclavo. Eran los tiempos. Había que recordar que su padre era un empleado respetado y les había proporcionado una vida agradable. Daba pena ver a un hombre tan arrogante reducido a la pobreza.

¿Podría decirle, de veras, por qué trabajaba para el doctor Hahn y no podía aceptar el ofrecimiento de tío Ulrich?

¿Un hospital? Aquello era una parodia lamentable de hospital. Medio derribado por las bombas, las ventanas cerradas con maderos, despojados por los rusos hasta de la ropa de las camas. Estaba lleno de pacientes; los había incluso en los pasillos, y todo andaba escaso. Por aquellos días muchos ancianos morían en un estado de confusión, y los recién nacidos emitían sus llantos en un mundo de hambre y de miedo.

Nada más ayer, suministraron gas a un sector de Neukolln, y el hospital abrió sus puertas a un centenar de suicidas y otras personas que habían intentado, sin conseguirlo, quitarse la vida. También ayer murieron diez personas, de disentería, tifus y difteria. La mitad eran niños pequeños.

Ernestine siguió la hilera letárgica de caminantes abatidos hasta la Postdamer Platz, cerca de lo que en otro tiempo fue el corazón de Berlín. La ciudad era un cementerio grotesco, surrealista, envuelto en un sudario de niebla gris. Las personas, mitad sin vida, que se tambaleaban por ahí estaban condenadas y atormentadas.

Dietrich Rascher había muerto. Cuando la mente se le nublaba, Ernestine pensaba en él. Al principio no quería aceptar el hecho de que no regresaría jamás, ni después de aquella última carta desde Stalingrado. Pero no habría milagros.

Durante los últimos años, en el transcurso de la agonía de Berlín, entre toda la familia Falkenstein, Ernestine era la de la energía sosegada. Todos la miraban a ella, hasta su padre. Ernestine sostuvo el ánimo de todos durante los bombardeos, al llegar la noticia de la captura de Gerd; cuando las violaron los rusos… En cambio ahora, era incapaz, de dejar de sumirse en profundos laberintos y simas llenos de humo.

La muchacha llegó al Tiergarten; el mercado de trueques y el mercado negro estaban en plena efervescencia.

Sus ojos se pararon en los árboles y los jardines destrozados, y por un momento su brumosa mente se vio de nuevo caminando con su padre y Dietrich por sendas alfombradas de flores; y la banda tocaba valses de Strauss, y la gente bebía cerveza de fresas… ¡Berlín! ¡París junto al Spree, la Atenas del este!

El río en marcha de desdicha humana la llevaba otra vez hacia el «Metro». La melancolía en el seno de la cual se confundían días y noches descendió sobre ella. Ernestine escondió la cara entre las manos. Las ruedas del vagón cantaban… Dachau… Dachau… Dachau…

Las visiones se le producían igual como en sus terribles sueños: un claro recuerdo de silencios adustos en la oficina de abogados donde trabajaba antes de la guerra. Había preguntas que no se hacían; un claro recuerdo de aquellos largos momentos de buscar los ojos de su padre cuando él no quería mirarla: un leve recuerdo de nombres de compañeras de juego judías; un recuerdo borroso de la extraña desaparición de tío Ulrich y de los susurros después de haber sido ahorcado tío Wolfgang.

Más que nada, Ernestine revivía intensamente los momentos de cuando Dietrich Rascher estuvo de permiso llegado del frente del este, y sus balbuceos ebrios. Recordaba la cajita de música que él le regaló y una ventana de hotel, rayada por la

lluvia, donde gozaron del amor…, recordaba a Dietrich profiriendo el nombre de Blobel… Coronel Blobel… Kiev… Comando 4A Grupo G de Acción Especial.

—¡Estación de Auschwitz!

Ernestine levantó la vista, horrorizada.

—Estación Grenzalle —repitió el cobrador.

Faltaba una milla para el hospital. El transporte de superficie consistía en tranvías tirados por caballos. El tranvía estaba lleno hasta más allá de su capacidad. Ernestine bajó a pie por la avenida Rudower. Era peligroso, porque la avenida estaba junto al sector ruso y con frecuencia los rusos cruzaban y se acercaban a los alemanes que iban por las calles; y los otros alemanes eran impotentes para detenerlos.

—Eh, *fraulein* —dijo un soldado americano, cerrándole el paso.

Ernestine le miró. Era joven, como Gerd, y el mismo intento de conquistarla le ponía nervioso.

—*Ich habe cigaretten*… y… eh… *chockolade*…

—*Bitte* —suplicó ella y pasó por su lado a toda prisa.

Estaba sola en la calle muerta. Las paredes de los desmochados edificios se le echaban encima como dedos enormes. A cada paso, los balbuceos de Dietrich Rascher martilleaban en su cerebro.

¡Luego, ayer, lo escuchó!

«Ésta es la radio del pueblo. Anunciamos una carnicería en las afueras de Kiev, en los fosos de Babi Yar. Se ha confirmado ya que treinta y tres mil judíos fueron derribados a tiros en fosos abiertos. ¡La hazaña corrió a cargo del coronel Blobel, Grupo C de Acción Especial!».

¡Dietrich Rascher! Ernestine hizo un esfuerzo para subir los tres peldaños últimos hasta la puerta del hospital. Los ojos se le pusieron en blanco, y rodó por el suelo.

Nadie se puso nervioso. En Berlín, por aquellos días, cosas así pasaban cada pocos segundos.

CAPÍTULO VI

HASTA en aquel momento de autocrítica, Heinrich Hirsch tenía un aire innegable de satisfacción al pasar revista a la labor del Comité de Liberación del Pueblo Alemán.

Rudi Wöhlman cerraba los ojos, juntaba las yemas de los dedos de una mano con las de la otra y movía la cabeza a compás del monólogo de Hirsch, como si fuese él quien marcase el compás a una música.

Los otros dos alemanes presentes formaban el círculo interior. Uno era Adolph Schatz, nombrado jefe de policía; el otro, Heinz Eck, nombrado alcalde delegado de la ciudad.

V. V. Azov se sentaba ante el extremo de la mesa, en su postura habitual de no comprometerse mostrando agrado o desagrado.

Heinrich volvió la página. El cálculo final establecía que el ochenta y cinco por ciento de los sectores occidentales habían sido despojados de potencial de «producción de guerra» antes de la llegada de los ingleses y los americanos.

Antes de la llegada del Oeste:

Había sido establecido en el Sector Soviético un monopolio bancario, que controlaba las finanzas de la ciudad.

Se había establecido un sistema de racionamiento de víveres, en cinco categorías. La ración más alta era de dos mil quinientas calorías diarias, y la más baja, de mil doscientas. El control del aparato del racionamiento estaba en manos soviéticas. El utilizar dicho aparato se estaba demostrando una manera muy efectiva para obtener conversiones. Las raciones más altas se concedían a los que colaboraban mejor con la Unión Soviética.

Hirsch pasó revista a los cargos detentados por las dos docenas de miembros del Comité de Liberación del Pueblo Alemán, y de cómo cada uno de ellos había ocupado el puesto señalado de antemano, cada uno de los cuales era una llave para la existencia.

Hirsch informó que centenares de otros alemanes, exprisioneros de guerra rusos convertidos en una «liga antifascista», estaban situados en el aparato escolar, en los sindicatos y en la fuerza de policía.

Adolph Schatz, alemán sólo de nombre lo mismo que Rudi Wöhlman, había estado con Azov de oficial de la NKVD, y ahora era jefe de policía, con su cuartel general en el Sector Soviético.

Rudi Wöhlman era jefe del Partido Comunista, autorizado bajo el tenue disfraz del Partido del Proletariado del Pueblo. Wöhlman se ocupó de la maquinaria cívica de la ciudad, se apoderó de la abandonada judicatura y llenó los tribunales de jueces del partido. La Magistratura de Berlín, la rama ejecutiva de la ciudad, constaba de unas dos docenas de departamentos encargados de la educación, fomento, transportes,

obras públicas y policía. Wöhlman los atestó de comunistas. El director de personal de la Magistratura era miembro del Comité de Liberación del Pueblo Alemán, y los directores de personal de dieciocho de los veinte barrios de Berlín o eran comunistas o bailaban al son de las directrices de Wöhlman.

Hirsch informó de que sólo se había autorizado una central sindical y que estaba totalmente bajo control comunista. Los sindicatos habían formado «Escuadras de Acción» a fin de utilizarlas en las manifestaciones y para persuadir a otros obreros de que debían mantenerse dentro.

La medida más inteligente de Wöhlman, sin embargo, había consistido en dar con el paradero del viejo demócrata Berthold Hollweg. Lo encontraron en una barraca junto al canal Teltow, lo juzgaron inofensivo y lo nombraron alcalde. Hollweg llenaba un objetivo excelente. Todavía conservaba un nombre, conquistado en los viejos tiempos, y se le podía utilizar como adorno del escaparate, «demostrando» lo democráticos que eran los comunistas al designar a un no comunista para el cargo de alcalde. Hollweg era un estupendo mascarón a quien controlaría el alcalde suplente, Heinz Eck, del Comité de Liberación del Pueblo Alemán.

El joven Hirsch tomó en el *Magistrat*[13] el puesto de secretario de educación y un segundo puesto de secretario de cultura e información. Desde allí podría controlar los textos y a los profesores. En la Universidad formó y mantuvo bajo su gobierno una organización estudiantil según el modelo de una Escuadra de Acción.

La única estación de radio de la ciudad estaba bajo la supervisión de Hirsch.

Mientras los comunistas clavaban sus raíces profundamente y enroscaban fuertemente los tentáculos, los otros partidos políticos no se encontraban en condiciones de protestar. Incluso después de haber llegado los del Oeste, no se les consentía una refutación en sus periódicos, puesto que los comunistas controlaban la fuente de todas las noticias de Prensa.

El Comité de Liberación del Pueblo Alemán había venido de Moscú y se había instalado aquí con una celeridad y una eficiencia pasmosas. Antes de que el Oeste pudiera ambientarse a la marcha de los acontecimientos, se encontró con el hecho consumado de que la policía, el *Magistrat*, los tribunales, los sindicatos, los Bancos, el racionamiento, la educación, la información, la oficina del alcalde, todo estaba bajo mando comunista.

Heinrich Hirsch terminó su informe. El Oeste no lograría salir jamás del pozo. Las normas que gobernaban la *Kommandatura* para la ocupación por las cuatro potencias cuidaban de ello.

Terminado el informe, cada uno de los cuatro reunidos discutió los pasos siguientes.

Habían empezado la maniobra clásica de infiltrarse en los otros tres partidos políticos empleando a la vez presiones de la policía y las escuadras de acción.

V. V. Azov estaba bastante contento. Los planes trazados durante la guerra habían dado su fruto. El Oeste no había esbozado plan ninguno. Los instrumentos para

expulsar al Oeste fuera de Berlín estaban funcionando.

Heinrich Hirsch recibió orden de quedarse cuando los otros se marchasen.

—¿Tú me enviaste una nota diciendo que deseabas hablar de una cuestión en privado conmigo, camarada Hirsch? —preguntó Azov.

—Camarada —empezó el joven con cautela—, debo expresar mi inquietud en lo que se refiere a utilizar antiguos nazis, particularmente en puestos de enseñanza y de la policía.

—¿Hablas, quizá, en nombre de un grupo?

—Sólo en el mío. Y únicamente porque lo considero perjudicial para nuestros objetivos. Aun en el caso de que podamos esconder el hecho a los del Oeste, el pueblo alemán se dará cuenta. Es posible que la gente se incline a dudar de nuestra sinceridad.

Azov tenía que esmerarse en no dejarse arrastrar a una discusión con Hirsch, porque era, ciertamente, el mejor dialéctico de los alemanes.

—Dime —preguntó, recurriendo a una treta habitual, que Hirsch reconoció al instante, gracias a los años de preparación. —¿Sabes por qué estamos en Berlín?

—Naturalmente —contestó Hirsch. —Para sovietizar al pueblo alemán, de acuerdo con las palabras de Lenin afirmando que aquel que domine a la clase trabajadora alemana, dominará a Europa.

—Bien, camarada Hirsch, ¿por qué están aquí los americanos y los ingleses?

—Como una presencia simbólica.

—Pregunta a diez americanos qué hacen en Berlín y obtendrás diez respuestas diferentes. La mayoría no lo saben. En cambio, nosotros lo sabemos.

Hirsch se ponía más irritado a medida que el diálogo de justificación proseguía.

—Si el Oeste no evacúa Berlín, esta ciudad se convertirá en un puesto avanzado de espionaje contra nosotros —decía Azov. —Y cuanto más tiempo estén aquí, mayor será el peligro de que preparen a Alemania para una guerra de desquite.

—¿En qué sentido servimos a nuestros objetivos llenando nuestros propios arcones de nazis?

Azov sonrió y continuó dando vueltas alrededor de un cepo.

—Esta cuestión ha sido meditada profundamente por el Politburó del Partido Comunista, por el camarada Stalin, por nuestros grandes dialécticos. Nos damos cuenta de que los nazis están tan profundamente metidos en todos los aspectos de la vida alemana que no podemos llevar adelante las funciones normales sin utilizarlos. Por ahora, nuestro mayor enemigo es el Oeste. Tú mismo te dedicaste a la tarea de persuadir a prisioneros alemanes para que se pasasen al bloque antifascista.

—Utilizar soldados y oficiales del Ejército es una cosa. Utilizar miembros de las SS y criminales de guerra nazis escondidos y reclamados por la justicia, es otra.

Hirsch no se dejaba convencer ni intimidar. Se mostraba muy duro.

—Muchos nazis —dijo Azov— están sinceramente arrepentidos de su pasado. Han visto la luz a través del comunismo.

¡Han salvado el pellejo a través del comunismo! La cólera empezaba a morder las entrañas de Hirsch. Comprendía que había llegado el momento de tener la lengua quieta. Todo aquel sórdido negocio se convertía en una ganga para centenares de nazis en toda la zona soviética. Si el nazi podía ser útil, el purgarle de su pasado era una simple formalidad. Los rusos sabían que los nazis estarían siempre dispuestos a trabajar para los comunistas, porque su historial pasado pendería sobre sus cabezas como un chantaje constante.

Azov vio que el joven se echaba atrás, y aplicó los últimos toques de la sabiduría.

—Los que creemos en el comunismo mundial debemos pasar por alto unas cuantas injusticias en atención a las aspiraciones supremas.

Los ojos de Heinrich lanzaron un destello negro. Esto era lo que decía Hitler y la excusa de tos nazis para justificar la conducta criminal y el genocidio. Pero ¿qué diferencia había? ¿No había encontrado siempre la Unión Soviética una excusa para las purgas, las deportaciones y las privaciones? ¿No había sido siempre la excusa de que aquello quedaba justificado por la meta suprema? Hirsch recogió sus notas rápidamente y se fue.

La conversación continuaba inquietando al comisario. Sabía que Heinrich Hirsch era bastante disciplinado para darse cuenta de las consecuencias de desafiar una decisión de Moscú. Pero Hirsch se había comportado de modo igual anteriormente, al protestar de la requisa de las reparaciones de guerra, y sabía que había ido a ver al mariscal Popov para tratar de la conducta del Ejército rojo al entrar en Berlín.

Azov se preguntaba qué extraño punto ciego habría en aquel hombre y qué le infundía la desvergüenza de quebrar la disciplina del partido.

Azov veía este defecto del carácter de Hirsch desde hacía muchísimo tiempo, le consideraba demasiado fiel a su condición de alemán. Notaba que Hirsch buscaba a tientas un pensamiento y una acción alemanes e independientes. Lo cual estaba emparentado con los dos pecados capitales del nacionalismo y el desviacionismo.

Y, no obstante, Azov se resistía a tomar medidas contra él. Hirsch era el miembro más brillante del Comité de Liberación del Pueblo Alemán. Adolph Schatz era un patán y un matón. Heinz Eck un simple número. Rudi Wöhlman era inteligente y buen organizador, pero nunca aportaba ideas nuevas, pues estaba decidido únicamente a ser agradable y quedar al margen de toda controversia.

En cambio Hirsch poseía talento creador, era perspicaz en sus análisis del Oeste, era brillante. Sin embargo, el condenado punto ciego estaba ahí, era una mácula en su energía. «Es mitad judío —pensó Azov—, y judío por completo por el carácter». Stalin tenía un recelo nada común contra los judíos. Azov recordaba más de una noche que le habían llamado a la villa de Stalin para entregarle una lista de judíos a quienes purgar. Stalin poseía una intuición especial respecto a los judíos. Pero, por lo pronto, Hirsch era necesario.

Heinrich Hirsch ordenó a su chófer que le llevase a la sede del Partido Proletario del Pueblo.

Se maldecía a sí mismo por no tener la boca cerrada. Aquella conversación equivalía a solicitar que fuesen a llamarle en mitad de la noche. Sin embargo, era incapaz de contenerse, aun a pesar de que durante diez años le habían llenado el cuerpo de disciplina… Estaban perdonando a los hombres que habían asesinado a su amado padre.

CAPÍTULO VII

ERNESTINE abrió los ojos parpadeando. El viento soplaba contra el remiendo de arpillera de la pared desmoronada. Hilde estaba sentada en una caja de madera, delante de un espejo pequeño. Ernestine, observaba cómo su hermana estiraba la media de seda, levantando la esbelta pierna para admirar sus líneas perfectas.

Hilde descubrió que Ernestine la estaba mirando por el espejo, se volvió y le dijo:

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? ¿Has mejorado algo?

—Estoy muy bien —respondió Ernestine.

—Pues no tienes tan buen aspecto. Has vuelto a gritar en mitad de la noche.

—Lamento haberte molestado.

—Me estoy habituando a ello —replicó Hilde secamente. —¿Por qué no te pones un poco de maquillaje? No se te notarían tanto los círculos de debajo los ojos.

—No importa.

Hilde suspiró, arrojó el lápiz de labios y se arrepintió de su brusquedad. Sentándose en el borde de la cama que compartía con Ernestine, pasó los dedos por el cabello de ésta.

—El mal viene de esto, de vivir una encima de otra. Erna, tu peor enemigo eres tú misma. El doctor Hahn lo dijo. Te tomas la vida demasiado lúgubremente.

—En Berlín no hay nada que excite la alegría.

—Perfectamente, por tanto saca el mejor partido que puedas de la situación. —Hilde volvió ante el espejo.

—Hilde —dijo la otra. —Quiero hablar contigo de las cosas que tienes en tu baúl. —La hermana menor tuvo un sobresalto. —Fue por casualidad —explicó Ernestine. —Buscaba tu jersey rojo para pedírtelo prestado. La cerradura estaba abierta. Además, ¿dónde puede esconderse un baúl, u otra cosa, en esta vivienda? ¿De dónde sacas cigarrillos, chocolate…, esas medias?

—Me he puesto en contacto con antiguas amistades.

—Soy tu hermana, Hilde. No conseguirás engañarme.

—De acuerdo.

—Nos han enseñado a distinguir el bien del mal.

Hilde soltó una risa amarga.

—En esta ciudad, el bien y el mal no existen. Se trata únicamente de sobrevivir.

—No importa lo que haya pasado, todavía poseemos nuestra honradez.

—¿Honradez? ¿Somos honrados? ¿Lo hemos sido nunca?

—Hilde, te estás metiendo en conflictos serios. Hoy nadie administra justicia, ni siquiera los americanos.

Hilde se encogió de hombros y cerró la polvera con un golpecito.

—Tu hermanita menor se desenvuelve. También tú podrías hacerte la vida más fácil.

—¿Fácil? Lo parece, solamente.

—Como quieras, Ernestine. Te dejaré algo que comer encima de la mesa. El doctor Hahn tiene que llegar pronto.

—¡Hilde! Tienes veinte años nada más. Es demasiado pronto para renunciar a la vida.

—Se me antoja que la que has renunciado eres tú. Yo sólo intento capear una mala situación. Erna, tú me prometes que no le dirás nada a papá de lo del baúl.

—Te lo prometo —murmuró su hermana, vencida.

—Eres un encanto. —Hilde se inclinó, besó la mejilla de su hermana y salió de la alcoba.

Al cabo de pocos momentos llegó el doctor Hahn.

—Bien, ¿cómo está hoy la paciente?

—Me temo que estoy causando un sinfín de molestias a todo el mundo.

El médico se sentó en el borde de la cama y le pellizcó la chupada mejilla.

—¡Si al menos pudiese devolver un poco de color a esta cara hermosa! ¿Hallas algún remedio en los polvos somníferos?

—Durante parte de la noche.

Las drogas habían sido obtenidas en el mercado negro, y a un precio elevadísimo. El doctor Hahn encontraría más, fuese del modo que fuere.

—No quiero que prolongues su uso. Es malo empezar a tu edad.

Ernestine levantó la vista hacia el rostro anciano y gris que recordaba desde su primera niñez. Se figuraba que el doctor Hahn había nacido viejo. Conocía bien el contacto de su mano, cuando la examinaba, y conocía los sonidos inarticulados que solían acompañar sus meditaciones. El médico volvió a subirle las sábanas hasta los hombros y se quitó el estetoscopio de los oídos.

—No voy a discursearte, señorita. Pero no te pondrás mejor hasta que te ayudes a ti misma.

El doctor Hahn metió sus instrumentos en un destrozado maletín, revolvió sus escasas provisiones de medicamentos y volvió a llenar un frasco de la mesita de noche de la joven.

—Ernestine, hoy ha venido conmigo otra persona. Quiero que la veas.

—¿Quién?

—Tu tío Ulrich.

La muchacha rodó sobre la cama volviéndole la espalda y contestó con voz temblorosa:

—No.

El doctor Hahn salió al pasillo donde Ulrich Falkenstein estaba aguardando. Los dos hombres se conocían desde hacía cerca de treinta años. Hahn movió la cabeza.

—Físicamente, está débil. Falta de comida, exceso de trabajo: Lo mismo que le ocurre a todo el mundo en Berlín. Sin embargo, no la creo bastante enferma para guardar cama.

—Su madre me ha dicho que se pasa los días acostada ahí y que grita en sueños.

—Mi querido Falkenstein, ayer los americanos publicaron la información de que entre ellos y los ingleses arrojaron, hacia el final, de la guerra, setenta y cinco mil toneladas de bombas sobre Berlín en cuarenta días de incursiones continuas. Ernestine ha sido brutalmente violada por unos soldados rusos. Su novio murió y su hermano se encuentra en un campo de prisioneros. Todo lo que ha conocido de vida normal desapareció, La dolencia que sufre es un agotamiento mental.

—¿Y esto es motivo para que se niegue a verme?

—¿No se ha fijado, Ulrich, en que cuando alguien habla con usted, todos lo hacen como yo? Fijan la mirada en las sombras de su derecha de usted o de su izquierda, pero nunca en sus ojos. Para algunos de nosotros, usted es el espejo de la conciencia alemana, el recuerdo viviente de lo que hemos hecho.

—He tenido mucho tiempo, doctor Hahn, para preguntarme: ¿Quiénes son los culpables? No puedo cargar a Ernestine las culpas de los nazis.

—Tampoco puede impedir que se las cargue ella misma. Los verdaderos culpables corren un velo sobre el pasado. Los más inocentes asumen la culpa. Infortunadamente, no hay demasiados alemanes como esa muchacha.

—Debo acudir a su lado —dijo Ulrich.

—Tenga cuidado.

Ernestine le oyó entrar y se encogió entre los pliegues, de la ropa de la cama.

—Ernestine —le llamó él.

—Márchese, por favor, tío.

—Ernestine. —Ulrich Falkenstein levantó la mano y la acarició; la muchacha se puso a sollozar. —Ahora debes volverte y mirarme. —Ulrich tenía unas manos firmes. Al secar las lágrimas de su sobrina vio los círculos oscuros de debajo sus ojos.

—¿Es cierto? —preguntó ella.

—Sí, es cierto.

—¡Qué avergonzada estoy! —murmuró la joven, desplomándose otra vez. —Dietrich los mataba a sangre fría. Yo le amaba. Y él los derribaba a tiros, a sangre fría.

—Tú no lo sabías, niña.

—Porque no quería saberlo. Nadie podía vivir estos años en Berlín y no saberlo. —Mirar a su tío no resultaba tan terrible como Ernestine había pensado. En aquel momento tenía la sensación de que se le descargaba un peso de encima.

—Todos los alemanes tienen que enfrentarse con el pasado antes de poder mirar al futuro cara a cara. De otro modo, no puede haber redención. Tú has dado el primer paso, primero y cruel, hija mía, y mañana tendrás que empezar de nuevo.

Ernestine le cogió la mano y la oprimió contra su mejilla.

—Ahora puedes dormir —dijo Ulrich.

CAPÍTULO VIII

NEAL Hazzard, comandante americano, era el más gregario de su casta y el oficial de ocupación más conocido de la ciudad. A los berlineses les gustaban sus desplantes bruscos, su afición a presentarse en los lugares donde se limpiaba escombros, en cervecerías, colegios, mítines y templos. Generalmente andaba solo y sin armas, caso singular en Berlín.

Desde el primer momento la actuación constante de un veto orientaba contra el Oeste las disposiciones dictadas por la Kommandatura formada por las cuatro potencias, sobre Berlín. Hazzard se vio obligado a aceptar todas las posiciones estratégicas ocupadas por los rusos, antes de la llegada de los americanos.

A pesar de tener que maniobrar como si estuviera dentro de un pozo profundo, Hazzard le tomó una simpatía personal al comandante del Sector Ruso, coronel Nikolai Trepovitch, quien, lo mismo que él, había ascendido desde las últimas filas y había tenido siempre mandos de combate. Trepovitch era el más abierto de los rusos y poseía un sentido del humor endiablado y chispeante.

No obstante, las más de las veces las reuniones de la Kommandatura se convertían en una pesadilla, y las traducciones y las conversaciones giraban en un círculo vicioso horas y horas. Una cuestión en apariencia rutinaria era capaz de dar origen de pronto a un diálogo zahiriente, interminable, quisquilloso. Trepovitch y sus delegados eran capaces de pasarse horas discutiendo y regateando, y ni Hazzard ni ningún otro comandante occidental sabían de un día para el siguiente qué guardaban los rusos en la bocamanga.

Hazzard se daba cuenta de que Trepovitch disponía de poco margen de elasticidad de pensamiento, pues había de seguir al pie de la letra las directrices que le daban. El comandante americano no presionaba al ruso, cuando sabía que no podía ceder. Trepovitch se lo agradecía.

Hazzard no logró establecer este convenio tácito con el colega inglés, coronel T. E. Blatty, quien solía discutir durante horas enteras con el solo objetivo de llevar el juego según las normas. El inglés, un oficial típico, jamás se enojaba, jamás levantaba la voz, jamás se daba por ofendido. Su capacidad de resistencia constituía el antídoto contra los macizos ataques de Trepovitch.

El cuarto miembro de la Kommandatura era el coronel Jacques Belfort. Trepovitch le hacía comprender al francés que la presencia de su nación en Berlín era más un gesto que una realidad. La hostilidad entre ambos era la más obvia. Belfort compensaba en arrogancia pura y simple lo que le faltaba en poder real, y ponía el máximo empeño en hacerse notar, siempre en defensa del prestigio de Francia.

En ciertas cuestiones, el ruso no cedía. Los intentos de regular el dinero en circulación mediante un control más minucioso por parte de las cuatro potencias, de liberalizar la justicia, de poner fin a la táctica de emplear el racionamiento para fines

políticos, topaban con filibusterismos y evasiones.

En otras materias, los cuatro cooperaban bastante bien. En Berlín el alojamiento estaba peor que en ninguna otra ciudad de toda la historia moderna, y el hecho de que las cuatro potencias ocupantes hubieran requisado lo mejor que quedaba, agudizaba todavía más el problema.

La cooperación era unánime en el campo de la salud pública, en el que las vacunaciones en masa trataban de impedir el aumento de la tifoidea y difteria. Los numerosos casos de tuberculosis, la terrible difteria y las enfermedades venéreas imponían un pesado tributo a los recursos médicos de cada una de las cuatro potencias.

El número de camas de hospital ascendía a una tercera parte de las que había antes de la guerra, y los rusos se habían llevado mucho equipo en concepto de reparaciones. Las cuatro potencias montaron un servicio de recogida de basuras, de tratamiento de aguas residuales y otras medidas bienintencionadas para evitar epidemias.

En la destrozada ciudad, los transportes estaban paralizados. No había automóviles alemanes particulares, ni autobuses, ni taxis. Muchos trozos del tranvía elevado se habían venido abajo durante los últimos días de lucha, y extensos tramos del «Metro» habían quedado inundados. Centenares de vagones de ferrocarril fueron enviados a la Unión Soviética. Las paredes que se derrumbaban hacían peligroso el tráfico y los escombros cerraban la mitad de las calles. Unos cuantos tranvías tirados por caballos constituían un pobre suplemento en aquella área gigante de cerca de cuatrocientas millas cuadradas. Berlín poseía una extensa red de canales, un puerto interior y más puentes que Venecia. La mitad de estos puentes se hundían en los ríos Spree y Havel, cerrando el paso a las barcazas. El Puerto del Oeste era un caos.

Las redes telefónica y telegráfica no funcionaban. Los rusos se habían llevado lo que quedó de los cuadros de distribución, instrumentos telefónicos y generadores. Hubo que reconstruir todo partiendo de la nada.

Antes de la guerra, la central eléctrica próxima al Puerto del Oeste se utilizaba solamente para incrementar la energía durante las horas punta. Los rusos la habían despojado de generadores y sólo quedaba parte del cascarón del edificio. Neal Hazzard se encontró con otro hecho consumado…, la energía eléctrica para la ciudad la suministraba por entero la Unión Soviética. Resultaba una ironía curiosa que gran parte de la electricidad viniese por las líneas de Sajonia y Turingia, las provincias que los americanos habían entregado.

Un subcomité de la Kommandatura inició la ardua tarea de desnazificar treinta mil empleados postales con el fin de restablecer parcialmente el servicio de correos.

La mayoría de los otros servicios habían desaparecido. Se empezaba a suministrar un poco de gas.

Por las calles patrullaban coches militares en los que solía ir un soldado de cada una de las cuatro naciones ocupantes. Era un alarde de unidad, para impresionar a los

berlineses.

La Kommandatura firmaba docenas y más docenas de órdenes y las pasaba al *Magistrat* de Berlín para que las pusiera en vigor.

Si bien la cooperación existía realmente en muchos aspectos, Neal Hazzard, lentamente y con, gran determinación, atacaba los atrincheramientos soviéticos en otras direcciones. Entre los rusos sólo el coronel Trepovitch se daba cuenta de la enorme perseverancia del americano.

Hazzard concedía un interés preferente a la selección de un subjefe de policía que estuviese más dispuesto a colaborar con el Oeste, pues Adolph Schatz era propiedad de los rusos. Lo cual no se podía cambiar, porque había que aceptar todos los nombramientos hechos antes de la llegada de los occidentales.

Hazzard no carecía de recursos. Las nuevas designaciones tenían que ser aprobadas por las cuatro potencias. Estaba, pues, en situación de mantener en suspenso los nombramientos hechos por Trepovitch hasta que le concediesen un subjefe de policía de su agrado.

La búsqueda del alemán idóneo para el cargo quedó encomendada a la unidad de Sean, la fuerza de choque, pequeño grupo de una docena de hombre sin ninguna cartera ni nombramiento oficial. Estos hombres analizaban los informes del Servicio Secreto, andaban a la caza de indicios, preparaban datos para Hansen en el Consejo Alemán Supremo y para Hazzard en la Kommandatura, hacían predicciones, actuaban de enlaces entre Berlín y el resto de Alemania y llevaban a cabo innumerables trabajos especiales. Sean y sus hombres entraban y salían de Berlín a diario, siempre dispuestos a presentarse en cualquier sitio, encargado de misiones singulares.

Neal Hazzard leyó el informe que le entregó la unidad de Sean recomendando a Hans Kronbach para subjefe de policía. El historial del propuesto parecía inmaculado. Kronbach había sido jefe de policía de la ciudad de Berlín. Cuando Hitler subió al poder, dimitió en señal de protesta y se dedicó a negocios privados, comprando una fábrica de artículos de mercería. No había tenido contacto con los nazis. Al final de la guerra, tres obreros esclavos de su fábrica se brindaron a dar testimonio del trato que recibían. Más aún, Kronbach había salvado bastantes vidas y escondido a cierto número de judíos. En los últimos días de la contienda, las bombas destruyeron su fábrica.

Habitualmente actuaba de policía en traje de paisano, formando parte de una brigadilla especializada en el mercado negro, en el barrio de Prenzlauer Berg.

Hazzard dejó el informe y miró a Sean y a Blessing.

—¿Qué tal le ha parecido como policía, al hablar con él, Bless?

—El oficio de policía no tiene secretos para Kronbach. Sabe supervisar a los hombres, conoce el trabajo administrativo…, todo, en fin. Le admitiría en mi fuerza del condado de Hook a los dos minutos.

—¿Qué impresión le ha causado, Sean?

—Es amigo de los occidentales, no cabe duda. Estuvo afiliado al Partido Demócrata. No creo que podamos manejarle a nuestro antojo, pues tiene opiniones propias. Antes que nada es alemán.

—Un alemán bueno —puntualizó Blessing.

—No vamos en busca de un muñeco como Schatz —dijo Hazzard. —Una cosa me inquieta de Kronbach. Exceptuando estos dos meses últimos, no ha trabajado de policía durante diez años. Los rusos le presionarán terriblemente.

Blessing sonrió.

—Se necesitaban muchos más reaños para permanecer fuera de la policía nazi que para colaborar con ella.

—Efectivamente —convino Hazzard. —Voy a ponerme de acuerdo con Blatty para incluirle en la agenda de nombramientos de mañana. Bless, búsquele y explíquele nuestro propósito.

—Sí, señor. ¿Será capaz de conseguir que le nombren?

—Acaso me cueste diez horas. Tendré que rendir a Trepovitch por cansancio.

—Que me cuelguen si comprendo cómo puede resistir usted esas reuniones, coronel.

—No puedo —contestó Hazzard.

CAPÍTULO IX

BLESSING abandonó la oficina con la orden concreta de encontrar a Hans Kronbach y trasladarlo al sector americano aquella misma noche.

Blessing reclamó su *jeep* de patrulla y se paró un momento en las escaleras del edificio del Cuartel General mientras se ponía el sol. La bandera colgaba inmóvil. Los alrededores del edificio habían sido repoblados de plantas. La hora del día era agradable.

Al otro lado del bulevar dos muchachas alemanas jóvenes caminaban al unísono, con paso lento y cansino; sus tacones resonaban en la acera. Blessing se quitó el sombrero, secó el interior de la copa y las miró de soslayo.

Por la noche las muchachas salían a las calles. Merodeaban alrededor del Cuartel General americano. Las espesuras de detrás y el sector de los cuarteles ofrecían un terreno apropiado para una transacción rápida. Blessing se dijo que a la mayoría casi no les quedaba otro recurso que prostituirse. El hambre les mordía el estómago de verdad, y muchas tenían que atender al sustento de niños y ancianos. Mal asunto tener que hacer de ramera para conservar la vida.

Sobre el papel, la no confraternización continuaba en vigor, pero en realidad nunca se respetó bien. Se la imponía de vez en cuando, con el fin de pacificar a un diputado o a un clérigo que estaban de visita. A veces, los clubs femeninos de los Estados Unidos ponían el grito en el cielo. El coronel Hazzard tenía orden de hacer un «escarmiento» alguna que otra vez. Los dos primeros que cogió con las manos en la masa fueron un par de jueces respetables que trabajaban en su sección legal. Como castigo, Hazzard les ordenó pasar un mes sin licores, pero se emborrachaban de tal modo con vino malo que al cabo de una semana les levantó el castigo.

Bless recordó cómo resolvía la cuestión en el condado de Hook. Advertía a los establecimientos y a la misma policía que conservasen las manos limpias. No le parecía mal que algunas mujeres hicieran de rameras, con tal de que no mendigaran licor, ni robasen, y que acudieran a los reconocimientos médicos. ¡Qué diablos! Un minero en día de cobro necesita una mujer…, y lo mismo un soldado. Y lo mismo un policía, para el caso, pensó. Bless había pasado mucho tiempo sin una mujer. A nadie se le ocurría que un policía obeso y jovial necesitaba una mujer como todos los demás.

Su profesión le había enseñado a esconder el miedo, a mostrarse impasible ante las tragedias. El lado negro del mundo, sus penalidades y su miseria formaban parte del trabajo cotidiano.

Bless sabía que hay un determinado punto de endurecimiento al que llegan muchos policías. Cuando un hombre se vuelve demasiado insensible corre el peligro de convertirse en un cínico o un bruto.

Las dos muchachas alemanas llegaron a la esquina, dieron media vuelta y

retrocedieron sobre sus pasos.

«¡Maldita sea, me gustaría ver a Lil! —Al pensar en su esposa, Blessing sonrió. —Es una vieja muchacha excelente. Y todavía tiene una hermosa figura de mujer».

Lil había bajado de la montaña y en toda su vida sólo conoció días aciagos. Cuando tenía dieciséis años se casó con un granuja sólo para huir. El marido solía darle unas palizas de espanto. Lil escapó.

Blessing sabía que una mujer como ella, que había sufrido tanto y que ahora tenía un hombre bueno que la trataba bien no haría tonterías. Bless y Lil se lo habían pasado maravillosamente junto con sus dos hijos…, los chiquillos más listos de todo el condado de Hook.

¡Prolongada ausencia! Blessing se preguntó cuántas veces Lil habría tenido necesidad de un hombre durante los dos años y medio transcurridos. Era un ser humano y una real hembra. Bless sabía que habría resuelto el problema de la manera adecuada marchándose una semana a Menfis, donde no la conocía nadie, y habría puesto muchísimo cuidado en todo. Él no le preguntaría nunca nada, porque no le importaba un comino.

Un *jeep* con radio, ostentando los distintivos de agente de la autoridad y conducido por un miembro de su escuadra, el cabo Danny Sterling, paró ante él. Aquel muchacho sería un buen policía, se dijo Blessing, dirigiendo sus pensamientos a su deber inmediato y metiéndose dentro del coche.

—¿A dónde, subteniente?

Blessing meditó. Ponerse en contacto con Hans Kronbach no era cosa de poca monta. Kronbach se encontraba en el sector ruso, de modo que Bless tendría que echar mano de un confidente alemán y enviarle de enlace para concertar una entrevista secreta.

—Vayamos a ver al jefe de policía de Tempelhof y veamos de hallar un policía kraut.

Danny lanzó el *jeep* adelante como una bala. Las dos muchachas alemanas miraban con recelo mientras el *jeep* pasaba por su lado. Blessing silbaba por lo bajo, «Antes de la batalla, madre».

La tensión de Berlín se infiltraba en sus nervios. Quería salir de aquella ratonera antes de que se le agriase el carácter. Los alemanes estaban cargados de recelo…, de recelo y de odio, y de miedo y de tensión. El policía conocía desde mucho tiempo la cara y los actos de la desesperación, porque los había visto muchas veces en los rostros cetrinos, demacrados de los labradores, cuando perdían las cosechas y sus hijos pasaban hambre. Los había visto en las minas, en la histeria colectiva de los huelguistas, cuando echaban denuestos contra los esquiroles, y los había visto, allí también, en los ojos de las mujeres que aguardaban noticias después de un hundimiento de tierras.

Los había visto en los, ojos de las turbas que se lanzaban a un linchamiento. Los conocía en los rostros de los negros del condado de Hook. Todo ello constituía ahora

la cara de Berlín.

Bless cogió el micrófono y puso el transmisor en marcha.

—Rebelde dos-ocho al habla; cambio.

—Aquí Baltimore, que llama a Rebelde dos-ocho. ¿Quién es el hombre que acopia grandes ganancias para Green Bay?

—Don Hutson —respondió Blessing, garantizando la autenticidad de su llamada. —Salimos de Baltimore, camino de Atlanta Provo; cambio.

—De acuerdo, y adelante.

Al dejar atrás el poco dañado Dalhem, lleno de cuarteles generales y barracones americanos, el horror de Berlín aumentaba manzana tras manzana, milla tras milla de agujereados cascarones donde antes hubo edificios. Cerca del canal tuvieron que disminuir la marcha y hasta pararse a causa de un trabajo de demolición.

Al salir de allí vieron a un policía alemán que bajaba corriendo por el centro de la calle, gritando y haciendo señas con vehemencia. Se detuvieron. El policía se detuvo a su lado, jadeando y parloteando demasiado de prisa para poder entenderle.

—*Was gibt's*?

El alemán señaló, probó de hacerse entender, al final se acordó de las cartulinas que llevaban en el bolsillo y sacó un paquete, en cada una de las cuales había una sola palabra: *Violación, asalto, accidente*. Se detuvo en la que decía: *Robo a mano armada* y la señaló con insistencia.

—¿Rusos?

—Ja, ja, rusos.

—¡Caramba! ¿Qué diablos hacen aquí tan lejos? —refunfuñó Blessing, ayudando al alemán a subir al coche y cogiendo el micro. —Aquí Rebelde dos-ocho al habla; cambio.

—Aquí Baltimore. Siga, Rebelde dos-ocho.

—Vamos a investigar un sesenta y cuatro que está ocurriendo en la vecindad de Sudende. Creemos que hay Ivanes complicados. Daré el emplazamiento exacto cuando lo sepa; cambio.

—Bien, nos trasladaremos en su dirección.

Baltimore llamó a media docena de vehículos, ordenándoles que convergieran hacia aquel sector.

El policía alemán le hizo parar en la estación del tranvía elevado de Sudende S-Bahn y señaló hacia el andén. Blessing le dijo que se quedase quieto. Era un problema con las tropas de ocupación y no se le permitía intervenir. Además, iba sin armas.

—Danny, comunica nuestra situación exacta y luego ven a ayudarme.

Blessing subió los peldaños de dos en dos y se detuvo en el extremo del andén. Unos veinticinco metros más allá, tres soldados rusos habían acorralado a una docena de alemanes junto a la taquilla de los billetes, se estaban apoderando de carteras y relojes y revolvían los bolsos de mano.

El americano se hizo cargo de la situación al instante: dos rusos se encargaban del saqueo, y el tercero mantenía a los alemanes a raya con un fusil ametrallador. Blessing oyó que Danny subía los peldaños corriendo, volvióse y, con un ademán, le indicó que se quedase quieto. Luego se, encaminó hacia el ruso que sostenía el arma.

—¡Tovarich! —el ruso, que hasta entonces no le había visto, se asustó como un venado. —*Nyet, nyet*, sector americano.

El ruso del fusil ametrallador recobró los sentidos y le ordenó con el ademán que retrocediese. El voluminoso policía siguió avanzando y señalando al este con el pulgar.

—Sector ruso… idos.

¡A sus pies rebotó una rociada de balas!

Blessing sonrió, abrió los brazos en un saludo cordial como si fuese un cachorro indefenso, siguió andando hacia el pasmado ruso. Éste hundió el cañón del arma en el estómago del americano. En un abrir y cerrar de ojos, Blessing desarmó al soldado y le tumbó de espaldas.

Los otros dos se llevaron las manos a las pistolas.

—*Nyet*! —gritó Blessing.

Los rusos no le hicieron caso. La pistola de Blessing ladró dos veces. Dos rusos se desplomaron. El tercero se había puesto en pie de un salto y huía por la vía mientras Danny acababa de subir los peldaños al galope y disparaba.

Los alemanes lanzaban alaridos y se apartaban de los charcos de sangre que se formaban en el andén. Bless exhaló un profundo suspiro, secóse el sudor de la frente y devolvió la pistola a la funda.

—Déjale que escape —le dijo a Danny. —Bien, cálmense, cálmense, esto ya pasó. ¿Alguno de ustedes habla inglés?

—*Ja*, yo lo hablo.

—Ahí, al pie de las escaleras, hay un oficial alemán. Dígale que suba. Quiero que tome nota del nombre y dirección de cada uno de ustedes y que escriba una relación de lo sucedido. Dígales a esas personas que se les informará del sitio donde pueden reclamar sus posesiones.

—Gracias, señor.

—Cálmense. Esto ya pasó.

Bless se arrodilló y volvió a uno de los rusos cara arriba. El tiro había sido certero; le atravesó el corazón. El otro formaba un cuadro grotesco; una bala le había cruzado la cara.

Se oyeron las sirenas de los coches que venían en su auxilio.

—¿Una ambulancia? —preguntó Danny, procurando vencer el mareo.

—Ambos están muertos —respondió Blessing. —Y lo terriblemente estúpido del caso es que yo sé que sólo querían acobardarme. Deben aprender que, si empuñan las armas, es para utilizarlas.

Bless se recostó contra el edificio y se mordió el labio con fuerza.

—¿Se encuentra bien, subteniente?
—Sí…, me encuentro bien.

CAPÍTULO X

NEAL Hazzard llegó al edificio de dos pisos de la Kommandatura, en Dalhem, quince minutos antes de la hora señalada para la sesión general, con el fin de celebrar una conversación especial con T. E. Blatty, el presidente de aquel mes.

T. E. Blatty, siempre el caballero perfecto, alto, pelirrojo, atildado, llegó un momento después. Cuando cruzó el límite, la bandera de la Unión Jack fue izada en el segundo de los cuatro mástiles y un centinela británico se situó junto al americano que estaba ya de guardia.

Los dos comandantes se reunieron en la oficina de Blatty.

—Quiero quitar de la orden del día de hoy el nombramiento de Hans Kronbach —dijo Hazzard.

—Parecía tener mucho interés en ese sujeto, cuando me ha telefoneado, y yo creo que nos convendría.

—El caso no tiene nada que ver con Kronbach. Anoche matamos a dos soldados rusos. Los sorprendieron robando a mano armada.

—Oí rumores de ello.

—Me dice el corazón, y con demasiada certeza, que Trepovitch pondrá el grito en el cielo. Hoy no es día para proponer el nombramiento de un subjefe de policía.

—Hablando con franqueza —respondió el inglés—, usted entorpece un poco la marcha, ¿no le parece? Si alteramos el orden del día cada diez minutos, no se puede esperar que lleguemos nunca a establecer nada constructivo.

Neal Hazzard reprimió el impulso de retorcerle el cuello.

—Hans Kronbach nos interesa demasiado para perderlo. No haga usted de este detalle una cuestión de importancia capital y deje enfriar los ánimos antes de que yo proponga su nombre.

—Mire, Hazzard, yo sólo intento dirigir la función como es debido. En cuanto les hayamos metido en la mollera a los rusos que nosotros llevamos el juego de acuerdo con unas normas, a las duras y a las maduras, no es tan fácil que nos estén fastidiando continuamente.

—¡Por amor de Dios! ¡Que no estamos en los campos de deportes de Eton!

—¡Vaya!

—Quiero decir, cierre los ojos por esta vez.

—Si usted insiste, coronel Hazzard. Pero obro bajo coacción.

Hazzard suspiró aliviado.

—Le devolveré el favor.

La tricolor de Francia fue izada en la tercera asta de bandera cuando llegó el coronel Jacques Belfort. Todos se reunieron en la gran sala de conferencias del primer piso, alrededor de una mesa cuadrada. Detrás de sus sillas había otras para los consejeros y traductores.

A las nueve en punto exactamente llegó el coronel Nikolai Trepovitch, seguido de un grupo de ayudantes. Hazzard observó al ruso con atención. Trepovitch tenía el rostro petrificado por una furia glacial, se le veía adusto, y omitió el saludar. Hazzard comprendió que se les presentaba un día largo y duro.

Trepovitch saludó al presidente con una breve inclinación de cabeza. Blatty se sentó, se puso las gafas, vació la cartera y cogió la agenda.

—Se abre la sesión —anunció. —Se ha presentado la petición de que se retire de la orden del día el nombramiento de un subjefe de policía. —Volviendo la vista hacia Hazzard, añadió—: Es una acción unilateral de los americanos. ¿Hay alguna objeción?

El intérprete de Trepovitch runruneó algo al oído de su jefe, señalando la lista. Para Hazzard era esto otro signo desfavorable, puesto que el inglés de Trepovitch era bastante aceptable cuando así lo deseaba. Pero tendía a olvidarlos para obligar a lentas y enrevesadas traducciones.

Blatty continuó:

—El primer asunto será el de continuar la discusión sobre el informe del subcomité respecto a la medida tomada por la Unión Soviética de llevarse las vacas lecheras de Berlín antes de nuestra llegada a la ciudad. La votación sostiene, por tres contra uno, que no se nos debe obligar a remplazar dicho ganado, corriendo esta obligación a cargo de la Unión Soviética. Mientras nosotros —siguió runruneando Blatty— nos hemos comprometido a alimentar nuestros sectores, la Unión Soviética nos ha cortado deliberadamente una fuente de alimento con su medida de llevarse de aquí siete mil vacas lecheras. Hablando en nombre del Gobierno de Su Majestad y en el de los Gobiernos americano y francés, sostengo la posición de que la Unión Soviética nos debe cinco mil vacas…

—Anoche —empezó el coronel Trepovitch, como si no hubiera oído una palabra de lo que decía el inglés— fueron asesinados dos soldados de la Unión Soviética.

—Yo digo, coronel Trepovitch, que usted se sale flagrantemente del orden del día.

—Unos agresores americanos dispararon contra ellos a sangre fría.

—Estamos hablando de las vacas lecheras, señor.

—Es preciso hallar a los asesinos, compensar plenamente a sus familias y presentar a la Unión Soviética una disculpa pública.

—En el orden del día se reserva un apartado para la discusión de cuestiones urgentes. A su debido tiempo examinaremos las acusaciones que usted formula.

—Ha sido un asesinato provocador de dos soldados de la Unión Soviética que lucharon valerosamente contra los nazis sólo para ser sacrificados en las calles de Berlín por la brutalidad de la policía americana.

Hasta este momento, Neal Hazzard había conservado una leve sonrisa en los labios, permaneciendo en todo lo demás completamente inexpresivo.

—Mire —respondió Blatty—, sencillamente, usted no puede alterar el orden del día sólo porque sufra un ataque de irritación. Esto no se hace.

El ruso dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No hay otro orden del día hasta que esté resuelto este caso!

—Señor, ¿la Unión Soviética ha decidido que usted presente la negativa a que los trabajos de este organismo continúen?

El puño se abatió de nuevo.

—Como presidente de la Kommandatura no me doblegaré ante las amenazas ni los métodos despóticos. Así, pues, si usted ha terminado de dar puñetazos en la mesa, continuaremos discutiendo la cuestión de las vacas lecheras.

—¿Adopta usted la posición de proteger asesinos a sueldo? —Y Trepovitch estalló en un apasionado discurso lleno de adjetivos tales como fabricantes de guerra, provocadores fascistas, *gangsters* y linchadores. Al cabo de pocos segundos, los traductores fueron incapaces de seguirle y dejaron de escribir. Trepovitch no hizo caso y continuó despotricando a su sabor.

Blatty aguardó hasta que el mismo hubo desahogado su furor.

—Ya que el coronel Trepovitch se niega a seguir el procedimiento ordenado y trata de someternos a la anarquía, aplazo la sesión.

El ruso se puso en pie vivamente, señaló a Blatty con el índice y le acusó de encubrir el crimen de los americanos. Luego espetó unas órdenes a sus subordinados y se puso a llenar otra vez la cartera. Existía la amenaza obvia de una retirada.

—Caballeros —dijo Neal Hazzard, tomando la palabra por primera vez—, estoy completamente de acuerdo en alterar el orden del día para responder a las acusaciones de la Unión Soviética.

—Esto merece un elogio —se apresuró a decir el comandante francés— y entra en el pleno espíritu de cooperación.

—Un gesto caballeroso —convino Blatty—, pero si permitimos estas cosas damos entrada al caos.

«¡So truhán! —pensó Hazzard. Entre esos dos son capaces de volverle loco a uno». Blatty era tan inconmovible que hasta hubiera permitido el desastre de una retirada soviética.

—Quisiera someter el caso a votación —dijo Hazzard.

—Si salgo derrotado interpondré el veto —advirtió Blatty.

Hazzard se había figurado que parte de la filípica de Trepovitch era puro teatro, pero, en cambio, el inglés era sincero en su terquedad.

—¿Sí o no? —inquirió Trepovitch.

—¡Señor! ¿Es que el Gobierno de Su Majestad ha de interpretar esto como un ultimátum?

El ruso siguió con sus preparativos para marcharse.

—Propongo un descanso de diez minutos —dijo Jacques Belfort.

Todos los interesados consintieron con gesto adusto.

Cuando la sesión volvió a comenzar, T. E. Blatty quiso defender tenazmente una última posición.

—Dado que mañana ceso en la presidencia y le toca el turno de ocuparla a mi colega francés y ya que el coronel Hazzard no expresa ninguna objeción, aceptaré un cambio en el orden del día con tal de que el coronel Trepovitch formule su proposición en forma de petición y no en forma de exigencia.

Se había salvado la faz.

—Es una petición —convino Trepovitch. Y volviendo a ponerse las gafas, se sentó y vació la cartera.

—Ha oído usted la acusación, coronel Hazzard. ¿Está preparado para contestar?

Hazzard hizo un signo afirmativo y miró por encima del hombro al subteniente Bolinski, que había realizado el trabajo material de llevar a cabo una investigación y preparar un informe en unas horas, Bo se sentó al lado de Hazzard y leyó pausadamente:

—«Tres soldados de las fuerzas soviéticas de ocupación fueron sorprendidos en el acto de cometer un robo a mano armada contra una docena de paisanos alemanes en la estación de Sudende del tranvía elevado, ayer tarde a las dieciséis treinta aproximadamente. Un oficial de paz americano llegó al lugar del suceso y probó de disuadir a los soldados soviéticos y de conseguir que regresasen a su sector. Uno de los soldados soviéticos disparó varias balas a los pies del oficial de paz americano y luego le amenazó de tal forma que el oficial americano no tuvo otro recurso que desarmarle y defenderse por otros medios. Los otros dos soldados soviéticos quisieron empuñar sus armas cortas, desoyendo la advertencia del oficial de paz americano, y cuando se negaron a obedecer, fueron muertos de sendos disparos».

—¡Una fábrica de mentiras!

Bolinski puso un legajo de papeles sobre la mesa.

—Aquí están las declaraciones, confirmándolo, de los doce paisanos alemanes y de un oficial de policía también alemán.

—La Unión Soviética nunca aceptará el testimonio de mentiras fascistas. Exijo interrogar al agresor a quien están encubriendo.

—Coronel Trepovitch —dijo Hazzard—, uno de sus soldados escapó. Ha de ser fácil encontrarle. Es muy probable que pertenezca a la misma unidad que los dos que murieron. Si usted quiere traerle aquí, nosotros traeremos a nuestro oficial de paz.

Trepovitch cambió de tema.

—¿Matamos nosotros a los soldados de ustedes? ¿No se les recibe bien a todos en el sector soviético? ¿Qué me dicen de sus comerciantes de mercado negro y sus cigarrillos? ¿Se los devolvemos dentro de ataúdes?

Hazzard comprendió ahora que en realidad Trepovitch no quería una investigación, sino una satisfacción. Respondió pausadamente:

—Según las normas adoptadas por este organismo, clasificamos los delitos de nuestras fuerzas de ocupación en mayores y menores. Las transacciones pequeñas en el mercado negro y el quebrar la norma de no confraternización son faltas de comportamiento menores. Pero la violación, el asesinato, el robo a mano armada y el

asalto, esta Kommandatura los considera delitos mayores. —E hizo seña con la cabeza a Bolinski, quien tenía ante sí una recopilación completa de datos.

—Durante los seis días últimos —dijo Bolinski— hemos detenido a seiscientos soldados soviéticos en el sector americano. Más de quinientos de estos arrestos los resolvimos devolviendo los soldados al sector de ustedes, por estar ebrios o por conducta desordenada. Sin embargo, hemos arrestado a un centenar por delitos clasificados como mayores y tenemos, además, un centenar de quejas de alemanes relativas a casos que falta solventar. Hasta la fecha, ningún soldado americano ha sido arrestado en el sector soviético por violación, asesinato o robo a mano armada.

Trepovitch se puso encarnado como la grana.

—Hemos tenido muchísima paciencia —dijo Neal Hazzard. —Es un milagro que no hayan muerto más soldados de ustedes. Estos homicidios fueron en defensa propia y completamente justificados. Sus soldados deberán enterarse de que seis barrios de Berlín están bajo la protección de la bandera americana.

El francés consideró que a Trepovitch le habían devuelto los golpes por partida doble.

—Propongo que investigue la acusación un comité neutral formado por nosotros y los ingleses.

—¡Neutral! ¡Unos y otros son hechuras de los americanos!

Esto provocó las protestas de rigor de Blatty y el francés.

Hazzard comprendió que presionaban demasiado al ruso. El caso estaba ganado y lo único que se necesitaba era un arreglo para salvar la faz.

—Caballeros —gritó, dominando la oratoria—, como este asunto nos afecta a nosotros y a la Unión Soviética, propongo que se nos permita resolverlo en conversaciones bilaterales.

Fueron las palabras precisas, en el momento preciso.

La Kommandatura volvió al tema de las vacas lecheras que faltaban en Berlín y, después de cuatro horas de discusiones, terminó en un callejón sin salida.

Más tarde, aquella misma noche, todos acudieron, junto con sus ayudantes, al Cuartel General francés, los cuarteles Napoleón, para el banquete que solía ofrecer el presidente saliente. Aquel mes, no obstante, el francés iba a ocupar la presidencia por primera vez, por lo cual se permitió que hiciera los honores el coronel Belfort.

Las recepciones más austeras las ofrecían los americanos; los rusos, las más opíparas. El licor inglés era excelente, pero la comida solía estar mal preparada.

Esta vez, Jacques Belfort estaba resuelto a dar una réplica a Trepovitch. El menú fue suculento y flanqueado por los mejores vinos y champañas franceses. Todo era armonía otra vez. Y se brindó por la unidad y la hermandad de los aliados.

El coronel Trepovitch, que poco antes había perdido sus conocimientos de inglés, los recuperó de nuevo. Mientras la fiesta seguía su curso, se llevó a Neal Hazzard a un rincón.

—Confidencialmente —dijo el ruso—, aquellos disparos no nos importan

demasiado. En nuestro mando hay algo de amor propio ofendido.

Hazzard movió la cabeza, asintiendo. Era la jugada de apertura para algún chalaneo a ras de suelo. Ante ellos pasó una fuente de *paté de foiegras*, réplica francesa a las libras de caviar de Trepovitch. El ruso continuó:

—Una nota de los americanos suavizaría un montón de cosas, particularmente para los alemanes.

—Una nota quizá fuese posible.

—¿A cambio del nombramiento de Hans Kronbach? —dijo el ruso.

—Muy posiblemente.

Lo que Hazzard no sabía era que los rusos subrayaban a gusto el nombre de Kronbach. Hirsch, Wöhlman, Eck y Schatz adoptaban el punto de vista de que todo el que fuera tan antinazi como Kronbach tenía que simpatizar automáticamente con la Unión Soviética. En su filosofía fundamental, el Oeste y los nazis representaban lo mismo, ya que ambos eran enemigos de la Unión Soviética. Kronbach era antinazi y, por lo tanto, amigo de los rusos.

Trepovitch consintió en el nombramiento de Hans Kronbach como subjefe de policía. Neal Hazzard leyó una nota lamentando la muerte de los soldados rusos.

En la conducta de los soldados rusos que visitaban el sector americano, se notaba una actitud nueva, respetuosa. Los crímenes rusos se acabaron.

La sorpresa de la reunión siguiente no la deparó el haber podido llegar rápidamente a un acuerdo, sino el hecho de que Nikolai Trepovitch se presentó ascendido al rango de brigadier general, un peldaño más arriba en la jerarquía militar que sus colegas occidentales. El significado era claro.

CAPÍTULO XI

EN las carreteras, las vías férreas, las vías fluviales que conducían a Berlín habían plantado el rótulo: ¡No entren en Berlín! ¡Berlín es zona prohibida!

A los centenares de miles de refugiados que pasaban del Este al Oeste y del Oeste al Este en busca de sus hogares y sus seres amados, se los conducía por rutas apartadas de la postrada ciudad. Solía decirse que un cuervo que volase sobre Berlín tenía que traerse las provisiones que necesitara.

El invierno enfriaba el aire. El frío traía terrores nuevos, a medida que los grandes bosques de la ciudad se desprendían de sus hojas y las aguas de sus diecisiete lagos danzaban azotados por el viento. Era la época del año en que las nubes grises parecían eternas y sus vientres de desdicha derramaban aguanieve y nieve.

Escuelas y fábricas cerraron, los transportes se paralizaron hasta quedar reducidos a la mínima expresión. Los ancianos morían de frío en sus camas y los jóvenes se acostaban bajo montones de harapos y papeles en embotada confusión.

Berlín era un criadero para aquellos que vivían mejor en el limo y se movían mejor en las sombras… Hildegaard Falkenstein se dejó arrastrar hacia ellos.

La cosa empezó, bastante inocentemente, con motivo de encontrar a una antigua condiscípula, Elke Handfest, quien había pertenecido además a su misma unidad de la Juventud de Hitler.

Hildegaard recordaba a Elke de antes de la guerra como a una muchacha rolliza, llena de barros y vulgar. Elke disimulaba sus infortunios físicos bajo un humorismo alborotado, que le otorgaba el papel de bufón. Tal humorismo era una reacción de defensa nacida del pesar, aunque luego le prestó grandes servicios.

Sus peregrinaciones en busca de amor le enseñaron que, como mujer, poseía cosas que los hombres querían, y que muchos pasarían por alto su figura con tal de que les suministrase aquellos servicios con espíritu generoso.

En los años locos de la guerra, Elke Handfest salía de una aventura para entrar en otra. Aunque ahora estaba bastante presentable, su humorismo había descendido a las simas de un mórbido y dañino desprecio de sí misma. Para que se fijaran en ella, había tenido que servirse del sexo, sin que tal maniobra le deparase nunca ni unos minutos de felicidad. Cuanto más se esforzaba por descubrir los placeres eróticos, menos los encontraba y más se le antojaba todo ello profundamente desagradable. Con lo cual empezó a desviarse con ímpetu hacia su propio sexo, y halló en él una recompensa satisfactoria.

Cuando los americanos desposeyeron a la familia Falkenstein de su casa de Dahlem, el azar situó a ésta cerca de donde vivía Elke, en compañía de sus ancianos e indefensos padres.

En su primer encuentro, la belleza de Hildegaard excitó a Elke, la cual procuró que la antigua amistad renaciese. Poco a poco, Elke ponía en evidencia muestras

tangibles de su buena fortuna.

—¡Elke! ¿De dónde has sacado este cigarrillo americano?

—Conténtate con saborearlo.

—Quiero saberlo.

—¿Dónde se encuentra algo estos días?

—¿En el mercado negro?

—No. Más bien en un mercado de intercambio.

—Elke, deja de soltarme pullas. He olido tu perfume y bebido café auténtico y probado mantequilla de verdad.

—Tengo buenos amigos. Quizá te los presente algún día.

—Hoy mismo.

—Siempre estuviste celosa de todo el que contara con alguien a quien tú no conocieras o tuviera algo que tú no poseías.

—Ha pasado ya muchísimo tiempo, Elke.

«Quizá el tiempo suficiente —pensó la otra. —Quizá tiene ya hambre bastante para querer estas cosas».

—Tengo que pensarlo, Hilde. ¿Por qué no nos vemos dentro de unos días y te contestaré?

Hildegaard también lo pensó; no pensaba en mucho más…, cigarrillos, café, prendas interiores de seda… Los placeres de que gozaba Elke le roían las entrañas.

Tampoco Elke pensaba en casi nada más. Analizaba su propia situación con objetividad asesina. Ella no era tan hermosa como Hilde; no era ni siquiera bonita. En Berlín, la competencia entre mujeres llegaba a un punto increíble. Los primeros heraldos del invierno empujaban hacia las calles a un número cada vez mayor. Elke se preguntaba cuánto tiempo podría resistir tal competencia.

La belleza física de Hilde la encandilaba, pero sabía que tenía que enfocar el asunto con cuidado. Primero había de maniobrar de forma que Hilde cayera en la trampa de su propia codicia. Luego la entrenaría con esmero. Con una compañera como Hildegaard Falkenstein y las relaciones que ella tenía, podría prolongar su propia existencia mucho más tiempo. La satisfacción que se proponía hallar en Hilde vendría más tarde.

—¿De modo que todavía te interesa conocer a mis amigos?

—Sí.

—Se trata de aceptar citas con los soldados de ocupación.

—¿Quieres decir dormir con ellos?

Elke se encogió de hombros.

—Siempre es mejor que trabajar en un montón de escombros. Además, tengo que mantener a mis padres.

—¿Tienes que… andar por las calles?

—Claro que no. Esto queda para las viejas. Cuento con una persona bien situada en Berlín para concertar mis citas.

Hildegaard lo estuvo meditando días enteros. Elke Handfest vivía bien, dadas las circunstancias. Mejor que su propia familia, incluso contando con la ayuda de tío Ulrich. Las pocas veces que Hilde había probado a trabajar lo había encontrado una cosa sosa e imposible.

La proposición de Elke presentaba aspectos morales contrarios a la educación que Hilde había recibido, pero en tiempos como aquéllos la moralidad era un artículo bastante flexible. Para vivir, casi todo el mundo hacía cosas que en tiempos normales no hubiera hecho. Hilde se justificó ante sí misma con el argumento de que el tener citas concertadas de antemano con soldados de ocupación no era lo mismo que ser una prostituta vulgar. Hasta otorgaba una aureola de respetabilidad. Y, si Elke lo pasaba bien, ella podría pasarlo mejor.

Hilde recordaba sus propias experiencias anteriores a que los soldados mogoles la violasen. La primera vez que tuvo contacto sexual contaba solamente quince años. En la juventud hitleriana estimulaban, no sólo como cosa honorable, sino como un deber patriótico, el tener un hijo. La ilegitimidad no existía, ella y un muchacho, cuyo nombre y fisonomía apenas recordaba, decidieron probar entre los dos.

Se encontraban en un campamento de la juventud hitleriana del bosque del Estado de Berlín, junto al lago Müggel, en el que pasaban una semana, y concertaron una cita en la espesura, a semejanza de lo que hacían docenas de parejas.

El muchacho era torpe e inexperto y le hizo daño. Luego lloró por haberse desenvuelto tan mal. Todo lo que sacó Hilde de la experiencia fue aversión y cólera. Aquel chico era un patán estúpido, como la mayoría de los hombres.

Una segunda experiencia la tuvo durante la guerra, y en ella Hildegaard supo realmente lo que era ser mujer. Antes de los bombardeos, Berlín era una ciudad alegre y animada, había incluso un poco de desenfreno. Un joven oficial de servicio en un submarino, llamado Sigi, persiguió a Hilde con apasionado y temerario abandono y le hizo olvidar la otra desagradable experiencia.

Hilde se encariñó…, en fin, durante unos días, por lo menos. Cuando el oficial hubo terminado el permiso y se volvió al submarino, Hilde le olvidó casi por completo… inmediatamente. Las lacrimosas cartas que recibió de él, le fastidiaban. Aunque había gozado con Sigi, la aventura le puso al descubierto muchas cosas. Lo que más anhelaba de su amante, en aquellos quince días de locura, eran los momentos en que Sigi, a la vista de su hermosura, no podía dominarse y, con sólo tocarla, perdía el control. El estremecimiento supremo venía cuando él se hallaba completamente agotado e incapaz de continuar.

Cuando Sigi se marchó, Hilde decidió que el volver a enamorarse tan intensamente sería una molestia y le exigiría demasiado. Veía el ejemplo de su hermana sumida en la desdicha y la compasión por Dietrich Rascher. Veía cómo Ernestine se destruía a sí misma. Ningún hombre era digno de lo que Ernestine estaba pasando.

Hilde decidió que la próxima aventura la enfocaría calculando fríamente y la

tendría con alguien que pudiera satisfacer su ambición de vivir en la holganza y con todas las comodidades. Era bastante egocéntrica para prohibirse la tontería de regalar su amor, y cultivaba su belleza en espera del momento oportuno. Con sus veinte años, era una mujer extraordinariamente hermosa, según el tipo clásico de belleza alemana.

Los horrores de Berlín le enseñaron que la vida antigua había muerto. Las probabilidades de conseguir lo que ambicionaba se habían evaporado. En aquella tumba podía comprender que era posible un retorno a la existencia de antaño. Entretanto, el afán de conseguir las cosas que Elke Handfest había logrado, empezó a avasallarla.

Cuando la volvió a ver le dijo sin rodeos:

—Me gustaría probar a concertar, acompañada por ti, una cita.

A Elke le gustó que Hilde hubiera dado el primer paso.

—Veré qué se puede preparar.

—¿Quieres decir que… acaso tenga que aceptar a un ruso?

—Los hay muy agradables, Hilde. El ser hermosa no lo significa todo. Debes complacer al hombre con quien estés. Si no lo haces así, pronto estarás fuera de la circulación.

Elke la instruyó en lo demás del oficio. «No le cuentes nunca tus problemas a un soldado. A él le importa un comino si tu madre está paralítica, o si tú vives en una cueva. Hay demasiadas muchachas que se pasan las noches aburriendo a un hombre. Un hombre necesita una muchacha tonta y feliz que sepa practicar el amor como un animal, reír al escuchar sus bromas y dejarse poseer. No bebas —le avisó Elke. —Una muchacha ha de estar en posesión de sus facultades. Olvida el pudor».

—Y no te enamores, Hilde. Aunque, por supuesto, tú nunca te enamorarás. Te amas demasiado a ti misma para enamorarte de otra persona.

—No te inquietes por mí, Elke —respondió ella, durante la conversación en que ambas estaban aterradas y excitadas por la perspectiva que se les abría.

Ahora el *cabaret* de París estaba en el sector ruso, cerca de la Alexander Platz, en el barrio de Mitte, en medio del asolado corazón de Berlín. Fritz Stumpf continuaba siendo su dueño, con permiso de los rusos. Stumpf fue herido gravemente en los primeros días de la lucha. El brazo izquierdo inútil le devolvió a Berlín para el resto de la contienda.

En los buenos viejos tiempos de antes y después de la Primera Guerra Mundial, el *cabaret* de París pertenecía a su difunto padre. Estaba en la Friedrichstrasse, en el centro de la animada vida nocturna, y servía de punto de reunión a la gente de teatro y a los escritores.

En aquellos días, Berlín era una ciudad maravillosa, traviesa y alocada. Una orgía de artistas, amor libre y sexo. Una ciudad rumbosa y limpia, con lo mejor de lo mejor en ópera y conciertos.

De aquí surgió la gracia fantástica de un «Mac el Cuchillo», y la voz ronca de Marlene Dietrich explicó al mundo por primera vez que se consumía de amor, desde la punta de los cabellos a la punta de los pies. Era el Berlín inmortal de Elisabeth Bergner y de Tilla Durieux. Orquestas de negros y bailarines de «shimmy», junto a sopranos de voz poderosa componían las combinaciones mágicas de aquel Berlín.

Eran los tiempos de Kathe Gold y el milagro de las obras teatrales de Reinhardt. Fritz Stumpf recordaba cómo lamentaba su padre la ausencia de los judíos del escenario de Berlín. Todos aquellos empresarios formidables, virtuosos y periodistas indómitos habían desaparecido. Su padre decía que los judíos habían dado a Berlín gran parte de su encanto, del mismo modo que se lo dieron a Viena.

A pesar de todo, uno tenía que doblegarse a la corriente de los tiempos. En la época en que Fritz sustituyó a su padre, el *cabaret* de París se había transformado en lugar de cita de los nazis, los cuales probaban de codearse con la cultura antigua, con la esperanza de adquirir alguna por virtud del mero contacto. Venían de los ministerios que flanqueaban la vecina Wilhelmstrasse…, y los viejos tiempos murieron.

Cuando regresó herido, a principios de la guerra, Berlín, por lo pronto, revivió el latido, ansioso de sensaciones, de los años veinte. Luego el *cabaret* de París fue bombardeado, como lo fue todo el barrio de Mitte, y Stumpf trasladó sus reales al refugio, más seguro, de una bodega. El final de la guerra dejó al *cabaret* de París hecho un desastre, pero Fritz Stumpf era un hombre inteligente y pronto se adaptó una vez más a los nuevos invasores.

Stumpf se apresuró a establecer contacto con oficiales rusos de alta graduación, obtuvo un permiso y puso su casa en orden. A cambio de su protección, dio parte en el negocio a tres coroneles soviéticos, arreglo altamente provechoso para todos los interesados. En la era nazi, Stumpf se encargaba de atender a las necesidades de los oficiales nazis. En los días actuales atendía a sus amigos rusos.

Las muchachas de Fritz Stumpf eran jóvenes y agradables, pues se había desatado una competencia enconada para trabajar en el *Cabaret* de París. En el exterior hacía frío; en cambio, en el *cabaret* de París reinaba una atmósfera cálida como las mansiones y las camas de los oficiales de ocupación.

Elke Handfest gozaba de gran popularidad por lo divertida que resultaba la experiencia que tenía y porque sabía hacer buenas migas con quienquiera que fuese. Cuando habló con Stumpf sobre Hildegaard, insistiendo en que se trataba de una muchacha extraordinaria, aquél consintió en verla.

En la puerta principal del *cabaret* de París hacían guardia un par de agentes de la policía militar americana. Un rótulo decía: *Prohibido el acceso al personal militar americano*. Lo cual no era más que una fachada para los dignatarios visitantes. Al cabo de uno o dos días, si el huésped se había marchado, el rótulo desaparecía y los policías militares abandonaban la guardia. El coronel Hazzard solía dejarse caer por allí con cierta frecuencia para beber la última cerveza, cuando regresaba a sus lares al

volver de las recepciones de los rusos.

Hildegaard bajó los diez peldaños, descendiendo hasta las profundidades del café, y todos los asistentes volvieron la cabeza para mirar a la chica nueva. La estancia estaba llena de humo y ruido, y amueblada con sillas y mesas desparejadas. Las muchachas del mostrador llevaban jerseys ceñidos que hicieran resaltar los senos, y las que se alineaban al otro lado miraban, llenas de celos y miedo, temiendo a la nueva competidora que figuraría entre ellas, con su cara sin maquillar y su figura de ángel.

Una orquestina mal conjuntada interpretaba una canción de teatro de los años veinte, aumentando la discordancia un piano terriblemente desafinado, y las muchachas bailaban unas con otras, aguardando las citas.

Fritz Stumpf tenía un reservado particular en una galería elevada unos peldaños sobre el suelo. Hippold, guardaespaldas de Stumpf y excampeón de los pesos medios de Alemania, introdujo a las dos jóvenes en el reservado.

Stumpf se levantó, cogió a Hildegaard de la mano, se la besó y le pidió que se sentara. La muchacha vio, con su traje de etiqueta tradicional, a un *maître* de hotel de la antigua escuela. Un *maître* de hotel que usaba monóculo y llevaba un alfiler de corbata con una perla. El brazo izquierdo, tullido, lo conservaba pegado permanentemente al costado; un guante de cuero negro cubría su mano, en el dedo anular de la cual lucía una sortija exótica de diamantes, señal evidente o de una vanidad mayúscula, o de un pesar terrible.

Stumpf se expresó con gran afabilidad, interrogó cuidadosamente a la muchacha, y ésta contestó correctamente. Se veía a la legua que pertenecía a una buena familia; vestía bien, tenía buenas maneras y era instruida. Su cuerpo parecía tan adorable como su cara. La única incógnita consistía en saber si sabría tratar a los hombres. Elke le aseguró que, si trabajaban las dos en equipo, ella entrenaría a Hilde…

Mientras hablaban, Hippold, el guardaespaldas, entregó varios billetes a Stumpf. En la sala había ya media docena de hombres que querían conocer a Hilde.

Redobló un tambor, un excitado maestro de ceremonias presentó a Renate, una cantante inmaculadamente vestida que paseó la mirada de sus ojos claros por el deslucido establecimiento y sollozó:

Berlín, Berlín, apenas te reconozco.
¿Dónde está tu corazón alegre y atrevido?
¿Qué fue de las viejas canciones?
Pareces triste y perdido…

Elke hizo una seña a Hilde con la cabeza y ambas muchachas se excusaron y se retiraron a la pasajera intimidad del cuarto de aseo de las mujeres, se sentaron codo a codo y repasaron sus respectivos maquillajes.

Hilde estaba desconcertada. Convencida, esperaba que Stumpf, por su condición de «dueño», probara primero a la chica nueva.

—Es un hombre fascinador —dijo en tono cauto.

—Posee el encanto de la vieja escuela.

—¿Tiene relaciones con alguna mujer?

—Con muchas.

—Tengo la sensación de que no le gusto.

—La guerra no le arrancó solamente parte del brazo.

Hilde cambió de tema.

—Deduzco que tenemos citas.

—Sí.

—¿Cómo y cuándo nos pagarán?

—No te vuelvas avariciosa, Hilde. Has sido aceptada como anfitriona en la lista de personal del señor Stumpf. Él vela por sus muchachas. Recuerda, él no negocia con dinero, y es mejor que nosotras no estemos mezcladas en las transacciones. Por lo demás, si eres buena chica, los soldados te darán propinas generosas.

La idea disgustó a Hilde. Agradeció el tener a Elke consigo para allanar las cosas. Elke la besó con afecto algo excesivo.

—Ven.

Las acompañaron a una mesa en la que había dos oficiales ingleses.

Berlín, Berlín, sería capaz de llorar por ti,
que fuiste la ciudad más hermosa del mundo.

El sentimiento calaba hondo. Renate continuó con otro verso sobre la muerte de la ciudad bienamada.

Los dos oficiales ingleses se pusieron de pie. A Elke la impresionó lo pronto que Hilde se adaptaba. Con un ademán elocuente, el comandante inglés invitó a Hilde a tomar asiento. La joven sonrió como una niña pequeña, pequeñita, a quien alguien hubiese dado una muñeca grande y hermosa.

—¡Qué amables han sido ustedes al invitarnos! —dijo en inglés. —Me llamo Hilde…, Hilde Diehl.

Fritz Stumpf seguía la escena con la mirada, sin dejar de maravillarse. Era el juego imperecedero que su padre y él habían presenciado. Una nueva reina había llegado a la colmena para empezar su reinado breve e infructuoso. «Dentro de poco tiempo se verá tan solicitada que el éxito la volverá temeraria. Será la favorita de coroneles y generales. Pero en estos tiempos no hay amantes, sólo prostitutas. La dominará la codicia y empezará a concertar citas particulares. Siempre lo intentan».

Stumpf la deseaba, pero una chica nueva guarda siempre cierta dosis de orgullo y genio. No se la podía degradar inmediatamente, pues sería la manera de echar a perder un buen caballo de carreras. Más temprano o más tarde, se degeneraría por sí misma. Stumpf esperaría pacientemente hasta que las realidades de la vida la hubiesen ablandado.

¡Así estaban las cosas! En los viejos tiempos, muchachas como ella amaban por

el gusto del amor y la aventura. El *cabaret* de París retumbaba de risas y no había este sentimentalismo de canto funeral. Hoy las mujeres hermosas no podían cruzar a nado el canal traidor…, tenían que estrellarse contra las rocas.

«Pero… sin mí —argumentaba consigo mismo— merodearían por las calles y se entregarían sobre los montones de escombros, a cambio de moneda de ocupación que no vale nada».

Stumpf recibió otro billete. Era una noche afortunada. Le ofrecían una caja de excelente champaña a cambio de que enviase cinco mujeres al alojamiento de unos oficiales franceses.

Después de la primera semana, Hildegaard parecía muy disgustada por su propia falta de remordimientos. Más todavía, tenía un deseo insaciable de volver. Disfrutaba con aquel juego, le gustaba resistirse, odiaba la lascivia de los hombres.

Todos entraban en una de las varias categorías que Elke había definido, pero en todos se notaba la misma reacción fundamental. Había que excitar su vanidad, fingir interés por sus conversaciones, dejarles comportarse como si fueran dueños de una, celebrar sus bromas idiotas con grandes carcajadas, ver cómo iba pasando la noche, contemplar cómo aumentaba su deseo. Luego venía la carrera en coche por las calles oscuras hacia los alojamientos que habían requisado. En el acto final, Hilde representaba el papel de una inocencia recatada, que los remontaba a la cumbre de la pasión.

Hilde no había amado a ningún hombre en toda su vida y lo que se veía obligada a hacer ahora emergía en la oscuridad, bajo la forma del odio. Se sentía impulsada a obligarles a pedir y suplicar antes de entregarles su cuerpo; pero, cuando se sometía perdía los estribos hasta que su pareja se agotaba. Mientras el hombre yacía, gimiendo, ella permanecía siempre despierta con el sabor amargo de la victoria. Era la ramera perfecta que todo hombre ansia hallar en la mujer, una ramera capaz de recorrer toda la escala, desde la inocencia hasta la pasión de una amante salvaje.

En el *cabaret* de París decían que aquélla era una muchacha que amaba el amor. Sólo Fritz Stumpf parecía darse cuenta de que, en realidad, Hilde usaba de su sexo como de un arma asesina. Stumpf veía que no se separaba de Elke y que celebraba los chistes morbosos de ésta, llenos de sarcasmos contra la vida que llevaban.

Stumpf empezó a sospechar el día que Hilde le dijo secamente que nada más aceptaría dos citas por semana. Esto sólo podía significar una de estas dos cosas: o tenía un amante fijo, o concertaba citas por su cuenta y riesgo. Stumpf ordenó a Hippold que la vigilase, y se quedó atónito al saber que los días que no acudía al *cabaret* de París raras veces salía de casa.

Los motivos de Hilde eran muy sencillos. Las noches que trabajaba, se entregaba de tal modo que quedaba exhausta. Y estimaba demasiado su propia belleza para malgastarla en abundancia. Por añadidura, ganaba más ella en dos noches que la

mayoría de las otras chicas en toda una semana.

Hilde había decidido salir incólume de aquella experiencia. No obstante, el haberse puesto en circulación traía riesgos. Hilde se daba cuenta de que Elke era una lesbiana que tenía ciertos designios respecto a ella. La paciencia fría y el misterio de Fritz Stumpf la amedrentaban…, estaba expuesta a malos tratos y situaciones feas. Era preciso hacer un gran esfuerzo para no resbalar y mantenerse al margen de conflictos graves.

Una noche, como les pasa a todas las que se dedican a esta antigua profesión, Hilde se encontró en una situación desesperada. Su acompañante, un oficial americano, cogió una borrachera fenomenal. A medida que se iba poniendo ebrio, sus comentarios acerca de los alemanes se volvieron cada vez más envenenados. Era judío, y en la cama, el odio que sentía contra sí mismo y el que le tenía a ella aparecieron, y le dio una paliza.

Sus padres, aparentemente al menos, aceptaron la historia de que se le habían acercado unos soldados rusos por la calle, pero Ernestine sabía que no era cierto.

Ernestine cuidó a su hermana día y noche, y la vio hundirse en una depresión profunda, callada. Hilde se daba cuenta de que no había quien saliera incólume de aquella experiencia.

Los sollozos de Hilde despertaron a Ernestine.

—La cicatriz de mi pecho no desaparecerá jamás.

Ernestine se alegró al oír las primeras palabras que pronunciaba desde el incidente.

—Y ésa no es la única cicatriz. Las otras no las ves, Hilde, pero están ahí, y es posible que no desaparezcan tampoco nunca.

—¡Calla!

—Hemos de hablar, Hilde. Solíamos confiarnos nuestras cosas. ¡Estábamos tan unidas!

—Yo tenía un pecho perfecto…, ¡oh, aquellos bestias rusos!

—Estoy perfectamente enterada de Hilde Diehl y el *cabaret* de París —dijo bruscamente Ernestine.

Hilde hundió la cara en la almohada.

—¡Me espiabas!

—Soy tu hermana. —La obligó a volverse de cara a ella, y le secó las lágrimas y le acarició el cabello.

—¡Oh, Erna; estoy tan terriblemente aturdida! ¿Qué nos ha pasado?

—Es difícil comprenderlo. Mas ha de llegar un mañana en que nos veamos libres de esta pesadilla.

—Aquí, en Berlín, no hay mañana —aseguró Hilde.

—Hemos de creer que sí que lo hay. Pero cada vez que entras en aquel establecimiento destruyes tu mañana. Yo me pasaba las noches sentada aquí, aguardando tu regreso y preguntándome: «¿En qué aspecto no he cumplido mis

deberes con Hilde? ¿Cómo puedo despertar su entendimiento?».

—Tú siempre has sido demasiado buena, Erna. Tú siempre has sufrido por los demás. Cuando éramos pequeños…, tú cargabas con las culpas de las cosas malas que hacíamos Gerd y yo. Yo solía pensar: «Yo puedo ser una niña mala; Ernestine purgará mis maldades».

—Ssssiit.

—Eres demasiado buena con todos nosotros. Pero ahora toda tu bondad es inútil. Mira ahí. Yo salgo por las noches y veo esa calle… y lo sé… los tilos ya no volverán a florecer más.

—Oh, no. Dentro de un tiempo regresará Gerd. Regresarán todos nuestros muchachos. Para entonces tienes que estar limpia de máculas, Hilde.

Hilde rió con amargura.

—¿Un muchacho alemán? ¿Vivir en esta ratonera? Yo encontraré un oficial americano que se casará conmigo y me llevará a su tierra.

—Hilde, Hilde, ¿cuándo dejarás de soñar?

—Eres tú la soñadora, Erna. ¿Qué otra cosa queda en este mundo podrido que nuestro padre preparó para nosotros?

—No hables contra nuestro padre.

—No…, no hablemos contra nuestro padre —musitó Hilde. —¿Pero quiénes son los causantes de que nos odien de este modo? ¿No sabes de qué modo odian nuestras almas alemanas? ¿No sabes que he sentido este odio en todos ellos? Nuestro bienamado padre y nuestra bienamada madre patria nos han llevado a esta situación.

CAPÍTULO XII

UN subcomité de la Kommandatura trabajaba en colaboración con los alemanes para poner al día la Constitución de 1920 de la ciudad. La Asamblea de Berlín, o sea el cuerpo legislativo, estaría compuesto de ciento veinte miembros, votados por los veinte barrios.

A su vez, la Asamblea elegiría un Oberbürgermeister y dos tenientes de alcalde, los cuales tendrían que ser aprobados por la Kommandatura.

El *Magistrat*, o rama ejecutiva, tenía a su cargo veinticinco departamentos encargados de las funciones de policía, transportes, fomento, educación, etc.

En cuanto la Constitución estuviera a punto de ser acabada, habría llegado el momento de convocar unas elecciones generales de toda la ciudad con el fin de elegir una Asamblea nueva.

Esta elección fue motivo de grandes vacilaciones por parte de los comisarios, puesto que en Austria, en una elección libre, el partido comunista había sufrido una grave derrota, y no querían que en Berlín se repitiera el caso.

Rudi Wöhlman consideraba que, teniendo él en sus manos los sindicatos y el aparato de propaganda, y estando ya los comunistas incrustados en el Gobierno, la victoria era segura. Más todavía, el Partido Popular Proletario era el de los antifascistas auténticos y el pueblo alemán lo aceptarla por impulso espontáneo como el camino hacia la redención.

Heinrich Hirsch no estaba tan seguro. Los demócratas habían salido de la guerra los más fuertes, y por el simple peso del número eran los que tenían más gente trabajando en el *Magistrat* y podían dominar la nueva Asamblea. A ciertos demócratas se les podía asustar, comprar, doblegar, aterrorizar…, pero no a Ulrich Falkenstein. ¿Hasta qué punto llegaba la influencia de Falkenstein en el seno del pueblo?

Cuando la proclamación de la Constitución, así como las elecciones fueron inminentes, V. V. Azov recibió instrucciones de los que dirigían la estrategia desde Moscú: *Unificad sin demora a todos esos partidos políticos de Berlín en un frente único antifascista*.

Ordenaban una maniobra clásica suya para zamparse a los otros partidos.

En Berlín había tres partidos libres. El partido cristiano era un frente religioso, dominado por los católicos. La fuerza principal la tenía en la parte oeste de Alemania, a lo largo del Rhin y en Baviera.

El partido más pequeño de los tres lo formaban los conservadores, animado por la ideología de los hombres de negocios de centro y de derecha.

Los demócratas de Ulrich Falkenstein constituían el blanco y la pieza a cobrar. Berlín era tradicionalmente una ciudad obrera, y los demócratas el instrumento político de los obreros. Además, Berlín era la fortaleza demócrata de Alemania.

Wöhlman decidió decapitar primero a los demócratas, dejando con ello al resto de la oposición sin apoyo. Se concertó, pues, una reunión de los dos comités ejecutivos en la oficina de Berthold Hollweg, el demócrata nombrado alcalde y miembro también del Comité Ejecutivo demócrata. Hollweg era un hombre débil, pero seguía conservando un nombre respetado y la etiqueta de su antiguo partido. Se sabía sobradamente que los comunistas que le rodeaban —Heinz Eck, delegado primero, y Adolph Schatz, jefe de policía— eran los que detentaban realmente el mando en su departamento.

El tercer miembro del ejecutivo demócrata era Hanna Kirchner, una abuelita, la política más destacada de Alemania. A principios de la era nazi huyó a Suecia y estableció contacto con los primos hermanos de los demócratas alemanes, es decir, el partido laborista inglés y los socialdemócratas de toda Europa. Durante la guerra trabajó para la Cruz Roja Internacional.

El ejecutivo del Partido Popular Proletario (partido comunista) lo formaban Rudi Wöhlman, Heinrich Hirsch, el teniente de alcalde Heinz Eck… y otro hombre. Este cuarto hombre estaba allí sin otra finalidad que la de desplegar un alarde de terror policíaco puro y simple. Este cuarto hombre era Adolph Schatz.

—Camaradas —dijo Rudi Wöhlman, enseñando los dientes en una ancha sonrisa y volviéndose hacia todos los lados de la mesa—, hemos solicitado esta reunión con objeto de presentar una proposición que sabemos ha de beneficiar a Berlín y que ayudará a clarificar la confusión política. Ahora todos marchamos en direcciones distintas. Pronto se promulgará una Constitución nueva. Es hora de que nosotros, los berlineses, trabajemos juntos para poner en pie esta ciudad.

«Berlineses, ciertamente —pensó Falkenstein. —Ninguno de esos cuatro comunistas se acuerda de Berlín. Han estado en Rusia demasiado tiempo».

—Nosotros presentamos la proposición de que formemos un solo grupo político…, un gran frente antifascista. Con tal solidaridad y con semejante fuerza, los elementos nazis no podrán volver a levantarse jamás ni destruir al pueblo alemán.

¡Ah, vaya, ése era el caso! La maniobra resultaba tan transparente que Ulrich tuvo que poner todo el esfuerzo de que era capaz para conservar, la cara seria mientras Hirsch y Eck sumaban sus voces. Cuando hubieron terminado, Ulrich se apresuró a evitar una discusión abierta.

—Hablaremos de ello y nos pondremos en contacto con ustedes —respondió.

Cuando los comunistas se hubieron marchado, los demócratas se quedaron.

—Eso es un intento ultrajante de devorarnos bajo la máscara de la unidad —dijo Hanna Kirchner. —Oh, sí, ciertamente, nos concederían unos cuantos puestos, como adornos en el escaparate.

—¿Por qué hemos de sospechar lo peor? —objetó Hollweg.

—Porque esto es lo peor —replicó Ulrich.

—Pero ¿qué podemos hacer para impedirlo? —replicó a su vez Hollweg. —Ya saben a qué presiones se nos someterá. No somos bastante fuertes para hacer frente a

los rusos, y los americanos no moverán un dedo en nuestro favor.

Berthold Hollweg había salido de una barraca situada junto al canal Teltow para jugar un papel importante en la vuelta a la vida del partido demócrata. Las humillaciones de los años nazis le habían despojado de buena parte de su antiguo temple, pero, a pesar de todo, Ulrich sabía que decía verdad.

Cuando Ulrich y Hanna se hubieron marchado, Heinz Eck, el teniente de alcalde, vino a la oficina de Berthold Hollweg.

—Ha sido una buena reunión —dijo Eck. —Creo que han visto los beneficios del plan.

La jugada había comenzado. Hollweg sabía que ahora los cogerían uno por uno y les presionarían. Heinz Eck era un funcionario autómata, un *robot*, un hombre sin alma ni criterio propios.

—Sería muy alentador para nosotros saber que usted piensa apoyar el frente antifascista —insistió.

—Debo meditarlo cuidadosamente.

—Por lo que más quiera, examine todos los aspectos. Sólo así podrá darse cuenta de que es la única solución para Berlín. ¿De qué otro modo vamos a edificar? ¿De qué otro modo podemos detener el renacimiento del fascismo, que el Oeste alienta en nuestras mentes? ¿Puedo decir más? Nosotros los del Partido Popular Proletario hemos reconocido en usted, desde hace mucho tiempo, la auténtica fuerza de los demócratas.

«Una mentira detestable —pensó Hollweg. —Yo soy una reliquia del pasado y vivo de glorias pretéritas».

—Hablando con franqueza, camarada Hollweg, nosotros apoyaríamos de nuevo la candidatura de usted como alcalde en las elecciones.

«Sin duda poniéndole a usted como primer suplente», pensó Hollweg.

—Un precio justo por los servicios —musitó.

—¿Podemos decir que podemos confiar en usted?

—He dicho que lo pensaría.

Inmediatamente después de la reunión, las Escuadras de Acción, respaldadas por la brigada política de la policía de Schatz, empezaron a buscar demócratas, uno por uno, con el fin de «convencerlos» de los beneficios del plan de unidad. Los que se «convencieron» presentaron la demanda de que se celebrase una reunión pública de delegados para votar en forma de referéndum.

Ulrich y Hanna sabían que una reunión pública semejante, celebrada en el sector ruso de la ciudad, pondría el sello al frente antifascista y sería la sentencia de muerte de los demócratas.

Ni el partido cristiano ni el conservador estaban en situación de hacer otra cosa que seguir a los demócratas. Por sí solos eran demasiado débiles, y Wöhlman había

maniobrado de forma que podría aplastarlos uno a uno.

Cuando Berthold Hollweg anunció que apoyaba la reunión pública, Ulrich comprendió que se hallaba sometido a una presión muy intensa. Comprendió también que no le quedaba terreno para maniobrar.

Sean saludó a Falkenstein en el Cuartel General americano. Uno y otro se excusaron con poca sinceridad por no haberse visto desde que ambos estaban en Berlín.

—Hemos seguido sus actividades con gran interés. Ha realizado usted una tarea tremenda, volviendo a estructurar el partido demócrata.

—Y quizá se demuestre que todo ha sido trabajar en vano —respondió Ulrich. —Comandante O'Sullivan, en Rombaden siempre nos hablábamos sin rodeos.

—Dispare.

—Los comunistas intentan obligarnos a una unión política con ellos. Es una treta antigua.

—Estamos perfectamente enterados —dijo Sean.

—Bien. ¿Qué piensan hacer ustedes?

—Nada.

—Sé desde siempre que los americanos son unos ingenuos. —Ulrich levantó la mano para silenciar la réplica. —¿Cuánto tiempo espera que sobrevivirán los partidos libres?

—Oficialmente, nosotros hemos de considerar esta cuestión como un asunto particular de los alemanes.

—Tonterías. Los comunistas no son más alemanes que usted. Son hombres con apellidos alemanes y respaldados por los cañones rusos. ¿Cómo puede llegar a la conclusión de que se trata de un asunto puramente alemán?

—Señor Falkenstein, la libertad no es un regalo que se les puede presentar a ustedes, con saludos de los Estados Unidos en un paquete esmeradamente envuelto.

—Su país no se ha visto nunca expuesto a las feas realidades de la vida con que nosotros nos enfrentamos.

—Esto lo contradigo, señor Falkenstein. Nosotros conquistamos nuestras espuelas en una sangrienta guerra civil y en el espacio de una vida hemos combatido dos veces contra el pueblo alemán en defensa de nuestros ideales.

—¿Cree de veras que podrán permanecer aquí y evitar el ensuciarse las manos? Voy a decirle cómo se hacen estas cosas. He visto el terror anteriormente, y ahora vuelve con todas sus consecuencias. A las Escuadras de Acción las llamábamos «Camisas Pardas», y no hay diferencia, señor, entre la NKVD y la Gestapo. Se dedicarán a aislar hombres débiles, quebrarán su espíritu y los convertirán. Las consignas y los discursos son iguales, exactamente. Ustedes los americanos han de saber que aquí hay alemanes que defienden al Oeste, y no pueden volvernos la

espalda.

Sean estaba enterado de lo que ocurría. Pero ¿cuántos alemanes había como Falkenstein, dispuestos a ponerse en pie y a dejarse identificar?

—La realidad de la vida es ésta, señor Falkenstein: yo no lograría convencer a nadie que ocupe un puesto de mando de que se fíe de un político alemán, sea cual fuere su etiqueta. No creemos en el pueblo de usted.

Falkenstein sintió en el pecho una cuchillada vaga de dolor. Su voz se volvió áspera.

—Cometen ustedes un error grave, muy grave.

—¿De veras? Si usted creyese de verdad en el coraje de su pueblo, no vendría corriendo en busca de ayuda a la primera amenaza. Usted sabe que su gente es débil, pero la libertad no es un objeto que se le pueda entregar a usted en la punta de una bayoneta americana. Si hemos de convencernos alguna vez, será porque la habrán conquistado primero con la sangre de unos hombres dispuestos a morir.

Falkenstein estaba lívido.

—Ver cómo todo esto se repite de nuevo es lo mismo que ser espectador del funeral de uno mismo. Se lo suplico, hagan un gesto, con el fin que yo pueda reanimar a mi partido.

—El primer día que nos encontramos en Rombaden, usted me dijo que los berlineses eran diferentes.

—¡Lo son! ¡Ésta es la cuna del pensamiento libre!

—Es también la cuna del militarismo prusiano. Sin duda, los berlineses son diferentes. Lo que pasa, únicamente, es que les gusta ver un desfile.

Ulrich Falkenstein se puso en pie con penoso esfuerzo. En sus ojos brotaban las lágrimas.

—¡Usted lo verá!

CAPÍTULO XIII

LA Unión. Soviética autorizó una reunión del partido demócrata en el sector ruso con objeto de votar en el referéndum sobre una posible unión con el frente antifascista.

Como punto de reunión eligieron el Salón Obrero de Lichtenberg, conveniente para el caso, pues había recibido pocos daños en los bombardeos.

Sean O’Sullivan acudió como espectador curioso en compañía de Nelson Goodfellow Bradbury, únicos americanos asistentes. Llegaron en automóvil con un alemán llamado Lenz que trabajaba en el Cuartel General americano. Al acercarse al Salón Obrero descubrieron en seguida policías de la SND, iniciales que significaban Destacamento Nazi Especial. La SND era, en realidad, la policía política, cuyos miembros escogía, Adolph Schatz con la mayor atención, era la nueva Gestapo. La SND, reforzada por la NKVD rusa, vigilaba todos los caminos que desembocaban en el Salón Obrero.

Sean había llegado temprano, precisamente cuando empezaban a presentarse los primeros delegados. El número total de éstos pasaría del millar, y llegaría de todas las partes de Berlín. Ulrich Falkenstein quedó encerrado en un corro de antiguos amigos, a muchos de los cuales no había visto desde hacía diez años. Sus ojos soñolientos encontraron a Sean y le saludó fríamente con una inclinación de cabeza. Sean le devolvió el saludo del mismo modo.

Lenz hizo notar que entre los recién llegados figuraban miembros de las Escuadras de Acción comunistas, los cuales se repartían por la sala, ocupando puestos señalados de antemano.

La sala zumbaba de animación a medida que se iba sucediendo la reunión. Iban entrando más «observadores» del partido del proletariado del pueblo. Se estaban realizando los preparativos para una estampida. Sean compadeció a Falkenstein.

—No dejan nada al azar —dijo Big Nellie, señalando las papeletas de los «sí» y los «no», que se distinguían unas de otras por el color, y a las cuales habría que recurrir si verbalmente se llegaba a un punto muerto.

Un murmullo se levantó cuando la *grande dame* de los demócratas, Hanna Kirchner, entro por el pasillo central. Al instante quedó atascada en medio de una multitud de gente que le expresaba sus buenos deseos.

Entretanto, Berthold Hollweg había llegado, casi sin que nadie se fijase, por una entrada lateral y se escabulló calladamente hacia el escenario.

Durante dos semanas, otras reuniones menos numerosas, celebradas por todo Berlín, habían discutido el referéndum. Los militantes se habían reunido en refugios antiaéreos, chozas y fábricas para elegir delegados y darles instrucciones. Cuando se tenía noticia de una de tales reuniones, miembros de la SND o de las Escuadras de Acción se situaban por las cercanías.

Al final, el salón se llenó y Hanna Kirchner y Ulrich Falkenstein ocuparon su puesto en el escenario, detrás de una mesa larga cubierta con un tapete verde.

El teniente de alcalde del barrio de Lichtenberg, demócrata también, saludó a la asamblea, la primera libre que se reunía en el espacio de diez años. Después de unos cuantos discursos más, tocó el turno al presidente del distrito.

—Estamos aquí para aceptar o rechazar la proposición de unirnos al frente antifascista… —Sus palabras fueron acogidas con una mezcla de maullidos y aplausos. El orador pidió que se restableciera el orden, y prosiguió—: Ya que, nuestro Comité Ejecutivo no tiene una opinión unánime, no podemos dirigiros una recomendación en ningún sentido. Antes de la discusión general y de votar, llamaremos uno por uno a los miembros del Ejecutivo para que expresen sus respectivos puntos de vista.

El Comité Ejecutivo en pleno, compuesto de siete miembros, discutió el caso en favor y en contra. Ulrich se dio cuenta de que Schatz había logrado acobardar a algunos elementos buenos. Comprendió también que la resolución final dependía de los tres oradores últimos: él mismo, Hanna Kirchner y Berthold Hollweg. Durante los discursos estuvo observando a Hollweg con el intento de descubrir algún signo indicador. El viejo prohombre fingía un aburrido desinterés.

—¡Señora Hanna Kirchner!

La mitad de la sala se levantó respetuosamente. La dama irguió toda su, estatura de poco más de metro sesenta. Un sombrero raro cabalgaba sobre su moño de cabello gris plateado. Mientras se acercaba al proscenio brotó un coro de aullidos de las gargantas de los miembros de las Escuadras de Acción, intentando amilanar a los entusiastas de Hanna Kirchner y ahogar sus voces. Los agentes de la SND de Schatz estaban ocupados en anotar los nombres de los amigos de Hanna. Se iniciaron algunas peleas a puñetazos. El presidente amenazó, y luego suplicó que se restableciera el orden.

Hanna capeó la tormenta con calma. Era una política con muchos recursos y a la que Hitler no había podido acobardar nunca.

—Ruego a los caballeros que han sido enviados por el camarada Wöhlman que tengan la bondad de poner fin a su actuación.

Pronto se hizo el silencio.

—Vamos —continuó Hanna—, así es mejor. Voy a pronunciar mi par de palabras aunque tenga que ocupar en ello el día entero, por lo tanto tengan la bondad de abstenerse de nuevos festejos espontáneos hasta que yo haya terminado.

Una oleada de carcajadas se adueñó del salón. Hasta el comandante americano sonrió.

—Vaya mujer resuelta —dijo Big Nellie.

—¿De dónde procede esta gran idea antifascista? Nada menos que de un berlinés tan predilecto como Rudi Wöhlman.

Risas.

—Su tardío interés por la ciudad donde nació resulta vivamente conmovedor.

Más risas de la especie esa que arrolla toda oposición.

—Vemos hoy en esta sala las caras de antiguos amigos, pero vemos también las de amigos nuevos, huéspedes nuestros. Nosotros no les hemos invitado, mas ellos han venido para cuidar de que celebremos una reunión democrática, ordenada y luego votemos con papeletas de colores distintos.

La muchedumbre se caldeaba.

—¿Quiénes, son esos bienamados berlineses? Adolph Schatz, cuya Gestapo se preocupa con afán anotando nuestros nombres para futuras visitas de cortesía…, visitas nocturnas, claro está. Los amables rusos de la NKVD, que nos tienen rodeados, con el fin de que reine la paz. El teniente de alcalde, Heinz Eck, que fue expulsado del colegio a los dieciocho años por alcahuete, huyó a la Unión Soviética y ha regresado ahora para proporcionarnos los beneficios de sus buenos consejos. Y no podemos menos que hacer notar la presencia de Rudi Wöhlman, cuya mano invisible nos guía por el buen camino. Berlín puede considerarse afortunado al contar con el amor de tanta gente… El camarada Wöhlman quiere los escaparates amplios y bonitos, pero dentro de la tienda vende los mismos tomates podridos de antes.

Cuando Hanna Kirchner terminó su ataque demoledor, los bravos y los aplausos se prolongaron mucho rato. Restablecido el orden, el presidente cedió la palabra a Berthold Hollweg. Hollweg era todavía uno de los antiguos grandes hombres del partido. El tiempo y el terror podían haberle arrebatado parte de sus energías, pero conservaba aún su poder.

Tenía los ojos inflamados por el insomnio y hablaba con voz tan baja que obligó al auditorio a un silencio etéreo.

—Yo estoy —dijo pausadamente— en favor del frente antifascista. En el *Magistrat* hemos trabajado juntos, bien y en paz los cuatro partidos. En los tiempos actuales importa muchísimo que colaboremos todos, y esto se puede conseguir agrupándonos. Y… debemos ser lo bastante fuertes, gracias a esta unidad, para que nunca jamás se apodere otra vez de nosotros una locura como la nazi.

Las restantes palabras de Berthold Hollweg apenas tuvieron importancia. El ver a una figura tan grande doblegarse con tan poco espíritu los devolvió a todos a la realidad.

Hollweg continuó para decir su resumen. ¿Dónde están los americanos con su gran democracia? ¿Por qué nos dejan desnudos? ¿Dónde están los ingleses? ¿Dónde están los franceses? ¿Por qué nos engañamos a nosotros mismos creyendo que podemos hacer algo en este caso? Con nuestra actitud, atraemos nuevamente al terror. Estamos solos, abandonados y somos débiles, y la alternativa que se nos presenta es la del terror, las palizas y los secuestros.

Muchos ojos se llenaron de lágrimas. La situación era amarga, pero era la verdad.

Cuando Hollweg volvió a su asiento, los de las Escuadras de Acción silbaron y golpearon el suelo con los pies pero el resto de la sala había quedado petrificado.

—Doy la palabra a Ulrich Falkenstein.

El viejo luchador caminó por detrás de la larga mesa con tapete verde, se detuvo un segundo detrás de Hanna Kirchner, oprimiéndole el hombro con la mano, y la mujer notó el temor de la pasión que hervía dentro de él. Ulrich se quedó plantado en el proscenio unos momentos, mirando a los reunidos como un Moisés colérico cuyos hijos hubiesen traicionado a Dios. El rostro de Ulrich Falkenstein, espejo de la conciencia alemana, penetraba dentro de las almas de todos, y todos se sintieron traspasados por su influjo.

En aquellos pocos segundos, Sean O'Sullivan comprendió que entre ellos se había levantado un gigante, y Nelson Goodfellow Bradbury se dio cuenta de que se estaba produciendo un momento de magia.

—¡Berlineses! —gritó Ulrich Falkenstein de un modo que los hipnotizó. —¡Berlineses! ¿Vamos a entregar nuestra libertad por dos veces en el espacio de nuestra vida, sin levantar un dedo?

—¡No! —gritó alguien desde el fondo.

—¡No! —profirió otra voz.

—¿Hay en esta sala algún hombre o alguna mujer que dude de lo que significa este referéndum?

—¡No!

—¡No!

—¡Berlineses, si no nos ponemos en pie, merecemos otro Hitler! —Por toda la sala los hombres empezaban a ponerse en pie. —¡No nos dobleguemos! ¡No nos arrodillaremos! ¡Afrontaremos esta prueba y la siguiente y la siguiente y la que venga después! ¡Seremos libres!

La sala entera estaba de pie.

—¡Libertad! —gritó Falkenstein desde lo más profundo de su alma.

—¡Libertad! —respondieron los delegados.

—¡Aquellos de vosotros que se pronuncien por la libertad emitirán ahora su voto siguiéndome y abandonando esta sala!

Hanna Kirchner estaba a su lado. Ambos descendieron del escenario para internarse entre un excitado mar humano. Los de la SND y las Escuadras de Acción se quedaron asombrados ante el súbito levantamiento en masa.

Un cántico empezó a medida que fila tras fila se vaciaba el salón detrás de Ulrich y Hanna.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

En un momento sólo quedó en el local un puñado de personas; los dos montones de papeletas de colores continuaban en el escenario. Berthold Hollweg seguía en su silla con la cara color ceniza.

Sean O'Sullivan sacudió la cabeza y dirigió la mirada hacia las calles, donde el cántico cobraba un volumen nuevo.

—*Freiheit! Freiheit! Freiheit*!

CAPÍTULO XIV

«Su amado padre falleció sosegadamente anoche mientras dormía. Su madre resiste bien, dadas las circunstancias».

EL telegrama urgente, enviado por conducto de la Cruz Roja, lo firmaba Fr. Dominick Fragozze, un sacerdote a quien Sean conocía desde toda la vida.

No era lo mismo que cuando perdió a Tim y Liam. Ahora se trataba de una decisión que tomaron él y su padre, de común acuerdo, sabiendo que tenía que ocurrir así. Ahora Sean no hacía otra cosa que meditar si hubiera debido quedarse en casa y hacer más. Era la hora del arrepentimiento que todo hombre sufre después de haber fallecido su progenitor.

Sus amigos fueron a darle el pésame y comprendieron que quería llorar en silencio, recordar a su padre y volver a vivir palabras y escenas de su primera niñez.

Acudió también el general Hansen y le preguntó cómo soportaba la pena.

—Aquí tienes tu permiso extraordinario. La sección de transporte prepara el mejor itinerario para el viaje hasta tu casa. Te hemos inscrito en un vuelo de la ATC que saldrá dentro de tres horas.

—Muchísimas gracias, señor.

—Sean, desearía saber cómo puedo consolarte. En realidad, las palabras no pueden mitigar tu dolor, y menos tratándose de un hombre de tanto mérito como tu padre.

—Le agradezco el interés, general —respondió Sean.

El rostro de Andrew Jackson Hansen se puso grave y tenso al recordar a su propio padre.

—Me acuerdo de mi padre en sus últimos días. Cuando se dio cuenta de que iba a morir, pronunció unas palabras admirables. Me dijo: «Estamos orgullosos de ti, Andrew. Tu familia y tu patria. Has llevado víveres a personas que morían de hambre, y todavía más… les has dado esperanza. ¡Qué hermoso es ser americano!… Dios bendiga a América».

Sean levantó los ojos.

—Mi padre me dijo otra cosa también —continuó el general. —Me dijo: «Andrew, la vida que has llevado ha hecho posible que yo duerma en paz». Tu padre te habría dicho las mismas palabras, Sean. El camino que has seguido en la vida le ha proporcionado el don de poder descansar en paz.

—Muchísimas gracias, señor.

Cuando la triste ceremonia del entierro hubo terminado, Sean cerró la vieja casa para siempre. Su madre y una hermana que tenía, viuda, pasarían juntas los últimos días de su vida en una villa, al sol.

CAPÍTULO XV

IGOR no había conseguido saber qué clase de convenio tenían establecido él y Lotte Böhm. La conveniencia mutua y las circunstancias los habían reunido. Desde cualquier punto de vista, un coronel ruso significaba una gran ventaja para la muchacha. No obstante, había nacido entre ambos un afecto muy caluroso.

Lotte parecía adorarle, se fijaba en los menores detalles para complacerle y satisfacía todos sus caprichos. Igor estaba contento, pero resuelto a no dejarse engañar. Sabía que Lotte tenía un miedo cerval a las realidades que le depararía la vida de Berlín sin su protección. Como ocurría con todas las mujeres, menos con su no añorada esposa, Lotte tenía algo de actriz. Existía una pequeña posibilidad de que le amase verdaderamente, pero él no se dejaría engañar.

A Berlín empezaban a llegar las familias de muchos oficiales de alta graduación. Igor vivió conteniendo el aliento hasta que recibió una carta de Olga en la que decía que la importancia de su trabajo en Rusia los mantendría separados. En silencio, Igor dio las gracias al partido.

Durante meses, Igor viajó por la zona rusa de Alemania, desnudando una fábrica tras otra, como parte del capítulo de reparaciones. Al terminar su trabajo, le asignaron la misión de estudiar las demandas de reparaciones a las zonas occidentales.

De Polonia, Checoslovaquia y otros países habían sido expulsados millones de habitantes de raza alemana, los cuales se trasladaban hacia el Oeste en busca de nuevos hogares. Introducir entre ellos unos centenares y luego unos millares de agentes soviéticos para que se infiltrasen por todas partes fue cosa sencilla.

La tarea primordial que se les había asignado era la de reunir datos que sirvieran para acrecentar las demandas de reparaciones de los soviets. Estos agentes fotografiaban todas las fábricas, máquinas, depósitos de ferrocarriles y canales del Oeste, y reunían montañas de datos sobre los depósitos de minerales.

Igor cernía los informes recibidos para que la Unión Soviética pudiera elegir a su sabor todo lo que deseaba. En su reunión semanal con V. V. Azov observó que la llegada de la esposa de éste no había contribuido nada a suavizar al comisario.

—Camarada coronel, los ingleses se han retrasado en diez mil toneladas en las partidas de carbón que deben entregarnos. ¿Qué informes tiene que dar acerca de las negociaciones que está celebrando?

—Puedo informar de que los ingleses son tozudos —respondió Igor.

—Nos deben el carbón. Hay que exigírselo.

—La cuestión no es tan simple. Las minas del Ruhr sólo pueden rendir un tercio de su producción anterior a la guerra.

Azov supuso que sería por falta de mineros y ofreció enviar «voluntarios» de los distritos silesianos de Polonia.

—No es problema de mineros ni de técnica. Los ingleses conocen bien la minería.

La maquinaria es anticuada. Los mineros no reciben una ración suficiente para un trabajo tan penoso. Los transportes están desorganizados. He ahí los problemas técnicos que le quitarían el sueño al comisario. Nuestras propias minas en la Unión Soviética se encuentran con los mismos problemas.

Azov odiaba a los ingenieros, los cuales se zafaban detrás de un lenguaje desconocido, e insistió en que había que aumentar la presión. Igor insistió en que era imposible hacerle presión a un inglés.

—Por otra parte, los ingleses arguyen que no nos deben carbón.

—¿Qué clase de sandeces son ésas?

—En primer lugar, nosotros no hemos devuelto quince mil vagones de carga con los que habían efectuado las entregas anteriores.

—Una reparación legítima.

—Sí, por supuesto. No obstante, los ingleses alegan, además, que nosotros nos hemos retrasado en unas treinta mil toneladas del lignito que hemos de traer a Berlín.

Azov meditó el caso. Se había pactado el convenio de cambiar el carbón industrial del Ruhr por el lignito de Silesia para calentar la ciudad. Esto formaba parte del plan general de intercambio de los recursos naturales de las cuatro zonas, con el fin de que Alemania continuase funcionando como una sola unidad económica. Esto era lo que decía el Acuerdo de Postdam. Los soviets se llevaban el carbón duro industrial para utilizarlo en Rusia y no entregaban el carbón blando de Silesia. Afortunadamente para los berlineses, el invierno de 1945 fue benigno.

—Las minas de Silesia —dijo Azov—, ya no forman parte de Alemania y por tanto no entran en las normas de intercambio económico. Son propiedad de la República Democrática Popular de Polonia. No podemos obligar a los polacos a enviar carbón a los alemanes.

Igor sopesó las palabras del comisario. Azov había ofrecido con notable presteza el envío de mineros polacos, y luego, en la misma conversación, defendía la «autonomía» de Polonia respecto al envío de carbón silesiano. Igor pisaba un terreno peligroso.

—Los ingleses no reconocerán el cambio de fronteras, cediendo Silesia a Polonia, hasta que se haya firmado un tratado de paz.

Azov cambió de tema.

—El Oeste ha convenido una inspección sobre el terreno del complejo industrial, preparatoria de una conferencia sobre reparaciones. A usted le hemos nombrado miembro del grupo inspector.

Igor asintió con la cabeza.

—Empezarán la semana próxima en la zona americana. Efectuadas las inspecciones, le nombraremos consejero técnico de nuestra delegación en la conferencia. Esa conferencia se celebrará en Copenhague.

Igor se dio cuenta de que Azov observaba atentamente su reacción al oír mentar una ciudad occidental.

Tiempo atrás, durante la guerra, mientras la Unión Soviética avanzaba hacia el Oeste por la orilla del Báltico, Igor conoció los planes para enviar tres divisiones soviéticas a Dinamarca y ocuparla. Por desgracia, los ingleses habían llegado primero. Igor no creía que viese una ciudad occidental, fuera de Alemania, en toda su vida.

—Viajar por el Oeste entraña una grave responsabilidad. Mañana se celebrará una sesión para discutir la conducta que deberá seguir usted. El capitán Iván Orlov le acompañará como ayudante.

Igor no se molestó. Había vivido demasiado tiempo con comisarios y miembros de la NKVD.

—Un último detalle. Su amiga, Lotte Böhm.

Igor se sobresaltó.

—Tiene parientes en Dresden —continuó Azov. —Le hemos facilitado el salvoconducto para ir a visitarlos y que se quede allí hasta que usted vuelva.

Lotte sería guardada como rehén. Los camaradas estaban convencidos de que sentía un afecto muy profundo por la muchacha.

—La señorita Böhm estará muy contenta al enterarse de que va a realizar este viaje —dijo Igor, tristemente.

CAPÍTULO XVI

CUANDO Sean regresó de su permiso extraordinario fue designado para acompañar al grupo de inspección ruso. Más tarde, en Copenhague, el general Hansen presidiría la delegación americana en la conferencia de petición de reparaciones.

Los rusos enviaron veintidós oficiales y técnicos civiles. El Servicio Secreto americano informó que el jefe del grupo, general Lipski, y la mitad de la delegación eran miembros de la policía política, y los demás, técnicos.

La mayoría de los rusos habían estado en contacto con los americanos en Berlín, a pesar de lo cual llegaron al aeródromo de Tempelhof para subir al avión personal del general Hansen llenos de recelos.

La primera escala la hicieron en el Cuartel General americano, el edificio de la I. G. Farben, de Francfort, en donde se les informó durante dos días sobre a lo que podían aspirar en materia de reparaciones y lo que podían esperar en materia de destrozos de los bombardeos.

Todos los rusos, del primero al último, quedaron hondamente impresionados, porque los americanos les instruían con gran conocimiento técnico de la materia y discutían con una franqueza que ellos desconocían. Todos y cada uno de los miembros del grupo ruso se daban cuenta en silencio de la cantidad inmensa de equipo motorizado y mecánico que poseían los americanos, de su eficiencia, de las comodidades de que disfrutaban los soldados rasos, las cuales hubieran representado un verdadero, lujo incluso para los oficiales soviéticos, y se quedaban completamente fascinados por la riqueza de la gran potencia.

Terminada la tanda de información previa, el general Lipski pensó que los recelos rusos descansaban sobre una base sólida. Los americanos les habían dicho, efectivamente, que el complejo industrial de la Alemania Occidental estaba poco menos que destruido por completo. En cambio sus propios agentes no daban noticias de una ruina tan grande. Evidentemente, los americanos trataban de escamotearles máquinas en buen funcionamiento.

Los rusos conferenciaban en los aposentos del general Lipski después de que los miembros de la NKVD hubieron revuelto la vivienda minuciosamente en busca de micrófonos escondidos, poniéndose terriblemente nerviosos al no ser capaces de localizar ni uno solo.

—Los americanos tratan de engañarnos —dijo Lipski. Aquí terminaban sus conocimientos. Él pertenecía a la NKVD y no entendía en cuestiones técnicas. Todos estaban de acuerdo en que los americanos tramaban algo, pero el problema estaba en cómo demostrarlo.

Igor Karlovy se encerró a estudiar los documentos que contenían las listas de fábricas, centros de ferrocarriles, refinerías. No tomó parte en la acusación, sino que

indicó que se estableciese contacto con el enlace americano, comandante O'Sullivan, y se recogieran más pruebas.

Sean llegó aquella misma noche, a hora avanzada, a las habitaciones que tenía Igor Karlovy en el club de oficiales del edificio de la I. G. Farben.

—Comandante O'Sullivan —dijo llanamente Igor—, necesitamos ver un informe más extenso que respalde los alegatos de ustedes.

Sean vio que los rusos desconfiaban y dijo que se pondría a reunir datos inmediatamente.

Igor transmitió la contestación al general Lipski. Sabiendo cómo procedían ellos mismos, Lipski dijo que les aguardaban días y más días de evasivas americanas y se puso a redactar una protesta cargada de palabras duras, con el propósito de enviarla al mariscal Popov el día siguiente.

No tuvo ocasión de enviarla. Antes de las veinticuatro horas el coronel Karlovy tenía en sus manos los esquemas de organización y las misiones realizadas por los cuerpos Octavo y Decimoquinto de las Fuerzas Aéreas americanas, con la relación de todos los aeroplanos, las instalaciones, las misiones, las cargas de bombas y los informes acerca de los resultados obtenidos. Sean prometió entregarle los mismos datos de la Royal Air Force inglesa en el espacio de cuarenta y ocho horas.

Igor Karlovy estaba disgustado.

—El general Hansen cree que si hemos de trabajar juntos estas semanas próximas, conviene que ustedes tengan idea del esfuerzo bélico global de Norteamérica. Este documento le pondrá al corriente de la naturaleza de nuestras fuerzas y nuestra lucha en todos los rincones del mundo.

Igor contempló el voluminoso informe por el rabillo del ojo. En la cubierta decía: *Fuerzas armadas y participación de los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial. Examen preliminar*. Tenía muchas ganas de leerlo, pero lo pensó mejor.

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo de esta delegación inspectora.

—Nosotros creemos que sí, coronel Karlovy. La propaganda de ustedes basada en que han ganado la guerra sin ayuda de nadie es inexacta. Cuando se haya enterado bien de la extensión de nuestro esfuerzo bélico, estará en condiciones de enfocar el trabajo que nos espera con menos recelos y menos hostilidad. Me gustaría indicarle que ponga atención en las páginas comprendidas entre la ochenta y tres y la noventa y nueve, en las que hallará una lista del material de guerra enviado por los Estados Unidos a la Unión Soviética.

El ruso devolvió el documento a Sean.

—¿No le interesa verlo? ¿O no se atreve?

—Comandante O'Sullivan, opino que debemos desterrar la política de nuestras discusiones —replicó Igor. —Ustedes se ocupan de teorías. Nosotros nos ocupamos de realidades. Cuando uno ha visto sus fronteras invadidas y la patria destruida, su punto de vista cambia. Nosotros hemos vivido con la guerra dentro de nuestra nación

durante siglos.

Igor Karlovy, el más entendido del grupo en materia de aviación, estudiaba los informes sobre las Fuerzas Aéreas Octava y Decimoquinta con incredulidad creciente. Si los americanos tenían todo lo que decían, la Fuerza Aérea roja era un pigmeo al lado de la de los Estados Unidos.

Igor había visto con sus propios ojos los destrozos causados por las bombas en Berlín, pero solía atribuirlos en su mayor parte a la artillería soviética. Había visto también los daños causados en la zona rusa de Alemania, pero creyó que el Oeste había concentrado su potencia aérea contra el este de Alemania, salvaguardando la industria y las empresas de las zonas occidentales para organizar una guerra de desquite.

En los días siguientes, acompañados de técnicos de las Fuerzas Aéreas americanas e ingenieros, inspeccionaron Francfort, Munich y Stuttgart. La destrucción metódica de centros de transportes e industriales concordaba exactamente con lo que sostenían los americanos.

Una confusión creciente se extendió por el grupo soviético.

Y luego llegaron a Rombaden, cuyo bocado más rico tenía que ser la fábrica Romstein de maquinaria.

Llegaron, formando un convoy de vehículos, a la caída de la tarde y antes de recibir alojamientos se fueron a la Rathaus, a las oficinas del gobernador militar y del alcalde, para la bienvenida oficial. Al principio, al ver a los rusos, se reunieron unos cuantos curiosos. Luego corrió la voz de que el comandante O’Sullivan había regresado.

Al cabo de pocos minutos, centenares de personas habían salido de sus casas y se habían congregado en la plaza, y alguien reunía a toda prisa la banda municipal. Cuando los forasteros salieron del despacho del alcalde fueron saludados con una interpretación de «Dios bendiga América»… en compás de vals.

El acontecimiento tenía atónitos a Igor y sus compañeros rusos. Ahora sabían ya que O’Sullivan aborrecía intensamente a los alemanes y había sido un amo severo. ¡Vaya extraña bienvenida para un conquistador!

La espontánea manifestación continuaba. Los niños de las escuelas desfilaron delante de Sean, en las escaleras de la Rathaus, con reverencias y cortesías, y el porche se llenó de ramos de flores. Todo el mundo quería estrechar la mano del comandante O’Sullivan.

Luego llegaron unos carros de las cercanías con barricas de cerveza, y allí mismo se celebró un festival improvisado.

El general Lipski permitió a su grupo que saliera un poco de su retraimiento. Mientras miraba a la gente que bailaba, Igor se acordaba de las docenas de viajes que había hecho a ciudades de la Alemania Oriental, donde lo único que le saludaba era el

miedo. Y mientras los alemanes saludaban a O'Sullivan con inclinaciones de cabeza, reverencias y sonrisas, Igor se acordaba del odio que brillaba en los ojos de los polacos de Varsovia.

O'Sullivan conocía al dedillo hasta qué punto había sido destruida la fábrica de maquinaria. Los agentes rusos habían trasmitido informes falsos.

El viaje continuó. Como creían que las referencias primeras dadas en Francfort quedarían confirmadas plenamente, los rusos empezaron a sosegarse.

> *Darmstadt*: Setiembre, día 11, 1944. Incursión de la RAF. Trescientos aeroplanos arrojaron en cuarenta y cinco minutos varios millares de bombas incendiarias, destrozando el setenta y dos por ciento de la ciudad y la convirtieron en un infierno. Hubo de pasar una semana para que el ambiente se enfriase.
>
> *Mainz*: Nudo y ramales de ferrocarriles destruidos. Centro de la ciudad, una masa de piedra melancólica.
>
> *Offenbach*: Sesenta por ciento destruido. Noventa y tres por ciento de las fábricas de producción de guerra destruidas.
>
> *Kassel*: Las fábricas de armas de guerra han sido el blanco primordial de los bombarderos aliados. En comparación a sus dimensiones, ni Berlín ha sufrido un castigo tan grande. El interior de la ciudad arrasado por completo.

Y así continuaba el informe, una población tras otra. Los miembros de la sección política hablaban entre ellos de la eficiencia del Gobierno Militar americano, los procedimientos de desnazificación, los nuevos códigos de leyes y la celeridad con que se celebraban elecciones libres.

Wiesbaden. La inspección de la zona americana tocaba a su fin. Ahora veían una ciudad que no había sufrido daños. Y esto también produjo una impresión perdurable en Igor Karlovy. Se trataba de un antiguo, inmenso y lujoso balneario, de belleza suntuosa, como él no había visto jamás. Algo que había creído existente únicamente para los zares. Los montes Taunus contemplaban desde sus cimas unos bosques frondosos; y la gente se bañaba en los balnearios desde el tiempo de los romanos. El cuadro de aquella población indemne le permitió a Igor juntar pedazos de la antigua cultura alemana que había visto en la confusión formada por los montones de escombros.

En la bahía de Schierstein subieron al yate «Ciudad de Colonia», que perteneció a Adolfo Hitler, bajaron por el Rhin hasta la ciudad pequeña y alegre de Rudesheim y atracaron. En este lugar se ponía de manifiesto todo el esplendor de aquel río de leyenda. El centinela del Rhin, estatua de Alemania, se erguía por encima de los magníficos brancales de viñedos.

Los niños de las escuelas se reunieron para entonar unos cantos de bienvenida con

sus agudas voces. Cantaron el tradicional «Lorelei», y los bailarines, músicos y cantadores de la población sumaron sus odas a la belleza etérea del Rhin.

Éste era un aspecto de Alemania que Igor Karlovy no conocía. En la ternura y el sentimiento de sus canciones, tan parecidas a las rusas, comprendió que el carácter alemán encerraba algo más que brutalidad y militarismo. ¡Qué desconcertante! Pero, después de todo, ¿no amaba él a una mujer alemana? ¿No había visto en ella estas características?

Después de un suculento banquete en la secular mansión de Krone, probaron los vinos de Castillo de Crass. Mientras se sucedían las antiguas ceremonias del catado del vino, los reunidos abandonaron la reserva y luego…, surgió la hermandad. Hasta Lipski, el general de la NKVD, se divertía. Los rusos más ágiles trenzaban unos pasos de danza de su país, con gran embeleso de los huéspedes americanos y los anfitriones alemanes.

Subieron al «Ciudad de Colonia» al alba, con unas jaquecas que les partían la cabeza. Mientras el yate se alejaba, allí estaban otra vez los colegiales, cantando el «Lorelei».

La embarcación se deslizaba río abajo. El comandante O’Sullivan atravesaba entre el grupo, estrechando la mano a cada uno de sus componentes. Pasada la hostilidad inicial, en dos cortas semanas se había conquistado el respeto de todos. Parecía un hombre singularmente franco y sincero, al mismo tiempo que extremadamente agradable.

Sean se sentó en la baranda, cautivado durante un momento por la arrobadora belleza del río. Igor Karlovy se sentó a su lado.

—Bien, comandante O’Sullivan, ¿qué haremos sin usted?

—Los ingleses les atenderán cumplidamente.

—¿Le veremos en Copenhague?

—Es probable.

La excitación se hizo general cuando el yate dobló una curva traicionera del río y pudieron ver la gran peña de basalto que emerge de las aguas y forma un acantilado sobre la superficie. A sus oídos llegaban todavía las voces de los niños que entonaban su eterno «Lorelei».

—De modo que eso es el «Lorelei» —dijo Igor.

—No escuche las voces de las sirenas con demasiado atención, coronel, o se expone a estrellarse contra las rocas.

—Usted sería un dialéctico excelente —respondió el ruso, sonriendo.

Al doblar la curva del río dejaban atrás las barcazas fluviales, alargadas y bajas, y de pronto la silueta del Mäuseturm se recortó sobre el fondo gris del cielo, encima de los escalones de las viñas.

—Hasta ayer no supe que usted había represado de América, donde estuvo para cumplir una triste obligación. Su padre, creo.

—Sí.

Lo siento infinito.

—Gracias, coronel. Era muy viejo y estaba muy cansado.

—¿Le quedan otros familiares?

—Quedamos mi madre y yo solamente. Perdí dos hermanos en la guerra.

Estas palabras alteraron a Igor, sumiéndolo en un largo silencio.

—¿Y usted, coronel?

—Yo perdí…, una novia de la infancia…, y mi hijo.

—Entonces deberíamos ser verdaderos amigos, ¿no le parece? —dijo Sean.

—Sí. ¿De qué parte de América es usted?

—De San Francisco.

—Ah, sí. Antiguamente California fue colonizada por los rusos.

—California se la robamos a los españoles en una guerra de agresión. No obstante, Alaska se la compramos a los rusos legalmente.

Igor soltó una carcajada.

—A los zares. Nosotros no hubiéramos hecho un trato tan malo. —Igor encendió un cigarrillo. —Dígame, ¿a qué se dedicaba su familia?

—Uno antes otro después, los tres hermanos habíamos terminado recientemente nuestros estudios en la Universidad. Yo daba clases. El mediano…, era picapleitos.

—Tres hijos en la Universidad. La familia de usted, según se ve, era muy rica.

—Mi padre era un inmigrante, venido de Irlanda. Nunca pasó de la categoría de obrero.

—Muy interesante.

Iván Orlov, como de costumbre, rondaba por allí cerca. La NKVD había cometido un pequeño error al encargarle la misión de vigilar al coronel Karlovy… Orlov no hablaba inglés. Su presencia se hizo tan molesta que Sean pidió permiso para retirarse. Cuando se hubo marchado, Iván Orlov dijo:

—No se fíe del comandante O'Sullivan. Es un espía de la policía política americana.

En Colonia, la escolta inglesa se reunió con la americana. Lo visto hasta entonces se repetía. Colonia, Hannover, los puertos de Hamburgo y el enclave americano de Bremerhaven estaban completamente destrozados.

Pero lo peor que vieron en toda Alemania fue la destrucción del complejo industrial del Ruhr. Dusseldorf, Essen y Dortmund habían quedado poco menos que barridas del mapa.

El grupo soviético de inspección siguió su camino hacia la conferencia de Copenhague con un espíritu más sereno. Ni los ingleses ni los americanos les habían escondido nada.

Igor Karlovy tuvo que confesarse a sí mismo que Alemania había sufrido una destrucción más completa que la Unión Soviética.

Lo que ahora se veía con una claridad horrible era que el Gobierno soviético había mentido deliberadamente para impedir que el pueblo ruso conociera la potencia del Oeste y la participación que había tenido en la guerra. No, en verdad, los aliados no habían dejado indemne la Alemania Occidental, para que emprendiera una guerra de desquite.

CAPÍTULO XVII

EL reloj de la torre del Ayuntamiento de Copenhague había dado las siete. Igor Karlovy paseaba por su habitación. La mayoría de los miembros de la delegación seguirían durmiendo dos o tres horas más. Igor descorrió la cortina y salió al balcón de su cuarto del hotel Palace.

En el centro de la calle se levantaba una columna, sobre la cual un par de vikingos empuñaban largas trompetas. En son de broma, los daneses decían que las trompetas sonarían cuando pasase una virgen.

Debajo se extendía la plaza Raadhus. Copenhague comenzaba con una vivacidad admirable, una nueva jornada. Decenas de miles de daneses pedaleaban en sus bicicletas, sorteando automóviles, y la plaza se animaba con el arrullo de las palomas, el martilleo de los tacones contra las piedras y las voces hablando en aquel idioma rápido, indescifrable.

«¡Qué distinto era aquello del movimiento de las masas lúgubres de Moscú!», pensaba Igor.

Igor Karlovy se sentía hondamente conturbado. Las cinco semanas de visita de inspección por las zonas occidentales y la conferencia de Copenhague estaban tocando a su fin. Igor estaba intranquilo por la seguridad de Lotte Böhm. No les había sido posible comunicarse, nada en absoluto. La separación le puso de manifiesto su amor por Lotte… y había cometido un pecado capital al perder su odio a los americanos… Infinidad de preguntas atormentaban su mente. Unas preguntas que no podría formular jamás.

«Uno podría pasarse horas y más horas contemplando Copenhague», pensaba Igor.

La delegación soviética se alojaba en un ala del hotel Palace, en el corazón de la ciudad. Los americanos estaban a milla y media de allí, en el D’Angleterre. Entre unos y otros corría Frederiksborg, una calle estrecha flanqueada de tiendas lujosísimas y grandes almacenes.

Los rusos procuraban siempre celebrar reuniones y almuerzos en el hotel americano para poder pasear por Frederiksborg. Las tiendas estaban llenas de géneros que no habían visto nunca: relojes, plata, porcelana, pieles. La gente era hermosa, sonreía y vestía bien, y todo ello encontrándose en un período de austeridad al final de una guerra. ¿Esto era decadencia capitalista?

Si el comandante O’Sullivan y los otros americanos e ingleses con los que había estado en contacto estrecho eran una prueba del imperialismo occidental, entonces esta prueba no tenía base. La mayoría de ellos procedían de cunas humildes y uno por lo menos de sus progenitores era oriundo de otro país. Eran hombres muy trabajadores, inteligentes y cordiales.

«¿Cómo me ha enviado Azov a esta misión?».

Igor recordaba el día en que se quejó a un comandante inglés porque los mineros de las minas de carbón del Ruhr estaban en huelga, retrasando los embarques de reparaciones para los rusos.

—Pero estos hombres tienen perfecto derecho a declararse en huelga, ya sabe usted —respondió el inglés.

—No tienen ningún derecho. Son alemanes y ustedes son la potencia de ocupación —insistió Igor.

—¡Pobres diablos, se desmayaban de hambre! Un minero no puede hacer una jornada de trabajo aceptable con dos mil calorías diarias. Es un magnífico signo de vigor que tengan arrestos suficientes para declararse en huelga.

En el Sarre, los estudiantes alemanes protestaban contra las normas de ocupación de los franceses. Un capitán francés se encogió de hombros.

—Los estudiantes siempre se manifiestan. Organizar manifestaciones es una prerrogativa suya. Desahoga las energías.

¡Maldito si se manifestaban los estudiantes en Moscú! ¿Cómo podía ser un signo de vigor el desobedecer a la autoridad? Durante toda su vida, Igor había acatado las órdenes sin protestar.

¿Cómo era posible que americanos, ingleses y franceses permitieran a los alemanes libertades que él, como ruso, no tenía?

Los americanos y los ingleses parecían tranquilos y despreocupados. Estaban muy seguros de sí mismos. ¡Quizá estaban muy seguros de su estilo de vida! O quizá los rusos no estaban seguros del suyo. ¿Sería que los rusos tenían miedo de sí mismos, se temían los unos a los otros?

Igor tenía el afán de conocer la verdad y se internaba por un terreno peligroso. Había trabado amistad con el comandante O'Sullivan. Si hubiera, al menos, una manera de hablar con él…

Aquella noche el capitán Iván Orlov, de la NKVD, estaba sentado ante su escritorio del hotel Palace, terminando un informe para sus superiores en el que comunicaba lo descubierto sobre los miembros de la delegación soviética cuya vigilancia le habían asignado.

Por fin al coronel Karlovy se le acercaban días malos. Durante todo el final de la guerra, Karlovy le había tratado como a una insignificancia, había hecho caso omiso de él, y hasta ahora Orlov no pudo acusarle de nada.

Ahora existían fundadas sospechas de que el coronel Karlovy adoptaba una actitud blanda con el Oeste e incluso se había hecho amigo del comandante O'Sullivan, ¡un espía americano!

¡Iván Orlov estaba satisfecho! Al fin y al cabo, a uno le asignan la tarea de vigilar a otro y no puede realizarla plenamente a menos que le sorprenda en algo. Iván soñaba con ascender una vez que hubiera entregado el informe.

Una llamada a la puerta. Un hombre bajo y cuadrado, con uniforme negro, se presentó diciendo que era el chófer del embajador soviético en Dinamarca.

—El embajador requiere la presencia de usted —dijo el chófer.

¡Iván se alborozó! ¡El embajador en persona! Quizá el general Lipski había hablado de su trabajo y el embajador quería retenerlo en Copenhague. ¡Qué idea!

Un «Mercedes» oscuro con un par de banderas rojas en cada guardabarros esperaba. A los pocos minutos, el coche salía de Copenhague por la parte norte, hacia la Riviera danesa, en dirección a Elsenor.

—El camarada embajador quiere celebrar la entrevista con usted en privado —dijo el chófer. —En Copenhague hay demasiados espías occidentales. Nos dirigimos a su residencia de verano.

Iván movió la cabeza, indicando que lo comprendía. Indudablemente, el chófer sería otro agente de la NKVD. Iván estaba demasiado bien disciplinado en los procedimientos de la policía secreta política para discutir las medidas de un embajador.

Una hora después empezaba en el gran restaurante Wivex, aterciopelado y lleno de espejos, que se hallaba en el Tivoli y era el mayor restaurante de Europa, la última de la serie de fiestas de despedida. Aunque era demasiado temprano para la temporada del Tivoli, en honor a la circunstancia encendieron el millón de lámparas con el fin de crear un país de hadas, de magia y de color.

Llegaron los participantes en la conferencia. Embajadores engalanados con elegantes fajas; generales y almirantes atascados debajo de sus condecoraciones y damas elegantes. La sala estaba llena de mesas, cada una con banderas de las diversas naciones; una orquesta danesa, en traje de etiqueta, interpretaba lamentos rusos, canciones de amor francesas, jazz americano y aires ingleses.

Largas mesas de *smorgasbord*, licores, cerveza de Carlsberg, empanadas abiertas de camarones enanos, jamón y queso, cubos de hielo con botellas de champaña…, todo ponía de manifiesto que se trataba de un banquete organizado por los vencedores.

El coronel Igor Karlovy, uno de los miembros más populares de la delegación soviética, se abría paso por la sala, estrechando manos, despidiéndose de belgas y polacos, holandeses y daneses. Igor notaba que sucedía algo anormal. Hacía media hora que estaba allí y no había visto a Iván Orlov… Empezaba a sentir que le faltaba algo.

La faz de Igor se iluminó al descubrir al comandante O’Sullivan, hablando con una muchacha danesa, a la que Igor había visto varias veces durante la conferencia en un balcón que daba sobre el Tivoli. Igor carraspeó.

O’Sullivan le presentó a *miss* Rasmussen, traductora danesa. La muchacha se excusó, comprendiendo que los hombres querían hablar en privado.

—Hemos organizado una fiesta particular para tan pronto como podamos, salir de aquí sin cometer una grosería. ¿Quiere venir con nosotros, coronel Karlovy?

—¿Quién estará presente?

—Unos guardiamarinas de la Embajada tienen una casa un poco apartada de la ciudad.

—Me temo que será imposible.

—Me parece haber oído casualmente que el capitán Orlov se ha puesto enfermo, o le ha pasado algo —dijo Sean. —Fijando la mirada en los ojos de Igor, añadió—: Orlov no aparecerá por aquí esta noche.

Cediendo a un impulso, Igor respondió:

—Pues, ¿por qué no, diablos?

Al sargento mayor de Artillería, Michael J. Flynn, USMC, de la guardia de la Embajada americana, le habían nombrado ayudante del comandante O'Sullivan durante la conferencia. Sean y su ayudante descubrieron que tenían muchas cosas en común, aparte el descender de padres irlandeses. Ambos eran del barrio Mission, de San Francisco, y ambos habían salido del mismo Instituto. Flynn le tomó afecto en seguida al comandante, recordando haberle visto boxear en la arena del viejo «Cubo de Sangre». El sargento y otros cuatro compañeros suyos hacían fondo común, gracias a lo cual habían podido alquilar una hermosa casa sobre el mar en Taarnby, suburbio de Copenhague.

El temor que invadió a Igor en el primer momento de ser invitado desapareció. Los americanos se portaban casi como niños en su deseo de confraternizar. Le cargaron de pequeños regalos y les consumía la curiosidad acerca de su historial de campaña.

Los *marines* iban todos acompañados por hermosas muchachas danesas. Sean iba con *miss* Rasmussen, pero Igor insistió en que no quería ninguna muchacha.

Era una reunión agradable. Desde el porche podían mirar hacia Suecia, al otro lado de las aguas y, en el cielo, brillaban mil millones de estrellas y el oleaje producía un rumor suave.

Todos se habían quitado la guerrera y bebían como camaradas de la misma graduación. Los *marines* hicieron bastantes chistes sobre la inferioridad del Ejército americano, a costa del comandante O'Sullivan, pero éste replicó adecuadamente. En cierta ocasión, el Servicio Secreto ruso advirtió a Igor que los *marines* americanos eran un cuerpo selecto similar a las SS nazis. Conociéndoles en este ambiente, no parecía posible. Eran muchachos sencillos procedentes de diversos puntos, y tres de cada cuatro habían sido heridos en los combates del Pacífico.

La sala de estar se hallaba a oscuras, excepto por la claridad que despedía la lumbre. Los *marines* y sus novias se sentaban en el suelo y cantaban. Uno de Wyoming tenía una guitarra y, acompañados por este instrumento, cantaron canciones inglesas populares y el «Dios los bendiga a todos», amén de otras sobre el «Corazón de Tejas».

El ritmo de la velada disminuyó y el *marine* de Wyoming entonó un canto espiritual de los negros americanos… diciendo que era un extraño que iba de camino

por una tierra lejana. Igor lo juzgó muy hermoso.

Luego cogió la guitarra de manos del *marine* y les cantó canciones rusas, y todos pensaron: «¡Qué tipo tan simpático!».

Era ya muy tarde, y los asistentes empezaron a marcharse de dos en dos.

Sólo quedaban Sean y *miss* Rasmussen, y las brasas del hogar se apagaban. Igor vio que *miss* Rasmussen miraba a Sean con ojos amorosos y que había llegado el momento de decirles adiós.

—Tengo que regresar a Copenhague, pero primero usted ha de decirme qué le ha ocurrido al capitán Orlov.

—Uno de los muchachos del destacamento de *marines* es hijo de padres rusos. En casa hablaban siempre ruso. Le hemos puesto un uniforme de chófer, hemos cogido un automóvil del depósito de la Embajada y hemos sujetado un par de banderas rojas en los guardabarros. El capitán Orlov ha sido trasladado a Elsenor a ver al embajador soviético.

—Pero…, pero…, el embajador estaba en el Wivex esta noche.

—¡No me diga!

—Pero…, pero…

—El chófer ha llevado a Orlov al castillo de Hamlet y le ha dicho que llamase a la puerta del recinto. El coche se ha marchado. Bien, como Orlov habla ruso, nos hemos figurado que le costaría un trabajo infernal encontrar a un danés que también lo hable. Estará de regreso en Copenhague mañana a cualquier hora del día…, si tiene suerte.

Igor Karlovy se rió hasta que le dolió el estómago y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡El canalla estúpido! —Orlov estaba, probablemente, redactando un informe denunciándole, y ahora ya no podría entregarlo, porque tendría que confesar que había caído en una trampa de los americanos. Cuando Igor volvió a ser dueño de sí mismo, consideró que era hora de que se despidiese.

—Ha sido un viaje muy agradable, comandante O’Sullivan.

—Hasta la vista, coronel.

Sean salió tempestuosamente del sueño, buscó a tientas la lamparilla de noche y la encendió.

Igor Karlovy estaba de pie a su lado, borracho de remate.

—¡So truhán! ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Pienso irme —contestó Igor—, ¡pero primero he de saber por qué quieren destruirnos!

—Porque, so canalla simplote, ¡nos pirramos por la última moda de Moscú!

CAPÍTULO XVIII

EL Ejército americano había desfilado por delante de la tribuna de las autoridades entonando el «The Stars and Stripes Forever». La guardia de honor, un equipo, instructor selecto, formado por negros, seguía a la banda en doble cadencia, ejecutando una marcha complicada.

El mariscal Alexei Popov agitaba la mano admirativamente. El ruso estaba de un humor jovial. Grandes medallas adornaban su guerrera, de axila a axila y desde la garganta hasta el ombligo. Seguían detrás elementos de la poderosa II División Acorazada Americana, con las cadenas de sus tanques levantando un estrépito prolongado.

Junto a Popov se sentaba el subteniente general Andrew Jackson Hansen, primer gobernador militar suplente. Hansen volvió la mirada del recuerdo a un año atrás. El presidente se encontraba en Berlín para participar en la Conferencia de Postdam y su coche iba en medio de las dos apretadas hileras de tanques de una división entera. Era un alarde de la potencia de los Estados Unidos. Al poco tiempo, partes de la división se retirarían de Berlín, reduciendo una vez más la guarnición.

Un año atrás, al final de la guerra, había tres millones de soldados americanos en Europa. Ahora, menos de una tercera parte de este número, y cada día se marchaban más todavía. La marea proseguía para devolver los muchachos a sus hogares, y ¡al diablo los compromisos en Europa! Hansen había expuesto y suplicado en un concejo tras otro, sosteniendo que era preciso dejar en Europa veinte divisiones. El Congreso iba en cabeza del desfile de oídos sordos.

He ahí el motivo de que el mariscal Popov estuviera de un humor excelente. Los técnicos soviéticos habían predicho siempre la retirada de los americanos, los cuales pronto serían demasiado débiles para resistir una presión concertada.

El desfile conmemorativo en el primer aniversario de la ocupación de Berlín era una exhibición pública de unidad. Al principio los berlineses miraban a los americanos como a sus libertadores, pero pronto se quedaron sorprendidos. Durante el primer año en la Kommandatura de Berlín y en el Concejo Supremo Alemán, parecía que los americanos hacían todo lo posible por complacer a los rusos.

El coronel Neal Hazzard estaba en la fila de detrás de Hansen, al lado de su adversario, el brigadier Trepovitch. La última filípica de los rusos tuvo por blanco la formación por parte de los americanos de un programa de deportes para los niños alemanes, con instructores y entrenadores del Ejército de los Estados Unidos.

Trepovitch clamaba que con aquello intentaban estimular el renacimiento del militarismo alemán. Pero cuando el ruso vio cómo los niños se apiñaban alrededor de los soldados americanos, quiso instituir un programa similar en el sector ruso.

Neal Hazzard solía decir que sabía la causa de por qué el caballo fuese la pieza de ajedrez que los rusos utilizaban preferentemente.

—Es lo mismo que un ruso. Puede moverse en ocho direcciones distintas…, todas ellas torcidas.

Mientras los gaiteros de un regimiento rico en tradiciones inundaban las calles con sus lamentos, Neal Hazzard se preguntaba hasta qué punto empujarían los rusos, antes de que empezaran a retroceder.

—Neal —dijo el general Hansen—, estamos contentos del curso de las elecciones libres en Hesse, Baviera y Wurtemberg-Baden. Me gustaría insistir para que se celebren en Berlín.

—Hay una diferencia, señor. En la zona no tenemos rusos con quienes contender.

—La Constitución será presentada en breve. Aluda a ella en la Kommandatura.

—Sí, señor.

Hazzard sacó el tema a colación, esperando que Trepovitch se opondría.

El ruso volvió, a la reunión siguiente, con instrucciones, y, ante la sorpresa de todos, propuso que se celebrasen elecciones en una de las primeras fechas de octubre.

Neal Hazzard y se quedó desconcertado y acudió a O’Sullivan en busca de consejo.

—Los rusos quieren elecciones, sin duda —respondió Sean. —Todos las queremos, aunque por motivos diferentes. Nosotros las queremos para transferir nuestras responsabilidades. Ellos las quieren con el fin de parapetarse.

—¿Cómo es que creen que pueden ganar?

—Juegan con nosotros con una baraja amañada.

—Después de lo que le han hecho a esta ciudad, no pueden ganar —insistió Hazzard.

—Han calculado, coronel, que nosotros no moveremos un dedo para ayudar a los partidos libres. En cambio ellos los desmoralizarán hasta hacerlos papilla.

La suposición de Sean se basaba en la manera cómo los comunistas habían asfixiado a la oposición política en la zona rusa de Alemania. En una ciudad tras otra, los dirigentes del partido demócrata habían sido coaccionados hasta que entraron en el frente antifascista. El modelo era siempre el mismo. Para la galería, a veces ostentaba el cargo de alcalde un demócrata o un miembro del partido cristiano, pero siempre flanqueado por lugartenientes como Heinz Eck. Y la policía, la educación, la propaganda y el control de los comestibles estaban en manos comunistas.

Después de la escocedura que les produjo la rebelión de Ulrich Falkenstein, los comunistas emprendieron la tarea con los demócratas del sector ruso de Berlín, donde el Oeste no podía operar. Un terror sistemático decapitaba la dirección de los partidos demócrata y cristiano.

A pesar de las súplicas de Falkenstein, en los primeros tiempos, su partido fue cuarteado.

Al ver que el Oeste no se oponía, Trepovitch presentó luego la petición de que se

autorizase al frente antifascista como grupo político en todo Berlín «puesto que existía en la zona soviética».

Desde Inglaterra, el Partido Laborista, primo hermano de los demócratas alemanes, presiono a los oficiales de ocupación ingleses para que se opusieran con mayor energía. El coronel T. E. Blatty fue el encargado de contestar negativamente en el asunto del frente antifascista.

Después el francés Jacques Belfort adoptó una postura firme y dijo que Francia no reconocería al frente antifascista más que como una prolongación del Partido Comunista. Éste fue el primer y débil principio de una resistencia.

En el Cuartel General americano, oficiales aislados como Sean O'Sullivan actuaban por propia iniciativa, ayudando a los partidos libres de una docena de maneras «extraoficiales».

En su mayor parte, el Oeste siguió sin hacer nada efectivo, mientras Rudi Wöhlman y Heinrich ponían en marcha una campaña que habría dejado chiquito, en comparación, al muñidor de votos más desvergonzado.

Rusia, que tenía en sus manos la única emisora de radio de Berlín, se negaba a conceder a los partidos libres ni un solo minuto de sus emisiones.

El barrio de Mitte, centro de la ciudad, empezó a tomar el aspecto de Moscú al llegar el primero de mayo. De casi todas las paredes colgaban banderas con unos colores rojo y blanco retadores.

¡La Unión Soviética es la amiga del pueblo trabajador alemán!
¡Libertad y democracia a través del Partido Popular Proletario!
¡Rechazad a los fabricantes de guerras!
¡La nueva Alemania marcha al paso con nuestros hermanos soviéticos!
¡Reconstruid Alemania a través del progreso del Partido Popular Proletario!
¡Nosotros estamos al lado de los trabajadores!

Camiones con altavoces llenaban los barrios rusos, y sus periódicos y octavillas inundaban la ciudad entera.

Sesenta días antes de las elecciones, la Radio del Pueblo anunció que la benévola Unión Soviética suministraría toda la fruta y las hortalizas para Berlín.

Bajo los auspicios del Partido Popular Proletario, hubo un alarde de víveres gratuitos como no se había visto en muchos años.

En las fábricas se distribuyó, también gratuitamente, cigarrillos del Partido Popular Proletario.

En las escuelas, bajo la dirección de Heinrich Hirsch, regalaban lápices con las iniciales del partido y libretas con los retratos de Marx, Lenin y Stalin, amén de citas adecuadas. A los niños se les daba lecciones acerca de cómo hacer votar a sus padres.

Las Escuadras de Acción, siempre tan esmeradamente atendidas, se lanzaban en cualquier circunstancia a participar en desfiles y manifestaciones «espontáneas».

El aspecto se puso feo. Las SND de Schatz secuestraban y apaleaban descaradamente a los candidatos de los partidos libres. La osadía de las Escuadras de Acción creció hasta el punto de poner en fuga concentraciones de los partidos libres en el interior mismo de las zonas occidentales.

Los demócratas-cristianos y conservadores que querían hablar en el sector ruso se veían obligados a presentar sus discursos de antemano y a poner sus vidas en peligro cuando cruzaban la demarcación. Con gran frecuencia, las concentraciones de los partidos libres en el sector ruso eran canceladas en el último momento so pretexto de una infracción imaginaria.

Hansen veía cómo la situación empeoraba hasta el punto de que los americanos parecían unos tontos condenados. No tenía confianza ni en Falkenstein ni en los demócratas, pero tampoco sabía justificar la continuación de los americanos en la ciudad si permitían que los comunistas se hicieran dueños del mando. Su propio personal discutía enconadamente sobre el objetivo de la misión americana. Un grupo, formado principalmente por consejeros de su Departamento de Estado, creía que habían de estar al lado de los rusos a cualquier precio. Neal Hazzard era el jefe de la oposición, exigiendo que América actuase en pro de los partidos libres.

Hansen pidió instrucciones al Pentágono y al Departamento de Estado. *¡No tenían una política clara en lo tocante a las elecciones de Berlín!*

Cinco semanas antes de la votación, un candidato del partido demócrata del barrio de Köpenick, en el sector soviético, desapareció. Días más tarde, su cuerpo emergió en el lago Müggel.

El 5 de setiembre, un mes antes de las elecciones, tres millones de berlineses escucharon un sonido nuevo.

«Llama la RIAS. Ésta es la emisora de radio del Sector Americano. Ésta es la voz de la libertad».

El micrófono pasó luego a Ulrich Falkenstein, quien comenzó con un grito de combate:

—¡Berlineses!

Había empezado la «Operación Réplica».

CAPÍTULO XIX

BERLÍN estaba lleno de soldados que regresaban a sus lares y de otros en tránsito, procedentes de la Unión Soviética. Se les veía extenuados y flacos, la mayoría sin calzado y con los pies envueltos en grandes harapos. Los uniformes, en otro tiempo tan arrogantes, aparecían destrozados y despedían mal olor. Los hundidos ojos y las caras descarnadas narraban relatos espantosos.

La mayoría de berlineses les ignoraban en absoluto. En otro tiempo, aquellos soldados habían marchado al frente como un símbolo de la superioridad alemana. Ahora volvían a rastras. La tradición militar prusiana no concedía ninguna gloria a los que volvían derrotados.

Otros prisioneros de guerra llegaban del Oeste. Éstos eran más afortunados. Entre ellos se encontraba Gerd Falkenstein.

—¡Gerd! ¡Gerd está en casa!

Ernestine se echó en brazos de su hermano. Herta se estrujaba las manos y lloraba, y Bruno desasió una de su hijo y la estrechó vigorosamente.

—¡Oh, Dios; oh, Dios!

—¡Hijo! ¿Cómo nos has encontrado?

—Por la Cruz Roja Americana. Son muy eficientes. ¡Miren a Hilde! ¡Eres toda una mujer!

—¡Entra! Entra. No te quedes en el pasillo.

Gerd depositó en el suelo todos sus bienes terrenales: una sola mochila. Sus familiares le cogieron de los brazos, le hicieron entrar en la habitación y le rodearon. Tenía bastante buen aspecto; estaba delgado y un poquitín moreno. Llevaba un uniforme ajado, pero limpio, y los zapatos nuevos.

—Tienes un gran aspecto —dijo la madre, llorando.

Gerd sonrió.

—Si han de caer prisioneros, por lo que más quieran, que sean prisioneros de los americanos. ¿Qué ha sido de nuestra casa? ¿La bombardearon?

—La ocuparon los americanos, pero no hablemos de estas cosas ahora.

La comida era aceptable y hubo lo suficiente para llenar el estómago de Gerd. Los demás escucharon sus aventuras.

Gerd reconoció que había tenido suerte. El nido antiaéreo donde servía en la costa de Normandía recibió un impacto directo durante un bombardeo naval inglés.

—Pasé tres días inconsciente. Cuando desperté, estaba en un barco, hospital americano, en la sala de los prisioneros.

El resto de la historia se reducía a que le internaron en un campo de Maryland donde le daban la comida más decente que había engullido desde que salió de casa, trabajaba en una brigada de reparación de carreteras, le instruían y contaba con buenas diversiones.

—Es un pequeño milagro, pero aquí estamos todos juntos otra vez.

Ea, todos… todos no. Gerd preguntó por sus antiguos amigos. Habían muerto, estaban gravemente mutilados o continuaban ausentes, en Rusia.

—Me apena lo de Dietrich Rascher. Era un muchacho excelente.

Ernestine palideció. A Gerd le agradó que todavía llorase a Dietrich. Esto animaba, después de todo lo que le habían dicho de las muchachas alemanas de la postguerra.

—Conviene que sepas —dijo su padre— que tu tío Wolfgang tomó parte en la conjura contra Hitler y le ahorcaron.

Gerd encajó la noticia sin manifestar la menor emoción.

—Más pronto, o más tarde, tenía que morir así.

Luego todos se acomodaron, y Gerd volvió a empezar sus aventuras desde el principio. Habló de las victorias en Africa del Norte, cuando triunfaban, y del derrumbamiento en los Países Bajos y Francia. Sus manos dibujaban figuras de la brillante estrategia, las hordas de «panzers», la furia de la Luftwaffe. Ernestine observaba los ojos de su padre mientras Gerd describía el desfile bajo el Arco de Triunfo de París. Bruno tenía una expresión como no la había tenido desde antes de Stalingrado.

La joven notaba que se le hundía el suelo debajo de los pies. Después del calor del primer saludo, Gerd parecía distante; en su voz vibraban el cinismo y la arrogancia.

—Tu tío Ulrich está aquí, en Berlín.

—De modo que todavía vive. Apenas le recuerdo.

—Se ha portado muy bien con nosotros —se apresuró a decir Ernestine.

—¿Y por qué no? Durante años tuvimos que soportar la vergüenza de ser parientes suyos.

—Ahora las cosas han cambiado. Tío Ulrich es un hombre importante.

—¡Qué raro! —dijo Gerd. —Nosotros, los alemanes decentes, terminamos viviendo así, o peor, como esos pobres diablos de la calle, y a los traidores les han regalado la nación.

Bruno escuchaba a su hijo con un brillo cálido en los ojos. Era una música que no había oído durante mucho tiempo.

El día siguiente era domingo, pero sus padres habían de trabajar. Hilde se excusó bajo el pretexto de que tenía una cita con una chica y no podía faltar.

Ernestine y Gerd salieron de paseo. El aire cortaba. Se tenía la impresión aterradora de que el invierno sería severo. El gris constante del cielo de otoño bajaba del firmamento hasta las cimas de los arruinados edificios. Los dos hermanos anduvieron hasta encontrarse en su vieja calle de Dahlem y se pararon delante de su antiguo hogar.

—¿Quién vive aquí?

—Cuatro oficiales americanos.

—Bien, es mejor que si fuesen rusos. Nos la devolverán antes de lo que te figuras.

—No te atormentes, Gerd. Vayámonos de aquí.

Se internaron por el Grünewald, cuyos senderos estaban llenos de hojas brillantes que se caían. La miseria de Berlín quedaba escondida por unos momentos.

Luego doblaron hacia el Kummer See, uno de los lagos más pequeños. Gerd silbaba «Izad la Bandera», la canción de marcha de la SA, conocida por «*Horst Wessel*».

—No debes silbar esta canción —dijo Ernestine trastornada. —Está prohibida.

—¿Prohibida? ¿Nuestra propia música prohibida?

—Por favor, Gerd, son muy estrictos.

Llegaron a la orilla del lago y se sentaron en una piedra.

—¿Recuerdas los campamentos, Erna? La Juventud Hitleriana. El aire se llenaba de esta música, entonces.

—Durante los bombardeos, yo venía siempre aquí y me sentaba cerca del lago —dijo ella. —Dietrich y yo solíamos navegar por él. Gerd…, aquellos días han pasado.

—¡Viva el héroe conquistador! —exclamó él con voz cáustica. —Vaya confusión la de esta ciudad. Pero no temas, Erna. Aquellos días volverán, y la próxima vez no cometeremos los mismos errores.

—No habrá una próxima vez, Gerd.

—Claro que la habrá.

—¿Sabes lo que nos pasó en Stalingrado?

—Un error estratégico.

—¿Sabes lo que le pasó a Berlín los cien días últimos?

—No sucederá nunca más.

—¡Gerd! Hilde, mamá y yo fuimos violadas por soldados rusos. Ya tenemos bastante.

Gerd apretó los labios.

—Por esto habrá una segunda vez. Sólo que ahora escogeremos unos aliados mejores que esos canallas italianos llorones. Los americanos estarán a nuestro lado. Son fuertes, pero al mismo tiempo ingenuos. Nosotros dirigiremos la alianza.

—¡Gerd! ¡Los alemanes han de cambiar de procedimientos!

—¿Cómo, Erna? ¿Crees que un viejo loco que chochea como tío Ulrich puede dirigir al pueblo alemán? ¿Crees que al pueblo alemán podrán tenerlo sometido? Poseemos energía y cerebro. No somos esclavos negros, ni judíos que lloriquean. —Y se rió con ironía. —Hasta esta destrucción tendrá sus compensaciones. Hay que construir casas y fábricas, y necesitaremos máquinas y cañones. Esto dará trabajo y prosperidad a la nación. La destrucción total significa reconstrucción total.

—¡Por amor de Dios! ¿No estás enterado de lo de Auschwitz?

—Naturalmente. En el campo de prisioneros, los americanos daban clases llamadas de reorientación hacia la democracia. Se nos hablaba largamente de nuestros malvados procedimientos. Los prisioneros bromeábamos con ello.

—¿No te avergüenza?

—¿Por qué habría de avergonzarme? ¿Qué hice yo? Por lo demás, no pretendamos que de súbito amemos a los judíos porque perdimos la guerra. Considero una pena que no los matásemos a todos.

Ernestine saltó fuera de la piedra. Gerd la cogió. Al sentir el contacto de aquella mano, la muchacha se puso rígida.

—Dietrich Rascher me decía siempre que te tomas las cosas demasiado en serio —dijo Gerd.

Hilde se ponía cada vez más nerviosa cuando estaba con Elke Handfest. La mano de Elke le estaba tocando continuamente, oprimiéndole la pierna, rozándole el seno. Una noche Hilde pidió a Fritz Stumpf que no le señalara más citas junto a Elke.

Pero ya no estaba en situación de presentar demandas; sus días de abeja reina habían pasado. Berlín estaba lleno de colmenas y de abejas reinas. Las mujeres pertenecían a demasiadas variedades y los hombres eran demasiado volubles. Era un eco de la orgía desatada locamente por toda Alemania.

Hilde empezaba a sospechar que Fritz Stumpf le restaba citas intencionadamente. Noche tras noche, se sentaba sola en un reservado del *cabaret* de París, mirando con amargura a las muchachas nuevas, oía las mismas canciones de siempre, escuchaba las mismas quejas. Sus citas eran con oficiales de poca graduación y clases de tropa. Pocos americanos y más rusos. Hilde empezó a temer que perdía la belleza. Necesitaba beber un poco para conservar la compostura.

Cuando concertaba una cita buena, era siempre en compañía de Elke. Esto la ponía nerviosa, y necesitaba unos cuantos tragos antes de salir del *cabaret*.

Hilde acariciaba la idea de abandonar el «París». Pero sabía que todos los establecimientos similares que contaban con buenas relaciones cooperaban entre sí. ¿Y qué pasaría si salía por su cuenta y riesgo y volvía a sufrir un contagio? Sólo una persona como Stumpf podría proporcionarle penicilina.

Si probaba de marcharse, exponía a su tío Ulrich al riesgo de un chantaje, o, peor aún, podía acarrearse un daño físico a sí misma. Fritz Stumpf tenía a su alrededor unos cuantos tipos de la calaña del expúgil Hippold. Se decía que Hippold tenía la especialidad de utilizar el cuchillo para llenar de cicatrices la cara y el cuerpo de una muchacha. La idea de que alguien estropease su hermoso cuerpo empezó a provocarle pesadillas como las que sufría su hermana Ernestine. En aquellos sueños, le cortaban con vidrios y unos dientes de animales la desgarraban.

Ahora ya estaba enterada de la existencia del cuarto aterciopelado del piso de Stumpf, a quien la herida recibida en combate había dejado impotente. Para Stumpf el placer consistía en contemplar a unas mujeres, por parejas, en el cuarto aterciopelado mientras un trío interpretaba música de Bach y un actor anciano leía poesía de Schiller y de Heine. Hilde se encogía de miedo, puesto que Stumpf llamaba a menudo a media docena de muchachas sin citas para que fuesen a su piso.

El regreso de Gerd también suscitaba problemas. Hilde se acordaba de las

advertencias de Ernestine de que estaba matando la posibilidad de vivir una existencia normal con un muchacho alemán. Las probabilidades que la quisiera un americano se esfumaban.

Los días siguientes al regreso de Gerd, Hilde empezó a beber copiosamente. A veces el hombre que la había citado la encontraba enojada; otras, llena de remordimientos y quejándose de su terrible situación. Había emprendido el camino que ya en el comienzo Elke le previno que no debía seguir.

—El señor Stumpf quiere verla —dijo Hippold.

Fritz Stumpf ya no estaba amable ni cortés con ella.

—Hilde —le dijo—, tu cuenta en el bar se vuelve demasiado elevada. La semana pasada bebiste más de lo que ganaste.

Hilde era hermosa todavía, pero el atractivo infantil se había endurecido, y ya no podía representar el papel de muchacha ingenua.

—Usted no me proporciona bastantes citas.

—En Berlín hay más de un cuarto de millón de chicas hermosas. Miles de ellas cambiarían su puesto contigo inmediatamente. ¿Necesitas un trago ahora, Hilde?

—Sí.

Hilde empleaba las dos manos para tener el vaso seguro.

La vocalista cantaba la vieja canción de teatro del Kurt Keill de Berlín:

Oh, los dientes del tiburón,
¡Cómo muerden…!

—Más tarde damos una pequeña fiesta en mi casa —dijo Fritz Stumpf. —Algunas amigas tuyas estarán allí. Elke me ha pedido encarecidamente que te invitase. Acaso tengas una sorpresa. Tu situación podría mejorar otra vez. ¿Irás, Hilde?

Ella cerró los ojos y movió la cabeza afirmativamente…, sí.

CAPÍTULO XX

UNA semana antes de las elecciones, el tiempo empezó a enfriarse.

En el palacio de Postdam del comisario V. V. Azov, Rudi Wöhlman y Heinrich Hirsch se ocupaban de los planes finales de la campaña.

—Es la hora de la radio americana —dijo Azov. Encendió el aparato y, después de sintonizar la RIAS, empezó a pasear muy despacio, con las manos enlazadas detrás y los ojos fijos en el suelo.

—Ésta es la Voz de la Libertad.

Rudi Wöhlman empezó a reírse El costado derecho de la faz del comisario se contrajo levemente. Heinrich Hirsch se preparó para garabatear unas notas.

—Ésta es la RIAS, la Emisora del Sector Americano. La voz que escucharán a continuación será la del coronel Neal Hazzard, comandante del sector americano.

Azov interrumpió el paseo y se quedó de pie ante el receptor.

—Amigos míos: Siguiendo la pauta de la política americana de informar de la verdad al pueblo de Berlín, voy a desenmascarar la última mentira escrita en el periódico soviético *Taglische Rundschau* de ayer. El artículo de Heinrich Hirsch daba cifras falsas sobre la contribución de las cuatro potencias ocupantes en el suministro de víveres a Berlín. Las aportaciones soviéticas han ascendido a un diez por ciento del total, a pesar de que en el sector soviético vive un tercio de la población. Además, los suministros entregados por los rusos fueron traídos por entero de la zona rusa de Alemania. Durante el primer año de ocupación, los Estados Unidos han gastado sesenta millones de dólares, salidos de los bolsillos del pueblo americano, para traer víveres a esta ciudad…

Azov cerró la radio bruscamente, volvió a su escritorio y se puso a tamborilear con los dedos. El retrato del camarada Stalin parecía mirarle con ojo colérico.

Wöhlman se limpió las gafas y se las puso otra vez.

—La RIAS vale para molestar un poco, pero no surtirá ningún efecto sobre las elecciones.

Wöhlman tenía motivos para estar bien seguro. Había puesto en marcha una campaña electoral clásica, en la que los halagos se mezclaban con las amenazas. Dales pan con la diestra y empuña un palo con la siniestra.

—Continuemos —dijo Azov, quisquilloso.

Heinrich Hirsch había planeado un final de campaña en torbellino. Las manifestaciones de costumbre, discursos, una inundación de literatura.

—Además, contamos con los acontecimientos especiales. Cuatro días antes de las elecciones llegará un tren de quince vagones de trigo y patatas, que serán distribuidos con una publicidad extraordinaria.

Todavía más. Diez mil toneladas de carbón de Silesia se esperaban para el invierno.

El cohete final estallaría dos días antes de la elección. Las SND de Schatz habían «persuadido» a cinco candidatos demócratas para que se sumasen al frente antifascista, autorizado solamente en el sector ruso. Los cinco anunciarían su decisión casi a la hora de votar.

Sobre el papel, todo parecía perfecto. Sin embargo, Azov no estaba completamente seguro. El brigadier Trepovitch había comunicado que, en la Kommandatura, la actitud del Oeste se volvía más firme. Además, el personal del Gobierno Militar occidental tenía demasiada experiencia en materia de elecciones libres para dejarse coger en una trampa. El intento ruso de que hubiera papeletas de color distinto para cada partido había fracasado.

El Oeste insistía en que Trepovitch presentase una lista de los electores que pudieran ser candidatos y que en el acto de votar se estampillase la cartilla de racionamiento del votante para que cada uno de éstos pudiera depositar una sola papeleta.

En cada centro electoral del sector ruso había funcionarios ingleses, franceses y americanos… El asunto se presentaba condenadamente difícil.

—Esos gestos burgueses no me inquietan —dijo Wöhlman.

Mientras Wöhlman rezumaba confianza, Heinrich Hirsch meditaba. Hombres como Wöhlman, Azov, Schatz y Eck los había conocido toda la vida. En determinado momento perdían la facultad de fabricar procesos personales de pensamiento y sus mentes quedaban completamente dominadas por el pensamiento del partido. Funcionaban sin un vestigio de cólera, curiosidad ni protesta en su ser. Eran incapaces de formarse conceptos de justicia o injusticia.

Los hombres que no tenían dentro de sí mismos ni cólera, ni curiosidad, ni protesta no podían comprender que estos sentimientos existieran en otras personas.

A pesar de la instrucción recibida, Hirsch no había perdido estos rasgos por entero. Temía que los esfuerzos realizados por ellos habían sido un engaño tan prístino que el pueblo de Berlín se agolparía detrás de Falkenstein, en desafío abierto a los rusos.

Azov estaba mirando a Hirsch. El joven había despertado sus sospechas, pero poseía una mente mucho más perspicaz que la de Wöhlman.

—¿Qué opinas tú, camarada Hirsch?

—No puedo compartir del todo la confianza del camarada Wöhlman. Deberíamos vencer arrolladoramente. Sin embargo, es necesario que la víspera de las elecciones realicemos un último gesto impresionante.

—Pero hemos gastado millones de rublos para traer víveres y carbón.

He ahí lo que inquietaba a Hirsch. En las negociaciones sobre el carbón, con los ingleses, se veían obligados a sostener la tesis de que la Unión Soviética no podía obligar a los polacos a entregar carbón de Silesia. En cambio, cuando Azov lo necesitaba como propaganda electoral, la soberanía polaca no existía.

¿No resultaba demasiado llamativa esta inundación de víveres de última hora,

cuando todo el mundo sabía que los americanos habían traído el racionamiento durante más de un año? Y ahora los occidentales contaban con la RIAS para dar su versión. ¿Habían subestimado la RIAS?

—Camaradas —dijo Hirsch—, creo estar en posesión de la clase de mensaje que los berlineses comprenderán.

Dos días antes de las elecciones, el plan de Heinrich Hirsch se puso en obra. La Unión Soviética controlaba las líneas de traída de energía eléctrica de los sectores occidentales.

Al anochecer, los habitantes del barrio de Steglitz descubrieron que no tenían electricidad.

Veinte minutos después se apagaron las luces en los barrios franceses de Wedding y Reinickendorf.

Una hora más tarde los barrios ingleses centrales de Tiergarten y Charlottenburg estaban sumidos en la oscuridad.

Barrio por barrio, sucesivamente, las luces se apagaron en una silenciosa maniobra electoral de última hora. Sin la electricidad rusa no habría industria, ni transportes, ni eliminación de las aguas residuales, ni comunicaciones, ni escuelas, ni hospitales.

El día 20 de octubre de 1946 fue un día tétrico, de frío y llovizna. Por primera vez en el espacio de diez años, los berlineses acudieron a las urnas. La riada de gente que había salido de sus casas se traducía en unas colas de kilómetros de longitud, apretujándose en busca de calor contra las primeras auténticas dentelladas del invierno. La gente se agolpaba alrededor de las cajas de papeles para elegir la nueva Asamblea municipal de ciento treinta miembros.

Al alba del día siguiente, una voz ahora ya familiar, despertó al pueblo de Berlín:

—Ésta es la emisora RIAS. Los resultados de las elecciones de ayer fueron los siguientes:

»Partido Demócrata, un millón quince mil votos, que le otorgan sesenta y tres puestos en la Asamblea, con un total de cuarenta y nueve por ciento de votantes.

»El Partido Cristiano ganó el segundo lugar, con más de cuatrocientos sesenta mil votos, que le aseguran veintinueve puestos en la Asamblea y representan el veintidós por ciento de los votantes.

»Tercero, los comunistas, bajo el nombre de Partido Popular Proletario, recibieron cuatrocientos mil votos, veintiséis escaños y el diecinueve por ciento de los votantes.

»El Partido Conservador obtuvo el total de doce escaños, con ciento noventa y cinco mil votos, que constituyen el nueve por ciento de los sufragios.

»Los partidos libres han tenido una victoria arrolladora, acaparando el pasmoso total del ochenta y uno por ciento de los sufragios.

CAPÍTULO XXI

LA dolorosa derrota en las urnas planteaba a V. V. Azov un nuevo problema táctico. Se daba cuenta de que la Asamblea de Berlín jamás elegiría a un alcalde comunista, por lo cual ponía todo su peso en retener al viejo demócrata Berthold Hollweg, a quien podían dominar.

El comunista Heinz Eck no logró llegar más arriba de segundo teniente de alcalde.

En la Kommandatura se añadió un nuevo motivo de fricción cuando Nikolai Trepovitch ordenó investigar la procedencia de gran número de miembros de la Asamblea pertenecientes a los partidos libres, por «sospechar que tenían un pasado nazi». De este modo podía evitar que ocupasen sus cargos.

Aunque el Oeste permaneció pasivo, después de las elecciones, la primera ruptura franca entre América y la Unión Soviética sucedió aquel agitado otoño de 1946.

Los berlineses estaban convencidos de que los pocos gestos del Oeste no tenían otro objetivo, por añadidura, que el de salvar la faz. Entre unos y otros las relaciones eran frías.

En todos los estamentos sociales seguían notándose repercusiones de los resultados del sufragio. En la Universidad había empezado una protesta sorda, que cada día se intensificaba más.

Heidi Fritag y Matthias Schindler tenían una herencia en común: la de que los nazis habían asesinado a los padres de ambos.

Heidi era mitad judía y su padre fue profesor de la Universidad. Excepto por esta «mancha» en su ascendencia, la apasionada muchacha era, en lo físico, la encarnación del sueño ario de Hitler: alta, rubia, seno opulento. Cuando se llevaron a su padre, Heidi y su madre vivieron recluidas en medio de la casta a la que las condenaba el ser esposa e hija respectivamente de un judío.

La historia de Matthias Schindler era un horror continuado. Su padre había sido una figura del Partido Demócrata de Brandenburgo. Ya en los comienzos del régimen le enviaron a Dachau como indeseable político y su mujer murió poco después. Matthias fue internado en una serie de campos de trabajo para hijos de presos políticos y judíos. El final de la guerra le encontró, después de sobrevivir a una docena de campos, trabajando como obrero esclavo en las Industrias Krupp. La defunción de su padre se confirmó después.

La Universidad poseía una tradición que se remontaba hasta siglo y medio atrás y contaba con nombres tan respetados como Humboldt, Niebuhr y los hermanos Grimm. La guerra había saqueado muchos de los edificios de la Unter den Linden.

Heinrich Hirsch restableció la Universidad en el sector ruso y nombró un rector comunista, llenó el claustro de profesores, textos y planes de estudios cuidadosamente escogidos para convertirla en una escuela de marxismo.

A los estudiantes nuevos los seleccionaban minuciosamente. Tanto Heidi Fritag como Matthias Schindler estaban limpios de máculas nazis y se los creía prorusos.

Los profesores que regresaban, igual que muchos de los estudiantes antiguos, no encajaban bien en el cuadro que Hirsch se había trazado de aquella institución, y empezaron a quejarse a los americanos, pidiendo que se liberalizase los estudios.

En el otoño de 1945 la policía americana había tenido que cooperar con los rusos, aun a costa de lo que fuese. Neal Hazzard planteó en la Kommandatura la cuestión de la Universidad, adoptando el punto de vista de que debía estar bajo el control de las cuatro potencias.

Trepovitch tomó una vez más una postura inalterable. Hazzard abandonó el asunto. Los rusos adoptaron la posición de que la Universidad se encontraba en el sector ruso y que no interesaba para nada al Oeste.

Durante el año 1946, Hirsch consolidó su dominio. Todos los estudios políticos, históricos y filosóficos arrancaban de la base de Lenin y Marx. Todos los clubs de estudiantes estaban bajo el dominio de jóvenes comunistas del recinto universitario.

Tanto los estudiantes como los profesores eran sometidos a fuertes presiones para que tomaran parte en actividades comunistas. A menudo se amenazaba a los estudiantes con expulsarles, si no asistían a conferencias especiales y manifestaciones conjuntas, y si no trabajaban gratis para las Escuadras de Acción.

Después de elegida la Asamblea de Berlín, en el otoño de 1046, se retiró del servicio de educación del *Magistrat* a cierto número de comunistas. Entre los estudiantes y los profesores no comunistas surgió un movimiento pidiendo reformas.

Heinrich Hirsch puso en juego las tácticas clásicas dictadas por Lenin. A la luz de las elecciones y el espíritu de la época, procedió a una retirada pasajera e hizo cierto número de concesiones menudas y sin importancia.

La agitación continuó. Heidi Fritag y Matthias Schindler emergieron como jefes de la oposición, sobre la cresta de una oleada de inquietud. Ambos se dirigieron personalmente al coronel Hazzard, solicitando un permiso americano para formar un Club de Estudiantes Demócratas dentro de la Universidad y para editar un semanario. Aunque los edificios estuvieran en el sector ruso, la medida estaría de acuerdo con el supuesto de que la Universidad se hallaba, en justicia, bajo el control de las cuatro potencias.

Hazzard advirtió a los jóvenes que se pondrían en peligro y estarían fuera del alcance de la protección americana, pero ellos continuaron inconmovibles.

La RIAS y el periódico americano anunciaron que se concedía permiso para la formación del club y a continuación publicaron una llamada de Heidi Fritag insistiendo a los estudiantes para que se inscribieran. Lo que vino luego cogió desprevenido a Heinrich Hirsch. Más de la mitad de los estudiantes entraron en masa en el Club Demócrata.

En la Kommandatura, Nikolai Trepovitch soltaba pestes contra la organización «ilegal» y prometió desarticularla. Neal Hazzard no cedió.

A los pocos días se imprimía y repartía el primer número del periódico del Club de Estudiantes Demócratas, *Justicia*. La reducida publicación, de un par de páginas, traía en la primera un editorial de Matthias Schindler.

¡NOSOTROS PEDIMOS!
¡Libertad académica!
¡Fin de la catequesis marxista!
¡Poder democrático para los estudiantes!
¡Textos de filosofía occidentales!
¡Cursos de religión!

Heinrich Hirsch tenía los ojos fijos en el suelo, representándose mentalmente la trama de la situación sobre la alfombra persa. V. V. Azov arrojó a sus pies un ejemplar de *Justicia*.

—¡La sangre de la Unión Soviética empapa hasta el último milímetro de suelo alemán! ¿Imaginas que la hemos derramado para quedarnos con las manos cruzadas y permitir el renacimiento del nazismo?

A Hirsch le tembló la voz.

—Sería difícil considerar fascistas a Matthias Schindler y Heidi Fritag.

—¡En el fondo de su corazón, todos los alemanes son nazis!

«Mi padre no era fascista», pensó Heinrich Hirsch.

—¡Camarada Hirsch, aprenderás de una vez para siempre que no toleraremos ningún nacionalismo germano, y el pueblo alemán aprenderá que su única salvación está en nosotros!

El secuestro de Heidi Fritag y Matthias Schindler en coches de la SND sin distintivo alguno fue realizado con rapidez y pericia. La policía política de Schatz ató y amordazó a los dos jóvenes y los trasladó fuera de Berlín. Acto seguido, una Escuadra de Acción de la Universidad irrumpió en la imprenta de *Justicia* y la destruyó.

Los coches secuestradores emprendieron marcha hacia el sur a toda velocidad y se perdieron en las tinieblas de la zona rusa de Alemania, en el castillo de la finca de un antiguo «junker» prusiano, cerca de Jüterbog. V. V. Azov en persona vino a supervisar las confesiones. Había que escenificarlas, grabarlas y fotografiarlas convenientemente.

En los viejos tiempos, Azov sabía calcular con un error de minutos el rato que resistiría una persona. La mayoría de los que iban a parar a sus manos durante las purgas se habían hecho cargo ya de la situación en que se hallaban, y confesaban sin resistencia; pero se daba la circunstancia de que durante las purgas aquella gente sólo

quería continuar viviendo y figurando como socios en la empresa del crimen.

A Matthias Schindler y Heidi Fritag les sostenía una cosa que los rusos sometidos a una purga no conocieron jamás. Las promesas habituales de sueño, comida, agua, cigarrillos… no dieron resultado.

El comisario no podía comprender tanta terquedad. Cinco noches y cinco días de interrogatorios continuados no lograron doblegarles. Matthias Schindler, con las cicatrices brillantes de las palizas que le propinaron los nazis, sonreía y les escupía.

Heidi Fritag, la judía maldita, se limitaba a permanecer erguida en su silla, apretados los labios, desafiante.

Azov sudaba. Ordenó el empleo de drogas, pues se hallaba ante los dos peores de todos los interrogatorios que había realizado. Tenía el estómago en llamas. Las drogas produjeron bruscas divagaciones, inservibles como prueba ante el mundo. Como último recurso, decidió aplicar el tormento. Había que hacerlo con cuidado para que no apareciese ninguna mutilación visible.

Schindler lo sufrió primero. Se derrumbó y firmó una confesión.

Heidi Fritag continuó resistiendo.

La desnudaron y la ataron a una mesa. Ante sus ojos colocaron espejos, de forma que pudiese ver toda la tensión de su cuerpo. Sobre cada pecho le pusieron una vela y las encendieron. A medida que se gastaban, la cera derretida caía sobre ella. Más abajo…, más abajo…, Heidi se retorcía de dolor. Uno de los comisarios de Azov se sentaba junto a la chica, murmurándole preguntas al oído y prometiéndole alivio para sus sufrimientos.

Once días después del secuestro se celebró un «juicio». Heinrich Hirsch fue obligado a presenciarlo todo.

En el castillo había miembros del Destacamento Especial Nazi de Adolph Schatz, de la NKVD y dos periodistas cuidadosamente escogidos. V. V. Azov se sentaba en el extremo de la sala como observador «interesado».

A Matthias Schindler le habían limpiado bien, de modo que se le pudiera fotografiar, y le arrastraron a la sala saturado de sedantes.

Un fiscal leyó su confesión.

—Confieso haberme dedicado a actividades secretas destinadas al renacimiento del fascismo en la Universidad…

Se dictó una sentencia de veinticinco años.

Arrastraron fuera de la sala a Schindler y llamaron a Heidi.

Un miembro de la SND entró en la sala y murmuró al oído de Azov:

—La muchacha murió hace unos momentos.

Azov se puso en pie y se dirigió al tribunal:

—Heidi Fritag ha intentado suicidarse, movida por los remordimientos. No obstante, tenemos su confesión, firmada.

Los periodistas escribieron entrevistas con los acusados, y éstos expresaron vivos remordimientos por sus «crímenes». Se editaron discos y se retocaron fotografías…

La justicia del pueblo se había cumplido.

Unos golpes secos a la puerta sacaron del sueño a Sean O’Sullivan. El comandante encendió la lámpara. Blessing estaba de pie en el umbral.

—Vístase —dijo Bless. —Llene una maleta, de prisa. Vamos de viaje.

Sean hizo lo que le ordenaban, sin replicar.

Junto al bordillo aguardaba un coche militar. Bless subió al asiento delantero, al lado del chófer; Sean al trasero. Neal Hazzard les aguardaba. El automóvil corría raudo por la Unter den Linden.

—Tenemos el aeroplano del general Hansen esperándonos en Tempelhof. Trasladamos a Londres a un solo personaje importante. No le dejen un instante. Anoten todo lo que diga. Vigilen para que no intente suicidarse.

—¿Un tránsfuga?

—Uno de categoría. Heinrich Hirsch.

CAPÍTULO XXII

V. V. Azov había obligado a Hirsch a presenciar una sesión tras otra de los interrogatorios y la tortura de Heidi Fritag y Matthias Schindler, con el fin de quebrar aquella extraña resistencia que notaba en él.

Hirsch asistió al proceso entero como si fuese testigo de la muerte de su padre. El círculo se había cerrado. Él, una víctima de la tiranía, había visto ahora la misma despiadada destrucción impuesta a un enemigo. Él mismo, el comunista, había asesinado del mismo modo que murió su padre a manos de los nazis.

El intento de Azov de degradar su espíritu representó la desilusión final de lo que en otro tiempo había sido un ideal áureo. Todavía creía en el comunismo, pero había llegado a detestar a los hombres que lo habían pervertido hasta el punto de que ya no se reconocía a sí mismo.

A pesar de todo, la última hebra de rebeldía no se rompió. Hirsch no se sometería a esta humillación final…, a ser un comunista autómata, sin alma.

Meses atrás tuvo noticia de ciertos acontecimientos del sector americano que sembraron en su mente la semilla de la fuga.

Los judíos, libertados de los campos de exterminio de Polonia, emigraban hacia el Oeste, con el intento de llegar a Palestina, única puerta que tenían abierta. Unos jóvenes palestinos les conducían en grupos, tomando grandes precauciones y los trasladaban de incógnito a puertos franceses e italianos. Las normas del mandato inglés declaraban ilegal la inmigración.

Aunque ello significara fastidiar a su colega inglés, Neal Hazzard montó en secreto un campo de refugiados para los judíos en el sector americano y cuidó de que se les proporcionase lo que necesitaran en materia de documentos para acreditarles como personas desplazadas.

El general Hansen alentaba extraoficialmente a sus oficiales de toda Alemania a que facilitasen el tránsito de los judíos hacia los puertos de embarque para Palestina.

Los rusos se enteraron y vigilaban con recelo los campos protegidos por los americanos.

Heinrich Hirsch descubrió la información de que uno de los dirigentes, en Berlín, de aquella organización secreta projudía, era el capellán americano. Estudiando más de cerca el caso, descubrió que muchos soldados judíos rusos visitaban la casa del capellán para asistir a servicios religiosos prohibidos en el Ejército rojo. La casa del rabí servía de centro de relación de los soldados judíos de las cuatro potencias ocupantes. Allí encontraban a muchachas judías del campo de refugiados, o a otras que habían estado escondidas y probaban de llegar a Palestina.

La desaparición de unos cuarenta soldados judíos rusos desconcertaba a la NKVD. Hirsch se figuró que se reunirían con el capellán vestidos de paisano, aquél les facilitaría documentación como personas desplazadas y luego desaparecerían en el

campo americano.

Hirsch no comunicó tales averiguaciones a sus propias autoridades. Sellado el triste destino de Matthias Schindler y Heidi Fritag, Hirsch se puso en contacto a su vez con el capellán.

Su confesión y la revelación de la muerte brutal de Heidi Fritag hirieron la ciudad de Berlín tan vivamente como las primeras furias del invierno. Las aulas de la Universidad se vaciaron y los que habían asistido a ellas se negaron a volver, a pesar de las amenazas de los estudiantes comunistas de las Escuadras de Acción.

Bandas hostiles de estudiantes rondaban sin meta fija, buscando una voz, mientras la excitación se convertía en fiebre; y luego se destacaron media docena de dirigentes nuevos salidos de la masa estudiantil y del profesorado.

Estos nuevos dirigentes anunciaron retadoramente que en las escaleras del edificio principal se celebraría un funeral por Heidi Fritag.

La Radio del Pueblo reaccionó prestamente, denunciando a Heinrich Hirsch como un traidor y su confesión como una mentira. Se amenazó con disolver la manifestación a la fuerza y expulsar a todos los participantes.

Neal Hazzard había tomado muy a pecho la muerte de Heidi Fritag. Como comandante de primera línea había enviado a sus hombres al combate con una posibilidad razonable de defenderse. Heidi Fritag había muerto indefensa…, tan indefensa como estarían los estudiantes si intentaban una manifestación.

Los comandantes inglés y francés entraron en la sala de conferencias de la Kommandatura sin saludar a Nikolai Trepovitch. El ruso, despojado por completo de su arrogancia, fijaba una mirada ausente en los papeles que tenía delante.

El coronel Neal Hazzard llegó el último. Por primera vez miró al ruso con un odio sin límites.

Nikolai Trepovitch acababa de salir de celebrar una sesión despiadada con el mariscal Popov. Como presidente, abrió la sesión.

—He convocado esta reunión de urgencia para hablar de las actividades ilegales proyectadas en la Universidad. Heinrich Hirsch es un traidor, un embustero y un provocador. Tenemos confesiones firmadas de los acusados. Si no se renuncia a esta manifestación, nosotros tomaremos las medidas necesarias.

—Entiendo, pues —dijo T. E. Blatty—, que se proponen hacer una carnicería de estudiantes por las calles.

—Me propongo impedir una manifestación de militarismo fascista.

—Pero, señor, ustedes establecieron la Universidad, escogieron esos estudiantes, eligieron sus asignaturas y a sus profesores.

Trepovitch se retiró a la segunda línea de defensa. El plan consistía en presentar el cebo de la promesa de un control cuatripartito de la Universidad, a cambio de suspender la manifestación. Cuando el Oeste hubiera aceptado, él podría discutir, y regatear, y machetear el mecanismo de control hasta que el incidente hubiera muerto.

—Somos un pueblo amante de la paz —dijo Trepovitch. —La Unión Soviética

desea evitar el derramamiento de sangre. En bien de la unidad aliada, nosotros tomaríamos en consideración la posibilidad de un control por parte de las cuatro potencias.

—No —respondió Neal Hazzard. —Nada de control de cuatro potencias; nada de control de una sola. La Universidad pertenece al pueblo de Berlín. Han demostrado ya que están preparados para dirigirla.

El ruso no aceptaba la idea. Habría significado el final absoluto de su dominio.

—¡Usted quiere que esa escuela fomente el militarismo alemán y reorganice a los nazis! ¡No lo toleraremos!

Neal Hazzard apeló a los más sensatos entre los nuevos dirigentes de la Universidad y les convenció de que celebrasen la manifestación en el sector americano.

Dos mil quinientos estudiantes recorrieron la Streseman Strasse, llenándola desde una acera a la otra, y, detrás de ellos, desfilaban veinticinco mil berlineses. En el lugar donde antiguamente se levantaba el ministerio de Propaganda de Goebbels, se pararon, mirando hacia el sector soviético, un campo llano que en otro tiempo sostuvo la Cancillería del Reich de Hitler. Estaba lleno de tanques y cañones soviéticos.

Los estudiantes llevaban brazaletes negros y enarbolaban fotografías, enmarcadas en negro, de la primera mártir de una era nueva, Heidi Fritag. Otras pancartas pedían la libertad de Matthias Schindler.

A la cabeza de todos iba el coronel Neal Hazzard.

CAPÍTULO XXIII

INVIERNO de 1946 - 47

Fue el invierno más frío de la historia de Europa.

En Berlín, los vientos que bramaban desde el norte y la nieve hicieron bajar la temperatura hasta veinte y treinta grados bajo cero. La gente, cubierta de harapos, desamparada, moría de frío a docenas. El porcentaje de mortalidad infantil subió hasta las nubes; la conducción de agua se heló; la suciedad trajo epidemias; la neumonía y la tuberculosis invadían la ciudad, junto a una epidemia de difteria. Las enfermedades venéreas habían plantado sus reales hacía ya mucho tiempo en aquel Berlín poblado de orgías.

Berlín era una nevera con los estantes vacíos. Unos comedores gratuitos de urgencia intentaban poner coto al azote de la inanición. La gente tenía que abandonar los caparazones sin calefacción de los edificios para guarecerse en los túneles del «Metro» y en los refugios contra bombardeos.

En una medida desesperada, la Kommandatura dio permiso a los berlineses para que cortasen sus bosques y los utilizasen como leña. Tal medida vino a ser el símbolo más terrible de la derrota. La gente salía de sus chozas, ante el espectro de morir de frío, y se iba con paso fatigado a reunir brazadas de leña.

En los sectores occidentales, los bosques de Grunewald y Tegel escucharon los golpes del hacha, como los oyeron también los que orillaban el sector medieval de la ciudad, en Spandau. En el sector ruso, el gran Bosque del Estado, sobre el Müggel, cayó abatido por el mismo destino cruel.

Cuando los Falkenstein no estaban trabajando, se amontonaban en torno de una estufa de leña de la época de finales del siglo pasado y comienzos del presente, o se tendían apelotonados delante de sus cobertores.

Ernestine pudo aprovechar su antigua preparación en materias legales para obtener un empleo en el *Magistrat*, en la reorganización de leyes y tribunales. Trabajaba a las órdenes de los juristas americanos del Gobierno Militar, lo cual la mantenía a cubierto del frío durante una parte del día.

En casa, trataba en vano de aglutinar otra vez a su familia. Hildegaard atormentaba continuamente su pensamiento. Hilde seguía siendo una habitual del *cabaret* de París, refugiándose en aquella vida sórdida contra los riesgos y las inclemencias del tiempo y la vida en el exterior. Hilde tuvo un tercer caso de infección venérea y un aborto. Ernestine veía cómo su hermana iba perdiendo poco a poco su antigua arrogancia. Hilde era la ciudadela de Stumpf, la querida de Elke Handfest. No obstante, a pesar de ello, llegó a su veinticinco cumpleaños conservando buena parte de su belleza anterior.

Ernestine fue incapaz de soportar por más tiempo aquella situación. Como sus conversaciones con Hilde no surtían ningún efecto, acudió a su madre.

—Hace mucho tiempo que sospechaba las actividades de Hilde —dijo Herta.

—¿Pues cómo no ha hecho nada, en nombre de Dios? —preguntó Ernestine.

—He probado de hablar con ella; pero no quiere confesar nada. No me hace caso. Además, en estos tiempos, ¿quién puede decir que obra mal? Dentro de unos años habrá pasado todo.

—Madre, debemos hacer algo por Hilde ahora mismo. No podemos esperar. Hay que enviarla fuera de Berlín.

—Esto no es posible sin que tu padre sepa el motivo.

—Naturalmente, se lo dirá usted.

Herta se mantuvo firme.

—Tu padre no debe saberlo. Bastantes problemas tiene.

Gerd Falkenstein demostró ser emprendedor, laborioso, ingenioso. Eran éstos los rasgos, se jactaba él, que daban al pueblo alemán su superioridad y lo hacían el elegido de Dios.

Asociado con un antiguo camarada y gracias a los ahorros de su padre, Gerd pudo comprar varios millares de máscaras antigás sobrantes y convertir los revestimientos y estuches de metal en cacerolas y cazos. Mientras sus padres trabajaban para sostener la empresa, consiguió una autorización para reclamar escombros y, junto con su socio, ideó un sistema para limpiar y recortar ladrillos y piedras a las medidas corrientes. Realizaban el trabajo en el remendado esqueleto de una pequeña fábrica bombardeada del barrio de Schoneberg, en el sector americano. Gerd se vanagloriaba abiertamente de que un día su familia dejaría de trabajar y volvería a su antiguo nivel de vida.

Si bien esta ambición era encomiable, Ernestine temía sus otras actividades. Se descubrió que uno de sus trabajadores era un exnazi de las Waffen SS, y Ernestine sabía que Gerd le había ayudado a escapar a la zona británica, que era la más benigna en cuestiones de desnazificación.

Todavía otras cosas preocupaban a Ernestine. Gerd probó de obtener un permiso para formar una organización de veteranos, y al no conseguirlo continuó teniendo reuniones semanales en su fábrica, en las que a veces entonaban las viejas canciones y volvían a narrarse las hazañas guerreras.

—No hay nada malo en reunirse con unos cuantos antiguos amigos —le dijo a su hermana. —No lo tomes tan en serio.

El subteniente Oakley Oakes, de Frog Creek (Missouri), era uno de los oficiales más anónimos y al mismo tiempo detestables del Gobierno Militar. No había venido al mundo como era debido. Tenía la insignificante estatura de poco más de metro sesenta, el cabello como alambres y la cara picada de viruelas. Su personalidad era igualmente vulgar. Su única hazaña había consistido en matricularse en la

Universidad donde ingresó en el ROTC, circunstancia que con el tiempo le deparó un nombramiento de oficial del Ejército.

Trabajaba en la sección de control del racionamiento del barrio de Steglitz y este puesto le dio ocasión de conocer superficialmente a muchas familias alemanas.

Por su misma calidad de fracasado en la vida social allá en su patria, gozaba en extremo con su situación en Berlín, alardeando constantemente de sus «gestas», con las que aburría a los oficiales compañeros suyos.

Un día del invierno de 1946 fue destinado a su misma sección un oficial nuevo llamado Tom Jones. Éste, salido del colegio hacía pocos meses, admiraba la mundología del «veterano» y sus al parecer ilimitados contactos con muchachas alemanas. Tom Jones aceptó el ofrecimiento de Oakley Oakes de «enseñarle Berlín».

Empezaron por Zehlendorf, cerca del Cuartel General, bebiendo en su propio club, y luego siguieron hacia el barrio de Wedding, en el sector francés, donde Oakes aseguró a Jones que conocía un establecimiento francés con el mejor «ganado» de Berlín.

Oakley Oakes y su compañero irrumpieron en el Bier Garten de la guarnición francesa, una sala grande y ruidosa que olía a malta, lúpulo, «sauerkraut» y salchichas picantes. Oakes agitaba la mano saludando ruidosamente a conocidos reales e imaginarios como si tuviera parte en el negocio y fuese, efectivamente, el hombre más popular de la ciudad.

Los dos compañeros se dejaron caer en unos sillones abundantemente desconchados. Oakes dio un manotazo, sobre la mesa dejando en ella un paquete de cigarrillos y señaló en dirección al bar, en el que se alineaban las muchachas que estaban esperando.

—Allí está el «ganado».

La larga velada de libaciones había encendido la pasión de Tom Jones, por lo que rogó al subteniente Oakes que establecieran contacto con alguien cuanto antes.

—Amigo, te portas como un verraco en celo. Cálmate, hombre. Berlín no es más que una gran ciudad de rameras.

Oakley bebió dos grandes cubiletes de cerveza negra mientras representaba el papel de la indiferencia más absoluta. Entonces empezó a recordar el verdadero motivo de haber querido venir al Wedding Bier Garten, y el recordarlo a través de la niebla del alcohol le puso de un humor ruin.

—¿Qué le parece la pelirroja? —jadeó Tom Jones.

—Nada…, ésa no es nada.

—¿Aquello no es nada?

—No te apartes de mí, muchacho. Voy a proporcionarte una cosa excelente.

Un tercer jarro de cerveza le nubló el entendimiento y le volvió estropajosa la lengua, y le hizo perder la compostura. Los ojos se le inflamaron; se desabrochó la guerrera y se aflojó la corbata para airearse con más facilidad. La ceniza del cigarro se le caía por la camisa. Se acordaba del *cabaret* de París y de la humillación de una

semana atrás. En aquella ocasión también estaba muy borracho y deseaba una cita con una de las muchachas. En resumen, que le echaron a la calle y le dijeron que no volviese, y la policía militar lo acompañó otra vez al sector americano.

—So canalla —murmuró.

—¿De qué está hablando, mister Oakes?

—No puedes engañar a ese zorro viejo. No, señor, nadie engaña a Oakley Oakes. Amigo, yo conozco todas las condenadas libretas de racionamiento del barrio de Steglitz. Conozco a la fulana de marras. La vi allá arriba, para la cartilla. Es la que me desairó en el París… —Aquí se llevó dos dedos a la boca y soltó un silbido estridente. —¡Eh, tú, camarero! —Y llamó a Bruno Falkenstein chasqueando los dedos. —A esos canallas «krauts» hay que tratarlos así.

Bruno se paró delante de su mesa y se inclinó. Aquel granujilla pelirrojo había sido siempre un camorrista.

—Elsa llegará pronto.

—Es una cerda.

Tom Jones empezaba a sentirse mal.

—Haré lo que pueda, señor subteniente —dijo Bruno, confiando en que el maldito americano perdería el sentido. Y se inclinó otra vez, tratando de marcharse, pero Oakes le cogió por la manga.

—Quiero para mí a Hilde Diehl.

—¿Diehl? Pero, señor, yo no conozco a ninguna Hilde Diehl.

La cara de Oakes se llenó de arrugas, y escupió con sarcasmo:

—Hilde, la del *cabaret* de París.

—Lo siento, señor subteniente. No conozco a nadie del *cabaret* de París.

—Asqueroso.

—Eh, déjele en paz, mister Oakes —suplicó Tom Jones.

—A mí no me mientes, muchacho. He dicho que quiero para mí a Hilde Diehl.

—Señor subteniente, se lo juro, no conozco a nadie de este nombre.

—Ya lo creo que la conoces, so alcahuete «kraut». Es tu hija.

A los gritos de Hilde, Ernestine subió las escaleras corriendo, dejando atrás las abiertas puertas de los vecinos. La joven irrumpió en la sala. Su madre estaba sentada junto a la mesa, con la cabeza escondida entre los brazos y llorando. Gerd permanecía de pie, inmóvil, en un rincón.

Hildegaard se revolvía sobre el suelo. Bruno se inclinaba sobre ella, golpeándola con ambos puños como dos martillos machos.

—¡Cerda! ¡Puta!

Las venas del cuello y la cara de Bruno latían con la sangre que se agolpaba en ellas. Su piel estaba tan morada como su cólera y el esfuerzo le bañaba en sudor. Ahora daba puntapiés en las costillas a su hija.

—¡Cerda! ¡Cerda! ¡Cerda!

Hildegaard lanzaba alaridos. Cuando Ernestine quiso correr hacia ella, Gerd le cerró el paso y le cogió los brazos.

—Deja a papá en paz.

Ernestine se libertó de las manos de Gerd y se arrojó al suelo para recibir los últimos golpes de la furia de su padre. Bruno abrió la boca, sofocándose, anduvo en círculo por la habitación, se desplomó en su catre y se puso a mezclar gemidos y maldiciones.

—Sssiit…, sssiit…, ya no te pegará más… Ernestine está aquí… Ernestine está aquí…

Luego se puso en pie y, como pudo, levantó a Hilde. Gerd se acercó a ellas, amenazador. Ernestine llevó a Hilde hasta un rincón y se interpuso entre ambos.

Gerd se detuvo y sonrió con crueldad.

—¡Oh, Dios del Cielo! —gritó Ernestine, acongojada. —¡Mira lo que ha sido de nosotros! ¡Ésta es nuestra victoria! —Se volvió hacia su apalizada hermana, se quitó el abrigo, lo puso sobre los hombros de Hilde y le limpió la sangre que le salía de la nariz y la boca. Luego la estrechó con fuerza dentro de sus delgados brazos y la ayudó a cruzar lentamente la habitación.

Su madre levantó la vista.

—¿Adónde la llevas?

—¡Lejos de aquí! ¡Lejos de ustedes!

—¡Lo prohíbo! —gritó Bruno con voz ronca. —¡Lo prohíbo!

Las dos muchachas siguieron andando hacia la puerta. Herta se puso en pie torpemente, los nudillos apoyados en la mesa.

—¡Obedeced a vuestro padre! —ordenó.

—¡Lo prohíbo! ¡Yo… lo prohíbo!

—Váyase al infierno, padre —dijo Ernestine.

—¡No permito que hables a nuestro padre de este modo! —rugió Gerd.

—Mi padre —murmuró Ernestine. Y escupió en el suelo, y siguió acompañando a su hermana.

—¡Detenedlas! ¡Lo exijo! ¡Detenedlas!

Gerd se plantó en el umbral. Pero vio en los ojos de Ernestine una expresión más vehemente que el frenesí de una turba nazi, más amarga que la de un soldado ante el soldado enemigo. Y se apartó a un lado.

—Dejen que se vaya la ramerita.

Ulrich Falkenstein dejó el libro, arrastrando los pies hacia la puerta en respuesta a las imperiosas llamadas.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a Hildegaard.

Ernestine abría las manos en un gesto desesperado.

—Hemos caminado durante horas por todo Berlín. Hace frío. No tenemos adónde ir. Ella está enferma. Ayúdenos, por favor…

Ulrich estaba en el umbral del cuarto, mirando a Ernestine al lado de la cama de su hermana. Parecía un ángel; hablaba con ternura, infundía calor.

Hilde tenía el pómulo fracturado, varias costillas rotas y la cara hinchada y descolorida, pero ya un muro de drogas cerraba el paso al dolor.

—Ernestine, ¡qué buena eres! Te amo. Oh, Ernestine…, tú eres la única cosa decente que nos queda…

—Descansa, te lo ruego…

—Tú probaste de decirme lo tonta que soy…

—No vuelvas allá…, ¡nunca más!

—Detrás de Stumpf hay oficiales rusos… Hippold… Es posible que me maten.

—Te trasladaré fuera de Berlín. ¡Te lo juro!

—Oh, Dios mío, Erna… Daría cualquier cosa… cualquier cosa…

Los párpados de Hilde pesaban como el plomo. La muchacha se entregó al sueño suplicando a su hermana que no la dejase. Ernestine le tuvo la mano cogida por espacio de una hora; al final, su tío Ulrich la hizo entrar de nuevo en el estudio.

Con voz dolorida. Ernestine contó a su tío la historia de la caída de Hilde y el comportamiento de Gerd y sus padres.

—Y soy la peor de todos —concluyó. —No la ayudé. Pero me pregunto, tío…, ¿merecemos algo mejor? —Luego se puso a llorar calladamente. —Me he vuelto contra mi propio padre.

La muchacha sintió la mano de su tío posada sobre su hombro.

—Ya es hora de que algunos hijos e hijas alemanas se comporten así.

—Hilde posee cualidades buenas. Juro que si se le ofrece otra oportunidad, yo haré todo lo necesario.

—Primero debe restablecerse. Luego abandonará Berlín. En las zonas occidentales tengo amigos que se encargarán de ella.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que Ernestine no sentía el calor de otro ser humano. Se arrodilló delante de la silla de su tío, apoyó la cabeza en el regazo del viejo y se dejó consolar.

—¡Es tan bueno usted…! —dijo.

—¿Y tú, hija mía? ¿Qué harás? No puedes volver allá.

—No sé.

—Esta vivienda es muy solitaria para un viejo —dijo Ulrich.

La muchacha levantó la vista para repasar aquel desaliñado cuarto de estudio, lleno de libros que su tío no había podido leer y de música que no había escuchado.

—¿Querrías compartir esta vivienda conmigo, Ernestine?

«Quizá —pensó la muchacha— pueda ayudarle a él también. En verdad, nos necesitamos mutuamente. Le cuidaré».

—¿Quieres quedarte?

—Le quiero mucho, tío Ulrich…, y hace tanto tiempo que tengo un frío tan terrible…

CAPÍTULO XXIV

BLESSING cubría la abertura de la puerta con su mole, recostado contra el marco, y mascaba un pedazo de cecina de ternera, que Lil solía enviarle dentro de los paquetes. Bolinski terminó de hacer el equipaje sin decir una palabra.

Bo colocó las tres últimas camisas caqui en un ajado saco de lona, abrochó la hebilla, lo dejó al lado del baúl y paseó la mirada por la habitación.

—Creo que ya está todo —dijo— echando una mirada a su reloj. Después se sentó en el baúl y encendió un cigarrillo. Se le veía triste. —Hemos estado juntos mucho tiempo, Bless. El comandante, usted y yo. Londres, Francia, Rombaden.

—Somos los únicos que quedan del equipo.

—Los capitanes y los reyes se van.

Bo había recibido una excelente proposición de una firma grande e importante de abogados de Chicago, los procuradores y la mayoría de clientes de la cual eran polacos americanos. Al final de la guerra la firma se vio inundada de personas que trataban de volver a establecer contacto con parientes de paradero desconocido o de reclamar fortunas perdidas.

Un trabajo hecho a la medida para Bolinski. Era un buen abogado, experto en lo tocante a personas desplazadas, hablaba perfectamente el inglés y el polaco, era un técnico en materia de indemnizaciones y restituciones y había adquirido muchas e importantes relaciones. Se le ofrecía el cargo y el momento oportunos para que un joven se abriese mucho camino.

Bo envió al comandante O'Sullivan su petición de pasar a la reserva del Ejército. Al fin y al cabo, dentro de pocos meses se habría contado entre aquéllos a quienes quizá fuesen licenciando. Y Sean cursó la petición.

De todos modos, el regreso a los Estados Unidos no le producía el entusiasmo que esperaba…, no le alborozaba el abandonar Berlín, ni siquiera el pensar en el momento en que se reuniría con su esposa y sus hijos. Bo se había convencido a sí mismo de que ya había hecho más de lo suficiente y tenía derecho a marcharse. Sin embargo…

—Habrá de causarnos una sensación extraña ver una ciudad que no esté destrozada por las bombas…, y a gente que no pase hambre.

—Creo que sí.

—¿Y usted, Bless?

—Mi licencia debe de llegar dentro de tres o cuatro meses.

—Cuando usted salga de aquí, tendré una alegría. Hallarse en esta ciudad es como estar de pie sobre la puerta de una trampa, esperando que los rusos descorran el pestillo.

—Todos queremos irnos a casa —dijo Bless. —Es nuestro himno nacional.

—No podemos ser todos como el comandante.

—Me figuro que no. El Señor puso su dedo sobre ciertas personas para que les sacaran las castañas del fuego a los demás.

—No esté tan seguro de que sea por amor. El comandante odia bastante a los alemanes para quedarse aquí un siglo entero, con tal de verles sufrir.

—Yo no lo diría así, Bo.

—Sea como fuere, es hora de entrar y decirle adiós.

Shenandoah Blessing se quedó hasta que el tren de Bo hubo desaparecido de la vista y ya no se le oía. Luego sacó el *jeep* del apartadero y regresó al Cuartel General. A Bo le remordía la conciencia, aunque no se le podía reprochar que quisiera irse a casa, pensaba Blessing. Diablos, por aquellos días, todos los que podían se marchaban.

A él le habían ofrecido los galones de capitán, si se quedaba en Berlín dos años más. Mezquina compensación por la batalla perdida que habría que librar. Lil y los pequeños le añoraban terriblemente, y él a ellos.

Bless sabía que iba a dejar atrás los cuarenta y cinco años. La ley del país dictaba que el condado de Hook tenía que restituirle a su cargo de *sheriff*. Su primer lugarteniente, Charlie Durkin, llevaba ya cinco años en su puesto. Charlie sabía desenvolverse y era buen oficial. No cabía duda de que se había parapetado. Blessing tendría que enfrentarse con él en una elección.

Si hubiera regresado al final de la guerra, habría ganado todas las elecciones sin mover un dedo. Pero los días de los héroes que regresaban habían pasado. La guerra terminó hacía dos años, y los americanos sólo querían olvidarla. Ahora le mirarían con resentimiento. Los soldados de uniforme eran gente de talla cuando había que ganar un combate; ahora estábamos en los tiempos en los que a los soldados de los destacamentos se les olvidaba.

Un mes después de haber partido Bolinski para los Estados Unidos, Blessing aguardaba en el muelle del enclave americano de Bremerhaven, en la zona británica, mientras el primer pasaje de esposas e hijos de americanos llegaba a través de la niebla del mar del Norte.

En el muelle, muchas lágrimas y muchos abrazos. Lo mismo que la mayoría, Lil y los dos niños arrastraban los pies por la pasarela, fatigados del viaje. Marido y mujer estaban frente a frente y se miraban.

—Hola, Bless —dijo ella.

—Hola, Lil.

Bless levantó a sus hijos y ellos le abrazaron y dijeron «hola, papá», y él dijo. «¡Dios mío, cómo han crecido!», y los cuatro echaron a andar muy despacio y muy juntos hacia el tinglado.

Más tarde, un tren copiosamente armado jadeó a través del hostil campo alemán

en dirección a Berlín. Después de un fuego graneado de preguntas, los muchachos se durmieron y Lil se acurrucó en los brazos de su marido, le dio un golpecito en la barriga y dijo que se alegraba de que no hubiera enflaquecido.

—Cariño —le dijo él—, no he sido capaz de expresar con palabras el por qué pensé que debía quedarme aquí, y te juro que creo que no sabré expresarlo jamás.

—No es preciso, Bless. Saldremos adelante. Siempre hemos salido. Sé que haces lo que debes.

CAPÍTULO XXV

A finales de 1946, la noticia más importante de la actualidad mundial anunciaba que Andrew Jackson Hansen había sido ascendido a la cumbre del generalato y asumía el cargo de gobernador militar de Alemania.

Los observadores avisados, como Nelson Goodfellow Bradbury, creyeron que el nombramiento llegaba en el momento preciso, pues la situación degeneraba gravemente.

De una manera callada y eficiente, Hansen se había forjado un historial deslumbrante. Como delegado primero, había formado parte del Consejo Supremo Alemán durante varios meses. Al final de la guerra se ocupó de los carteles industriales, congeló bienes alemanes y quebró los lomos de cierto número de aquellas perniciosas combinaciones de empresas. Por medio de las preguntas del *Fragebogen*, aceleró la desnazificación de dos millones de alemanes de la zona americana. Cien mil criminales nazis se hallaban dentro de las empalizadas americanas y a otros trescientos mil sólo se les permitía dedicarse a trabajos manuales.

Hansen era duro; pero, no obstante, le guiaba el principio supremo de que la zona americana tenía que establecer su propia democracia y no seguir viviendo bajo un tribunal militar.

Tan pronto como se hallase alemanes con las manos limpias, los tribunales y los procedimientos de desnazificación se les confiarían a ellos.

En tres «lands» de la zona americana se celebraron elecciones libres y fueron gobernados bajo constituciones nuevas, y las escuelas se abrieron otra vez, con textos nuevos. Después de tan larga ausencia, una Prensa y una Radio libres volvieron a instaurarse en Alemania.

Hansen estimuló la formación de grupos juveniles fundados sobre principios nuevos y alentó a la iglesia a limpiarse de toda mancha nazi.

A Andrew Jackson Hansen se debía más que a nadie el haber traído al gobierno militar destacados educadores, juristas, clérigos, dirigentes obreros, alcaldes y empleados civiles, médicos, ingenieros y policías americanos, los cuales pusieron en juego sus talentos para abrirle un camino nuevo al pueblo alemán. También se ocupó de que los alemanes pudieran viajar por Norteamérica para estudiar los establecimientos y los métodos norteamericanos.

Hansen estimuló la resurrección de la ópera, los conciertos, el teatro y las artes.

Por orden suya, tres batallones de soldados negros para servicios auxiliares pasaron a ser unidades de Infantería. El orgullo que ello les causó, los transformó de gente mal adaptada y que ofrecía graves problemas de disciplina en soldados excelentes. La guardia de honor que Hansen tenía en Berlín era precisamente una unidad negra. Hansen era el único que predijo que el paso siguiente tenía que ser la

integración racial. Opinaba que el ejemplo de una democracia viva y en marcha obraría el mayor efecto posible en el pueblo alemán.

En Alemania se había aposentado un pedacito de América. La llegada de gran número de esposas e hijos de oficiales, en los primeros meses de 1947, contribuyó mucho a poner freno a la orgía de la ocupación.

Se edificaron escuelas, se organizaron clubs femeninos y organizaciones benéficas, y la vida de sociedad hizo profunda mella en el negocio de las cervecerías y la prostitución. En muchos casos, la reinstauración de la vida de familia y de comunidad llegó como una especie de gracia redentora.

Las fuerzas de ocupación publicaban sus periódicos propios, tenían una red de emisoras de radio, construyeron cinemas, clubs de empleados, boleras y bibliotecas. Se organizaron vacaciones baratas en los hoteles de Baviera y se hizo posible que todos los soldados dispusieran de colegios donde instruirse.

Una estupenda fuerza de treinta mil policías móviles americanos mantenía la ley y el orden. Aquellos agentes, con sus cascos blancos y sus pañuelos amarillos, constituían una fuerza de primera clase que se granjeó el respeto de los alemanes.

La victoria más espectacular la obtuvo la cordialidad de los americanos. Los alemanes se dieron cuenta de que aquéllos no habían ido allí a desangrar la economía ni a degradar a los vencidos, sino a proteger, limpiar, enseñar y reconstruir.

Mientras el general Hansen y su patria establecían una marca de progreso, la otra cara de la medalla ofrecía una imagen oscura. Hansen tomó el mando después de un invierno cruel que había paralizado toda Europa.

Los canales alemanes se helaron, echando un peso mayor todavía sobre la red ferroviaria, que actualmente sufría un déficit de millares de vagones y funcionaba por medio de locomotoras anticuadas y con unas líneas férreas cortadas o dañadas en muchos puntos. No había piezas de recambio ni para el transporte ni para el complejo industrial.

Como las minas de carbón sólo trabajaban a una fracción de su capacidad y los medios para transportarlo estaban arruinados, las fábricas quedaron poco menos que paralizadas.

La tierra no producía por falta de fertilizantes, y se encontraban pocas semillas.

El problema de la vivienda continuaba peor que en cualquier otra nación civilizada y el frío ocasionó el paro de todos los servicios normales.

El terror creció cuando fueron expulsados de Hungría, Polonia, Prusia Oriental y Checoslovaquia siete millones de alemanes, que vinieron a desembocar en las zonas americana e inglesa.

Hansen había seguido atentamente la reducción del Ejército americano. Heredó una fuerza tan escasa que no habría podido hacer frente a un reto militar descarado.

Entre los americanos reinaba la confusión acerca de qué hacer con Alemania.

Los partidarios de la mano dura querían reducirla a una economía agraria. Hansen sabía que este plan era irrealizable. Alemania tenía una extensión menor que el Estado de California, con una población diez veces mayor, y carecía casi por completo de recursos naturales. En sus mejores tiempos, Alemania no se había bastado nunca a sí misma en materia de producción de alimentos. Para sobrevivir, tenía que fabricar y comerciar. Era una ley económica ineludible. El proyecto de reducirla a una inmensa finca agrícola habría equivalido a dar paso a un hambre general y a sembrar la semilla de otra guerra.

Un segundo plan consistía en dividirla en pequeños territorios y que cada vecino se anexionase uno de ellos. Pero ninguna de esas pequeñas unidades se hubiese bastado a sí misma, por lo cual aun resultaría una carga para el país que se las anexionara. Además, las citadas naciones se habrían visto obligadas a acoger en su seno a una minoría alemana hostil. Semejante plan no podía servir más que para fomentar el sueño alemán de «unificación».

Hansen tuvo que defender el punto de vista, tan impopular, de que Alemania tenía que fabricar y comerciar. Además, era preciso reunificar las zonas de ocupación, puesto que el país sólo podía responder formando una sola unidad económica. La zona americana contaba con los hermosos paisajes de Baviera, pero carecía de puertos y de gran industria. Tampoco la zona inglesa, ni la rusa podían sobrevivir por sí mismas.

Y, sin embargo, Hansen heredó una situación en la que cada una de las cuatro zonas de ocupación estaba aislada de las otras, con poco intercambio de productos, ideas y personas.

En el Concejo Supremo Alemán, la posición francesa rompió la unidad occidental. El general Ives de Lys argumentaba, movido por el miedo a Alemania, que los franceses querían el dominio económico del Sarre y la internacionalización del Ruhr.

El Ruhr representaba la principal riqueza alemana. Sin él, Alemania jamás podría nivelar su balanza comercial. Semejante plan francés habría prolongado indefinidamente la condición de las zonas americana e inglesa de pesada carga, cuyo sostenimiento habría costado miles de millones.

El francés quería en el Rhin un ejército permanente de las cuatro potencias, pero Hansen no quería ni hablar de tropas soviéticas a este lado del Elba.

El general de Lys seguía actuando bajo la premisa de que era posible tratar con la Unión Soviética y de ningún modo quería ofender a los rusos.

El mariscal Alexei Popov entorpecía la labor del Concejo Supremo Alemán en lo referente a la cuestión fundamental de gobernar Alemania como una sola unidad económica, con libre comercio entre las zonas, bajo el control de una policía común. Con evidente doblez, entonaba cánticos a la unidad; mas, de hecho, apartaba la zona rusa de todo contacto con el Oeste.

Todo intento de establecer organismos rectores cuatripartitos sobre el comercio y la industria topaba con la obstrucción de Popov, mientras los rusos seguían despojando su zona y reestructurándola a imagen y semejanza de un satélite soviético.

A oídos de Hansen llegaron informes asegurando que la Unión Soviética retenía millares de prisioneros alemanes expertos en alguna rama de la técnica. El plan magistral de Rusia para su zona se parecía mucho a lo que Hitler se proponía respecto a Polonia: reducirla a la servidumbre y estructurarla como un parachoques.

Popov aportaba su contribución al minucioso plan comunista no permitiendo el resurgir de Alemania, recaudando reparaciones de lo que se iba produciendo e impidiendo que volviese a nivelar su balanza comercial.

Tal política originaba el paro forzoso, hambre y los demás semilleros del comunismo.

El problema clave del Concejo Supremo Alemán consistía en estructurar un convenio entre las cuatro potencias sobre la producción alemana de acero. Popov quería que tal producción fuese bastante grande para satisfacer las reparaciones, pero bastante pequeña para impedir el resurgimiento de Alemania. A pesar de que toda Europa tenía una necesidad terrible de carbón, no se permitía que las minas del Ruhr trabajasen más que en una parte de su capacidad, puesto que la ruina de las economías de Francia e Italia hacía el juego, prácticamente, a los objetivos soviéticos.

Uno de los primeros pasos que dio Hansen consistió en irse a Washington y encarecerle al secretario de Estado que viniese a Alemania y expusiera al pueblo la política que pensaban seguir.

El invierno había abatido a la gente, el futuro inmediato la tenía atemorizada. Todos los alemanes se sumían en una especie de letargo.

El secretario de Estado habló en Heidelberg, ratificando el propósito americano de reunificar las zonas y entregar nuevamente sus instituciones al pueblo. Sus palabras obraron un efecto galvanizador en la demolida nación.

Inmediatamente después, Hansen inició negociaciones con los ingleses con el propósito de convertir las respectivas zonas en una sola unidad económica y política. Esto obligó a la Unión Soviética a precipitar sus medidas, pues sabían que los franceses tendrían que seguir a los otros. La unidad de las zonas occidentales podía levantar una poderosa amenaza alemana y poner fin a sus planes de dominación.

Las cuatro potencias maniobraban preparando sus posiciones para una Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores. Previniéndose a tiempo, Hansen voló hacia Washington para poner al corriente a la delegación americana. Su comentario de apertura arrumbó las últimas simulaciones:

—Caballeros, la Unión Soviética colaborará con el Oeste sólo mientras reciba reparaciones de nuestras zonas. En cuanto termine de obtenerlas, desarrollarán sus planes para detener la unificación de las zonas occidentales. Los rusos pondrán todo su empeño en arrojarnos primero de Berlín, luego de Alemania y, finalmente, de toda

Europa.

CAPÍTULO XXVI

LOS dramáticos acordes de la «Sonata Patética» de Beethoven llegaban a los oídos de Sean mientras se acercaba a la puerta del piso de Ulrich Falkenstein, en Kreuzberg. Sean se detuvo un momento, escuchó y luego tocó el timbre. Dentro, la música paró.

—¿El coronel O'Sullivan? —preguntó Ernestine.

—Sí.

—Entre, se lo ruego. Soy Ernestine, la sobrina del señor Falkenstein. Mi tío ha telefoneado para decir que llegaría unos minutos más tarde, que le contrariaba el tener que retrasarse y que confía en que a usted no le importará.

—En verdad que no.

La muchacha le introdujo en la única y deteriorada habitación dotada de algunas comodidades y que servía a la vez de sala de estar y de estudio.

—¿Podría prepararle un poco de té?

—No, gracias.

Los estantes se combaban bajo el peso de centenares de libros. Sean los recorrió, pasando la vista por los títulos, en alemán, francés, inglés, de unos volúmenes que comprendían desde comentarios profundos hasta las novelas corrientes de mediados los años treinta. De pronto se encontró ante una fila que contenía a Jefferson, Paine y Thoreau.

—Toda una variedad.

—Lee incesantemente y, casi cada día, hasta altas horas de la noche. Prueba de recuperar los años que perdió en Schwabenwald.

A Sean las palabras de la joven se le antojaron un tanto sorprendentes. Lo meditó un momento, y se dio cuenta de que en todo el tiempo que llevaba en Alemania jamás había oído a un alemán mentando el nombre de un campo de concentración en una conversación incidental.

Sean se paró ante el piano. Sobre el mismo había un retrato de Wolfgang, el hermano de Ulrich, a quien Hitler hizo ahorcar. Y otra fotografía, quizá la de la esposa de Falkenstein, a la cual él no mencionaba nunca y nunca olvidaba. Sean pulsó unas notas en un vano esfuerzo por leer la partitura.

—Usted debe de tocar muy bien —dijo.

—Muy galante, pero no es cierto, coronel. Toco bastante mal. De todos modos, es la primera vez durante años que he tenido la oportunidad y me he hallado en una atmósfera apropiada. Como ve usted, las habitaciones no han sufrido daños y el ambiente es muy tranquilo. Una de las primeras cosas que perdimos durante los bombardeos fue mi piano. Mi hermana decía, bromeando, que, sin duda, los aviadores americanos me habían oído y apuntaron a nuestra casa.

Sean se volvió para mirarla. Había advertido la gracia de sus movimientos ya

cuando salió a abrir la puerta. Los dedos que tocaban el piano eran largos y ágiles, aunque habían conocido también el trabajo pesado. Tenía una cara singularmente distinguida, con un cutis inmaculado, embellecido por unos ojos profundos, tristes y expresivos. Su cabello, esmeradamente peinado, al estilo de mujer hacendosa, era, no obstante, enteramente femenino. Su voz tenía una dulzura poco corriente, sin ninguna brusquedad germánica. Ernestine empezó a juguetear con los dedos.

Sean terminó el recorrido por la sala.

—¿Está seguro? —preguntó la joven, señalando una colección de licores de colores vivos guardados en botellas de cristal tallado sobre la mesita de café. Él se sentó en el extremo opuesto del sofá y respondió que podía servirle una copa de aguardiente de albaricoque.

Ernestine abrió un bote.

—Esto es pastel de Leubeck. La esposa de un viejo camarada de mi tío nos envía uno cada mes. Lo encontrará completamente distinto.

Sean cogió un poquito y dijo que era cierto.

Ernestine le miraba por el rabillo del ojo, y no pudo reprimir una risita breve.

—De modo que usted es el comandante…, dispense, el coronel O’Sullivan.

—En efecto.

—Naturalmente, mi tío Ulrich habla de usted infinidad de veces. Yo esperaba a una persona completamente distinta.

—¿Cómo es eso?

—Pues yo me lo figuraba mucho mayor… y…

—¿Y…?

—¿No se ofenderá?

—Se lo prometo.

—Más bien muy serio…, ya sabe usted, como un prusiano.

La joven no sabía qué era lo que la impulsaba a portarse tan familiarmente, excepto que las descripciones de tío Ulrich trazaban el cuadro de un hombre de una disciplina de hierro y temperamento taciturno. Parecía exageradamente joven para haber sido gobernador de Rombaden.

—Me alegra que no me encuentre…, como un prusiano.

Ernestine se puso en pie de un salto al oír que se abría la puerta. Ulrich Falkenstein entró jadeando y murmurando excusas. Ernestine le quitó el abrigo, le secó el sudor de la frente, le reprendió por haber andado tan de prisa y le preguntó si se había tomado las píldoras. Lo había olvidado, como de costumbre. La joven le acompañó hasta un sillón, y cuando estuvo segura de que estaba cómodo y sosegado, se retiró.

Sean lo observaba todo con curiosidad, preguntándose si le hacía objeto de tanto mimo en honor a las comodidades que el anciano podía proporcionarle o si un afecto sincero presidia las relaciones entre ambos.

Ulrich bebió unos sorbitos de té.

—Me cuida como a un niño esa chica. Es una suerte contar con ella. Le felicito a usted por su ascenso.

—Gracias.

—¿Qué extraordinaria calamidad le trae a la casa de un alemán?

Sean sonrió. Falkenstein era el único cuyos alfilerazos no le molestaban.

—¿Vamos al grano?

—Nunca espero menos de usted.

—De acuerdo —dijo Sean. —No traigo noticias agradables. Tenemos pruebas concluyentes de que el distinguido alcalde de ustedes, Berthold Hollweg, colabora en cuerpo y alma con los rusos.

Falkenstein dejó el té y meditó las palabras de Sean.

—En el partido demócrata todos vemos que no es el mismo de antes. También estamos enterados de las presiones que ha sufrido. Hollweg ha sido compañero mío durante decenas de años, desde que ambos éramos muchachos. Débil, sí. Influible, sí. Pero colaborar…, jamás…, jamás…

—Está escrito de su puño y letra, señor Falkenstein.

La fisonomía del anciano tomó una expresión de pasmo. No lo creía.

—No solamente obedece las órdenes de Rudi Wöhlman —continuó Sean—, sino que además hay en Suiza unas cuantas cuentas bancarias con sumas muy interesantes.

—¡No!

—Lo siento, señor. Las pruebas son perfectamente concluyentes.

Falkenstein movió la cabeza, se levantó del profundo sillón ayudándose con los brazos y empezó a pasear intranquilo por delante de los libros.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Cuando haya madurado el caso y llegue el momento preciso, sus propios compañeros han de enfrentarle con las acusaciones.

—¡Háganlo ustedes! Háganlo ustedes en la Kommandatura.

—No. Tienen que resolverlo ustedes, como un asunto interno.

—Y mientras ustedes los americanos continúan con su actitud mojigata oficial y de «yo soy más santo que tú», los rusos, con sus pretendidas investigaciones, han impedido que ocupasen sus puestos miembros del *Magistrat* debidamente seleccionados. La Unión Soviética no sabe que hemos ganado unas elecciones libres, pero sí sabe que los americanos continuarán con los brazos caídos. Y sólo Dios puede saber en qué apuros se ha visto Hollweg. Hay miembros de mi partido qué se ven molestados y acosados noche y día…

—Señor Falkenstein…, he venido movido por la consideración personal que le tengo —interrumpió Sean. —Las reformas permanentes sólo puede implantarlas la voluntad del pueblo alemán…, si el pueblo alemán quiere que así sea. Sabe perfectamente bien que es usted y no yo quien puede expulsar a Hollweg del partido.

—Usted equivocó la profesión, coronel. Debía de haber sido clérigo. ¡Qué cómodo le resulta seguir diciendo que no tiene confianza en el pueblo alemán! Bien,

señor, nosotros no tenemos confianza en los americanos. Por supuesto, les estamos agradecidos por no haber mutilado ni matado de hambre a un enemigo derrotado. Pero aquí en Berlín, donde hay quien puede poner a prueba el temple de ustedes, no hace otra cosa que arrojarnos frases. Pregúntele a mi sobrina qué ocurre en la organización judicial. El juez presidente ha venido directamente de Moscú y no conoce ni las leyes suficientes para ser herrero. El mes pasado secuestraron a cuatro jueces por haber tomado decisiones favorables al Oeste. Créame, los rusos velan por su gente.

—He ahí, éste es el caso —replicó Sean. —Ustedes no son nuestra gente. ¿Quiere enterarse de las pruebas contra Hollweg o no?

—Muy bien —respondió el alemán, derrotado. —¿Cuándo ha de tener lugar el linchamiento?

—Cuando llegue el momento indicado para dar el golpe; no antes, ni después.

Las acaloradas palabras de los dos hombres habían resonado fuera de la sala. Ernestine miraba a Sean con ojos enojados. La joven volvió la vista hacia su tío, luego otra vez hacia él, y le dio las buenas noches en tono seco.

CAPÍTULO XXVII

EN la Kommandatura, la partida de ajedrez continuaba. Neal Hazzard se convirtió en un jugador consumado… y realizó una jugada para quebrar el dominio comunista en el Frente Obrero.

Al principio, Falkenstein y los demócratas apoyaron la idea de una sola organización, creyendo que la falta de unidad obrera en Berlín debilitaba su posición en la lucha contra el hitlerismo. Pronto se enterarían de que el Frente Obrero era una organización planeada en Moscú y dirigida por alemanes instruidos en Rusia, los cuales acaparaban los cargos locales, así como los más elevados.

Hazzard soltó su bomba cuando anunció que en el sector americano habían autorizado una nueva central sindical.

—¡Es ilegal! —rugió Trepovitch. —¡Las normas establecen claramente que el Frente Obrero es la única organización legal a la que hay que reconocer! Ustedes han importado pistoleros sindicalistas, mercenarios y escuadras de matones americanos para aterrorizar a los obreros, hacerles ingresar en las filas reaccionarias y robarles su libertad.

—¿Le interesa hacer algún comentario? —preguntó T. E. Blatty, cuando Trepovitch hubo terminado. —Yo creo que, efectivamente, usted tiene algo que decir, coronel Hazzard.

—Los Estatutos que rigen el Frente Obrero, según los aprobó esta Kommandatura, estipulan que todos los años hay que elegir el Comité Ejecutivo —respondió Hazzard. —En estos momentos tal elección lleva un retraso de ocho meses, dos semanas, cuatro días y seis horas, gracias a las tácticas dilatorias del coronel Trepovitch. Pues bien, o tiene lugar la elección, o la nueva sindical que yo he autorizado empezará a funcionar. De usted depende.

Enfrentado con la realidad de perder el dominio sobre el mundo obrero, Trepovitch regresó a la Kommandatura con un esquema bien estudiado. Estaría de acuerdo con una elección del ejecutivo si el Oeste lo estaba en conservar el actual, limitándose a ampliarlo mediante tal elección. Un rápido cálculo matemático informó a Neal Hazzard de que aún en el caso de que los candidatos no comunistas ganaran todos los puestos a elegir, los comunistas seguirían contando con superioridad numérica.

El plan fue rechazado de plano. La maniobra era tan clara que T. E. Blatty y Jacques Belfort anunciaron que ellos también reconocerían a los nuevos sindicatos del sector americano. Trepovitch tuvo que aceptar la elección.

Se repitió otra vez, desde el principio al fin, lo de las elecciones de 1946, empezando con una sonada propaganda comunista… de que a todos los obreros del sector ruso se les daría en lo sucesivo una comida caliente gratuita al mediodía.

El día de las elecciones, a los funcionarios occidentales se les negó lisa y

llanamente la entrada a los centros electorales del sector ruso, en el que las papeletas se distinguían por su color. A pesar de todo, el resultado constituyó otra derrota monumental para los comunistas.

Con la misma pauta empleada en las elecciones anteriores, los rusos demoraron la toma de posesión del nuevo Comité Ejecutivo. A todos los no comunistas se les impidió ostentosamente que ocuparan sus cargos, so pretexto de que se estaba «investigando» su pasado, que se sospechaba era nazi.

Había más de una manera de ganar unas elecciones. El Oeste se mantenía al margen mientras los atropellos contra los candidatos elegidos se convertían en un escándalo público.

Al final Neal Hazzard anunció que la nueva sindical quedaba autorizada para empezar a funcionar. A medida que los obreros del sector occidental entraban en masa en ella, la argolla asfixiadora de los comunistas se rompía.

La acción americana no tardó en hallar una réplica. Los rusos la llevaron a cabo con un alarde de terror brutal como no se había visto nunca durante la ocupación.

En una sola noche, la SND, en colaboración con la NKVD, apresó a cuatrocientos técnicos alemanes que vivían en el sector ruso, los amontonó en un tren, los encerró, y los embarcó hacia la Unión Soviética.

Cuando T. E. Blatty arrojó la acusación a la cara de Trepovitch, el ruso sonrió como un gato de Cheshire bien cebado.

Trepovitch hizo pucheritos con los labios y abrió la cartera.

—Tengo aquí —empezó— unos contratos firmados por los cuatrocientos técnicos alemanes voluntarios. Son una prueba concluyente de que no hubo tal secuestro. Esas mentiras divulgadas por la Prensa occidental son provocaciones siniestras de las cuales exigimos que se nos presente una excusa.

—Guarde sus malditas falsificaciones en esa cartera —espetóle Hazzard, en el primer arrebato de cólera que no se molestaba en disimular.

Trepovitch continuó tranquilo; demasiado tranquilo, pensaba Hazzard.

El ruso susurró algo a uno de sus ayudantes, y un momento después fue introducido en la habitación un alemán vestido de paisano, el cual pidió que le dejaran sentar a la mesa de conferencias.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Trepovitch.

—Joachim Mangold.

—¿Y por qué ha pedido permiso para presentarse ante este organismo?

—Soy el portavoz del Comité de los cuatrocientos técnicos alemanes libres.

—¿Está autorizado para hablar en nombre de todos ellos?

—Sí. Fui elegido en una votación libre y democrática.

—Usted se da cuenta de las acusaciones de los americanos e ingleses de que usted y sus colegas fueron secuestrados.

—Eso es una mentira. Fuimos voluntariamente.

—¿No forzados?

—No se empleó la fuerza para nada.

—¿Por qué quisieron trabajar en la Unión Soviética y por qué acudieron a nosotros en demanda de contratos?

Mangold se aclaró la garganta y recitó con mucho cuidado:

—Porque en la Unión Soviética mis camaradas y yo tendremos oportunidad de trabajar e investigar en beneficio de toda la humanidad. Aquí, temíamos que se nos utilizase para los propósitos bélicos imperialistas del Oeste reaccionario.

—¡Jesús! —profirió Hazzard en voz alta.

El atropello puso en marcha una cadena de manifestaciones. Con una mezcla de desesperación, cólera y miedo, los partidos libres hicieron una llamada a la unidad.

Al poner las cartas boca arriba, la Unión Soviética había hecho un alarde de poder brutal, y cometería nuevas atrocidades, puesto que el Oeste no devolvía el golpe de los secuestros… y los berlineses se hallaban cogidos en una trampa.

CAPÍTULO XXVIII

CUANDO el capitán Brusilov llegó de Moscú, las úlceras de V. V. Azov se convirtieron en brasa viva. A pesar de su modesta jerarquía, Brusilov era un mensajero personal de Stalin. Azov se daba perfecta cuenta de que a Brusilov no le habían enviado a imponer condecoraciones.

El hecho de que hubiera llegado a Berlín inmediatamente antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores no era una simple casualidad.

En su carrera, Azov había conocido a unos cuantos correos de Stalin. Cuando estaba sovietizando Ucrania, una palabra de uno de tales correos era capaz de desencadenar cien mil deportaciones. Durante las purgas, un sencillo mensaje sellaba a menudo la sentencia de un mariscal del Ejército rojo, o de un miembro destacado del Politburó. En la época de la guerra, un correo le trajo la orden de asesinar a los alemanes que se habían rendido en una bolsa, en la Prusia Oriental.

El capitán Brusilov viajaba en un avión particular en compañía de quince agentes de la NKVD, y no hablaba con ninguna persona ajena a su círculo inmediato.

Los cinco correos que Azov había conocido antes, desaparecieron. Los anormales recelos de Stalin los condenaron porque estaban en posesión de demasiados secretos.

La noche antes de conferenciar con Brusilov, el comisario V. V. Azov daba pruebas de un miedo no disimulado, del que sólo se enteró la señora Azov. El comisario le explicaba a su esposa que se hacía viejo y que había servido fielmente al partido durante cerca de cuarenta años. ¿No había convertido la zona rusa de Alemania en un Estado soviético? En verdad, sobre este punto, Stalin no podía quejarse. No obstante, sabía que el «minero uno» era capaz de encontrar faltas sin motivo aparente. ¿Había perdido el favor del jefe? ¿Qué delito cometió? No había sabido explicar la defección de Heinrich Hirsch, el que se pasó al Oeste. He ahí un tropiezo que estropeaba su historial. Azov maldecía al general Hansen y a los oficiales americanos e ingleses como causantes de sus conflictos. Sin embargo, él les había atacado todo lo que Moscú le permitió.

Desde hacía mucho tiempo, Azov soñaba con retirarse a una pequeña *dacha*, gozar de una pensión modesta y vivir en el anónimo más absoluto.

El recuerdo del pasado le aterrorizaba. En su tiempo había arrancado «confesiones» a centenares de comisarios políticos. En cuanto alcanzaban la categoría que tenía él, pocos morían en la cama de pura viejos.

Azov sabía que estaba rodeado de espías de la NKVD por todas partes; vigilaban todos sus movimientos, sopesaban todas sus palabras, analizaban todos sus pensamientos. ¿Habían detectado su secreta ansia de paz? ¿La habían comunicado a Stalin? Azov gemía y las llamas de su interior iban en aumento.

A la mañana siguiente, Azov echó mano de sus años de experiencia para disimular el miedo.

El capitán Brusilov le amonestó por haber permitido que, en las elecciones sindicales, la Unión. Soviética hubiera sida víctima de una treta.

—Es evidente —decía Brusilov—, los alemanes no saben lo que les conviene y, por lo tanto, sus votos carecen de significado. En otro caso, jamás habrían dado paso a Hitler.

A continuación reprendió a Azov por no haber conseguido expulsar a los del Oeste fuera de Berlín. Pero, a medida que hablaba, daba a entender que el comisario todavía podía ser útil. Azov respiró más a gusto, sabiendo que seguiría viviendo todavía otra temporada.

—Nuestra misión sagrada es derrumbar la moral del Oeste antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores que se celebrará el mes próximo. Los ministros occidentales han de llegar a Berlín dándose cuenta de que están en una ciudad soviética.

Todas las simulaciones que subsistían aún, como un decorado para que lo viera el pueblo alemán, de que la unidad de las cuatro potencias persistía, se vinieron abajo con un asalto masivo contra el Oeste, asalto en el que los americanos iban a sufrir los ataques más duros. La radio del Pueblo y los periódicos rusos desataron y encabezaron la arremetida, propagando rumores y publicando falsedades.

¡Los nuevos arquitectos del fascismo: el ilegal coronel Hazzard y el corrompido general Hansen!

Se imprimían relatos de sus «sórdidos» pasados y de sus trabajos actuales en pro del renacimiento del fascismo. Feos dibujos representándolos en figura de salvajes y de bestias feroces hallaban sitio todos los días en las páginas editoriales.

¡Los criminales de las SS hallan albergue seguro y recompensas en la zona occidental! ¡Los Gobiernos occidentales están llenos de bestias nazis!

¡La policía de la zona americana es dirigida por asesinos!

¡Los imperialistas utilizan oficiales nazis en la reconstrucción de las SS para una guerra de DESQUITE!

Después de cada sesión de la Kommandatura, Nikolai Trepovitch imprimía su versión particular de lo tratado en un artículo con titulares por el estilo de los siguientes:

¡El Oeste impide que se de comida caliente a los obreros alemanes!

¡Hazzard retrasa la construcción de viviendas!

¡El Oeste reconoce que está en contra de la unificación!

En el sector soviético de Berlín, millares y millares de rótulos cubrían las paredes. Los edificios bombardeados ostentaban banderas rojas, en las que se leía:

Este edificio fue destruido por las bombas americanas. Esto no debe ocurrir nunca más

La Unión Soviética se fabricó la teoría de que su zona de Alemania había elegido el comunismo, con lo cual aquellos alemanes se habían redimido y purgado las culpas cometidas durante la era nazi. Por otra parte, el Oeste, que ahora fomentaba el nazismo, era el culpable de todo lo que hizo Hitler.

Los periódicos publicaban reportajes y fotografías en primera página de linchamientos en el Sur, niños que trabajaban en las fábricas, *gangsters* de Chicago, asesinos, disturbios raciales, barrios bajos llenos de alcohólicos y degenerados, luchas obreras, orgías de Hollywood, labradores de Oklahoma hundidos en la pobreza, el apoyo prestado por los Estados Unidos a las dictaduras de América del Sur y a los señores de la guerra del Asia Oriental. La decadencia occidental de Henry Miller y el «boogie-woogie», la prostitución en Nueva York y los establecimientos de «strip-tease» de Nueva Orleáns eran objeto de catilinarias especiales.

Semejantes ataques iban acompañados invariablemente de reportajes describiendo la vida de los trabajadores soviéticos, felices en sus granjas colectivas, edificando el futuro socialista. El realismo social en arte y literatura se exponía al lado de las corrupciones de Picasso y Hemingway.

En Berlín se había preparado el terreno cuidadosamente para un asalto contra el Oeste antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores.

CAPÍTULO XXIX

LOS tractores habían limpiado de escombros una plaza de Zehlendorf, habilitando un nuevo terreno de juego. Un equipo de pelota base, formado por muchachos alemanes entrenados por militares, de acuerdo con el programa para la juventud, competía con otro de adolescentes de las familias americanas de guarnición. Arbitraba Neal Hazzard.

Alrededor del terreno de juego había un anillo de alemanes curiosos. En la segunda carrera, Hazzard tomó una decisión singularmente arbitraria y perjudicial para los americanos, con objeto de mantener el tanteo dentro de ciertos límites.

Los muchachos americanos se agolpaban a su alrededor, protestando a gritos. Tanto el equipo alemán como los espectadores se quedaron atónitos ante semejante desacato a la autoridad… a Neal Hazzard, nada menos. Por fortuna, el coronel Hazzard salió airoso de la discusión y el juego se reanudó.

Entre una carrera y otra, el coronel O’Sullivan llegó en un coche militar.

—Los rusos se han apoderado del edificio de la dirección de ferrocarriles.

Hazzard parecía desconcertado. El edificio se encontraba completamente en el interior del sector americano.

—¿Está enterado Hansen?

—En estos momentos va camino del Cuartel General.

Hazzard designó a otro árbitro para que le sustituyese, anunció que lo sentía mucho y se marchó con Sean, arrancando a toda velocidad en dirección a la oficina de Hansen.

Cuando entraron, el general Hansen acababa de realizar unos intentos infructuosos para ponerse en contacto con el mariscal Popov y el general Trepovitch. Los rusos no estaban «disponibles». El coronel Mark Parrott, comandante de la guarnición americana, se encontraba en la oficina y les explicó que una compañía de infantería rusa penetró en el sector americano media hora antes, expulso a los trabajadores alemanes del edificio de la dirección de ferrocarriles, izó una bandera roja y montó la guardia.

Los tres oficiales miraron al general. No había tiempo para dilaciones. O respondían inmediatamente, o aceptaban la situación como un hecho consumado.

—Traslade sus tropas allá, Mark, y aísle el sector. No dispare primero, pero si intentan enviar relevos, abra fuego.

Neal Hazzard sonreía.

El automóvil militar que le transportaba en compañía de Sean O’Sullivan, volaba por las calles con las sirenas chillando. En Friedemann Platz, donde se había reunido una turba de gente, disminuyó la marcha. Sean ordenó al gentío que despejara las calles, y luego se encaminó hacia el edificio en compañía de Hazzard. En la puerta un soldado rojo que empuñaba un fusil ametrallador les cerró el paso.

—Quiero ver al oficial que tiene el mando —dijo Hazzard.

El soldado se encogió de hombros y les apuntó con el arma. Los dos americanos dieron media vuelta y volvieron a cruzar la calle. En cuestión de pocos momentos, Mark Parrott se detuvo allí con varios camiones de soldados y los distribuyó rápidamente de forma que el edificio quedase completamente aislado.

Dentro, el coronel Igor Karlovy, que estaba observando el movimiento de los americanos, cogió el teléfono para llamar al Cuartel General ruso. La línea parecía que no tenía contacto. Un instante después un ayudante le confirmaba que los americanos habían cortado los hilos telefónicos.

—El coronel Hazzard se acerca de nuevo al edificio. Esta vez viene rodeado de una docena de soldados.

—Lo veré yo mismo —dijo Igor. En seguida bajó y aguardó en la entrada. Neal Hazzard ordenó a su escolta que se pusiera firme y, acompañado de Sean, se encaminó hacia el ruso.

—Le conozco. Déjeme que le hable yo, Neal.

—Adelante.

—Buenas tardes, coronel Karlovy —dijo Sean. —¿Qué se proponen ustedes?

—¡Esto es propiedad de la Unión Soviética!

—Esto está a dos millas en el interior del sector americano. ¿Cómo puede figurarse una cosa así?

—El emplazamiento no es más que un detalle sin importancia.

—Siga.

—El convenio de la Kommandatura declara que la Unión Soviética dirigirá todo el movimiento de ferrocarriles de la provincia de Brandenburgo.

—Exacto.

—Este edificio es el centro de gobierno de la red de ferrocarriles y, por lo tanto, se encuentra bajo jurisdicción soviética.

—¡Y que te crees tú eso! —interrumpió Neal Hazzard. —Vea usted en qué situación se encuentra. En este trozo de terreno no va a entrar nadie. Sin embargo, a ustedes se les permitirá regresar al sector ruso. Si quieren quedarse aquí, pueden morirse de hambre. Es asunto de ustedes. Si se produce el menor intento de trasladar hasta aquí más soldados, les haremos volar a ustedes. Mi tropa tiene orden de disparar en cuanto vea soldados rusos. —Y se marchó.

Igor sonrió a Sean.

—De modo que nos encontramos otra vez. Veo que ha trepado por la escala militar. Bien…, en una ocasión ustedes se apoderaron del Cuartel General americano; otra nosotros conquistamos el edificio de los ferrocarriles. Lo uno compensa lo otro.

—Hay una diferencia —dijo Sean.

—¿Cuál es, amigo mío?

—Nosotros no lo hacemos como si fuera una pamplina.

La reapertura de la Opera del Estado fue un gran acontecimiento en Berlín. El edificio, parcialmente reconstruido, estaba enclavado en la Unter den Linden, en el sector ruso. El alto mando soviético hizo los honores de la velada.

El general Hansen y su esposa se sentaban como huéspedes del mariscal Popov en un palco que compartían con el general inglés Fitz-Roy, el general francés De Lys y sus respectivas esposas. En el palco de enfrente, Neal y Claire Hazzard y los demás comandantes eran huéspedes del general Trepovitch y señora.

También estaban presentes representantes del Departamento de Estado y de los Ministerios de Asuntos Exteriores. Los diecisiete funcionarios que constituían el cuerpo diplomático aliado estaban allí. Y también los jefes comunistas alemanes… Era una fiesta deslumbrante.

La ópera elegida para la solemnidad era *Nabucco*, de Verdi, muy apropiada para aquella noche, pues había sido desterrada durante los tiempos de Hitler por tratar sobre un tema judío.

A continuación de la ópera vino un espléndido banquete, en el transcurso del cual nadie pronunció una sola palabra acerca de lo que ocurría en el edificio de la dirección de ferrocarriles. Durante la noche, Igor Karlovy y su compañía miraban los reflectores de las baterías americanas y empezaban a preguntarse si no habían cometido un tremendo error de cálculo.

A las siete de la mañana siguiente, el ordenanza de Neal Hazzard despertó a su jefe para informarle de que el general Trepovitch llamaba por teléfono.

Al ver la hora, Hazzard sonrió. Era más que intempestiva para los rusos. Hazzard comprendió que se habían pasado toda la noche en vela, cavilando.

—Buenos días, general Trepovitch. Hermosa gala la de anoche.

—Sí…, ciertamente…, hermosa. Con sinceridad, coronel Hazzard, quería hablar de la situación en el edificio de la dirección de ferrocarriles.

—Dispare.

—Si usted cede en retirar sus fuerzas, yo aceptaré celebrar hoy en la Kommandatura una reunión extraordinaria para discutir el caso.

—Si busca gangas, vaya a Sears Roebuck[14].

—¿Qué?

—*Nyet*.

Trepovitch bajó la voz hasta un tono familiar que venía a ser el preludio de una amenaza.

—Si ustedes no retiran sus fuerzas, tomaremos las medidas adecuadas.

—Nos encontrarán en nuestro puesto.

Trepovitch dejó el teléfono. El mariscal Popov, V. V. Azov y el capitán Brusilov, de Moscú, presentes en la habitación, aguardaron hasta que estuvieron listas las traducciones y pudieron leerlas. Al capitán Brusilov le habían enviado para que

suscitase un incidente antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, estableciendo *de facto* el control ruso sobre la ciudad. En este instante estrujaba el papel dentro del puño. Por lo pronto, Azov se sintió un tanto reconfortado. ¿Qué haría ahora el gran correo? ¿Telefonear a Moscú pidiendo instrucciones?

—Retiren nuestras fuerzas del edificio —dijo Brusilov.

CAPÍTULO XXX

—EL coronel O'Sullivan al habla.

—Aquí el sargento de la puerta principal, señor. Una tal señorita Ernestine Falkenstein quiere verle.

—Tiene concedida la visita. Diga que la inscriban y acompáñela a mi oficina.

—Sí, señor.

Ernestine entró en el pabellón de guardia, firmó y depositó los documentos de identificación y la cartilla de racionamiento sobre el mostrador. Un atildado cabo de policía la acompañó a paso vivo hasta el interior del recinto.

Ernestine sintió que se le encogía el espíritu. Había estado allí en otra ocasión, cuando aquello era el Cuartel General de la Luft Gau de Alemania Central. La firma de abogados en la que trabajaba la envió para presenciar un consejo de guerra como «amiga de la familia». En aquellos días, en el asta ondeaba una cruz esvástica y en la entrada había una gran águila alemana de piedra. Todo estaba lleno de uniformes negros y botas altas.

Mientras el cabo la conducía por el largo y sombrío pasillo, la muchacha se estremeció un poco. Al final se detuvieron delante de la oficina del coronel O'Sullivan. El cabo llamó, abrió la puerta, saludó y miró intencionadamente a la joven mientras ésta entraba.

—Le llamaré si le necesito, cabo.

El soldado se quedó turbado y se apresuró a retirarse.

—¿No quiere tomar asiento?

—Gracias. Y gracias también por recibirme.

—¿En qué puedo servirla?

—Como usted habrá sospechado quizá, se trata de mi tío Ulrich. Lo que le dijo de Berthold Hollweg ha sido para él un golpe muy grande.

—Me sorprendería que no lo fuese.

—Son camaradas desde hace decenas de años. La idea de tener que llamarle para someterle a una acusación y echarle del partido demócrata es más de lo que mi tío puede resistir.

—Su tío puede resistir mucho castigo. Y comprende su deber sin la menor duda.

Ernestine jugueteaba con su bolso.

—¿No podría formular la acusación otra persona? Los cargos son los mismos, no importa quién los presente.

—Esto lo hemos discutido ya, *fraulein*.

—Hay otra cosa todavía. Sé que usted querrá que ocupe el puesto de alcalde de Berlín.

—Es cierto. Tenían que haberle elegido a él y no a Hollweg ya de buenas a primeras. Pero entonces nosotros tratábamos de contentar a los rusos. Ahora ya no

ponemos tanto empeño.

—Quizá no me explico bien, coronel. Mi tío no es joven, ni goza de buena salud. Yo temo que esta carga pueda ser demasiado pesada para él.

La muchacha era inteligente, educada y además tenía buena percepción.

—Las circunstancias nos arrastran a una situación en la que cada vez hemos de colaborar más con los hombres de su partido. Es un estado de cosas en favor del cual su tío de usted viene argumentando desde el principio. Si hemos de empezar a prestar apoyo a los políticos, no podemos conformarnos más que con el mejor. Ningún otro posee la talla de Ulrich Falkenstein.

—Pero, coronel —insistió Ernestine—, es posible que no le queden ya energías que desarrollar. Ha hecho bastante y merece unos años de paz.

—Ciertos hombres no han nacido para vivir en paz.

—Mi tío está cansado, muy cansado. Por las noches yo le oigo agitarse y gritar, reviviendo los horrores de Schwabenwald. Yo observo en él un agotamiento y un declinar que otros no quieren ver. Esto le matará. —En aquel instante, Sean compadeció a la muchacha. —Déjele que continúe como jefe espiritual del partido, pero busquen un hombre más joven y vigoroso y empiecen a entrenarle —suplicó ella.

Sean movió la cabeza negativamente.

—La historia elige sus hombres. No son los hombres los que eligen su historia, *fraulein*. Su tío es el hombre que puede levantar y agrupar a Berlín. En esta ciudad, la batalla se extiende cada día más y se hace más patente. Su tío es un general que debe tomar el mando. Como en el caso de cualquier otro soldado, nuestras vidas son para sacrificarlas si Dios lo quiere.

—Lucharé contra usted, —dijo la joven.

Sean entornó los ojos. Estaba enojado de veras. Se inclinó sobre la mesa y dijo con una voz casi sibilante:

—¿Luchó para que su hermano no vistiera el uniforme? ¿Luchó para que su novio nazi no asesinara inocentes indefensos? Parece que ni una sola de ustedes, distinguidas mujeres alemanas, luchó demasiado para impedir que sus hombres marchasen a morir por la patria. Ahora escúcheme. En este mundo hay cosas más dignas de entregarles la vida que el Deutschland Über Alles.

Ernestine se puso en pie con los ojos húmedos.

—Lamentó que esa hermosa democracia de ustedes no tenga piedad de sus luchadores fatigados.

—No, si vamos a vencer.

—He visto a hombres como usted antes de ahora, coronel O’Sullivan. Los he visto en este mismo edificio, en estas mismas oficinas. ¡Obediencia ciega al deber! Llevaban uniforme nazi.

CAPÍTULO XXXI

SEAN forcejeaba por el suelo con los dos gordinflones hijos de Shenandoah Blessing. Los sujetó con fuerza, les hizo cosquillas y luego permitió que fuesen ellos los que le sujetasen a él y le aporreasen. Por fin, Lil Blessing retiró a los muchachos de encima de tío Sean y los llevó a la cama.

Después de comer, Shenandoah se puso el cinturón de servicio, besó a Lil, le dijo a Sean que se verían luego y se fue.

Sean se sentó a tomar una copita de coñac mientras Lil veía si los muchachos estaban bien acostados y les advertía de las terribles consecuencias que les esperaban si no se dormían en seguida. A continuación dijo a la doncella alemana que podía marcharse, y cogió la labor de ganchillo.

—¡Vaya comida opípara! —dijo Sean. —No había comido «hush puppies» desde que era pequeño. Tenía unos tíos en Carolina del Norte. Los tres hermanos pasamos un verano entero en su casa. «Hush puppies»[15], sémola, patas de cerdo. No es raro que tu marido esté tan gordo.

—A mí me gusta gordo. Así puedo corretear a su alrededor.

—¿Cómo va la vida de guarnición?

—No puedo quejarme. A los muchachos les beneficia el ver otra parte del mundo. Pero me da pena lo dura que está la situación para la gente de Berlín.

—No pueden esperar nada mejor.

—Mañana tomo el té con unas señoras de la guarnición inglesa. Discutiremos los problemas de educar a los hijos en la ocupación. ¿Qué te parece?

En los pocos meses que Lil y los pequeños llevaban en Berlín habían pasado a ser como antiguos amigos. Sean les cedió la villa, una casita entre árboles de una urbanización que antes perteneció a los de las SS, y él fue a ocupar un piso en Dahlem, lo bastante grande para sus necesidades.

—Sean. En verdad que esta noche no eres el mismo.

—La culpa la tienen esos malditos preparativos para la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores.

—No es eso lo único que te preocupa. —Sean rodeó la copa de coñac con la mano. —De veras que te portas maravillosamente con los niños —continuó Lil. —El hombre que dedica todas sus horas libres a jugar con los pequeños debería tener un par de ellos, suyos propios.

—Diablos, todas las mujeres son iguales. Ninguna de vosotras puede sufrir que exista un solterón dichoso.

—Estás hablando con Lil, cariño. Tú no eres feliz.

—No sabía que hubiese manifestado ninguna señal.

—Ningún hombre que trabaje tan intensamente como tú por el privilegio de llegar a casa y encontrar las habitaciones vacías puede ser feliz. La vida no es eso.

—Cada tres meses me pongo a especular sobre el negocio que hice viniendo a Berlín, pero el momento de duda se pasa siempre.

—También pasa el tiempo, amigo mío.

—Lil. Esta melancolía no me entró hasta que vinieron las familias americanas. —Luego, cediendo a un impulso, añadió—: ¿Eres una amiga íntima de verdad?

—Puedes estar seguro.

—Parece que tengo la fatalidad de fijarme siempre en la mujer que no debo. Creo que lo estoy convirtiendo en una especialidad.

—¿Has trabado relaciones con una muchacha alemana?

—No es eso exactamente. Sé que quiero volver a verla, y sé que no debía tener tales sentimientos.

—¿Te alienta ella?

—Todo lo que he conseguido por su parte ha sido un cachete en los labios.

—Dada tu manera de pensar acerca de los alemanes, es probable que te lo buscases.

—Quizá. ¿Oye, Lil, soy un prusiano ciego y arrogante?

—Caramba, caramba. Parece que la chica en cuestión soltó todo lo que tenía en el buche.

—En efecto. Y me figuro que en lo que dijo había bastante dosis de verdad para tenerme intranquilo.

—Dile que ella es una muchacha muy agradable. El ser un poco gentil no te costará la vida.

—No puedo. A una muchacha alemana no puedo. Por otra parte, creo que debo pedirle excusas.

—Sean…, el peor alemán que haya existido jamás ha tenido algo de humano. —Lil cogió el libro de instrucciones para el trabajo de ganchillo, deshizo cierto número de puntos y se puso a contar con mucha atención. —¿Bless no te ha hablado nunca de nosotros?

—No.

—Yo pasé mis primeros años en una finca agrícola del tipo de las que describe *Tobacco Road*. Huí de casa a la edad de quince años, embarazada. Aquel hijo lo perdí. Acabé en Harper (Tennesse), capital del condado de Hook. —Lil dejó la labor, encendió un cigarrillo, cogió la botella de *bourbon* y se llenó un vaso. —Casi no servía para nada más que para rondar por las tabernas, pero al menos pude aprender a leer y escribir, a llevar un vestido y a tener una habitación propia, con una lámpara, un aparato de radio y agua corriente.

»Cuando conocí a Bless le habían nombrado hacía poco *sheriff* de Hook. Bless no molestaba a las chicas, siempre que no robasen. Lo cierto es que había ayudado a muchas a salir de algún apuro. Conmigo siempre estuvo muy amable, pero tenía demasiadas ocupaciones o era demasiado tímido para pasar de aquí.

»Una noche organizó una incursión en un establecimiento donde se jugaba por

todo lo alto. Yo caí en la redada. Estaba completamente borracha y gritaba. El verme de aquel modo fue para él una puñalada en las entrañas, y me dio una paliza tan terrible que fui a parar al hospital. Todo un idilio, ¿eh, Sean?

»En toda mi vida no ha habido otro momento como el de la mañana siguiente cuando aquel hombre obeso entró con aire indeciso en mi cuarto del hospital y me pidió que le perdonase. Es posible que un hombre se crezca ante sus propios ojos, y a los de otros hombres, cuando impone su voluntad a los demás. A los ojos de una mujer, un hombre nunca es tan grande como cuando posee humildad suficiente para pedir excusas.

—¿Puedo entrar, si no le molesta?

Ernestine levantó la vista de la mesa en el momento en que Sean cerraba la puerta detrás de sí. La sorpresa no le permitió abrir los labios, pero su actitud manifestó que no le perdonaba.

—Tenía que entregar unos documentos al juez Cohen —dijo Sean, refiriéndose a un jurista americano del Gobierno Militar. —Y he pensado que podía entrar un momento. De modo que usted trabaja aquí.

La oficina era un apiñamiento de textos legales. Ernestine estaba trabajando en la traducción sobre apelaciones de derecho civil.

—Lo cierto —continuó Sean— es que me alegro de que se me haya presentado esta oportunidad, porque tenía muchas ganas de hablar con usted de la última vez que nos vimos. Señorita, el lenguaje que empleé demostraba muy mala educación y muy mal gusto.

Ernestine se daba cuenta del desasosiego del americano, aunque también de que medía cuidadosamente las palabras con las que rogaba que le dispensase. El coronel no decía que se arrepintiese, ni tampoco que lo sentía, ni que había cambiado de opinión.

—Lo que debí decirle era que su tío vino a Berlín por voluntad propia y sabiendo la magnitud de la tarea que le esperaba. Y ya mucho tiempo atrás decidió que los ideales que defendía importaban muchísimo más que su propia existencia. Estoy convencido de que si usted intenta disuadirle de lo que él sabe que debe hacer, rechazará sus súplicas.

—Tiene razón, coronel O’Sullivan. Ha rechazado mis súplicas.

—Me duele por usted, porque me doy cuenta de lo mucho que quiere a su tío.

—El gesto de usted es muy amable.

—En cuanto a mis otras observaciones…

—No es preciso que presente excusas. Es cierto que mi prometido tomó parte en la carnicería de Babi-Yar, Y Dios sabrá en qué otras cosas. Me doy cuenta perfectamente de los delitos que nosotros los alemanes hemos cometido contra la especie humana. No estoy en situación de expiar mi culpa y mi vergüenza, ni usted es

quién para concederme el perdón. Ahora le ruego que salga de mi oficina… y que me deje en paz.

CAPÍTULO XXXII

UNOS días antes de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores, que iba a celebrarse en Berlín, fue proclamada la «Doctrina Truman», declarando que a todo nuevo intento de extender el comunismo, se respondería con la fuerza.

Desde el final de la guerra se habían celebrado innumerables reuniones de jefes de Estado y delegados suyos en Washington, Londres, Moscú y París.

Ahora tales conferencias se proponían suavizar el antagonismo creciente entre la Unión Soviética y sus antiguos aliados. En esta ocasión le tocaba a Berlín el turno de servir de emplazamiento de un nuevo intento para llegar a un acuerdo sobre el problema alemán.

—*Mistress* Hansen llama por teléfono, general —dijo Sean.

—Hola, madre.

—Andrew, acabo de recibir una de esas llamadas. Me han dicho unas cosas terribles de ti.

Agnes tenía un acento trastornado. Su marido debía ocuparse de trabajos preliminares a la conferencia hasta muy tarde. Al día siguiente empezarían a llegar los dignatarios. Todos los miembros de su personal con sus respectivas esposas recibían llamadas telefónicas anónimas a todas horas amenazando con que les matarían si los americanos no se marchaban de Berlín.

Después de negarse a poner guardia en sus respectivas casas, el general Hansen y el coronel Hazzard dormían con las pistolas a punto en las mesitas de noche.

—Madre —dijo Hansen—, enviaré un coche a buscarte. Pregúntale a Claire Hazzard si quiere ir al cine contigo. Luego ve al club militar, y yo pasaré a recogerte cuando regrese a casa.

—Así lo haré, querido. Lamento haberte molestado.

Sean envió un coche a recoger a *mistress* Hansen.

—A algunas mujeres esas llamadas les causan una impresión terrible —dijo. —¿No le parece que, en atención a *mistress* Hansen, sería mejor poner guardia en su casa?

—No, caramba. Si uno piensa en ello, Sean, para las personas indefensas que se encuentran detrás del telón de acero ha de ser horrible vivir sometidas a un terror tan despiadado, sin poder devolver el golpe. Creo que en este terreno los rusos han de cosechar verdaderos éxitos.

El día en que los delegados llegaron a Berlín, la Unión Soviética anunció unas maniobras militares y los aviones de caza oscurecieron el cielo. Su zumbido envolvía amenazadoramente a los transportes que llegaban.

Hansen llamó al teniente general Barney Rott, comandante de la USAFE en Wiesbaden. El secretario de Estado americano aterrizó en Tempelhof con una escolta de cazas nuevos a reacción, seguidos de otras escuadrillas que volaban en formación, dibujando las letras U. S. A. Los aviones soviéticos despejaron los pasillos aéreos.

Con esta nota de hostilidad y tensión se reunió la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores.

La flor y nata se encontraba en el castillo Sanssouci, de Postdam, pero por todo Berlín se reunían subcomités, discutiendo los puntos de divergencia.

En los cuarteles Napoleón, sede principal francesa, se reunía el Comité de Reparaciones, uno de los más importantes, y el general Hansen presidía la delegación americana. Su antiguo adversario, del Concejo Supremo alemán, el mariscal Alexei Popov, se sentaba en el otro extremo de la mesa en forma de U.

No había transcurrido más de media hora de la primera sesión cuando el mariscal Popov puso sobre el tapete la demanda rusa de reparaciones por un total de diez mil millones de dólares a pagar con la producción en curso de las zonas occidentales.

Popov, el zorro gris, terminó por dejar a todos los presentes casi petrificados. Hubo algunas conversaciones parlamentarias de poca monta, pero todo el mundo aguardó hasta que le tocó el turno a los americanos.

Andrew Jackson Hansen se quitó las gafas, enlazó las manos y miró de hito en hito a Popov.

—Mi Gobierno está dispuesto a rechazar sus demandas —empezó llanamente. Un murmullo se levantó en la sala. —Permítame explicar nuestra posición, mariscal Popov. Los Estados Unidos no concederán más reparaciones hasta que ustedes den su conformidad al acuerdo sobre la producción alemana de hierro. Los diez mil millones que ustedes piden representarían quizá la producción entera de la industria alemana. Norteamérica está en Alemania con el fin de permitir a los alemanes que nivelen su balanza comercial de modo que puedan regirse por sí mismos.

—¡Para preparar otra guerra!

—Espere un minuto nada más. No he terminado. Mi país vuelca sobre Alemania centenares de millones de dólares. El de usted se lleva centenares de millones. ¿Qué se proponen? ¿Conseguir un pago directo de Washington a Moscú?

Popov se puso colorado. Hansen continuó con firmeza:

—Queremos los límites de zona abiertos y que Alemania se gobierne como una sola unidad económica. Ustedes han eludido esta cuestión durante dos años. Además, queremos cuentas acerca de lo que la Unión Soviética se ha llevado ya de Alemania.

Popov trató de interrumpir.

—Todavía no he terminado. La Unión Soviética, por su cuenta y riesgo, se ha apoderado de terrenos evaluados en doce mil millones de dólares. Y se ha apropiado de tierras polacas evaluadas en dos mil millones de dólares. El caso es, pues, el

siguiente, ¿cuántas veces y de cuántos modos distintos, van a probar ustedes de cobrarse los mismos diez mil millones de dólares?

Popov no pudo contenerse ya más.

—La Unión Soviética continuará su política de impedir que se esclavice a la clase trabajadora alemana. Estamos bien enterados de los campos de concentración de la zona inglesa de Alemania. Estamos enterados de la campaña, similar a la de Hitler, para impedir que el partido comunista liberte a los trabajadores de la zona americana. Son ustedes los que no toleran la democracia.

—Admiro su retórica —contestó Hansen—, pero no ha contestado a mis preguntas.

—¡Es la Unión Soviética la que sufrió a manos de los agresores hitlerianos, y la Unión Soviética la que guía al pueblo alemán hacia la paz!

—¿Quieren o no quieren dar cuentas de lo que se han llevado de Alemania?

—No veo el objeto de prolongar esta reunión. —Y sin más ceremonias, el mariscal Popov y sus ayudantes se marcharon.

En el otro extremo de la ciudad, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Molotov, repetía la actuación del mariscal Popov, declarando machaconamente que los americanos derramaban el dinero sobre Alemania para una guerra de desquite y para esclavizar a la clase obrera alemana.

Después de la retirada de Molotov, hasta el francés, siempre tan conciliatorio, estaba harto.

La conferencia de Berlín terminó con una declaración conjunta de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Holanda, Luxemburgo y Bélgica, en la que se comunicaba que las tres zonas occidentales de Alemania iban a coordinar su política económica y, más todavía, que debía procederse a redactar una Constitución para una República alemana.

Europa estaba cansada. El horrible invierno de 1946-47 había provocado el colapso final de la industria y la agricultura. La gente estaba desnutrida, y las máquinas destruidas, o eran anticuadas. La mano de obra especializada había sufrido una sangría enorme. Las fincas agrícolas estaban en ruinas, las minas no trabajaban, la gente iba perdiendo la voluntad de sobrevivir.

Aunque la «Doctrina Truman» contribuyó mucho a detener el ímpetu de la rapiña comunista, se necesitaba algo más. Porque en medio de aquel terreno podrido, el cáncer del comunismo engordaba considerablemente por los ámbitos de Italia y Francia.

Un viejo y sabio soldado que había ascendido a la Secretaría de Estado y sabía que con las armas no bastaba, concibió un plan monumental de ayuda a Europa.

El problema inmediato consistía en lograr que el Congreso aprobase la Ley de

Recuperación europea, es decir, el Plan Marshall, antes de que fuese demasiado tarde.

América entraba en su mayoría de edad. Para Europa, el precio de su reconstrucción consistía en aceptar la jefatura de los Estados Unidos. Para América, la era de vivir encerrada en sí misma había terminado.

Mientras la máquina del Congreso laboraba para la promulgación de la Ley, se pidió a las naciones de Europa que se reunieran en París y dijeran lo que necesitaban.

CAPÍTULO XXXIII

LA noticia decía:

> «La nueva biblioteca de la Amerika Haus será inaugurada oficialmente este jueves. El Servicio Especial ha organizado un concierto que interpretará el eminente pianista sargento William James.
> »Esta biblioteca, que con el tiempo constará de cincuenta mil volúmenes, es un regalo hecho por el pueblo americano mediante donativos a la Liga para la Amistad germano-americana. Sería muy apropiado para esta ocasión que asistentes e invitados vayan acompañados por alemanes».

Una invitación oficial decía:

> «El coronel Neal Hazzard y esposa esperan tener el placer de contar con la compañía de usted en el cóctel que ofrecerán en el Dahlem Press Club inmediatamente después del concierto del sargento James».

Sean tuvo la invitación sobre su escritorio una semana entera. La miró cierto número de veces, la meditó, la releyó, garabateó algo en un cuaderno borrador junto a ella…, hasta los dos días anteriores al concierto.

Sean cogió el teléfono y dijo a la centralilla que le pusieran en comunicación con la calle.

—Diga.

—¿Señorita Falkenstein?

—Al habla.

—Aquí el coronel O’Sullivan.

—Ah, sí, coronel.

—En la Amerika Haus se celebrará la inauguración de una biblioteca. Me gustaría que usted y su tío aceptasen mi invitación.

Ernestine tomó la invitación de un modo impersonal, como un requerimiento semioficial, ya que ordinariamente su tío asistiría a un acto semejante.

—¿Qué día, por favor?

—Pasado mañana.

—¡Oh! Déjeme que mire el calendario de mi tío… Oiga…, el jueves tiene una reunión de distrito en Spandau, y me dijo que era muy importante.

—¿Qué le parece si fuese usted conmigo?

—¿Yo?

—Tenemos un joven pianista de los buenos y dará un concierto. Me han dicho que interpretará una sonata de Beethoven.

—No sé —murmuró Ernestine.

—Por favor, señorita. Esto no es una orden.

—Bien…, muy bien, iré.

—Perfectamente. Pasaré a recogerla a eso de las seis y media. Recuerdos a su tío.

El sargento William James estuvo a la altura de las referencias anticipadas que le presentaban como a un gigante entre los virtuosos del piano.

Sean y Ernestine se reunieron animados por lo que parecía la firme resolución de ser muy corteses uno con el otro. Los primeros momentos transcurrieron en medio de una solemnidad embarazosa. Camino de la Amerika Haus apenas se dirigieron la palabra.

Entonces, por cierta comunicación mística, el sargento James interpretó la «Patética». Sean notó profundamente la presencia de Ernestine, y Ernestine la de Sean, experimentando una emoción reveladora de que se estaba produciendo un despertar largo tiempo demorado.

Mientras se dirigían al Press Club tenían ya un motivo de conversación, lo cual les ayudó a salir de su retraimiento.

En la puerta, Sean le ofreció el brazo, y así descendieron por delante de los presentes. Todo el mundo levantaba las cejas, y ellos lo notaban.

En poco más de un segundo, Neal Hazzard estudió a Ernestine de pies a cabeza y dirigió a Sean una mirada que decía: «¡Jesús, qué bocado!».

—Señorita Falkenstein, desearía presentarle al coronel Hazzard y a su esposa.

—Hermosa señorita.

—¿Es pariente acaso de Ulrich Falkenstein?

—Es tío mío.

La pareja procuraba no oír las voces que les seguían.

—Oye, ¿no es O’Sullivan con una muchacha alemana?

—En este caso, *debe* estar haciendo una excepción.

—Es la sobrina de Falkenstein. Trabaja en el departamento del juez Cohen.

—Apuesto a que el general Hansen le dijo que la trajese. Para dar pruebas de cordialidad, y todo lo demás.

Mientras las habladurías seguían su curso, Sean descubrió el rostro afectuoso y vulgar de Nelson Goodfellow Bradbury profundamente inclinado sobre un jarro de cerveza encima del mostrador. Sean presentó Ernestine a su amigo y los tres se retiraron a una mesa tranquila, en el jardín. Sean se excusó unos minutos para comunicar al Cuartel General dónde se encontraba.

En todo el tiempo que llevaba en Berlín, nadie le había visto nunca en compañía de una alemana. Siempre salía o con muchachas americanas o con las que trabajaban en las misiones extranjeras.

Sentado en compañía de Ernestine, Big Nellie recordaba un montón de cosas del pasado. Él fue quien comunicó a Sean la defunción de su hermano. Y en Rombaden,

Sean le confesó a él que odiaba a los alemanes de un modo inalterable.

¿Aquella muchacha, y no otra precisamente, lograba derribar la barrera gracias a su inteligencia evidente y a su belleza? ¿O el secreto del caso estaba en el hecho de que fuese sobrina de Falkenstein? ¿Significaba aquello el comienzo de un proceso de suavización?

—Hace año y medio que gozo leyendo sus artículos —dijo Ernestine.

—No sabía que aquí en Berlín hubiera nadie que me leyese.

—Mi tío ha buscado la manera de recibir cierto número de periódicos ingleses y americanos. Usted ha sido un amigo de los berlineses.

—Porque los berlineses han sido amigos nuestros.

—Tengo entendido que usted y el coronel son viejos camaradas.

—Hace algunos años que nos conocemos.

Transcurrió un momento de desasosiego. Quizá se debiera a una pregunta que quisiera hacer ella; quizá a una que quisiera hacer él.

Sean volvió y, al cabo de unos segundos, Big Nellie les dejó solos.

La pareja habló largo rato de cosas que agradaban a ambos, la clase de música que habían oído aquella noche, y de los libros que Ernestine leía desde que vivía con su tío. Tenían muchas cosas en común.

Cuando llegó la hora de retirarse. Sean la acompañó a casa en su coche, y ambos dijeron que había sido una velada muy agradable y que…, quién sabe si alguna otra vez… Apenas hubo arrancado de nuevo, Sean se enfureció consigo mismo por haberse sentido a gusto y porque deseaba continuar viendo a Ernestine.

Ernestine se deslizó calladamente dentro del piso. La luz de la sala de estar estaba encendida.

—¿Cómo ha resultado la velada? —preguntó Ulrich.

—El concierto, magnífico. Ha sido una pena que usted no pudiera asistir.

—¿Y el coronel?

—Muy civilizado. La verdad es que sabe ser perfectamente agradable. Usted está enterado ya de que puede hablar de muchas cosas, dentro de una gran variedad de temas.

—O’Sullivan y yo nunca hemos hablado de otra cosa que de alemanes malos y alemanes buenos.

—Nosotros hemos evitado esta cuestión.

Ernestine preparó té, inquieta por el tono sarcástico de su tío.

—Ernestine, querida —dijo Ulrich—, el coronel O’Sullivan ha tenido que arrinconar ciertos sentimientos muy profundos para aparecer en público contigo.

—Debajo de todo ello, no es más ni menos que un ser humano. Y tenía que sentirse solo a la fuerza. Todos acabamos sintiéndonos solos, tío.

—¿Y tú? No te he visto nunca con un aspecto tan luminoso como cuando has

entrado esta noche.

—Estoy segura de que la invitación se dirigía a usted especialmente, con objeto de hacer un alarde público de amistad.

—¿Volverás a verle?

—Quizá.

—Eres una joven en la flor de la vida. ¿Cuánto tiempo hace que no has salido con un muchacho? ¿No es sorprendente que la primera vez que sales desde hace meses haya tenido que ser con un americano?

Durante cierto tiempo Ernestine salió con muchachos conocidos suyos y compañeros de trabajo, pero veía en ellos algo de Dietrich Rascher, de su padre, de su hermano. Y les tenía miedo.

—Ciertamente, O'Sullivan es bastante educado para reprimir ciertos sentimientos, pero llegará un día en que su odio estallará.

Ernestine quería defender a Sean. Su tío había trabajado con él en Rombaden bajo unas circunstancias muy desfavorables, y no había tenido ocasión de conocerle en su aspecto de persona afectuosa y amable. Cuando Sean hablaba, la imagen del prusiano disciplinado y con una voluntad de hierro desaparecía. ¿Qué? ¿Le estaba defendiendo en la arena de su propia mente? Ernestine se dio cuenta de que quería volver a verle.

—Es curioso que los enemigos se atraigan mutuamente con una fuerza tan irresistible. Mas, el amor entre enemigos no es amor. Es un deseo de destruirse recíprocamente —dijo Ulrich.

—Está levantando una montaña sobre un grano de arena.

—Si es un grano de arena, prométeme que no volverás a verle.

—Lo he pasado muy bien en esta velada, tío.

—No quiero que sufras, Ernestine…, no quiero que sufras.

CAPÍTULO XXXIV

IGOR se afeitaba. En el espejo pudo ver, detrás de él, la imagen de Lotte en el umbral, poniéndose el camisón. Hacía pucheritos.

—¿Vas a salir?

—Sí.

—Con ésta son cuatro noches seguidas. ¿Qué asunto hay tan importante?

—Yo soy coronel. Nikolai Trepovitch es general. Él me ha ordenado que asistiese a una reunión. Y yo voy.

—¿Cómo tenéis siempre las reuniones por la noche?

—Para que podamos dormir hasta muy tarde por la mañana.

—Pero cuando tú estás fuera yo no puedo dormir.

—Eres una embusterita deliciosa. Cuando vuelvo siempre te encuentro ausente de este mundo.

—Porque tomo píldoras.

Igor se lavó la cara, limpió la navaja y se puso una loción que le había proporcionado un americano del Centro de Seguridad Aérea.

Lotte le había rodeado con los brazos y le estrechaba con fuerza. Él la levantó en vilo, la llevo al dormitorio y la echó en la cama. Luego se calzó las botas.

—¿Cuándo me darás un niño? —preguntó la joven.

¡Vaya mentirosa! ¡Ah!, quizá sí; acaso quisiera un hijo, del mismo modo que una niña quiere jugar con una muñeca. Lotte era bastante lista para halagarle con aquella ocurrencia. Habían obrado con gran discreción, no presentándose nunca juntos en actos públicos. De este modo, el mando podía tolerarlo. Pero una cosa así como tener un hijo con una amante alemana significaría el destierro inmediato.

Un mes antes, Igor había soportado un tormento más que regular. Por algún motivo, el partido decidió que tendría un valor propagandístico enviar a su esposa, Olga, a una Liga de mujeres alemanas comunistas y a hacer una visita de inspección en el Berlín ruso. Igor se vio obligado a esperar en el aeropuerto como un patán embobado, con un ramillete de flores, y a abrazarla emocionadamente en la pasarela para que los fotógrafos pudieran retratarles. Olga estaba más desabrida de lo que recordaba haberla visto nunca.

Durante una semana, Igor la acompañó a través de un bien documentado recorrido del sector soviético, mientras los periódicos transmitían al mundo comunista el ejemplo de aquellos dos hijos de la patria separados por su entrega total a la gran causa.

Olga visitó un lugar del Treptower Park que había de ser un cementerio de honor para los rusos que murieron en el asalto a Berlín. Olga visitó un orfanato y tuvo unas palabras para los futuros camaradas. Olga asistió a un servicio religioso, como prueba visible de la democrática actitud de la Unión Soviética respecto a la religión.

Olga se dirigió a la convención de mujeres comunistas alemanas, escupiendo veneno contra los imperialistas que trataban de esclavizarlas y suplicando a las madres alemanas que protegiesen la paz, entregando sus hijos para que contribuyesen a la marcha ascendente del comunismo mundial.

Hubo un banquete final, en el que Olga sorprendió a su marido al ofrecerle la Orden de Lenin por mandato del camarada Stalin.

Aquel tormento terminó cuando él pudo regresar corriendo al lado de Lotte para calmar su aflicción, una hora después de haber subido su esposa al avión, de regreso a Leningrado.

—Yo quiero un hijo tuyo —repitió una vez más Lotte. —Un día tendrás que marcharte. Todos los soldados se marchan.

Igor comprendió que tenía razón. El trasiego de oficiales y funcionarios del partido era un juego incesante dirigido a impedir la formación de camarillas de poder. En realidad, esto daba origen a una máquina de gobierno lenta y carísima. Igor se había librado de traslados gracias a su condición de ingeniero dotado de un talento especial y ajeno a los círculos militares y políticos. Sin embargo, un día también él tendría que marcharse.

Igor arropó bien a Lotte, le dio una palmadita en la mejilla y le dijo que probase de dormir. Ni por un instante había dejado de sentir por aquella picaruela el mismo sentimiento que le inspiró la primera noche de verla.

Mientras le llevaban a casa de Trepovitch, el coronel iba pensando en el dinero que ahorraba. Una bonita suma que dejaría para Lotte. Se hallaba en situación de hacer muchos favores en Berlín y, como la mayoría del personal ruso, sacaba provecho de ello, asegurándose siempre de no extralimitarse.

Aunque semejante idea le hacía indignarse consigo mismo, sabía que el dinero estaría más seguro en un Banco del sector occidental. El atreverse a depositar sumas en un Banco occidental se calificaba de «especulación», delito que acarreaba veinticinco años de cárcel y a veces la muerte.

De regreso de la conferencia de Copenhague, convenció al mariscal Popov de que los ingleses y los americanos poseían cierto número de talentos en materia de ingeniería cuyas ideas valía la pena estudiar.

Igor consideraba que, mientras hubiera terrenos de colaboración, era una medida de sentido común establecer misiones rusas en todos los lugares donde pudiera beneficiarles. Así, pues, situó a subordinados suyos entre los ingleses y los americanos en las construcciones pesadas, construcción de carreteras, obras de higiene pública, etc. Esto le puso en contacto con oficiales del Occidente, y llegó a ser conocido como el más agradable de todos los rusos.

Intentaba encontrar un inglés o un americano que fuera indicado, por conducto del cual transferir los fondos que destinaba a Lotte, pero siempre que estaba a punto de tomar una decisión, titubeaba.

El único oficial en quien tenía plena confianza era Sean O’Sullivan, pero la

amistad con un americano era un delito tan serio como las especulaciones monetarias. Por lo cual Igor, después de su regreso a Berlín, evitaba cuidadosamente a Sean. Siempre que se encontraban era por casualidad y sus únicos contactos se reducían a saludarse cortésmente con una inclinación de cabeza. Sean lo comprendía perfectamente.

Como oficial de la Fuerza Aérea, el proyecto particular que acaparaba las preferencias de Igor era el Centro de Seguridad Aérea de las cuatro potencias. El Oeste llevaba a la Unión Soviética una delantera de diez años, por lo menos, en materia de control de tráfico y seguridad. Igor pudo conseguir que los americanos estableciesen una escuela para entrenar personal ruso, y él asistía a las clases. Se le consideraba el hombre más sobresaliente de su propio mando en este terreno.

Después de saludar calurosamente a Igor, Nikolai Trepovitch, calzado con zapatillas de noche y cubriéndose con un albornoz viejo y deformado, se puso a deambular por la habitación. Igor sentía inquietud por su camarada. En días pretéritos, Trepovitch era un hombre robusto, amigo de divertirse. Ahora vivía sujeto a una dieta severísima, que sólo le permitía beber leche y le prohibía el tabaco.

—No sé cómo puede resistir el pasarse horas y más horas sentado en la Kommandatura, asistiendo a esas reuniones —comentó Igor.

—Es terrible. ¡Ojalá pudiera volver a un puesto de primera línea! Entonces se vivía a gusto. Entre el coronel Hazzard y el inglés aquel me han quemado las paredes del estómago. Pero esto no es motivo para que usted no beba un trago.

Igor se sirvió una buena ración.

—*Tovarich*, durante cuarenta y ocho horas, a partir de este momento, tendrá que ocuparse de un asunto delicadísimo.

—¿Sí?

—Algunos de los genios de Moscú están volando hacia acá. Debe usted estar preparado para emitir un informe acerca de si los americanos y los ingleses pueden abastecer Berlín por el aire.

—Les significaría un gran esfuerzo, pero tendrían que ser capaces de abastecer también sus propias guarniciones.

—No, no, Igor. Quiero decir abastecer su sector de Berlín.

—¿Berlín? ¿Todos los sectores occidentales? Víveres, carbón, medicinas…

Trepovitch hizo un signo afirmativo.

Igor dejó el vaso, atónito.

—Es un juego duro que debemos realizar. No podemos permitir que continúen aquí.

Igor recobró el dominio de sí mismo.

—Necesito gran cantidad de datos del Servicio Secreto.

Mediados de febrero, 1948

El coronel Igor Karlovy fue a Postdam, a una casona escondida en el bosque. Los reunidos eran V. V. Azov, el comandante ruso Nikolai Trepovitch, el mariscal Alexei Popov, un coronel del Servicio de Información de la Fuerza Aérea llegado de Moscú, un coronel general consejero de Stalin, un miembro del partido y del Politburó y un alto oficial de la NKVD. Y, por último, el emisario misterioso, capitán Brusilov.

Igor no había confiado ninguna nota al papel para dirigirse a este poderoso grupo.

—Por lo común, los intentos de transporte de suministros por aire en gran escala han fracasado. —Y describió el de suministrar a Leningrado por aire, caso que conocía a fondo. Fue una operación primitiva, un fracaso. —En la primavera de 1944 —prosiguió—, el comando americano de transporte de tropas abasteció por el aire Imphal, en el Estado de Manipur, sector de India-Burma, hasta un total de veinte mil toneladas. Se calcula que una fuerza conjunta de unos cincuenta mil hombres, entre ingleses e indios, fue sostenida así durante tres meses. También la Luftwaffe apoyó los lanzamientos de paracaidistas sobre Creta con una operación de abastecimiento aéreo. No obstante, estos dos casos tienen un carácter de maniobra militar táctica para un objetivo inmediato.

»Dentro de un marco más ambicioso, el intento alemán de abastecer Stalingrado por el aire terminó en un desastre. A pesar de que, logísticamente hablando, no necesitaban más que trescientas toneladas de material diarias.

»La historia nos muestra una sola gran operación de abastecimiento aéreo que tuvo éxito realizada por los americanos, también en el teatro de India-China. Desde los valles de Assam y Bengala y el sector de Calcuta, sus transportes volaban por encima de las montañas del Himalaya, aterrizando en unos nueve campos de aviación chinos de los sectores de Chengtu y Kunming. La llamaban saltar el "Hump", es decir, "saltar la Joroba", o algo por el estilo. Esta operación, que duró desde finales de 1942 hasta finales del 1945, consiguió notables resultados, transportando, como carga principal, aceite y petróleo.

Igor entró en detallados pormenores, demostrando que el «Hump» depositó hasta sesenta y cinco mil toneladas por mes en China, lo cual exigía un brillante apoyo logístico y operativo, y gran pericia y valor en los vuelos.

—No obstante —concluyó—, tal operación no puede parangonarse al problema de abastecer una ciudad de la extensión de Berlín, con sus dos millones de personas civiles.

La carga principal, argumentó Igor, sería el carbón, y nadie sabe cómo transportar carbón por aire. En el salto sobre el Himalaya disponían de nueve campos donde aterrizar y de un número de rutas indefinido. El volar por el pasillo exigiría una precisión nunca conseguida en la historia de los vuelos, y sólo contarían con Tempelhof, en Berlín, para aterrizar.

Un miembro del grupo de Moscú tomó la palabra:

—Camarada coronel. ¿Opina usted que no es posible?

—Sobre una base puramente matemática, uno tendría que decir que los alemanes

y los ingleses poseen material, tripulaciones, reservas económicas y pericia suficientes. En teoría, matemáticamente hablando, es posible.

—Entonces, camarada coronel, ¿opina usted que pueden conseguirlo?

—Sólo en teoría. Hay demasiados imponderables. Yo puedo presentarles a ustedes las cifras matemáticas, y luego los hechos que se apartan de las cifras.

—¿Como, por ejemplo…?

—Hay que calcular la reacción del público americano y su voluntad de llevar adelante una operación de esta clase.

—Las determinaciones de esta especie deben hacerlas nuestros expertos políticos —dijo V. V. Azov, en tono quisquilloso, tratando de que Igor volviera a circunscribirse al aspecto puramente estadístico de la cuestión.

Igor no se dejó intimidar por el comisario.

—Deben ustedes calcular si los americanos están dispuestos a comprometer toda su potencia aérea, los «Mats», en una sola operación.

El mariscal Popov sabía por reuniones anteriores que ésta era la pregunta clave. ¿Querrían los americanos hacerse vulnerables en cualquier otra parte?

—En este esfuerzo —continuó Igor— los Estados Unidos invertirían toda su potencia. En cuanto a los ingleses, podrían entregar una cuarta parte del tonelaje total. Andan escasos de tripulaciones y aparatos, y se hallan en mala situación económica. ¿Francia? Los franceses pronunciarán discursos sobre su honor nacional, pero no pueden aportar nada.

Trepovitch se echó a reír. El coronel Jacques Belfort le había dejado ahíto de discursos sobre las glorias de Francia.

Igor volvió a ocuparse de hechos concretos. Lo mínimo que se precisaría en cuestión de alimentos y carbón para la industria y la energía eléctrica para sostener el nivel de vida más precario haría de esta empresa algo desconocido en la historia. No se trata únicamente del número de aparatos que intervinieran, sino del número de motores en reserva, camiones en el suelo y tripulaciones. Él estimaba que el suministro de combustible para la aviación exigiría por sí solo una flota de aviones cisterna.

En teoría, un aparato transportando diez toneladas podía aterrizar, descargar en Tempelhof y regresar a las zonas occidentales cada once minutos, día y noche, durante las veinticuatro horas del día.

—En los meses de invierno el tiempo necesariamente desbarataría la operación. Empezando con las nieblas de otoño, el tiempo puede ofrecer el mínimo de condiciones indispensables del sesenta al ochenta por ciento del tiempo.

Este cálculo les caldeó el corazón a todos. Igor les arrojó la bomba estadística:

—Si hiciéramos una tabla de las ciudades americanas con un tiempo peor, Pittsburg encabezaría la lista. Si incluyéramos a Pittsburg en una relación de aeropuertos alemanes, sería el mejor de todos. En otras palabras, durante los meses invernales, el mejor clima alemán es inferior al peor clima americano. Pueden dar por

seguro que para viajar por el aire, Berlín quedará cerrado el cincuenta por ciento del tiempo.

De los cursos que seguía él mismo en la Seguridad Aérea, Igor conocía las rígidas normas de los americanos. En mal tiempo, montones de aparatos se acumularían sobre Berlín sin poder aterrizar. Aquello habría de terminar en un caos.

—Y debo decir, camaradas, que por muy bien organizado que esté el intento y muy afortunado que resulte, sólo puede llegar a buen fin con el apoyo de los berlineses. Me resulta imposible imaginar que el pueblo no volverá los ojos hacia la Unión Soviética en busca de protección. Finalmente, el precio resultaría astronómico hasta para los americanos. Importaría millones diarios.

La reunión se prolongó por espacio de horas. Discutieron todas las eventualidades.

Aquella noche, el grupo de Moscú y el capitán Brusilov partieron con una opinión firme: *Al Oeste le será imposible abastecer Berlín por el aire*.

El 20 de marzo de 1948, el mariscal Popov dio el golpe teatral de retirarse definitivamente del Concejo Supremo alemán.

CAPÍTULO XXXV

LA lista de los muertos, por Nelson Goodfellow Bradbury.

Durante tres años, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, han llegado gran número de informes de embajadas americanas, agregados militares, Servicio Secreto y periodistas sobre lo que está ocurriendo en la Europa Oriental. Parece que a los americanos no les importa. Ahora que se ha proclamado la «Doctrina Truman» y que la retirada soviética ha puesto fin a las funciones del Concejo Supremo alemán, conviene pasar revista al pasado con el fin de comprender el futuro.

Aquí está la lista de los muertos:

Al principio, la Unión Soviética se tragó Estonia, Letonia y Lituania, anexionándoselas bajo el nombre de «Repúblicas Populares».

Polonia cayó mediante una maniobra clásica de acceso al poder realizada por el Comité de Lublin, instruido en Moscú. Exceptuando una débil protesta de la Iglesia y ciertas alianzas tradicionales con el Oeste, Polonia se ha convertido en otra odiosa «República Popular».

Albania: La nación más atrasada de todo el mundo occidental y gobernada de un modo más brutal se encontró, al terminar la guerra, en manos de los comunistas. Hoxha es un dictador absoluto en el gobierno de sus dominios, que tienen muy poco valor, tanto en el terreno económico como político. Sin embargo, geográficamente, está muy bien situado para una acción de guerrillas contra Grecia, o como base para un posible movimiento contra Italia. Hubo allí el simulacro de unas elecciones, con la lista única habitual de candidatos. Su Constitución ha sido redactada teniendo como modelo la de la Unión Soviética.

Bulgaria: Al final de la guerra casi no había ningún comunista, pero se infiltraron rápidamente bajo la protección del Ejército rojo, que ocupaba el país, y obligaron a los otros partidos a formar un «Frente Nacional» del cual se apoderaron mediante el terror más descarnado. El «Frente Nacional» ganó las elecciones, no faltaba más. En 1946 unas purgas sangrientas eliminaron un número de figuras, mayores y menores, partidarias del Gobierno anterior a la guerra, que se estima en veinte mil. Después de las purgas se instauró una «República Popular». Unas nuevas elecciones generales, supervisadas por el Ejército rojo, anunciaron una mayoría para los comunistas. ¿Quién sabe?
Los rusos desempolvaron a Georgi Dimitrov, exiliado en Moscú desde antes de la guerra, y lo devolvieron a Bulgaria para que ocupase el puesto de primer ministro.

Petkov, jefe de la acosada oposición agraria, fue arrestado y asesinado. La oposición a los comunistas quedaba aplastada por completo.

Hungría: El partido de los pequeños terratenientes, bajo la jefatura de Zoltan Tildy, ganó por inmensa mayoría las primeras elecciones libres a finales de 1945.
Con el apoyo del Ejército rojo, los comunistas obligaron entonces al partido de los pequeños terratenientes a formar un frente «único». Bela Kovacks, secretario de los pequeños terratenientes, fue detenido por «crímenes contra la ocupación», a continuación de lo cual vino una purga de los miembros de su partido. Después los comunistas obligaron a los demócratas a entrar en el frente «unido» y en seguida procedieron a una purga de los demócratas.
El primer ministro accidental, Makoki, el comunista, pasó a ser el verdadero gobernante de Hungría.
El cardenal Mindszenty, última voz de la oposición, fue detenido antes de celebrarse unas nuevas elecciones, a las que se presentaba una sola candidatura.
Se ha adoptado una Constitución que sigue la pauta soviética, un plan quinquenal de estilo soviético y, en el Gobierno, ha tenido lugar la expulsión definitiva de todos los no comunistas.

Rumania: A la sombra del Ejército rojo, ocupante, los comunistas obligaron a los demás partidos a formar un «Frente Nacional». Gracias a la presencia del rey Miguel, los ingleses y americanos pudieron presionar un tanto para mantener cierto equilibrio en el primer Gobierno, pero las elecciones de noviembre de 1945 fueron precedidas por una campaña de terror masivo. Bajo la supervisión del Ejército rojo, los comunistas fueron declarados vencedores.
Julius Maniu, jefe del partido campesino en la oposición, fue detenido, en compañía de millares de correligionarios. Los juicios por traición y espionaje quebraron el lomo del partido campesino.
Ana Pauker fue nombrada primer ministro comunista, y se obligó al rey Miguel a abdicar.
Se formó otro «Frente Popular». Las nuevas elecciones dan a los comunistas el noventa por ciento de los votos, y acto seguido viene la adopción de una Constitución de tipo soviético.
Las purgas barrieron toda oposición política, y, los obispos católicos fueron arrestados y sus congregaciones, disueltas. Se colectivizó la agricultura y se nacionalizó la industria.

Hoy el juego se llama «Unidad Eslava», nombre que trae el vaho de otras unidades ya difuntas.

Aquí tienen el artículo con más repeticiones que he escrito jamás; pero la pauta está ahí, al desnudo, para que todos podamos verla. Únicamente en Yugoslavia

ha cometido Moscú un tremendo error de cálculo. Podríamos referirnos a los yugoslavos como a los mártires luteranos del comunismo. En la Segunda Mundial, a Yugoslavia le cabe el honor de haber sido la única nación que se ha liberado a sí misma. Stalin ha incurrido en una equivocación quizá clásica, al creer que, por ser Yugoslavia una nación comunista, se sujetaría a los dictados de Moscú. Yugoslavia es la única nación del bloque rojo que tiene un buen Ejército, y Stalin no duda de que, si la obligan, lo pondrá en juego. Moscú ha retrocedido. Éste es el primer vago indicio de que el mundo comunista es vulnerable en su interior y de que un día pueden formarse nuevas y grandes escisiones.
Esta inmensa masa roja se ha derramado sobre el Oeste como un río de lava fundida, devorándolo todo a su paso. Las derrotas se toman como cosa pasajera; la victoria, como inevitable.
Aquí en Alemania hemos visto cómo la Unión Soviética separaba por completo la zona oriental y la rehacía según un modelo fácil de reconocer. Yo creo, no obstante, que el hecho que impresionó por fin a los americanos fue la segunda caída de Checoslovaquia. Dos veces en sólo dos lustros, ese pueblo inocente ha sido víctima de una venta. Una, en Munich. Otra, en la actualidad, ha sido vendida por un apático pueblo americano que no ha movido un dedo mientras el Ejército rojo y los comunistas se zampaban a los checos. El suicidio tras el que se ocultó un asesinato del héroe, Juan Masaryk, silenció el último grito de libertad. Pero mientras se apagaba en su agonía fue, tal vez, el sonido que había de despertar a la dormida América.
¿Engrosarán otras naciones la lista de los muertos? Moscú «invitó» a Finlandia a suscribir un pacto de defensa mutua. Rusia codicia Turquía desde hace siglos como salida al Mediterráneo. Italia y Francia se tambalean al borde del comunismo debido al derrumbamiento de sus economías.

En Grecia, la «Doctrina Truman» se halla sometida a la primera gran prueba. Dejada en el caos por una de las ocupaciones nazis más terribles, Grecia vio morir a un tercio de su población de hambre, de frío, asesinada, o a causa de las enfermedades. A ese pueblo valiente, aunque con frecuencia dividido, se le pidió que sostuviera una de las guerras civiles más horribles.
Los comunistas griegos, utilizando bases yugoslavas para dar sus golpes y esconderse, han secuestrado decenas de miles de niños griegos, los han separado de sus padres y de su manera de vivir, y los están entrenando para futuros agentes de este orden bárbaro.
Mientras se desarrollaba la tragedia griega, una Inglaterra fatigada, era incapaz de garantizar la libertad del Mediterráneo. A medida que llega la ayuda masiva americana, los comunistas son empujados más y más hacia el corazón de las montañas.

El Talón de Aquiles del comunismo, Yugoslavia, la primera que ha hecho frente a Moscú, va cerrando sus fronteras a las bandas de guerrilleros, y parece que se divisa ya el final.

El único rayo de luz en este cuadro fatídico es el arreglo pactado para neutralizar Austria.

En pocos años, la Unión Soviética se ha tragado la Europa Oriental y ahora está a punto de crear un imperio desde el Báltico al Mediterráneo y al Canal de la Mancha. Un imperio tan vasto que ni siquiera Hitler lo soñó. La Unión Soviética ha patentado un método de obtener victorias sin que haya de morir ni un solo soldado del Ejército rojo. En Berlín nos ha sometido a todas las agresiones, excepto la guerra abierta. Del ejemplo de los griegos deducimos que cuando los hombres libres resisten con firmeza se imponen. Si Berlín cae, es cosa sabida que los rusos se apoderarán de toda Alemania y de la Europa Occidental.

Lo único que se interpone entre la Unión Soviética y el Canal de la Mancha es una delgada línea de soldados americanos e ingleses y la resolución de los hombres libres.

CAPÍTULO XXXVI

LA tensión en Berlín se parecía a este breve compás de espera entre el final del toque de la sirena de alarma y el momento de caer la primera bomba.

Alguien inventó y propagó el rumor de que los americanos estaban a punto de retirarse, que las reservas de víveres de los sectores occidentales estaban casi agotadas y que no había ya sitio «para los partidarios de la participación».

Como no funcionaba ya el Concejo Supremo alemán, el único contacto oficial se establecía a través de la Kommandatura de Berlín, donde las danzas y contradanzas aceleraban su ritmo, precipitándose hacia la escena final.

El 11 de abril de 1948, la Asamblea de Berlín continuó desafiando a la Unión Soviética, votando una vez más contra el frente antifascista.

Dos días después, el general Trepovitch intentó apoderarse de la fuerza de policía, declarándola toda entera bajo mando soviético. Los comandantes occidentales pudieron impedir la usurpación gracias a que Neal Hazzard había sabido prever el futuro, nombrando a Hans Kronbach como subjefe meses atrás. Kronbach se había dedicado calladamente a estructurar una sólida fuerza prooccidental que podría, cuando interesase, desgajarse del tronco principal.

El 16 de abril, los rusos requisaron todos los periódicos de su sector y confiscaron todos los talleres de imprenta.

Simultáneamente empezaron a molestar a los alemanes civiles que entraban y salían de Berlín. Todas las líneas de ferrocarril y las carreteras estaban en territorio dominado por los rusos. Viendo que las presiones sobre los alemanes no provocaban malas consecuencias, Trepovitch ordenó que se hostigasen los trenes americanos que todos los días traían a la zona y se llevaban de ella personal, correo y suministros.

Todo tren que salía de Berlín tenía que someterse a tediosas inspecciones, bajo el pretexto ruso de que los americanos apoyaban el mercado negro y el contrabando.

En la autopista se obligaba a los camiones a presentar las declaraciones y se inspeccionaba cuidadosamente su carga. Los puntos de vigilancia soviéticos se encargaban de que tales inspecciones durasen horas, formándose hileras de centenares de vehículos que aguardaban a, que se les diera vía libre.

Luego les tocó el turno a los canales, y las barcazas tuvieron que arrimarse a la orilla… La Unión Soviética había conseguido desbaratar el tráfico de una manera irremediable.

Al final, Neal Hazzard advirtió que no se permitiría que ningún soldado ruso subiera a ningún tren ni convoy americanos.

Trepovitch replicó prestamente. Sin previo aviso, las líneas férreas y las carreteras quedaban cerradas durante horas por «reparaciones» o a causa de «dificultades técnicas».

Los berlineses seguían estas maniobras con aprensión creciente.

A mediados de abril, la guarnición americana empezó a notar el aprieto. El general Hansen telefoneó al comandante de la USAFE, Barney Root, en el Cuartel General de la Fuerza Aérea de Wiesbaden.

—Necesitaremos suministros por aire para abastecer a la guarnición.

—¿Qué cantidad calcula, Chip?

—Ochenta toneladas diarias.

—¡Ochenta toneladas! Chip, todo lo que tenemos por aquí son un par de docenas de Gooney Birds[16] viejos. Sólo pueden transportar un par de toneladas en cada vuelo. Envíenos una lista de lo que necesitan, y se lo traeremos como sea.

Barney Root pudo encontrar unos cuantos Douglas Skymaster en Italia y el Oriente Medio. Estos aparatos tenían una capacidad de diez toneladas. De las bases de Inglaterra acudieron tripulaciones después de la visita de Hansen. El primer grupo tomó tierra en Tempelhof para empezar el «bombardeo pacífico» de Berlín.

Entretanto, el general Hartly Fitz-Roy apañó una manera de aliviar a la guarnición inglesa, y entre el inglés y el americano abastecieron a los franceses.

En el Centro de Seguridad Aérea, en el que intervenían las cuatro potencias, y mediante los espías que tenía en Tempelhof, Igor Karlovy pudo seguir la marcha de los acontecimientos. En los días de mal tiempo, los aviones se acumulaban en los cielos, y se originaba un pequeño caos. Las deducciones de Igor quedaban confirmadas. El Oeste tenía un trabajo ímprobo para trasladar a diario unos centenares de toneladas de suministros para sus guarniciones. La tarea, mucho mayor, de abastecer a dos millones de personas, que necesitarían diariamente miles de toneladas, quedaba fuera de toda comprensión.

Para empeorar las cosas, los cazas rusos cruzaban los pasillos aéreos, partiendo del supuesto de que tales pasillos eran ilegales, no existían, y el espacio aéreo pertenecía a los rusos.

A Berlín llegó el senador Adam Blanchard.

Estaba de moda desde hacía tiempo que los miembros del Congreso se dieran una vuelta por Berlín, se retratasen, pronunciasen un par de declaraciones para la posteridad y, por lo general, quisieran enterarse bien de aquella «espléndida» situación.

Hansen y Hazzard y otros oficiales destacados tenían que pasar centenares de horas en Tempelhof, dando la bienvenida a los legisladores que venían de jira. Unos eran hombres sinceros y trabajadores, que deseaban contribuir a remediar la situación; otros, verdaderos pelmas y estorbos… Hansen vivía ex profeso en una casita pequeña, donde no había espacio para invitados.

Adam Blanchard no era un senador de los de trece por docena. Pertenecía al partido republicano, y formaba parte simultáneamente del poderoso Comité de Asuntos Exteriores del Senado y del Comité de las Fuerzas Armadas. Aunque nadie

habría sabido imaginar qué labor buena podía realizar en Berlín, todos sabían que podía hacer muchísimo daño. Y se ordenó que se le tratase con todas las atenciones.

Tal como se sospechaba, Blanchard había llegado a Berlín con un propósito en la mente. Pretendía ser reelegido y quería presentarse a las elecciones aun reinando un gran descontento en su Estado entre los dirigentes del partido. Los industriales más poderosos, los conservadores tradicionales y los aislacionistas anquilosados gobernaban la máquina del partido y estaban hartos de soportar impuestos que les aplastaban hasta el suelo para alimentar europeos ingratos, que no merecían nada, y sostener «allá, al otro lado», un Ejército americano que salía carísimo.

Anteriormente, Blanchard había aceptado la «Doctrina Truman», pero luego empezó a refunfuñar y a decir que ya se le estaba subiendo la mosca a la nariz. Ahora el senador estaba profundamente inquieto acerca del partido que debía tomar respecto al Plan Marshall. Y decidió sortear el problema.

Sus consejeros le indicaron la conveniencia de un viaje a Alemania, y muy especialmente a Berlín, para documentarse sobre el terreno, después del cual y de regreso a su casa, podría hacer una declaración para calmar las aguas agitadas.

Después de cuatro días de escuchar datos e informaciones y de dar vueltas por Berlín, los ayudantes de Adam Blanchard convocaron una conferencia de Prensa para todos los periodistas en general, asistiendo lo mismo los comunistas que los corresponsales de Occidente.

—Queremos marchamos de Alemania lo más pronto posible —dijo Blanchard. —El primer paso consistirá en transferir el mando al Departamento de Estado y reducir esta carísima fuerza de ocupación.

—¡Ese hijo de mala madre! —exclamaba Neal Hazzard.

—Cálmese, Neal —aconsejaba Sean.

—¡Que me calme, dice!

Sobre el escritorio del general Hansen había un ejemplar del «Tagliche Rundschau», el periódico oficial ruso en lengua alemana. Los titulares trompeteaban: *Una figura destacada de la política americana confirma que las fuerzas americanas se retiran de Berlín*.

Una diversidad de periódicos de todo el mundo pulsaban la misma cuerda:

LOS YANQUIS SE MARCHAN DE ALEMANIA
LOS ESTADOS UNIDOS CANSADOS DEL COSTE DE LA OCUPACION
LOS AMERICANOS EMPIEZAN A ABANDONAR EUROPA

—Esto no habría podido producirse en peor momento —dijo Hansen.

—Ese granuja ha jugado el naipe de triunfo de los rusos, precisamente. Cosas como ésas son las que provocarán una estampida entre la gente.

—Neal, reúna a Falkenstein y a los otros dirigentes y tranquilíceles.

—Ya no nos creen, señor. Nosotros nos quedamos sentados, permitiendo que los

rusos desbaraten nuestro tráfico por toda Alemania. General Hansen, tenemos que mirar cara a cara el hecho de que el próximo paso de los rusos consistirá en instaurar un bloqueo total.

—Todavía no me he formado semejante opinión. Los rusos tendrán mucho cuidado en no volver contra ellos a la opinión mundial.

—A los rusos la opinión mundial no les importa un comino, si pueden salirse con la suya sin que nadie les pase cuentas. Nosotros somos los que siempre tenemos miedo de la actitud que vamos a presentar.

—Por ahora nada más, Neal.

—Sí, señor.

El coronel se marchó. Hansen se apartó de la mesa y miró a Sean.

—El coronel Hazzard tiene razón, señor. Van a implantar el bloqueo.

—Lo sé, Sean, pero no puedo permitir que ni Neal ni los alemanes sepan que lo creo así todavía.

El general salió para ir a buscar al senador Blanchard y obsequiarle con un almuerzo en el Cuartel General inglés. Los ayudantes del senador estaban tan orgullosos de los titulares de los periódicos que le recomendaron insistentemente que se quedase en Alemania una semana o dos más. Hansen temía las consecuencias. Mientras se dirigía a la residencia del distinguido huésped, sentado en el asiento trasero del «Cadillac» más largo, negro y deslumbrante que poseía la guarnición americana y rodeado de un enjambre de motoristas, iba meditando la cuestión.

La residencia de Blanchard era una casa espléndida, que perteneció a Himmler, junto al lago Wannsee. Tenía una sala de estar con un gran tabique de cristal, que podía subirse y bajarse a voluntad; un césped como un terciopelo, extendiéndose hasta la orilla del agua, y un embarcadero particular.

El senador Blanchard subió al coche, sentándose al lado de Hansen, y las sirenas se pusieron a atronar el espacio y las banderizas de los guardabarros ondearon al viento mientras el vehículo corría en dirección norte, hacia el barrio de Charlottenburg, faldeando el Grunewald y la cadena de lagos pequeños.

Adam Blanchard era un hombre guapo, delgado, de poco más de sesenta años. Hablaba con la tranquila seguridad de quien había sobrevivido a muchas y enconadas batallas políticas durante más de treinta años.

Blanchard se daba cuenta de la frialdad de la guarnición de Berlín después de su conferencia de Prensa, y, de una manera amable, hizo saber al general Hemsen que se sentía molesto.

—Lo cierto es, senador, que esto nos da ocasión de hablar. Hemos tenido un trabajo indecible deshaciendo algunos malentendidos suscitados por las declaraciones de usted.

Blanchard sabía que estaba sentado al lado de uno de los pocos militares a

quienes no podía impresionar con sus desplantes, y decidió hablar sin rodeos.

—Todo el mundo conoce bien el historial de usted, siempre chocando con el Congreso.

—La base de mi antagonismo la constituyó siempre el hecho de que los militares han tenido una vista más fina que el Congreso para los acontecimientos futuros. Y el hecho de que nuestro país fuera a entrar en la Segunda Guerra Mundial mal preparado por no haber tomado las medidas adecuadas ni haber sabido apreciar el peligro, reivindica mi posición. Y usted lo sabe, senador Blanchard, si los Estados Unidos hubiesen sido fuertes, no habría estallado la Segunda Guerra Mundial. Y sólo la fuerza detendrá una tercera guerra.

El cachete era clarísimo. Antes de la guerra, Blanchard figuraba entre los aislacionistas recalcitrantes, y la actitud que adoptaba ahora en el Comité de Asuntos Exteriores no había cambiado la piel del leopardo.

—General Hansen, admiro su sinceridad. Permita que yo le hable con la misma franqueza. He hallado en el funcionamiento de este Gobierno Militar un derroche y una falta de eficiencia tremendos. La incompetencia de los militares es una cuestión que conozco a fondo.

—Senador, ¿ha subido alguna vez a bordo de un portaviones?

—Ciertamente.

—Ese ingenio mecánico vale más de cien millones de dólares y se precisan tres mil hombres para tenerlo en funcionamiento. Es el producto más adelantado de los talentos de la nación y contiene los mecanismos electrónicos más complicados que el hombre conoce. Sí, señor, un portaviones es una cosa importante.

—¿Qué quiere decir con ello, señor?

—El oficial que manda uno de estos buques gana de nueve a diez mil dólares anuales. ¿Qué supone usted que cobraría en una empresa industrial particular con un capital de cien millones de dólares y tres mil empleados?

—Eh, un minuto nada más…

—No he terminado todavía. Se ha puesto de moda nuevamente el retratar a los militares como unos patanes estúpidos y sin ningún espíritu. Voy a decirle algo acerca del personal que tenemos aquí en Berlín. Tenemos un conjunto variado de los cerebros más brillantes que puede producir nuestra nación. Nuestro sector de Berlín está gobernado por jueces, policías, dirigentes laborales e ingenieros que podrían gobernar y dirigir cualquier ciudad de los Estados Unidos con mucha mayor eficiencia de lo que lo está ahora.

Blanchard se sonrojó. Jamás militar alguno le había propinado semejante vapuleo verbal.

—Usted, general, se propone fomentar la tensión en el mundo para justificar los enormes gastos militares. Conozco bien ese condenado club campestre que ustedes dirigen.

—Soy un hombre de sesenta años —replicó afablemente Hansen. —Tengo mil

ochocientos dólares en el Banco. En treinta años de servicio mi esposa ha llamado «su casa» a veintiuna viviendas. Pero nosotros sabemos por qué estamos en Berlín. Y yo también sé por qué está usted.

»Usted no querrá saber, al marcharse de aquí, por qué debemos quedarnos, pues ello podría hacerle impopular en su Estado. Estoy tratando con el mismo sordo con quien traté antes de la guerra. Pero no crea que podremos abandonar Berlín de balde. Pagaremos por ello un interés del diez mil por ciento.

»Se ha metido usted en un lío, Blanchard, puesto que yo tengo aquí un equipo de periodistas que conoce los objetivos que perseguimos, y si usted arremete contra nosotros, va a recibir los golpes entre ceja y ceja.

El coche corría por el círculo meridional del parque, donde estaban enclavados el estadio olímpico y las diversas instalaciones deportivas en las que Hitler intentó demostrar tiempo atrás la superioridad aria en los terrenos de juego.

Los dos hombres no tenían nada más que decirse.

En el norte del Parque Olímpico, el edificio de la dirección de deportes albergaba actualmente el Cuartel General inglés. Un Adam Blanchard malhumorado se animó un tanto mientras la guardia de honor inglesa se ponía firmes y la banda tocaba una «charanga para ocasiones solemnes».

El senador saltó del coche, se encaminó hacia Hartly Fitz-Roy, que aguardaba derecho como un palo y con su bastón de mando, le estrechó la mano, le dio una palmada a la espalda y saludó con un ademán a los soldados de guardia como si les estuviese pidiendo sus votos.

CAPÍTULO XXXVII

NEAL Hazzard paseaba por la sala de estar del piso de Sean con aire colérico.

—¿Qué diablos le pasa al general Hansen? ¿Está ciego o cosa por el estilo?

—Ese sistemita llamado democracia le estorba los movimientos —respondió Sean.

—¿Qué me dice de la amenaza de bloqueo? ¿Cómo no se da cuenta?

—Se la da. Pero no puede hacer nada hasta que lo hayan impuesto. Ya sabe lo que pasa, amigo. Los militares gritan: «¡El lobo!», y nadie les cree. Sólo lo creerán cuando Berlín sufra su «Pearl Harbour».

Hazzard movió la cabeza.

—Hemos de permanecer aquí con las manos cruzadas hasta que los rusos nos cerquen.

—Ocurre así porque representamos a una sociedad regida por la opinión pública.

Hazzard, que había mascado despiadadamente su cigarro, lo arrojó al hogar de la chimenea.

—Sean, creo conocer al pueblo de Berlín tan bien como el primero.

—Estoy seguro.

—Tiene los nervios templados. Si al menos pudiéramos darles garantías de que permaneceremos aquí…

—No podemos dárselas, Neal.

—También conozco a los rusos. Les conozco después de doscientas cincuenta reuniones en la Kommandatura con Nikolai Trepovitch. Si se presenta un combate, lo abandonarán inmediatamente.

—Esto no es un secreto.

—Maldita sea, me voy a la RIAS y le digo al pueblo de Berlín que nos quedamos.

—Neal, por amor de Dios. Si sus suposiciones resultan equivocadas, puede meternos en una mala situación.

—Soy un viejo soldado de infantería, Sean. Y sé que cuando la batalla se pone tan complicada, los generales de detrás de las líneas no pueden dirigirla. Unos cuantos hombres que se encuentran en lo más duro de la pelea tienen que improvisar.

Tiempo atrás, en Rombaden, Sean se encontró en la misma posición que Neal Hazzard se hallaba ahora, dispuesto a afrontar las iras del mundo por un artículo de su credo. Neal era un alma gemela. Si el ser americano significa algo para Sean, significaba la facultad de pensar por sí mismo. No en las horas dulces, sino bajo circunstancias que destrozaban los nervios. Hazzard sabía que tenía razón. Sean también lo creía.

—Cuenta con un compañero —dijo entonces. ¿Cómo lo haremos?

—Me voy a la RIAS y hago la declaración inmediatamente.

—Con las medidas oportunas —dijo Sean, pensando en voz alta— podemos

hundir a Hollweg como alcalde y detener a los rusos el tiempo suficiente para limpiar la mancha de Adam Blanchard.

—Como dice mi viejo compañero T. E. Blatty…, soltemos las amarras.

En el invisible límite entre los sectores americanos e inglés, en el 69 de la Kufsteiner Strasse, sobre la Irinsbrucker Platz, se levantaba un edificio semicircular, de cinco pisos, construido de piedra gris, que se había convertido en uno de los locales más poderosos del mundo.

La RIAS era la única emisora de radio instalada muy adentro del Imperio ruso. Un personal brillante, que no se dejaba acobardar, conseguía deshacer los asaltos de la propaganda rusa. La RIAS era una de las pocas posiciones de cualquier sector en las que el Oeste tomaba la ofensiva. Cada día millones de personas esclavizadas escuchaban el reportaje sobre las atrocidades soviéticas. La RIAS era una voz en la oscura selva de la Europa Oriental. Para los rusos, la radio americana se había convertido en el símbolo más odiado del Oeste y detrás de cada maniobra para echar a los occidentales fuera de Berlín, se descubría el plan de silenciar aquella voz.

Tanto la temían que seiscientas emisoras rusas se concentraban en el intento de borrar sus señales. Como contramedida, la RIAS escalonaba sus programas para las colonias rusas. Luego, una vez al día, acumulaba su potencia total y usaba más de un millón de vatios en un programa único, al que nada podía interferir. Solía decirse que cuando la RIAS trabajaba a plena potencia uno podía captar sus ondas con la plata de la dentadura postiza a doscientas millas de distancia.

En la RIAS miraban al coronel Hazzard como a un viejo amigo. Cuando entró en la oficina del director, éste ordenó que se interrumpieran todas las emisiones y se pusiera toda la potencia de la emisora a disposición del comandante americano.

—Habla el coronel Hazzard, comandante del sector americano de Berlín. Amigos míos, traigo un mensaje importantísimo de mi Gobierno. Durante varias semanas, la Unión Soviética y sus lacayos, dirigidos por Rudi Wöhlman, han propagado intencionadamente el rumor de que la guarnición americana se retirará de Berlín. Yo estoy aquí ahora para desmentir categóricamente este nuevo embuste. La opinión que expresó recientemente un senador americano no representaba más que su criterio personal y ha sido desmentida por completo en Washington.

Hazzard cerró los ojos, cruzó los dedos y continuó:

—Un portavoz oficial de mi Gobierno me ha enviado el mensaje que voy a repetir: «Los Estados Unidos están en Berlín por acuerdos legales irrevocables que hacen de esta ciudad un terreno aparte, independiente de las zonas de ocupación de Alemania. Ésta es una ciudad de cuatro potencias, y seguirá siéndolo. La guarnición de los Estados Unidos no se retirará ahora, ni en el futuro, hasta que se llegue a un acuerdo y el pueblo de Berlín lo ratifique. Seguiremos cumpliendo nuestras obligaciones». Y aquí se termina la cita.

—Coronel Hazzard —dijo el centinela de la puerta principal—, el general Hansen ordena que vaya usted a su oficina inmediatamente.

Hazzard se plantó delante de la mesa del general y fijó la vista durante unos segundos en un Sean que mostraba una cara de color ceniza.

—Queda despedido —dijo Hansen.

—Sí, señor.

—Se dirigirá usted con *mistress* Hazzard y toda la familia a Francfort y se presentará al inspector de policía. Permanecerá allí hasta que yo pueda ocuparme de su baja oficial en el Ejército.

—Sí, señor. Al fin y al cabo añoraba mucho Kansas City.

Cuando Neal Hazzard hubo salido, Hansen continuó sentado en silencio largo rato.

—Debería de haber tomado esta medida hace mucho tiempo —murmuró, dirigiéndose a su subalterno. —Es un exaltado.

Sean no respondió.

—Vamos, suelta lo que tienes en el buche —ordenó el general.

—Ha cometido una equivocación, señor.

—Hazzard toma demasiadas iniciativas propias. Nos ha puesto en compromisos ya en otras ocasiones.

—Individualismo borrascoso. Sí, señor. Es cosa mala.

—¡He dicho que desembuchases!

—Sí, señor. Esto es un Ejército. No está montado para que se rija bajo principios democráticos. Los generales no deberían andar lamiendo las posaderas de los senadores.

—¡Mil diablos, Sean…!

—Todavía no he sacado todo lo que tengo en el buche, señor. Lo que necesitamos es más obediencia ciega. Puede estar rematadamente seguro de que ningún coronel ruso aceptaría una responsabilidad semejante. Puede estar seguro de ello.

El mensaje radiado por Neal Hazzard dejó anonadado a Berthold Hollweg. Cuando Ulrich Falkenstein fue a su casa, Hollweg se fingió encantado por la actitud de los americanos, pero en el fondo de su corazón temía ser objeto de nuevas presiones de Wöhlman y los rusos.

Desde que Sean enteró a Falkenstein de la venalidad de Hollweg, las relaciones entre éste y su antiguo amigo se habían enfriado. El deseo de Hollweg de complacer a los rusos se hacía tan evidente que tenía escandalizadas a todas las esferas del partido demócrata.

—Queda tan poca cosa de nuestros cuarenta años de amistad —dijo Ulrich, con voz triste— que al menos podemos ahorrarnos recíprocamente la vergüenza de tener

dos caras.

—¿Qué intentas decirme, Ulrich?

—Ha llegado el momento de que dimitas de tu cargo de alcalde de Berlín.

Hollweg palideció, se sintió desfallecer, pero se recobró lo suficiente para demostrar cierta indignación.

Ulrich le silenció arrojando ante él una copia de los informes que le definían como colaborador de los rusos. Berthold Hollweg levantó la primera página y se puso a leer. Luego se volvió de espaldas y se estrujó las manos.

—¡La verdad! —exigió Falkenstein.

—Me tuvieron horas y horas sentado en una oficina del cuartel de policía —murmuró el otro. —Venía Schatz…, tres, cuatro noches por semana…, me seguían por todas partes…, me amenazaban con matar a mi nietecito…, ¡puedes imaginarte lo que es eso!

—Sí, sé lo que es eso.

—¡Gran Dios! ¡No todos los hombres pueden ser como tú!

El desdén inalterable que sentía Ulrich Falkenstein cerraba el paso a toda compasión.

—¿No te queda nada de todo aquello a lo cual hemos dedicado nuestras vidas? ¿No te queda nada del recuerdo de nuestros camaradas asesinados por Hitler? ¿No te queda nada para replicar encolerizado contra Rudi Wöhlman? ¿No te queda nada?

Hollweg lloraba.

—¡Tú eres el loco! —replicó chillando su amigo. —¿Cuánto tiempo continuarán aquí los americanos antes de hartarse del problema alemán? ¿Cuánta sangre derramarán por nosotros? ¿Crees de veras que se puede detener a los rusos? ¡Tú eres el loco, Ulrich! Yo no puedo volver a sufrir todo aquello.

Ulrich dejó caer los brazos, desalentado. Ante él se retorcía una persona con las entrañas destrozadas por el terror político de cuatro lustros.

Falkenstein desdobló una hoja de papel, la puso delante de Hollweg y le entregó una pluma.

—Vas a firmar eso. Es, tu dimisión como miembro del partido demócrata y alcalde de Berlín.

CAPÍTULO XXXVIII

¡SUCEDIÓ con la rapidez del rayo!

La sesión de la Asamblea de Berlín se abrió en el edificio de ladrillo rojo, con aires de templo, de la Rathaus Strasse. Desde detrás del proscenio, la bandera de la ciudad, con su oso de Berlín simbólico, contemplaba la gran sala.

Durante las primeras horas de la mañana, Ulrich Falkenstein había entrenado calladamente a sus fuerzas y celebrado entrevistas secretas con los jefes de los conservadores y los cristianos. La atmósfera continuaba sobrecargada por las palabras pronunciadas a través de la radio del coronel Hazzard. Todos albergaban en sus pechos una onza más de bravura.

El secretario principal de la Asamblea se puso de pie y leyó la dimisión de Berthold Hollweg como alcalde.

¡Rudi Wöhlman no sabía lo que pasaba! Antes de que pudiera recobrar sus facultades, los tres partidos libres habían elegido a Ulrich Falkenstein para el cargo.

Con su aportación a la garantía americana, Sean había escogido este momento precioso para infligir una derrota catastrófica a los rusos. Era el primer alarde verdadero de acción ofensiva, en vez de limitarse a una reacción defensiva.

El general Hansen era demasiado sensato para no comprender el espíritu del trance, y puso de manifiesto otra cualidad de su carácter multifacético, reconociendo que había cometido un error y disponiéndose a rectificarlo.

Hansen tomaba ahora sobre sí la responsabilidad de la noticia radiada por Hazzard y discutía con el Departamento de Estado, sosteniendo que tal anuncio entraba plenamente en sus atribuciones, así como en la política general americana. Washington se encontraba ahora en el caso de tener que desautorizar públicamente a su gobernador militar. Y se echó atrás, anunciando por su parte: LA GUARNICION AMERICANA PERMANECERA EN BERLIN.

—General, hemos localizado al coronel Hazzard en Francfort. Aguarda en el teléfono.

—¿Neal?

—Al habla.

—Aquí Hansen.

—Diga, señor.

—Neal, pensándolo bien, Berlín le necesita más que Kansas City.

—Berlín que se vaya al diablo, general.

—Estoy tratando de decirle que lo lamento.

—No es preciso, general. Sabía lo que hacía. Soy yo el que lamenta haberle puesto a usted en un conflicto.

—¿Regresará?

—No, señor… Estoy cansado de dormir con la pistola debajo de la almohada. Estoy cansado de que amenacen a mi esposa. Tengo hijos de dieciséis y diecisiete años. Quiero encontrar un empleo tranquilo y tener dinero suficiente para darles unos estudios. General, aquí en la habitación contigua, tengo una esposa que se está deshaciendo en llanto. La verdad es que el club campestre que, según dicen, formábamos en Berlín no le divertía nada. No había visto nunca a Claire llorando…, no, en veintidós años de servicio no la había visto llorar. Sencillamente, estamos hasta la coronilla.

Sean levantó el aparato suplementario. El general le indicó con un movimiento de cabeza, que podía hablar.

—Soy Sean. Le necesitamos a usted aquí.

—Busquen a otro primo.

—Escuche, maldita sea. Hollweg dimitió de alcalde, y en su puesto nombraron a Falkenstein. Los rusos no podían contener su desconcierto.

—Usted bromea…

—Tenemos que afianzar la nueva situación. Su compañero Trepovitch pide a gritos una reunión urgente de la Kommandatura. Usted ha de ser nuestro enviado.

—General, si conseguimos un avión este atardecer, estaremos en Berlín a la medianoche.

—Envío el mío inmediatamente —respondió Hansen.

Terminada la conversación telefónica, Hansen le dijo a Sean:

—Me gustaría saber si el senador Blanchard opina que un patán sin iniciativa como Neal Hazzard se gana de verdad sus ocho mil dólares anuales.

—¡Veto! ¡Veto! —gritaba, sombrío, Nikolai Trepovitch. —Veto la dimisión de Berthold Hollweg. Debe continuar ocupando su cargo. Por lo tanto, la designación de Ulrich Falkenstein es ilegal… y la veto también.

Hazzard, el presidente durante aquel mes, concedió la palabra a T. E. Blatty.

—Yo digo, general Trepovitch, que usted no puede vetar la dimisión de Hollweg. La Constitución que usted personalmente aprobó y entregó a la ciudad de Berlín no lo permite. Tampoco veo cómo puede vetar el nombramiento de Ulrich Falkenstein cuando el Artículo 23 de esta misma Constitución especifica bien que el alcalde ha de ser nombrado legalmente por votación de la Asamblea de Berlín. Simplemente, usted no puede entretenerse interponiendo el veto cuando le apetece, mi querido amigo.

—Tenemos sospechas fundadas de que Ulrich Falkenstein se dedica al mercado negro. Exigimos una investigación.

—Ni hablar —replicó Neal Hazzard. —O presentan ustedes cargos, o échenlo al olvido.

Trepovitch se puso a golpear la mesa.

—¡Es una conjura occidental! ¡Jamás permitiremos que Falkenstein tome

posesión!

Un consejero murmuró algo al oído del comandante ruso. Le advertía contra un posible cepo americano. Recordando que Hazzard permitió que se formase en el sector americano una nueva sindical, existía el peligro de que intentase la misma treta con la administración de la ciudad. La Unión Soviética no podía arriesgarse bajo ninguna circunstancia a que la Asamblea y el *Magistrat* se instalasen fuera del sector soviético.

—En atención a la unidad aliada —empezó el ruso con tono insincero—, propongo un compromiso. Nosotros aceptaremos la dimisión de Hollweg, a condición de que se deje a un lado la elección ilegal de Falkenstein. Aceptamos que Hanna Kirchner actúe de alcalde hasta que hayamos examinado bien el problema.

Hazzard se olía una victoria, pero Blatty se había lanzado ya al ataque.

—¿No comprende —decía el inglés— que no podemos entregarnos a todos esos chapoteos sin el consentimiento de la Asamblea de Berlín?

Como presidente, Neal Hazzard ordenó un descanso, antes de que Blatty se disparase por una tangente parlamentaria de altos vuelos.

En su oficina, se puso en contacto con Ulrich Falkenstein y le enteró de la proposición soviética.

Falkenstein se puso contentísimo.

—Hanna será una alcalde excelente. Los rusos creen que, tratándose de una mujer alemana, han encontrado otro punto débil como Hollweg. Aquí han dado en hueso.

—¿Y la Asamblea? —preguntó Hazzard.

—Estoy seguro de lograr su conformidad.

Durante la media hora siguiente los tres comandantes occidentales estuvieron encerrados en la oficina de Blatty, los otros dos convenciendo a éste de que aceptase el compromiso. Si la Kommandatura indicaba este arreglo a la Asamblea de Berlín, quizá la Asamblea lo aceptara.

Al final Blatty cedió.

La Kommandatura dio el nombre de Hanna Kirchner, y la Asamblea de Berlín la aprobó para desempeñar el cargo. Hanna había escalado el puesto más alto conseguido por mujer alguna en toda la historia de Berlín.

En la Radio del Pueblo, desde el sector ruso, la «voz de las masas» trajo al micrófono a Berthold Hollweg.

—Compañeros berlineses —dijo con voz fatigada—, he dimitido de mi cargo de alcalde porque me resultaba imposible desempeñarlo bajo las amenazas constantes del coronel Hazzard y sus paniaguados imperialistas Blatty y Belfort. Me imponían un reinado de terror fascista y trataban de hacerme actuar en contra de la clase obrera de Berlín. Mi conciencia no podía soportarlo más. He pedido al camarada Rudi Wöhlman que me permita servir los intereses de la libertad a través del partido

demócrata, en el frente antifascista del sector soviético.

CAPÍTULO XXXIX

ERNESTINE abrió la puerta rápidamente, se llevó el índice a los labios y salió al pasillo.

—Sssiit —susurró. —Tío Ulrich se ha dormido sobre su mesa. No quiero despertarle.

Sean la ayudó a ponerse el abrigo, la cogió del brazo y la acompañó hacia el «Horsche».

—¿A qué hora empieza el concierto, coronel?

—Tengo que hacerle una confesión, señorita Falkenstein. Hoy la he engañado con falsos pretextos.

—¿Ah, sí?

—Hemos estado juntos cuatro veces. Una, un concierto de piano, y otras, un recitado en el teatro de obras de Goethe, nada menos; una exposición de museo, y el estreno de una obra teatral. A mi modo de ver, el caso es éste: un hombre sólo puede absorber una dosis determinada de cultura.

—¿Y qué proyectos tiene, señor?

—Una mesa en un agradable restaurante francés, junto al lago Tegeler. ¿Está enojada?

—Lo cierto es que una mujer sólo puede absorber una dosis determinada de cultura.

Sean puso la radio en onda de la Red de Emisoras de las Fuerzas Armadas, donde era probable que no trasmitiesen música más seria que la de Glenn Miller y guió el coche hacia el extremo norte de la ciudad, dejando atrás el barrio medieval de Spandau.

En el centro del sector francés, los bosques de la Jungfernheide y el Tegel rodeaban el lago Tegeler. A la orilla del lago, el Club de Oficiales Franceses había montado un hermoso restaurante para las fuerzas de ocupación.

Hacía una de esas noches tibias y perfumadas, cualidades que, sumadas con el frescor de los bosques, eran motivo de que los berlineses se vanagloriasen de la singular calidad de su aire. Tenían la mesa ya puesta en la terraza exterior.

—¡Qué idea tan acertada! —dijo Ernestine.

Sean se excusó, como hacía siempre cuando llegaban al punto de destino. La joven le siguió con la mirada mientras él iba a telefonear al Cuartel General para dar noticia de dónde se encontraba.

Después de la primera cita, estuvieron diez días sin verse, hasta que Ernestine le telefoneó para invitarle al estreno de una función de teatro. La muchacha se alegraba que hubiera abandonado los pretextos culturales como motivo para verla. Ahora, juntos, se sentían en completa libertad, aunque dentro de ciertas convenciones. ¿Qué tenía Sean, aparte de su físico agraciado y vigoroso, qué le hacía tan atrayente? En la

mente de Ernestine surgía la inevitable comparación con Dietrich Rascher y los otros hombres a quienes había conocido. Se daba cuenta de que Sean y su tío eran las dos personas más interesantes que había conocido en su vida. El campo de sus conocimientos y la habilidad para expresarlos parecían no tener fin, como buen profesor que era.

Sean poseía una paz interior que se notaba claramente. No necesitaba demostrar la masculinidad, como sucedía con la mayoría de alemanes, obsesionados por ello. Estaba seguro de sí mismo en muchísimas cosas.

Cuando Sean quiso pedirle excusas, empezó a ponerse al descubierto una faceta suya cálida, sentimental. Ningún muchacho alemán se habría mostrado tan humilde. Para Ernestine, resultaba una experiencia nueva.

Pero había momentos en que tenía la sensación de poder leer los pensamientos de Sean, y tales pensamientos eran feos. Sean parecía acordarse constantemente que estaba sentado al lado de una mujer alemana y que se preguntaba el motivo. «Una mujer alemana…, una leprosa».

Ernestine sentía curiosidad por saber si sería capaz de librar a Sean de aquel odio obsesivo contra los alemanes. ¿O acaso su amistad se reducía a que eran dos personas solitarias y necesitaban hablar la una con la otra? El odio de Sean ¿estaría siempre al acecho y se dispararía súbitamente?

Sean regresó a la mesa.

El menú pecaba más bien de escaso, pero los franceses eran capaces de hacer maravillas con las salsas, incluso tratándose de anguila del Rhin. Por fortuna, el champaña no escaseaba.

Sean levantó la copa.

—Por nuestra primera salida nocturna.

Los otros ratos que habían pasado juntos habían dado origen a un número de largos silencios cada vez mayores, a unas miradas prolongadas y a sentir cada vez más la necesidad de estar en contacto físico. En el ambiente de hoy, ambos, comprendían que tales sentimientos tenían que encontrar la ruta para satisfacerse, Fue aquél un momento saturado a la vez de ilusión y de miedo.

Ernestine estiró el brazo y cogió el plato de Sean.

—Ea, deje que se la corte yo. Sólo una antigua *fresser* de anguilas puede hacerlo bien.

Sean observaba sus movimientos mientras ella levantaba unas delgadas tajadas del lomo de anguila y quitaba el espinazo. Sean se dijo que aquella muchacha lo hacía con delicadeza.

Ambos tenían conciencia de su propio silencio. Bebían, contemplaban el lago, y les molestaban las visitas del camarero. Sean vació en la copa de Ernestine el resto de la botella.

—*Prosit*! —dijo la joven sin pensar. Pero él no reaccionó ante el brindis en alemán.

Sean pidió otra botella de champaña. Ernestine soltó una risita.

—Debí advertírselo. No se necesita mucho para hacerme perder un poco la cabeza. —Los ojos le brillaban; estaba radiante. Las barreras se derrumbaban.

Detrás de ellos, los músicos pasaron de la música francesa a una miscelánea de música alemana. Ernestine se puso a tararear, después cantó claramente, con su voz dulce, mientras se acordaba de que hacía años y años que no cantaba.

—Usted es un hombre guapo…, sí, es un hombre guapo…; así es mejor, coronel…, ¡tiene una sonrisa tan simpática cuando se acuerda de sonreír!

Du kannst nicht tren sein…
Nein, nein, das kannst du nicht,
Wenn auch, dein Mund mir
Wahre Liebe verspricht.
In deinem Herzen
Hast du fuhr viele Platz,
Darum bist du auch nicht
Fuhr mich der rieht'ge Schatz[17].

Ernestine creyó ver que la faz de Sean se ponía tensa al escuchar la lírica alemana, y dejó de cantar.

—Continúe se lo ruego —dijo él.

Vaya, otra vez aquella maldita hipersensibilidad.

—Es una tontería. Una canción tonta, sentimental.

Sean le cogió la mano.

—Me alegro mucho de que hayamos decidido ser amigos.

—¿Puedo beber un poco más de champaña?

—No quiero ocasionarle una jaqueca en nuestro primer encuentro no cultural.

—Deseo ponerme completamente ebria. He sido una muchacha remilgada y formal durante muchísimo tiempo, seiscientos años. Voy a quitarme los zapatos de un puntapié, ahora mismo, y me meto en el lago, y le obligo a usted a llevarme al coche…

Sean le sirvió otra copa.

Ernestine bebió un largo sorbo y suspiró profundamente.

—¡Oh, Señor, qué bien se está aquí! Hace muchísimo tiempo que no me había sentido tan a gusto.

—A una hermosa amistad —brindó él.

Ernestine arrugó la nariz.

—En Alemania tenemos una costumbre bonita, cuando dos personas deciden ser amigas… Oh, excúseme, coronel…, a usted no le gustan las costumbres alemanas.

—Si es bonita…

—Extraordinariamente simpática. Primero, usted coge su copa, y yo cojo la mía. Ahora estiramos el brazo…, así…, y los enlazamos. Así. Ahora, bebemos.

—Es una costumbre hermosa.

—Lo mejor ha de venir todavía.

Bebieron uno en la copa del otro; los enlazados brazos les hicieron acercar las mejillas.

—Después de un beso podemos darnos el trato familiar de… *du*.

Sean notó el terciopelo de la mejilla de la joven.

—Me gustas —dijo.

—Y tú me gustas a mí.

—Hueles bien.

—Me lo he puesto por ti.

Sus labios se juntaron.

—Hola, Sean.

—Hola.

Incluso en la terraza con poca más luz que la de la luna resultaba difícil dejar de ver la voluminosa figura de Shenandoah Blessing mientras hablaba con el camarero, el cual, a su vez, señaló en dirección a la mesa de Sean y Ernestine.

—Lamento molestarle —dijo Bless.

Sean volvió a la realidad con una sacudida y se excusó.

—Acompañe a la señorita a su casa. Nos reuniremos en el cuartel de la policía tan pronto como pueda usted llegar allá. Tengo, en mi *jeep* su traje de faena y sus armas blancas.

—*Was gibt’s*?

—No lo sé; pero de verdad que huele a cosa gorda.

CAPÍTULO XL

CUANDO Sean llegó a un cuarto secreto de los sótanos del Cuartel General, Blessing estaba allí con una docena de agentes de policía cuidadosamente seleccionados. Estaban presentes, asimismo, un comandante inglés, llamado Whitehead, y una escuadra de su policía militar. También se encontraban los generales Hansen y Fitz-Roy y los comandantes militares Hazzard y Blatty. El coronel Fitz-Roy les dirigió la palabra:

—Caballeros, se les ha escogido y reunido aquí para una misión secreta, urgente y delicada. Antes de cuarenta y ocho horas, nuestros Cuarteles Generales publicarán un comunicado conjunto anunciando una reforma de moneda en las zonas americana e inglesa de Alemania.

»Además, se nos comunica de antemano que el Congreso americano promulgará el Plan Marshall muy en breve. Estos dos acontecimientos provocarán, sin duda alguna, una reacción violenta por parte de la Unión Soviética.

»Creemos que los rusos intentarán poner en circulación una moneda propia y querrán imponer su uso general en Berlín. Estamos aquí con el fin de prepararnos para tal eventualidad.

»La misión que se les encomienda a ustedes esta noche es la de volar hasta Munich y trasladarse a un lugar llamado *Huttendorf*, de donde traerán una moneda especial para Berlín. La tendremos a punto por si los soviets tratan de eliminar la moneda de las cuatro potencias.

»El capitán Horniman, del Intelligence Service inglés, les dará instrucciones detalladas.

Horniman habló durante una hora, detallando la misión, que había sido planeada minuciosamente.

Con la advertencia final de que nadie debía ponerse en contacto con personas del exterior, terminaron las instrucciones.

Según el plan trazado, tenían que llegar a Tempelhof de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, a intervalos irregulares, para que su aparición no despertase sospechas. Allí les aguardaba un Skymaster que llevaba el nombre de «Cherry Picker». El vuelo figuraba con destino a Hamburgo, y los pasajeros, como soldados que salían de permiso, o para diversos servicios militares corrientes. Después de pasar lista, la torre de Tempelhof dio la salida al «Cherry Picker» poco después de la medianoche, y el aparato se remontó sobre Berlín y enfiló por el pasillo aéreo septentrional en dirección a Hamburgo.

Sean había colaborado secretamente en ciertos aspectos y detalles de la reforma de moneda. Ahora que no cabía duda de que era imposible cooperar con los rusos, se necesitaría moneda nueva para la proyectada fusión de las zonas occidentales. Ello formaba parte integrante del plan para elevar los niveles de producción alemanes,

detener la inflación, dejar libres los artículos de consumo y rehacer y nivelar una balanza comercial.

Sin embargo, la reforma de la moneda resultaba una táctica atrevida puesto que enfrentaba a los rusos con un desafío directo. Según los acuerdos legales, Berlín era una ciudad bajo el dominio de las cuatro potencias y no sometida a una zona determinada. De ahí que la moneda para Berlín iría marcada con una «B».

El «Cherry Pickers» salió de la zona soviética a la altura del faro de Dannenberg, fuera de la vigilancia rusa, y en lugar de seguir hacia Hamburgo viró hacia el sur.

En el aeropuerto de Munich, junto a la pista de aterrizaje que se les reservó, aguardaba un convoy de camiones acorazados y cerrados. Cuando el «Cherry Picker» paró los motores, una compañía de infantería rodeó el aparato, reteniendo al piloto y la tripulación a bordo. Despuntaba el día.

Los componentes de la misión subieron a los vehículos, cada uno al que se le había asignado previamente, y salieron de la ciudad por el sur, internándose por las ondulantes laderas de las montañas, en dirección a la frontera austríaca. Aquello era Baviera en sus características más puras.

Apartados de la carretera principal, cruzaban pueblos llenos de decorativas casas de madera con murales de colores vivos en sus paredes exteriores, iglesias con altas torres y cúpulas puntiagudas; calles empedradas de guijarros y lagos dormidos. Era uno de los pocos rincones de Alemania que la guerra dejó intactos.

En cuanto hubieron pasado Tegernsee, las montañas se volvieron más imponentes y los bosques más densos. El convoy entró por un camino sin grava cerrado por un puesto de guardia.

A Huttendorf, 3 kilómetros. ¡Prohibido pasar por este camino!

Los camiones se internaron por el bosque, levantando torbellinos de polvo, donde el terreno estaba vacío de vida humana. Mientras el sol se levantaba, filtrándose entre las ramas, pasaron por otra colección de barreras cuyos guardias comprobaron cuidadosamente su identidad.

Según sabían, los alemanes de la región, Huttendorf, pequeña aldea de diez familias, había sido confiscada toda entera y destinada a campo de concentración de criminales de guerra nazis de alta jerarquía. Entrenados durante la era nazi a no preguntar nunca nada, tampoco nada decían y nada sabían de aquel lugar «prohibido». La aldea estaba rodeada por un muro de alambre espinoso.

El coronel Hill, el C. O., salió al encuentro de Sean y el comandante Whitehead a la puerta principal y los acompañó a un recinto interior completamente aislado del resto de la aldea y vigilado por un complicado sistema de guardias.

Dentro del recinto vivían unos alemanes y americanos que se habían prestado voluntariamente a vivir cuatro meses sin ningún contacto con el exterior, con el fin de montar un taller de grabado e impresión para fabricar la moneda nueva. El servicio de

seguridad estaba en manos, de personal selecto, que también se prestó voluntario a vivir aislado.

Rodeados por la muralla interior había media docena de edificios, dos barracones, la antigua cuadra de la comunidad y otros tres edificios de madera, que albergaban los talleres y el almacén.

El convoy se alineó al lado de la cuadra. El coronel Hill abrió la puerta. El local estaba lleno de cajas perfectamente clavadas, conteniendo miles de millones de la moneda nueva. Los marcos especiales con la «B» de Berlín fueron registrados por partida doble y cargados. Se firmaron los documentos de recibo y de entrega, y se pasó otra lista. Era la dieciséis.

El convoy regresó a Munich, donde cargaron el «Cherry Picker». Para mejor evitar sospechas, la mitad de la misión se quedó en Munich, confinada en unos albergues estrechamente vigilados.

El «Cherry Picker» despegó para deshacer el vuelo anterior, siguiendo el mismo itinerario, para simular que procedían de Hamburgo.

Aquella noche descargaban en Tempelhof seis toneladas de cajas de madera rotuladas como *bourbon*, whisky escocés y vodka.

Los agentes rusos informaron al Cuartel General soviético que había llegado un gran cargamento de licor. La noticia causó mucho regocijo entre el mundo ruso. Evidentemente, el Oeste acusaba el aprieto de las dificultades de tráfico que les creaban. Por si se establecía un bloqueo, los del Oeste no querían quedarse sin licor. Para Nikolai Trepovitch, lo que hacía el caso mucho más divertido era que los ingleses y americanos hubiesen desamparado a los franceses, olvidándose de traer vino.

Sean O'Sullivan, Blessing y los demás componentes de la misión quedaron confinados en los Cuarteles McNair hasta que se anunciara públicamente la reforma de la moneda.

CAPÍTULO XLI

EL 17 de junio de 1948 es un día que perdurará en la memoria de la humanidad, El Congreso de los Estados Unidos aprobó la Ley de Recobramiento de Europa. A los fatigados, los hambrientos, los atemorizados se les dijo que el Plan Marshall les traería tractores y mantequilla, y esperanza. El Plan Marshall era la luz que llegaba para reanimar la llama de la libertad.

El 18 de junio los Cuarteles Generales inglés y americano anunciaron conjuntamente la reforma de la moneda para Alemania, exceptuado Berlín. Y con esto, el avance de la Unión Soviética hacia el Canal de la Mancha quedó detenido.

Se anunció profusamente que el mariscal Alexei Popov tenía que publicar una comunicación extraordinaria. A la hora en que el ruso habló a través de las ondas, todos los aparatos de Berlín sintonizaron la Radio del Pueblo.

—Las condiciones bajo las cuales se invitó al Oeste a que se instalara en Berlín no existen ya, y como han roto los tratados, la presencia de los occidentales en Berlín ha pasado a ser ilegal.

»Geográfica, económica e históricamente, Berlín forma parte de la zona soviética de ocupación, y, por lo tanto, declaramos nula y terminada la ocupación por las cuatro potencias.

»A partir de mañana, la moneda antigua no tendrá ningún valor en Berlín. La Unión Soviética pondrá en circulación moneda nueva, que será la única legal en la ciudad.

Sean fue a la oficina del general, donde Neal Hazzard había levantado una columna de humo con su cigarro.

—Sean —dijo el general Hansen—, tú conoces a Ulrich Falkenstein mejor que ninguno de nosotros. El introducir nuestra moneda, contra la de los rusos no será suficiente. No cabe duda de que los berlineses demostrarán cuál es su posición. El peligro no lo crean, pues, los berlineses, sino los comunistas. Necesitamos que la Asamblea apruebe los marcos «B». ¿Puede Falkenstein lograrlo?

«Si no lo logra Falkenstein, no lo logra nadie —pensó Sean—, pero va a ser difícil». El Ayuntamiento estaba en el sector ruso y sobre los miembros de la Asamblea que pertenecían a partidos libres se abatiría el peligro.

—Será duro —respondió Sean.

—Yo diría que Falkenstein es bastante enérgico para persuadirles —adujo Hazzard.

—Es el jefe —convino Sean. —He ahí una cosa que un alemán entiende bien: seguir al jefe.

—Y ésta es precisamente la causa por la cual no estaré nunca de acuerdo con esa gente. No se levantan en defensa de una idea sólo porque sea buena —dijo Hansen.

—Siempre es muchísimo mejor seguir a Falkenstein que a Hitler —respondió Hazzard.

—¡Vaya mundo divertido! —dijo Sean. —Nuestro aliado es ahora nuestro enemigo, y nuestro enemigo es nuestro aliado. Bien, señor, todos estamos de acuerdo en que Falkenstein es el mejor de la colección.

—Pero a mí no me inspira confianza —puntualizó Hansen.

—General, no creo que a usted le inspire confianza ningún político.

Un coro de carcajadas alivió la tensión.

—Cuando menos es tan bueno como el senador Blanchard —añadió Hazzard.

—De acuerdo, de acuerdo, envíen a buscarle —dijo Hansen.

—Creo que no deberíamos hacerlo así —objetó Sean.

—¿Por qué no? Los dos me están haciendo el elogio de ese individuo.

—Lo que ahora pedimos es que los berlineses se conviertan en asociados nuestros.

—¿Adónde diablos quieres ir a parar, Sean?

—Necesitamos a Ulrich Falkenstein y a los berlineses tanto como ellos nos necesitan a nosotros. Ni más ni menos. Y no podemos iniciar esta asociación portándonos como conquistadores. Falkenstein se ganó en un campo de concentración el derecho a ser un igual nuestro. Creo que esta ocasión requiere que subamos a un coche y vayamos a visitarle a su casa.

—Apoyo la propuesta —dijo Neal Hazzard.

Semejante idea aterró al general Andrew Jackson Hansen, pero la resolución estaba tomada. Las cosas cambiaban. Refunfuñando, ordenó a Sean que pidiese un coche militar.

Cuando abrió la puerta, la criada de Falkenstein por poco se desmaya.

—¿Quieres exponer el asunto, Sean? —preguntó el general.

—Señor Falkenstein. Hemos traído en avión quinientos millones de marcos de la moneda nueva. Es exactamente igual que la de nuestra zona, excepto que está marcada con una «B». Estamos preparados para repartirla por los Bancos de nuestro sector en menos de una hora.

«Bien, bien, bien», pensaba Falkenstein para sí. Los americanos respondían al desafío con la indicación más firme dada hasta el momento de que estaban resueltos a permanecer en Berlín.

—Estoy seguro de que han analizado las consecuencias.

—Cualquier consecuencia es mejor que entregarles la ciudad.

—Cuando hayamos anunciado la medida, queremos que la Asamblea de Berlín vote una resolución en favor de nuestros marcos.

—La orden tiene mucha miga.

—Nosotros creemos que usted es un hombre con mucha miga —dijo Hazzard.

La mente de Falkenstein discurría por cauces prácticos. ¿Conseguiría mantener a sus huestes unidas y que se decidieran a votar estando en el sector ruso? Sin embargo,

los americanos y los ingleses se comprometían también, por primera vez, a correr un riesgo.

¿La alternativa? Entregar la ciudad a Rudi Wöhlman. ¿Cuánto tiempo duraría? Lo mismo que Praga…, lo mismo que Varsovia.

A Falkenstein no le gustaba aliarse con los americanos, pues le parecían taimados. Acudían a él sólo por su propio interés. Sin embargo, no existía nadie más; no había ningún otro sitio en donde buscar apoyo.

—¿Cuándo se proponen anunciar los marcos «B»?

—Por las RIAS, al llegar la mañana, para que lo publiquen los periódicos de la tarde.

Falkenstein movió la cabeza, asintiendo.

—En tal caso, se prepara para mí una jornada intensa.

—Me veo obligado a hacerle una pregunta —dijo el general Hansen. —Sabiendo lo que puede pasar, ¿se mantendrán firmes los habitantes de esta ciudad?

—Y ustedes, caballeros, ¿se mantendrán firmes?

—No lo sé —respondió Hansen. —Si nos marchamos, lo pagaremos con la sangre de generaciones que todavía han de nacer. Pero la cuestión que debatimos es la urgente. En este momento nosotros tenemos una salida; ustedes, no. ¿Por qué bando se inclinarán esta vez los habitantes de Berlín?

Con el amor, contra viento y marea, que tenía a la ciudad, Falkenstein se había convencido a sí mismo de que los berlineses eran diferentes…, pero habían soportado a los nazis, las bombas, la violación de su ciudad. ¿Les quedaba temple bastante para resistir? El miedo a los rusos, ¿los uniría para aceptar aquella alianza a medias con los americanos? ¿O el recuerdo del pasado les diría que la resistencia era inútil y correrían a echarse en brazos de los rusos como la mejor manera de sobrevivir?

Ulrich Falkenstein miró frente a frente al gobernador militar americano.

—Le doy mi palabra, señor, de que mientras la guarnición americana continúe en Berlín, el pueblo estará con ustedes.

Y se estrecharon la mano. Hansen y Falkenstein se miraron el uno al otro con una mutua falta de cordialidad.

CAPÍTULO XLII

AL día siguiente de anunciarse los marcos «B», la Unión Soviética suspendió todo el tráfico por los canales y por ferrocarril, alegando motivos «técnicos», y el movimiento por la autopista se redujo a la mínima expresión.

Suspendidos en el mismo borde de un bloqueo completo, Ulrich Falkenstein presentó una moción a la Asamblea de Berlín proponiendo que aceptara la moneda occidental.

Rudi Wöhlman utilizó toda la serie de artimañas parlamentarias para obstruir la propuesta, y la SND de Adolph Schatz trabajó horas extraordinarias para infundir terror a los asambleístas.

El 23 de junio de 1948 no se pudo demorar ya más la votación. Como había hecho en muchas ocasiones anteriores, el general Hansen envió a Sean O'Sullivan al centro mismo del huracán. Sean fue enviado a la oficina que tenían los americanos en el Ayuntamiento de Berlín.

La Rathaus de Berlín estaba enclavada muy al interior del sector soviético, a corta distancia de la Unter den Linden, todavía llena de escombros, y a dos buenas millas del punto donde se juntaban los sectores inglés, americano y ruso.

El antiguo Lust Garten, en el extremo de la Unter den Linden, había sido limpiado y convertido en una gran plaza, rebautizada con el nombre de Marx-Engels Platz, y servía de lugar de concentración para las manifestaciones de solidaridad soviética.

En el día citado, las Escuadras de Acción de las fábricas, la universidad, los clubs políticos y los grupos juveniles se reunieron en la plaza, donde se les repartieron pancartas.

¡Abajo los imperialistas, fabricantes de guerras!
¡Paz y prosperidad a través de nuestros camaradas soviéticos!
¡Hitler! ¡Hansen! ¡Hazzard!

Cuando se les indicó, salieron de la Marx-Engels Platz, cruzaron el puente sobre el río Spree y se apostaron delante de la Rathaus y del *Magistrat*, una manzana más allá. La policía no se veía por ninguna parte.

La aparición de los primeros demócratas de los sectores occidentales dio pie a maullidos y empujones. Cuando llegaron más, los manifestantes les arrojaron piedras, y a los últimos en cruzar les golpearon y les desgarraron las ropas.

En su oficina, Ulrich Falkenstein recibió el aviso de uno de sus subalternos de que los comunistas estaban organizando una revuelta tremenda y se negaban a guardar el orden. Ulrich salió al balcón y vio cómo los comunistas arrojaban botellas, gritaban y pataleaban.

—Llame al coronel O'Sullivan.

Sean contempló la escena unos minutos. Todos los intentos de restablecer el orden se estrellaban contra aquella marejada.

—Muy bien —dijo por fin Sean—, le doy carta blanca.

Falkenstein bajó al piso y fue a donde se hallaba Rudi Wöhlman, que estaba de pie sobre una mesa, arengando a su gente, tiró de la pernera de sus pantalones y le indicó con el ademán que bajase.

—Camarada Wöhlman —le dijo—, si no establece el orden en sus filas en el espacio de un minuto, estamos autorizados para marcharnos y realizar los trabajos de esta Asamblea en el sector americano.

V. V. Azov había advertido a Wöhlman que no podía permitir que ocurriera tal cosa. Wöhlman hizo callar a su gente, reunió una junta rápidamente y anunció el *boicot* de la disposición «ilegal» delante de la Asamblea.

Con la abstención de los comunistas, la Asamblea de Berlín votó en favor de los marcos «B», rechazando la moneda rusa por unanimidad.

Terminada la sesión, la violencia alcanzó en la calle un furor nuevo. Hanna Kirchner fue golpeada severamente en el *Magistrat* y hospitalizada, junto a dos docenas de miembros de la Asamblea pertenecientes a los partidos libres… Pero la votación fue firme.

Toda camaradería que hubiera existido antes entre Neal Hazzard y Nikolai Trepovitch había muerto. Hazzard miraba colérico al ruso durante aquella reunión que, resultaba clarísimo, sería una de las últimas de la agonizante Kommandatura.

—Ustedes han utilizado el Ejército rojo para el oficio de asesinos, provocadores y maleantes que aterrorizasen a la gente indefensa en una nación tras otra. ¿Es éste su glorioso estilo de vida? ¿Amenazar con matar de hambre a dos millones de personas? En Polonia nadie quería la presencia de ustedes. En Checoslovaquia, tampoco… Y nadie les quiere aquí en Berlín. Yo sólo lamento que mi nación no estuviera en Praga y Varsovia para impedir los ultrajes de ustedes.

Trepovitch estaba pálido y enfermo a causa de la tensión de los días pasados.

—La Unión Soviética veta esta acción ilegal de la Asamblea de Berlín —recitó.

Mientras el ruso hablaba, un ayudante susurró al oído de, Neal Hazzard que el general Hansen le llamaba por teléfono. Neal obtuvo permiso de la presidencia para retirarse y salió de la sala de conferencias para irse a su oficina.

Apenas estuvo fuera, Trepovitch se puso en pie de un salto.

—¡Los americanos se han marchado de la Kommandatura!

—Tonterías —respondió T. E. Blatty. —Me ha pasado una nota pidiendo le excusase, para acudir a una llamada telefónica.

—¡Mentira! ¡Esto ha sido una provocación directa! ¡Los americanos se han marchado intencionadamente en mitad de mis argumentos! ¡La Unión Soviética no seguirá tolerando tales indignidades!

Y con esto, el ruso condujo a su gente fuera de la Kommandatura, repitiendo el gesto del mariscal Popov al abandonar el Concejo Supremo Alemán. La bandera de la Unión Soviética fue bajada del mástil que había en la fachada delantera del edificio para no ser izada ya más.

Los partidos libres convocaron una concentración de unidad en el todavía destrozado Estadio Olímpico, que se llenó hasta los topes con ciento veinticinco mil berlineses indignados. No obstante, fue una manifestación ordenada como sólo pueden serlo las manifestaciones alemanas. Sabían dominar la pasión que les inflamaba.

Cuando llegaron los dirigentes y subieron al proscenio, se levantó un coro de vítores, pero la gran ovación se reservó para Neal Hazzard, el cual se estrechaba las manos por encima de la cabeza como un boxeador victorioso.

Los dirigentes demócratas, cristianos y conservadores que se hallaban en el escenario, se dieron cuenta de que la gente aplaudía al hombre más bien que a la nación que representaba, porque la alianza era precaria.

Hanna Kirchner se levantó de la cama, llegó procedente del hospital, y el trueno de los aplausos creció. Uno por uno, los dirigentes se dirigieron a sus seguidores, les rogaron que se mantuvieran firmes y pidieron al mundo que volviese la vista hacia ellos. Y luego, Ulrich Falkenstein añadió:

—¡Berlineses! ¡Nos han preguntado si tendremos coraje para resistir! ¡Dadme vuestra respuesta! —¡Un largo y estentóreo clamor de libertad llenó el aire!—: ¡Oídnos los de Moscú! ¡Oídnos los de Washington! ¡Oídnos los de Londres! ¡El espíritu de Berlín nunca fue nazi, y nunca será comunista! Desde lo más profundo de nuestras almas, nuestra voluntad de ser libres levantará un dique poderoso que rechazará los enfurecidos «Mares Rojos» que tratan de ahogarnos. ¡Berlín será libre!

Al día siguiente la Unión Soviética anunció que el puente del río Elba estaba cerrado por motivo de «reparaciones».

Berlín quedaba bloqueado por tierra y por mar.

CUARTA PARTE

LOS ULTIMOS GOONEY BIRDS

CAPITULO PRIMERO

OTRA mañana.

Otra reunión de alemanes en el bulevar que partía del Cuartel General americano. Sus ojos perforaban la niebla de Berlín mientras la guardia de la bandera se dirigía hacia el mástil, y siguieron mirando mientras la enseña de las Rayas y las Estrellas subía por el asta, se desplegaba y ondeaba. Seguros ahora de que los americanos estaban en Berlín otro día más, el racimo de alemanes se deshizo y, unos con los cestos de la comida, otros con los bolsos para la compra, otros con carteras bajo el brazo, todos se pusieron en marcha hacia la U Bahn.

Fuera de los límites de la ciudad, tres divisiones de tropas soviéticas con pesados elementos acorazados, distribuidos ostensiblemente para un asalto a los sectores occidentales, continuaban unas maniobras que destrozaban los nervios.

La Radio del Pueblo aumentaba la tensión. Empezaron con la alarma de que iba a faltar el agua; luego siguieron con el rumor de que el Oeste se había anexionado el Ruhr.

—Los desórdenes por causa de los víveres se extienden por el Berlín occidental mientras millares de obreros se quedan sin trabajo. ¡Los niños mueren por falta de leche! ¡Esta cruel política imperialista trae nuevos sufrimientos indecibles a los trabajadores!

En el tercer piso del Cuartel General americano, el general Andrew Jackson luchaba con el más apremiante de sus problemas. Barney Root, el comandante de la USAFE, había conseguido traer por el aire de ochenta a cien toneladas diarias de suministros, y los aviones ingleses transportaban lo suficiente para atender a las necesidades inmediatas de su guarnición. Pero ahora, se acentuaba cada vez más la crisis de comestibles para la población entera de Berlín.

A la escasez de víveres se sumaba la escasez de energía eléctrica. Antes de la guerra había en la parte oeste de la ciudad una sola central eléctrica. Estaba a orillas del canal Hauswehr, enfrente del Puerto Oeste, el puerto de barcazas interior.

Era la central más moderna de Berlín, pero generalmente sólo la utilizaban durante las horas más densas. Los rusos la despojaron, y sólo habían sido remplazados unos cuantos generadores, La mayor parte del fluido del sector occidental venía de Sajonia, por unos tendidos que estaban bajo control ruso.

Los rusos cortaron la electricidad, provocando un cierre de industrias y una oleada de paro.

Sean O'Sullivan colaboraba con los expertos del *Magistrat* para determinar la actual situación. Sean trajo las sombrías noticias a Hansen.

—Tenemos una reserva de carbón para la central que nos abastecerá treinta, y seis días. Podemos generar fluido para poner en marcha nuestras propias instalaciones,

mover un mínimo de transporte, impedir un colapso de las comunicaciones y mantener funcionando ciertos servicios de urgencia. No hay carbón para la población civil alemana.

Hansen levantó el receptor de su teléfono encarnado, de urgencia, y rogó a la centralilla que le pusieran en comunicación con el Cuartel General del Ejército de Heidelberg. El comandante de fuerzas de combate, teniente general William Warren Crossfield, respondió desde su teléfono rojo.

—Enmascare la conversación.

Cada uno de ambos oprimió un botón especial de un ingenio para embarullar sus voces en previsión de un posible escucha secreto.

Crossfield hablaba excitado.

—Acabamos de enterarnos de los alborotos protestando por la falta de víveres. ¿Necesitan ayuda?

—No hay tales alborotos. Son embustes de Radio Moscú. Hubo un poco de excitación con motivo de una alarma levantada sobre una escasez de agua, pero les hemos apaciguado. Billy, quiero que reúna un convoy armado y lo tenga a punto.

—¿Vamos a probar de abrirnos paso por la autopista?

—Si Washington me lo permite.

—Chip, mandaré el convoy yo personalmente, pero sería mejor que no descubriesen que se trata de un desplante y nada más.

—Son los rusos los que sólo representan una comedia.

William Warren Crossfield había mandado un Grupo de Ejército, conduciéndolo desde la parte norte de la Francia meridional hasta el otro lado del Rhin. No aparentaba ser un jefe deslumbrante, pero era un táctico astuto y seguro, con un conocimiento impecable de la logística, los abastos, las operaciones de apoyo y todos los demás pormenores de la batalla… y, además, un realista frío.

—Estamos jugando con fuego —dijo— y no tenemos nada, nada en absoluto con que llevar adelante la jugada.

—No se trata de esa clase de lucha. Se trata de una contienda de fuerza de voluntad —respondió Hansen.

—Quizá tenga razón, Chip, pero yo sé que el mariscal Popov tiene informes de que entre todos los Estados no se puede reunir un par de divisiones de infantería de reserva.

Unas horas más tarde, el general Hansen llegaba al Cuartel General de la USAFE, en Wiesbaden, para conferenciar con el general Barney Root.

—Es preciso que traigan cinco, seis, setecientas toneladas diarias de suministros. Necesitamos carbón tan urgentemente como los víveres y, sea como sea, hemos de conseguir más generadores eléctricos.

Barney Root miró a Chip Hansen como si lo creyera loco.

—¿Quiere repetirlo?

—Si no puedo convencer a Washington en lo del convoy armado, voy a convencerles de que se suministre a Berlín por aire.

Barney volvió a encender un cigarro.

—Tres años atrás teníamos doce mil aparatos en Inglaterra y el continente europeo. En estos momentos, nuestra flota de transporte aéreo consta de ochenta y dos «Gooney Birds» viejos. Mis tripulaciones están soliviantadas. Vuelan un número de horas tres veces superior al que se considera prudente. Ni durante la guerra les pedíamos que volasen de este modo. Chip, no tengo en Europa ni las piezas de recambio para reparar la cola de un «Piper Cub».

—Barney, pienso convencer a Washington para que envíen «Skymasters» con los que substituir a los «Gooney Birds» y voy a pedir al presidente que llame de nuevo a Hiram Stonebraker.

—Oiga, estoy con usted en todo y por todo. Continuaré arrebañando por todas partes en busca de aparatos y aviadores. He destinado ya a Shorty Mac Donald para los vuelos de abastecimiento de Berlín exclusivamente. Es el mejor aviador de transporte que hayamos tenido nunca. —Barney Root aplastó el apagado cigarro.

—Usted no cree en esta operación, ¿verdad que no?

—Soy un bombardero. No conozco bien la aviación de transporte.

—¿No cree en ella? —insistió Hansen.

—Necesitará usted mucho más que a Stonebraker y los «Skymasters».

En Berlín, en los suburbios, se oía las detonaciones de las armas de fuego.

Coches comunistas de agitación corrían por las calles propagando alarmas en relación con los comestibles, culpando de lo que ocurría a la codicia del Oeste y tratando de justificar el bloqueo a fuerza de jurar que el puente del Elba se había hundido.

Lil Blessing buscaba a Calvin desde hacía una hora. Había enviado a sus otros hijos por las proximidades a ver si lo encontraban. El pequeño Cal no solía portarse así.

Tratando de evitar el pánico, Lil se sentó junto al teléfono, disponiéndose a llamar a Bless, cuando oyó unos sollozos apagados que salían del armario del pasillo. Lil abrió la puerta de par en par. Cal, que estaba acurrucado en un rincón, corrió a refugiarse entre las faldas de su madre y escondió el rostro.

Lil lo levantó, no sabiendo si llenarle de besos o darle una reprimenda, lo llevó a una mecedora, y probó de calmarle. Al cabo de un rato, los sollozos del niño se mitigaron, convirtiéndose en unos estremecimientos espasmódicos.

—¿A qué viene todo eso, Calvin?

—En el colegio, todo el mundo lo dice.

—¿Qué dicen?

—Que volverán los mogoles y nos cortarán la cabeza. Los niños alemanes los vieron ya.

Lil estrechó al niño contra su seno.

Sí, para reavivar el recuerdo de la toma de Berlín, la Radio del Pueblo había anunciado que unos regimientos mogoles habían venido a tomar parte en las maniobras de las afueras de la ciudad, y todo el mundo repetía los mismos temores de Cal.

—¿Crees que tu padre permitiría que nadie te hiciese ningún daño?

—Quiero irme a casa.

—Ésta es nuestra casa, Cal.

—La teleconferencia con Washington está preparada, general.

En el cuarto abovedado de los sótanos del Cuartel General, los generales Crossfield y Root se reunieron con Hansen. Sean O'Sullivan redactó el mensaje preliminar y lo entregó al operador del teletipo. En un momento, el mensaje fue puesto en clave, radiado a Washington, descifrado y proyectado sobre una pantalla del Pentágono.

> «Los que comunican desde Berlín son los siguientes: general Hansen, gobernador militar; Oscar Penney, consejero político, Departamento de Estado; teniente general Crossfield, comandante de las Fuerzas de Tierra; teniente general Root, comandante de la USAFE; brigadier general Hazzard, comandante de Berlín; coronel O'Sullivan, ayudante especial de Hansen».

Washington respondió con la lista de los asistentes:

> «Participan los siguientes: general Colloway, jefe de Estado Mayor del Ejército; Harry King, consejero especial del presidente; teniente general Bronson, subjefe de Estado Mayor, Operaciones, Fuerza Aérea, E. U.; Joseph Peck, Departamento de Estado, jefe de la Oficina Alemana».

Hansen apuntó el primer mensaje. Barney Root manifestó su aprobación con un cabezazo, y Billy Crossfield expresó su conformidad con acento expresivo. El papel fue entregado al operador del teletipo.

> «Secreto riguroso: Bloqueo efectivo. Situación desesperada dentro dos semanas. Pedimos permiso enviar convoy armado autopista después anunciado propósito de los rusos. Crossfield y Root de acuerdo. Contesten».

A los pocos momentos empezó a dibujarse una respuesta en la pantalla.

«Máximo secreto: Peck, Departamento Estado. Departamento Estado proyecta ofrecer retirar marcos “B” de Berlín a cambio de garantía derechos acceso a la ciudad».

—Ni pensarlo —refunfuñó Neal Hazzard.
—Tranquilícese, Neal.
—Sí, señor.
Se agruparon y discutieron el caso rápidamente. Todos convinieron en que la proposición auguraba un desastre.

«Máximo secreto: Consejero político Departamento Estado. Advierte retirada marcos “B” fatal para nuestra posición y derrumbará confianza alemanes y aliados».

Una inquietud colectiva se apoderó de ellos mientras aguardaban la respuesta de Washington. La transmisión siguiente procedía de Estado Mayor del Ejército.

«Máximo secreto: En planes momento nada permite convoy armado».

Peck, de la Oficina Alemana, continuaba el mensaje.

«Intentamos renovar conversaciones diplomáticas con rusos. Al mismo tiempo incluir cuestión Berlín agenda Naciones Unidas. Acción temeraria ahora podría comprometer conversaciones».

La presión sanguínea de «Erico el Rojo» subía. No sabía comprender cómo el Departamento de Estado era tan ingenuo como para no saber que los rusos retardarían las conversaciones hasta que la ciudad estuviera a punto de morir de hambre.

«Secreto máximo: Repetimos. Meditada cuestión a fondo opinamos que podemos romper el bloqueo mediante alarde inmediato de fuerza. Repetimos petición permiso para enviar convoy armado por la autopista.».

A medida que disminuían las probabilidades, podía leerse la tensión en las caras de aquellos hombres.

«Secreto máximo: Petición denegada».

Estaban abatidos y hablaron rápidamente entre ellos, intercambiando ideas:

«Secreto máximo: Pedimos consideren posibilidad trasladar aparatos B-29 con cabezas atómicas bases inglesas como medida sicológica disuasoria».

Desde Washington, un hilo de esperanza.

«Idea ya en consideración. Para su gobierno denominación clave Sombrero de Copa».

—Bien, no están completamente muertos —dijo Hazzard.
—No podemos dejar esto así, en el aire —respondió Hansen.

«Secreto máximo: Comunica Hansen. Pido reunión urgente jefes y Consejo Seguridad Nacional. Recomiendo inmediatamente».

«Secreto máximo: Comunica King. ¿Cuándo puede estar en Washington?».
«Secreto máximo: Avisaré hora probable llegada. ¿Nada más?».
«Washington: Nada más».
«Berlín: Cerramos».

La cara rugosa de Hansen se contraía como si estuviera sufriendo un dolor. Si Washington decidía trasladar los B-29, la medida quizá desarmase a los rusos el tiempo suficiente para que él dirigiese una última demanda.

De regreso a la oficina, su ayudante telefoneó a Tempelhof con el fin de que el piloto del avión del general se preparase para el viaje.

Hansen telefoneó a su esposa, le dio instrucciones para que le preparase las maletas, como había hecho un millar de veces, y se las llevase a Tempelhof. Al salir en coche por la puerta principal, un grupo de alemanes, que no faltaba nunca allí, le saludó con la mano. Camino del aeropuerto, Hansen fue dando instrucciones a su personal.

Al llegar a Tempelhof, el aparato estaba a punto, calentándose bajo el pabellón. El capitán piloto y el ayudante concretaron rápidamente un plan de vuelo con la sección de Operaciones.

Hansen estrechó la mano a Barney Root, Billy Crossfield, Sean y Neal Hazzard.

—Aquí nos encontrará cuando vuelva, general —dijo Sean.

Al cabo de unos momentos llegó Agnes Hansen.

—Madre —dijo él—, tú no sabes cuánto me pesa dejarte aquí sola, pero sabes por qué tienes que quedarte.

Ella sonrió.

—Si tienes tiempo, llama a los chicos desde Washington.

—Canastos —exclamó Hansen—, eres un buen soldado.

Todos siguieron con la mirada al «Skymaster» del general mientras se levantaba del campo y se perdía de vista.

CAPITULO II

SEAN runruneaba como un cachorrillo feliz mientras el sol caía sobre su espalda. Era el primer período realmente cálido del verano, arrastrando lejos nieblas y humedades, y era la primera vez que tenía horas libres suficientes para solazarse a la orilla del lago.

En el paraje en el que el Wannsee Menor y el Mayor se juntaban con el río Havel había una hilera de casas lujosas. Las aguas estaban quietas; ninguna brisa hinchaba las desilusionadas velas. De vez en cuando una barcaza se deslizaba hacia los canales, en dirección al sector ruso.

Arriba en el cielo, el roncar constante de los «Gooney Birds» americanos que despegaban de Tempelhof; al otro lado de los lagos, sus réplicas inglesas, los «Dakotas», aterrizaban en el campo de Gatow.

Había allí una estrecha faja de playa, de arena traída de otra parte, detrás de la cual se extendía un largo trecho de césped lozano, lleno de sillas de jardín y parasoles, y había una piscina. La casa grande se había convertido en Club de Oficiales Americanos. Como la mayoría de las otras de aquella hilera, perteneció anteriormente a un alto jefe nazi, el cual se la robó a un judío, que no podía regresar de la tumba para reclamarla.

Ernestine estaba sentada al lado de Sean, la cabeza apoyada en las rodillas, los brazos rodeando las piernas. Sabía que los ojos de todos los oficiales americanos la miraban de pies a cabeza. Hacía mucho tiempo que nadie la miraba así, y le gustaba.

También las mujeres americanas la miraban con resentida admiración. Sean estaba quebrantando aquella ley no escrita que prohibía introducir a una muchacha alemana en la vida de sociedad de la colonia americana de ocupación. Le parecía estar escuchando que muchas decían: «No es tan mala como la mayoría de chicas alemanas…, después de todo es la sobrina de Falkenstein…, y una muñeca preciosa…, si a uno le gusta esa especie».

Las habladurías no le importaban mucho a Ernestine. El día importaba. Importaba Sean… Años atrás se encontraba en un bote pequeño en medio del Wansee y le decía a Dietrich Rascher que quería subir por los canales, internarse por el mar y marcharse lejos… para siempre jamás.

Ernestine no creía que pudiese volver nunca a este sitio y ser feliz. El otro amor había terminado en unas tinieblas. Ahora existía una pequeña promesa de que ésta, la de hoy, pudiera ser la primera dicha verdadera de su vida.

Ernestine cogió un puñado de arena y lo dejó escurrir entre los dedos, sobre la espalda de Sean. En medio de su modorra, Sean se llevó la mano a la espalda para espantar una mosca imaginaria. La muchacha continuó.

—Déjame dormir, mujer.

—Un coronel joven y guapo me pidió que viniera a la playa con él. Dígame,

viejo, ¿sabe adónde se ha ido?

Sean se tumbó de espaldas y se estiró, mientras el sol le acariciaba el rostro.

—¡Jesús, qué día!

Ernestine se arrodilló junto a él, de modo que su carne tibia tocase la de Sean.

—Eres como aquella otra mujer sentada en una peña sobre el Rhin que llama silbando a los pobres diablos y les hace estrellarse en las rocas, buscando sus encantos místicos.

—Sean, esto resulta demasiado penoso para ser divertido.

Sean se incorporó, de manera que quedaron sentados el uno junto al otro, mirándose a los ojos.

—Tú y yo seríamos como dos trenes de carga que chocan de frente.

—¿Ha de ser de este modo?

—Sí.

—Maldito seas. Hablas como tío Ulrich.

—Es un hombre cuerdo —dijo Sean. Y volviendo a tumbarse de espalda sobre la arena, fijó la mirada en el cielo. Ernestine se tendió a su lado. Los ojos de ambos siguieron el vuelo de un «Dakota» que describía círculos y se perdía de vista.

CAPITULO III

SHENANDOAH Blessing estuvo sentado en el borde de la cama de Cal hasta que el niño se quedó dormido. Luego se fue a la sala de estar y sintonizó la radio con la Red de las Fuerzas Americanas para la retransmisión demorada de un partido de *baseball* entre los Cards y los Brooklyn Dodgers. Lil le dio una botella de cerveza y una madeja de lana. Bless metió las enormes zarpas en el centro de la madeja, bebiendo un sorbo de vez en cuando, mientras su mujer convertía la madeja en un ovillo.

Los miedos del niño tenían mucho fundamento, y nadie estaba mejor enterado de la gravedad de la situación que el mismo Bless. Durante varias semanas había dirigido un destacamento especial dedicado a entrenar gente reclutada entre los partidos, políticos libres, los sindicatos no comunistas y los estudiantes de los sectores occidentales en las estratagemas del boxeo cuerpo a cuerpo, la represión de algaradas y todas las tácticas de intimidación que conocían las Escuadras Comunistas de Acción…, además de unas cuantas innovaciones del mismo Bless.

Estas Compañías de Orden localizaban rápidamente los coches comunistas de agitación y a los provocadores de desórdenes. A medida que las Compañías de Orden se iban curtiendo, los comunistas dejaban de cosechar resultados positivos al cruzar hacia los sectores occidentales.

Blesing había trabajado también en la organización de un cuerpo de espías y confidentes, pues la realidad de la vida exigía una información secreta rápida y perfecta. Docenas de voluntarios se habían introducido en las filas del Partido Comunista e incluso habían ingresado en las Escuadras de Acción con el objeto de tener al corriente al Cuartel General americano de los movimientos de aquéllos.

Por esto sabía que todo lo que se decía de la llegada de tropas mogoles era cierto, y la presencia de éstas en las afueras de Berlín, intencionada.

Blessing estaba incluido entre los oficiales occidentales a quienes se refería la Radio del Pueblo, acusándoles de atropellos; le calificaban de rompehuelgas, linchador y provocador fascista adicto a la tradición de las Tropas de Asalto. Los caricaturistas de los periódicos se metían con él, dibujándole obeso, con una barba hirsuta, colmillos y garras, y peludo y babeante.

Su respuesta al último ataque consistió en llevar a Lil y los dos muchachos al sector ruso a despachar una merienda dominguera junto al lago Müggel.

Bless bajó el volumen de la radio en el momento en que Lil Hodges daba la tercera arremetida.

—¿De qué hablan las muchachas estos días?

—De los comadreos habituales. Quién duerme con quién. Quién bebe demasiado.

—¿Qué dicen de la situación en Berlín?

Lil se encogió de hombros, fingiendo ignorancia al respecto.

—No hablan mucho. Bless, en verdad que la novia de Sean es una muchacha simpática. Hemos de invitarlos a que vuelvan a comer con nosotros dentro de pocos días.

—Vamos, Lil. ¿Qué se dice?

Lil dejó el ovillo, encendió un cigarrillo y le miró con aquella expresión furiosa con la que acusaba de portarse como un policía.

—Todo el mundo tiene un miedo horrible.

—¿Y tú?

—Yo sé que no podemos marcharnos. Hago todo lo que puedo para que los niños no me lo noten.

—¿Y las demás mujeres? ¿Quieren irse?

—No me tortures más.

—Hemos de saberlo.

—Pues, una docena, que yo sepa, o quizá más han pedido que las evacúen.

—Si empiezan a irse, todos los familiares de la guarnición querrán marcharse, excepto, quizá, Agnes Hansell y Claire Hazzard.

El teléfono les interrumpió.

—Blessing —dijo él.

—Hardy —respondió un oficial de policía—, conviene que venga rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Mañana sube la marea. Tendremos que sacar los botes de pesca.

Bless se volvió de espaldas a Lil para recobrar el dominio de sí mismo antes de dejar el receptor del teléfono, pero ella vio su agitación y que empezaba a sudar.

—Cariño, prepárame un termo con café y un par de *sandwiches*. Me ha salido un poco de trabajo extraordinario.

Y salió de la estancia para vestirse rápidamente.

Lil le había visto reaccionar de este modo demasiadas veces para poder ignorar que había peligro. Al cabo de unos momentos volvió, abrochándose el cinturón de servicio y comprobando el estado de su pistola. Luego se puso el brazal de Policía Militar, y Lil le dio el casco blanco y una cesta de comida.

—Mañana no dejes que los niños vayan a la escuela, y no os mováis de casa.

—Cuéntame.

—No se lo puedes decir a nadie, Lil. Por la mañana los comunistas van a intentar un *putsch*.

—¿Es muy grave?

—En el bolsillo interior de mi abrigo de invierno hay una pistola. No quiero que os cojan vivos, ni a ti ni a los niños.

CAPÍTULO IV

DURANTE varios días los espías infiltrados dentro de los grupos rusos y comunistas avisaron a los americanos que se estaba preparando un *putsch* de trabajadores.

El momento lógico para el intento tenía que ser al comienzo de la mañana, durante la hora de mayor aglomeración, cuando los trenes intercambiaban la población de un sector a otro. Primero los comunistas infiltrarían organizadores, que se situarían en los puntos clave de los barrios occidentales.

Detrás de los jefes vendrían las Escuadras de Acción, armadas de porras escondidas, cuchillos, piedras, botellas explosivas y armas cortas. Utilizarían el «Metro» y los tranvías elevados, partiendo de puntos diversos, y cruzarían hacia los barrios occidentales, donde sus jefes les aguardarían en los Ayuntamientos, la central eléctrica, la emisora RIAS y las fábricas más importantes. Cuando se reunieran, darían comienzo a los alborotos y se apoderarían de los respectivos emplazamientos.

El plan consistía en provocar el caos en varias docenas de puntos y obligar al Oeste a echar mano de sus guarniciones para restablecer el orden. Luego una segunda oleada de comunistas cruzaría en camiones y se apoderaría de multitud de nuevos objetivos. Este segundo grupo incluiría soldados soviéticos y policías de la SND de Schatz vestidos de paisano. En estas circunstancias el Oeste tendría sus fuerzas demasiado dispersas para hacer frente al nuevo zarpazo.

En este trance, el general Trepovitch ofrecería sus tropas de los alrededores de la ciudad, siempre que los soldados occidentales aceptaran el regresar a sus cuarteles. Los objetivos principales serían los aeródromos de Tempelhof y Gatow, que quedarían cerrados por causa de «dificultades técnicas».

Con el Oeste recluido en sus cuarteles, los rusos dominarían «de hecho» la ciudad entera, gracias a un golpe de mano incruento.

Entonces los órganos de propaganda entrarían en acción y explicarían que los trabajadores, cansados del imperialismo occidental y el paro, se habían rebelado. Sólo la benevolencia de la Unión Soviética había evitado un baño de sangre.

Las 5 horas 15 minutos. Día del putsch.

El aliento de Blessing salía disparado, disolviéndose en el frío de la mañana, mientras su chófer, Danny Sterling, le conducía al Ayuntamiento de Kreuzberg, en cuyo *foyer* habían establecido un puesto de mando temporal.

El barrio de Kreuzberg se hallaba enfrente mismo del de Mitte, del sector ruso, donde una serie de líneas férreas intercambiarían el tráfago más intenso.

Blessing había inspeccionado las estaciones del «Metro» y del tranvía elevado que le correspondía y que habían de ser las que recibiesen el primer empujón del *putsch*. Reinaba una calma engañosa.

El subjefe de Policía, Plans Kronsbach, quien calladamente había montado una fuerza fiel al *Magistrat*, había decidido poner en juego a sus hombres, quienes se apostaron, junto a las recién instruidas Compañías de Orden, en los sitios precisos para localizar a los jefes comunistas.

La policía mandada por Blessing actuaría de fuerza móvil. En el sector ruso, docenas de informadores americanos se habían repartido por Mitte, Pankow, Friedrichshain y Treptow con objeto de observar los movimientos comunistas.

La última fuerza de apoyo la constituía la guarnición regular, bajo el mando del coronel Mark Parrot, con su cuartel general en Tempelhof y con todas las tropas preparadas para acudir a los puntos donde surgieran conflictos.

Blessing bajó del coche delante del Ayuntamiento de Kreuzberg, desenroscó el vasito del termo, bebió un sorbo de café, e invitó a su chófer. La calle estaba gris y callada. Sólo se oían los primeros leves ruidos del día, las ruedas en la calzada, los maullidos enojados de un par de gatos hambrientos.

Luego se fue andando hasta el parque Victoria, en el que se había escondido un grupo de policía, y dijo unas palabras al oficial alemán. Aquella calma le tenía intranquilo. En seguida subió al *jeep* y mandó a Danny que le llevase al punto principal de transferencia del «Metro» y el tranvía elevado, en la York Strasse. Eran las cinco cuarenta y cinco. Si las informaciones recibidas eran exactas, los comunistas llegarían pronto. Bless sincronizó las frecuencias inglesa y francesa y oyó que empezaban a emitir. El automóvil se detuvo en York Strasse, y aguardaron. Las seis.

El sonido de las ruedas, chirriando en la distancia sobre los raíles de acero, allá por la parte del sector ruso, se hacía cada vez más intenso. El tren apareció a la vista, despidiendo un olor a frenos mientras paraba con un chirrido. Las puertas se abrieron y desde su plataforma se derramó súbitamente el primer alud de pasajeros matutinos. Confundidos entre ellos iban cuatro comunistas encargados de tomar posición en el Ayuntamiento de Kreuzberg.

Al pie de las escaleras, un miembro de una Compañía de Orden los reconoció. Cuatro agentes de seguridad americanos se situaron rápidamente uno al lado de cada comunista, les esposaron con presteza y les condujeron acelerada y eficazmente a un puesto de guardia. Uno de los comunistas se puso a protestar. El soldado le rodeó el brazo con una llave de judo, apretando tanto que amenazaba con rompérselo. El comunista se calló.

Blessing cogió el micrófono del *jeep*.

—Aquí el Pescador Uno, llamando a todos los muelles. Está llegando la marea. ¿Cómo va la pesca por el sector de ustedes?

—Hola, Pescador Uno, aquí Redondo —emitió en respuesta la escuadra del «Metro» de Moritz Platz. —Un pequeño tiburón de arena.

—Pescador Uno, aquí el Muelle Venice —radió el destacamento de Koch Strasse. —La marea llega de prisa, pero todavía no se ven peces.

—Aquí el Muelle de Long Beach, llamando a Pescador Uno —respondió el complejo clave de Anhalter Banhof, con sus numerosos puntos de correspondencia y sus grandes masas en movimiento, en las cercanías del sector ruso. —Hemos cogido dos tiburones de arena, tres atunes de unas sesenta libras y un tigre.

—Aquí Pescador Uno, llamando a Long Beach. ¿Pegan fuerte?

—Aquí Long Beach. No, están como perezosos. Les metemos en la red fácilmente.

El curso de la acción empezaba a dibujarse. Blessing volvió a escuchar las frecuencias inglesa y francesa. Por toda la línea iban cazando a los jefes comunistas a medida que bajaban de los trenes.

—Aquí el Muelle de Santa Mónica —llamaron del tranvía elevado de Grozgorschen Strasse. —Aquí cerca rondan un par de atunes grandes. Creo que esperan el banco de caballas.

Bless volvió a su puesto de mando y telefoneó por una línea directa al coronel Parrott, en Tempelhof. Durante los primeros cincuenta minutos habían metido en el saco a unos sesenta agitadores comunistas.

En la Postdamer Platz, punto clave de transbordo, habían cogido en la red al primer banco de caballas, una Escuadra de Acción.

Un comando conjunto del sector británico confirmó la noticia. A las seis veinte, trescientos conocidos agitadores y miembros de las Escuadras de Acción sin asunto alguno que explicase su presencia en los sectores occidentales habían sido localizados y quitados de la circulación con movimientos rápidos y seguros.

A las siete veinte, dos vagones, conteniendo el envío mayor todavía, trescientos miembros de las Escuadras de Acción emprendían la marcha hacia Beussels Strasse, donde debían de dispersarse para dirigirse simultáneamente a los objetivos de la central eléctrica, la Cárcel Plötzensee y el Puerto del Oeste. Un aviso les precedió, y bajaron del tren para encontrarse en medio de una compañía mixta de soldados franceses e ingleses con las bayonetas caladas.

En este trance, los monitores rusos se olieron un cepo de los occidentales, lo cual se confirmó por el hecho de que ninguno de sus jefes de grupo había enviado la menor noticia al cuartel general del *putsch*. Luego Schatz recibió una llamada frenética de un comunista que había esquivado la red occidental después de ver cómo apresaban a sus camaradas.

—¡Nos estaban esperando!

Un Adolph Schatz tembloroso y destrozado por los mareos telefoneó al Cuartel General soviético y gritó:

—¡Nos han traicionado!

Trepovitch probó de evitar el desastre que habría significado el enviar más gente. A este paso, el Oeste podría agotar la fuerza de su núcleo de comunistas fieles en una

hora, y costaría semanas, si no meses, prepararse para otro intento. Clasificó a Schatz como a un campesino alemán incompetente, dio orden de suspender la tentativa y se puso a gritar que estaba rodeado de espías.

El brigadier general Neal Hazzard entró en el comedor del Club Militar NCO y los doscientos cincuenta oficiales y soldados se pusieron firmes. Neal les pidió que se sentasen y dijo al guardia que cerrase la puerta.

—Iré al grano y sin rodeos —dijo. —Cincuenta de ustedes han solicitado la evacuación de sus familias. Yo he pedido a los demás que estuviesen aquí con objeto de no identificar ni causar sonrojo a los primeros. He ahí el caso. Cuando el general Hansen salió para Washington le dijimos que a su regreso nos encontraría aquí.

»Con eso quiero decir que los Estados Unidos estarían en Berlín. En esta guarnición, decir los Estados Unidos de América significa particularmente decir nuestras esposas e hijos. Durante las dos semanas próximas, no se dará curso a ninguna petición solicitando traslados fuera de Berlín…, como diría mi viejo amigo Trepovitch…, por motivos técnicos.

Un murmullo de pasmo acogió este severo anuncio.

—Marcharnos de aquí con el rabo entre las piernas sería prestar ayuda y ánimo al enemigo y dejaría en ridículo a nuestro país. Esta guarnición se queda aquí…, hombres…, mujeres… y niños.

CAPÍTULO V

LA reunión del Consejo Nacional de Seguridad seguía un curso pésimo para el general Hansen. El presidente se pasaba casi toda la sesión escuchando los pareceres adversos, e interrumpía sólo de vez en cuando para formular una pregunta oportuna.

El aposento albergaba un centelleo de estrellas de plata y galones de almirantes, con las correspondientes masas de cintas, testimonio de la bravura de aquellos hombres. Allí estaban los jefes de los Estados Mayores, el secretario de Defensa, el secretario del Tesoro, el vicepresidente y el embajador en el Kremlin. Detrás de ellos se sentaban sus respectivos expertos y proyectistas.

Las fuerzas partidarias de la adaptación, el arreglo, el compromiso y el apaciguamiento se habían forjado unas argumentaciones inconmovibles. El Departamento de Estado enfocaba el bloqueo de Berlín como una victoria soviética consumada y buscaba la manera de salir del aprieto perdiendo la faz lo menos posible.

—Hay que retirar de Berlín los marcos «B».

—Hemos de llevar la cuestión a las Naciones Unidas, mientras intentamos un arreglo político directo con los rusos.

Los hombres prácticos del Pentágono, con reglas de cálculo y diagramas, tomaron la palabra a su vez.

—Berlín es un peso muerto. Es una ciudad en la que no solamente se han de importar víveres, sino también materias primas para el funcionamiento de su complejo industrial. Como antigua capital de la nación, cuenta con decenas de miles de viejos empleados del Gobierno sin medios nuevos de subsistencia. Berlín tiene trescientas mil personas en las clases pasivas.

—Berlín está todavía en ruinas.

—Imposible salvar a Berlín.

—Señor presidente, no creo que nadie pueda determinar para cuánto tiempo nos comprometeríamos. El general Hansen habla de cuarenta y cinco a sesenta días; pero, supongamos que tuviese que prolongarse más… Lo mismo podrían ser varios meses.

—No hemos podido calcular el coste aproximado, pero ascendería a unos millones diarios. Cabría la posibilidad de que la Unión Soviética continuase el bloqueo intencionadamente, con el fin de provocar le bancarrota de nuestra economía.

—No se puede sostener Berlín. Es una ciudad que no tiene defensa posible.

Los generales dieron sus opiniones acerca de la situación de los mecanismos de defensa. La nación no podía movilizar reservas suficientes para oponerse a los planes del Kremlin. El propio comandante de Hansen, Billy Crossfield, le había dicho lo mismo.

—Claro, podríamos enviar un convoy armado por la autopista, pero sería un

riesgo previsto que podría significar la guerra total. Supongamos que los rusos replicasen, o supongamos que la gravedad de la situación les hiciera disparar por accidente. Nuestras fuerzas se encontrarían hundidas en una ciénaga.

—Señor presidente, dedicar todos nuestros medios de transporte aéreo, al suministro de Berlín es un suicidio. Sencillamente nos volveríamos demasiado vulnerables a una presión en otra parte del mundo.

—Señor presidente. Yo no creo posible abastecer a Berlín por el aire, ni siquiera durante los cuarenta y cinco días que desea el general Hansen.

El embajador en el Kremlin informó de que había fracasado por completo en sus intentos de ver a Stalin o a Molotov, y mucho más en lo de comprometerles a celebrar una reunión.

El general Hansen no se quedó, en absoluto, sin defensores. Hombres rudos, de combate, pedían acción, pero hablaban inspirados, más que por otra cosa, por el orgullo y la arrogancia, pues en aquel día los hombres prácticos hacían sentir el peso de las realidades desagradables de la vida.

—General Hansen —dijo el presidente—, opino que deberíamos finalizar esta reunión. ¿Cree que debe informarnos de algo más que nos convenga saber?

Andrew Jackson Hansen estudió la sala. Todos estaban allí. Sus amigos, y otros adversarios de sólo hacía seis lustros. Eran hombres tercos, brillantes y entregados a su labor, y él estaba derrotado, pues no se trataba de una situación que se pudiera resolver con lógica. ¿Cómo se podía convencer a unos sabios para que obrasen contra el mismo meollo de sus conocimientos?

Sin embargo, había de quedar todavía un destello de esperanza, puesto que, en última instancia, la decisión no dependía de la mayoría, sino de un hombre solo, del que se sentaba a la cabecera de la mesa, del presidente. Cuando hubieran marchado sus capitanes, él sería quien tendría que sopesar lo que se había dicho, y tomar la decisión final. El presidente era hombre de realidades auténticas y le animaba la voluntad firme de cerrar el paso al comunismo. Su mirada llegaba más lejos que la de sus compatriotas, los diplomáticos, el Congreso y hasta que la de algunos militares.

En las páginas del libro de la gloria había poco espacio reservado para un general cuyo hado, o cuyo talento le habían mantenido apartado de la epopeya de un puesto de combate y nunca tuvo ocasión de pronunciar una frase castiza bajo el fuego enemigo ni podía vanagloriarse de una herida peligrosa. Pero, a pesar de todo, Andrew Jackson Hansen seguía teniendo fe en él y en estos momentos se ponía en pie de guerra. Estaba pálido y tenía los ojos húmedos a consecuencia de un resfriado persistente. Y después de cuatro días de discutir alrededor de varias mesas de conferencia, le dolía el pecho.

> —Señor presidente —empezó con voz ronca—, caballeros. Hace unos años terminamos una guerra con la esperanza ingenua de poder llegar a una inteligencia con la Unión Soviética que nos deparase una paz duradera. No

insultaré la inteligencia de este distinguido organismo con el relato de los errores trágicos que cometimos, no ustedes y yo solamente, sino el temperamento del pueblo americano. Todos sabemos que lo único que ha evitado el hundimiento total ha sido la delgada, delgadísima línea de soldados ingleses y americanos apostados en el continente europeo.

Alrededor de la mesa se inició un desazonado juguetear con los dedos entre aquéllos que habían seguido la política de probar a discutir razonadamente con la Unión Soviética.

—Si es que alguna lección hemos aprendido es la de que la Unión Soviética mira la diplomacia meramente como la manera de librar batallas. No acude a la mesa de conferencias en busca de paz ni de soluciones, acude en busca de victorias.
»El bloqueo de Berlín persigue el objetivo de obligar a nuestra nación a negociar bajo la coacción.

Hansen abandonó la silla y anduvo la longitud de la mesa para sentarse en el extremo opuesto al del presidente, con el fin de que todos los ojos pudieran verlo. Su voz se hizo más dura y pausada, y en el aposento reinó un silencio sepulcral.

—¿Qué objetivos persigue la Unión Soviética? Por encima de todo, impedir que estructuremos una Alemania democrática. Pero si tienen que aceptar esto como un hecho consumado, entonces retroceden a la segunda línea de posiciones y se proponen la meta de expulsarnos de Berlín.
»Las únicas posibilidades que tiene Alemania de verse reconstruida sobre el modelo democrático, y que tenemos nosotros de convertirla en un aliado nuestro, solamente subsistirán mientras los Estados Unidos la protejan. Pero ¿quién, díganme quién, tendrá la menor confianza en los Estados Unidos cuando hayamos abandonado a Berlín? ¿Quiénes en Europa y Asia no creerán que no les abandonaremos a ellos también? Y, caballeros, yo les pregunto…, por nuestra parte incluso, ¿tendremos fe en nosotros mismos?
»Lenin dijo: “Dadme la moneda y dominaré la nación”. ¡Retiren los marcos B de Berlín, y habremos perdido Berlín! Mas ¿es la moneda, ni siquiera la formación de una Alemania democrática el verdadero caso que se plantea? No, no lo es. —Aquí le tembló la voz. La Unión Soviética nos declarará la guerra por un motivo, y por uno solo…, porque cree que puede vencer. ¿Se figuran ustedes que los rusos necesitan el conflicto de la moneda? Cuando piensen que ha llegado el momento oportuno, inventarán el conflicto que les plazca.
»Caballeros, señor presidente, en el espacio de nuestra vida hemos luchado en dos guerras contra Alemania. Sé que algunos de ustedes han perdido hijos en

ellas, y Dios sabe que yo no le tengo cariño a Alemania. No obstante, nos hallamos metidos en esta alianza, y los hombres y las mujeres de Berlín nos demuestran que poseen un temple notable.

Hansen dio un puñetazo al pulido roble de la mesa.

—En contra de todas las evaluaciones hechas hoy aquí, yo declaro llanamente que el pueblo de Berlín no se rendirá. —Y su voz descendió hasta quedar en un murmullo. —Se nos ha dicho que a Berlín no se le puede abastecer, ni salvar, ni defender. Yo digo que no podemos renunciar a ello. ¿Hemos perdido la imaginación, la destreza, el valor que fueron causa de que nuestra nación obrase dos siglos de milagros? ¿Estamos demasiado ahítos para defendernos? ¿Hemos perdido la fe en nosotros mismos?

»Ustedes hablan del coste, caballeros. ¿Ha calculado alguno lo que le costará a la generación venidera, si Europa se pierde?

»Si abandonamos Berlín la Unión Soviética tendrá las manos libres para consolidar su imperio detrás de una frontera cerrada. En cambio, mientras conservemos nuestra avanzadilla de Berlín, el comunismo no podrá consolidarse.

»No podemos abandonar el único lugar de este planeta donde ocupamos una posición de ataque.

»Berlín no es una ciudad cualquiera…, es nuestro Armageddon.

Hansen se inclinó adelante. Sus nudillos oprimían la mesa y se ponían blancos. Ahora fijaba la mirada en el presidente nada más.

—En nombre de Dios, señor presidente, el futuro de la libertad en este mundo reclama que permanezcamos en Berlín.

Con la impresión de que su propósito había fracasado, se abatieron sobre Hansen todas las molestias y todos los tormentos del resfriado que sufría. Regresó a su hotel, el Hay-Adams, y recibió a una veintena de antiguos camaradas más bien con aire desanimado.

Los que habían asistido a la reunión procuraban ponerle de mejor humor, pero Hansen carecía de espíritu para ello. El espectro, repetido otra vez, de la apatía nacional anterior a la guerra había vuelto y rondaba incluso a los militares. La nación de la postguerra y, sencillamente, los acontecimientos del otro lado del mar no le interesaban.

Al anochecer, su ayudante insistió en que no recibiera más visitas ni contestara nuevas llamadas telefónicas, sino que se acostase y enviase a buscar un médico.

Hansen rechazó malhumorado los cuidados médicos, comió una escudilla de pescado y galletas y tomó té con un chorrito de whisky. Luego se sentó, con el mayor abatimiento de su vida, contemplando la Casa Blanca, allá en frente de su ventana. En medio de su soledad iba repasando los cuatro días recién transcurridos.

¿Qué era lo que había seguido un cauce equivocado? Hansen se reprochaba el no haber sabido poner de relieve la verdad. Le causaba poco alivio el pensar que ahora el ocupante de la Casa Blanca estaba luchando con aquel problema.

Detrás de la Casa Blanca se levantaba el iluminado obelisco, hacia el firmamento, en memoria de George Washington, y más allá se veía un círculo de luz y los aeroplanos, despegando y aterrizando en rápida sucesión en el aeropuerto nacional de Washington, junto al río. Hansen no se creía capaz de poder ver ya nunca más un avión sin acordarse de Tempelhof.

El cansancio le venció y se durmió en el sillón.

No sabía el rato que había dormido, pero cuando el teléfono le despertó, fuera reinaba la oscuridad. Hansen echó una mirada de soslayo a su reloj. Eran las tres de la madrugada. Estaba seguro de que su ayudante había desconectado los teléfonos.

—Diga —contestó con voz áspera.

—¿El general Hansen?

—Al habla.

—Lamento molestarle a esta hora, pero al presidente le gustaría hablar con usted.

Hansen volvió a mirar por la ventana y se dibujó una imagen del jefe.

—General, ¿cómo va ese resfriado?

—¡Saldré con vida, señor!

—He enviado a su hotel un par de botellas de «Jack Daniels». Es lo mejor del mundo. Beba un par de tragos bien largos antes de acostarse. Por la mañana enviaré un médico a verle.

Hansen estaba a punto de replicar que no quería ningún médico, pero lo pensó mejor.

—General, le enviaré los «Skymasters» que necesita. Regrese a Berlín y dígales que cumpliremos nuestra palabra.

Vino entonces un largo y agradecido silencio.

—Costará un poco de tiempo convencer aquí a todo el mundo, pero déjelo usted en mis manos. Esté seguro de que las primeras escuadrillas llegarán antes de una semana. Bien, ¿qué más necesita?

—Me gustaría que llamasen de nuevo al general Stonebraker.

—Lo apruebo.

—Magnífico. Por la mañana me iré a California a verle.

—Dele mis mejores recuerdos y repóngase de ese resfriado.

A la mañana siguiente, Hansen estaba notablemente restablecido. Su ayudante

tenía el avión esperando en la pista de los MATS y mientras el general emprendía el vuelo hacia Los Angeles para ver a Hiram Stonebraker, el Departamento de Defensa anunciaba que muy en breve enviaría «Skymasters» a Alemania.

Nuevos «B-29» destinados a misiones menos pacíficas descendieron sobre los campos de aviación ingleses cargados de bombas A, a medida que se ponía en efecto la «Operación Sombrero de Copa».

Y luego el Parlamento inglés se quedó atónito al escuchar un par de inflamantes discursos, pronunciados por el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores. Con una cólera glacial, raras veces oída en los viejos Comunes, el león inglés, privado de algunos de sus antiguos dientes, pero no por ello menos potente, dijo sin rodeos que el meterse con los derechos británicos en Berlín significaba la guerra.

Esta poderosa reacción occidental dio motivo al Kremlin para recapacitar. Las tropas rusas se esfumaron de Berlín súbitamente y, con amplia y cordial benevolencia, «en atención a la paz mundial», los rusos invitaron a las misiones occidentales a trasladarse a Moscú para discutir un acuerdo sobre Berlín.

CAPÍTULO VI

UN coche militar transportó al general Hansen entre un par de pilares de ladrillo enjalbegados a lo largo de un camino con grava, flanqueado de seto joven, partido en dos por un grupo de naranjos y que continuaba hasta un morro que daba sobre el Océano Pacífico. Sobre el morro se extendía la mole de una casa de estilo español californiano.

Cuando Hiram y Martha Jane Stonebraker le saludaron, Hansen pensó en que ambos tenían un aspecto excelente. El intenso y sano atezamiento del cutis había borrado los siglos de fatiga ocasionados por las exigencias constantes del servicio.

La esposa les acompañó por sus dominios con orgullo evidente. Poseían cuatro acres de terreno que iban desde la carretera hasta el morro e incluían una playa, abajo. En estos acres había un vergel de frutales, un pequeño corral con caballos para el general y sus hijos y nietos, que le visitaban con frecuencia, y un extenso jardín para Martha Jane. El jardín se hallaba cerca del límite del condado Ventura al final de la faja de Malibu. La colonia cinematográfica Malibu se encontraba a unas quince millas de distancia, mediando sólo unos pocos ranchos entre ella y el poblado más próximo.

Hansen veía aquel cuadro con un poquillo de envidia. Él y Agnes jamás habían saboreado una paz semejante, y se preguntaba si estaba escrito que en el futuro fueran a poseer nunca una casa como aquélla. Sentía bastantes recelos respecto al éxito de su gestión y tenía bastantes dudas de poder apartar a Crusty de allí.

Necesitaron horas largas para darse noticias recíprocamente de antiguos camaradas y de la situación en Alemania. Se pasaron la tarde sentados en el extremo del morro, en la parte por donde descendía suavemente hacia la playa, cubriendo el suelo, un ostentoso despliegue de pelargonios multicolores. La marea estaba baja, y podían contemplar el oleaje que salpicaba las rocas chapoteando dulcemente.

Cuando el sol descendía detrás de ellos, Martha Jane les trajo cocteles y un par de jerseys para que pudieran disfrutar del último contraste vivo de mar y cielo.

—¿Cómo se pasan los días aquí?

—Doy un paseo a caballo por la playa todas las mañanas, verano e invierno, y cuido del vergel y el establo. Y… recibo alguna correspondencia y leo mucho.

—¿No te dan nunca ganas de volver a ponerte el uniforme?

—No, caramba, Chip. El año pasado gané más dinero como consejero de industrias privadas que no había ganado nunca vistiendo el uniforme. Parece que, después de todo, sé unas cuantas cosas. Si yo quisiera trabajar tanto, me han invitado a formar parte del Consejo de Administración de un par de compañías aéreas, para incrementar sus servicios de carga…

—Da gusto verte así.

—Me costó mucho tiempo llegar, y me queda poco tiempo ya para disfrutar de mi

nueva situación.

La luz se apagaba y la brisa cobraba fuerza. Los dos amigos se encaminaron hacia la casa.

—Carretera abajo, a cinco millas de aquí, tengo un bote en la cueva. Mañana iremos a pescar.

Durante la comida, Hansen siguió evitando cierto número de preguntas indirectas.

Después de comer, los dos hombres se acomodaron en el estudio de Crusty. El cuarto estaba lleno de recuerdos del *Hump*, de regalos y fotografías, de presidentes y reyes, y de los nietos de Crusty.

—Bien, Chip, vayamos al grano.

—He traído unos papeles y quiero que los estudies y me des tu opinión.

—¿Sobre la situación de Berlín?

Hansen movió la cabeza afirmativamente.

—Nos estamos comprometiendo a abastecer la ciudad por el aire.

—¿Por cuánto tiempo?

—El tiempo suficiente para que se pueda negociar sin coaccionar. Cuarenta y cinco días…, sesenta. Las conversaciones comienzan en Moscú la semana próxima; de modo que la empresa podría terminar antes de lo dicho.

—¿Y si las negociaciones fracasan?

—Tendremos que abastecer los sectores occidentales indefinidamente.

Crusty Stonebraker, quien en otro tiempo había insistido en la necesidad de establecer unos pasillos aéreos de acceso a Berlín, no manifestó ningún signo de emoción. Los informes le expondrían la situación detalladamente.

—Será mejor que me ponga a leer.

Desde su dormitorio, Hansen veía el estudio de Crusty Stonebraker, al otro lado del patio. La luz ardió hasta muy tarde y en diversas ocasiones Crusty paseó por el patio envuelto en una vieja guerrera de aviador y mirando hacia el mar, como si esperase que las olas le trajesen respuestas místicas.

A la mañana siguiente, el desayuno transcurrió en silencio. Crusty estuvo refunfuñando consigo mismo por lo bajo todo el rato. Terminado el refrigerio dijo:

—Vámonos a pescar.

Recorrieron un trozo de carretera con el *jeep* y se internaron por un camino orillado de eucaliptus que descendía hasta el océano. Cuando aparcaron al pie de un largo embarcadero de madera, el sol probaba de abrirse paso entre la niebla matutina.

El «Betty-Lee», un bote de pescadores aficionados, se alejaba en aquel momento cargado de pescadores de caña medio dormidos.

Crusty cogió los avíos de pescar y bajaron a la tienda del embarcadero a comprar cebo.

—Buenos días, general.

—Buenos días Bob. ¿Por dónde andan hoy?

—Puede perseguir a los bonitos a la cacea, o con anzuelo emplomado.

—Tengo una nevera llena esperando que los ahúmen.

—Ayer el bote del mediodía entró en Trancas con una docena de hipoglosos de buen tamaño, y las lobinas se volvían locas delante mismo de su playa. Les llevaré hasta su bote.

Bajaron las escaleras de los emparrillados de pilotes hasta una plataforma flotante, subieron al esquife y se dirigieron hacia el lugar donde estaba anclada la «M. J.», una canoa cubierta, de veintiséis pies, práctica y robusta.

El ayudante del embarcadero echó hacia atrás la cubierta de lona, sujetó el esquife mientras los dos hombres transbordaban y se alejó gritando:

—Le aguardaré en el receptor de cebo, general.

Crusty se ocupó de las tareas de llenar el pantoque, comprobar los arreos de la manguera y las levas, poner en marcha el motor, calentarlo y conectar el depósito de cebo vivo. La «M. J.» demostraba que su dueño era un hombre muy ducho en la ciencia de aprovechar bien el espacio.

Hansen echó la boza y Stonebraker deslizó la nave a lo largo del depósito de cebo, gobernándola con la mano segura de un viejo piloto de turistas. Cogieron una palada de anchoas y salieron fuera de Paradise Cove.

Mientras doblaban Point Dume, costeaban un rato y empezaban a desviarse para evitar los fondos de algas, Hansen colocaba en las espigas los sedales para los hipoglosos.

Estuvieron un buen rato sentados, con las cuerdas en el agua. Crusty sacó una lobina, la puso en el saco de lona y estudió el horizonte. El agua se caldeaba. Las albacoras y los sebastos correrían pronto por las cercanías de Catalina.

En el transcurso de los tres años últimos, su esposa se había convertido en una buena pescadora. Todo el invierno y la primavera se habían prometido ilusionados que saldrían hasta Catalina y las islas del canal.

—Bien, ¿lo leíste? —preguntó Chip, rompiendo el silencio.

—Lo leí.

—Entonces, puede hacerse. Podemos abastecer Berlín por el aire.

Crusty Stonebraker no respondió.

—Bien, ¿qué piensas? —inquirió Hansen.

Crusty miró fijamente a su viejo amigo.

—Pienso que estás mal del «puchero».

Hansen entregó a Stonebraker la orden del presidente, llamándole de nuevo al servicio activo, expresando su confianza de que la aceptaría, añadiendo que había un aparato y una tripulación a su disposición.

—Voy a elegir a mi gente yo mismo, y no admitiré interferencias.

—Tú has trabajado con Barney Root. Es un buen soldado y adicto a ti en cuerpo y alma. El presidente ha concedido a esta misión la prioridad absoluta, y sabes muy bien que yo te apoyaré en todo y por todo.

—Chip, haré cuanto pueda para que las cosas marchen bien, pero tenéis que llegar a un acuerdo en el terreno político. De lo contrario vamos a sufrir un desastre.

—¿Se lo has dicho a Martha Jane?

—Ella olió que había gato encerrado, ya en el momento que telefoneaste desde Washington. Me reuniré contigo en Alemania dentro de un par de días. He preparado una lista de personas a las que quiero trasladen a Wiesbaden. Quiero hacer escala en Nueva York e intentar conseguir la colaboración de un hombre determinado para la dirección y control… y he de visitar a mi nuera y ver si puede venirse aquí a encargarse de esta casa.

Aquel mismo día, Crusty dio instrucciones a su abogado y repasó todo lo preciso con sus dos sirvientes. Ahora estaba en su estudio, estudiando los últimos papeles.

Chip Hansen estaba sentado en la cocina en compañía de Martha Jane, con un sandwich en las manos y evitando los ojos de aquella mujer, porque la veía asustada y con el alma en un hilo.

—¿No podían llamar a otro? —estalló ella por fin.

Chip notó que estaba a punto de llorar.

—Nadie en el mundo sabe más de transportes aéreos que Crusty. Y estamos acorralados entre la espada y la pared.

Martha, sentada enfrente, le cogió la muñeca.

—Padece una enfermedad cardíaca, Chip.

—Ya lo sé. Confío en que tú podrás trasladarte a Alemania lo más pronto posible a cuidarle.

La mujer se levantó y probó a entretenerse en el fregadero. Hansen abandonó el intento de comer el sandwich. Oyeron un coche que subía por el camino.

—Chip, no te lo reprocho. No es preciso que te consideres responsable del caso. Tienes sobradas cosas en que pensar. En tu puesto, todos hubieran venido a solicitar su colaboración, y él se la hubiera otorgado.

—Gracias, Martha Jane.

—Muy bien —rugió Crusty Stonebraker—, pongamos la maldita función en marcha.

El chófer cargó el equipaje.

Hiram Stonebraker levantó la correosa cara, paseó una mirada por el corral y el huerto de frutales y se quedó mirando el mar largo rato.

—No te inquietes, Martha Jane —dijo—, en menos de dos meses habremos puesto en orden este lío y estaremos de regreso cuando los sebastos empiecen a picar.

CAPÍTULO VII

LA secretaria de Clinton Loveless, una muchacha de caderas oscilantes, entró en la oficina de su jefe y anunció:

—Ha llegado el general Stonebraker.

Clint salió prestamente de detrás de su escritorio, recorrió a toda prisa el largo pasillo, cubierto por una gruesa alfombra y empujó la doble puerta de caoba que daba paso al lujoso cuarto de recepción.

—¡General Stonebraker! ¡Qué magnífica sorpresa tenerle a usted en Nueva York, señor!

—Hola, Clint.

Clinton Loveless cogió al general por el brazo y le acompañó por el suntuoso pasillo hasta su oficina.

—Diablos, no dejo de maravillarme del buen aspecto que tiene. ¿Cómo está *mistress* Martha Jane?

—Martha Jane está muy bien. Le envía sus recuerdos más afectuosos.

Hiram Stonebraker entró en una oficina que rezumaba prosperidad. El general estudió aquella elegancia ultrasimplificada que daba a Madison Avenue, desde una altura de treinta pisos.

—Por su parte parece nadar en la prosperidad, Clint.

—¿Verdad que no se parece mucho a los viejos barracones de campaña de las bases adelantadas del CBI?

En aquel instante irrumpía en la oficina J. Kenneth Whitcomb, a quien había advertido de la llegada del general Stonebraker. Pudge Whitcomb era un coleccionista incurable de celebridades, y el nombre del anciano y cáustico general causaría sensación al pronunciarlo en su club o en un cóctel de sociedad.

(Mi buen amigo, el general Hiram Stonebraker, ya saben ustedes…, el muchacho que organizó el *Hump*…, sí, pues bien, el otro día me estaba diciendo… Pudge, tu nuevo producto me gusta).

—General, le presento a Pudge Whitcomb, presidente de nuestra firma y mi nuevo jefe. Pudge, mi antiguo jefe, el general Stonebraker.

—Un placer y un honor conocerle, general. Clint me anunció que pasaría usted por aquí. ¿Podemos servirle en algo mientras esté en Nueva York? ¿Entradas para el teatro…, un refresco…?

—No necesito nada, mister Whitcomb. Me marcho directamente a Washington después de almorzar con Clint.

—Oh, qué pena. Yo confiaba en que usted pasaría por mi oficina y podríamos cambiar algunos puntos de vista.

—¿Sobre qué?

Pudge sonrió con aquella sonrisa que le desviaba la cara como si alguien le

hubiese abierto la rendija de la boca en diagonal con un puñal. Y le pidió permiso para rogar a Clint que saliera al pasillo.

—Un viejo chiflado encantador —murmuró Pudge.

—¡Que se cree usted eso! Es el sujeto más ruin que se sostuvo jamás sobre un par de botas militares.

—Bien… el tiempo los calma a todos, me figuro. Se ha ganado el derecho a ser un poco brusco.

—Nació así. Y se da el caso de que es, además, uno de los hombres más brillantes de nuestro país.

Pudge reprodujo otra vez la sonrisa aquella que le desviaba la boca, soltó el cacareo de una risa asmática y dio una palmada en la espalda de Clint.

—Te veré por la mañana. Tenemos una sesión de estudio muy importante sobre la cuestión de Robson.

—De acuerdo.

Clint volvió a su oficina y apretó el botón del megáfono.

—*Miss* Paisley, reserve una mesa para el almuerzo. ¿Le va bien el «21», general?

—Comí allí una vez. Demasiado ruido, y deberían fusilarles por lo que cobran. Puesto que se ocupa usted de ello, no quiero sentarme en un restaurante de ésos en los que le alinean a uno junto a la pared como medias terneras colgadas en el escaparate de un carnicero.

—De acuerdo. *Miss* Paisley, pruebe en «Charles à la Pomme Soufflée». Dígale a Maurice que quiero una mesa de forma que el general y yo podamos sentamos cara a cara, no uno al lado del otro.

—Vaya, Clint, ¿qué diablos hace un encargado de producción y control como usted enterrado hasta las nalgas en estas alfombras y esas caobas?

Clint soltó una risita.

—Soy jefe de un grupo de especialidades. Un equipo de técnicos en promoción de ventas.

—Parece interesante.

—Whitcomb Associates es el único servicio completo de esta especie en toda la nación. Nosotros cogemos un producto, organizamos la propaganda, lo lanzamos al mercado, analizamos los mercados, dirigimos campañas por correo, nos ocupamos de las agencias de publicidad. En fin, nos encargamos de todo.

—Creo que le comprendo.

Ambos entraron en un ascensor que les bajó al vestíbulo a una velocidad aterradora y se convirtieron en una parte infinitesimal de aquella masa anónima de hormigas que correteaban gritando: «Taxi, taxi».

Por el camino, Clint prosiguió su disertación.

—En este país procuramos que nuestros productos pasen de moda. Nuestra economía nacional descansa sobre el derroche. La gente compra porque los artículos tienen buen aspecto y están empaquetados de un modo atractivo. Tome el papel

higiénico, por ejemplo; empezamos a fabricarlo en colores. Nuestros sondeos de los mercados demuestran de una manera concluyente que el verde pálido se vende mejor en St., Louis, mientras que en Boston domina mucho el rosa.

En la faz de Hiram Stonebraker apareció de súbito una expresión reveladora de que se sentía profundamente ofendido.

—Contamos con redactores para llevarnos al público mediante gimnasias verbales; el pardo ya no es pardo, es pardo tostado. Como fondo de los programas publicitarios, echamos mano sutilmente de música que produzca un estímulo erótico. Sabemos que a los hombres les gustan las lociones de color azul para después del afeitado. Las toallitas higiénicas las pondrán muy pronto en cajitas de varias formas y colores, con envoltura a rayas y topitos. De modo que, ¿quién se preocupa de cómo funciona el motor con tal de que la tapicería llame la atención y resulte atractiva y el exterior esté recubierto de una capa bastante gruesa de cromo?

—¿Qué proyecto requiere su talento estos días, Clinton?

—La televisión. Mi equipo está trabajando sobre los atractivos visuales. Nuestras fábricas de cerveza tendrán la espuma más hermosa de toda la industria.

Llegaron y se sentaron. El general Stonebraker no podía creer que al hombre que se sentaba frente a él se le hubiera tenido en otro tiempo por un genio en localizar y resolver complicados problemas industriales.

—Clint —dijo con tristeza—, inmediatamente después de la guerra usted formó sociedad con un sujeto de Wichita inteligente de veras. Formaron un equipo de eficiencia para revitalizar compañías enfermas. Clint, creo recordar que pusieron en pie una fundición de acero. ¿Qué pasó?

Clinton Loveless puso una cara como si le hubieran dado un cachete.

El general Stonebraker le estaba diciendo ahora lo que se decía él mismo un par de veces cada mes desde que llegó a Nueva York. El general le indicaba que si a Whitcomb Associates la barría de la faz de la tierra, nadie notaría su ausencia.

—El equipo de eficiencia es cosa antigua, señor. Creo que no lo pasábamos del todo mal, pero ya sabe usted lo que son las cosas. Habría costado mucho tiempo el situarnos bien de veras. Sea como fuere, Pudge Whitcomb me siguió la pista y me hizo una oferta muy atractiva. Me figuro que Judy y yo hemos tenido siempre ganas de instalarnos en Nueva York.

—Entonces, ¿es feliz?

—¿Por qué cree que no?

—Pues…, simplemente, porque durante casi sesenta años me he limpiado el trasero con papel higiénico blanco y no sé imaginarme que haya la menor diferencia, y me pregunto si usted puede ver alguna de verdad.

—Es la fuerza de los tiempos, general. Yo no inventé el estilo americano de hacer las cosas. No soy más que uno más de esta muchedumbre. Pidamos la comida.

Para el gusto austero de Hiram Stonebraker, todo lo servían acompañado de salsas demasiado sabrosas, pero decidió no seguir expresando más contrariedades. Dejando

el cuchillo y el tenedor cuidadosamente, se limpió los labios con la servilleta.

—Clint. Estoy metido en el problema logístico de alimentar y suministrar materias primas y combustible, por vía aérea, a una población de más de dos millones de almas.

—Se trata del asunto ese de Berlín —respondió Clinton. —He seguido su desarrollo. En el noticiario de ayer noche escuché que se iba usted a Alemania.

—He logrado reunir a todos los muchachos del CBI. En estos momentos están camino de Wiesbaden.

—General, aquí hay alguien que está loco. Esto es imposible. —Clinton sacó un lápiz y se puso a garabatear en el mantel, una costumbre neoyorquina grosera, pero aceptable en aquellas circunstancias. Hiram Stonebraker veía cómo el lápiz trabajaba con una rapidez sorprendente y comprendió que aquel hombre conservaba todavía su antiguo destello. —Ustedes, señores —dijo Clinton—, tendrán que calcular un suministro de cinco millones de galones de combustible de aviación al mes.

—Es cierto. Hemos tenido que detener cinco petroleros en plena navegación y enviarlos hacia Alemania a toda prisa para terminar este mes.

—Los «Gooney Birds» vuelan ya sólo por instinto. Están destrozados.

—Trasladaremos allí los «C-54».

Clint se había adelantado al general.

—Los «C-54» fueron ideados para transportar tropas a largas distancias, y usted dice que les hará transportar carga a distancias cortas. ¿Qué tal resistirán sus motores con tantos despegues y aterrizajes, y con una carga pesada?

—Todavía no lo sabemos, en verdad.

—¿Qué medios e instalaciones tienen para repararlos?

—Tampoco lo sé todavía.

—¿Dónde diablos encontrará usted piezas de recambio y gente entrenada?

—Otra cosa a la que no puedo contestar, Clint.

—Y ¿qué me dice de los aterrizajes? El «C-54» tiene una hélice frontal débil. ¿Cómo diablos resistirá bajo los martilleos de las pesadas cargas? Quemarán ustedes neumáticos y frenos más de prisa que los queman en Indianápolis.

El general vio que Clint Loveless se dejaba arrastrar por su propio entusiasmo durante un momento.

—Las bujías les costarán entre cincuenta y cinco y sesenta y un centavos cada una. Hemos de hablar de unas cuarenta mil al mes. ¿Y qué son esas tonterías acerca de transportar carbón por el aire? ¿Cómo se hace?

—Es lo que yo decía, Clint. Son problemas dignos de ustedes. Le nombraré mi subjefe de personal, o lo que sea. Principalmente, necesito un encargado de ordenación y control que sepa lo que esté haciendo.

Clint hundió la cabeza entre las manos y dijo:

—No, no, no. Simplemente, me he dejado arrastrar durante un minuto. Ni hablar de tal cosa.

—Le necesitamos, Clint.

—Mis dos mujeres… Judy y Whitcomb Associates… no lo mirarían con las manos cruzadas.

—Pueden pasarse unos meses sin usted.

—General, mi esposa Judy se ha pasado sin mí la mayor parte de nuestra vida de casados. Trabajó de camarera en un restaurante, de dependienta y de criada para pagarme los estudios. Los termine a tiempo justamente para marcharme a la guerra. En diez años de matrimonio sólo hemos tenido catorce meses de abundancia, en los cuales no hayamos tenido que inquietarnos por lo que podríamos comer al día siguiente. Pudge Whitcomb posee una fidelidad limitada, y la circunscribe a Whitcomb Associates exclusivamente. Tengo treinta y siete años y he hallado un hogar feliz. Gano diecisiete mil dólares anuales y tengo una subvención de dos mil dólares para gastos.

—Es un montón de dinero, Clint. Yo nunca cobré tanto.

—Y no me voy a ninguna parte, si no es hacia arriba.

—Todo depende, Clint, de donde considere que esté eso de «arriba».

CAPÍTULO VIII

EL 4 de julio se celebró en el sector americano y en todas partes de Berlín con intercambios oratorios y promesas de mutua fidelidad. Hubo modestas meriendas, pequeños desfiles y competiciones deportivas.

En el barrio de Steglitz, la alcaldesa Hanna Kirchner tenía que aparecer en público en compañía de Neal Hazzard, en el Insulaner, un gran montículo de escombros que los berlineses, hábiles y limpios, habían convertido en un parque. Era una entre la media docena de montañitas de cascotes hechas por el hombre, y, actualmente, el punto más elevado de la ciudad.

Al ver que la alcaldesa no llegaba, Ulrich Falkenstein se encargó, muy oportunamente, del discurso, pero al terminar las ceremonias sin haberse presentado Hanna ni haber tenido ninguna noticia de ella, se inquietó.

Hasta muy avanzada la noche no llegó Hanna al piso de Falkenstein, quien llamó inmediatamente a Neal Hazzard, Sean y a los comandantes inglés y francés.

Mientras narraba lo sucedido, Hanna estaba visiblemente trastornada. Vivía en el barrio de Prenzlauer Berg, en el sector ruso. Los rusos sabían que tenía el proyecto de tomar parte en las solemnidades del día de la Independencia americana.

—Schatz y cuatro miembros de las SND vinieron a mi puerta y me hicieron subir a un coche. Me llevaron al edificio del *Magistrat* y me tuvieron en una sala de los archivos con guardias dentro y fuera. Hace una hora ha acudido el general Trepovitch y me ha entregado estos documentos.

Uno de ellos era una orden dirigida a la alcalde advirtiendo al *Magistrat* que dejase de pasar gastos de ocupación a los aliados occidentales.

Otro, una orden para que el Departamento Postal del *Magistrat* dejase de entregar correo al sector occidental.

Una tercera declarando que todos los salarios municipales serían pagados en moneda rusa.

Firmaba los documentos Trepovitch en el nuevo papel de «gobernador militar de todo Berlín».

A la mañana siguiente, Sean y doce de los suyos pasaron al sector soviético y se dirigieron a sus oficinas de enlace del Ayuntamiento y del *Magistrat*. Sean reunió a los jefes de departamento del *Magistrat*.

—Ayer la Unión Soviética intentó recobrar toda la autoridad en Berlín. Nosotros aumentaremos nuestros contactos en todas las oficinas del sector ruso. Si se presentan en los despachos de ustedes oficiales soviéticos, están ustedes en terreno propio y con derecho a solicitar la presencia de un oficial americano, inglés o francés.

La medida contribuyó mucho a poner fin al hostigamiento de los funcionarios alemanes durante las horas de trabajo, pero la campaña de terror contra todos los que

vivían en el sector ruso iba en aumento. No obstante, los alemanes se resistían cada vez más a medida que el Oeste tomaba, más cartas en los asuntos.

Habiendo fracasado en su «*Putsch* de los obreros» y encontrando ahora una resistencia mayor en los funcionarios alemanes, los rusos concentraron sus esfuerzos en un ataque contra los odiados marcos B.

Montaron puestos de registro en todos los límites del sector y sacaban a los ciudadanos de los trenes, las calles, los restaurantes, y los arrastraban hacia los puestos de policía y los cacheaban en busca de marcos B. Tales redadas se notaban particularmente los días de pago en las fábricas de los sectores occidentales. A unos cincuenta berlineses los condenaron a severas penas de cárcel por llevar moneda occidental «ilegal».

A pesar del aumento del paro en los sectores occidentales, de la nueva reducción de energía eléctrica hasta un cuarto de la normal; a pesar de disminuir el carbón y las reservas alimenticias, los marcos B derrotaban a la moneda rusa hasta que se necesitaron diez de éstas para conseguir un marco B. A la moneda rusa la llamaban «marcos de empapelar paredes».

La Unión Soviética tenía un gran almacenamiento de carbón en el puerto del oeste y en otros depósitos y escoriales a lo largo de los canales, principalmente en el sector británico. Un día, poco después del 4 de julio, la guardia rusa de todos aquellos depósitos fue expulsada y sustituida por soldados ingleses.

Sin previo contacto oficial entre ambos, el general Trepovitch, que se titulaba a sí mismo único gobernador, se fue inmediatamente al Cuartel General británico para hablar con T. E. Blatty.

El inglés le entregó un recibo con el inventario exacto de los depósitos de que se habían apoderado.

—No se lo quitamos, general Trepovitch. Lo tomamos prestado meramente hasta que ustedes levanten el bloqueo.

La cólera a causa del bloqueo crecía. En los sectores occidentales, los partidos libres celebraban todas las noches media docena de reuniones. A ellas concurrían millares de personas, solemne, ordenadamente y ahora en condiciones de defenderse por sí mismas contra los agitadores. Al lado de Falkenstein y la indomable Hanna Kirchner emergía toda una cosecha nueva de dirigentes tenaces.

Y se lanzó una contraofensiva. La Asamblea de Berlín, a propuesta de Falkenstein, votó una disposición devolviendo la Universidad al *Magistrat*, o Ayuntamiento. Trepovitch hizo caso omiso de la orden, pero tanto él como Rudi Wöhlman se quedaron desconcertados ante aquella ira creciente y se preguntaron por

dónde vendría el nuevo golpe… No tardaron en descubrirlo.

Hanna Kirchner llamó a Adolph Schatz para que se presentase en su oficina del *Magistrat*.

En presencia de los jefes de departamento del mencionado organismo y de los dirigentes de la Asamblea, se encaró con el verdugo de Berlín.

—Le acuso de colaborar con la Unión Soviética contra el pueblo de Berlín, empleando la brutalidad en sus procedimientos policíacos, contratando a exnazis, utilizando el terror a través de su llamada SND y participando en el «*Putsch* de los obreros».

»Ayer intentó usted despedir a quinientos policías porque pertenecían a partidos libres. O responde usted de estas acusaciones aquí e inmediatamente, o le retiramos el nombramiento de jefe de policía.

Adolph Schatz, que toda su vida había sido un matón, parpadeó, mirando incrédulo a la mujercita menuda sentada detrás de aquella mesa tan grande. Luego refunfuñó que todos iban a lamentarlo y salió tempestuosamente del edificio, dirigiéndose en línea recta hacia el Cuartel General soviético.

Naturalmente, Trepovitch denunció la acción del *Magistrat* como «ilegal».

Al mismo tiempo que la radio del pueblo ridiculizaba la medida, Hans Kronbach entraba en la RIAS. El punto fuerte de Schatz era el terror policíaco. Aparte de esto, no era ni un buen organizador ni un jefe eficiente. Mientras sus escuadras, poderosamente armadas, corrían a sus anchas por espacio de tres años, Hans Kronbach había creado una fuerza de policía excelente y leal al *Magistrat* en su mayor parte.

Como nuevo jefe de policía, Hans Kronbach dio la orden de que todos los policías se presentasen en el sector occidental. A la mañana siguiente, el noventa por ciento de la fuerza de policía de Berlín se presentó en la nueva oficina establecida por Hans Kronbach.

Adolph Schatz ya no les servía para nada a los rusos, pero con el fin de salvar la faz, siguieron manteniéndole al frente de la policía de su sector. Ahora Berlín tenía dos fuerzas de policía.

Ésta fue la primera ruptura en la administración de la ciudad, pero a medida que un departamento tras otro sufrían nuevos acosos despiadados, habían de ir produciéndose otras. Los alemanes, encontrando ahora un refugio seguro, huían hacia el Oeste.

Los ingleses devolvieron al pueblo de Berlín la Columna de la Victoria, que conmemoraba las guerras de Bismarck.

Estados Unidos dieron al águila de Tempelhof la figura de un águila americana y la colocaron en la cima del edificio.

Trepovitch dijo que todo ello era un retorno al militarismo y, sin tomar aliento,

añadió que se habían terminado las comidas del mediodía para los trabajadores del Oeste empleados en el sector ruso.

En la estación del tren elevado de Tempelhof se reunían todos los días grupos de personas a contemplar los despegues y aterrizajes de los «Gooney Birds».

En Wiesbaden se reunían docenas de hombres de todas las partes del mundo, luciendo la insignia de la campaña China-Burma-India y esperando la llegada del jefe, comandante general Hiram Stonebraker.

Aunque, dramáticamente, había llegado ya el primer cargamento de carbón transportado por vía aérea, la situación de Berlín era desesperada. Los «Gooney Birds» estaban fatigados hasta sobrepasar los límites de la fatiga, y lo mismo sus tripulaciones. La lluvia penetraba en las cabinas y en toda Europa no quedaba ni siquiera un limpiaparabrisas de recambio.

CAPÍTULO IX

CLINT estaba en la cama, semiincorporado, sorbiendo un «Martini» y viendo cómo Judy se vestía. Era la repetición de un ritual viejo de diez años y del que ninguno de ambos parecía cansarse. Judy tenía un cuerpo redondeado, voluptuoso y suave, sin llegar a ser obeso. Se sentaba siempre delante del espejo para maquillarse, sin corpiño, pues sabía que a Clinton le gustaba mirarla. Cuando por fin se ponía la blusa, era la señal para que él empezara a afeitarse y ducharse, pues de esta manera ambos acababan de vestirse al mismo tiempo.

Clint estiró el brazo hacia la mesita de noche, cogió el frasco de «Martini», agitólo en círculo y se sirvió medio vasito más.

—¿Quiénes somos nosotros? —canturreó en tono abstracto.

—Una gente agradable que ha emprendido el buen camino para convertirse en gente rica.

—Somos los que pervierten el sueño americano. Nos prostituimos por los productos sin valor de una sociedad blandengue.

—Aquel viejo malvado te trastornó, querido mío. Toda esta semana no eres el mismo de siempre.

—Aquel viejo malvado es Hiram Stonebraker, el humanitario. Me entregó un espejo y me dijo: «Mírate, Clinton Loveless. ¿Podrá seguir adelante el pueblo americano con papel higiénico blanco? ¿Sobrevivirán nuestras mujeres con las antiguas cajas grises que revelaban su contenido?».

Judy se puso la blusa con delicadeza y dirigió una mirada al espejo. Clinton ni siquiera la estaba contemplando.

—¿Se trata del lío ese de Alemania con todos los aviones allí?

—Sí…, de ese… lío.

—No sé si soy partidaria de gastar millones alimentando nazis. ¿Para qué? ¿Para provocar otra guerra? —La mujer abrió el armario. —Clint, empieza a afeitarte. Llegaremos tarde a la comida.

—¿A qué comida?

Judy fue hasta él, le desordenó el cabello, le levantó las piernas y las bajó hacia el suelo.

—Nos separaremos pronto de Milt y Laura, regresaremos temprano y practicaremos el amor como un par de animales.

Clint se desperezó y entró en el cuarto de baño.

—Voy a acostar a los niños —dijo Judy, poniéndose un albornoz.

Clint y Judy Loveless se reunieron con Laura y Milton Schuster en el vestíbulo del restaurante. Clint y Milt se estrecharon las manos; Judy y Laura se rozaron las mejillas con un beso y cada una dijo:

—¡Cariño, qué hermosa estás! —o una cosa parecida. Milt dijo:

—Bebamos un trago. —Venía directamente de la oficina, y lo necesitaba.

En el restaurante había mucho ruido. Los manjares estaban cubiertos de salsa. Los cuatro se sentaban uno al lado de otro, en fila, junto a otros neoyorquinos elegantes…, lo mismo que medias terneras en el escaparate de un carnicero.

Milt Schuster era un abogado pálido y locuaz, empleado en una de las grandes agencias publicitarias, y, para animar la reunión y siguiendo su política personal, disertó sobre «ese idiota de la Casa Blanca».

Clint no estaba al corriente. Creía que Harry Truman llevaba a cabo una tarea dificilísima, alimentando al mundo y salvándole de un colapso moral. El prestigio de América nunca había llegado a un punto tan alto. Sin embargo, no quería interrumpir el soliloquio de Milt, porque, de todos modos, tampoco hubiera podido cambiar el criterio de su amigo.

Laura se puso a charlar de una película italiana realizada por un genio recién aclamado, Dino Massavelli.

—La película tiene una sinceridad tan grande, un realismo tan grande…, es tan de este mundo. ¿Por qué no pueden hacer en Hollywood un cine así?

—Porque haría vomitar de asco a la gente —dijo Clint. —Mira, Laura, a ti te gustó la película porque mostraba a un par de obreros meándose en una callejuela y porque la protagonista se negaba a lavarse las axilas. Aparte de esto nadie, incluido Dino Massavelli, tenía la menor idea de lo que significaba el argumento.

Milt Schuster dijo que los negocios andaban cada día peor por culpa de la burocracia de Washington. Laura agregó que tenían que ver el grupo de danzas afrocubanas en «Town Hall». Clint sabía que aquello la encandilaba por la media docena de negros de más de metro ochenta y con un cuerpo magnífico, cuyos músculos brillaban bajo su propio sudor. Mirando a Milt, ¿quién podía reprochárselo? El último plato tuvieron que tragárselo a la carrera porque se acercaba el momento de levantar el telón.

La cuenta ascendió a sesenta y un dólares, lo cual no dejaba nunca de producir en Clint el mismo efecto que una patada en los riñones. En seguida salió del establecimiento, salvando el bastión de capitán, *maître*, encargada del guardarropa, encargado del cuarto de aseo y un portero nervioso que tocaba el pito desesperadamente llamando a un taxi que no llegaba jamás.

Había sólo seis manzanas hasta el teatro…, vamos andando. Echaron a correr al trote. Por fortuna el telón siguió la elegante costumbre de subir un poco tarde. Hubieron de separarse, porque resultaba difícil encontrar asientos, ni siquiera a quince dólares uno. Como tenían por costumbre, Clint se llevó a Laura Schuster.

El teatro era otra de esas atrocidades neoyorquinas, una vieja ratonera que parecía construida para que el público estuviera incómodo.

La función resultaba un esperpento ridículo a partir de los seis minutos de haberse levantado el telón. Un gran equipo de viejos actores, que en otro tiempo fueron muy buenos, realizaba las entradas y salidas, y continuaría haciéndolo mientras los

inteligentes neoyorquinos siguieran desembolsando quince dólares por una entrada.

Al llegar al segundo acto, Clint se había sugestionado a sí mismo, alejándose a mil millas de allí. Tenía el pensamiento en aeroplanos que volaban y aterrizaban acompasadamente, descargando, inyectando sangre vital a una ciudad de dos millones de seres humanos. Casi no había pensado en otra cosa desde la visita del general Stonebraker.

Se le ocurrió escribir al general para darle algunas ideas, proponiéndole quitar los instrumentos de navegación a larga distancia, que no se precisarían para trayectos cortos, así como otros compartimientos; lo cual, junto a una manera adecuada de cargar, aumentaría en una tonelada la capacidad de cada «Skymaster».

¡Qué diablos!, se dijo Clint, el personal de Stonebraker se ocupará de estas cosas. ¡Maldita sea! Todos estarán allí… Perry Sindlinger, Matt Beck, Sid Swing, Pancho y Lou Edmonds…, ¡vaya puñado loco de maleantes!… El tostón teatral terminó de improviso, bajando el telón misericordiosamente.

La calle, estrecha y sucia, se llenó de pronto de un alud de gente que salían de otros teatros incómodos. Las dos parejas se debatieron en la indecisión habitual acerca de cómo redondear la velada. Judy propuso una cantante y un combinado musical en un *cabaret* del East Side, construido asimismo para tortura de la gente y con unas mesas como sellos de correo.

Laura Schuster pensó que quizá aquella revistita tan y tan intencionada del «Side Alley» le gustaría a Milt, porque dejaba sin pellejo a la familia Truman. Laura indicó también a una divertida y chillona cantante del centro de la ciudad, que trabajaba en un establecimiento que iba a cerrar muy pronto por sus espectáculos obscenos.

—¡Es tan ocurrente! —explicó.

Milt Schuster propuso que fueran al «Sardi», ya que no tenía mucha imaginación, y el «Sardi» era el lugar adonde solían ir.

Clint preveía nuevas molestias, nuevos amontonamientos de gente y unas cuentas astronómicas.

Por fin se sumaron al nuevo rebaño que convergía hacia el «Sardi», aguardaron cuarenta minutos y, después de escuchar las debidas, excusas de un jefe de camareros que sudaba copiosamente, quedaron acomodados junto a la pared.

—La función ha sido perfectamente divina —dijo Laura Schuster.

Milt opinó que había tenido sus momentos.

Judy dijo que el conjunto de Hunt y Martin todavía poseía una magia notable.

—La función ha sido una basura, sin paliativos —afirmó Clint. Los otros soltaron una risita, porque Clint se encontraba en uno de sus días de penetrante sinceridad. —Esta velada nos ha costado una muela…, cien dólares para comer desperdicios y sentarnos en unos maderos a escuchar a una vieja apergaminada recitando frases sin ninguna convicción. Clara Martin tiene un nieto en Princeton. A mí me fastidia que un autor sin talento me diga que es una amante deseable. Y estoy casi decidido a dejar de escucharos a vosotros tres, gente instruida, justificando aquella basura. —

Los otros le dirigieron una sonrisa temerosa. —Mañana por la noche quizá nos rebajemos yendo a un cine de barriada y por dos dólares veremos una gran película; pero, Dios todopoderoso, hablemos de hacerla trizas porque la filmaron en Hollywood. No somos solamente unos fingidos… somos, además, unos primos.

Judy se apresuró a dar unas palmaditas en la mano de Laura Schuster.

—Clint os telefoneará mañana, mis buenos amigos, y os dirá que lo siente mucho. Buenas noches, cariño.

Camino de su casa, el taxista decía:

—¿Por qué diablos he de ser fiel a los condenados Dodgers, les pregunto yo? En 1928 tenía montado un buen negocio, tenía una casa mía y tenía pasta en el Banco. Viene la bancarrota y me quedo limpio. Deje que le pregunte una cosa, compañero, ¿se preocuparon de mí los Dodgers? No, diantre. Entonces, ¿por qué he de preocuparme yo de ellos?

Clint le dio una propina exorbitante, en premio a su filosofía de la amistad, y luego se irritó con el portero, porque siempre se creía capaz de abrir la puerta él mismo.

Judy sabía que podía elegir entre dos maneras de tratarle: o estallando ella a su vez, o dándole una ración avasalladora de sexo, una semana entera para ahogar su descontento.

El marido llenó un vaso de whisky escocés y se quedó mirando malhumorado las perpendiculares cárceles de cemento de Manhattan. Tampoco esta vez se recreó viendo cómo Judy se desnudaba, y esto inquietó a la mujer. Judy se perfumó y se deslizó a su lado.

—Querido…, mamá necesita una cosa.

—¿Quiénes somos nosotros? Mis hijos ni siquiera conocen la luz del sol. Está racionado ahí fuera en grotescas rebanadas baratas, cuando la niñera los lleva a ese pobre sustituto de parque lleno de coches.

—Clint, cariño mío, ya te dije que en el último cóctel, Pudge Whitcomb habló de la vicepresidencia. Habla en serio, y cuando la tengas podremos trasladarnos a unos hermosos áticos y tener nuestra terraza-jardín…

—Lleno de setos artificiales, porque ninguna planta que se respete querría crecer aquí. ¿Crees que volveremos a ver jamás la luz de la luna? ¿Brilla alguna vez sobre esta casa, o es que estamos demasiado atareados abriéndonos paso a codazos dentro de Sutton Place para buscarla?

Judy oprimió el seno contra él. Clint se levantó y abandonó la silla.

—Somos antisépticos. Ya ni siquiera nos ensuciamos cuando estamos de vacaciones. Las ropas blancas para mister y *mistress* Clinton, que queden sin gérmenes. ¡Ya ni tan sólo nos entran las hormigas en la merienda!

—Clint, basta ya.

—¿Sabes lo que hice en otro tiempo, Judy? Ayudé a aquel viejo desagradable a levantar medio millón de toneladas de aceite y arroz y a llevarlas al otro lado de las

montañas más altas del mundo. Volábamos a través de los monzones, por debajo del punto de congelación y aterrizando en campos fangosos. Entramos más material en China por vía aérea que los camiones por la carretera de Burma…, y más que descargaron los barcos en sus puertos. Lo hicimos con aeroplanos, sí. Por Dios que en aquellos tiempos yo era alguien.

—No puedes seguir con aquello todo el resto de tu vida. También ahora eres un gran hombre. Hemos trabajado demasiado intensamente para conseguir lo que tenemos.

—¿De veras? Nos merecemos esto. Para esto trabajó Judy Loveless de camarera en un restaurante hasta que su marido terminó los estudios. Todo para esto…, para esa ciudad artificial, carísima, para ese rebaño de primos de ahí abajo. —Clint apuró el vaso de un sorbo y volvió a llenarlo. —Tienes razón, Judy, aquel viejo malo no tenía que haber venido. No tenía que haber dicho: «Clint, te necesitamos…». No, no debía haberlo dicho.

CAPÍTULO X

AL día siguiente, Clinton Loveless padecía una jaqueca espantosa, de origen erótico. Su secretaria, la de caderas ondulantes, le trató lo mejor que pudo con una provisión limitada de drogas y café y le siguió, cuaderno de notas en mano, hasta el camarín sagrado interior donde J. Kenneth Whitcomb III se disponía a presidir una sesión pensante del más alto nivel.

A medida que el «trust» de cerebros se reunía, la tensión iba en aumento. El padre de Pudge heredó del suyo, un señor feudal salteador de caminos de finales del siglo anterior, ferrocarriles, bosques y campos petrolíferos.

Allá por los años veinte, como al padre de Pudge no le satisfacía el modo cómo se vendían muchos de sus productos, creó la «Whitcomb Associates» como su propia agencia publicitaria, con el fin de dar a sus géneros una imagen más corporativa. Nunca se pensó ni se quiso que la agencia de publicidad fuese otra cosa que una posesión secundaria. Pudge era la oveja negra de la familia, y, a la hora del testamento, la agencia fue el legado perfecto para un hijo a quien se tenía en poca estima.

Pero Pudge se dispuso a la tarea y dejó con un palmo de narices a sus despectivos hermanos y hermanas, convirtiéndose en un fenómeno para los negocios y siendo el primero del clan que se encargó de la portada de *Time y Fortune*. «Whitcomb Associates» tomó por su cuenta nuevos productos, transformando a los arruinados en opulentos y arrancando gritos de pasmo a su padre desde su tumba. Su historia corría de boca en boca.

El genio de Pudge Whitcomb nacía de su habilidad por explotar el cerebro de otras personas. El santuario interior era una prueba de ello.

En fila, de derecha a izquierda, se sentaban: Dick Buckley, un abogado al que sólo podía dársele el calificativo de brillante y que, en su juventud, fulguró por sus informes entre los tribunales. En la actualidad se pasaba los días trenzando una madeja de acrobacias verbales destinadas a mantener a la «Whitcomb Associates» y a algunos de sus clientes dentro de la ley, aunque en sus mismos bordes. Cuidaba de evitar que los agentes de drogas puras y alimentos no se les echasen encima, «porque el Departamento estaba en manos de aquellos semirrojos de Washington».

A continuación de Dick se sentaba Jerry Church, quien, en sus años jóvenes, conquistó becas para la investigación bioquímica. Estaba con el agua hasta la cuello en una casa de West Hampton, y todos sus talentos se orientaron en un sentido único: sobrevivir. El objeto primordial de sus investigaciones se centraba en los colores de las lociones para antes y después del afeitado.

Venía luego Charlie Levine. En otro tiempo, Charlie tuvo unos amoríos con el idioma inglés y confiaba hallar talento suficiente para perpetuar su belleza. Como redactor, tenía que preparar de veinticinco a treinta libros al año, escritos por autores

de fama, y la mayoría malos. Se ocupaba de suscribir contratos con los agentes literarios, de librar las escalofriantes guerras políticas entre las agencias, de pronunciar discursos insinceros en las reuniones con los compradores y de echarse al coleto dos y tres «Martinis» en los almuerzos en compañía de los autores entronizados.

De vez en cuando topaba con un manuscrito prometedor, para cuya preparación necesitaba unos cuantos meses de trabajo abnegado. Charlie estaba demasiado cansado y terriblemente agobiado de trabajo para concederle la atención que requería.

Charlie llegó a sentir aversión contra sí mismo al darse cuenta de que la mayoría de libros eran mediocres y que un editor lanzaba un libro malo al mercado si consideraba que podía dejar buenos beneficios. Lo cual no era una cosa execrable por sí sola. Lo malo era que luego uno quisiera subirse a un pedestal, cuando en realidad no era ni más ni menos que otra prostituta cualquiera de Madison Avenue.

Charlie decidió ser una prostituta buena, mientras se dedicase al oficio. Pudge Whitcomb dirigía un buen lupanar. Ahora Charlie utilizaba las palabras que adoraba para insultar la inteligencia de los lectores y oyentes; unas palabras que, si se las clavaba a martillazos dentro del cerebro con frecuencia suficiente, contribuían a bastardar el idioma que tanto amaba.

Al otro lado de la mesa estaba Gustav von Gottard, un taimado psiquiatra vienés al que retenían mediante un salario exorbitante para que asociase los productos con los deseos fundamentales que podían atraer al hombre hacia ellos.

Y estaba también Clinton Loveless, un genio de la producción.

J. Kenneth Whitcomb entró en la sala… Se decía que había jugueteado unos treinta minutos, poco más o menos, en la Universidad de Yale antes de que le echasen a la calle. Se sabía que había visto a Pat O’Brien en su papel de entrenador famoso y que nunca pudo olvidarse de aquello.

—Vamos a disputar el gran partido —empezó— y ésta es la causa de que usted y usted y usted estén aquí. Ustedes son mi equipo de primera división.

«¡Mírales a los canallas estúpidos tomando notas!», pensó Clint.

—Vamos a coger la pelota en nuestra línea de defensa y atacaremos sin descanso, rápidamente. Pasaremos, pasaremos y pasaremos, y no nos detendremos…, no nos detendremos hasta marcar el tanto.

El secretario de Pudge colocó obediente, reverentemente diez frascos de tabletas de aspirina en fila sobre la mesa.

Pudge cogió el producto de Robson Drugs y extendió el brazo.

—Aquí está la pelota. Dúo-Aspro.

Robson Drugs había sido llevado cuatro veces en seis años ante los tribunales por vender productos impuros, y citado por falsedades en sus anuncios. Sí…, fue cosa de aquellos semirrojos de Washington.

—¿Profesor?

Gustav von Gottard se acarició la barba, fijó una mirada soñadora en el vacío y se

meció en su sillón giratorio. Con su acento extranjero sentenció:

—Sabemos que los colores vivos, los rojos y los morados hacen pensar a la gente en la jaqueca. —Clint se estremeció. —En consecuencia, hemos de pronunciarnos por los colores suaves…, un azul celeste suave…, el rosa de la carne de una mujer…, el color ha de ser tenue…, suave…

—¿Enterado, Jerry? —le preguntó Pudge a su químico.

—De acuerdo.

—Continúe, profesor.

—Estoy pensando que cuando el hombre sufre necesita calor… busca la matriz…, el seno para aliviarse.

—Aspirinas en forma de tela…, de un modo discreto, naturalmente. Charlie, ahora juega usted.

Charlie Levine, antiguo redactor, mascó el extremo del lápiz sinceramente, echando una ojeada a sus notas.

—¿Cómo abordamos el caso? ¿Empleamos un lenguaje sencillo y claro, o echamos mano del tipo científico? ¿Damos a entender que se han añadido ingredientes nuevos y le buscamos un nombre que no se pueda pronunciar, pero de sonido muy profesional, o nos inclinamos por la figura del médico de cabecera? Esto está fuera de mi alcance, pero ¿por qué no agarrarnos a la idea de los martillos aporreando y las burbujas liberándose en el estómago y no lo llamamos matadolores, o calmante?

Dick Buckley interpuso:

—Hemos de andar con cuidado en lo del médico de cabecera. Los semirrojos procesaron a Robson Drugs…, porque el viejo Robson hizo un cuantioso donativo al partido republicano.

—Dick es nuestro defensa —dijo Pudge.

—De acuerdo —dijo Charlie Levine. —Voy a empezar el panegírico a tambor batiente y seguiré con música suave luego que Dúo-Aspro ha entrado en el torrente sanguíneo.

—Música de Chopin —dijo Gustav von Gottard.

—De acuerdo.

—Jerry, ¿ha pensado algo hasta ahora?

—Usted quiere aspirinas en forma de seno, color rosa, con una dosis de bicarbonato.

—Clint, niño, usted está muy callado esta mañana.

Clinton Loveless se puso de pie y dirigió una mirada torva a todos, unos después de otro.

—Caballeros —dijo—, tengo que comunicarles una noticia importante. —Todos adelantaron el cuerpo, conteniendo el aliento. —Caballeros —dijo Clint—, los confederados han disparado contra Fort Sumter.

Y con esta frase se separó de «Whitcomb Associates».

—No te consentiré esta locura —gritaba Judy.

—No tienes talla bastante para detenerme. No pongamos fin a diez años de matrimonio tumbándote yo de espalda contra el suelo.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza, en nombre de Dios? ¿Qué harás cuando regreses de Alemania?

—Durante los meses venideros, Hiram Stonebraker me dará la oportunidad de practicar y aprender de nuevo la profesión que escogí. Una vez salvé del desastre una pequeña fundición de acero. Quizá sea capaz de repetirlo otra.

—Y mientras estabas en ello, comíamos alubias en conserva.

—Y cuando terminé mi tarea, doscientas personas más volvieron a trabajar. Déjalo. No hay más que hablar.

—¿No hay más que hablar, Clint…, nada más? Y nosotros, tú y yo, ¿qué?

—Tú decides.

—Sé que me amas, Clint.

—Casi lo suficiente para olvidarme de la estima de mí mismo.

Las maletas de Clint estaban en la puerta media hora más tarde, cuando el piso de los Loveless se honró con la presencia de Pudge Whitcomb en persona. Su boca, al sonreír, se inclinaba en diagonal más de lo corriente.

—Gracias a Dios que está usted aquí… —dijo Judy—, háblele y vea si le mete un poco de cordura en la cabeza.

—Clint, niño, usted ha jugado con demasiada furia. Está un poco decaído.

—Tonterías. No he trabajado bastante.

—Usted es nuestro medio volante internacional. Olvide los productos Robson. Otra citación de los semirrojos y, de todos modos, vamos a dejarlos. Entretanto, ahí tiene un par de billetes para Nassau, para usted y Judy, y un bono que les cubrirá los gastos.

—No me gusta Nassau. Quizá quiera irme a un sitio desmigajado, como Atlantic City.

—Nómbrelo.

—Alemania.

—Clint…, hace más de un año, cuando le pedí que ingresase en nuestro equipo…

—Déjelo.

Pudge empezó a sudar.

—¡Gran cosa alimentar a los alemanes! ¿No piensa que su propio pueblo, el americano, tiene preferencia? ¡Este país le necesita! ¡El equipo le necesita!

El portero telefoneó que un taxi estaba aguardando. Clint cogió las maletas.

Pudge se plantó en el umbral.

—Voy a romper el contrato antiguo y redactaré uno nuevo.

—Dígalo.

—De acuerdo. Será como sigue: la vicepresidencia, opción a comprar acciones,

veinticinco billetes de los grandes al año y cinco mil dólares para la cuenta de gastos.

Los ojos de Judy suplicaban.

—En Nueva York siempre han pagado demasiado las posaderas —contestó Clint. Y apartando a Pudge Whitcomb, se marchó.

CAPÍTULO XI

EL rótulo de encima de la mesa decía: «Aquí terminan los favoritismos». Hiram Stonebraker lo vio una vez en la mesa del presidente, admiró su filosofía, y éste le envió una reproducción.

Los hombres reunidos en su oficina habían venido de todas las partes del mundo. Aquellos hombres habían realizado el primer milagro en el transporte por vía aérea: el «Hump».

—Amigos —espetó Stonebraker-, a ustedes se les ha traído aquí porque en otro tiempo tuvieron la reputación de hombres capaces.

Perry Sindlinger, en la actualidad coronel, sería el jefe de Estado Mayor; el coronel Matt Beck, un piloto entre los pilotos, dirigiría la sección operaciones y, en consecuencia, sería el jefe de pilotos; el teniente coronel Sid Swing volvería a ocuparse de la logística; el teniente coronel José Mendoza, considerado el más ingenioso en materia de conservación de material en el Antiguo Cuerpo Aéreo del Ejército, estaba allí, y también el subjefe de Estado Mayor, teniente coronel Buck Rogers, a quien habían destinado procedente del Ejército para que supervisase los cargamentos y los transportes terrestres y actuase de jefe de enlace con el Ejército; el teniente coronel Ben Scudder, que montó el sistema de comunicaciones del «Hump», repetiría la tarea ahora con los nuevos y complicados medios electrónicos.

Figuraban también el comandante Lou Edmond, un meteorólogo olvidado; y, finalmente, el anciano coronel Swede Swenson, que en otro tiempo organizó una cadena de campos de aviación en los valles de Bengala y Assam, así como en Kunning, y supervisaría de nuevo las instalaciones aéreas.

—En los pocos días que hace que estoy aquí en este puesto de mando, ustedes me han obsequiado con una cantidad monumental de quejas y lamentos acerca de sus viviendas y del hecho de verse separados de sus familias. Esta condenada misión no forma parte de los clubs de recreo de oficiales. Ustedes están aquí para trabajar, y quiero decirles que si no sufren de la coronaria dentro de dos meses, yo sabré que no rinden lo que deberían.

Hiram Ball Breaker (Hiram el Rompe-cojones) volvía a estar sobre la silla. No había cambiado nada, pensaban todos.

—Esta misión ha de ser considerada como si fuera de guerra. Acaso topen con menos metralla, pero si los rusos no disparan, sí depende de mí. En cuanto a lo de quedar libres de este lío, calculen unos veinte años…, si tienen suerte.

«Santo Dios —pensó Swede—, apostaría a que al viejo truhán le gusta volver a ponerse el uniforme para poder empezar a fastidiar a la gente».

—Espero que procederán a un análisis detallado de la situación y me presentarán sus informes antes de veinticuatro horas. Recuérdenlo, un aparato en tierra no vale nada. Hasta que tengamos piezas de recambio, tendremos que apurar el material. Y

ahora, en marcha, y vuelvan con las respuestas.

El primer golpe para Stonebraker lo constituyó el hecho de que Barney Root fuese llamado de nuevo a Washington y nombrasen al general Buff Morgan nuevo jefe de la USAFE.

A semejanza de Chip Hansen, Hiram no era miembro de la Asociación Protectora de West Point, y en el pasado había chocado innumerables veces con Morgan.

—Buff, aquí Crusty. ¿Qué clase de tonterías les está soltando a mi gente sobre los alojamientos?

—No pierda los estribos.

—Diablos. A mi gente la han separado de sus familias, avisándola tan sólo con veinticuatro horas de tiempo. Me molesta alterar esa magnífica instalación de las fuerzas ocupantes, pero le pido que trasladen su club de recreo a los suburbios y nos cedan las habitaciones, para que podamos ponernos a la tarea.

—Vamos, espere nada más que un minuto, Crusty.

—No tengo tiempo para esperar. En un par de días me llegan un millar de técnicos y no voy a tener inmovilizada nuestra misión porque el club de recreo de los ocupantes no quiera trasladarse. Necesito seiscientos alojamientos inmediatamente.

Buff Morgan refunfuñó que iba a ocuparse de la cuestión. Como también, por su parte, era un viejo cascarrabias, después de que Stonebraker hubo colgado, se quedó un par de minutos con el receptor en la mano y soltando tacos.

Stonebraker había entrado como un huracán. Buff Morgan estaba desazonado…, en la USAFE todo el mundo estaba desazonado.

Stonebraker se fijó en un joven oficial que paseaba por la antesala de su oficina. Le había visto ya antes de la reunión del personal.

—¡Usted!

—¿Yo, señor?

—Usted. Métase aquí dentro.

—Sí, señor.

—¿Qué diablos está haciendo ahí?

—Es lo que me gustaría saber, general. Lo único que sé es que anteayer me enviaron la orden de presentarme directamente a usted.

—¿Dónde estaba estacionado?

—En la base de la Fuerza Aérea de Andrews.

—¿Cómo se llama?

—Beaver, señor. Woodrow Beaver.

—¡Beaver! ¡Recanastos, usted no es Beaver!

—Mientras pido perdón al general por ello, lamento ser Woodrow Beaver. Al menos estoy completamente seguro de serlo.

—¡Diablos, me han enviado un Woody Beaver equivocado!

—Esto parece, general. En consecuencia, solicito que me deje volver a la base de Andrews inmediatamente.

—No tan de prisa, Beaver. ¿Qué hace usted?

—Soy un oficial del PIO.

Stonebraker soltó una risita.

—Dos Woody Beaver y ambos perteneciendo al PIO. —Entornando los ojos miró atentamente al oficial. —No me parece demasiado listo.

—Lo soy en extremo.

—Yo no he dicho que no lo sea; he dicho que no lo parece.

El recién llegado había aprendido la primera lección de su conveniencia con Hiram Stonebraker: no retroceder nunca.

—Beaver, voy a concederle cuarenta y ocho horas para aprender a desempeñar sus funciones en esta misión. Instálese en la oficina contigua a la mía y venga mañana a presentarme sugestiones extremadamente buenas.

—Sí, señor.

Perry Sindlinger regresó del centro de comunicaciones y entregó un telegrama al general.

«Clinton Loveless 359 195 se ha presentado en Mats, Westover, pidiendo plaza para Wiesbaden. Dice que es un miembro del personal del comandante general Stonebraker. No trae documentos de embarque. Avisen y envíen órdenes».

—He contestado ya —dijo Perry Sindlinger. —Será muy agradable tener a Clint aquí.

Clinton Loveless llegó a Wiesbaden a mitad de la noche, descentrado por la serie de acontecimientos ocurridos desde su partida de Nueva York. Las lágrimas de Judy, la risa asmática de Pudge Whitcomb, el asombro de los muchachos, todo se combinaba en una bruma espesa, y el viaje a través del Atlántico en un aparato traqueteante había puesto el remate final a un cansancio absoluto.

Perry Sindlinger, que estaba en la pasarela esperándole, le llevó al aposento del general, en el centro de Wiesbaden, donde, en plena noche, los carpinteros derribaban tabiques de los edificios vecinos para ampliar el área de trabajo.

—Hola, general —saludó Clint con voz áspera.

—Ya era hora de que llegase. Tengo un avión esperándole en Rhin-Main para llevarle a Berlín esta misma noche.

Clint se echó al coleto un cuartillo de café mientras Perry y el general le ponían al corriente de la situación.

—El brazo derecho de Hansen, un tal coronel O’Sullivan, le esperará en Tempelhof. Reúnase con los alemanes en el *Magistrat* y vea qué se precisará para

alimentar a la población. Redúzcalo todo a lo mínimo. Swede y Buck Rogers están en Berlín inspeccionando las instalaciones y los servicios de tierra. Hable con ellos. Vuelva luego con un cuadro de conjunto completo.

—Sí, señor. ¿Qué peso desembarcamos en Berlín actualmente?

—El día que tomé el mando, hace una semana, llevamos, en colaboración con los británicos, un millar de toneladas.

—¿Hasta qué punto podemos aumentarlas?

—En las circunstancias actuales, ni una onza más.

Clint quedó enterado y se levantó para salir. El general le despidió con una levísima inclinación de cabeza, reveladora de que se alegraba de que Clint hubiera venido.

—De paso, señor, ¿qué soy?

Stonebraker se rascó la cabeza.

—Teniente coronel, creo, subjefe de personal o algo por el estilo.

—¿De la Fuerza Aérea o del Ejército?

—De la Fuerza Aérea. Todos pertenecemos a la Fuerza Aérea. Hasta Buff Morgan y su club de recreo.

La situación estaba peor de lo que Chip Hansen y el presidente se figuraban. Su jefe de personal le dijo a Stonebraker que si no llegaban aviones «C-54», la misión entera se hundiría en el fracaso.

Les faltaba personal de toda clase: meteorólogos, tripulaciones, mecánicos, ingenieros, técnicos en radio y radar, personal de oficina, cocineros, técnicos en radio y radar, personal de oficina, cocineros, médicos, carpinteros y chóferes.

El alojamiento, la comida, los servicios médicos estaban por debajo del nivel medio habitual. La base de Rhin-Main, situada en las afueras de Francfort y que era la principal, trabajaba al ciento cincuenta por ciento de su capacidad, y cada día llegaba más gente. No había camas, y la escasez de víveres iba de mal en peor. De todas las bases americanas del mundo, la de Rhin-Main era la que ofrecía peores condiciones de vida y de trabajo. La llamaban, sin el menor afecto, Rhin-Mud, y téngase en cuenta que «mud» significaba barro.

Si una misión de tiempo de paz había de interrumpir el curso normal de varias vidas en todo el mundo, la moral tenía forzosamente que hundirse.

El servicio de instalaciones aéreas informó de que las dos bases americanas de Rhin-Main e Y-80-Wiesbaden eran inadecuadas en longitud de pistas de maniobra, pistas de despegue, aparcamientos, suministro de combustible, servicios de carga y descarga, dimensiones de los hangares, sumideros, edificios de gobierno y en todo lo tocante a la iluminación: reflectores, luces de señalización y luces de los hangares.

El servicio de comunicaciones dijo a Stonebraker que la mayor parte del equipo existente era anticuado. Los faros y las luces de posición para entrar y salir de Berlín

no podían dirigir bien, exactamente los vuelos por los estrechos pasillos. No había sistemas de aproximación controlados desde el suelo para orientar a los pilotos en los aterrizajes durante el mal tiempo.

El transporte de tierra necesitaba más y mayores camiones y remolques, piezas de recambio, garajes, mecánicos y chóferes. Se precisaban urgentemente mejores caminos y puntos de almacenamiento. Convenía construir rápidamente líneas férreas y apartaderos para traer combustible de aviación del puerto de Bremerhaven; hacían falta ferrocarriles para transportar carbón del Rhur; la carga y descarga de los aviones resultaba irregular y torpe, y los géneros transportados resultaban voluminosos, mal embalados, mal pesados y mal atados.

El coronel Matt Beck decía en su informe a Stonebraker que las tripulaciones volaban demasiadas horas. El carbón resultaba una carga muy pesada y con riesgo de aumentar los accidentes. El tiempo era el peor de Europa, y los accesos a Berlín, traicioneros y situados encima de campos de aviación rusos, que exigían unos ángulos de maniobra muy cerrados en medio de una ciudad atestada.

Los dos aeropuertos de Berlín, Tempelhof y Gatow, estaban a noventa segundos solamente, por aire, uno de otro. Se precisaban urgentemente más aparatos de radar para llevar el control de la posición de los aparatos. Si no se instalaba un control desde el suelo para mantener una disciplina eficaz en el aire, era posible que ocurriesen colisiones en el aire.

Lou Edmonds, el meteorólogo del equipo, escribía: «Si pusiéramos en lista todos los campos de aviación de Estados Unidos, de mejor a peor, el peor de todos sería Pittsburg. Si incluyéramos Pittsburg en la lista de ciudades de Europa Central, sería la mejor». Y prometía nieblas de finales de verano, violentas turbulencias causadas por las tormentas y, en invierno, temperaturas muy por debajo del cero, y vientos cruzados.

Los encargados de la logística y la conservación ponían la rúbrica final. Los «Goodney Birds» estaban cubiertos de una suciedad peligrosa, provocada por las cargas de carbón y harina, que destrozaba los instrumentos delicados y producía una acción, corrosiva en los sistemas de cables. Los numerosos despegues y aterrizajes con pesadas cargas sometían a un esfuerzo despiadado motores, frenos y neumáticos. No se contaba con elementos para la conservación de los aparatos; el problema de las piezas de recambio era más que desesperante… He ahí lo que recogía en herencia Hiram Stonebraker.

Clint regresó de la capital y dio al general otra serie de malas noticias.

—Tanto el campo de Tempelhof como el de Gatow se están poniendo inservibles. Pasé allí media hora nada más, viendo aterrizar a los «Gooney Birds» para observar cómo se levantan llamas azules de sus cubiertas. Cuando los «C-54» se echen sobre la pista con cargas tres veces superiores a las actuales, Swede calcula que las pistas

quedarán destrozadas en cosa de pocas semanas.

Clint había redactado una lista de lo que se necesitaba con urgencia. Una pista de despegue nueva, así en Tempelhof como en Gatow, y luego reparar las ya existentes. Se precisaban nuevos espacios adicionales para la carga y la descarga, y una iluminación nueva. Finalmente, había que encontrar emplazamientos adecuados para un tercer campo de aviación.

—Podemos traer planchas de acero agujereadas y asfalto —dijo Clint— y es factible utilizar los escombros de Berlín como cimientos. La mano de obra no es problema. Lo que parte la cabeza (perdóneme, general), el quid está en cómo traer por aire tractores niveladores, apisonadoras, arados y máquinas para partir piedras. En Berlín no hay nada de todo esto.

El problema de traer maquinaria pesada a Berlín resultaba un monstruoso problema nuevo. Y era preciso que trajesen víveres todos los días antes de poder dedicarse al asfalto y a las planchas.

—Has hablado con los del *Magistrat*. ¿Cómo está la cuestión de los suministros de boca?

—Las reservas han descendido a un nivel muy bajo, general. Quedan solamente artículos de primera necesidad para menos de un mes.

—¿Cuánto se necesita, Clint?

—Tendremos que traer mil quinientas toneladas diarias de alimentos.

—¿Qué diablos hace esa gente? ¿Se pasa el tiempo organizando banquetes? Santo Dios; no hemos conseguido entrar más que un millar de toneladas diarias, en total, ayudados por los ingleses. Hay que repasar los cálculos y reducirlo todo a la mitad.

Clint denegó con un movimiento de cabeza.

—Nos ahorraríamos peso si trajésemos harina y dejásemos que la amasasen en Berlín. Concediendo un uno por ciento de pérdidas, podemos salir del apuro con seiscientas cincuenta toneladas diarias.

—¿De qué otras cosas se atraca esa gente?

—Deshidratando patatas y hortalizas y convirtiendo la leche en polvo, podemos salvar el caso con un mínimo de ochenta toneladas de patatas, cuarenta y cuatro de hortalizas y veintiuna de leche. Además, sesenta toneladas de grasa y cien de carne y pescado, con hueso.

Stonebraker refunfuñó.

—Treinta y ocho toneladas de sal y diez de queso.

—¿Para qué diablos necesitan diez toneladas de queso?

Clint prosiguió enumerando con voz monótona la lista, minuciosamente confeccionada, de los alimentos más valiosos enriquecidos con vitaminas. Se necesitaría también leche al natural, alimentos especiales para los hospitales, el zoo y los perros de vigilancia. Cuando hubo terminado, Stonebraker comprendió que Clint lo había calculado todo hasta el gramo. Lo cierto era que pedían a dos millones y cuarto de personas que se constriñesen a lo más primordial y olvidasen todas las

comodidades y la mayor parte de necesidades de una comunidad civilizada.

—Hola, Martha Jane —dijo Hiram, besando la mejilla de su esposa. —¿Qué tal ha resultado el vuelo?

—Muy bien, querido —respondió ella, mirándole, por si notaba en él signos de fatiga.

—¿Cómo van las cosas en casa?

—Dorothy y los niños se han instalado en ella y se quedarán durante todo el tiempo que sea preciso.

Cuando llegaron, la ciudad estaba casi totalmente a oscuras, exceptuando el conjunto de edificios del Cuartel General de Hiram. Martha Jane comentó que parecía una ciudad bonita y su marido contestó que no lo sabía, pues había visto poca cosa de ella.

—No la bombardearon —dijo— porque algunas personas pensaron en ella como club de recreo de las fuerzas de ocupación.

Tal como Martha sospechaba, Hiram vivía en un hotel a poca distancia de su oficina. La gerente alemana, con un vestido a rayas delgadas bastante corto, del requisado hotel Schwarzer Bock, dio la bienvenida reiteradamente a Martha Jane. Se trataba de un hotel magnífico, al mejor estilo de los viejos tiempos, con hermosos y elevados techos, hogares de mármol, cuartos de baño inmensos, armarios de luna, candelabros centelleantes, relojes antiguos, escritorios del siglo XVII y gran abundancia de mármoles. Su juego de habitaciones daba sobre una plaza pequeña, la Kranz Platz, donde estaba la antigua fuente romana.

Cuando por fin echaron fuera a los sirvientes, Martha Jane desató los cordones de los zapatos del general y realizó las demás maniobras para obligarle a descansar. Luego deshizo el equipaje.

—¿Qué tal marcha la misión, cariño?

—Muy bien. Tenemos unos cuantos problemas de poca monta, pero vamos a eliminarlos.

Del pasillo venía un coro de voces mal armonizadas, como gatos maullando por las callejuelas.

Somos unos pobres corderitos
que se han extraviado,
bee, bee, beee.
Somos unas ovejitas negras
que han perdido el rebaño…

Martha Jane abrió la puerta. Perry Sindlinger le ofreció un gran ramillete de rosas y Clint Loveless le regaló dos botellas de champaña de dos litros cada una. El grupo se agolpó dentro… Pancho, Ben Scudder, Swede, Sid y Lou Edmonds.

Crusty murmuró que, desdichadamente, tendría que enviar a alguien en busca de bebidas. Después de una agradable y sincera fiesta de bienvenida, los visitantes se marcharon, fatigados, bastante después de la medianoche.

Al fin el general y su esposa se acomodaron en la cama. En el preciso momento en que Martha Jane daba la vuelta para estar más a gusto, Hiram se sentó, encendió la lámpara y cogió el teléfono de la mesita de noche.

—Póngame con el coronel Loveless, en el hotel Rose. Hola… Clint. Venga aquí rápidamente.

Hiram saltó de la cama, se puso un albornoz y anduvo por la sala de estar hasta que llegó su subjefe de personal.

—Noviembre de 1943 —dijo Stonebraker. —Yo le envié a usted al valle de Assam con el fin de trasladar unos tractores a Chengtu en avión.

—¡Dios mío!

—¡Piense, Clint!

—¡Dios mío! —A Clint le temblaba la voz. —Dios mío. Ahora lo recuerdo. En «conservación» teníamos un sargentito que era un as con el soplete cortador.

—¿Recuerda cómo pasábamos aquellos tractores al otro lado de las montañas, Clint?

—Sí, señor. El hombrecito en cuestión los cortaba en cincuenta partes cada uno, numeraba las partes, las transportaba en avión a Chengtu y luego las volvía a soldar.

—¿Cómo diablos no se le ha ocurrido antes?

—Porque…, señor…, me ha costado un trabajo del diablo cuidar de que la cantidad de víveres no excediese de las mil quinientas toneladas.

—De acuerdo. ¿Cómo se llamaba?

—Pues…, déjeme pensar…, un nombre cochino de veras… Homer… Halbert… Remus…, algo por el estilo. Y Freshwater.

—¿Goldwater?

—No…, déjeme pensar…, le enviamos una citación. ¡Drinkwater! ¡Clarence Drinkwater!

—Vuelva al Cuartel General, averigüe dónde se encuentra y tráigalo acá.

Clarence Drinkwater, comerciante en autos desechados y otros materiales inservibles, recibió la tarde siguiente, en su patio, la visita de un agente del Servicio Secreto de la Fuerza Aérea.

Estuvo muy contento, puesto que se pasaba los días cortando trozos de metal con un soplete y le agradó saber que su singular habilidad hacía falta en alguna parte. Clarence puso en el equipaje una caja más de tabaco de mascar, pues solía necesitar un bocado para que le ayudara a concentrarse.

Veinticuatro horas más, tarde llegaba a la base de ingenieros de Hanau (Alemania) para echarse en los brazos, que le estaban aguardando, de Clint Loveless el cual estuvo a punto de derramar lágrimas cuando vio que Clarence empezaba a cortar máquinas trituradoras, arados, *bulldozers* y todos los mecanismos necesarios para construir pistas nuevas en Berlín.

Big Nellie estaba sentado en las habitaciones de Hiram Stonebraker, escuchando al general, quien le explicaba la montaña de proyectos nuevos puestos en marcha para el éxito de la misión. Se había empezado a trabajar en las líneas férreas, carreteras, pistas de aviación y almacenes…

En Erding, en las afueras de Munich, habían establecido una base de piezas de recambio; MATS anunciaba que los primeros «Skymasters» estaban en camino procedentes de Hawai, Alaska, Tokio y el Caribe, y el presidente había dado autorización para que se llamase a filas a diez mil reservistas.

—Confío poder dar la orden de que dejemos ya de estropear los «Gooney Birds». Son todavía unos gloriosos aparatos antiguos y me sabe mal que pierdan su integridad. Si nos proponemos «airlift» la ciudad de Berlín…

—Perdone, general. ¿Qué ha dicho?

—He dicho: «Si nos proponemos “airlift” la ciudad de Berlín…».

—«*Airlift*»… Dios mío…

—No me he detenido mucho a pensarlo.

En su sección habitual, Nelson Goodfellow Bradbury explicó a los americanos que Hiram Stonebraker se había constituido en padre legítima de una palabra nueva, que regalaba al idioma inglés. Una palabra que significaba «abastecimiento por el aire» y que encandilaría la imaginación del mundo entero… Esta palabra era «airlift».

CAPÍTULO XII

HONOLULÚ

El sargento mayor Nick Papas, un hombre fornido y de buena estatura, entró en el bar «Gentleman», de Tiger Quong, en Pearl City. Tiger, que estaba cansado y procedía a limpiar el mostrador, esperando el momento de cerrar, le sirvió una cerveza, y Nick se la bebió de un tirón.

—¿Dónde está la bella durmiente?

Tiger señaló hacia una reducida oficina, pasillo abajo. Nick entró. El capitán Scott Davidson estaba sin sentido, estirado sobre un catre. Nick le había buscado ya por toda la ciudad cuando Tiger le localizó por teléfono.

—¡Señor, vaya cuadro lamentable! —exclamó, fijando la mirada en el capitán. Luego le incorporó. El cuerpo de Scott Davidson se doblaba como una muñeca de trapo. Nick se pasó un brazo del capitán por encima de los hombros y lo arrastró hacia el cuarto de aseo, donde Tiger aguardaba con un cubo de agua helada. El frío remojón sacó a Scott de su trance.

—So canalla —murmuró—, so canalla. Estoy enfermo…, es posible que muera…

—Ve al water, métete los dedos en la boca y vomita.

—Maldito seas, Nick. Tú no tienes respeto a la jerarquía.

—Vomita ya. Tiger está cansado. Y yo quiero irme a casa.

Cuando Scott hubo hecho lo que le indicaban, recobró las facultades suficientes para estudiar en el espejo el lamentable aspecto que tenía.

—Conviene que duermas un rato. Tienes que presentarte en la oficina del CO a las siete y media. Hay indicios de que quizá debamos emprender el vuelo hacia Alemania.

—No puedo regresar a la base con esta figura.

—Llevaré allí a Cindy. Te estuvo buscando.

—¿Me ha encontrado?

—No.

—Entonces, déjame dormir en tu piso.

—He dicho que te espera.

—Con un hacha. Esta noche no puedo encajar sus humores. En primer lugar, ella ha sido la responsable de que saliera de juerga.

—Sí, claro, ha sido una desfachatez por su parte el disgustarse sólo porque tú intentabas conquistar a una fulana en sus propias narices… y a una fulana casada nada menos.

—Nick, ¿me dejarás dormir en tu piso o no?

—Vamos…, capitán…

Nick puso un billete de cinco dólares en la palma de Tiger Quong, que quería protestar por ello. Entre los dos transportaron al tambaleante aviador hasta el coche

de Nick, quien arrancó en dirección a Honolulú y luego remontó los Montes Pali, donde tenía un piso muy poco a tono con su categoría.

Nick Papas era ingeniero de vuelo desde hacía dieciocho años, y continuaba en la Fuerza Aérea porque de ella recibía sangre nueva para sus habilidades de jugador de naipes. Nick tenía dinero en cierto número de empresas del barrio griego de Chicago, poblado de parientes suyos: un bar, un garaje, unos lavaderos, un hotel pequeño.

A pesar de su aire bronco, se dejaba convencer fácilmente y profesaba gran afecto a muchas personas que no se contaban entre sus parientes griegos. Contribuía con sumas considerables al sostenimiento de la Iglesia y de una colección de obras benéficas, que iban desde un orfanato hasta un albergue de animales.

Scott Davidson era su compañero más íntimo. Había volado con él por espacio de dos años, y cuando el avión de Scott se estrelló en un camino de la selva, durante la guerra, Nick también le acompañaba.

Con tosca amabilidad, Nick ayudó al capitán a desnudarse y le echó encima de la cama. Scott se agarró a las sábanas, lanzando gemidos, y el cuarto se puso a girar.

Nick dobló el arrugado traje de su compañero, clavó un papelito en la tela, encargando al botones de la casa que a primera hora de la mañana lo planchase, luego puso el despertador y se tendió en la cama, meditando si debía o no llamar a Cindy.

Nick se preguntaba cómo es que todos los truhanes de la calaña de Scott Davidson encontraran siempre muchachas buenas como Cindy. A pesar de todo valía la pena ver actuar aquel hombre, cuando seguía sus propios impulsos. Para él, Scott Davidson era una especie de *alter ego*.

—Hola, Cindy… aquí Nick. Lamento llamarte tan tarde.

—¿Le has encontrado?

—Está en mi piso, He considerado que sería mejor así Tengo que acompañarle a Hickam a primera hora de la mañana.

—¿Está bien?

—Seguirá viviendo.

—Gracias, Nick.

—Buenas noches, Cindy.

A la mañana siguiente, con el auxilio de las píldoras de cloruro de tiamina y carbón vegetal, jugo de tomate y café, y de un uniforme rejuvenecido, el capitán Scott Davidson pudo presentarse con una figura aceptable en la oficina del coronel Garrett, comandante del XIX de Transporte de Tropas, en el Campo de Hickam.

Dentro de treinta y seis horas Scott tendría bajo su mando, en calidad de piloto jefe, un grupo de once «Skymasters». Las órdenes que le daban hablaban de una «misión de ampliación de entrenamiento». El itinerario de vuelo sería: desde el Campo de Hamilton, en California, a Westover (Massachusetts) y las Azores, para terminar en Rhin-Main, en Francfort (Alemania). La escuadrilla marcharía con todo

lo que le pertenecía: piezas de recambio, equipo de oficina, tripulaciones y todo el personal. El coronel Garrett les dijo que cada uno tenía que llevarse lo necesario para dos meses de «servicio temporal» en Alemania. A Scott particularmente le confió que doce «Sky masters» de la XX Escuadrilla de Transporte de Tropas, del Canal de Panamá, y cinco del LIV de Alaska se preparaban para volar hacia el mismo destino. Al parecer iba a ocurrir algo grande.

Scott tuvo que desprenderse rápidamente de la resaca de sus libaciones. Como piloto jefe, debía ocuparse de montones de documentos y proceder a dar instrucciones, celebrar reuniones e inspeccionarlo todo. A mitad de la tarde, llamaron a todo el personal, y el coronel Garrett les soltó la bomba menos de veinticuatro horas antes de la partida. Terminada la reunión, el personal se dispersó, atónito, a la carrera. La mitad de aquellos hombres eran casados, y los otros tenían un sinfín de compromisos por cuestión de alojamiento, coches y mobiliarios. Una vez repuestos de la sorpresa, todos se apresuraron a salvar lo que pudieran, despedirse y tener la escuadrilla a punto.

Scott dirigió una última mirada al agradable pisito-estudio situado junto al canal Ala Wai. No tenía que llevarse muchas cosas: unas cuantas camisas, un uniforme de repuesto, unos artículos de aseo. La mayor parte de lo que había allí lo trajo Cindy, y Cindy fue la que lo arregló y adornó, dándole calor de hogar. Scott se puso a garabatear una nota de despedida, diciéndole que vendiese el coche, el único bien que se le conocía. De pronto oyó una llave en la cerradura, y el corazón le dio un vuelco en el pecho, pues confiaba estar fuera antes de que llegase ella.

Cindy llevaba todavía el uniforme blanco de ayudante de dentista.

—Pasaba por aquí, camino de casa —dijo—, y, he visto tu coche aparcado delante. —En seguida cogió el teléfono, llamó a su casa y le dijo al ama de llaves que se encargase de la comida de los niños, pues ella llegaría tarde. Pero entonces vio el saco de mano y el uniforme de Scott.

—No es preciso que te marches —le dijo. —Me conformo con tenerte sólo a medias.

—Mañana parto en avión. —Cindy le miró con curiosidad. —Me trasladan. Nos envían a Alemania, para intervenir en el abastecimiento de Berlín.

—¿Cuánto tiempo esperas estar ausente? —Scott se encogió de hombros. —Y todo ha ocurrido con tal celeridad que ni siquiera te han dado tiempo para decir adiós —terminó Cindy en tono cáustico.

—Soy piloto jefe. Se marcha la escuadrilla entera. Estuve cargado de trabajo.

—Demasiado ocupado para telefonear.

—Ahora te estaba escribiendo unas líneas.

—Hasta luego, Cindy. Algún día volveremos a vernos —dijo ella con sarcasmo. Eran precisamente las mismas palabras que él pensaba escribir.

—Quiero que vendas el coche —dijo Scott. —Guárdate la mitad…

—¿Por consideraciones prácticas?

«Oh, Dios mío —pensó el capitán—, ahora se está cargando para el estallido y me va a llenar de reproches». Confiaba poder evitar una escena, pero ya parecía imposible. Scott suspiró, resignado a una discusión desagradable. No sé por qué motivo, todas se inclinaban por el final dramático.

—Yo creía —dijo ella, mostrando su herida en cada inflexión de voz— que entre nosotros existía un poco de sentimiento.

—Muchísimo.

—Hasta creí, durante un tiempo, que habíamos llegado a significar algo el uno para el otro. Eras tan bueno con los niños…

—Cindy, jamás te prometí nada. Tú aceptaste esta relación mutua como una muchacha que tuviera gran temple.

—Y tú tienes una gracia especial para conseguir que una muchacha se mire a sí misma como a una ramera barata.

«Aquí tenemos el capítulo de los autorreproches», pensó él. Al principio, ambos se entregaron a su juego. Ella, como la mayoría de mujeres, quería un marido. Él maniobró de modo que pudo poseerla sin comprometerse a nada. Cindy conocía el riesgo de antemano. Hacía cinco años que se divorció. Antes de conocerle, se había acostado en otras camas, y se acostaría de nuevo cuando él se hubiese marchado.

Aunque al principio acepte las normas, ha de empezar a justificar la aventura convenciéndose a sí misma de que es más que una aventura. Quiere sentirse necesaria. He ahí la fase de «salvar la faz». Luego, el entusiasmo inicial se desvanece y empieza a volverse dominadora y celosa. Es el momento, poco más o menos, en que a uno empieza a parecerle interesante otra mujer.

—No finjas que no has hallado placer en nuestra amistad —dijo Scott. —¿Por qué no podemos separarnos guardando un buen recuerdo el uno del otro, como personas agradables? Al fin y al cabo, la semana pasada dimos por terminadas nuestras relaciones.

Cindy se volvió de espaldas para contener las lágrimas. ¡Que la colgasen si lloraba en presencia de aquel hombre!

El muy granuja lo tenía todo estudiado como si fuera una ciencia; hasta la escena de la despedida. Cindy consiguió dominarse y le miró. Delgado, ojos azules, pelo rizado. Cindy había cometido el pecado capital de enamorarse, y al ver que Scott se le escapaba de las manos, redondeaba el pecado desesperándose.

—Hasta la vista, bribonzuelo —le dijo.

—Cindy…,

—Vete.

El «Skymaster» se levantó majestuosamente sobre Mamala Bay, ganó altura y

describió un gran arco en herradura de caballo sobre Waikiki. Al mirar por la ventanilla, Scott pensó un solo momento fugitivo en Cindy. Cuando volaba encima de Diamond Head, exhaló un profundo suspiro de alivio: la orden militar había llegado muy oportunamente. Debajo, pronto no hubo más que agua.

Stan Kitchek, copiloto y amigo de Scott desde años, le miraba fijamente toda la mañana. Apenas se habían cruzado una palabra, aparte del lenguaje oficial de comprobación de los mandos. Stan sincronizó la radio en la frecuencia de la comunicación interior.

—Eres un granuja con mala entraña —le dijo al capitán.

Scott no respondió.

—Anoche fui a despedirme. ¿No pudiste pasar la última noche con ella? ¿No podías ni siquiera representar la comedia de que te dolía marcharte? La pobre mujer estaba deshecha en llanto. Eres un granuja de mala entraña.

—Gobierna el maldito aeroplano —espetó el capitán. —Yo voy a acostarme.

Scott saltó fuera del asiento y se encaminó hacia el camastro improvisado en la parte trasera de la cabina. El cuerpo recio y cuadrado de Nick Papas le cerraba el paso.

—Está bien, Nick. No le pegué.

—Debiste pegarle y habría sido mejor.

—No te engañes. Dentro de una semana se acostará con otro.

—Usted es un bandido…, capitán…, señor…

Scott le quitó el cigarro de la boca y lo aplastó con los pies.

—He dicho que en la cabina no se fuma. —Y siguió adelante airadamente, escondiéndose en el camastro. «La dulce música de los motores me arrullará hasta dormirme pronto —se dijo—, y podré olvidar. Todo el mundo pisotea… Cindy…, Stan…, Nick…, la mitad de la escuadrilla. Nadie consiente que un solterón feliz escape».

La música de los motores no obró su efecto. Scott se revolvió y se puso la chaqueta, doblada, debajo de la cabeza, una vez le hicieron morder el anzuelo, y aquello terminó en un desastre. ¿Qué quieren las mujeres? ¿Desastres? ¡Si cuando me marcho les hago un favor!

Scott Welton Davidson, natural de Norfolk (Virginia). Ya desde niño, Scott impuso siempre su voluntad. Un hogar confortable, y demasiado mimo. En el colegio de segunda enseñanza de Matthew Fontaine Maury fue un atleta excepcional y se le consideró uno de los mejores del Estado.

Con su sonrisa, se abría paso fácilmente. Una sonrisa que trasladó de Norfolk a William y al Mary College, donde sus condiscípulos le adoraban. Los estudios eran fáciles, las muchachas eran fáciles, los deportes en el campo eran fáciles.

Cuando estalló la guerra, Scott fue uno de los primeros en alistarse, y el primero

de todo Virginia en volver a casa de permiso con las alas de aviador sobre el pecho y los galones de oficial en los hombros. Un capítulo más, simplemente, en la historia de sus triunfos.

En medio de aquella extraña emoción de la guerra, los permisos, los sentimientos, Bárbara Lundy consiguió, como fuese, vencer a sus competidoras. La reina del Festival de Chesapeake, la presidenta de la clase de los mayores, era en muchos aspectos la contrapartida femenina de Scott.

Scott y Bárbara. Unas alas recientes de aviador, una guerra tremenda, montones de fiebre patriótica… y una esposa.

Fue el matrimonio del «muchacho típico americano» con la «muchacha típica americana». Para ponerlo en un álbum. La ciudad de Norfolk estaba orgullosa como ninguna otra en el país. Fue una escena a propósito para vender Bonos de Guerra.

En Norfolk nadie se sorprendió de verdad cuando Scott Davidson se convirtió en el primer «as» de Virginia de la Segunda Guerra Mundial. En un combate de cazas sobre Bougainville abatió tres «Zeros» japoneses elevando la cuenta de los derribados por él a siete.

Y un día Bárbara recibió el temido telegrama:

«Su esposo ha sido herido en acción de guerra».

La escuadrilla de Scott se había hallado metida a la fuerza en una de aquellas orgías suicidas en que se disputaba el todo por el todo. Tanto él como su aparato sufrieron destrozos graves, pero, a pesar de todo, consiguió aterrizar en un campo de Nueva Guinea. Nick Papas se encontraba entre los que le sacaron del aparato antes de que éste hiciera explosión.

Una muchacha de la Cruz Roja australiana escribió por encargo suyo: «No te inquietes, cariño, ha sido sólo un arañazo».

A la edad de veintitrés años, Scott Davidson se negaba a creer que la vida hubiese perdido su tremendo atractivo. En un hospital de Australia, que Bárbara conocía únicamente por un misterioso número del APO, Scott luchó hasta restablecerse notablemente.

Le desilusionaba no poder volver a ser piloto de caza, pero los grandes y lentos aparatos de transporte de la «ATC» tenían sus compensaciones. Podía trasladarse a cierto número de lugares civilizados, donde tenía ocasión de romper unas promesas de matrimonio que, para decir verdad, nunca se propuso cumplir.

Como aviador, le encandilaba la precisión de vuelo de los aparatos de cuatro motores y aprendió a amar el nuevo hogar que tenía en las nubes. Una y otra vez le probaron como jefe de escuadrilla, pero Scott no era hombre para dar informes sobre el estado del tiempo ni para hacerse responsable de otros hombres. Él quería volar, y nada más… Y luego, un día, la guerra terminó.

Scott regresó a Norfolk cargado de medallas, para aceptar el último capítulo

glorioso: la adoración al héroe que volvía de la guerra.

Pudo sopesar un buen número de ofertas. En aquellos tiempos, a las empresas les interesaba poder exhibir el nombre de Scott entre su personal.

El héroe hizo un vago intento por reorientarse en la vida civil. La joven esposa tuvo que llorar muy pronto el extraño y arisco comportamiento de su marido. Scott continuaba fuera de casa, quizá volando sobre una isla sin nombre, cazando, bebiendo, jugando, cantando…, amando. Después de su ingenua desesperación, la esposa vio a un extraño que no la miraba, sino que la analizaba. Las humillaciones fueron amontonándose hasta que no le quedó alternativa posible.

—Eres un chiquillo malcriado. En toda la vida no has obedecido otras normas que las de tus propios caprichos. No puedes amar a nadie porque te amas demasiado a ti mismo.

Scott afrontó el caso como un caballero, sintiéndose aliviado al pensar que pronto saldría de la trampa en que se había metido. En cuanto a Bárbara, al mismo tiempo que cortaba los lazos que les unían, seguía amándole.

—No tienes el coraje de vivir en este mundo y aceptar tu parte en las responsabilidades y las amarguras que nos trae. Te figuras que podrás seguir viviendo en las nubes, pero te engañas. Un día la vida te impondrá sus exigencias y te estrellarás con más fuerza que lo hiciste en aquel campo de la jungla. Cuando esto ocurra, un sinfín de personas cuyos corazones has destrozado lo estarán mirando desde las orillas y se reirán.

Scott justificó la fase final de su matrimonio con Bárbara diciendo que era un marido pésimo y que ella merecía otro mejor.

Scott voló lejos con su sonrisa contagiosa y sus maneras desenvueltas, buscando la emoción de otras conquistas, y dejó un rastro de desdichadas mujeres tontas, parecidas a Cindy, que, por un momento, habían creído posible cortar las alas del águila.

CAPÍTULO XIII

SCOTT paró los motores en la pista de Rhin-Main y, en tono malhumorado, ordenó a Nick y Stan que asegurasen el aparato. Estaba cansado. Desperezándose, pensó con ilusión en una bañera de agua caliente, en procurarse un salvoconducto para tres días y en revolver Francfort a la caza de faldas.

En cuanto el último aparato de la escuadrilla hubo parado los motores, se produjo una erupción de actividad. Los aeroplanos fueron arrastrados por unos remolques militares de diez ruedas, cuyas dotaciones se pusieron a descargar los aviones; los sargentos primeros reunieron al personal de la escuadrilla en la entrada de la pista, y los encargados del servicio de conservación interrogaron al capitán de cada aparato sobre la situación de su nave.

El coronel Matt Beck, jefe de Operaciones y piloto jefe del personal de Stonebraker se reunió con Scott al pie de la escalerilla.

—¿Quiere venir conmigo a Operaciones, capitán? —le dijo. —Queremos repasar las listas del personal y el estado de los aviones.

—Perdone, coronel…, ¿acaso se quema algo?

—Esta noche trabajaremos en estos aviones y quitaremos algunas de sus partes. Mañana transportarán mercancías a Berlín.

—Estamos rendidos, señor…

—Esta noche dormirán ustedes en el campo y mañana estarán dispuestos para volar.

El baño con que Scott pensaba recrearse y el festín con que pensaba obsequiar a las mujeres de Francfort se convirtieron en humo. Subió al *jeep* del coronel Beck, y emprendieron la marcha junto a la hilera de «Skymasters».

Lo primero que Scott vio de Rhin-Main fue una pila de carbón de cerca de cinco metros de altura y que cubría un acre de terreno, y un campo de antenas de otro acre de extensión. Nunca había visto otra cosa parecida. Por todas partes se trabajaba febrilmente. Los martillos unían las piezas de los barracones para los soldados como si se estuviera levantando una ciudad en los tiempos de la Fiebre del Oro. Se erigían talleres de reparaciones, hangares, almacenes; se construían caminos sobre una base de barro. Pasaron junto a un parque inmenso del cuerpo de transportes lleno de camiones y remolques recién llegados. El rótulo decía: «XXIV Batallón de Camiones, Ejército de Estados Unidos». Unos soldados negros los estaban revisando.

El coronel Beck señaló una población al otro lado del camino, ocupada por personas desplazadas que trabajaban como obreros. El movimiento, la oscuridad gris, el barro que rodeaba y llenaba el campo entero, los edificios provisionales…, todo le recordaba a Scott los días de la guerra. Rhin-Main no se parecía en nada a los pulcros setos y céspedes del Campo de Hickam.

Matt Beck se detuvo delante de otro edificio provisional denominado «Sección

7497 del *Airlift*». Scott tuvo que aguardar en la oficina del coronel y se le ocurrió que allí reinaba un espíritu de trabajo. Luego se estiró y probó a dormitar.

Hiram Stonebraker, que estaba inspeccionando los nuevos proyectos de edificación, entró en la oficina luciendo unos pantalones de trabajo llenos de suciedad.

—¿Usted es el piloto jefe del XIX, venido de Hickam?

Scott abrió los ojos parpadeando.

—¿A qué categorías pertenecen sus hombres?

Scott no respondió.

—¿Qué diablos le pasa? ¿Tiene la lengua atada?

—Todo lo que yo sé, es que usted es un caballero maduro y afectuoso, con unos pantalones sucios. A tales personas nunca les doy una información detallada.

Stonebraker se miró los pantalones y reprimió una sonrisa. Salió de la oficina y se reunió con Matt Beck, que había escuchado el final de la conversación, horrorizado.

—Yo le explicaré quién es usted, señor —dijo Matt.

—No importa. Mande su ficha a Wiesbaden y luego envíemelo allá.

El don que convirtió a Hiram Stonebraker en comandante general mientras otros seguían siendo comandantes a secas era su habilidad en seleccionar y utilizar a los hombres.

Stonebraker leyó el historial de Scott Davidson y encontró en el Cuartel General a dos hombres que conocían personalmente al capitán.

Scott era un piloto temerario, con reaños y serenidad. Con un «P-38» derribó once «Zeros» japoneses, y más tarde pilotó un «Thunderbolt». En las invasiones de la Marina y el Ejército había librado más combates y realizado más tareas de apoyo a las fuerzas de tierra de lo que podía consignarse en un historial.

Había sobrevivido milagrosamente a un aterrizaje hecho con un aparato terriblemente estropeado, sufriendo heridas que habrían acabado con un hombre de menos temple. Según manifestaba el informe médico, se restableció más milagrosamente todavía, para volar en «ATC» y «MATS», donde le consideraban un piloto estupendo.

A Hiram Stonebraker le gustaba lo que estaba leyendo…, exceptuadas algunas cosas que vio en el capítulo de aptitudes: «Este oficial es un jefe en potencia, pero es inconstante, se retrasa siempre al dar los partes y esquiva la responsabilidad».

—Nos hemos visto ya en otra ocasión hoy mismo, capitán —dijo Hiram Stonebraker. Ahora aparecían bien visibles las dos estrellas de plata que adornaban cada uno de sus hombros.

—Tengo la sensación de que quizá he cometido un error de juicio…

—Estaba en su derecho. Si usted no hubiera querido enterarse de con quién

hablaba, yo le hubiera soltado una reprimenda.

—Gracias, señor.

—Capitán, voy a recomendar que le nombren jefe provisional del Ala Rhin-Main. Es una gran tarea. Cumpla bien y estoy seguro que tiene el puesto para siempre. Es preciso que le informen bien para poder hacerse cargo de la situación con que nos enfrentamos aquí. En consecuencia, le confío de nuevo al coronel Beck.

—General…, yo…

—¿Qué?

—Señor, yo agradezco la confianza del general…, incluso si sólo me la concede provisionalmente. No obstante, señor, temo que quizá le defraudaría. No poseo muchas dotes para el mando.

—Usted sabe hablar mucho mejor que eso.

—Si el general me da permiso para que hable…

—El general se lo da.

—Señor, por un esfuerzo de la voluntad, yo viví cuando debía estar muerto, y viví para poder volar otra vez —dijo con una gracia meridional y una sinceridad y un acento de súplica capaces de fundir el corazón más duro. —Me pasé seis meses en la cama, mientras sacaban de mi cuerpo plomo y aluminio y me inyectaban sangre en las venas. El único pensamiento que me sostuvo fue el de volar, general… Sencillamente, no estoy hecho para servir de nodriza de los pilotos jóvenes, ni para clavar números en un cuarto de mapas.

Crusty conocía aquella especie de hombres, en efecto. Pertenecía a la vieja escuadrilla de los despreocupados; era un descendiente directo del camorrista. Gente así eran capaces de arrojarse contra una pared de ladrillo y de meterse en el ojo de un huracán, pero no se les podía confiar un mando, ni obligarles a tomar decisiones.

Pero Hiram Stonebraker conocía a los hombres, también. En aquel muchacho veía algo que le gustaba, y quería creer que sería capaz de sacarle todo el rendimiento posible. Scott era el más entendido entre los entendidos en «Skymasters» y, sin duda alguna, el mejor piloto conocido hasta la fecha.

—Usted hará lo que yo le ordene. Ahora váyase a Operaciones y aprenda su condenado trabajo.

Los supervisores de peso y estabilidad se pasaron la noche entera eliminando las partes innecesarias en los aparatos llegados de Haití. Los instrumentos de navegación a larga distancia, el asiento del copiloto, el depósito del agua de aseo, los depósitos de delante del fuselaje, los flotadores, los tabiques, los asientos para la tropa fueron retirados con el fin de dejar sitio para otra tonelada de carga.

Matt Beck en persona instruyó a los recién llegados y al acercarse la hora decidió pilotar el primer aparato que volaría hacia Berlín. Diez aviones emprenderían el vuelo. El decimoprimero se quedaría en Rhin-Main para una misión especial, que

llevaría a cabo el capitán Scott Davidson. Clinton Loveless le puso al corriente del plan.

—¡Arrojar, carbón! —gritó Scott. —Aquí hay alguien que está mal de la cabeza.

—Capitán, esto ha sido idea del general. Pase lo que pase con este experimento, tenga la boca cerrada. Usted es demasiado listo para que le retuerzan el pescuezo.

—Pero, coronel…, todo el que esté en sus cabales sabe que no se puede arrojar carbón desde el aire.

—Sí…, fíjese en que digo si pudiésemos arrojar sacos de carbón en un campo abierto de Berlín…, si esto nos ahorrase centenares de horas de aterrizaje, descargas y nuevos despegues… Hemos de someter a prueba todas las ideas.

Scott movió la cabeza.

—Usted verá, señor.

Scott realizó un vuelo corto hasta las afueras de Offenbach, donde habían señalado un campo abierto para el experimento, descendió muy bajo y columpió las alas para indicar a los observadores de abajo que había localizado el blanco.

En el borde del círculo blanco aguardaban Hiram Stonebraker, Clinton Loveless, Perry Sindlinger y media docena más de anhelantes miembros del personal.

Scott describió un círculo para entrar en el mismo sentido del viento, descendió hasta unos cien metros de altura, redujo la velocidad y, cuando llegó al borde del círculo, los de abajo enviaron una señal a la tripulación del aeroplano, la cual soltó unos sacos llenos de carbón, que cayeron silbando por el aire. Scott hizo dos pases más, volando más bajo y más despacio para que los otros pudieran arrojar otros sacos de carbón por la escotilla.

Al chocar contra el suelo, los sacos se desgarraban a pedazos y el carbón quedaba hecho cisco. Levantóse una furiosa columna de polvo, dejando caer luego una lluvia de partículas negras, que el viento esparció por varias millas más allá del blanco fijado.

El polvo negro asfixió y cubrió a los observadores, y en unos momentos les dio el aspecto de personajes de un teatro de colegio que se hubiesen pintado la cara con corcho quemado.

Clint miró a Perry Sindlinger, cuyos ojos parecían dos agujeros en una manta oscura, y se puso a reír, procurando dominarse en seguida, porque allí había alguien a quien aquello no le parecía muy divertido. Clint y Perry se mordían los labios para reprimir las carcajadas, mientras un Hiram Stonebraker negro como una sartén se plantaba delante de ellos.

—Esto no funciona —dijo el general.

CAPÍTULO XIV

EL mariscal Alexei Popov había cometido un error. Decidió permitir a un periodista occidental que hiciese un recorrido por la zona soviética de Alemania, para «demostrar» que existía la libertad de Prensa. El elegido fue Nelson Goodfellow Bradbury.

Los artículos de Big Nellie empezaron a tomar un tono más severo, y cuando topó con la censura se dedicó a transmitir reportajes clandestinamente, por esos cauces que sólo el clan de los periodistas conoce.

Su último artículo tuvo profundas repercusiones:

> «*La locura de Popov. Farsa en tres actos,* por Nelson Goodfellow Bradbury.
>
> »Hasta hace poco, en la Alemania oriental, los comunistas se tomaban todo el trabajo y las molestias que fuesen necesarios para exhibir miembros de los partidos de la oposición, con el fin de "demostrar" que en el paraíso de los obreros existía la libertad política. La reliquia más famosa que guardan es Berthold Hollweg.
>
> »La farsa de sacar al escenario a unos cuantos políticos demócratas ineptos ha terminado. Ha terminado también la libertad de palabra, de reunión, de culto y todas esas otras molestias de la pequeña burguesía, toleradas por una sociedad capitalista decadente.
>
> »La consolidación de la zona soviética de Alemania ha quedado completada. La última voz de libertad ha callado. Toda esperanza democrática ha muerto.
>
> »V. V. Azov, un jefe títere misterioso, dirige las funciones desde una cerrada mansión de Postdam.
>
> »La vida y milagros del camarada Rudi Wöhlman le presentaba como un actor perfecto en el papel de muñeco de ventrílocuo. Wöhlman está a punto de convocar un congreso del "pueblo". Al finalizar el congreso se anunciará el proyecto de instaurar una "República Popular", con Leipzig como capital provisional.
>
> »Más tarde, cuando hayan expulsado a los occidentales de Berlín, esta ciudad será nombrada capital del nuevo Estado policía.
>
> »Se cuenta con una fuerza paramilitar de cuatrocientos mil hombres, la "Policía Popular", núcleo de un Ejército de la Alemania oriental, para persuadir a la gente de que hay que hacerlo así. La existencia de semejante organización viola todos los acuerdos para limpiar el militarismo de la vida alemana. Una fuerza de apoyo de veinte divisiones de infantería y acorazadas bajo el mando del mariscal Popov garantiza la aceptación plena de un estilo de vida.
>
> »¿A qué viene tanta prisa para constituir una República Popular mientras los comunistas siguen hablando, desde el otro ángulo de la boca, de unificación?
>
> »La llamada a la unificación es el libelo más asqueroso entre todas las

blasfemias soviéticas posteriores a la guerra. La verdad es que la Unión Soviética tiene un terror horrible a una Alemania unificada que no pudiera dominar.

»Y no podrá dominarla mientras el Oeste permanezca aquí. No podrán conquistar Alemania a través de unas elecciones libres.

»El Oeste empieza a conjuntar sus planes para la fusión política y económica de sus zonas y, en consecuencia, la Unión Soviética ha de imposibilitar una unión total creando un Estado satélite».

Al gordo reportero de ojos tristes le denunciaron empleando los términos tradicionales de «instrumento reaccionario del periodismo sensacionalista y embustero», le expulsaron de la zona soviética por la Puerta de Brandenburgo y le advirtieron que no volviese nunca jamás.

Sean se alegró al saber que Big Nellie estaba otra vez en Berlín, porque la vida le deparaba pocos amigos verdaderos. Actualmente, el Club de la Prensa, de Dahlem, estaba atestado de periodistas atraídos por los sucesos de Berlín. A Sean le parecía una circunstancia favorable. Desde el principio, la Prensa se había constituido en aliada del general Hansen, y, por fin, la hazaña del *Airlift* se estaba apoderando de la imaginación de la gente.

Sean comunicó a Big Nellie lo que ocurría en Berlín. El día anterior los aviones habían transportado dos mil toneladas. Era menos de la mitad de lo que se precisaba diariamente, como mínimo, pero ya estaban en camino nuevos «Skymasters». Sean le habló de los grandes programas de construcción en Tempelhof y Gatow.

—Lo cierto es que hace unos momentos estaba con dos subordinados de Stonebraker. Están explorando el sector francés en busca de un emplazamiento adecuado para un tercer campo de aviación.

Sean le explicó que los berlineses resistían con energía increíble bajo unas condiciones insoportables, pero Falkenstein y los demás dirigentes alemanes tenían miedo, cada día más, de que el Oeste pudiera utilizar Berlín en una transacción, entregándolo a los rusos, sin que ellos tuvieran voz ni voto en su propio destino.

Big Nellie entregó a Sean una copia del artículo que acababa de enviar.

—Es una obra maestra —le dijo.

Sean sonrió. Como de costumbre, había encontrado una sola tesis.

«*Asedio disimulado*, por Nelson Goodfellow Bradbury.

»El extraño bloqueo de Berlín contradice todas las definiciones clásicas de la palabra “asedio”. Es una situación única en la historia.

»Los hombres se han sitiado unos a otros desde el sitio mitológico de Troya a los asedios bíblicos de Jerusalén y Jericó, pasando por los de Cartago y París, hasta los años recientes, cuando vivimos los bloqueos de la Guerra Civil

española.
»Hasta el de Berlín, todos los sitios se habían propuesto como meta la victoria militar. En diferentes ocasiones se recurrió a largos y complicados asedios con objeto de debilitar por hambre y desmoralizar al enemigo, y a continuación del asedio vino un ataque dirigido a destruir o someter. El asedio de Berlín rompe todas estas normas y, en muchos aspectos, contradice en absoluto los conceptos históricos. En Berlín los enemigos viven codo a codo, comen juntos en los mismos cafés, nadan en los mismos lagos, asisten juntos a la ópera y, en ciertas ocasiones, mantienen contactos sociales.
»Aquí los enemigos realizan esfuerzos extremados *para no entrar en combate*.
»Aquí se libra la batalla de la fuerza de voluntad. Los protagonistas se disputan la conquista de las mentes y las almas de los hombres.
»Este fenómeno tiene lugar al mismo tiempo que se realizan los actos de una vida normal. Los ferrocarriles, canales, instalaciones de eliminación de aguas residuales, redes telefónicas…, todo sigue funcionando gracias a la cooperación entre los rusos y el Oeste, a pesar de que no haya contactos oficiales entre ellos.
»Incluso los rusos observan de cerca el abastecimiento aéreo de Berlín desde un Centro de Seguridad Aérea de las cuatro potencias.
»Dos fuerzas de policía distintas cooperan contra ciertos delincuentes. Cientos de miles de personas pasan diariamente de un sector a otro, utilizando los servicios públicos de transporte.
»Los órganos de gobierno de la ciudad se encuentran ante la estrambótica y casi imposible tarea de servir a dos dueños, al mismo tiempo que los votos que han proporcionado los respectivos cargos a sus componentes les ordenan servir a un tercero. Y mientras el *Magistrat* de Berlín se ve obligado a cumplir las órdenes de las dos partes, uno encuentra a comunistas, elegidos legalmente, en los puestos públicos de los sectores occidentales y alcaldes de barrio demócratas, legalmente elegidos, en el sector soviético.
»Las monedas libran una batalla para captarse el favor del público, contradiciendo todas las normas de la economía. Esta lucha por imponer las respectivas monedas que proporciona un buen patrón de medida respecto a la opinión de la gente, pues a pesar de su dificilísima posición material, los marcos «B» occidentales continúan arrollando a los «marcos de empapelar» de los rusos.
»En este asedio, el más extraño que se pueda concebir, el Oeste continúa sosteniéndose a fuerza de energía mientras en Karlshorst y en Postdam construyen caballos de Troya para los berlineses, y en Moscú los construyen para los occidentales».

Sean devolvió el artículo a Nellie.
—Tal como decías, el menor calificativo que merece es el de brillante.

—Sean —replicó Big Nellie bruscamente—, tú no sabes disimular. Dime que me ocupe de mis propios asuntos.

—Yo solía ver las cosas claras.

—A nadie le gusta que sus estupendos puntos de vista queden moderados por unos matices grises. Es como reconocer una derrota. En otro tiempo eras un truhán exigente con una fobia tremenda contra los alemanes.

—Sólo un ruso se aferra a una verdad absoluta…, hasta que el comisario la sustituye por otra verdad absoluta.

—No hagas malabarismos verbales conmigo, Sean.

—¿Combato acaso contra molinos de viento? ¿Veo cambios en esa gente porque quiero verlos, o es que se producen realmente? —Big Nellie refunfuñó. En el trasfondo se escondía otra vez aquella muchacha, y Sean estaba buscando justificaciones. —Habla con la mayoría de compatriotas nuestros destacados aquí y te dirán lo dulce, amable y sentimental que es el pueblo alemán. Es posible que Hitler lo desencaminase un poco, pero se lo perdonamos, a los alemanes. La mayoría de americanos que viven en Alemania te dirán que casi ningún alemán sabía lo que hacían los nazis —añadió Sean.

Bradbury sacudió su mechón de cabello.

—A mis distinguidos colegas les falta tiempo para entonar odas en honor al noble berlinés. Los alemanes no han cambiado, Sean, solamente se han desplazado un poco, a tenor de los vientos dominantes. Espera hasta que el bloqueo se haya prolongado durante seis meses y las concentraciones de unidad que se están celebrando por toda Alemania se disolverán como el humo. Aguarda hasta que un impuesto municipal les quite de los cestos de la merienda un bocadillo de *liverwurst* y verás lo pronto que se cansan de Berlín. Yo he oído ya el comentario… Berlín no ha sido nunca realmente nuestra capital… Berlín es un problema de los americanos.

Mientras Big Nellie atacaba el muro de justificaciones que Sean levantaba, éste se preguntaba hasta qué punto se había obligado a sí mismo a hacer las paces con los alemanes para conquistar a Ernestine. ¿Andaba en busca de unos signos que no existían?

—El pueblo alemán —prosiguió Big Nellie— no hará de las zonas occidentales un Estado democrático porque ansíe democracia. Lo hará porque nosotros se lo ordenamos. Sus convicciones políticas y su amor a la libertad empiezan, y terminan en un cesto de comida bien lleno. No posee el convencimiento íntimo suficiente para resistir un asalto contra la demacrada. Están dispuestos a pactar con quien les dé mayores garantías de salvar el pellejo, y volverán a precipitarse detrás del primer hombre fuerte que les llene los cestos de las provisiones. ¿Tienes bastante?

—Tanto da que termines.

—Nadie se sorprendió más que los mismos rusos cuando vieron lo fácil que era dominar a los alemanes. Nosotros les decimos: edificad una democracia. En el otro lado de la barrera les dicen: organizad un Estado policía. ¿Crees que se rebelan? No,

caramba, para ello tendrían que pisarle el callo a alguien. Tres años después de Hitler, desfilan allí ya otra vez con antorchas y banderas. Tres años, y vuelven a tener vigilantes domiciliarios y tribunales títeres. Siguiendo la gran tradición alemana, el vecino delata al vecino. Vosotros utilizáis confidentes. Sabéis que para ellos no es pecado vomitar todo lo que saben si con ello salvan el pescuezo. —Big Nellie exhaló un profundo suspiro y tocó la mano de Sean. —Ya sé que me inflamo un poco, pero, sea como sea, no logro habituarme a mi aliado demócrata alemán, enamorado de la paz.

—Me lo merecía —dijo Sean.

—Eres mi compañero, Sean. Tienes unas convicciones vivas y arraigadas. Si tratas de ahogarlas, emergerás de nuevo y te atormentarán.

CAPÍTULO XV

—¡BEAVER! ¡Venga acá!

—Lo siento, señor, se ha ido al Club de la Prensa a llevar el periódico.

—Quiero que vuelva rápidamente.

—Sí, señor.

Hiram Stonebraker tenía en sus manos un ejemplar del *Task Force Time*, periódico diario que editaba Woody Beaver y que traía unos titulares diciendo: «Sidney entra de un salto en Hamburgo».

Al parecer Woody Beaver se había procurado un canguro y hacía pasear el animal, con una escolta, por Alemania, solicitando de los alemanes que le llenaran la bolsa de regalos para el Berlín Oeste, en particular de juguetes para los niños. Sidney recogía más toneladas que transportaban los aviones de abastecimiento y obtenía más espacio en el *Task Force Times* que los «C-54».

Woody Beaver había aprendido su trabajo, efectivamente. Hasta demasiado bien, pensaba Stonebraker. El club de la Prensa ocupaba una casa, modificada para ello, que perteneció a un rey del cemento, enclavada en West Biebrick, sobre el Rhin. Beaver maniobraba y negociaba, imponiendo los puntos de vista de Stonebraker, y cuando éstos se diferenciaban de los de Morgan recurría a métodos tortuosos.

En público, raras veces se apartaba del general, a quien solía dar prestamente un golpecito en el hombro cuando le veía a punto de soltar alguna ocurrencia mordaz, particularmente acerca del club de recreo de las fuerzas de ocupación.

Beaver empezó a publicar el *Task Force Times* a las veinticuatro horas de habérselo indicado, porque Stonebraker creyó que obraría un efecto favorable sobre la moral. Al principio Buff Morgan no miraba de buen grado que se publicase otro periódico y solía decir que los demás americanos se sentían sobradamente satisfechos con el *Stars and Stripes*.

Cuando por fin lo autorizó, se olvidó muy oportunamente de concederle un cupo de papel, pero Beaver se manifestó a la altura de su misión, buscando y llevándose a las buenas y a las malas lo que le convenía. Así es que los primeros números salieron en una diversidad de tamaños y colores.

Una de las grandes ideas de Beaver consistió en una competición para dar al *Airlift* un nombre todavía más romántico. «Operación Vituallas» ganó la contienda y proporcionó buen tema a la Prensa mundial. El vencedor resultó ser, por casualidad, un miembro de la WAF que trabajaba en el Cuartel General y a quien Beaver había dado cita en aquella ocasión.

Stonebraker decidió bajar los humos a su vocinglero oficial de Prensa, señalándole misiones de vuelo. En su tercer viaje a Berlín, Beaver recogió a una pasajera, una señorita que trabajaba en la cantina móvil de campaña de Tempelhof. Fuese por lo que fuere, en el vuelo de regreso perdieron el rumbo y terminaron en

Marsella.

La muchacha sostuvo empeñadamente la versión de que se había metido en el aparato de incógnito, y Beaver insistió en que un extraño fenómeno magnético había alterado sus instrumentos. Stonebraker le ordenó que se concentrase en la tarea de informar al público.

—Beaver acaba de entrar en el edificio, señor.

Stonebraker emitió un sonido gutural que parecía un volcán entrando en erupción.

—¡Beaver! ¿De dónde sacó ese condenado animal?

—¿Se refiere a «Sidney», señor? Mire usted, estaba yo en Fuhlsbuttel recogiendo noticias sobre la llegada de las primeras tripulaciones australianas y he ahí que traían ese canguro como mascota, y… no sé por qué… se me ocurrió…

—Beaver, yo no soy el director de un zoo.

—Señor, ayer, en Lubeck, recogimos una tonelada de juguetes, y nos han prometido una tonelada de salchichas de Bremen. Sin embargo, ya sabe usted que los alemanes no se han sentido nunca muy generosos unos con otros. Esto que ocurre ahora es una señal muy buena.

—¿Qué diablos es usted? ¿Un filósofo político? ¿Cómo vamos a transportar todos esos desechos a Berlín?

—A finales de año quizá podamos reservar unos cuantos aparatos para una «Operación Santa Claus».

—¡Santa Claus!

—Fíjese nada más en todo lo que hemos recogido.

Stonebraker se dio cuenta de que la idea era excelente, y abandonó su postura, si bien muy despacio.

—Al fin y al cabo —continuó Beaver—, usted me ordenó que pusiera en juego mi iniciativa y trazase planes por adelantado.

—Pues…

—Los hermanos de «Sidney», «Humphrey» y «Octavius», han llegado hace poco. Si el general quiere firmar esta autorización para unos camiones más, podemos cubrir las tres zonas.

Stonebraker garabateó su nombre en la orden y luego se puso a soltar una reprimenda a Beaver por una caricatura del *Task Force Times* de lo que en el Airlift llamaban «servicio pasajero».

—Beaver, veo en un periódico decente (*The Stars and Stripes*) que Bob Hope actúa en París. Opino que la presencia de Bob Hope elevaría la moral de nuestra gente.

—Excelente idea, señor. Redactaré una invitación para que usted la firme.

Hiram Stonebraker movió la cabeza negativamente.

—Vaya a París y traiga a Bob Hope usted personalmente.

—Pero…, pero…, pero…

—Beaver, yo tengo fe en usted.

—Sí, señor —dijo el otro con voz cascada. Y se escabulló hacia la puerta.
—Eh, Beaver —gritó el general con una risita diabólica—, no vuelva sin él.

CAPÍTULO XVI

CLINTON Loveless dedicaba toda su atención al Centro de Control del Airlift, en el Cuartel General de la Taunusstrasse, en Wiesbaden. De allí, partían líneas directas hasta el Centro de Tráfico aéreo de Francfort, los accesos de Tempelhof y Gatow y a los campos de las tres zonas. Durante las veinticuatro horas del día se llevaba un registro minucioso de todo el tráfico aéreo, la situación de cada escuadrilla, mapas meteorológicos y de previsión. Y, sobre todo, de la tabla de Howgozit, en la que figuraba el tonelaje descargado en Berlín. Por aquellas fechas se acercaba a las tres mil toneladas diarias.

El Servicio Estadístico convirtió al Centro de Control y la sala de conferencias del personal en laberintos de tablas y gráficos mostrando las horas de regreso, las disponibilidades en motores, la utilización de los aparatos, las horas de vuelo por tripulación y todos los demás detalles necesarios para llevar un control de precisión tan exacto como la precisión de vuelo en el pasillo mismo.

Del XLVI de Bergstrom había llegado una docena de «Skymasters»; del XXII de Transporte, de Fairfield (California), dieciséis; nueve de Great Falls (Montana); habían acudido también de Westover, y otros más procedentes de Hickam, Tokyo y Kelly, en Texas; el Airlift adquiría más volumen que su padre, el MATS.

El envío de Material Aéreo constaba de piezas de recambio de todo el mundo y las fábricas de guerra volvían a funcionar, para producir otras más. En Erding, en las afueras de Munich, se redactó un manual sobre piezas del motor en inglés y alemán, y se contrató técnicos alemanes para salvar la brecha cada vez mayor que significaba la renovación de cuarenta mil bujías al mes y desarmar y volver a montar todos y cada uno de los instrumentos de los «Skymasters».

La impronunciable base de Oberpfanffenhofen, conocida por Obie, fue activada para una actuación intensiva. En Rhin-Main se empezó a construir motores, y de Obie y Erding salían diariamente trenes de piezas de recambio hacia la nueva estación terminal de Zeppelheim, la cual alimentaba Rhin-Main e Y-80.

Habían llegado ya, o estaban en camino, diez mil americanos, los cuales, con otros millares de ingleses, alemanes y personas desplazadas formarían un total de cincuenta mil ocupados en el abastecimiento de Berlín.

Un transporte por mar, llamado Marine X, en apoyo del transporte por aire, trasladaba diez millones de galones al mes de combustible para la aviación, amén de motores nuevos, fabricados en Texas, y trigo del Canadá.

El Cuartel General del Servicio Meteorológico se estableció en una casa confiscada que perteneció a los von Ribbentrop y que la Gestapo había utilizado como antro de horrores, y organizó el sistema más completo para reunir datos de las estaciones del mundo entero conocidas por la aviación.

En Rhin-Mud la oficina de Operaciones ostentaba un rótulo que decía: «Almacén

de carbón y víveres, entregas gratuitas, H. Ball Breaker, propietario».

En la dependencia de los pilotos de Y-80 otro rótulo decía: «Le felicitamos, lo ha conseguido otra vez».

Mientras los americanos volaban por el pasillo sur con una precisión cada vez mayor, los ingleses lo hacían por el pasillo norte, partiendo de sus campos de Fassberg, Celle, Lubec, Fuhlsbuttel y Kunstorf.

A medida que transcurría el mes de agosto se hizo evidente la necesidad de establecer un enlace más estrecho con el Cuartel General británico, enclavado en la ciudad medieval de Luneburg, y empezaron a tener lugar intercambios de personal.

La operación inglesa «Dieta Corriente» se desarrollaba con éxitos brillantes. Los ingleses no tenían más que un centenar de aparatos, la mayoría «Dakotas», réplica británica del «Gooney Bird». Como se encontraban más cerca de Berlín que la zona americana, los aviones podían hacer tres viajes diarios de ida y vuelta, pero sólo disponían de dos tripulaciones para cada avión.

Los ingleses dedicaban su esfuerzo principal al transporte de harina, que se llevaba la mitad de las toneladas por ellos transportadas. Ellos resolvieron el engorroso problema de llevar a Berlín gasolina y petróleo, que metían en grandes barriles. Luego contrataron aviones cisterna civiles. Poco después, los «Tudor» y los «Lancaster» transportaban todo el combustible líquido de Berlín en aviones cisterna.

También los ingleses resolvieron el desconcertante problema de transportar sal por el aire, artículo que resultó fatalmente corrosivo. El conflicto tuvo solución transportando la sal en los depósitos herméticos de los hidroaviones «Sunderland», que aterrizaban en el lago Havel de Berlín.

Preparándose para el invierno, en cuya época el lago se helaría, estaban diseñando serones, para colgarlos debajo de los aparatos… a semejanza de como transportaban la sal las antiguas caravanas.

—Métase en eso y ordénelo, Clint —dijo Hiram Stonebraker.

Clint trazó unos diagramas de cargamento de todos los «Skymasters» en servicio, anotó docenas de ideas para el transporte de paquetes de poco peso y un manual para cargar debidamente.

—Clint, váyase a Hanau y haga algo acerca del problema del carbón.

Clint dijo a los funcionarios de Hanau encargados de traer carbón que quería que lo adquiriesen de mejor calidad y que pesaran todos los sacos con más exactitud, pues sobrecargaban los aparatos.

El carbón lo cargaban en sacos militares sobrantes, que había que humedecer para que no soltaran polvo, que estropeaba los cables y los instrumentos de los aviones. El humedecer los sacos aumentaba el peso de la carga, por lo cual Clint quería ensayar unos sacos de papel de cinco capas. Aunque tales sacos sólo tendrían un margen de duración de tres vuelos, en contraste con los veinte que duraban los de tela,

resultarían todavía más baratos. Pero se necesitaría medio millón de sacos nuevos todos los meses.

En Hanau, Clint examinó las nuevas ideas acerca de las varillas de amarre. El tejido de arpillera se gastaba demasiado pronto. A Clint le gustó el aspecto de las telas metálicas y las varas ligeras de metal y quiso ensayarlas inmediatamente.

También en Hanau, Clarence Drinkwater había montado una escuela para enseñar a los alemanes los secretos de cortar maquinaria pesada, y se pusieron a la tarea de dividir los cargamentos de generadores pequeños traídos por la Operación Marine X para aumentar la capacidad de producción eléctrica de Berlín.

—Clint, Chip Hansen ha telefoneado diciendo que sólo queda papel de periódico para cuatro días. Considera de suma importancia para la moral de los sectores occidentales que los diarios continúen saliendo.

Clint voló hacia Sweden, donde, en colaboración con un fabricante de papel, diseñó un rollo de poco tamaño, que sólo pesaba quinientas libras.

—Clint, vaya a Obie y vea qué son todas esas quejas sobre los muelles de reparación.

Los muelles de madera resultaban inadecuados. Clint los quería de metal ligero, de forma que se los pudiera juntar como tribunas provisionales, y envió un mensaje urgente al Mando de Material Aéreo pidiendo que se los procurasen y los trasladasen inmediatamente por conducto de la Marine X.

Hiram Stonebraker estaba rematando una enconada discusión con Buff Morgan, sostenida por el teléfono especial, acerca del horario y el espacio aéreos. Stonebraker insistía en que, en Rhin-Maine e Y-80, el aire debía estar libre de tráfico de la USAFE y de aparatos civiles durante las horas más intensas del *Airlift*.

Con ello, sería una pesadilla fijar los horarios, pero Stonebraker no consentía que nada interfiriese el derecho de prioridad del abastecimiento. Al final de la discusión, Buff Morgan amenazó con llevar el asunto ante Chip Hansen.

Hiram soltó el receptor de golpe, y se desahogaba con cierto número de palabras cuidadosamente seleccionadas sobre el club de recreo de la USAFE cuando le entregaron un mensaje de Material Aéreo: *La Marina entrega inmediatamente un centenar de motores «C-54». Enviamos quince por avión, vía* «C-52». *El resto llegará por Marine X a finales de mes*.

Con el mensaje en la mano, Hiram se fue al Centro de Control a estudiar la tabla de reserva de motores. Los de la marina llegarían muy oportunamente.

A consecuencia del servicio intensivo de los aparatos, el tipo de carga, el enorme peso de ésta y el número de despegues y aterrizajes, las averías aumentaban de tal

modo que casi el veinte por ciento de los aviones estaban en tierra a la vez necesitando piezas de recambio y reparaciones.

En las escuadrillas, además de las reparaciones imprevistas, se revisaban los aparatos cada veinte y cincuenta horas. A las cien horas, cada aparato era objeto de una inspección más minuciosa. Y cuando un avión llevaba mil horas de vuelo lo enviaban a Estados Unidos para un repaso total.

El repaso provisional a las doscientas horas en la nueva base de Obie resultaba un entorpecimiento. Tal inspección exigía el entrenamiento de centenares de alemanes y la pérdida de millares de horas de vuelo. Stonebraker quería eliminar la Base de Obie y la revisión de las doscientas horas, pero tanto la USAFE como el MATS se oponían. Stonebraker había regresado a su oficina para atender una visita de Clint Loveless, recién llegado de su último viaje, en el cual fue al Cuartel General inglés a estudiar la posibilidad de organizar una operación conjunta de transporte en los campos británicos de Celle y Fassberg. Los ingleses tenían más campos de aviación que aparatos para llenarlos y estaban más cerca de Berlín. En cambio, a los americanos les llegaban más «Skymasters» y ya no cabían en sus dos aeropuertos.

Clint fue a la oficina del general y, apenas haber entrado, se quedó atónito, pues le pareció verle blanco como el yeso. Stonebraker le enseñó el mensaje que se refería a los motores de la marina. Clint exhaló un suspiro de alivio.

El general llamó a su ayudante, le dijo que telefonease a Martha Jane anunciándole que no almorzaría en casa y le ordenó que trajese algo que comer para el coronel Loveless y para él.

—Clint, con esos cien motores de la marina no habrá bastante. Mañana me reúno con los de la USAFE para interrumpir las inspecciones de las doscientas horas. Quiero que usted respalde mi posición.

Clint meditó el caso. A los «Skymasters» se les exigía un trabajo para el que no se les había destinado. Los antiguos libros de instrucciones no servían.

Los pilotos jefe habían ideado métodos para obtener el máximo rendimiento con el desgaste mínimo, indagando la potencia exacta y reduciendo el tiempo de detención en el suelo.

No obstante, el esfuerzo continuado de los despegues levantando cargas pesadas y las múltiples presiones habían ocasionado el desgaste de los pistones. El uso continuo de los aparatos producía un efecto desastroso en las cámaras de combustión y los rellenos, chapaletas e hilos del encendido sufrían en exceso.

Los sistemas hidráulicos, particularmente el mecanismo de retracción del tren de aterrizaje, trabajaban demasiado, y los cargamentos de carbón y harina erosionaban cables, alambres, contactos, clavijas, instrumentos, aparatos de radio…

Se producían averías en las largas y delicadas hélices delanteras, no ideadas para soportar las fuertes trepidaciones de tantos despegues y aterrizajes, y las filtraciones de combustible eran fuente incesante de quebraderos de cabeza.

El repaso de las doscientas horas significaba que necesitaban mayor apoyo

logístico, habían de encontrar y fabricar un treinta por ciento más de piezas de recambio, hallar medios adecuados y entrenar a más mecánicos de aviones y motores de lo que permitía la base de Obie.

Clinton Loveless e Hiram Stonebraker sabían que en aquellos hangares desagradables, mal iluminados y tan poco románticos, los mecánicos, separados de sus familias y viviendo en chozas de hojalata levantadas en unos campamentos fangosos, serían los que llevarían el *Airlift* al éxito o al fracaso.

Era un problema que no se podía resolver, solamente estimar, pues el abastecimiento aéreo exigía los servicios de logística y reparaciones más grandes de toda la historia de la aviación.

—¿Qué le parece, Clint?

—Lo siento, general, pero no puedo apoyar su punto de vista. Hemos de continuar con la revisión de las doscientas horas.

Stonebraker comprendió que le habían derrotado. En este caso no contaría con el apoyo ni de su propio personal. La base de Obie sólo podía funcionar en verano y otoño, y no había en Alemania otra que dispusiera de elementos para la revisión de las doscientas horas en invierno. Ello significaba que habría que poner nuevamente en servicio una base inglesa de los tiempos de guerra y que los «C-54» habrían de salir fuera de Alemania.

Llegó la comida. El general Stonebraker comía en su mesa y Clint en la de tomar el café, que estaba delante del sofá.

—Tendrá que ir a Inglaterra, Clint. Los de MATS estarán buscando bases. Yo pensaba en la de Burtonwood. Infórmese de si podremos ponerla en condiciones con bastante rapidez.

—¿Cuándo marcho, señor?

—Pues… mejor será que emprenda el viaje pasado mañana. —El general dio unos mordiscos a la comida y preguntó a Clint qué tal iba la colaboración con los ingleses. Clint respondió que no había dificultades. El general comprendía que los británicos superarían los viejos tiempos del CBI. Si las bases conjuntas anglo americanas de Fassberg y Celle entraban en acción muy pronto y no transportaban otra cosa que carbón, quizá pudieran aumentar las reservas, peligrosamente escasas, de Berlín.

El subteniente Beaver llamó y entró. Stonebraker repasó los papeles del periodista y estudió la caricatura para el día siguiente del *Task Force Times*. Representaba al «Aviador Kimacyoyo» (nombre fabricado con las primeras letras de las palabras americanas correspondientes a la frase «Béseme el trasero, coronel, no tiene que pedir permiso») ante una mesa escritorio que ostentaba el rótulo de *Servicio de alojamiento de personal*. Un cigarro que había estallado le ennegreció el rostro, y el pie rezaba: «Ya te dije yo que era una tarea ingrata». Hiram rubricó los papeles, dando su conformidad, al mismo tiempo que soltaba una risita. La caricatura pondría furioso a Buff Morgan.

Luego Stonebraker examinó la lista de personajes importantes que iban a llegar. Beaver insistió en que uno de los periodistas era de los que «quieren ver». Hábil también un ministro del Gabinete inglés, a quien era necesario acompañar en una visita de inspección a Y-80, y un general francés.

—Los franceses, que se fastidien. No hacen nada en absoluto por el *Airlift*.

—Enarbolan la bandera en Berlín, señor y nos proponemos construir un aeropuerto en su sector.

—¿Viene alguno más de sus condenados amigos, Beaver, a entorpecer nuestro trabajo?

La semana próxima iba a llegar el vicepresidente Alben Barkley, y Garry Moore se proponía representar una función en la requisada Casa de la Opera.

—¿Dónde diablos están los números de Howgozit?

Beaver sacó un pedazo de papel que cogió en el Centro de Control, con unos números que anotaban, escuadrilla por escuadrilla, el total de vuelos y el tonelaje. Era un día terrible. Cuando sólo habían descargado seiscientas toneladas, el mal tiempo impidió volar.

Stonebraker puso una cara larga. ¿Cómo se elimina el mal tiempo? Después de dar las gracias a Beaver con voz apagada, le despidió.

Por la línea roja llegó una llamada telefónica de Berlín. Era Chip Hansen. Buff Morgan le había trasladado la queja por lo del espacio aéreo. Stonebraker se negó a ceder, y Hansen dijo que probaría de calmar los ánimos de los de la USAFE.

—Crusty, acabo de recibir las cifras relativas al nuevo campo de aviación.

—¿Cuántos barriles de asfalto? —apresuróse a preguntar Stonebraker.

—Diez mil.

Stonebraker refunfuñó.

—Y, Crusty…, hoy el *Magistrat* se ha dirigido a Neal Hazzard. Los inventarios de los hospitales son peligrosamente alarmantes por su escasez. Necesitamos que traigan inmediatamente varios millares de toneladas de medicamento de urgencia. —Al final, Chip Hansen envió recuerdos para Martha Jane.

Stonebraker dejó el teléfono pausadamente.

—Hemos de transportar diez mil barriles de asfalto —le dijo a Clint. A éste le dieron ganas de llorar. —¡Qué diablos, Clint! Por muy duro que lo pasemos nosotros, esa gente de Berlín lo pasa diez veces peor.

Stonebraker se levantó pesadamente de la silla. De súbito giró sobre sus pies y se desplomó contra la pared, gimiendo con un dolor terrible en el pecho, cayó de rodillas y luego empezó a deslizarse a rastras hacia su mesa.

—¡General!

—Clint…, el cajón… superior…

Clint encontró una caja de tabletas de nitroglicerina. *Tómese una en caso de ataque*. Clint administró la píldora al general, le puso un cojín debajo de la cabeza, le aflojó el cuello de la camisa y corrió al teléfono mientras el general revolvía y

boqueaba en busca de aire.

—No…, no…, teléfono no…, cierre… la puerta…

Clint titubeaba. La vida del general estaba en juego, no obstante, gracias a un doloroso esfuerzo, su voz había tenido el acento de un mandato. Clint dejó el receptor y cerró las dos puertas de entrada.

El general gimió y se cubrió de un sudor frío; después el ataque cedió poco a poco. Clint limpió con un paño húmedo la cara del general y éste le cogió por las muñecas.

—Usted no dirá nada a nadie de lo que ha visto.

—No vale la pena que arriesgue su vida, general. De todos modos, no vamos a conseguir nada.

—¡Maldito sea, Clinton! ¡Maldito sea! Que no le oiga pronunciar nunca más semejantes palabras.

CAPÍTULO XVII

UN médico del Cuerpo de aviación, a quien hicieron jurar que guardaría el secreto, dejó las habitaciones del general después de asegurar a Martha Jane y Clint que el paciente descansaba bien.

Clint continuaba trastornado. Martha Jane probó a reconfortarle.

—Esos ataques vienen y se pasan. Es una cosa a la cual hemos tenido que habituarnos. Yo decidí hace mucho tiempo que no viviríamos atormentados por el miedo.

—No tenían derecho a llamarle de nuevo —dijo Clint.

—Al principio yo también lo creía así. Pero el general habría muerto antes si hubiesen prescindido de él.

—Esta misión destroza aeroplanos y hombres. Ni nosotros ni las máquinas estamos hechos para soportar este martilleo.

—Pues, Clint, el general sólo sobrevivirá si cree que puede conseguirse.

Clint regresó a su cuarto del hotel Rose y estuvo despierto hasta altas horas de la noche. Hiram Stonebraker, los miembros del G-5 que estaban en Berlín, los aviadores de Y-80 y los mecánicos de Rhin-Mud servían de compensación a un buen número de lupanares de Madison Avenue. Y se alegró de estar allí.

Al día siguiente era domingo. Clint telefoneó a Martha Jane, preguntando por el estado del general.

—Se ha ido a su oficina —respondió la dama.

—¡Que me cuelguen!

¡Hermoso día! Clint paseó la mirada por la calle, delante del hotel Rose. Su primer día libre, y el sol brillaba.

Stonebraker había albergado a su personal en una colección de hoteles requisados de la plaza Koch Bruner, enfrente, aunque formando una línea sesgada, del Cuartel General. Los lujosos Schwarzer Bock, Rose y Palast albergaban a los militares de mayor graduación. Una serie de hoteles menores, desparramados por toda la ciudad, fueron destinados a los oficiales jóvenes y a la tropa.

Clint fue a la oficina principal de canje para procurarse artículos de aseo y cigarrillos. Exceptuando una sola pasada de bombas, la aviación había respetado a Wiesbaden. La Fuerza Aérea había requisado todos los edificios grandiosos del centro de la ciudad para la USAFE y las oficinas y dependencias necesarias para dirigir aquella tremenda organización aérea. Las cervecerías fueron convertidas en comedores militares, y la última unidad llegada, la I Fuerza Operativa del *Airlift*, ocupó una manzana de la Taunusstrasse, con tiendas y pisos, y la transformó en un puesto de mando improvisado.

Clint regresó al Rose preguntándose qué diablos haría. Entonces se fue al Bier

Stube y al Palast, que servían de punto de reunión para el personal del *Airlift*. Todo el mundo estaba entregado a su tarea y en aquella hora tan temprana no había nadie. «Lo mismo da que vea algo de Wiesbaden», pensó, y se encaminó hacia la Wilhelmstrasse, pasando por delante de una fila de tiendas que habían sido elegantes y de unos cafés en las aceras todavía encantadores.

Fuera del alguacilazgo del Cuartel General, Clint pudo ver que la ciudad era una verdadera joya, con tradición y magnificencia. Tenía historia como balneario ya desde la época de los romanos y contaba con un buen número de parroquianos entre la aristocracia y los industriales de Renania.

Luego cruzó la Wilhelmstrasse en dirección a la columnata sembrada de flores, que empezaba con una estatua de Bismark. A un lado estaba la Casa de la Opera; al otro, un parque y unas fuentes. Viendo pasar a los aviadores con sus novias, empezó a sentirse solo, y se puso a tararear «Domingo en el Parque». Dios santo, ¡cómo aborrecía el domingo en un parque de Nueva York! Era como un *ghetto* encerrado entre las verticales paredes de los altos edificios.

El sonido de la banda de la Fuerza Aérea, que daba un concierto dominical delante de la Kurhaus, le atrajo hacia el final de la columnata.

Aquis mattiacis, decían las letras grabadas sobre seis columnas que sostenían el tejado en cúpula de la Kurhaus. El primitivo nombre romano de la ciudad y el emplazamiento de las fuentes medicinales sostenían un edificio del que se rumoreaba que había sido construido por veintiséis millonarios, cada uno de los cuales aportó sumas enormes.

La Kurhaus había sido requisada para «Eagle Club», en beneficio de las familias americanas. Los suelos de mármol sostenían mesas de «ping-pong» y en la punta de un comedor instalaron una fuente de bebidas carbónicas. De la biblioteca, con sus alfombras orientales, habían desaparecido los libros alemanes y estaban sustituidos por volúmenes ingleses.

Detrás de la Kurhaus se extendía un magnífico parque de estanques y puentecitos y pistas de equitación y campos de tenis, frecuentados en otro tiempo por arrogantes barones con monóculo, reyes del acero con largas cicatrices en la mejilla y sus respectivas esposas, que parecían sendos relojes de arena.

Clint oyó que la banda interpretaba la Obertura de «Guillermo Tell». ¿Por qué diablos todas las bandas habían de tocar la Obertura de «Guillermo Tell»? Quizá no fuese una buena idea el tener un día libre.

Clint cogió un taxi y subió a los montes hasta el «Club de Oficiales Neroberg». El gran hotel estaba en un escenario lozano, un bosque de las laderas de los montes Taunus, orientado hacia Wiesbaden y el Rhin. Clint se sentó ante el mostrador, escuchando a Egon en el piano.

Los concurrentes eran en su mayoría personal de la USAFE y aunque no les importaba un bledo lo que ocurriese en Erding, Rhin-Main y Obie no podían zafarse del *Airlift*. Acompañando las habladurías y las quejas acerca de lo duro que resultaba

soportar la economía alemana, se notaba cierta tensión. Se hablaba mucho de evacuar a los familiares de Alemania antes de que la bomba de Berlín estallase.

Clint dirigió una mirada a su alrededor, atormentado por una desesperación creciente, buscando un rostro del Cuartel General. Pagó unas copas a Egon, y el alemán tocó «Este amor mío», que él y Judy consideraban «su» canción.

Pidió prestado un traje de baño y cogió un taxi hasta el Opelbad, una lujosa piscina enclavada entre los bosques y las viñas, sobre la ciudad. Una vez allí estudió a las mujeres de la orilla de la piscina con ojo experto, pero ninguna tenía una figura tan voluptuosa como Judy… «Déjalo», pensó Clint.

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

—Al Cuartel General del *Airlift*.

Al entrar en el 11 de Taunusstrasse, Clint dio un suspiro. Fue primero al Centro de Control, donde charló con el oficial de guardia, quien le informó sumariamente. Luego subió a Operaciones y calculó rápidamente por su cuenta que aquel día descargarían tres mil toneladas.

Después se fue a su oficina, se quitó la chaqueta, puso el calentador para el café y empezó a leer los acuerdos preliminares tomados con los ingleses para operar conjuntamente en las bases de Celle y Fassberg. A continuación telefoneó a la oficina del general Stonebraker. Contestó la secretaria.

—Aquí el coronel Loveless. ¿Puede hablar conmigo el general?

—Diga.

—Clint Loveless, señor.

—Diga, Clint.

—¿Cómo va su… indigestión, señor?

—Bien.

—Estoy trabajando en el acuerdo con los ingleses. Procuraré tenerlo en su mesa mañana por la tarde, antes de partir para Burtonwood.

—Creía haberle concedido el día libre.

—En efecto, señor. No sé qué hacer con un día libre.

—Bien, puesto que está ahí, tráigamelo esta misma tarde.

Clint apretó los dientes un segundo largo.

—Sí, señor. De paso, general, ¿ha visto usted en la memoria cómo alejan los ingleses a los gorriones del campo de Gatow?

—No.

—Parece que uno de sus aviadores se dedicaba a entrenar halcones para la caza. Ahora envían unos cuantos de Inglaterra. Dicen que en una hora tendrán a los gorriones fuera.

—¿Cómo diablos no se nos había ocurrido?

—Me figuro que no somos muy expertos en cetrería.

—De paso, Clint, Martha Jane prepara cócteles y comida para algunos miembros del personal, y sus respectivas esposas, que están especialmente enojados conmigo.

¿Por qué no se reúne con nosotros en el comedor a las siete?

—Parece toda una tentación, señor.

Clint se ensimismó en el acuerdo, contento de haber vuelto al trabajo. De pronto sonó el teléfono.

—Coronel Loveless.

—Señor, aquí el sargento Bufford —tartajeó un tejano. Estoy aquí en Rhin-Main, en el «Club de las Esposas Perdidas». Está con nosotros una tal *mistress* Clinton Loveless, que ha llegado en un avión comercial. Calculamos que le pertenece a usted, señor.

Clint parpadeó incrédulo.

—¿Trae consigo un par de chiquillos pálidos?

—Señora, ¿tiene usted un par de hijos pálidos?

Judy cogió el teléfono.

—Clinton, ¿quieres hacer el *favor* de venir a buscarnos?

—¡Que me cuelguen!

El general se quejó malhumorado de que el acuerdo llegaría tarde a su escritorio, pero a pesar de todo cedió a Clint su propio coche militar y se puso en contacto con el hotel para que preparasen unas habitaciones.

Judy no estaba segura de si había obrado bien trasladándose a Alemania sin avisarle, pero cuando se abrazaron y él tuvo que dar unos resoplidos al besar a los niños, comprendió que sí.

A Tony y Lynn los depositaron, en una bañera grande como un estanque pequeño, mientras la fatigada esposa se derrumbaba al beber un martini.

Clint rogó que les sirvieran la comida a los niños, los cuales quedaron tremendamente impresionados al ver a los camareros, con sus trajes de etiqueta, limpiando, haciendo reverencias y alejándose con majestuoso porte. Clint deshizo el equipaje y los acostó.

Judy se reanimó y fue al saloncito con la figura, el aroma y el tacto de una real hembra dispuesta para el amor. Pero Clint estaba pensativo.

—No te ha alegrado que viniera aquí.

—Hemos de cruzar muchos ríos. —Durante seis semanas no se habían escrito ninguna carta, excepto la que recibió Clint de Milt Schuster, a quien Judy había visitado para demandar el divorcio.

—Cuando fui a ver a Milt estaba enojada y ofendida. Cuando se me pasó la cólera, me sentí sola, sencillamente. Clint, el hecho de haber venido, ¿no indica que haremos siempre lo que tú quieras? Me figuro que no me gusta encontrar la cama vacía.

—No te costaría mucho trabajo llenarla con alguien que comparta tus ideas sobre la manera de abrirse paso en el mundo.

—No puedo, Clint… —Él se puso en pie y se alejó. —Te compensaré por lo pasado, cariño —dijo Judy. —Buscaremos una casita aquí…

—Diantre, Judy. No basta con bajar a la calle para encontrar una casita.

—¿Qué intentas decirme?

—Las seis semanas últimas me he sentido más despierto que en ningún momento de mi vida. Tenemos un aviador en una base de las afueras de Munich que ideó la manera de renovar bujías a veintiún centavos cada una. Nuevas, cuestan sesenta centavos. Gastamos cincuenta mil al mes. Un joven oficial del Cuartel General, ahí al otro lado de la calle, ha proyectado un calculador de carga que nos ayuda a transportar quinientas libras más en cada vuelo. Tenemos personas desplazadas capaces de descargar diez toneladas de carbón en veinte minutos. Hemos hecho toda suerte de milagros…, pero estamos derrotados. Yo conozco a mi Judy. A mi chica no le gustan los vencidos.

—Clint, te amo. Ahora he empezado a saber cuánto y por qué también yo tomaré parte en esta lucha.

Clint movió la cabeza asintiendo, le abrió su corazón, y Judy comprendió cuál debía ser su labor. Ella podría alejarle de aquellos problemas espantosos durante unos cortos ratos, darle energías y enviarle otra vez a la batalla.

—Aquel viejo malo es el hombre más grande que he conocido…, pero va a morir. Tiene una bomba de relojería en el pecho.

Al cabo de un rato Clint se alegró de que Judy estuviese a su lado. Se estiró en la cama, y fue como en los primeros tiempos, cuando tenían que hacer equilibrios para que el dinero alcanzase a final de mes. Entonces Judy era una mujer admirable.

—Compremos un niño —runruneó ella.

Clint dijo que estaba de acuerdo.

—Sonó el teléfono.

—Clint, venga al Cuartel General al instante.

Clint no se tomó la molestia de preguntar qué problema concreto inquietaba al general.

—Y mañana volaremos hacia Berlín en el segundo turno de aviones de Rhin-Main.

—¿Cómo queda mi viaje a Inglaterra, señor?

—Tendrá que esperar. En Tempelhof está funcionando el equipo de control terrestre de aterrizajes. El tiempo empeora otra vez. Hemos de inspeccionar el equipo mencionado y romper aquel embotellamiento.

—En seguida estoy ahí, general. —Clint dejó el teléfono y miró a su atónita esposa. —Así va el juego, muchacha —le dijo.

CAPÍTULO XVIII

CAÍA un diluvio. Rhin-Mud era un lago.

Equipos de personas desplazadas y aviadores empapados preparaban la hilera de «Skymasters» para emprender el vuelo. El coche de Hiram Stonebraker, ostentando una bandera mojada y caída, con dos estrellas, se detuvo delante de Operaciones, Sección 7497 del *Airlift* cuando se acercaba la hora de la partida.

A la vista del general, el rótulo que anunciaba el Almacén de Carbón y Comestibles de Ball Breaker fue retirado para exhibirlo en un momento más oportuno.

Stonebraker, sacudiéndose el agua, entró en la oficina del piloto jefe.

—¿Nos llevará usted a Berlín, capitán?

—Sí, señor —respondió Scott Davidson. Seremos el número quince de la caravana.

—Cuando llegue a los accesos de Tempelhof, dígales que quiero poner a prueba el aterrizaje gobernado desde el suelo.

Scott fijó la vista en el aguacero que estaba cayendo.

—No habría podido escoger mejor día para ello, general.

—Le veré al dar las instrucciones. Y de paso, Scott, ¿cuenta con bastantes horas de vuelo?

—Muchas…, señor.

Cuando Stonebraker pisaba el vestíbulo de nuevo, dos pilotos estaban leyendo el *Task Force Times* y riendo a carcajadas. La caricatura representaba el encargado del servicio meteorológico, que se había ahorcado, y dos pilotos, viendo el cadáver comentaban: «¡Oh, oh, el tiempo está mal otra vez!».

Treinta tripulaciones formadas con una miscelánea de escuadrillas entraron en la sala de instrucciones. El hombre del tiempo estaba delante de su mapa.

—El continente europeo se encuentra bajo la influencia de un centro de presiones muy bajas a la altura de las islas británicas, por lo que se debe pronosticar malas condiciones de vuelo en las cuarenta y ocho horas venideras. —En la sala se levantó un murmullo malhumorado. Los techos oscilarán desde cero a quinientos pies, y la visibilidad, de cero a una milla y media.

—Precioso —murmuró Nick Papas.

—Un apretado frente de presiones motivará vientos fuertes del noroeste, en lo alto, en trescientos quince grados. Los vientos serán de una velocidad de cuarenta y cinco nudos.

Sería un día largo.

Scott Davidson se plantó delante de los hombres y les informó de las nuevas instalaciones de radio y de reflectores en el pasillo central, luego les hizo un discursito diciendo que estaba harto de los pequeños, pero numerosos accidentes en el

suelo, por culpa de los cuales se perdía muchísimo tiempo. Habló de los recursos para aterrizar con cargas pesadas, realizar giros y frenar con cuidado para no perjudicar la delicada hélice delantera del «C-54».

Mientras le oía hablar, Hiram Stonebraker se enorgullecía de la corazonada que había tenido. En el pasado, Scott había sabido embelesar a las esposas de los comandantes, engañar y eludir responsabilidades, pero ahora había sabido reconocer que con Stonebraker la suerte le abandonaba, temporalmente. Luego, el lanzar grandes pájaros por el pasillo aéreo y enviar toneladas a Berlín fue como volver por entero a los tiempos de la guerra. El lodo de las bases, la urgencia del *Airlift*, y los innumerables problemas que se presentaban le convertían en un piloto jefe excelente. Scott terminó sus instrucciones poniendo de relieve lo que le disgustaba que se fumasen cigarros en las cabinas…, aludiendo a Nellie.

Stonebraker y Clint Loveless aguardaban en el coche militar, cerca del avión, mientras la lluvia azotaba a una docena de polacos desplazados y al sargento americano responsable de cargar el aparato. La lluvia les empapaba debajo de los ponchos mientras llenaban la aeronave de sacos de carbón, barriles de asfalto y arreglaban la carga para distribuirla uniformemente, junto a cierto número de cajas ligeras de cartón que llevaban el rótulo de *Queso danés*.

Stan Kitchek y el ingeniero de vuelo Nick Papas rodearon el avión con agua hasta el tobillo, procediendo a la inspección anterior al despegue, mientras Scott firmaba los impresos de partida en Operaciones y cogía un equipo de vuelo.

Colocadas las escaleras, todos subieron a bordo. Clint se instaló en un asiento plegable de la parte trasera de la cabina. El general se sentaba detrás del copiloto. Los remolques de la pista se alejaron en todas direcciones, las escaleras se apartaron, alguien quitó las uñas de las ruedas, los motores entraron en actividad con un estertor, y la línea de aparatos empezó a rodar lentamente por las mojadas pistas de maniobra.

Al acercarse la hora de la partida, Scott siguió con la mirada al primer aparato al que la torre de mando dio orden de elevarse. Mientras sus motores aceleraban hasta la potencia de despegue, de las alas se derramaban torrentes de agua. El avión chapoteó por la senda abierta una rociada de agua pulverizada y corrió casi hasta el extremo antes de remontarse en el aire. Luego desapareció rápidamente en la niebla.

Stan recibió la lista de comprobaciones.

—Hélice frontal.

—Centrada.

—Freno de aparcamiento.

—Dispuesto.

Con tres minutos de intervalo, el segundo aparato desapareció en el dosel gris.

—Revoluciones por minuto.

—Ochocientas.

—Presión del combustible.

—Diecisiete.

—Presión de aceite.

—Setenta.

Nick dijo a Clint Loveless que se atase el cinturón porque iban a tener un mal viaje. A Clint le fastidiaban los cinturones. Nick metió la mano en un barrilete y le dio unos auriculares al general.

—Depósitos principales.

—En regla.

—Bombas de presión.

—En marcha.

—Fundas de aletas.

—Fuera.

—Generadores.

—En marcha.

Nick empujó las ventanillas para cerciorarse de si estaban cerradas. Lo estaban, pero el agua se filtraba.

Al acercarse a la punta de la pista, Scott se dio cuenta de que la lluvia había prolongado el intervalo de despegue.

Stan llamó a la torre.

—Aquí Big Easy Quince llamando a la torre de Rhin-Main en petición de instrucciones para despegar.

—Big Easy Quince, aquí la torre de Rhin-Main. La hora tope ha sido cambiada por la de las siete treinta y siete. Arranquen por la pista dos seis. La nueva medida del altímetro es tres, cero, cero, cero. Ahora son las siete treinta y seis, negro.

—De acuerdo.

—Big Easy Quince, dispuesto a partir hacia su destino.

Scott colocó el aparato en posición en la punta de la pista.

—Big Easy Quince, aquí la torre de Rhin-Main. Pueden despegar.

Al empujar el regulador adelante, los millares de caballos de potencia de los motores Pratt Whitney cobraron vida. Scott notaba el esfuerzo que realizaban al avanzar por el agua y comprendió que necesitaría la mayor parte de la pista.

Stan Kitchek anunció la velocidad. A la de ochenta, Scott echó la palanca atrás, inclinando para arriba la hélice delantera.

—Noventa, noventa y cinco.

Scott tiró de la palanca; el pájaro subió limpiamente hacia el cielo, y en un instante se sumergió entre las nubes, volando según las indicaciones de los instrumentos. Remontóse hasta los novecientos pies y puso rumbo al sur, en dirección al Reflector de Darmstadt, cuya sintonía había puesto el copiloto, lo cruzó y empezó a elevarse.

El avión cabeceaba violentamente. Clint Loveless empezó a sudar. Stan pidió y obtuvo vía libre para subir hasta los seis mil pies. Scott luchaba con la palanca mientras la turbulencia hacía bailar el aparato, tratando de ganar altura para el

recorrido de cuarenta y cinco millas hasta la cordillera de Fulda.

Ya sobre los montes, en la demarcación del pasillo meridional, los aviones de la caravana comprobaron la hora unos con otros y coordinaron la velocidad para entrar en Berlín formando una cadena ordenada.

Scott adoptó una inclinación de cincuenta y siete grados, descontando diez por los efectos del viento, que soplaba del noroeste a cuarenta nudos y le empujaba hacia la derecha del trayecto.

Clinton Loveless deseaba morirse. Probó a pensar en otras cosas para distraerse de sus sufrimientos…, quiso imaginarse el regreso a Wiesbaden y el momento en que gozaría de Judy. Pero ni siquiera esto le sirvió de nada.

Nick Papas bebía café de un termo y ofreció un trago al general. Pensaba que dos viajes a Berlín durante aquel día serían peor que el infierno. Aquella noche, en Francfort habría un juego de naipes de mucho envite… Si tenía suerte todavía llegaría a tiempo.

Scott y Stan estaban demasiado ocupados manteniendo el rumbo del avión para pensar en nada.

Hiram Stonebraker consideraba que el día era perfecto para ensayar el nuevo sistema de control de aterrizaje desde el suelo en Tempelhof. Cuando hubiesen tomado tierra, se proponía ver cómo el sistema GCA (o sea, de control de aterrizaje desde el suelo) dirigía el de la nueva oleada de aparatos de Wiesbaden. Luego pasaría el día en Berlín, acompañado de Clint, para resolver una serie de problemas.

Hiram Stonebraker tenía unas pocas supersticiones de aviador. Una de ellas era la de que cada veinte viajes por aire que hacía a Berlín volaba con Scott Davidson.

Llegaron al punto medio del recorrido de doscientas once millas del pasillo. Considerando que las comunicaciones por radio serían mínimas durante un rato, el general dio una palmadita en el hombro a Stan, ocupó el asiento del copiloto y puso en marcha el aparato de comunicación interior.

—Buen día para ensayar el GCA.

—Sí, señor…, una joya. —Scott volvió la cabeza y la movió afirmativamente. —Parece que el coronel Loveless preferiría estar en otra parte.

Entre los bamboleos y las caídas, los pálidos labios de Clint se movían como si estuvieran rezando.

—Es un buen ingeniero. Debería saber lo seguros que son estos aparatos. —Stonebraker sacó un cigarrillo puro muy largo. —¿Le molesta que fume, capitán?

A Scott le fastidiaba el humo de cigarro en la cabina. Mick, que estaba continuamente mascando un cigarro sin encender, dio fuego al general y luego encendió su propio cigarro, exhalando un suspiro de contento. Scott hizo una mueca.

El general vio que en la frente del piloto brillaba el sudor a causa de tanto pelear con la palanca. Casi notaba el dolor de las manos y los hombros del aviador. Aquel muchacho llevaba el vuelo con maestría absoluta.

—¿Qué me dice de aterrizar guiado por el GCA, Scott? ¿Podrá hacerlo? —le

preguntó Stonebraker.

—Delo por seguro, general.

Scott viró de nuevo hacia el viento.

—En un tiempo como éste, general, me gustaría que llevásemos una reserva mayor de gasolina.

Stonebraker meditó. Los «C-54» tenían unos grandes depósitos en las alas. Clint y sus subordinados lo habían dispuesto de modo que en los vuelos cortos del *Airlift* sólo estuvieran llenos en un veinte por ciento de su capacidad, con lo cual podían transportar mayor carga. A seis libras por galón, ello significaba muchos centenares de libras más.

—¿Qué opina usted, Scott?

—Con una atmósfera revuelta como la de hoy, el combustible golpea las paredes del depósito violentamente y amenaza con agrietarlas.

Los derrames de gasolina eran un peligro y habían de tomarse muchos trabajos y molestias para que los depósitos no filtrasen. Stonebraker pensó que examinaría atentamente la inspiración de Scott.

Scott envió un mensaje a Tempelhof.

—Aquí Big Easy Quince llamando a Tempelhof. Quiero que comprueben si sigo por el centro de la ruta. Cambio.

—Aquí Tempelhof llamando a Big Easy Quince. Está a media milla a la derecha del centro.

«Un vuelo excelente —pensó Stonebraker—, excelente de veras».

En Berlín, las pantallas de radar, capaces de ver a través de las nubes y otros obstáculos, no funcionaban bien por culpa de la lluvia y perdían de vista a los aeroplanos.

Desde dentro del pabellón del radar, el NCO dirigió una llamada frenética al oficial jefe.

—Señor, hemos localizado dos aparatos que vienen de Gatow.

—¿A qué altura?

—A seis mil pies. Se desvían hacia la ruta de Rhin-Main.

El oficial cogió el micrófono.

—Tempelhof a todos los aviones Big Easy. Eleven su altura en un millar de pies. —Hiram Stonebraker advirtió el tono de ansiedad de la orden.

En Tempelhof una llamada telefónica a Gatow confirmó que una oleada de «Yorks» ingleses habían pedido aterrizajes de emergencia y que dos aparatos habían sido arrastrados fuera de su ruta normal en dirección a Tempelholf.

El sistema de control de acercamiento desde el suelo tuvo una inauguración feliz al dirigir a los tres primeros aparatos a través de aquella tormenta cegadora.

El sistema de control estaba dando indicaciones al Big Easy Cuatro y empezaba a hacerle descender sobre Berlín, dentro de un ancho sector cuadrado. Scott sabía que los mandos del Cuatro los manejaba un piloto relativamente inexperto. Éste erró el

camino y cuando le mandaron virar de nuevo provocó una reacción en cadena. Cuando la oleada de Rhin-Main llegó al reflector Planter todos los aparatos tuvieron que ascender precipitadamente y quedar a la espera.

Scott elevó su nave hasta doce mil pies por encima del reflector, y la tripulación sacó las máscaras de oxígeno. Los aviones que venían detrás se vieron obligados a remontarse a veinte mil pies. Era como coger un largo convoy de vagones de ferrocarril e inclinarlos súbitamente para arriba, tocándose uno con otro. Scott miraba por el rabillo del ojo y veía que la cólera del general iba en aumento.

Mientras los aparatos se remontaban precipitadamente, las conversaciones por radio aumentaban, rompiendo la rígida disciplina que hacía falta. En el pabellón del radar se produjo otro conflicto cuándo Big Easy Veintiuno se desvió claramente del pasillo.

Ahora el grupo era como una alta columna de aeroplanos arrastrados por un ciclón, rodando en un círculo vicioso. Al otro lado de la ciudad, los ingleses sufrían los mismos problemas sobre Gatow.

El sistema de control de aterrizaje desde el suelo probó de guiar otra vez a Big Easy Cuatro, pero el inexperto piloto se equivocó de nuevo, descendiendo sobre la pista demasiado de prisa.

Los aviones se remontaron. Pronto vendría otra oleada de Wiesbaden echando el aliento sobre sus pescuezos y creando una situación imposible. Otro aparato de Gatow se desvió hacia Tempelhof. Las comunicaciones se interrumpieron.

Hiram Stonebraker comprendió que no podrían evitar durante mucho más tiempo una colisión en el aire o que un aparato se estrellase.

—¡Ya tenemos bastante infierno para un día solo! —murmuró. Y, cogiendo el micrófono, cursó la orden—: ¡Despejen el aire! ¡Habla el general Stonebraker desde el Big Easy Quince! ¡Ésta es una orden directa! ¡Todos los aviones regresarán a sus bases inmediatamente! ¡Todos los aviones regresarán a sus bases inmediatamente! Que adopten la misma medida los de Gatow.

Vino a continuación un silencio desalentador. El corazón de los aviadores se encogía mientras Tempelhof los despachaba hacia la zona uno por uno.

Al tener noticia del mal tiempo, Igor Karlovy fue temprano al Centro de Seguridad Aérea de Berlín para poder seguir la marcha del día. Allí registró la confusión de los americanos e ingleses y oyó cómo les mandaban a casa derrotados. Al ver que sus predicciones se cumplían, se sonrió para sus adentros.

CAPÍTULO XIX

CLINT estaba tan preocupado temiendo que el general sufriese un ataque durante el viaje de regreso, que se olvidó de lo penosa que resultaba la travesía. Pero el general manifestaba una calma sorprendente. Había sucedido lo peor, y mientras los jóvenes titubeaban, desconcertados, los años de experiencia de Stonebraker evitaron una catástrofe. De regreso a Rhin-Main, el general se sentaba en el puesto de Nick, con un cuaderno y un lápiz, buscando un chorro de inspiración mágica.

Clint Loveless estaba abatido como no lo había estado nunca. Cuando retornó al hotel apenas oyó el grito de gozo de Judy. Su buena suerte, o la mala fortuna de otros, había querido que un coronel del Ejército de Camp Perry hubiese roto con su esposa, por lo cual la casa que ocupaban quedaba disponible. Judy la había visto. Era una hermosa vivienda de seis habitaciones de la Gustav Freytag Strasse, hermoso barrio donde vivían la mayoría de familias americanas en casas requisadas.

Lo que ella no sabía era que Hiram Stonebraker había amenazado al oficial encargado de los alojamientos con quitarle la vida si dejaba de encontrar una vivienda para la familia Loveless.

—¿Qué importa? —exclamó Clint en tono agrio. —Probablemente pronto volveremos a los Estados Unidos. El día de hoy ha señalado la muerte de la operación de abastecimiento.

—Oh, Clint…, cuánto lo siento. ¿Y el general?

—Todavía se niega a creerlo.

Un manto de tristeza descendió sobre el Cuartel General del *Airlift* cuando el mal tiempo cerró el acceso a Berlín y el centro de control registró la cifra CERO por segundo día consecutivo.

Hiram Stonebraker permanecía en sus habitaciones y estudiaba. En su estructura fundamental, el *Airlift* disponía de dos vías, de dirección única, de acceso a Berlín; los pasillos Norte y Sur. Otra calle de una sola dirección, el pasillo Central, servía para salir de la ciudad.

Tipos similares de aparatos volaban a horarios fijos y a la misma velocidad y tambaleándose a alturas de quinientos pies. El volar con toda exactitud por las estrechas sendas aéreas mediante una regulación precisa de la potencia de los motores se convirtió en una ciencia. El problema se condensaba en un solo factor de embotellamiento: la atmósfera de Berlín.

El sistema de aterrizaje controlado desde el suelo había guiado limpiamente a los tres aparatos primeros. Pero cuando el Big Easy Cuatro fracasó por dos veces, paralizó la marcha de todo el resto de la caravana… y luego vino la interrupción de las comunicaciones, del control de radar, y la suspensión del programa. La clave del problema tenía que encontrarse en la conducta del Big Easy Cuatro.

Pero ¿en dónde exactamente? ¿En dónde exactamente?

Martha Jane interrumpió la meditación en que se había sumido Hiram durante dos días. Iba a celebrarse un cóctel y una comida en honor de su colega inglés, el comodoro del Aire, Rodman, que llegaba para firmar oficialmente el acuerdo sobre el aprovechamiento conjunto de las bases de Celle y Fassberg. Stonebraker envió a su jefe de personal a esperar al comodoro y su séquito en Y-80, con el encargo de acompañarles al hotel Schwarzer Bock.

Stonebraker pasó por las habitaciones de Rodman más tarde y le presentó excusas por no haber ido a verle antes.

Rodman se hizo cargo.

—Es un tropiezo endiablado este mal tiempo —dijo, dejándolo muy por debajo de la realidad.

En el piso principal del Schwarzer Bock había una habitación reconstruida piedra por piedra de un castillo del siglo XVII. En ella solía dar sus recepciones el general, y en tales ocasiones desconcertaba a su gente, desmintiendo las terribles historias que circulaban sobre su carácter. Era el compendio de la gentileza con las damas y con sus huéspedes ingleses.

Durante el cóctel, Judy Loveless estallaba de gozo con motivo de su nueva casa. A Martha Jane le encantaría ir a la caza de enseres domésticos.

Jo Ann Sindlinger, esposa del jefe de personal, una tejana alta y dichosa con un hablar cascado, le indicó a Judy donde podría encontrar una criada alemana.

—Trabajan por poco más que el alojamiento y la comida, ya sabe.

Clint y el comandante de grupo Dudley especulaban sobre la base de Burtonwood. Clint no creía que tal base pudiera admitir más de cinco aparatos al día para el repaso de las doscientas horas.

El jefe de personal, Sindlinger, y el capitán de grupo, Cady, se felicitaban de que la cooperación anglo-americana fuese tomando forma.

Sid Swing, jefe de logística, hablaba con el teniente coronel Mendoza, jefe de conservación, y Ben Scudder, jefe de comunicaciones, de cambiar los cristales VHF de Erding, y los tres le dijeron al jefe de Escuadrilla, Nevins, que querían estudiar con más detalle los sistemas de radar ingleses «Eureka-Rebecca».

Como de costumbre, Mary, la esposa de Sid, flirteaba con un oficial inglés.

Ann Mendoza y Sue Scudder se lamentaban de que el colegio superior estuviera tan atestado.

Lou Edmonds le decía al piloto jefe, Matt Beck, que quizá la atmósfera se despejase.

Sarah Beck explicaba a Betty Edmonds que en Neulsenburg había una fábrica de cristal que lo tallaba según el modelo que uno les daba, y trabajaba baratísimo, y las dos mujeres fijaron una fecha para ir a visitaría.

El comodoro del Aire Rodman, decía que en Escocia había pescado un salmón de veintidós libras con un hilo de resistencia para doce libras. Hiram estimaba que, peso por peso, la batalla más interesante la ofrecía el salmón chinook, e invitó al comodoro a ir a Malibu un día que la albacora apareciese por allí.

Se sirvió la comida. Cuando llegaba el primer plato, Hiram Stonebraker se puso de pie súbitamente.

—Comodoro, ¿querría rogar a su gente que pase en seguida a la habitación vecina?

El inglés parecía atónito.

—Señoras, ¿quieren dispensarnos? —dijo Hiram. —Caballeros, por favor.

Los que conocían a Hiram Stonebraker no se sorprendieron de aquella repentina convocatoria de conferencia. El general cerró la puerta. Luego hizo colgar un mantel en la pared.

—Caballeros, acabo de encontrar la manera de terminar los amontonamientos sobre Berlín.

Todos se quedaron pasmados.

Stonebraker trazó un diagrama de circulación por el puente aéreo: los aeroplanos sucediéndose unos a otros, a intervalos de tres minutos, hasta el reflector de Planter, en el primer tramo de acercamiento a Tempelhof.

—Ahí está la diferencia. No habrá más embotellamientos en caso de mal tiempo. Si un aparato equivoca el rumbo, o por cualquier motivo no puede aterrizar, regresará a su base por el pasillo central y volverá de nuevo en la caravana siguiente.

¡Si al Big Easy Cuatro le hubiesen enviado atrás después del primer intento, no se habría producido el fracaso, ni el amontonamiento de aviones sobre Berlín!

¡Qué solución tan absolutamente sencilla, pero tan absolutamente perfecta!

—No solamente volaremos hacia Berlín a intervalos de tres minutos, sino que aterrizaremos igualmente a intervalos de tres minutos. Si alguno falla en el intento de tomar tierra, no interrumpirá el ritmo; el aparato volverá a la base y el compás continuará invariable detrás de él…, bam…, bam…, bam…, bam…

Durante un instante todos permanecieron inmóviles, casi sin respirar.

—Ha dado en el clavo —exclamó el comodoro del Aire, Rodman.

—¿Cómo diablos no se nos ocurrió antes? —se amonestó a sí mismo Stonebraker. —Bien…, volvamos al lado de las damas.

Nacida del fracaso de aquellos días negros, Hiram Stonebraker había encontrado la llave mágica para convertir el desastre en victoria.

> *A todas las estaciones del* Airlift*: en caso de que un avión no pueda aterrizar, hay que desviarlo y enviarlo a su base de origen por el pasillo central y volverá con la caravana siguiente. Bajo ninguna circunstancia se permitirá que un aparato se demore sobre el campo.*
>
> Stonebraker

Por primera vez en la historia de la aviación se eliminó el antiguo ritual de demorar e interrumpir el programa trazado, y por primera vez todos tuvieron la sensación de que el *Airlift* podía ser un éxito.

En cuestión de días el tonelaje se elevó de tres mil a tres mil quinientas toneladas diarias…, a cuatro mil toneladas…, y luego se alcanzó la meta de cuatro mil quinientas. Se llegó a esta cantidad precisamente en un día de tormenta, durante el cual el sistema de control de aterrizaje desde el suelo guió al ochenta por ciento de los aparatos.

Con la llegada de nuevos «Skymasters», las bases conjuntas angloamericanas de Fassberg y Celle entraron en acción. ¡El total de mercancías transportadas diariamente ascendió a las cinco mil toneladas! La inevitable fusión de fuerzas se convertía en una realidad. Lo mismo que en la guerra, los antiguos aliados se mezclaron en la paz, nombrando a Hiram Stonebraker comandante y al comodoro del Aire, Rodman, vicecomandante de la *fuerza combinada del Airlift*.

El puente aéreo rugía día y noche, y el ritmo… bam…, bam…, bam…, bam…, era como el de un metrónomo gigante, y con cada nuevo aterrizaje el torrente sanguíneo de Berlín recibía una transfusión de diez toneladas.

Aunque el milagro se había puesto al alcance de la mano por primera vez, el reto único y terrible había de llegar todavía, puesto que pronto se enfrentarían con el viejo aliado de los rusos…, el «General Invierno».

CAPÍTULO XX

—¿CÓMO diablos has venido? —preguntó Sean.

—Lil Blessing me ha traído en su coche —respondió Ernestine. —Bien…, ¿me invitas a entrar?

Sean abrió la puerta de su piso, sujetándola con mano torpe.

—De modo que éste es tu santuario. —«Es un piso hermoso, naturalmente. Las fuerzas de ocupación han elegido lo mejor». —¿Qué, no estás contento de verme?

—No estaba preparado para una invasión.

—Mira —dijo ella, metiendo la mano en un bolso para la compra, similar a los que usaban las berlinesas. Y sacó dos filetes.

—¿Dónde diablos los has conseguido?

—En el mercado negro.

—Tú, especialmente, llevando el apellido de tu tío, no deberías ir nunca al mercado negro.

—Oh, déjalo, Sean. Me los ha dado Lil Blessing. Ha dicho que quizá me sirvieran para abrirme paso hasta tu corazón; pero…, ¡cómo no tienes…!

—Ernestine Falkenstein, mírame. He dicho que me mires. ¿Estás a medios pelos?

—¡Eh…, eh…, eh!

—Tú has bebido.

—¡Eh…, eh…, eh! Lo justo nada más para tener el valor de irrumpir en tu fortaleza.

Sean comprendió que tenía que amainar, de lo contrario se encontraría con una mujer derramando un mar de lágrimas.

—De acuerdo, ahí está la cocina. Ponte a la tarea. Me muero de hambre.

La muchacha exhaló un suspiro de pesar.

—Oh, querido, me figuraba que dirías eso. Oh, Sean, estudié tanto para ser abogado que no aprendí a cocinar. Echaré a perder los filetes, y tú no querrás volver a verme nunca más.

—Vaya, pues, ¿no os habéis preparado tú y tu gran amiga Lil Blessing, para semejante contingencia?

—También podrías ofrecerme algo de beber, ¿no te parece?

Sean sirvió la bebida más floja que tenía en el armario: jerez. Ernestine bebió un sorbo, respiró contenta y dejó el vaso.

—He reservado sitio para los dos en el Humperdink. Es un buen restaurante, aunque dé la casualidad de que se encuentra en el sector ruso. Mi tío y yo comemos allí con frecuencia. Franz ha dicho que se encargaría personalmente de preparar los bistecs.

—Trato hecho, pues. No apures la botella que voy a ponerme elegante.

Cuando él salió de la habitación, Ernestine se acercó a la mesa a contemplar los

retratos de los hermanos y el padre de Sean.

El restaurante Humperdink, casi el único edificio de Gernerstrasse no arrasado, era una casa grande convertida en una enorme sala dividida en reservados artesanados. En las paredes y hendeduras se veían cabezas de jabalí y venado, jarros de cerveza de la Edad Media, figuritas de Dresden y tapices.

Lothar, un ciego entrado en años, tocaba la cítara en la entrada del establecimiento, iluminado con velas. En realidad no se llamaba Lothar, ni era ciego. Era un exoficial de las SS, y el disfraz resultaba un medio excelente para librarle de las manos de los que pretendían que se hiciera justicia.

—Señor oberst[18] —decía Franz, inclinándose profundamente una y otra vez. —Muy honrado, señor.

Franz cogió los bistecs, juró prepararlos como merecían y acompañó a la pareja a un reservado de lujo, adornado ya con la presencia de una botella de champaña bien frío. La sala tenía una atmósfera tibia y sentimental. Ernestine bebió unos sorbos y luego cantó, siguiendo la melodía de la cítara. «Sean —pensaba para sus adentros—, ¿te has cansado de mí, incluso antes de haberte permitido conocerme? Oh, tú, león entre los hombres». Le estaba invadiendo la pena, pero no podía demostrarlo. Anhelaba decir:

—*Ich liebe dich*[19].

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—En nada concreto.

Franz acompañó a tres parejas hasta una mesa grande del centro de la sala. Ernestine reconoció a su hermano entre los recién llegados.

—Oh, Dios mío —exclamó. —Yo quería que esta noche resultase perfecta. Mi hermano acaba de entrar, y podemos encontrarnos en una situación completamente desagradable.

—Seré un dechado de contención y gentileza —prometió Sean, sonriendo.

Gerd saludó a Ernestine con una inclinación de cabeza y ella correspondió del mismo modo. Luego él pidió a los de la mesa que le dispensaran y se fue al reservado en donde estaba su hermana. Sean se levantó.

—Hola, Erna.

—Coronel O'Sullivan, le presento a mi hermano Gerd.

Sean le estrechó la mano y le invitó a sentarse.

—Sólo un momento —dijo Gerd. Mis socios y nuestras amigas celebran una pequeña fiesta.

Para Ernestine, la alusión de Gerd resultaba clarísima. Le estaba diciendo: «¿Ves? Los alemanes también pueden disfrutar del Humperdink, y todavía quedan alemanas decentes que prefieren la compañía de los hombres de su país».

Por otra parte, Gerd no podía afirmar que le disgustase ver a su hermana en

compañía de un oficial americano bien conocido. Creía firmemente que el futuro de Alemania debía consistir en una alianza con los americanos, ¿y qué manera mejor de cimentar una alianza?

El reflejo de Erna y tío Ulrich le daba buenos horizontes al asunto. En verdad, Gerd se había alejado de sus antiguos amigos nazis y se había afiliado al partido demócrata. Era un buen negocio.

—¿Cómo están nuestros padres? —preguntó Erna.

—Ambos están bien. Papá dedica todo su tiempo a dirigir nuestra sucursal de Wilmersdorf. ¿Y la santa de nuestra hermana?

—Hilde se ha restablecido del todo, gracias.

—Está en Wiesbaden, ¿verdad?

—Sí.

Sean notaba que empleaban un tono altisonante, le afligía el malestar de Ernestine, y se alegró cuando Gerd orientó la conversación hacia él.

—Habrá oído usted la noticia, señor oberst. Hoy los suyos y los ingleses han vuelto a descargar cerca de cinco mil toneladas… ¡y con este tiempo! Yo no ceso de maravillarme.

—He tenido el placer de trabajar con el equipo del *Airlift*. Son un puñado de muchachos extraordinarios.

—Eso diría yo. Si traen ustedes mucho carbón, arruinan mi negocio.

Gerd trataba de ser agradable, pero la broma resultó de mal gusto. Estaba cosechando una fortuna, gracias al bloqueo, con un sustitutivo del carbón llamado «Briquetas de Bloqueo», compuestas de serrín comprimido, hierba seca y turba de baja calidad. Provocaban mucho humo y apestaban, pero ardían, mejor o peor, y la gente lo buscaba desesperadamente para aumentar las disponibilidades domésticas.

Gerd aceptó una copa de champaña que le ofreció Sean. «He ahí un sujeto decente», pensó. Y levantó la copa para brindar.

—*Prosit*. Para que nunca volvamos a ser enemigos.

Sean no respondió.

—Henos aquí, pues —continuó Gerd—, dos antiguos enemigos sentados como amigos en el sector ruso.

—En América decimos que la política lleva a una misma cama a gente muy distinta.

El insulto escoció vivamente a Gerd.

—En efecto, en efecto; gente muy distinta en una misma cama —dijo, mirando directamente a Erna.

Sean captó la mirada de súplica de la joven y recordó la promesa de contenerse.

—Ayer —continuó Gerd, pensativamente—, los aeroplanos de ustedes traían bombas. Hoy las muchedumbres vuelven la vista hacia Tempelhof como hacia un lugar santo. —Con gesto pausado entregó a Sean un cigarro puro muy caro y encendió el suyo propio. —Yo serví en las baterías antiaéreas. Todavía me parece

extraño levantar la vista al cielo sin intentar abatir los aparatos de ustedes.

Sean le arrojó a la cara el champaña de su copa.

—¿Qué diablos…?

—¡Gerd! Su hermano era piloto.

Gerd se irguió e hizo un ademán a sus amigos para que no se mezclasen. Una sonrisita se dibujó en los ángulos de su boca.

—Perdóneme, señor coronel.

El músico de la cítara se apresuró a iniciar una melodía.

—Salgamos de aquí —dijo Sean.

—Sean —rogó la muchacha, cuando ellos estuvieron fuera—, él no lo sabía.

Pero Sean no la escuchaba. No se cruzaron ni una palabra más hasta que Sean detuvo el coche delante del piso del tío de Ernestine.

—Buenas noches. Te ruego que entres sola.

—No puedo permitir que te vayas de este modo.

Los puños de Sean se crisparon y su rostro se contorsionó de cólera y de confusión. No pudo contenerse más. Escondió la cara entre las manos…, perdido…, abandonado. Ernestine probó a tocarle, pero él se puso rígido.

—Oh, Dios mío —gritó la muchacha. —No puedo soportarlo más. Te lo ruego, llévame a tu cuarto…, te lo ruego, Sean…, te lo ruego.

> «Yo limpiaré tu ser de amargura…, yo te daré amor por cada hora de odio que has vivido…, yo venceré todo lo que tú desprecias en nosotros…, mi amor es bastante fuerte para ello…, sí, mi amor es bastante fuerte».
>
> «¡Una mujer alemana! ¡Me estoy uniendo con una mujer alemana! ¡Yo! ¡Yo y esa nazi!». Entre las oscuras manchas y los remolinos oía el roncar de los motores más arriba del tejado…, el zumbido de la radio, su emisora allí en el aire… En un instante de conciencia clara le devoró el deseo de quebrar el pescuezo de Ernestine…, y aquello fue un amor como nunca lo había conocido. La furia de amar y matar al mismo tiempo trascendía todo lo demás.

Después se quedó inmóvil disgustado de su debilidad, entregándose a una oratoria callada, vacía de energía que le llenaba de reproches.

Ernestine yacía arrimada a él.

«Ya está hecho —pensaba. —Ahora eres mi hombre, Sean… Eres mi hombre».

Mientras llegaba el día, Ernestine estaba sentada en el ancho alféizar de la ventana. Fuera, casi no se veía nada; la niebla se revolvía enojada junto al suelo.

Arriba se oía el tronar incesante de los motores, salvando la primera fase del acceso a Tempelhof. Ernestine se acercó a la cama y pasó los dedos por los cabellos de su amado. Los ojos de Sean estaban tristes.

—Yo no sabía que un día podría escuchar el sonido de los motores sin terror. Ahora son como una canción de cuna, como el ruido de las olas viniendo hacia la

playa.

Ernestine se acostó al lado de Sean, y éste la rodeó con los brazos sin decir una palabra.

Mientras se vestían, cruzaron unos comentarios. Sean procuraba ahorrar sufrimientos a Ernestine.

—Hola, tío Ulrich…, lamento no haberle telefoneado… Estaba con una amiga y se hizo tarde… Sí…, me voy al trabajo directamente.

Sean estaba pensando que sería mejor que saliesen antes de que llegara su ama de llaves. Ernestine era la sobrina de Ulrich Falkenstein y había que ahorrarle una indignidad. Pero no era capaz de decir nada.

Se marcharon en el coche. Callaban.

—Si quieres dejarme en la estación de Tempelhof, puedo coger un tren para ir al trabajo.

Sean estuvo de acuerdo, pues no parecía bien que Ernestine bajase delante mismo del edificio.

Cerca de la estación se apiñaba la turba habitual de berlineses, mirando cómo los aviones despegaban y aterrizaban continuamente sin descanso.

Esta mañana los aparatos tentaban el camino a través de la niebla, guiados desde el suelo. A cada nuevo aterrizaje, al divisar el aparato en el último instante, cuando desgarraba la mortaja blanca, los berlineses abrían la boca admirados.

Sean paró el automóvil. Hubo un momento embarazoso, pues no sabían cómo decirse adiós. Ernestine tenía la bastante comprensión para marcharse con dignidad, y abrió la portezuela del coche.

Sean la cogió por la muñeca.

—No sé qué decir.

—¿Serás más feliz si sabes que anoche comprendí que querías matarme? Si hubieses decidido hacerlo, yo no habría proferido ni un solo grito de protesta. Si no puedo darte vida, soy tuya y puedes matarme.

—Tengo que verte otra vez —respondió él, sin dar crédito a sus propias palabras.
—Esta noche.

—*Auf wiedersehen*[20]. —La muchacha salió corriendo del coche, y él la vio desaparecer por las escaleras del tranvía elevado. En el mismo instante la multitud lanzaba un grito. ¡Un «Skymaster» caía casi encima mismo de ellos!

El suelo tembló al estrellarse el aparato contra el costado de un edificio, varias manzanas más allá, y después de un estrépito ensordecedor, cristales, ladrillos y pedazos del aparato salieron disparados… Vino un torrente de llamas. Hubo un segundo terrible de silencio, y luego… ¡la explosión!

Sean se vio arrastrado en medio de una masa humana que echaba a correr. El aparato y el edificio estaban en ruinas. Lo único que quedaba era un trozo de la cola, la estrella americana y las letras *Mats, Alaska*.

El gemido lastimero de las sirenas de las ambulancias y los coches de la policía

dominaba los alaridos de horror. Las llamas que se levantaban de aquella pira transfiguraban a Sean O’Sullivan.

—¡Tim! ¡Tim! ¡Tim!

—¡Señor coronel! —suplicó un policía alemán—. ¡Señor coronel! ¡No se acerque más! ¡Han muerto todos!

—¡Mi hermano está en ese aparato! ¡Suélteme, so loco condenado!

—¡Señor coronel! Que venga alguien…, ayúdenme, por favor…, se matará.

Arrastraron a Sean lejos de allí y le sujetaron hasta que se calmó. Le retornó a la realidad la voz del Lorelei…, ¡la voz de Ernestine!

—¡Sean! ¡Recobra los sentidos!

Sean levantó la vista hacia ella. La figura de Ernestine quedaba enmarcada por las llamas y los destrozos. Los ojos del americano brillaban con un odio que Ernestine no había visto nunca.

CAPÍTULO XXI

—GENERAL Hansen —decía Ulrich Falkenstein—, debo expresarle el profundo dolor que siento.

—Tenía que suceder —contestó Hansen.

Los dos habían alimentado siempre dudas y recelos. En este momento el alemán temía que, en una conferencia de las cuatro potencias celebrada en Moscú, se renunciase a Berlín. Hansen seguía conservando sus dudas universales respecto a los alemanes. No obstante, la muerte de los tres aviadores norteamericanos hizo el efecto de un revulsivo y serenó los espíritus. Los berlineses pensaron que la alianza con los americanos quizá no fuese tan débil, después de todo. Para los americanos fue el momento en que se dieron cuenta plenamente de la gravedad del compromiso adquirido.

El ayudante de Hansen anunció que en la antesala esperaba el séquito oficial. Una caravana de coches los llevó al poco rato al lugar de la catástrofe.

Aquello parecía un campo de batalla silencioso. Habían retirado los cascotes, lavado la sangre, y la agonía de infierno había cesado. Quedaba, un templo nuevo…, un trozo de cola de «Skymaster» incrustado en una pared mutilada, una antorcha que señalaba el punto del choque.

Largas, ordenadas hileras, formadas por millares de berlineses, desfilaron por delante pausadamente. Otros centenares se arrodillaban en las calles y rezaban. La gente depositó millares de flores, y por la ciudad se extendió una sensación de tragedia.

Sean O'Sullivan se acordaba de otra hilera de alemanes, unos años atrás, a quienes él ordenó recorrer un campo de concentración. También aquéllos lloraban, pero por motivos completamente distintos.

Hanna Kirchner, fatigada por el peso de su cargo, desempeñado bajo dueños en conflicto, colocó una corona en nombre de la ciudad y pronunció las palabras que todos esperaban:

> *—Nunca olvidaremos este hecho. Esta desgracia nos dará valor para sobrevivir.*

Mientras los fotógrafos tomaban la escena, el ruido de los motores se sucedía incansablemente sobre las cabezas de la multitud, a intervalos de tres minutos.

Andrew Jackson Hansen volvió a su coche pensando que había cruzado un Rubicon. Había nacido un extraño parentesco, y comprendía por primera vez que el pueblo de Berlín resistiría.

Sean regresó de las ceremonias con el rostro pálido. Cerró tras sí la puerta del

piso y se desabrochó la guerrera lentamente. Entonces vio a Ernestine de pie delante del hogar.

—Tu criado me ha dejado entrar —dijo la joven.

Sean movió la cabeza asintiendo y colgó la guerrera. El hombre de hierro que había jugado a ser Dios estaba desconcertado todavía por su debilidad de mortal.

—¿Sabes lo que le pasa al que rinde culto al odio como tú? —preguntó ella.

—Te amo, Ernestine —murmuró Sean—, y me desprecio a mí mismo por el hecho de amarte.

—No tenemos más que un recurso, Sean, y es el de hallar un gran amor que arrolle todo lo demás.

—Somos personas, meramente, no dioses —replicó él. —Pedimos demasiado.

—Mírame, Sean. Soy alemana. Nada puede cambiarlo. Tú eres mi hombre. Tampoco nada puede cambiarlo. Lo que haya de suceder, sucederá. No puedo dejarte nunca más.

Sean la abrazó, sintiéndose invadido de un anhelo de paz, de que las voces que le hacían sufrir callasen. Y durante un momento, fue feliz.

CAPÍTULO XXII

«Mi querida hermana Ernestine:

»¡De modo que estás enamorada! Conociéndote como te conozco, ha de ser una cosa seria. Desearía estar contigo para cogerte las manos y secarte las lágrimas cuando las cosas vayan mal.

»Por mi parte, debo darte una noticia triste. El coronel Smith ha recibido la orden de trasladarse al Japón. Parece que a los americanos les envían a todos los rincones del mundo. Yo me había acostumbrado a querer a sus hijos como si fuesen los míos y no sé cómo podré pasar sin ellos. ¡Oh, Erna, si yo pudiera tener hijos sin tener que soportar a un hombre!

»No puedo volver a casa de los Brueckner. Sortean el problema monetario con grandes apuros, y, en consecuencia, probaré de hallar otra familia americana que necesite mis servicios. El coronel Smith y su señora han prometido facilitarme unos laudatorios informes. Wiesbaden está minado por el Puente Aéreo, y ya sabes cómo se portan los aviadores fuera de sus aeroplanos. Raras veces salgo de casa, exceptuando una vez a la semana, que voy al cine, o visito a los Brueckner. Los americanos han traído muchas películas nuevas. En realidad son viejas, pero durante la época nazi no pudimos verlas. Ahora pongo punto final. Ten cuidado con tu corazón, Erna.

»Tu amante hermana,

»Hilde»

LOS primeros meses después de haber huido de Berlín, Hildegaard Falkenstein vivió sumida en el tedio. Los Brueckner, un matrimonio antañón, amigos entrañables de tío Ulrich, la recibieron con los brazos abiertos. Habían perdido dos hijos en la guerra y su casa estaba vacía.

Durante un tiempo, la existencia transcurrió bien. Fue una suerte, porque Hildegaard necesitó muchos cuidados hasta que se restableció y se halló en condiciones de volver a caminar bajó la luz del sol. Cuando recobró todas sus facultades, se comportó como infinidad de rameras que la habían precedido durante los siglos y siglos. Abrazó con fanatismo la causa de la redención. El haber rozado tan de cerca la tragedia definitiva dejó en ella una señal indeleble.

Para los Brueckner, Hildegaard pasó a ser como una hija, trocando sus maneras pasadas por una generosidad y un desprendimiento de los que antes no eran capaces.

Al cabo de un tiempo, los americanos requisaron la vivienda de los Brueckner, y el matrimonio tuvo que trasladarse, igual que los demás alemanes, arriba de los montes, a unos albergues atestados. El señor Brueckner se puso enfermo. Hildegaard se dio cuenta de que tanto tío Ulrich como Ernestine habían contribuido a mantenerla más de lo que les permitían sus medios. Por primera vez, quiso hallar trabajo, pero sabía hacer muy pocas cosas.

Encontró un empleo de dependienta, pero el sueldo era muy bajo. Más tarde fue camarera en un café de la Wilhelmstrasse, donde los americanos daban propinas generosas. Hilde seguía siendo hermosa, y los aviadores, y todos querían conseguir a la que no podían conquistar.

Cuando el señor Brueckner necesitó cuidados médicos con más solicitud, Hilde se tragó el orgullo y pidió trabajo como criada de una familia americana. Al principio temía que su pasado de Berlín pudiera haberla seguido hasta Wiesbaden. El temor resultó infundado.

Tenía la ventaja de hablar un inglés muy aceptable, poseía una figura encantadora y llevaba el respetado apellido de Falkenstein. Hizo la solicitud, respondió el *Fragebogen*, sufrió el examen médico necesario y salió airosa de todas las pruebas.

El coronel Carter Smith y su esposa la contrataron como criada e institutriz de sus tres hijitos. Al menos tenía ocasión de comer decentemente y ganar unos paquetes suplementarios de cigarrillos a la semana. Disponiendo de tabaco como medio de cambio, pudo pagar a Brueckner los servicios de un buen médico y entregarles a él y a su esposa unas onzas preciosas de carne y manteca.

En casa del coronel Carter Smith fue donde Hildegaard se enamoró de veras por primera vez. Se enamoró de los pequeños, y éstos se enamoraron de ella.

Tony y Lynn Loveless saltaron encima de su papá en el momento que cruzaron la puerta del jardín y le soltaron un diluvio de nuevas palabras alemanas. Clint jugó con ellos en el patio hasta que le venció el cansancio de la jornada.

—Un martini. Estoy agotado —dijo, rozando la mejilla de su esposa con un beso.

—Aquí tienes, amor —respondió ella, sirviéndole la bebida con la alta coctelera. Luego se situó detrás de la silla y le dio masaje en la nuca. Clint gemía…

—Hoy les hemos derrotado —dijo el marido. —Seiscientos aterrizajes dirigidos desde el suelo, en Berlín, Crusty estaba tan contento que, en la reunión del personal, se ha olvidado de soltarnos su acostumbrada reprimenda.

—¿Cuántas toneladas?

—Más de cinco mil.

—Es maravilloso.

Clint bebió unos sorbos y se puso a runrunear de contento mientras los dedos de Judy daban masaje a los puntos mágicos.

—Clint, he hallado una criada alemana, si tú lo apruebas.

—¿Habla inglés?

—Con soltura.

—¿De dónde la has sacado?

—La tenía un tal coronel Carter Smith, del Ejército. Los Smith se van al Japón. Dan unas referencias inmejorables de esa muchacha. *Mistress* Smith dice que sus niños están fuera de sí de pena por tener que separarse de ella. Les enseñaba alemán.

Además, puede vanagloriarse de un apellido famoso. Me han dicho que su tío es, prácticamente, el jefe político de Berlín.

Clint sonrió interiormente. Aquello era muy propio de Judy, la cual conservaba todavía un poco del ambiente de Nueva York. Inevitablemente, Judy había de mezclar un nombre famoso.

—Cariño, esto corresponde a tu departamento —respondió.

—Bien, pero *debes* hablar con ella. Todo el mundo dice que, tratando con alemanes, importa mucho dejar bien sentado que el cabeza de familia es el marido.

—Bien, bien, examinemos el caso.

—Señorita Falkenstein, ¿quiere hacer el favor de entrar?

Clint apuró de un sorbo su martini. Después carraspeó autoritariamente y dirigió unas cuantas preguntas a Hilde…, para dar un tono oficial al acto.

—¡Jesús mío! —comentó Clint cuando la muchacha hubo salido de la habitación.

—Amor —advirtióle Judy—, sé un angelito y no intentes galanteos, si no quieres que mamá te abra la garganta.

—Jesús mío —replicó Clint.

Ernestine abrió el sobre, que, con el franqueo normal, acompañaba un sello especial «Impuesto de Berlín» emitido para socorrer la ciudad.

«Mi querida hermana Ernestine:

»Yo debo de ser el gato afortunado que siempre cae de pie. Adoro el nuevo hogar que he encontrado en la familia Loveless. Esto me ha consolado de gran parte de la pena que me causó la partida de los Smith. Tengo una habitación decente y confortable. El niño, Tony, tiene nueve años; la niña, Lynn, tiene diez. Son muy afectuosos y se portan muy bien, para ser niños americanos.

»Al terminar la primera semana, y después de enterarse de mis obligaciones con los Brueckner, *mistress* Loveless me dio un cartón de cigarrillos y me prometió una propina de un cartón semanal. ¡Erna! ¿Sabes lo que significa esto? Ambos quisieron quitarle importancia a su bondad diciendo que estaban probando de dejar el tabaco. Son una familia americana típica, con una generosidad extraordinaria. Quien manda de verdad en la familia es la señora, como lo era también *mistress* Smith, aunque es bastante inteligente para que su marido no se entere.

»Los americanos son una gente extraña, pero una se equivoca al juzgarles. Cuando yo empiezo a pensar que el coronel Loveless posee un intelecto pobre, él demuestra su genio en otros terrenos.

»Recuerdo cómo trataba papá a nuestras doncellas, y supongo que esto era lo que me disgustaba más cuando me puse a trabajar. Sin embargo, a mí nunca me tratan como a una criada y lo hacen muy distinto a como las tratábamos

nosotros.

»Me alegro de saber que el coronel O’Sullivan ha encontrado una habitación alejada del barrio donde vive. Así te ahorrarás muchas situaciones desagradables. ¿Qué actitud adopta tío Ulrich ante todo eso?

»Debo darme prisa. Todas las noches leo a mis niños en alemán, y espero este momento con ilusión. Ahora les oigo llamar “Hilde”, de modo que termino esta carta para ti precipitadamente y con mucho afecto.

»Hilde»

En el centro de Wiesbaden, «Die Walkyrie Club», una cervecería tradicional, había sido convertida en un club nocturno charro, de las dimensiones de un estudio. Su propietario se llamaba Winkelmann.

Los viejos y robustos pilares de cemento fueron pintados de un color rosa atrevido. Del techo colgaban, oscilando, tambores adornados de cequíes y trompetas; unos cortinajes morados encerraban el estrado de la orquesta, y de unos cuarteles de la Luftwaffe habían trasladado unos recipientes especiales para vomitar y los habían instalado en el cuarto de aseo de los hombres.

Winkelmann era un buen sujeto. En sus dominios no se estafaba ni maltrataba a ningún aviador. A las prostitutas que actuaban fuera de la casa se les exigía que cumpliesen bien, cobrasen unos precios justos y no robasen a los clientes ni aun en el caso de que estuvieran borrachos.

Las semiprofesionales y las muchachas corrientes que no deseaban otra cosa que un sitio donde poder beber un vaso de cerveza y bailar daban un aire respetable al establecimiento.

A los borrachos los enviaban a sus domicilios en taxi, por cuenta de Winkelmann, después de ver lo que tenían en la cartera, para mayor seguridad.

Las autoridades americanas comprendían que en cualquier ciudad militar tenía que haber clubs como el «Die Walkyrie». En realidad, Winkelmann les prestaba un buen servicio, dirigiendo el asunto de modo que no creara problemas. Por todo lo cual, Winkelmann estaba muy satisfecho de sí mismo, y ponía buen cuidado en escoger las amistades de su círculo íntimo.

Antes de la guerra era un muchacho pobre que se pasaba la vida sirviendo a la arrogante aristocracia de Wiesbaden, y los odiaba. Su ascenso a la importante posición que ocupaba ahora ponía verdes a los privilegiados de la ciudad. ¡Cuando Wiesbaden era Wiesbaden, lugares obscenos como «Die Walkyrie Club» no habrían podido existir! Winkelmann fue un buen soldado, pero no un nazi, y opinaba que las fuerzas vivas de la ciudad, especialmente los industriales del Rhin, sí lo eran hasta la médula.

Nick Papas, uno de sus preferidos, cruzó los deslucidos portales y fue conducido hasta el mostrador personal del señor Winkelmann, construido alrededor de un gran

simulacro de ataúd con la tapa adornada por un desnudo de yeso, con una cerilla colocada en cada uno de los pechos.

—Hola, Nick. ¿Qué hay?

—Necesito un favor.

—Naturalmente.

—¿Conoce a Stan Kitchek?

—¿Su copiloto?

—Sí. El subteniente necesita una fulana.

—Tráigale acá.

—Stan es un muchacho raro. Es tímido. Además, no sabría resignarse a enfocar el negocio a las claras, sin rodeos. Ello se debe a la educación que recibió en su niñez.

—Entonces, le buscaremos una chica que acepté el cobro en viajes, coche y cigarrillos.

—No…, ya le he dicho que Stan es un caso raro. Tiene que sentirse, ya sabe usted…, enamorado. Le gusta el episodio sentimental, el cogerse de la mano, el adiós enternecido.

Winkelmann movió la cabeza.

—Jamás he comprendido a ese tipo de hombres. En fin, los hay de todas clases.

—Entonces, ¿conoce usted alguna chica con ojos de cachorrillo y una historia triste, y que hable inglés?

Winkelmann pensó unos momentos y se animó al ocurrírsele una idea.

—Dos manzanas más abajo, a mano izquierda, hay un restaurante alemán llamado «Mutter Rubach’s». Trabaja allí una camarera que se llama Monika. Le avisaré por teléfono y usted pasará a recogerla.

—¿Cuánto es?

—Para usted, nada. ¿Y usted mismo y el capitán Scott? He conseguido tres ovejitas nuevas para mi rebaño. Escaparon hace poco de la zona rusa. Tienen dieciocho y diecinueve años. Quizá les gustaría venir a mi casa más tarde y podríamos sacar unas fotografías y celebrar una sesión terapéutica en grupo.

—Lo siento…, maldita sea…, mañana hemos de volar en la segunda oleada. Cuando tengamos a Stan en marcha, es posible que volvamos corriendo para un asunto rápido.

La repentina aparición de tres americanos en «Mutter Rubach’s», un santuario alemán, fue causa de que la animación disminuyese y la sala se llenase de murmullos recelosos en voz baja.

Monika estaba allí, actuando de camarera. Representaron la comedia con toda verosimilitud. Ella les sirvió. Stan opinó que era muy bonita. Scott le dijo a Monika que a su compañero le gustaría conocerla mejor, y ella contestó que si Stan quería esperarla en un bar que había en la misma calle, se reuniría con él para beber un trago

cuando hubiese terminado su jornada. Stan se marchó muy contento, dejando a Nick y Scott ante unos grandes jarros de cerveza.

En estos momentos, convencidos todos de que los intrusos americanos eran meros aviadores y no agentes de contraespionaje en busca de nazis, el establecimiento cobró de nuevo su ritmo normal.

Un combinado de acordeón, piano y batería interpretó una selección de valses vieneses. El músico del acordeón se acercó a la mesa de los americanos para obsequiarles particularmente: Cuando el músico dejó de tocar y se quedó aguardando una propina, Nick guiñó el ojo a Scott.

—¿Habla inglés?

El del acordeón contestó que sí, un poco.

—Tome un cigarrillo. Tenga, coja unos cuantos para sus compañeros del jazz y el del piano.

—Oh, gracias, señor.

—Guárdese el paquete.

Profundas reverencias. El músico levantó el paquete en alto para que sus compañeros lo vieran. Éstos se pusieron en pie y se inclinaron.

—¿Qué le gustaría que tocásemos, señor?

—Una canción alemana bonita.

—Una polca, quizá.

—No…, me gustaría oír una buena marcha antigua alemana…, como las que tocaba mi abuelo en la banda de Milwaukee.

—¡Lo siento, señor! No sé ninguna.

El bolsillo mágico de Nick dio paso a otro paquete de cigarrillos. Al acordeonista se le salían los ojos de las cuencas. Se fue hasta el estrado y habló rápidamente con los otros dos, sopesando la recompensa contra el riesgo de interpretar música prohibida.

¡Decidieron correrlo! ¡El trío atacó la «Marcha de Westerwald»!

Después de las tres notas primeras, muchos alemanes escaparon de sus mesas, pagaron lo que debían y salieron apresuradamente de «Mutter Rubach’s».

Otros continuaron en sus puestos, hipnotizados. Nick y Scott les hicieron un ademán cordial para demostrar lo mucho que les gustaba aquello. En seguida pusieron otro paquete de cigarrillos sobre el piano, y ahora los desafinados músicos emprendieron con todo ímpetu la «Schwabenwinkel».

Las espaldas se erguían, derechas; debajo de los bigotes, aparecían sonrisas de nostalgia en los ancianos labios. Renacía el orgullo…, los jarros de cerveza golpeaban las mesas a compás y por algunas mejillas corrieron las lágrimas. Arrastrados por su propio entusiasmo, los músicos iniciaron un combinado de marchas.

Mientras la música rebotaba por las paredes de «Mutter Rubach’s» y atacaba una segunda y una tercera marcha, empezó a elevarse un coro de voces. Los parroquianos

golpeaban las mesas con alegría frenética.

Scott se proponía tocar un silbato, cuando salieran, para ver cómo el público escapaba a la carrera, derribándolo todo, pero Nick le disuadió de su intento. Nick tenía un «De Soto 41», heredado al final de una partida de naipes de grandes apuestas.

—¡Corramos un poco por las calles para rematar la velada, *mein kapitan*!

—*Jawohl*.

—Disputemos a cara y cruz quién manda primero.

La moneda fue adversa a Scott, quien ocupó el volante, poniéndose a las órdenes de Nick.

—¿Adónde?

—A Platter Strasse.

Era una arteria importante, que empezaba en el centro de la ciudad y ascendía hacia los montes Neroberg, donde vivían numerosísimos alemanes. Por lo general se encontraba allí a bastantes chicas esperando a alguien que las acompañase en coche a sus casas.

Los dos americanos siguieron a una muchacha que andaba sola por la calle.

—Pásala —dijo Nick. La fachada estaba bien. La muchacha correspondió a su saludo con una sonrisa. —Alerones desplegados, tren de aterrizaje bajo, motores parados. Con ésta serán nueve victorias contundentes, *mein kapitan*. De la noche a la mañana voy a ser campeón por partida doble.

Nick saltó del coche, cerró el paso a la muchacha con gesto afectuoso y le dijo, en un alemán quebrado, que tenía unas hermosas piernas, dignas de ser enfundadas en medias de nylon… y que precisamente él podía regalárselas…, y si quería que la llevase a casa en coche.

Se separaron una hora después y eran los mejores amigos del mundo. La muchacha, enriquecida con varios regalos.

Nick cogió el volante.

—¿Qué diablos hacías ahí arriba? ¿Buscar un empleo permanente?

Nick respondió con un gruñido de dicha.

Scott se aburría.

—Yo encontraría buenas oportunidades si dispusiera de una vivienda lejos de aquellos desagradables cuarteles y si el truhán de Crusty me diera diez minutos libres. Esto de andar a la caza por las calles es como coger peces en un barril.

—Yo fallo el tiro muy de vez en cuando —respondió Nick—, pero la culpa la tiene el ser feo. Te diré una cosa, capitán, apostemos. Te apuesto diez dólares a que me llevo conmigo una preciosidad con la cual tú habrás fracasado totalmente.

—Hablas en broma.

—*Ja oder nein?*[21].

—Van diez dólares, Nick…, solamente que no escojas una mujerzuela cualquiera.

—¿Una muchacha de postín…, de pies a cabeza…, por diez dólares?

—La apuesta queda en firme.

Scott miró su reloj. Era la hora en que la gente estaría saliendo del cine. Scott ordenó a Nick que le llevase por la Rhein Strasse en dirección a la Kurhaus, pues por allí pasarían muchas alemanas que trabajaban en casa de familias americanas. Ambos examinaron con la mirada a media docena de chicas, siguieron adelante… ¡y luego ambos la vieron al mismo tiempo!

Clic, clic, clic, martilleaban los tacones de Hildegaard Falkenstein.

—Es posible que ni te cobre los diez dólares —dijo Scott.

—Algunos sujetos han nacido afortunados, sencillamente…

Nick cerró el cruce de las calles con el coche. La muchacha dio un rodeo y pasó resueltamente por delante del automóvil, mirando al frente. Nick empezó a pensar que ganaría la apuesta.

—*Fraulein* —llamó Scott—, ¿podría hacer el favor de ayudarnos? Nos hemos extraviado.

La joven respondió en un alemán rápido, que no pudieron entender, y siguió andando por la calle.

—Diez dólares.

—Todavía no. —Scott saltó del coche, le cerró el paso y, echando mano de toda su gracia inocente de muchacho, abrió los brazos en un gesto desamparado, y continuó la conversación en un alemán pésimo. En voz baja murmuró unas cuantas palabras escogidas, ensalzando la belleza de la joven.

Hilde probó a sortearle, pero él no la dejó pasar. Detrás, oía las carcajadas estentóreas de Nick Papas.

Palabras como «medias de nylon», «chocolate», «perfume» no causaban la menor impresión. Hilde adoptó una actitud imperiosa.

—Si no me deja pasar —dijo en un inglés perfecto—, llamaré a la policía.

—¡Vaya…, que me cuelguen!

—Déjeme pasar, por favor. Yo no juego con chiquillos.

—¡Chiquillos! Oh, cariño, si supiera lo que se pierde, se cortaría el cuello.

—Déjeme seguir adelante, o se lo cortaré a usted.

La muchacha echó a andar, retándole a que la tocara tan sólo. Scott se apartó. Hilde siguió calle abajo. En la esquina dobló hacia Gustav Freytag Strasse y entró en casa de los Loveless.

Nick Papas se rió hasta que las lágrimas le corrieron por las parduscas mejillas.

—De acuerdo, so canalla griego, ¿quieres mejorar la apuesta?

—*Jawohl*!

—Cincuenta dólares a que la tengo en el saco dentro de una semana.

—Hecho. —Y Nick se puso a reír nuevamente.

Scott acortó la marcha delante de la casa del teniente coronel Clinton Loveless y tomó nota mentalmente de la dirección.

La cabina del Big Easy Cuatro contenía una tripulación agitada por una mezcla heterogénea de sentimientos.

Stan Kitchek tenía los ojos iluminados por un gran amor. No hacía más que pensar en Monika. ¡Qué muchacha tan buena…! ¡Mantener a su hijo y a una madre anciana! Y nunca había estado enamorada de verdad. Cosas que pasan, nada más.

Scott se sentía furioso casi hasta el punto de decirle a Stan que Monika era una fortaleza sobornada… casi, pero no lo bastante para decírselo de una vez.

Nick era un mosaico de sonrisa de toda índole. La desazón de Scott le tenía en sus glorias.

Mientras hablaban con la emisora de Tempelhof, Stan se levantó del asiento un instante, cogió una caja grande de cartón de debajo de la mesa del ingeniero de vuelo y se la entregó a Nick.

—¿Qué diablos es eso, Stan? —preguntó Scott.

—Los niños no tendrían por qué ser así —respondió Stan. —Con todo, he pensado que debo realizar una tentativa.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Nick.

Stan abrió la caja. Los otros dos miraban con curiosidad. La enorme zarpa de Nick sacó un paracaídas del tamaño de un pañuelo. Sus cuerdas sostenían una barra de caramelo. La caja contenía un centenar de paracaídas y barras de caramelo semejantes.

—Los he preparado durante mis horas libres —dijo Stan. —Quiero que los echen por la escotilla trasera poco antes de que aterricemos.

Nick se conmovió. Scott levantó los hombros como diciéndose que Stan estaba loco.

Después del último giro a la derecha, rodeando el reflector de Tempelhof, el aparato inició el rápido descenso que les llevaría sobre el Cementerio de San Tomás, entre filas de casas de vecinos medio derruidas por las bombas. Stan miró fuera. Sí, los niños estaban allí, sobre los escombros, cerca del final de la pista. Con los alones desplegados…, el pájaro inmenso disminuyó la velocidad. Nick estaba en la portezuela trasera, arrojando los paracaídas de juguete, que se hinchaban y descendían mansamente hacia el suelo. Los chiquillos se lanzaban a cogerlos en el mismo momento en que el aparato tocaba tierra en el extremo de la pista.

Al cabo de pocos segundos, los espías rusos llamaban apresuradamente por teléfono desde los puestos de observación del extremo de la pista y desde el Centro de Seguridad Aérea. ¡Objetos extraños sobre el Cementerio de San Tomás! ¡Paracaídas! ¿Qué nueva especie de sabotaje intentaban los americanos?

¿Caramelos?

¡Caramelos!

¡Caramelos!

La Radio del Pueblo describió el hecho con pasión:

—La última estratagema de los americanos consiste en sobornar a los niños, en

un desalmado esfuerzo por continuar en Berlín.

Durante los días siguientes, los niños de la zona occidental confeccionaron millares de paracaídas de juguete para sus «amigos» de Berlín. Sidney, el «Canguro», marchó saltando hacia Nueva York a recoger millares de barras de caramelo. El ritual de arrojar caramelos se verificaba desde muchos «Skymasters» todos los días.

Ulrich Falkenstein dijo:

—Es bueno que los niños levanten la vista al cielo y contemplen una lluvia de dulces.

Y así nació la leyenda de Stan Kitchek, «El Aviador *Chockolade*».

CAPÍTULO XIII

UN despertador se puso a repicar. Eran las dos de la madrugada. Sean extendió el brazo por encima de la cama en busca de Ernestine.

—No te levantes, querida —dijo medio dormido. —Volveré tan pronto como pueda.

Ernestine salió de la cama, débil, y tiritando, y se envolvió en un albornoz de tela gruesa.

El barrio de Reinickendorf recibía entonces las dos horas de electricidad que le concedían por las mañanas. Como las demás mujeres del edificio, Ernestine andaba por el piso a mitad de la noche, bostezando.

La joven calentó varias cacerolas de agua. Por la mañana estaría tibia nada más, pero podrían recalentarla parcialmente con una «píldora rápida de bloqueo» para que Sean no tuviera que afeitarse y lavarse con agua helada. Después preparó dos termos de café caliente y caldo para el desayuno, planchó unas prendas de vestir, se lavó rápidamente, limpió, y realizó todas las tareas para las que eran necesarias la luz y electricidad.

Había que salvar las buenas formas. Ello obligó a encontrar una habitación para los dos, lejos de la residencia oficial de Sean. La encontraron en Reinickendorf, en el sector francés, cerca de donde construían el tercer campo de aviación. Estaba en el tercer piso de un edificio que sufrió algunos daños de los bombardeos, pero tenía su cuartito de baño y una cocina pequeña.

Dejando aparte un teléfono para que pudiesen llamarles desde el Cuartel General, vivían como berlineses. Leían, comían, se bañaban a la luz de las velas, o a la claridad oscilante de una lámpara de petróleo.

—Por encima de todo, manteneos firmes —les decían todas noches a los berlineses en una concentración nueva.

Costaba trabajo mantenerse firmes después de largas horas de cola esperando el racionamiento, de revolver en busca de artículos preciosos, como el jabón, por ejemplo, de remendar ropas que ya no admitían remiendo, de reforzar con papel las suelas de los zapatos, de recorrer cinco millas de ida y otras tantas de vuelta para ir al trabajo. La vida llegó a quedar reducida a una existencia semiprimitiva.

Los hospitales hacían operaciones y examinaban, con los Rayos X a horas intempestivas; los colegios realizaban penosamente su labor sin calefacción, ni luz, ni libros de texto. La gente escuchaba la radio en grupos, con el fin de prolongar el uso de unas baterías preciosas, y la mayoría de las noticias se publicaban por medio de camiones ambulantes.

Las esposas de los dentistas producían energía para el funcionamiento de los aparatos de sus maridos mediante pedales de bicicletas; conciertos, conferencias y concentraciones se celebraban a la luz de las velas; los cines actuaban en plena noche

para un público que a menudo recorría andando la mitad de Berlín para llegar hasta ellos.

No había cristales para remendar una ventana rota, ni piezas de recambio para los relojes, ni malta para cerveza; no había cintas para las máquinas de escribir de las oficinas, ni pinturas, ni cosméticos, ni ferretería, ni piezas de recambio para las máquinas.

Los campos de escombros los nivelaban o limpiaban a mano, y se procuraba criar unas cuantas hortalizas en huertos improvisados, valiéndose de semillas que les daban las ciudades de Munich, Hanover y Heidelberg.

De la zona rusa pasaban, con gran esfuerzo, contrabandistas que burlaban el bloqueo, pero vendían sus mercancías a precios muy altos. «Oficialmente» los americanos miraban con ceño esta maniobra; mas, en secreto, cuidaban de que tales contrabandistas tuvieran bastante gasolina para continuar el negocio, pues incluso a precios de mercado negro, todo incremento de la cantidad de víveres resultaba precioso.

Sin embargo, de esta oscuridad nació una gran herencia. Los berlineses se mantenían unidos, acogían las penalidades con un levantamiento de hombros y se reían de sus propios aprietos:

—Son mejores las patatas deshidratadas que el «Kimm frau».

—Gracias a Dios que no son los americanos los que bloquean y los rusos los que nos abastecen por aire.

La alimentación a base de huevos en polvo, el afanarse en busca de unas ramitas y los puestos de control continuaban, pero el pueblo adquiría mayor resistencia, al mismo tiempo que la sensación de estar sufriendo un martirio le unía en un bloque compacto.

El único momento en que el corazón de un berlinés latía con miedo era cuando sobre su cabeza se interrumpía el roncar de los motores. Berlín vivía con un solo pulmón y su débil latido cardíaco era el ruido de los aviones.

En esta batalla de fuerza de voluntad, los berlineses constituyeron una buena parte de la muralla de la fortaleza.

A poca distancia de la habitación de Sean y Ernestine, el tercer campo de aterrizaje se estaba terminando aceleradamente.

Los ingenieros de la CCCL Escuadrilla de Apoyo de Berlín eligieron un sector vecino al Cuartel General francés, cerca del Bosque de Tegel…, un campo llano, equidistante de Tempelhof y Gatow. Revolvieron todo Berlín en busca de equipo pesado de construcción, pero hallaron poca cosa más que unas apisonadoras a vapor de la vuelta del siglo.

En la base de Hanau, zona americana, reunieron todo el material que pudieron, lo cortaron con sopletes y establecieron un servicio especial en el *Airlift* para

transportarlo con aviones «C-74» y «C-82». Trasladaron también a Berlín diez mil barriles de asfalto y la cantidad necesaria de planchas de acero perforadas.

El transporte de los millares de toneladas de maquinaria y suministros para el nuevo campo de aviación fue la parte menos importante del problema.

No había acero ni piedras para los cimientos de una pista que había, de medir de dos a diez pies de espesor, con lo que hubo que revolver todo Berlín en busca de raíles de tren que no se utilizasen, los cuales arrancaron y los llevaron a Tegel. También trasladaron allá piedras de los derribos y adoquines de las calles.

Entre los habitantes se formó una brigada voluntaria de trabajadores. El sueldo era menguado, pero a cada turno se les serviría una comida caliente para que conservasen las energías. ¡Veinte mil berlineses contestaron a la llamada!

Casi la mitad de la brigada estaba formada de mujeres. Acudían al trabajo con vestidos de calle, de trabajo, ajados uniformes militares, zuecos, zapatos de tenis, o sin calzado, y llevando trajes de baño cuando hacía calor y andrajos cuando llovía.

Cada faceta de la vida social y profesional estaba representada en aquel ejército del trabajo que, por su volumen enorme se parecía a la construcción de una pirámide egipcia. Aunque, a diferencia de los esclavos egipcios, aquella gente trabajaba hasta el agotamiento con una tenacidad fuera de toda comparación.

Una pequeña fuerza de quince oficiales americanos y menos de cien soldados dirigía la brigada de trabajadores mientras limpiaba, aprovechaba, trituraba, transportaba, movía y extendía a mano millones de metros de piedras y ladrillos.

El aeropuerto, que decían no se podría construir ni en un año, dadas las circunstancias, ¡iba a quedar terminado casi por completo en noventa días nada más!

Ernestine volvió a la cama cuando las luces de Reinickendorf se apagaron y las dos horas de cupo de luz correspondieron a Wedding, Sean se había dormido de nuevo. Ernestine deseaba que aquel día no le llamasen temprano desde el Cuartel General.

CAPÍTULO XXIV

A Nelson Goodfellow Bradbury le tocó el turno de dar las cartas en una mesa del «Dahlem Press Club», en la que todos sus componentes eran periodistas.

—Paso —anunció.

—Hoy han transportado otras cinco mil toneladas por el aire —murmuró Clark, de la A. P.

—Juego —dijo Whittsett, de la cadena Hearst.

—Los rusos tienen que replicar con una jugada brillante —murmuró Clarke.

—La mía consistirá en retarte a ti.

—Reta.

—Me fastidia.

—Reta.

—¿Qué opinas, Nellie? ¿Dónde descargarán el próximo golpe? —preguntó Bishop, de la CBS, con aire meditativo.

—Tienen cierto número de posibilidades. Pueden cortar el contrabando en absoluto, probar de apoderarse por la fuerza del Ayuntamiento y el *Magistrat…*, hay cierto número de posibilidades.

Detrás de él, un camarero se inclinó para decirle:

—Al teléfono, señor.

Nellie pasó la baraja a Clarke y se fue pesadamente hacia la cabina telefónica.

—Diga, Nelson Bradbury al habla.

—¿Sabe quién está hablando?

Nellie reconoció la voz, «enmascarada» por una tela, de un oficial de Prensa ruso llamado Sobotnik.

—Sí.

—Le convendría abandonar el club ahora mismo y marcharse andando en dirección oeste por la avenida Argentinische para entrar en contacto de nuevo.

Un chasquido.

Nellie sacudió el mechón de cabello. Había que doblegarse a la marcha rusa por el secreto y el misterio. Pagó lo que debía y salió del club. Las calles se parecían a las de Londres durante los apagones de los bombardeos.

El periodista anduvo una distancia suficiente para asegurarse de que estaba solo y nadie le seguía. Un coche negro de la Embajada rusa pasó lentamente, viniendo del otro lado de la calle. Nellie se detuvo en la esquina, bostezó y aguardó a que el coche hiciera una segunda pasada.

Salieron dos hombres. Eran, inconfundiblemente, de la NKVD. Se los reconocía bien incluso bajo aquella menguada luz…, representaban su papel como actores malos: sombreros de ala ancha, trajes de chaqueta cruzada que les sentaban mal, caras huesosas, maneras siniestras.

Nellie subió al coche en seguida que se lo ordenaron y les ofreció el pañuelo para que le vendaran los ojos. Los agentes de la NKVD no consideraron gracioso el gesto. Corriendo las cortinas, partieron a toda marcha por la Postdamer Chausee, cruzando el suburbio de castillos y mansiones. Le condujeron a la fortaleza del mariscal Alexei Popov, le hicieron entrar en una biblioteca y le dejaron encerrado.

Nellie se puso a especular sobre lo que significaría aquella llamada a medianoche. La estrategia soviética era clara. Querían que el Oeste siguiera discutiendo y se proponían arrancar concesiones mediante el bloqueo. Sin embargo, no tenían prisa, puesto que todos los estrategas soviéticos predecían que en invierno el *Airlift* se derrumbaría.

En Moscú y en las Naciones Unidas, sus hombres de Estado se entregaban a un juego de acrobacias verbales. En cuanto el Oeste daba indicios de querer romper las negociaciones, los soviéticos cedían un poco, lo necesario para que las conversaciones continuasen. Un día dieron su conformidad a un plan para emitir en Berlín una moneda nueva de las cuatro potencias. En la superficie, parecía un ablandamiento soviético; pero, no obstante, el mariscal Popov recibió instrucciones para impedir que el acuerdo se llevara a la práctica de verdad.

A pesar del chantaje del bloqueo, Nellie presentía que había cierto número de cosas que quitaban el sueño a los rusos. Los berlineses demostraban estar forjados a prueba de presiones. Los ingleses y americanos se repusieron del desastre del Lunes Trágico con los aterrizajes dirigidos desde el suelo, y en la actualidad se producía en Tegel una especie de milagro de la ingeniería. Los rusos no querían saber nada con las elecciones de diciembre en Berlín.

Finalmente, la opinión mundial se indignaba más de lo que se esperaba. En todas partes surgían concentraciones en favor de Berlín, y el pueblo alemán hacía gala de una unidad que aterraba a la mente rusa.

La zorra plateada de los Soviets, el mariscal Alexei Popov, entró en la biblioteca de un humor amable.

—Le agradezco que haya venido.

—¿Me va a decapitar, mariscal?

Popov le dio una palmada en el hombro.

—Siempre me ha gustado su sinceridad. Siéntese, se lo ruego.

Nellie se llenó el vaso de vodka y apartó de un manotazo la bandeja de caviar, tajadas de jamón polaco delgadas como un papel, esturión ahumado y otras exquisiteces que faltaban desde hacía tiempo en el otro lado de la Puerta de Brandenburgo.

—Quiero clarificar algunos conceptos equivocados sobre la posición soviética. La Prensa de ustedes debería exponer a sus compatriotas la verdad de la situación.

En todas estas ocasiones, Big Nellie se preguntaba si los rusos daban crédito a sus propias palabras.

—Digamos señor, que nosotros exponemos al pueblo americano la versión que

ustedes dan del problema…, casi tanto como ustedes presentan al pueblo ruso la versión nuestra.

Popov se rió de buena gana. Sabía que no podría intimidar al periodista y no quería darle pretexto para nuevas agudezas. En consecuencia, pasó revista a la situación, dijo que el Oeste estaba en Berlín ilegalmente y había convertido la ciudad en una base de espías. En las zonas de ocupación se echaba mano de los nazis para reconstruir el militarismo alemán con vistas a una guerra de desquite contra la Unión Soviética.

Nellie tomó algunas notas, sin escuchar nada nuevo y sabiendo que aquél no era el motivo por el cual le habían llamado a Postdam.

Popov siguió diciendo que el pueblo soviético, cordial y amante de la paz, habría probado de establecer un acuerdo; mas las conversaciones habían fracasado porque el Oeste había roto los tratados.

—En primer lugar, es una mentira que la Unión Soviética se valga de la amenaza del hambre. ¡El bloqueo de Berlín no existe!

¡Había descargado el golpe directo!

—La agresión que significa el *Airlift* es innecesaria. La Unión Soviética garantiza víveres para todos los berlineses y el retorno al trabajo de los obreros a quienes la agresión americana e inglesa ha dejado sin empleo.

Nelson Goodfellow Bradbury salió de Postdam preocupado. Tanto en el Cuartel General inglés como en el americano, lo mismo que el berlinés más optimista, nadie creía que el *Airlift* pudiera sostener a la ciudad durante el invierno.

La promesa de los rusos, garantizando comida y trabajo, podía ejercer una atracción irresistible sobre la madre de familia berlinesa que tenía un par de hijos y sobre el obrero parado, y perseguía el objetivo de aplastar al Oeste, porque los rusos ofrecían comida y trabajo a cambio de que se aceptase su moneda.

Dejaron a Nellie a pocas manzanas del «Press Club», y él telefoneó inmediatamente a Sean, que se encontraba en su habitación de Reinickendorf.

—Conviene que me lleves a ver al general Hansen —le dijo.

Mediada la mañana, los gobernadores occidentales, los comandantes de Berlín y los jefes políticos alemanes vacilaban, sin saber qué hacer. Popov y los rusos les habían cogido en una trampa. No había otro recurso que esperar y ver qué pasaba.

El general Trepovitch fue el designado para leer la proclama por la Radio del Pueblo al día siguiente.

> —¡El bloqueo de Berlín no existe! La Unión Soviética no puede continuar al margen viendo, con los brazos cruzados, cómo la agresión del *Airlift* acarrea nuevos sufrimientos a los obreros de Berlín. Vuestros hermanos soviéticos os

esperan con los brazos abiertos.

»A partir del lunes los habitantes del llamado barrio americano de Neukolln pueden pasar al sector ruso y acudir al Ayuntamiento de Treptow para entregar las cartillas de racionamiento y los marcos «B», pues ambos son ilegales. Allí se os expedirá una cartilla de racionamiento nueva, garantizada por la Unión Soviética, que os concederá quinientas calorías más por día. Vuestros marcos «B», ilegales, serán canjeados por marcos normales, al cambio de uno por uno.

¡Había llegado el momento terrible de tomar una decisión! Cada hombre, cada mujer tenía que interrogarse minuciosamente y encontrar la respuesta por sí mismo. ¿Había que afrontar el hambre, durante el invierno? Y, si se sobrevivía al invierno… luego ¿qué? ¿Seguir viviendo con el miedo a un asalto ruso de otra clase? Quizá una invasión directa… como la última.

Entonces, ¿no sería mejor someterse de una vez y resignarse a sobrevivir, aceptando la oferta rusa como la única manera de escapar de un cepo que no tenía otra salida? Si desairaban a los rusos, la venganza sería terrible.

El procedimiento era muy sencillo. En días determinados, los ciudadanos de un barrio alemán tenían que ir a un barrio ruso y canjear las cartillas de racionamiento y el dinero. En el sector occidental había más de dos millones de personas. Los soviéticos calculaban que, con que al principio cruzara el límite la mitad de ellas, la precaria administración de la ciudad se derrumbaría y los occidentales se encontrarían bajo un diluvio de marcos rusos.

En los barrios rusos de Treptow, Freidrichshain, Pankow, Mitte y Prenzlauer Berg el personal de oficina se preparaba para el alud.

La semana de la gran decisión llegó y pasó sin cambio alguno en la vida de Berlín. Sólo el dos por ciento de la población de los sectores occidentales cambió sus cartillas de racionamiento por las rusas.

CAPÍTULO XXV

CLINT Loveless estudiaba la lista de material que había que reparar o sustituir. Lo anotado como más urgente era: aparatos de arranque, luces de aterrizaje, aparejos, inversores, compases indicadores de flujo máximo, brújulas especiales para aviación y así, en sucesión descendente, hasta los limpiaparabrisas, transmisores de presión de aceite y hélices.

El general le había enviado a Erding a romper el embotellamiento de las reparaciones y las piezas de recambio.

Dieron unos golpecitos a su puerta.

—Entre. —Entró Scott Davidson. —Hola, Scott.

—Tuve que venir al Cuartel General por otros asuntos y he pensado si podría verle a usted unos minutos.

—Sin duda.

Clint apartó los papeles a un lado y se frotó los ojos. Scott estudió la oficina con curiosidad. Era un «país de las maravillas» de diagramas y mapas.

Sectores de problemas de importancia.

Proyectos preferentes.

Causas de fatiga de los pilotos.

Scott había visto siempre al coronel como a un sujeto que andaba cogido a los faldones del general y que, al bajar del aeroplano, en Berlín, estaba invariablemente lívido. Aquella primera contemplación de su oficina le infundió un respeto nuevo.

—Señor —dijo—, acabo de terminar este informe y quería que usted le echara un vistazo.

Clint cogió la carpeta. La cubierta decía: «Vuelo a través de las tormentas», por el capitán Scott Davidson, jefe provisional del Ala del *Airlift*.

Clint puso una cara avinagrada.

—Esto queda fuera de mi especialidad: Lo único que sé de ello es que lo odio.

—He ahí el caso, coronel. Antes de someterlo al piloto jefe, me gustaría conocer la opinión de un profano.

Clint se encogió de hombros, puso la carpeta sobre un montón de papeles y prometió que lo leería.

—Coronel, estando aquí se me ha ocurrido otra cosa. Usted ocupa un puesto estupendo para hacer un favor.

—¿Sí?

—¿Debo ir al grano?

—Se lo ruego —dijo Clint, devolviéndole el informe sobre los vuelos en días de tormenta.

Scott sonrió.

—Señor…, le agradecería que me presentase a su criada.

—No.

—Pero…

—No quiero que ninguno de ustedes, granujas fanfarrones, se la lleve a la cama. Es una criada demasiado buena.

—Coronel, yo no me proponía eso ni mucho menos.

—Entonces ha de ser un bicho raro.

—Lo cierto es que la encontré una vez y, vea usted…, me porté como un grosero. Me gustaría repararlo.

Clinton Loveless dudaba mucho de la sinceridad de Scott Davidson; pero ¡qué diablos!, querer tener a los hombres apartados de Hilde era tan ridículo como… querer tener a los hombres apartados de Hilde. Por lo demás, Clint volaba demasiadas veces con Scott y confiaba la vida a sus manos, para mostrarse arrogante con él.

—Coronel, ¿podría dejarme caer por su casa, como si fuera a comer… o algo por el estilo?

—¿Como si quizá hubiese meditado detenidamente este plan?

—Pues, señor, lo cierto es que haciendo dos vuelos diarios a Berlín y con el trabajo de oficina que tengo, me queda poco tiempo libre.

—¿Cuándo se propone ir?

—¿Esta noche, coronel?

A Clint le divertía el descaro del otro.

—Tomamos el cóctel a las seis y media. Doy por supuesto que usted ha localizado ya mi casa y sabrá encontrarla.

—Recanastos, coronel, usted es un buen compañero.

Judy opinó que Scott Davidson era un hombre adorable y le encantó tomar parte en la conspiración. Cuando Hilde servía la bebida en la sala de estar, le presentaron el capitán, y ella contestó tranquilamente que ya lo conocía. Si la repentina aparición de Scott le desazonaba, no lo manifestó.

—¿No querrá comer con nosotros, capitán?

—Oh, no; sería causarles demasiadas molestias.

—Tonterías.

—Pues…

—Insistimos, ¿verdad que sí, Clint?

—Insistimos.

—Hilde, ponga un cubierto para el capitán Davidson. —La joven hizo un signo afirmativo y se fue a la cocina a comer y dar la comida a los niños.

Scott aguardó un tiempo prudencial para dedicar la atención de rigor a la dueña de la casa y luego halló un pretexto para entrar en la cocina.

Hilde estaba sentada a la mesa, bromeando con Tony y Lynn. Scott se sirvió un

vaso de agua, se acercó al grupo y pronto se hubo conquistado las simpatías de los pequeños, desarrollando su plan de desbordar las defensas de la muchacha haciendo que toda la familia estuviera loca por él.

Hilde envió a Tony y Lynn a ponerse los pijamas y estudiar mientras ella andaba por la cocina dando los últimos toques a la cena y Judy y Clint se quedaban discretamente en la sala de estar, con la coctelera.

—En verdad que es una coincidencia agradable —dijo Scott.

—Yo creo que no —respondió Hilde.

—Oiga, quería encontrarla para decirle lo apenado que estoy por lo de la otra noche. Estábamos cansados, y yo había bebido demasiado.

—No creo que sienta ninguna pena.

—Me he tomado un sinfín de molestias para encontrarla a usted y poderle decir cuánto me pesa.

—Lo que le apena es que su ridículo orgullo haya sufrido un descalabro. Estas molestias que se toma ahora persiguen el objetivo de repararlo.

Hilde no se mostraba divertida, ni arrobada, ni desconcertada. La resistencia no se fundía en el momento que Scott Davidson tenía previsto.

—¿No puedo contar con que dejará de mirarme con prevención?

Hilde dejó el cuchillo del pan y se limpió las manos en el delantal.

—La ciudad está llena de muchachas fáciles que deberían bastar para satisfacer los apetitos de usted. Si intenta volver a verme, no conseguirá más que una nueva herida para su orgullo.

—Es demasiado severa. Soy muy divertido, Hilde.

—Es raro, capitán. Yo le encuentro estúpido, malcriado y con poca experiencia.

Nick Papas chasqueó los dedos animado. Era la primera apuesta que le ganaba a Scott.

—Afloja la bolsa, capitán, afloja la bolsa.

Scott sacó cinco billetes de diez dólares en moneda militar.

—Cincuenta dólares. —Nick besó el dinero con fingido éxtasis. —La apuesta más hermosa que he cobrado en mi vida. ¡Cinco billetes!

—¿Qué pasa? —preguntó atónito Stan Hitchek.

—He pedido un donativo al capitán para comprar caramelos y que tú los eches a los niños de Berlín, y mira qué ha hecho. Me ha dado cincuenta dólares.

—Diantre, Scott —exclamó Stan Kitchek, sintiendo un nudo en la garganta—, ha tenido un gesto enormemente simpático.

CAPÍTULO XXVI

LOS berlineses, al rechazar los alimentos rusos, obligaron al mariscal Popov a adelantar el horario para la ocupación total de la ciudad. Los rusos empezaron cerrando el paso a los contrabandistas que rompían el bloqueo, y a media docena de ellos los entregaron al piquete de ejecución. Las molestias contra los berlineses en los puntos de registro, por causa de los marcos «B», cobraron una intensidad nueva. Finalmente llegó el salto al dominio de la ciudad, con una violencia a la que faltaba poco para ser una guerra abierta.

Las Escuadras de Acción se reunieron con precisión militar en la Marx-Engels Platz bajo el mando de oficiales rusos disfrazados de paisanos. Se concentraron en número de más de cinco mil, muchos de ellos utilizando camiones americanos de los cedidos en «préstamo y arriendo», y convergieron sobre los edificios del Ayuntamiento y el *Magistrat* armados de porras, cuchillos y piedras, y exhibiendo banderas y pancartas.

Con esta táctica habían echado al suelo la libertad en Checoslovaquia, y la ponían en escena de nuevo. Las Escuadras de Acción irrumpieron en los edificios, destrozaron las oficinas y dejaron las salas principales en un caos. Apalearon a los oficiales de enlace americanos, franceses e ingleses y cortaron las líneas telefónicas con los sectores occidentales.

¡El alboroto aumentaba! Ni la policía del sector ruso, ni el Ejército rojo aparecían por ninguna parte, dejando el campo libre a las Escuadras de Acción. A últimas horas del día, la alcalde Hanna Kirchner pudo ver al general Trepovitch y le pidió protección. El ruso se encogió de hombros.

—Yo no puedo impedir que los obreros lleven a cabo una manifestación democrática. Odian la agresión imperialista del *Airlift*. Los obreros tienen derecho a protestar.

La enojada dama irguió su pequeña estatura.

—Nunca creí —le espetó— que pudiese haber nada tan aborrecible como los nazis. La Unión Soviética ha conquistado este honor.

Trepovitch se puso en pie de un salto.

—Adelante, pégueme —retóle ella.

El general no se atrevió. Hanna escupió sobre la mesa del ruso y salió.

Al día siguiente, los «alborotos» continuaron.

Hanna Kirchner tuvo la osadía de irse a su oficina, pero las puertas estaban bloqueadas por guardias del Ejército rojo que no le permitieron entrar.

La Radio del Pueblo anunció la llegada de mayor número de soldados rusos, explicando que la cólera de los trabajadores obligaba a la Unión Soviética a proteger a los ciudadanos de Berlín de sus corrompidos gobernantes.

Ante aquel atropello, Andrew Jackson Hansen volvió a su vieja postura de «Erico el Rojo», soltando una colección de tacos de impotente indignación. Cuando Neal Hazzard y Sean hubieron logrado calmarle un poco, celebraron una conferencia con los ingleses y franceses para llegar a una decisión colectiva.

El tercer día se permitió que los alborotos en el Ayuntamiento y el *Magistrat* continuasen todavía. Entonces los comandantes occidentales se pusieron en contacto con Hanna Kirchner y le dijeron que la Asamblea de Berlín y el *Magistrat* podían actuar en los sectores occidentales de la ciudad.

El cuarto día de los desórdenes, la alcalde Hanna Kirchner convocó una sesión de la Asamblea en el sector británico, en la «Casa del Estudiante de Seeinplatz».

Aquélla noche la Radio del Pueblo pregonó:

> «Los lacayos encargados de realizar las tareas sucias de los imperialistas han abandonado a los obreros de Berlín».

Armados ahora con el «hecho» de que los demócratas, conservadores y cristianos habían «abandonado» sus puestos los comunistas expulsaron de sus cargos a todos los no comunistas de los barrios de su sector, incluidos tres alcaldes. En el *Magistrat*, los rusos cerraron archivos de importancia vital.

Entonces se produjo un traslado en masa de población y oficinas, al huir los miembros de los partidos libres hacia el nuevo santuario del Oeste. Diariamente se escindía un nuevo departamento del gobierno y abría oficinas nuevas en los sectores occidentales. El punto culminante de la lucha lo señaló una asamblea de seiscientos comunistas en el Admiral Palast.

—El pueblo de Berlín ha sido abandonado a merced de los buscadores de un desquite —gritó Rudi Wöhlman a sus oyentes. —Mirad el *Magistrat* y la Asamblea. ¡Han sido abandonados! ¡Ha llegado el momento de que los obreros elijan a sus representantes!

Aquella reunión de comunistas eligió, por el procedimiento de la mano levantada, a Heinz Eck para alcalde del Berlín «Libre». Allí se proclamó, sin debate, ni protesta, ni votación formal, un nuevo *Magistrat*, al que se conocería por el Soviet de Berlín.

A comienzos de setiembre de 1949, la Unión Soviética había esquivado unas elecciones libres y dividido la ciudad en dos partes.

—¡Dios mío! —exclamó Nelson Goodfellow Bradbury. —¡Dios mío!

Desde su elevado puesto de observación, en la caja del arruinado edificio del Reichstag, contemplaba la Platz der Republik. El pueblo se había reunido para protestar de la atrocidad rusa.

Una masa compacta de gente llenaba toda la plaza y se agolpaba en densa

multitud en el destruido Tiergarten. La gran Charlottenburger Chaussee era un alud sólido de gente, prolongándose hasta la Columna de la Victoria, restaurada por los ingleses. Los berlineses inundaban el terreno, dirigiéndose hacia la Puerta de Brandenburgo, que limitaba con el sector ruso. Jamás se había producido una concentración semejante. Medio millón de ciudadanos se erguían, furiosos de cólera.

Gente habitualmente ordenada, los berlineses se inflamaron de rabia cuando a los rusos se les antojó cambiar la guardia de un monumento emplazado dentro del sector británico. Los berlineses lo llamaban la «Tumba del violador desconocido». Un estudiante trepó por el asta de la bandera de la Puerta de Brandenburgo y arrancó la bandera de la hoz y el martillo. Una intervención valerosa de los guardias ingleses evitó un levantamiento de grandes proporciones.

Llovía y la gente estaba empapada, pero parecía no importarle. Uno por uno, los dirigentes salieron al estrado y desafiaron a la Unión Soviética.

La gran figura de Ulrich Falkenstein, sin sombrero y rechazando la protección de un paraguas, se enfrentó con aquel mar humano, embravecido de ira. Ulrich había cumplido la palabra que dio al general Hansen. El pueblo se había mantenido firme.

—¡Berlineses! —se extendió la voz del jefe sobre la multitud en medio de la derrota. —Yo he dicho que vosotros nunca fuisteis nazis. Y ahora digo: «¡Los berlineses nunca serán comunistas!».

CAPÍTULO XXVII

SCOTT Davidson había llegado a una época desastrosa. Primero topó con un nuevo jefe como Hiram Stonebraker. ¡Ahora era despreciado por una doncella alemana!… ¡Ninguna mujer le había llamado nunca estúpido!

Scott había conseguido cuatro días de permiso. En compañía de Nick emprendió una juerga de las que registra la historia, recorriendo Rudensheim, Wiesbaden, Francfort y Mainz, lo cual terminó con el coche de Nick hundiéndose lentamente en las aguas del Rhin. El capitán se divirtió con muchas preciosidades alemanas…, seis en cuatro días.

Mas, tal como había dicho Hildegaard, eran más bien muchachas fáciles. Esto le fastidiaba. ¡Ella vería! En realidad, lo único que Scott había obtenido era un dolor de cabeza terrible y un estómago revuelto. Resultaba una experiencia extraña, única, humillante, verse rechazado tan llanamente. Scott confirmaba la definición de Hilde de que era un niño malcriado y sin experiencia. No le quedaba otra alternativa que arriar la bandera en señal de derrota, aunque no podía hacerlo.

Después de aquella juerga, pasó una semana completamente intratable. Incluso pareció desinteresarse cuando Nick le dijo que habían encontrado en Francfort un piso de dos habitaciones. Nick y Stan llegaron a preocuparse. Su compañero no se había portado nunca de tal modo.

La iglesia de Friedrichstrasse se vaciaba de viejos aristócratas vestidos con deshilachada elegancia, los cuales se paraban a decir unas palabras al ensotanado sacerdote. Hilde salió del recinto acompañada de Tony y Lynn Loveless. Los tres habían pensado que, para adelantar en el aprendizaje del alemán, les convenía escuchar el sermón en este idioma.

Hilde salió a la repentina luz, protegiéndose los ojos, vestida elegantemente, de encaje y guantes blancos. Los hermanos Loveless corrían a su alrededor, manifestando el contento de verse libres del encierro.

—Hermoso sermón.

Hilde se volvió y se encontró frente a frente con Scott Davidson.

—¡Eh, pequeños! —dijo Scott—, ¿qué os parece si fuésemos a tomar un vaso de leche en el club Eagle? A mí me gusta ir a beber un vaso de leche cuando salgo de la iglesia.

—Me temo que no… Les quitaría el apetito para la comida.

—¡Oh, Hilde! —quejóse Tony.

—He dicho que no.

—Bien, hemos de obedecer a tía Hilde —dijo Scott. —¿Le molesta que les acompañe a casa?

—De lo contrario piensa dar un espectáculo aquí, delante de la iglesia —siseó ella

en voz baja.

—Eh, vosotros, niños, corred delante. Yo veré si consigo hacer cambiar de idea a tía Hilde.

Tony les dirigió una mirada que decía «uf, chicas» y se alejó con su hermana.

Hilde estaba muy hermosa y Scott le ofreció el brazo, pero ella no se dio por enterada.

—A usted no le gustaría ver de vez en cuando a un aviador estúpido, sin experiencia y malcriado, ¿verdad que no?

—Capitán Davidson, la clase de amistad que a mí me interesa no concuerda con el temperamento masculino de usted.

—He meditado este punto, y me gustaría verla a usted, a pesar de todo. ¿Es posible que esté madurando? —Scott tenía que aceptar la derrota, y era inútil darle vueltas.

—Acepto sus excusas porque creo que ahora lo dice en serio. Con todo, no deseo verle.

Hilde no creía en las relaciones platónicas entre hombres y mujeres. Podían empezar así, con la mejor intención, pero más pronto o más tarde derivaban hacia lo sexual. Y tratándose de un hombre como aquél, más fácil. En Berlín, durante los viejos tiempos, era demasiado egocéntrica para dejarse excitar por el comienzo de un idilio. Más tarde concibió un odio profundo contra los hombres.

En casa del coronel Smith y durante el tiempo que llevaba con la familia Loveless, parte de aquel odio se había derretido. Ahora una experiencia más sensata le decía que en el mundo hay hombres buenos y amor honrado, pero ella se excluía siempre a sí misma de la posibilidad de encontrarlos.

Reunieron a los dos niños, cruzaron la calle y siguieron andando en silencio.

—No se enfade —dijo Scott al cabo de un rato—, pero me he enterado de que usted no sale nunca con ningún hombre.

—La vida resulta mucho más simple de este modo —respondió ella.

—Prometo que no se la complicaré.

Hilde había vivido un año en la soledad. Scott era un hombre extremadamente agradable, y ahora que ella había conquistado su respeto más profundo, podría dominarle. Hilde sabía que estaba tratando de engañarse a sí misma, pues a las tres o cuatro veces que saliera con él, el aviador volvería a ser lo que realmente era. A pesar de todo, no quería apartarle otra vez de su lado. Llegaron al final de la columnata.

—¿Por qué no vamos a tomar el vaso de leche? —propuso la joven. —Siempre me queda el recurso de darles la comida una hora más tarde.

Scott iba a ofrecerle el brazo, pero se contuvo. Había penetrado en el mundo, nuevo y extraño, del temor a verse rechazado.

Hilde le cogió del brazo, y así siguieron andando por la columnata.

CAPÍTULO XXVIII

EL campo de aviación de Tegel estaba a punto de quedar terminado a los tres meses nada más de clavarse en tierra la primera azada.

Un obstáculo continuaba en pie en aquel extraño bloqueo: la emisora de la radio del Pueblo se encontraba cerca del extremo de la pista.

Los franceses desempeñaron un papel secundario, pero con su punto teatral. El coronel Jacques Belfort supervisó personalmente la operación de volar la torre rusa con dinamita. Los rusos los calificaron de «bárbaros de la cultura», pero no les sirvió de nada.

Los primeros «Skymasters» de la zona aterrizaron en Tegel en otoño de 1948, elevando la cantidad transportada diariamente hasta las seis mil toneladas.

El bloqueo soviético, idea que para ellos no era más que una maniobra política lógica y corriente, no había logrado alcanzar sus objetivos iniciales. La situación entera se les iba de las manos. Si bien los rusos continuaban seguros de la victoria final, los pequeños milagros realizados por el Oeste minaban bastante su confianza.

El Kremlin envió una nueva y contagiosa tesis, tanteando un camino para salir del enredo del bloqueo sin perder la faz.

V. V. Azov estaba prisionero en su mansión de Postdam. Se olía en el viento que iban a liquidarle. Ciertamente, una corriente subterránea de ansiedad agitaba todo el mando soviético. Era posible que hasta el mariscal Alexei Popov, el mayor héroe de guerra soviético, cayese en desgracia.

Igor Karlovy confiaba su buena fortuna al hecho de ser el experto más destacado en tráfico aéreo que tenía el mando ruso. Sin embargo, su pericia en cuestiones técnicas no podía sostenerle en Berlín eternamente.

—¿Cómo puede estar seguro —le preguntaba V. V. Azov a Igor— de que la entrada en actividad del nuevo campo de Tegel no permitirá que la agresión del *Airlift* se prolongue indefinidamente?

La cara del comisario tenía un color ceniza y había adquirido una contracción de mal agüero. Había momentos, pensaba Igor, que parecía estar bajo los efectos de alguna droga.

—Aunque tuviesen diez pistas en Berlín, en invierno el *Airlift* se derrumbaría. Se les presenta una serie nueva de problemas jamás resueltos por la aviación.

—Parece que los americanos poseen medios para resolver un buen número de problemas insolubles.

—Le aseguro, camarada comisario, que en estos momentos resisten ya a duras penas. Las reservas de carbón han descendido a menos de dos semanas de suministros. Con una sola racha de mal tiempo, en diciembre no les quedará otro recurso que abandonar.

—Igor —dijo Lotte, haciendo un pucherito—, te pasas horas sentado, con la vista en el vacío, y no dices nada.

—¿Eh? ¿Qué…, qué has dicho?

—Estás cansado de mí.

—No, no, cariño mío.

—Solías cantar a todas horas, incluso cuando no eras feliz.

—¿Qué quieres tú, un hombre o un ruiseñor? ¡Maldita sea, mujer! ¡Tengo el cerebro lleno de problemas!

Lotte se puso a llorar. Hacía un par de semanas que bastaba que él la mirase enojado para que ella rompiera a llorar. Lloraba por nada. Igor entró en su estudio y cerró dando un portazo.

Los malos humores de Igor, cada vez más frecuentes, no se los daba la creciente desesperación del mando ruso. Igor era ingeniero y no se dejaba impresionar cuando su criterio le decía que no había motivo. Lo que le abatía como un veneno cada vez más intenso, era el odio y la aversión de los berlineses, la actitud desafiante de medio millón de obreros, su humorismo mordaz, su decisión de sacrificar todo lo que fuese necesario para esquivar el estilo de vida soviético.

Y los condenados americanos y sus malditos aviadores «chocolate»…, el canguro y los caramelos…

Sean echó una mirada al reloj: Ernestine llegaría dentro de pocos segundos. Sean vació la bolsa de comestibles. Llamaron a la puerta. «¡Qué raro —pensó—, Ernestine tiene llave!». Abrió y se encontró delante de Igor Karlovy.

—Entre —dijo Sean.

Igor paseó una mirada por la deslucida habitación, que le recordó la de Moscú.

—Perdone que me presente de este modo, pero ya sabe cómo hay que obrar en Berlín. Ha pasado mucho tiempo, O’Sullivan.

Se estrecharon la mano.

—De modo que no somos más que hombres —dijo Igor—, y todos navegamos en el mismo barco.

—¿Puedo esperar que mañana leeré en los periódicos rusos el relato de mi fragilidad?

—Claro que no —respondió Igor. —Nosotros los rusos respetamos ciertas cosas. Por otra parte, desde Popov hacia abajo, todos somos demasiado vulnerables.

Sean miró en la cómoda, halló media botella de vodka y ofreció un cigarrillo a Igor.

—Según parece, el informe de la amistad que hubo entre usted y yo en otro tiempo ha cobrado valor para nuestro mando —explicó Igor. —Me han ordenado que le trajese un mensaje.

—Siga.

—Estamos dispuestos a poner en marcha inmediatamente un control de la moneda por parte de las cuatro potencias y a garantizar sus rutas de acceso a Berlín.

Sean sabía que los rusos eran capaces de cambiar diametralmente de política sobre cualquier problema de la noche a la mañana y de ofrecer un tratado inesperado sin ningún motivo aparente.

—Cuidaré de que el general Hansen reciba el mensaje.

—Acompañado de su recomendación personal, confío.

—Lo cierto es que no —respondió Sean.

—Entre amigos —dijo Igor—, esta querella está saliendo cara a las dos partes. La perspectiva de tener que imponer un bloqueo durante el invierno no es agradable. Por otra parte a ustedes les será imposible continuar el *Airlift* todo el invierno. Unos y otros hemos afirmado nuestros derechos. Creo que unos y otros deberíamos salvar la faz del modo más elegante posible.

Sean se puso a reír.

—Vaya, coronel Karlovy. ¿Qué importa que unos miles de alemanes mueran de hambre? Ustedes hacen esta oferta porque no quieren que llegue el invierno y que se ponga en evidencia que somos capaces de sostener la ciudad hasta el final.

El ruso se irguió.

—¿Cuándo puedo tener su respuesta?

—Usted sabe la dirección de esta casa.

La puerta se abrió repentinamente. Ernestine vio al ruso antes que a Sean, y la máscara del terror cubrió su rostro.

—Un viejo amigo —dijo Sean, entrando en el círculo de luz de la vela.

Igor se llevó las puntas de los dedos al gorro y consideró que había llegado el momento de retirarse.

—Adiós, coronel… *auf wieder sehen, fraulein*.

Igor se encerró en su oficina, pasmado por la brusquedad de O’Sullivan. ¿ O’Sullivan había sabido descubrir tan de prisa una debilidad soviética? ¿Era cierto que le habían enviado a comunicar los temores rusos?

Igor levantó el brazo y cogió la mandolina, que guardaba en un estante. Estaba cubierta de polvo. Lo quitó de un soplo, templó las desafinadas cuerdas y de pronto se acordó de que Lotte no le había saludado. La encontró dormida en el sofá de la sala de estar.

La joven abrió los ojos parpadeando.

—Me he tendido un momento. Debo de haberme dormido.

Estaba muy pálida. ¿Qué diablos le pasaba? Hasta entonces había sido siempre la imagen de la salud y la energía. Ahora no hacía más que llorar y arrastrarse por ahí.

En aquel trastornado mundo de trabajo nocturno y juntar los días unos con otros,

los pequeños detalles pasaban inadvertidos. Igor se puso a meditar…, ¿cuánto tiempo hace? ¿Cuánto tiempo?

—¡So locuela!

Lotte no respondió.

—Tú estás embarazada.

—Sí —contestó la muchacha.

¡A Igor le dominó el pánico! ¿Adónde acudir? ¿Qué hacer?

Lotte le cogió la mano y le hizo sentar.

—Te he amado siempre, Igor. No tengo miedo.

Él se arrodilló junto a ella y apoyó la cabeza en su regazo.

—So locuela…

—Necesito que cuando tú te vayas me quede algo.

CAPÍTULO XXIX

SCOTT puso un ramillete de rosas en la mano de Judy Loveless.

—Es usted una niña muy atractiva…, es usted quien de veras me gusta.

—Yo también le considero a usted un tipo estupendo…, pero, mala suerte, ha llegado diez años demasiado tarde. Entre, Scott. Hilde bajará dentro de un minuto.

Lynn y Tony revolvieron los bolsillos del capitán, en busca del rescate que solían hallar en ellos. Tony encontró un húsar tallado en madera, fabricado en la Selva Negra, y Lynn un dije en forma de corazón para un brazalete que estaban confeccionando.

Scott se puso a explicarles un aterrizaje escalofriante, con tres «Zeros» japoneses tras él. Un aterrizaje que jamás había hecho, ni los niños lo creían, pero daba gusto oírselo contar.

Hilde entró vestida tal como Judy le había aconsejado para un partido de rugby. Parecía una colegiala.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, si no queremos perdernos el comienzo.

—No volveré tarde, *mistress* Loveless.

—No hay prisa.

—*Wiedersehen*, niños.

Un coro de silbidos de los soldados saludó a Hilde mientras Scott la acompañaba hasta sus asientos. Hilde se acomodó entre Scott y Nick Papas. Scott le explicó que el adversario era el equipo de la camisa azul, del Ejército de Heidelberg, y los blancos eran la Fuerza Aérea de Wiesbaden. Nick Papas había comprometido tres billetes en el resultado.

A los tres primeros choques estrepitosos, Hilde miraba con los ojos saliéndosele de las cuencas.

—¡Dios mío! ¡Se están matando!

—Lo que se busca, cariño —explicó por tercera vez Nick Papas, perplejo—, es que el hombre que corre…, ¿comprende?, su equipo tiene derecho a adelantar la pelota diez yardas, o metros, por cuatro veces… Luego dispone todavía de cuatro oportunidades más…

Hilde dio un codazo en las costillas a Scott.

—¿Por qué no me lo explicaba así?

—Por amor de Dios, siga el juego.

—Nick.

—¿Qué?

—Si sólo puede adelantar la pelota diez metros, ¿por qué corre veinticinco?

—Porque…, porque su verdadero objetivo consiste en llegar hasta el extremo del

campo y marcar un gol.

—*Ja, ja,* ahora comprendo.

—Bien.

—Nick.

—¿Qué?

—¿Por qué da un puntapié al balón?

—Por amor de Dios, siga el juego.

—*Mein Gott*! —Hilde escondió la cara en el hombro de Scott mientras el guardameta de la Fuerza Aérea bloqueaba la pelota y era acosado despiadadamente por el grupo del Ejército.

—Vamos, Hilde —dijo Scott. —No le han hecho daño, ni está furioso. Mira, ya vuelve al juego…, le gusta jugar.

—Miraré y guardaré un silencio absoluto.

Los *stands* se pusieron en pie. Los soldados eran presa del histerismo por causa de un atajo.

—¿Quién tiene la pelota, Nick? No lo he visto.

Los oficiales del Ejército eran huéspedes del «Scala Officer's Club» y celebraron la victoria ruidosamente. Tal como le había recomendado Judy, Hilde se puso entonces zapatos de tacón alto.

Scott apenas pudo bailar un baile con ella sin que le relevasen. De todos modos, también era un placer estudiarla a distancia. Hilde bailaba, cerca de su mesa, con un subteniente del Ejército, un muchacho de mejillas sonrosadas y con una pelusilla en la cara, y le guiñó el ojo a Scott. Éste la examinaba con la mirada: la espalda, las piernas, el busto. Todo era perfecto…, formidable, Scott no sabía por cuánto tiempo sería capaz de cumplir la promesa.

Una hilera alocada de conga, con los pies descalzos, rodeó el club, un teatro modificado, empezando desde el mostrador pequeño y cruzando la pista de baile, hasta el mostrador principal, donde se les sumaron los componentes de la orquestina y otros bailadores. Luego subieron por las escaleras hasta los palcos, llenos de parejas que se besaban, y volvieron a bajar. Hilde se reía tanto que le dolían los costados. Camino de regreso, continuaba de un humor chispeante.

—Ha sido un día maravilloso…, el más maravilloso desde… —Desde la última vez que había visto a Scott. Scott era sinónimo de días maravillosos.

Pero el silencio de su acompañante le hizo comprender lo que estaba ocurriendo y lo que tenía que ocurrir forzosamente. El capitán se detuvo junto al bordillo.

—Paremos y hablemos un momento —dijo.

—De acuerdo. No sé cómo darle las gracias por este día.

—He ahí una pregunta comprometida. ¿Cuánto tiempo cree que podremos continuar así?

—Eso depende de usted.

—Hilde, hemos de ceder un poco. Yo soy un buen chico.

Hilde movió la cabeza negativamente.

—He ahí el caso, precisamente. Usted no es un buen chico. Usted es un granuja, lo mismo que yo. No le tengo aversión por el hecho de ser un granuja…, pero le conozco.

—De acuerdo, pues, somos un par de granujas. Entonces, ¿qué mal hay?

—Buenas noches, Scott.

Hilde probó a redactar una carta para Erna, pero se sorprendió contradiciendo sus propias ideas.

Cuando llegó el momento de definir el amor, le resultó imposible. Scott era un trotacaminos que nunca cambiaría de vida. Y, sin embargo, Hilde no había sentido jamás por ningún hombre lo que sentía por él. Hasta le deseaba, pero el entregarle su cuerpo significaría el principio del fin.

Desde el momento en que empezó a trabajar para su primera familia americana, Hilde vivió una experiencia nueva. El coronel era una especie de oso grande que hablaba con voz dulce y afectuosa. La llamaba «*miss* Hilde». Era una persona amable, como le resultaría quizá tío Ulrich si ella le conociese mejor. A los hijos del coronel les gustaba acurrucarse en el regazo de su padre para escuchar los cuentos que les narraba.

Mas, al mismo tiempo, el coronel Smith era un hombre enérgico. Se adivinaba por el respeto que le tenían sus oficiales, aunque parecían sentirse a gusto en su compañía.

Hilde y *mistress* Smith iban de compras juntas. Hilde acompañaba a la familia en ciertas salidas, y al cabo de un tiempo incluso tomaba parte en sus chismorreos. A Hilde le sorprendía la afabilidad y simpatía con que se trataban unos a otros los americanos. Ello explicaba que un oficial como Scott y un número de la clase de tropa como Nick pudieran quererse como hermanos.

Hilde se acordaba de lo pasmada que quedó la primera vez que vio al coronel Loveless persiguiendo a su esposa por el jardín y gritando:

—¡Yo soy Tarzán; tú eres Jane!

Y se acordaba de cuando ella se paraba en el pasillo por las mañanas, escuchando el ruido que salía del cuarto del matrimonio cuando Tony y Lynn saltaban sobre la cama de sus padres y jugaban bulliciosamente los cuatro.

Al principio, las risas de los americanos la irritaban. Claro, los americanos podían reírse…, ellos no pasaban hambre; sus ciudades no estaban en ruinas. Pero lo cierto era que se reían tanto de sí mismos y de sus propios defectos como de otras cosas.

Rígidamente sumisa a la reverencia al padre, Hilde se acordaba de que solía reír poco y de que no tenía mucho afecto a nadie, excepto a Ernestine. No había conocido

a ningún alemán que no se tomase en serio a sí mismo. Quizá, le escribió una vez a Ernestine, los americanos tienen derecho a reír.

A la mañana siguiente, Judy llamó a la puerta mientras Hilde estaba sentada delante del espejo peinándose el largo y espeso cabello castaño. *Mistress* Loveless le dijo una cosa que daba envidia.

—Hilde, el coronel Loveless ha conseguido tres días de permiso, que empezaron el sábado. Nos gustaría salir de viaje, hacia cualquier parte. Mi marido no ha visto nada de Alemania como no sean bases aéreas.

—Espero que no volverán a llamarle de la oficina como la última vez que probaron a marcharse.

—Nadie lo sabe.

—Aquí todo seguirá en orden.

—De paso, no hay inconveniente alguno en que usted reciba aquí al capitán Davidson mientras estemos ausentes.

—No sé si volveremos a vernos.

—¿Se ha peleado?

Hilde movió la cabeza afirmativamente.

—Oh, lo siento, Hilde.

La muchacha dejó el cepillo. Sentía necesidad de hablar con *mistress* Loveless.

—En alemán tenemos una palabra… Scott está lleno de *Wanderlust…*, es un ave de paso.

Judy encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama.

—Muchas personas que se quieren ven que la vida otorga sus recompensas de diversos modos. En América solemos decir que vale más medio pan que nada en absoluto. ¿Puedo hablarle con franqueza, Hilde?

—Sí, señora.

—Cuando consulté a *mistress* Smith en relación a contratarla a usted, ella fue muy franca conmigo. Como usted sabe por las cartas y los regalos que le envían, los Smith la quieren mucho. También la quiero yo. En consecuencia, le hablaré como a una amiga. *Mistress* Smith me dijo: «Una cosa observará en Hildegaard…, nunca ríe». Y añadió: «No creo que haya reído desde el día que vino al mundo. Yo creo que no sabe».

Hilde se sorprendió al observar lo cierto que era aquel descubrimiento.

—Scott Davidson la hace reír. En cuanto él entra en la casa, usted es una mujer feliz. A fin de cuentas, esto quizá vale unas cuantas lágrimas.

Poco después de llegar a Alemania, Scott aceptó un cambio de situación militar. La definición de «Servicio Temporal» en el *Airlift* le era un poco vaga, y el pasar a «Destacado Permanentemente en Alemania» implicaba un montón de ventajas. Al fin

y al cabo, a Scott le importaba un bledo donde le tuvieran.

Hiram Stonebraker introdujo los primeros cambios en el estilo de Scott. Como piloto jefe de un Ala Aérea, éste se encontró inquietándose por los problemas de alojamiento de sus tripulaciones, la fatiga de éstas, los aterrizajes dirigidos desde el suelo, sobre pistas empinadas, en medio de ciudades superpobladas, un reflector cuya señal resultaba demasiado débil, y un buen número de otras cosas que antes no le importaban un comino. Y luego se presentó a Hildegaard Falkenstein.

Stan Kitchek aplaudía la actitud de Hilde. Era un puritano. Tenía una novia en Seattle, y la tendría hasta que se apagaran las llamas del infierno. Cuando necesitaba otra mujer, los remordimientos le consumían.

Después de entrar en escena Hilde, Nick no andaba tanto de parranda con Scott, lo que le ayudaba a éste a seguir loco por la muchacha. A Scott le aguardaba desde toda la vida su día del juicio, e Hilde era la primera muchacha a quien Nick conociera con el temple necesario para señalar la fecha. Lo demostraba al no ceder.

La Fuerza Aérea y el Ejército habían organizado vacaciones baratas en hoteles alemanes de Baviera requisados. Hacía mucho tiempo que Scott tenía derecho a un permiso: había volado cerca de cien veces a Berlín. Pero el sentido de la responsabilidad, cada vez más vivo en él, le mantenía atado a su escritorio.

Stan y Nick Papas se marcharon a Baviera, persiguiendo a un nuevo par de bombones con faldas. Scott se quedó para llevar al general y al coronel Loveless a Burtonwood (Inglaterra), base puesta en servicio de nuevo con la denominación de Cincuenta y Nueve Depósito Aéreo. Clint era el jefe de un equipo de control de producción que se proponía romper el embotellamiento del repaso de las doscientas horas.

Los «Skymasters» entraban en un hangar conocido por Estación Número Uno, donde empezaba el proceso, despojándoles de los aparatos de radio y demás instrumentos. Pasaban luego de un hangar a otro para que los limpiaran de polvo de carbón mediante el vapor, desmontaran las piezas, instrumentos y motores, y los repasasen, arreglasen y restaurasen todo, montándolo después de nuevo y comprobando su funcionamiento.

La cadena de reparación y comprobación sólo podía completar cinco «Skymasters» por día. Otros aguardaban en Alemania esperando su turno.

Las fábricas Douglas y Lockheed enviaron ingenieros para estudiar con Clint los métodos más adecuados para poner fin a las filtraciones de los depósitos, que eran una amenaza constante. En la base de Erding dieron un curso sobre un método de impermeabilizar, conocido por TC 48 a un equipo especial, con el fin de que éste lo pudiera enseñar a todos los equipos de conservación de Alemania.

Cuando el general y Clint Loveless hubieron terminado su visita de inspección, Scott se quedó para ocuparse de las quejas de los pilotos relativas a las filtraciones

del sistema hidráulico, el desgaste de las cubiertas de goma, los defectos de los hilos conductores, los riesgos de incendio, las materias extrañas en las películas de aceite… y todas esas otras cosas que preocupan a un piloto jefe.

Cinco días después de su llegada a Burtonwood, Scott cogió en la Estación Número Cinco un «Skymaster» repasado y regresó a Rhin-Main.

Scott se plantó delante de la puerta de la casa de los Loveless sin tener la menor idea de por qué volvía allá. Hilde abrió, experimentando una gran sensación de alivio al verle, por primera vez después de dos semanas, pero disimuló su alegría.

—Aquí está la oveja negra.

—Entre.

—¿Hay alguien?

—El coronel y *mistress* Loveless están fuera; los niños duermen. Si hubiera sabido que venía usted los habría tenido levantados.

—Tengo hambre —dijo Scott.

El capitán se sentó a la mesa de la cocina. Hilde le sirvió pollo frío, tallarines y pan moreno.

«¡Cuánto me alegra que hayas regresado!», pensaba ella.

«Debo de estar loco», pensaba él.

CAPÍTULO XXX

—¡CLINT! —gritó Stonebraker—, ¿qué ha hecho hoy por Fassberg?

—¿Por Fassberg, señor?

—¡Maldita sea, hemos de pensar en Fassberg! Paso una semana fuera, en viaje de inspección, y Fassberg se queda a trescientas toneladas diarias por debajo de Celle. ¡Cuando vuelva de la reunión de personal, valdrá la pena que me diga lo que piensa hacer por Fassberg!

—Sí, señor.

Stonebraker había ido a los Estados Unidos con su personal de logística a inspeccionar un depósito de material construido en Middletown (Pensilvania) en apoyo del *Airlift*. Mientras estuvo fuera, el subteniente Woodrow Beaver dio el golpe.

Beaver había escrito en secreto a Al Capp, creador de *Lil'Abner* y padre de *Shmoo* (un animal mítico forjado por su fantasía) curalotodo americano puesto en la tierra para remediar los males del hombre. Beaver se figuraba que el *Shmoo* podía prestar un buen servicio al *Airlift*.

Al precioso ser, redondo como una pera, se le podía convertir en ternera, jamón, o queso, si uno tenía hambre. Lo mismo se le podía transformar en una casa que en vestidos y zapatos. Los *Shmoos* se podían convertir en cualquier clase de moneda. Para ellos no había nada imposible.

Al Capp prometió colaborar. Beaver mandó confeccionar unos cuantos *Shmoos* hinchables. Todo estaba preparado para cuando Stonebraker saliera de Alemania en su viaje de inspección a Middletown. ¡Beaver y la emisora de las Fuerzas Aéreas anunciaron teatralmente que los *Shmoos* venía camino de Berlín!

Todos los días lanzaban diez en paracaídas, y los berlineses afortunados que los cogían podían canjearlos en la Cruz Roja por paquetes botiquines.

Al final de la semana, los *Shmoos* habían conquistado el corazón de los berlineses.

—¡Beaver! ¡Entre! —Stonebraker le puso un ejemplar del *Task Force Times* delante de la nariz. —¿Y bien?

Beaver repasó el periódico con aire muy serio.

—¿Se refiere al concurso de fotografías para elegir la reina del *Airlift*, señor?

—¡Me refiero a los malditos *Shmoos*!

Beaver entregó al general unos cablegramas de la A. Press, la U. Press y la INS. El *Shmoo* acaparaba las primeras páginas. La NBC enviaba un equipo para impresionar un documental sobre la vida de un *Shmoo* desde su nacimiento, siguiendo a través de un vuelo por un dramático pasillo aéreo, para terminar en la familia alemana de Berlín que lo encontraba. Tres periódicos soviéticos publicaban artículos editoriales en primera página, denunciando a los *Shmoos*.

—Salga de aquí y váyase al infierno —dijo Stonebraker.

—Sí, señor.

—¡Beaver!

—Diga, señor.

—¿Qué ha hecho hoy por Fassberg?

—Les he enviado un *Shmoo* esta mañana.

Cuando Beaver estaba fuera del alcance de la onda sonora, una secretaria del WAF trajo un pequeño *Shmoo* de plástico y lo dejó sobre la mesa del general. La nota atada al cuello del animalito decía: «Me llamo Buff (Morgan) *Shmoo* y he sido regalado al general por sus fieles subordinados. Garantizo que triplicaré la capacidad de alojamiento, resolveré el embotellamiento de Burtonwood, evitaré las nieblas en Tempelhof, predeciré el tiempo sin el más pequeño error. Yo soy un *Shmoo* bueno y sólo deseo servir a la humanidad».

—¿Dónde diablos ha estado la Marina?

—¡Cuidando de las esposas de la Fuerza Aérea!

Llegaron dos escuadrillas de «Skymasters» de la Marina, atiborrados de piezas de recambio, ricas en mecánicos e hinchadas por un orgullo que les aseguraba que ellos eran capaces de descargar más toneladas en Berlín que ninguna escuadrilla de la Fuerza Aérea. En la actualidad tendía el Puente Aéreo una flota de doscientos «Skymasters», a los que se sumaba un centenar de aparatos ingleses.

Después llegó un nuevo y enorme avión de transporte, el «C-74», ¡y con veinte toneladas de motores de recambio! Asimismo se inició desde los Estados Unidos el transporte por aire de motores nuevos.

Los «Globemasters» y otros modelos recientes vinieron a reforzar el transporte de maquinaria pesada y voluminosa. Ellos trajeron una docena de generadores nuevos para la central eléctrica del sector occidental.

Desde el centro de la pista de Tempelhof hasta más allá del cementerio de San Tomás, instalaron lámparas de gran potencia, de millones de bujías. *Ni los muertos pueden descansar en paz a consecuencia de la agresión americana*, gritaba la radio del pueblo.

Unos soberbios reflectores nuevos e hileras de luces flanquearon los pasillos; el control por radar alcanzó una perfección absoluta; los equipos de aterrizaje dirigido desde tierra prometieron que ellos serían el milagro que derrotaría… al «General Invierno».

Un ejército de transportes terrestres mantenía el ritmo del movimiento desde los puertos, minas, depósitos, estaciones terminales de ferrocarril, apartaderos hasta los almacenes especiales de las bases aéreas a un compás ininterrumpido.

Nuevas carreras de sujeción, nuevos diagramas de peso, sistemas nuevos de comunicación…, las brigadas de carga colocaban diez toneladas de peso en un «Skymaster» en veinte minutos. En Berlín, las brigadas de descarga eran capaces de

descargar las diez toneladas en catorce minutos.

Una línea directa de transporte de carbón iba desde las minas del Rhur a los talleres de ensacado de Hanau y hasta las bases aéreas de Celle y Fassberg. Unos camiones del servicio meteorológico y de operaciones daban instrucciones a los pilotos al lado de los aviones mismos para que acortasen el tiempo de regreso.

Unas cantinas móviles los alimentaban al lado de los aparatos; los camiones del servicio de conservación curaban dolencias menores; el tiempo de detención en Berlín se redujo a unos meros treinta y dos minutos desde el momento de tocar el suelo hasta el de despegar nuevamente, después de haber descargado.

Los numerosos centros de observación meteorológica proporcionaban datos continuamente y los pronósticos del tiempo se renovaban cada media hora. En Gatow se puso en práctica un sistema de transporte del carbón en barcazas, por los canales, hasta la central eléctrica, que ahorró camiones y miles de litros de gasolina.

En Great Falls (Montana), el MATS estableció una copia exacta de los pasillos de Berlín y en ellos entrenaban a las tripulaciones nuevas. Allí cargaban «Skymasters» exactamente igual como lo harían en Fassberg, Rhin-Main, Y-80 y Celle. Volaban por la región de Montana sobre reflectores e hileras de luces duplicado de los de Alemania. Y aterrizaban por un sistema de dirección desde el suelo y en ángulos de deslizamiento que reproducían fielmente los de Tempelhof, Gatow y Tegel en todos los detalles.

El día de la Fuerza Aérea de 1948, la Fuerza Combinada de Trabajo descargó seis mil ochocientas toneladas de carbón en Berlín. Al día siguiente lo dedicaron en particular al transporte de zapatos, mantas y prendas de abrigo. Los ingleses sacaron de Berlín a quince mil niños y los distribuyeron por los hogares de la zona, que los adoptaban temporalmente. Los habitantes de Berlín abrumaban a los aviadores con regalos, que comprendían desde recuerdos de familia hasta baratijas hechas por los niños de las escuelas.

Cuando se les echaron encima los primeros contratiempos del invierno, el presidente de los Estados Unidos anunció que otros sesenta «Skymasters» iban camino de Alemania. El poder de la nación americana y el temple audaz de los ingleses habían hallado la manera más estupenda de utilizar a los militares en tiempos de paz.

El esfuerzo nacía y se propagaba con un impulso imparable de las fábricas de construcción de motores de Tejas y California.

De los centros de material de toda la América.

Del «Sealift»[22] de la Marina.

Del transporte aéreo de motores.

De las secciones de montaje de las fábricas.

De la energía y laboriosidad desplegadas en Erding, Burtonwood y Hanau.

Del coraje más descarnado y la pericia de los aviadores.

De las horas sin dormir, el trabajo con mala luz y el frío de los mecánicos y

obreros.

Mientras los «Gooney Birds» eran retirados uno tras otro, unas manos desprendidas, altruistas habían puesto en marcha el golpear seguido…, seguido…, seguido del metrónomo gigante que Hiram Stonebraker vio en su imaginación.

CAPÍTULO XXXI

2 de diciembre de 1948

Los berlineses se despertaron a la luz de las velas en unas chozas heladas. Las primeras nieves del invierno descendían sobre unas largas colas de votantes que temblaban de frío aguardando delante de los colegios electorales. Con la Unión Soviética *boicoteando* la elección, el partido demócrata obtuvo la mayoría en el sector occidental. La primera medida de la nueva Asamblea consistió en elegir a Ulrich Falkenstein para alcalde del Berlín Oeste.

Entonces los Estados Unidos, Inglaterra y Francia organizaron una Kommandatura de tres potencias para los barrios occidentales. Entre los primeros deberes de la misma figuraba el de cerciorarse, en colaboración con el *Magistrat*, de qué cantidad de carbón de racionamiento podía concederse a la gente. Las reservas habían descendido otra vez a un nivel peligroso, y el invierno iba a plantear mayores exigencias.

Se anunció a los berlineses que el racionamiento de carbón durante el invierno sería de veinticinco libras por familia. Ulrich Falkenstein pidió a la Kommandatura que permitiese una vez más la tala de bosques, a fin de aumentar el parco suministro, y se le concedió.

Hanna Kirchner, hablando ahora en nombre de las amas de casa berlinesas, dijo a su anciano camarada que era preciso conservar aquellos amados árboles y sólo había que cortarlos en una situación desesperada.

—Hanna —respondió él—, los árboles pueden volver a crecer en el mismo sitio. Pero nosotros, si salimos de Berlín, ya no creceremos aquí nunca jamás.

Los últimos pinos, hayas y tilos de aquellos bosques en otro tiempo tan ufanos fueron talados, y la radio del pueblo dijo en son de burla:

—El último acto de vandalismo occidental ha consistido en destruir los vergeles y la belleza de Berlín.

Entretanto, en la ciudad de Helmstedt, de la zona inglesa, largas hileras de trenes cargados de carbón aguardaban un gesto de humanidad de los soviéticos que les permitiera arrancar y correr hacia Berlín. Los trenes se volvían blancos por la nieve y se oxidaban en silencio.

En Berlín, los gestos de desafío se sucedían e intensificaban.

El brigadier general Neal Hazzard anunció que América ayudaría a establecer una Universidad nueva en su sector. Cuando millares de estudiantes y muchos profesores escaparon de la cárcel académica del sector soviético, nació la Universidad libre de Berlín y dio sus primeros pasos tambaleantes en clases celebradas en un centenar de edificios dañados y remendados del barrio de Steglitz. Desde el momento en que el *Airlift* tuvo su primer muerto, Neal Hazzard prohibió toda relación social con los rusos. La sima entre las dos ciudades se ensanchó en otros terrenos, como, por

ejemplo, cuando se prohibió a la Sinfónica de Berlín que tocara al otro lado de la Puerta y se deshicieron todos los contactos culturales.

Los rusos no cesaban de hostigar. A la amenaza de que cortarían las líneas telefónicas que comunicaban con la zona, respondieron los americanos con la promesa de que ellos cortarían las soviéticas.

Los soldados de ambas partes se volvieron susceptibles, de tal modo que estuvo a punto de trabarse una inesperada batalla cuando los americanos detuvieron el coche del mariscal Popov por pasar a gran velocidad por el sector americano, y los guardias rusos, animados de un celo excesivo, adoptaron una actitud amenazadora.

La Unión Soviética parecía obsesionada por el afán de construir, en Treptower Park, un cementerio en honor a sus soldados muertos en la batalla de Berlín. No se concebía que tal gesto pudiera granjearle las simpatías de los berlineses, ni siquiera las de los de la calaña de Wöhlman. Los comunistas impusieron a un enemigo vencido un grotesco canto a los muertos. Para empezar, llevaron allá el mármol rosa de la demolida Cancillería de Hitler y encargaron grandes placas y monumentos llenos de frases de Stalin, descripciones de batallas, enormes coronas de metal, y estatuas representando los sufrimientos de los héroes rusos.

En medio de aquella singular batalla de fuerza de voluntad, muchas de las estatuas de bronce fueron encargadas a la Alemania Occidental. Neal Hazzard se aprovechó de la manía soviética en favor de tal proyecto demorando la entrega de las estatuas hasta que los otros las hubieron pagado todas con moneda occidental.

El servicio de contraespionaje informó que muchos componentes del mundo soviético se marchaban de Alemania. Uno tras otro, los miembros del personal ruso dejaban de aparecer en los actos públicos. Salía a escena una leva nueva de oficiales. ¡Y luego se confirmó que V. V. Azov había desaparecido!

Una semana después de la desaparición de Azov, el palco del general Nikolai Trepovitch estuvo vacío durante una representación de *Aida*. Tres días más tarde un pequeño recuadro de cinco líneas en la última página del periódico del Ejército rojo anunciaba que el mariscal Popov desempeñaría las funciones de Trepovitch, además, de las suyas propias.

Mientras el Oeste continuaba afrontando resueltamente los desafíos del invierno y los berlineses adquirían el temple del acero, Popov ordenó que se incrementara el número de cazas «Yak» que volaban por los pasillos aéreos. Los cazas rusos zumbaban acercándose peligrosamente a los «Skymasters» y a los «Yorks» ingleses. A veces se levantaba hacia los pasillos el fuego antiaéreo, sin previo aviso y muy cerca de la corriente de aviones. Los rusos colocaban blancos en el trayecto de las oleadas de aparatos que se acercaban… A pesar de todo lo cual, el Puente Aéreo no se tambaleó.

Los franceses seguían una política de moderación, insistiendo hasta el fin en que podía negociarse con la Unión Soviética…, hasta que, por último, se les terminó la paciencia.

Los tres gobernadores militares occidentales convocaron conjuntamente una conferencia de Prensa para proceder a un anuncio impresionante. Se le concedió tal honor al general Yves de Lys, el cual se plantó delante del micrófono teniendo ante sí una sala atestada de periodistas de ambos lados de la Puerta.

—A partir de las seis de esta mañana, todo comercio entre las zonas occidentales de Alemania y la zona soviética quedará interrumpido. El tránsito por canales, carreteras y ferrocarriles a través de los sectores occidentales de Berlín cesará en absoluto.

¡El Oeste había instaurado el contrabloqueo!

CAPÍTULO XXXII

MARTHA Jane cuidaba de que Hiram diese periódicamente una fiesta al personal y a sus esposas, como gesto conciliatorio. Clint y Judy salieron para concurrir a una de ellas.

Cuando Scott llegó, nevaba. El capitán subió las escaleras para ver a los niños. Lynn estaba en cama con una inflamación de garganta. Del mágico bolsillo de Scott salió un dije representando un osito berlinés; para Tony, una figurita de un deshollinador con sombrero de copa, que transportaba su escalera. Los había hecho la «Asociación de Deshollinadores» de Berlín y los había regalado a varios centenares de miembros del personal del *Airlift*. Un fuego acogedor crepitaba en la chimenea cuando Scott entró en la sala de estar.

—¿Qué tal han sido los vuelos de hoy?

—Alemania posee el monopolio del mal tiempo —respondió él. Como Scott no solía quejarse nunca, había tenido que ser malo de verdad. —No se me ha presentado ocasión de telefonear a su hermana —continuó luego—, pero he encontrado a un compañero en Tempelhof, que me ha dicho que le entregaría un paquete.

—Magnífico. Esta noche, antes de marcharse, le daré una caja.

Hilde había preparado un paquete para Ernestine, conteniendo zapatos, un suéter grueso de lana, ropa interior, artículos de tocador y algunos botes de comestibles…

—Confío en que algún día conocerá a Erna —dijo Hilde. —Es una muchacha admirable. Lamento que nosotras no llegáramos a conocernos bien hasta muy tarde y bajo circunstancias terriblemente duras. Espero ilusionadamente que un día podré pasar horas felices con ella.

Scott se sentó en el ancho cojín y fijó la mirada en la lumbre.

—Estaré unos días sin volar —anunció.

—¿Ocurre algo malo?

—No. Nuestro médico ha dicho que llevo demasiadas horas de vuelo, incluso según el rasero de Stonebraker.

—Scott, nunca se lo he dicho, pero quiero que sepa lo admirable que es lo que hacen ustedes por Berlín. Y estando Erna allí, yo todavía lo agradezco más.

Scott se encogió de hombros.

—Nosotros no vinimos a Alemania por haberlo elegido. Nos ordenan dónde debemos prestar servicio.

—¿Y también que echen caramelos a los niños? ¿Y que abandonen una vida agradable, como el coronel Loveless y su general?

—Ha sido una empresa interesante —respondió Scott en un tono de voz semioficial.

—De todos modos —dijo Hilde—, me alegro que pase unos días sin volar. Necesita un descanso.

—Me voy de permiso, Hilde. Me iré a un sitio donde no sepan nada de aeroplanos. ¿Quieres venir conmigo?

Hilde no cedió a la reacción suscitada por el raciocinio de contestar negativamente, porque ello habría sido alejarle para mucho tiempo…, pero tampoco podía decirle que en realidad tenía ganas de aceptar.

—Sería un error, Scott.

—No hay prisa —dijo él. —No me conteste esta noche. Le telefonearé mañana entre vuelo y vuelo. El permiso empieza pasado mañana.

Al dirigirse en coche a Rhin-Main, Scott comprendió que se les preparaba una jornada dura. Una lluvia ligera y fría había cubierto la carretera de una lámina de hielo.

Se acercaba la hora de despegar. Las tripulaciones se presentaron en Operaciones. Scott volaría en el primer aparato con una carga mixta de carbón, harina y malta. A los aviadores les dieron elementos de navegación con mapas y rutas que comprendían desde Italia a Inglaterra. Se les informó sobre las altitudes, y pusieron los relojes, sincronizados, en hora. En ruta, las frecuencias se esfumaban.

El avión número uno llevaría un observador del tiempo.

El avión número nueve, un piloto regulador.

El avión número diez, una unidad fotográfica de información.

El avión número doce, un equipo de periodistas de *Time* y *Life*.

El avión número catorce, tres personajes importantes del Departamento de Estado.

El observador del tiempo, dijo:

—Después de ascender por capas de frío moderado y luego mucho más intenso, llegarán a la cima de cinco mil pies. Tendrán visualidad en todo el ascenso. Los vientos son flojos, a un promedio de quince nudos desde trescientos veinte grados. En la región del mar del Norte se está formando lentamente un núcleo de bajas presiones que puede originar un tiempo ingrato por espacio de las cuarenta y ocho horas próximas.

Las instrucciones del Servicio de Espionaje les informaron de que, entre Eilsleben y Bernsburg, la actividad de los cazas rusos «Yak» había aumentado.

Fuera, los camiones de diez toneladas estaban cargando los «Skymasters». Los sargentos especializados supervisaban los equipos de doce obreros polacos que colocaban hábilmente, trababan y ataban la carga.

Unos motores montados en camiones echaban aire caliente en las alas de los aparatos para derretir el hielo. Después de haber ensayado y abandonado muchos sistemas, éste resultó el mejor. Lo ideó un grupo de soldados de Rhin-Main.

Scott y Stan llegaron al «Big Easy Uno» cuando se alejaban los motores de aire caliente. Nick entregó a Scott su hoja de inspección visual.

Procediendo a una segunda inspección, el piloto y el copiloto dieron una vuelta alrededor del aparato viendo si las puntas de las alas tenían cortes, remaches sueltos; comprobando los aparatos de deshielo; mirando si las aletas de las hélices tenían hoyos o estaban sueltas, si había cables rotos y capuchones flojos, si en las entradas de aire se depositaban materias extrañas, si había pérdidas de combustible, examinando el estado de las cubiertas de las ruedas y observando si las válvulas de estrangulamiento funcionaban bien. La inspección continuaba en medio de un silencio laborioso como el de un par de cirujanos en una sala de operaciones.

Dentro del avión, Nick examinaba los aparatos contra incendios de los diversos compartimientos, los amarres de la carga, los niveles del fluido hidráulico. En la cabina de los aviadores, Stan repasaba su lista: calentador de la cabina, interruptores de circuito, fluidos de reserva.

Los tres pares de ojos expertos no lograron hallar ni un solo defecto. Nick llevó tres cajas a la cabina. Una para entregarla a la hermana de Hilde, en Berlín. Otra conteniendo paracaídas de ajustes regalados por los niños de las escuelas para distribuirlos en Berlín durante una operación Santa Claus proyectada para Navidad.

Mientras los remolques se ponían en marcha, Stan leyó en voz alta la lista de inspección.

—Servos auto-pilotos.

—Bien.

—Alerones.

—Bien.

—Mecanismos de alimentación.

—En marcha.

El diálogo continuó hasta la hora de la partida. La torre llamó al avión de Scott, el «Big Easy Uno». El capitán lo condujo hasta la punta de la pista, lo situó y aguardó.

A las siete en punto, el centro de tráfico aéreo de Francfort, instalado en la cima del edificio I. G. Farben dirigió a la caravana hacia Rhin-Main. La torre dio la orden de despegue, y los aparatos se remontaron a intervalos de tres minutos.

Scott realizó el despegue efectuando un giro en el reflector de Darmstadt y elevándose exactamente trescientos cincuenta pies por minuto a la velocidad de ciento veinticinco millas por hora. Pasó por encima de la punta del reflector de Darmstadt, a novecientos pies de altura continuando el ascenso hasta el límite señalado, siempre atento por si se depositaba hielo en las alas del avión.

Con una lectura de ochenta y cinco grados, Stan sincronizó el reflector de Aschaffenberg, cuya señal, un débil di-da-da-da-di, pudo escuchar a los pocos momentos, cada vez más fuerte. Encima del reflector, la aguja osciló furiosamente, indicando que habían alcanzado el punto cero.

Scott viró ahora hasta una lectura de treinta y tres grados. Stan sincronizó la Fulda Range, que les conduciría hacia el pasillo meridional. Sobre Fulda, la caravana se ordenó en cadena regular. Al pasar sobre los montes, cada aparato emitió por radio su

hora y todos regularon la distancia a un intervalo de tres minutos y a una velocidad de ciento setenta millas por hora.

La hilera de pájaros metálicos runruneaba hacia Berlín con una precisión impecable.

En el mismo momento, por todas las zonas y los pasillos aéreos reinaba una actividad febril.

Una oleada de aviones de transporte cargados de carbón de la base de Fassberg se dirigían hacia Berlín por el pasillo Norte.

En la base inglesa de Wunsdorf, una oleada de aparatos cisterna «Tudor» cargaba petróleo de unos depósitos subterráneos y se disponía a emprender el vuelo dentro de cuarenta y seis minutos.

En Y-80, las tripulaciones de la Trescientas Treinta y Tres Escuadrilla de transporte de tropas del Ala Mixta 7150, se encontraban en la sala de instrucciones del servicio de operaciones.

En el pasillo central, los aparatos de la Cuarenta Escuadrilla de transporte de tropas regresaban hacia la base conjunta de Celle.

En Berlín, en el campo de Tempelhof, estaban descargando los aviones «VR6» de la Marina.

Nick fue a ver cómo seguía la carga y regresó.

—Cada vez que veo ese carbón, lo único que se me ocurre es que me alegro de veras de que no tengamos que sacar las cenizas de Berlín.

Scott no le oía. Estaba probando de reforzar el ánimo para enfrentarse con una negativa por parte de Hilde. Acariciaba la idea de decirle que la amaba, y hasta insinuar una posibilidad de matrimonio…, pero sabía que la muchacha vería claramente lo que se escondía detrás de la maniobra.

—Estamos acumulando hielo —dijo Stan.

Esto Scott sí que lo oyó.

—Humedece las hélices.

Stan ajustó el reostato que enviaba un chorro de alcohol isopropílico a lo largo de las aletas de cada hélice. Cuando se formó una pulgada de hielo en el borde delantero de las alas, Scott ordenó que pusieran en marcha los fuelles de deshielo. A medida que los fuelles se hinchaban y vaciaban iban saltando pedazos de hielo al aire.

Los motores gimieron bajo aquella carga nueva hasta que el avión salió repentinamente a la luz del sol, a una altura de cinco mil doscientos pies.

La luz repentina inflamaba los ojos de los ocupantes del aparato, que se pusieron a revolver en busca de las gafas de sol. Debajo de ellos se extendía una maciza alfombra de nubes.

Stan llamó a Tempelhof. Hasta Berlín, la atmósfera estaba despejada. Mientras

avanzaban por el pasillo, las nubes, debajo, se clareaban, permitiéndoles ver el suelo, que estaba cubierto de una capa reciente de nieve.

El ciclo glorioso seguía su curso incesante:

En Rhin-Main las tripulaciones se encontraban junto a sus aparatos, revisándolos.

En Fuhlsbuttel cargaban harina en los «Dakotas» ingleses, sobre las pistas de arranque.

En Rübeck cargaban papel para periódico, bajo la forma de nuevos rollos de quinientas libras, en remolques que lo llevarían a los aparatos.

En Schleswigland habían cargado ya los suministros para las guarniciones francesa e inglesa y estaban a punto a despegar.

La oleada de Rhin-Main en la que volaba Scott se encontraba ahora bajo el control del radar de Tempelhof. Stan y Nick empezaron a ocuparse de los preparativos para el aterrizaje.

Berlín apareció súbitamente debajo de ellos. Era un cuadro que no dejaba nunca de hechizar la mirada. Cadenas de lagos y canales se entrelazaban con los hirsutos bosques. Y luego, milla tras milla de destrozados armazones de edificios.

Desde Tempelhof ordenaron a la caravana que redujese la velocidad a ciento cuarenta millas por hora y la hicieron descender hasta dos mil pies. Cuando Scott giraba sobre el faro de Tempelhof, la otra oleada, que había venido a Fassberg por el pasillo Norte, había aterrizado y descargado ya, y se había colocado en posición para despegar de nuevo.

Scott viró a la izquierda, sobre la hilera de luces de Tempelhof. En el reflector de Wedding, sobre el sector francés, realizó el descenso a favor del viento hasta 1500 pies.

—Tempelhof a «Big Easy». Tenga cuidado. Soplan vientos cruzados con una velocidad oscilando entre quince y veinte nudos, de oeste a este. La acción de freno es escasa.

Nick refunfuñó. Aterrizar en Alemania era siempre una aventura.

—Fuelles.

—Bajos.

—Piloto automático.

—A punto.

Los alerones fueron inclinados hasta diez grados.

—Bombas elevadoras.

—Altas.

—Tren de aterrizaje.

Las ruedas rechinaron saliendo de su prisión, descendieron con choque sordo y quedaron sujetas.

—Alerones.

Scott los bajó hasta lo máximo. El pájaro metálico descendió y chocó con las súbitas ráfagas de viento saliendo disparado para arriba, lejos de las ruinas. El brillo de las lámparas de gran potencia del cementerio de San Tomás le guiaron hacia la pista. El ángulo de descenso que puso Scott hizo descender el aparato más abajo de los tejados de las casas de cuatro y cinco pisos de ambos lados del cementerio.

Un espía ruso tomó nota de que aquel «Skymaster» era el número 104 de los que habían aterrizado desde la medianoche. Este número sería comparado con las cifras recibidas del centro de Seguridad Aérea.

Desde la puerta trasera descendieron un centenar de paracaídas diminutos. De los montones de escombros, unos niños ateridos por el frío echaron a correr, mientras las barras de caramelo flotaban sobre el cementerio.

El «Skymaster» tocó tierra, dirigido por mano hábil, a dos pies del comienzo de la pista y en su centro matemático, aprovechando toda su longitud para descender por las resbaladizas planchas de acero. Un *jeep* guía orientó a Scott y le dirigió hacia los apartaderos de la parte oeste.

Seis segundos después de parar los motores, una vagoneta de diez toneladas se arrimaba a la puerta del avión. El primer trabajador alemán, flaco en extremo y andrajoso, se acercó a la cabina del piloto. Scott le dio un paquete de cigarrillos y dijo que se lo repartiesen entre todos. Muchos pilotos hacían igual.

Los trabajadores soltaron las telas de amarre. Una cadena alemana descargó las diez toneladas de carga en dieciséis minutos. Nick aguardó que viniera la cantina móvil para comprar sandwiches y café.

Contemplando aquel activo enjambre, se quedaba, como en todas las ocasiones que llegaba allí, maravillado. En otro tiempo, Tempelhof presenció las manifestaciones de la pompa prusiana. En los comienzos de la aviación lo convirtieron en campo de aterrizaje, dotándolo de dependencias en las que se representaban espectáculos de compañías ambulantes.

Hitler construyó allí un edificio enorme para que albergase el Ministerio del Aire, de Goering. Había unas grandes marquesinas de acero suficientemente altas para cargar y descargar un aeroplano debajo de ellas junto al edificio semicircular.

El edificio en sí, uno de los mayores del mundo, tenía siete pisos debajo del suelo y siete encima. Los rusos habían cegado las dependencias subterráneas, donde instalaron unos talleres de montaje de aparatos de caza, a salvo de los bombarderos aliados. No obstante la inmensidad maciza de todo aquello, se daba la paradoja de que sólo habían pensado en dejar espacio para una única pista de despegue de pequeñas dimensiones.

Stan encontró a la chica de la Cruz Roja y le entregó el paquete para la operación Santa Claus, mientras Scott localizaba a un compañero que prometió llevar el paquete de Hilde a Ernestine Falkenstein.

Un camión de operaciones para las noticias meteorológicas les informó del tiempo que encontrarían en el viaje de regreso. Buena suerte…: hasta ahora, el núcleo

de bajas presiones del Mar del Norte no se había convertido todavía en un frente.

Los personajes importantes estaban impresionados; los periodistas de *Time* y *Life* también.

Las obreras barrieron el polvo de carbón del apartadero y lo ensacaron. Había días que recogían tres y cuatro toneladas.

El sindicato de obreros metalúrgicos había organizado una pequeña ceremonia en honor de los periodistas y su tripulación, ofreciéndoles regalos.

Cierto número de aviones cargaron cajas llenas de lámparas eléctricas. En ellas aparecía el emblema del oso de Berlín y la arrogante inscripción: «Manufacturadas en el Berlín bloqueado».

Treinta minutos después de haber tomado tierra, estaban realizando ya los preparativos para despegar de nuevo. Otras caravanas de aviones se encontraban en ruta, partiendo de los campos u organizándose. El inmenso centro de control de tráfico, en la cima del edificio de la I. G. Farben, de Francfort, registraba aquel desfile interminable.

Al salir de Berlín, Scott sentía que el corazón se le subía a la garganta. Dentro de una hora y treinta minutos telefonearía a Hilde y ella le daría una respuesta.

CAPÍTULO XXXIII

—HILDE, usted ha llorado —dijo Judy Loveless, entrando en la cocina.

—Solía llorar mucho. Hace tiempo que no lloraba.

Judy cerró la puerta detrás de sí.

—¿Scott? ¿Su familia de usted?

—Scott. ¿Puedo pedirle consejo?

—Creo que no debería entrometerme, Hilde.

—Se lo ruego.

—De acuerdo.

Hilde se secó los ojos y llenó una taza de té para *mistress* Loveless, de la tetera que tenía siempre a punto. Luego se sentó frente a su dueña.

—Scott se va de permiso. Me ha pedido que me vaya con él. Hasta ahora no ha habido nada entre nosotros; se lo aseguro. Pero él es como es, y no cambiará. Y sin embargo…, no encuentro palabras para despedirle.

—¿Qué quiere usted de él? ¿Un compañero de juego? ¿Su pareja de baile? ¿Le parece justo tenerle así, en suspenso?

—Entonces, usted dice que debo someterme.

—Digo que usted se coloca tanto a la defensiva que no se concede ni una oportunidad para saber cuáles son sus propios sentimientos.

—No le amo.

—Hilde…, míreme. ¿Ha estado enamorada alguna vez?

—No.

—No creo que Scott Davidson lo haya estado nunca, tampoco. Con el tiempo, usted habrá de exponerse al riesgo de encontrar el amor.

—Si pudiera creer que encontraré algo como lo que hay entre usted y el coronel Loveless…

—Nosotros no lo cogimos de la rama de un árbol, Hilde, ni lo encontramos un buen día delante de la puerta de nuestra casa. Estar enamorado causa sinsabores y sufrimientos…, y significa ser capaz de entregar algo de uno mismo.

Hilde inclinó la cabeza y deglutió con dificultad.

—Usted es una joven que vale mucho, Hilde. Si quiere amor, tendrá que edificarlo con lágrimas, habitación por habitación.

Un perfeccionamiento que contribuyó a la buena marcha del *Airlift* consistía en que la tripulación de un aparato pudiera comunicar por radio con su base para prevenirla sobre si el avión necesitaba reparaciones o llevaba carga.

Los aviones necesitados de reparaciones de poca importancia o que transportaban carga, de regreso, lo comunicaban de antemano, y la información era retransmitida a los diversos centros, con el fin de que lo tuvieran todo a punto para cuando el aparato

tomase tierra.

El avión de Scott era el número uno. Iría a colocarse en el aparcamiento número uno. Un jefe de carga tenía el diagrama del aparato y una vagoneta a punto con carga, el remolque número uno.

Cuando un avión paraba los motores en el aparcamiento del mismo número, el remolque correspondiente se detenía a su lado para continuar el ciclo sin interrupción. Las informaciones junto a los aparatos proporcionaban a los aviadores los últimos datos sobre el tiempo y los cambios en los planes de vuelo.

El avión número siete comunicó que sufría pérdida de aceite. En consecuencia lo apartaron del grupo, y otro avión tomó su número.

Los centros de control tomaban nota de los más ínfimos detalles sobre operaciones de carga, reparaciones, hora de vuelo de los motores, géneros transportados, horas de partida de los grupos, y los transmitían al centro de control del Cuartel General de Wiesbaden.

El grupo de Scott dispondría de cuarenta minutos para emprender el vuelo otra vez. El capitán se fue a su oficina con el *jeep* de control de producción, y preguntó a la telefonista el número de los Loveless.

—Aquí el domicilio del coronel Loveless.

—Hola…, soy yo.

—Soy yo.

Scott exhaló un profundo suspiro.

—*Ja oder nein*?

—*Ja*.

—¿Lo…, lo dice en serio?

—Sí.

—Oiga, tengo que darme prisa. La llamaré en cuanto regrese de Berlín. Salimos por la mañana.

—Aguardaré sus noticias.

Scott volvió al «Big Easy Uno» sonriendo de contento… y golpeándose una mano con otra para ahuyentar el frío. Cuando Nick le entregó la hoja de viaje, Scott le dio un pellizco en la mejilla.

—Eres un griego simpático, Nick Papas, un buen muchacho, bueno de verdad.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Dile al subteniente Kitchek que es un muchacho polaco simpático y que repase bien este simpático avión.

—Tal como vuelas, es posible que llegues a Berlín antes que el resto del grupo.

Nick se puso a refunfuñar. Sabía lo que había ocurrido. Scott salía de permiso al día siguiente. Cincuenta contra diez a que Hilde se iba con él. El episodio de Cindy se repetiría otra vez. Nick quería que Hilde hubiese resistido. El canalla de Scott triunfaba siempre.

—Antes de que se ponga demasiado contento —dijo Stan—, el centro de bajas

presiones del Mar del Norte se ha ensanchado. En Berlín hace un tiempo horrible. Casi seguro que tendremos que aterrizar por GCA.

—Bien —replicó sonriente Scott—, necesito esa práctica.

Stan miró a Nick como preguntando: «¿Está loco?».

—Tome los mandos de este pájaro —dijo Scott, cuando hubieron atravesado Fulda.

Necesitaba pensar, y se tendió en una litera improvisada. Tenía casi en las manos aquella victoria que se le escapaba desde hacía tanto tiempo. Se reprendía por no haber enfrentado antes a Hilde con aquella decisión. ¡Qué diablos! ¡Cuanto más larga la espera, más dulce el triunfo!

Scott decidió actuar sin prisas y aguardar hasta que Hilde mostrase todos los signos favorables. Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella. Y, ¡maldita sea!, Hilde no había tenido intención en ningún momento de dejarle escapar.

Treinta y cinco minutos después de haber pasado por encima de Fulda, Nick le zarandeó, sacándole de sus divagaciones. Scott volvió a su asiento.

—¿Cómo está la atmósfera?

—En Berlín, el techo de nubes está a quinientos pies; la visibilidad es de media milla.

Scott refunfuñó. Aquello se acercaba al mínimo. El altímetro manifestaba que el avión perdía altura. Scott miró por la ventanilla izquierda y vio la delgada línea que se formaba sobre las negras botas, visión que, invariablemente, aceleraba el pulso de un piloto.

—Vigila el hielo, Stan —ordenó, echando la palanca para atrás, con el fin de remontar el avión a la altura conveniente.

Mientras humedecían las hélices y fijaban toda su atención en los instrumentos, les era imposible saber que, a consecuencia del desgaste del metal, se estaba rajando una conducción de combustible hacia el motor y que la gasolina líquida caería sobre los cilindros calientes.

—Torre de Tempelhof, aquí «Big Easy Uno» a cuarenta minutos al este de Fulda y a seis mil pies de altura. Comprueben la línea central.

—«Big Easy Uno», aquí la torre de Tempelhof. Le tenemos bajo el control de radar. Se encuentra en la línea central. Comunique a cada mil pies de descenso. Tiene vía libre para descender hasta cuatro mil.

—De acuerdo.

El tubo de combustible se abrió.

—«Big Easy Uno», aquí Tempelhof. Techo de nubes a trescientos pies; visibilidad, media milla. Vientos de quince nudos del noroeste, acción de freno pobre. Use *Jigsaw* a cuarenta y cinco.

¡Jigsaw! El nombre clave para el aterrizaje dirigido desde el suelo. La tensión se

transmitió por todo el grupo como una reacción en cadena. Todos volaban a ciegas. Pronto dirigirían su vuelo las voces, traídas por el éter, de equipos de especialistas situados en las cabinas electrónicas del costado del campo.

Mientras la revuelta atmósfera sacudía al «Big Easy Uno», el tubo de escape, que estaba muy caliente, encendió el hilo de combustible.

—¡Jesús!

Del motor número tres, situado en el extremo de un lado del aeroplano, se levantó un chorro de fuego en el mismo instante en que se encendía la luz de alarma de incendio.

—¡Oh, qué asco! —exclamó Nick.

Scott extendió el brazo por encima de Stan, tiró de la válvula de cierre del aparato contra incendios de la pared y fijó la mirada en el reloj, dejando transcurrir treinta segundos mortales.

—Aquí «Big Easy Uno». Situación grave. Motor en llamas.

Scott tiró de la empuñadura del extintor de anhídrico carbónico, descargando espuma blanca contra el motor inflamado y bajó el tren de aterrizaje para ventilar los encajes de las ruedas. El fuego se redujo hasta apagarse.

La experta mano de Scott cerró los capuchones y retrasó la válvula de estrangulación del motor humeante. Luego hizo un signo con la cabeza a Stan, el cual empujó el botón de la hélice y paró la bomba de elevación. La hélice gigante se situó en ángulo recto con la corriente de aire y se detuvo.

—Depósito.

—Cerrado.

Scott hizo girar el interruptor de ignición. Stan miró por la ventanilla.

—Creo que lo hemos resuelto.

Scott volvió la cabeza y miró a Nick. El griego había mordido el no encendido cigarro de tal modo que lo partió en dos. Scott le arrojó una caja de cerillas.

—Vamos, enciéndelo.

—Todo corazón, eres todo corazón.

—Aquí «Big Easy Uno» llamando a rutas aéreas de Tempelhof. Fuego dominado; motor número tres, parado.

El grupo, que iba detrás de Scott, mantenía una disciplina rígida. Ahora empezaba la lucha para depositar en el suelo el pájaro herido.

—Aquí Tempelhof llamando a «Big Easy Uno». Póngase en contacto con Jigsaw por el canal de Charlie.

Stan abrió el canal de emergencia y estableció contacto con el GCA.

—Aquí Jigsaw. ¿Qué intención tiene?

Dominado el problema inmediato, Scott quería probar de aterrizar en Gatow o en Tegel, donde le sería más fácil que teniendo que descender rápidamente sobre el cementerio.

—Aquí «Big Easy Uno» llamando a Jigsaw. ¿Puede darme permiso para aterrizar

en Gatow o en Tegel?

—Espere.

Gatow se encontraba en mala situación. A un aeroplano se le había reventado una cubierta y la pista estaba fuera de servicio. Tegel había caído debajo de los mínimos y estaba cerrado.

—«Big Easy Uno», habla Jigsaw. No puedo otorgarle lo que pide. ¿Podría dar la vuelta y regresar a su zona? Cambio.

Stan y Nick guardaban silencio. Los pocos segundos de que disponían para decidir no permitían el lujo de sostener discusiones ni de dilatar el asunto. Scott no sabía con certeza cuál era la causa que había producido el fuego y, por lo tanto, no estaba seguro de que no volvería a encenderse de nuevo. Y no quedaba nada con que combatirlo. Por otra parte, los tres motores en activo tenían que sostener diez toneladas de carga, y en una atmósfera por debajo de cero.

—Bajemos al suelo el navío este —les dijo a sus compañeros por el megáfono. Los otros movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—Aquí «Big Easy Uno» llamando a Jigsaw. Queremos aterrizar inmediatamente en Tempelhof.

Stan y Nick se ocupaban ya de las maniobras de urgencia, dejando a Scott libre para concentrarse en los instrumentos. Nick miró al exterior. No se veía nada.

Los tres oyeron cómo el radar de Tempelhof desviaba el resto del grupo hacia el pasillo central y le hacía regresar a Rhin-Main.

—Aquí Jigsaw llamando a «Big Easy Uno». Les tenemos bien localizados. ¿A qué altura se encuentran?

—Aquí «Big Easy Uno». Estamos a mil quinientos.

—Conserve esa altura hasta nuevo aviso.

Nick y Stan procedieron a resolver todos los detalles preliminares del aterrizaje.

—Aquí Jigsaw —dijo un aviador llamado Ed Becker, preguntándose por qué habría venido a Alemania y por qué se encontraba sentado delante de aquella verde pantalla luminosa, representando, sin quererlo, el papel de Divina Providencia. —Vire a la izquierda del rótulo 337.

—A la izquierda del 337 —repitió Stan cuando Scott hubo realizado la maniobra.

Vehículos contra incendios, ambulancias, camiones de socorro, todos estaban preparados, en espera tensa, mientras la niebla descendía todavía más.

—Aquí Jigsaw —dijo Ed Becker. —Aterrizarán en la pista de la izquierda dos siete. Viento del noroeste, a veinte nudos, vientos cruzados de la derecha, altímetro tres cero coma cero tres.

—De acuerdo, Altímetro tres cero, coma, cero tres.

El enviado del servicio meteorológico situado detrás de Ed Becker le entregó nuevos partes del tiempo.

—«Big Easy Uno», aquí Jigsaw. Techo de nubes a cien pies; visibilidad un octavo de milla.

—*Oui vay* —susurró Nick.

Stan simulaba que no oía la transmisión y seguía pasando de uno a otro lado de Scott, atareado con el cuadro de mandos.

—Pregúntales si han puesto las luces de alta potencia al máximo.

—Aquí Jigsaw llamando a «Big Easy Uno». Las luces están al máximo. Ustedes se encuentran ahora sobre el faro de Wedding. Viren a la derecha con una inclinación de noventa grados y manténganse a los mil quinientos pies de altura.

—Aquí «Big Easy Uno». Giro a la derecha, de noventa grados; altura, mil quinientos pies.

Sumergido por la niebla, Tempelhof se sumía en un silencio creciente, letal. El teodolito que medía la altura de las nubes probaba en vano de perforar la espesa niebla. El aviador Ed Becker estudiaba la marcha en la pantalla de radar, sintiendo un dolor cada vez más fuerte en la espalda y el pecho. La mancha se acercaba al último tramo de acceso a la base.

—Aquí Jigsaw. Vire a la derecha en una desviación de ciento ochenta grados, conserve los mil quinientos pies y efectúe la revisión de cabina preliminar al aterrizaje.

Stan repitió las instrucciones.

En el cuarto oscuro, el reloj iba cantando tic tac, tic tac, tic tac. Extraños reflejos emitidos por las pantallas daban un color atemorizado a sus rostros estirados. La mancha iba caminando por la pantalla.

—Aquí Jigsaw, Se están acercando al último tramo. —Ed Becker calculó una corrección para neutralizar el arrastre del viento. —Aquí Jigsaw. Gire a la derecha hasta una lectura de 276.

Ed Becker había terminado su tarea.

—Aquí Jigsaw. Aguarden órdenes del guía final.

El sargento mayor Manuel López, de San Antonio, tenía al «Big Easy» en la pantalla de precisión.

—Aquí Jigsaw llamando a «Big Easy» —dijo con un acento mezcla de tejano y español. —¿Me entienden bien?

—Fuerte y claro.

—Aquí Jigsaw. Yo les entiendo muy bien. No es preciso que respondan a las instrucciones siguientes.

Todos los presentes en el pabellón se reunieron detrás de la silla del sargento López, cuya tarea consistía en mantener al avión en el acimut adecuado, es decir, en una línea imaginaria del cielo que descendía hasta el extremo de la pista, con el fin de que el aparato pudiera descender sin contratiempo.

—Están un poco a la derecha de la línea central. Corrijan cinco grados a la izquierda, hasta 270.

En la pantalla de precisión, la mancha estaba ahora en el centro exacto, dirigiéndose hacia la pista.

—«Big Easy Uno», están en la línea del centro, a seis millas del punto de aterrizaje y acercándose al punto de descenso.

Las lámparas de cripton de un millón de bujías no conseguían vencer a la niebla.

—«Big Easy Uno», aviso de diez segundos para el tren de aterrizaje.

Nick empujó la palanca. Las portezuelas se abrieron de nuevo, y el aeroplano se estremeció con la salida de las ruedas.

—Se encuentran en el punto de descenso. Inícienlo a quinientos cincuenta pies por minuto. —López observaba la mira de descenso, que se había colocado muy alta. —Están a cien pies más arriba del punto de descenso, bajen más.

El avión desplegó las aletas de freno. Stan y Nick habían completado el examen final y daban las novedades a Scott. Ahora ya no quedaba más que aquella voz y los nervios de Scott. Éste se concentró en los instrumentos, y durante un momento se le ocurrió mascar un pedazo de goma, pero abandonó la idea. Los otros miraban por las ventanillas, hacia la nada. Stan puso en marcha los limpiaparabrisas. No había nada de luz.

—Aquí Jigsaw. Tienen vía libre para aterrizar. Se encuentran a cuatro millas del punto de tomar tierra…, van un poco por debajo del curso de descenso…, ajusten su promedio, elevándose unos veinticinco pies…, giren a la derecha hasta 272 grados.

Podían contarse los latidos del corazón de cada uno.

—«Big Easy Uno», aquí Jigsaw. Están a una milla del extremo de la pista, acercándose a los mínimos del GCA y entrando sobre el cementerio. Están en la línea del centro…, están a cincuenta pies encima de la pista. Tomen el mando por sí mismos y aterricen.

López cerró los ojos y rezó.

—¡Veo las luces! —gritó Stan.

¡Scott vio que las luces de la pista corrían por su lado! Llevaba una velocidad grande, debido al exceso de turbulencia y altura en el comienzo del descenso. Cerró toda la potencia. «Big Easy» corrió como un bólido hasta muy adentro de la pista.

Scott paró la hélice delantera en el mismo momento que el aparato saltaba con fuerza hacia el suelo, y se puso a manejar los frenos con gesto vivo, mientras el avión se inclinaba y se deslizaba hacia la punta de la pista de aterrizaje.

Tocaron el suelo. Scott empujó las palancas de los frenos tanto como le pareció prudente. El avión se detuvo a dos pies del apartadero del tren.

Los tres hombres permanecieron unos segundos inmóviles. Stan se quitó los auriculares y saltó fuera de su asiento, exclamando:

—Hombre prudente.

—Un tío listo —dijo Nick.

La niebla era tan espesa que el *jeep* guía que les conducía hacia Operaciones se perdió por el camino y fue a parar al antiguo campo de tiro a pistola de la Luftwaffe, al otro lado y dos millas más allá de la segunda pista.

—Lo siento, capitán Davidson, no se sale después de oscurecer con tres motores. Nadie despega de Tempelhof con tres motores. Imposible reparar una pérdida de combustible en Tempelhof.

—Ya lo sé, maldita sea. Yo colaboré en la redacción del manual. Quiero marcharme con el primer vehículo que vaya a Rhin-Main o a Y-80.

—Lo siento, capitán Davidson, las operaciones están interrumpidas.

—¿Qué diablos tengo que hacer?

—Irse a dormir, creo, señor. Hemos preparado habitaciones para usted y su copiloto en el club Columbia, y para su mecánico en el cuartel de aviadores transeúntes. Confiamos que estarán cómodos.

—Maldita sea, debo empezar el permiso mañana.

—El techo del cielo está a cero. Y le ruego tenga presente que Berlín está bloqueado por tierra y por agua. Le recomiendo que no intente marcharse por estas rutas.

—De acuerdo, mentecato prudente, quiero telefonear a Wiesbaden.

—Lo siento, capitán, necesita usted una declaración de mensaje urgente para que le conecten una línea fuera de Berlín.

Al marcharse, completamente derrotado y llegar a la puerta, Scott se volvió hacia el preocupado y joven oficial y le espetó:

—No le tengo ninguna simpatía.

CAPÍTULO XXXIV

HILDEGAARD Falkenstein sentía su corazón ligero y gozaba de una dicha que no había conocido hasta el momento en que Scott pasó a recogerla.

«La cosa está en marcha», pensaba el capitán, mientras se internaban por los campos.

Hacía más tiempo del que Hilde podía recordar que no había estado ella en ningún pueblo, en ningún bosque. Jamás había viajado, experimentando esta sensación maravillada. ¡Qué hermoso era todo! ¡Qué adorable era Scott Davidson! Los ojos de Hilde brillaban con los descubrimientos que le proporcionaba el haberse atrevido a abrir las cerradas puertas.

Al final de la primera jornada en coche, decidieron pernoctar en Rombaden, a mitad de camino aproximadamente de los Alpes bávaros.

El hotel de las Cuatro Estaciones, situado sobre el río Landau, enfrente de la ciudad, tenía habitaciones preparadas para los oficiales americanos. Hilde recordaba haber estado en Rombaden durante los primeros tiempos de la era de Hitler. Entonces era una gran ciudad nazi.

El Cuatro Estaciones estaba un poco zarrapastroso a causa de la falta de servicio y los cambios de personal, y los uniformes aparecían un poco ajados, pero conservaba todavía un rastro de su antigua elegancia.

Scott era afectuoso. Scott era comprensivo. Scott cuidó de que Hilde no se sintiera violenta, alquilando dos habitaciones separadas y en pisos diferentes.

La comida fue solamente aceptable, mas el aire aristocrático del servicio hizo que Hilde se sintiera como una reina.

Cruzaron el puente, entraron en Rombaden y pasaron varias horas recorriendo tabernas de la famosa y alocada avenida de la Princesa, llenas de gente de vida alegre, cantores y bronquistas.

Otra vez cruzaron, gozosos y contentos, sobre el Landau, en dirección al hotel. En el fondo del vestíbulo, un gran fuego crepitaba en la chimenea del siglo XVII. Junto a él bebieron unos sorbos de coñac, que Scott sabía que el bar servía a sus clientes, si éstos lo querían de veras.

Era un ambiente íntimo y soñador. Hilde se arrimó a Scott y apoyó la cabeza en su hombro.

Para Scott Davidson, aquello equivalía a darle la señal que aguardaba desde hacía tanto tiempo y que tanto tiempo le habían negado. Aviador que había corrido todo el mundo y gran conocedor, en tiempos anteriores, del momento en que una mujer se entregaba, consideró que la hora del triunfo estaba al alcance de la mano y permitió que Hilde se arrullase en su propio gozo, dejó que se acercase por sí misma al delicado instante. Era preciso que no hiciera nada que desviase el curso de los pensamientos de la muchacha. Intencionadamente, asumió una actitud pasiva.

El conflicto interior de Hilde empezó en el mismo momento en que decidió acompañar a Scott. Empezaba a darse cuenta de que había abierto el camino premeditadamente a la tentación, con la esperanza de conquistarle. Ahora recordaba muchísimas cosas. Las voces, los sonidos, los olores. Scott era americano. Era un hombre alto y olía bien. Era limpio, como todos los americanos.

—Cariño, será mejor que nos acostemos —susurró él. —Mañana nos espera un viaje largo. La acompañaré hasta su puerta —dijo con un acento virginiano puro.

El aviador hizo rodar la llave en la cerradura del cuarto de Hilde.

—Buenas noches, Scott. Ha sido un día muy hermoso.

—Buenas noches, cariño —respondió él con una simpatía de adolescente.

Hilde le cogió de la mano y le hizo entrar en el cuarto. Scott se dejó conducir, como un niño. El abrazo de Hildegaard no tenía el aire calculado ni mundano de una amante experimentada. Estaba loca de deseo.

Scott comprendía que aquella erupción había de nacer de unos sentimientos reprimidos durante mucho tiempo y dejados ahora en libertad. «Con cuidado —se decía a sí mismo—, con cuidado, Scott». Maniobró con estudiada lentitud… y he ahí que se encontraban ya junto a la cama.

Hasta en aquel momento de locura, Hilde se moría de ganas de gritar: «Te amo, Scott», pero no podía. Se estremecía de pasión, temiendo que el pronunciar aquella frase sería un signo de debilidad.

Hilde casi lloraba, desesperada, suplicándole que le asegurase que la amaba, pero Scott no soltaba prenda. Yacían uno al lado del otro, como una pareja de animales incapaces de declararse su amor.

La pasión de Hilde se disipó con la misma rapidez con que se había despertado. Ahora se rebelaba contra el contacto de aquel hombre. Permanecían tendidos, pero rígidos, violentados, enmudecidos, silenciosos.

Hilde habló primero…, fue un murmullo ronco, pidiéndole que se marchase. Scott no se portó como esos hombres que, o suplican, o prueban de dominar por la fuerza a las mujeres. Hasta en el último momento, un hombre debe conservar su dignidad. Había calculado mal anteriormente… y se equivocó otra vez.

Scott se marchó sin organizar una escena, subió a su coche, volvió a la avenida de la Princesa y bebió hasta sumirse en la inconsciencia. Cerca del alba, el alemán propietario del local llamó a la policía americana, la cual averiguó que el capitán se hospedaba en el Cuatro Estaciones y le acompañó al hotel.

Los dedos de Scott tentaban la almohada, grande y blanda. Le costó largo rato poder abrir los ojos. Las cortinas, ligeramente entreabiertas, dejaban entrar una luz mortecina en el cuarto. Scott se incorporó muy lentamente y permaneció inmóvil hasta que el martilleo en las sienes se calmó un poco. Luego chasqueó los labios para liberarse del mal sabor de boca.

En la chimenea, el fuego estaba casi apagado. Scott se acercó a la ventana, profiriendo unos gemidos guturales y temblando de frío, y abrió las cortinas. Abajo, las aguas del Landau seguían su curso. «¡Jesús!, ¿dónde estoy?». El hotel de las Cuatro Estaciones… Rombaden… ¡Hilde! ¡Uf! El suelo de mármol del cuarto de baño le helaba los pies. Hundió la cabeza en el lavabo y se examinó en el espejo.

¡Hilde!

Hilde había hecho la maleta y aguardaba en el vestíbulo la llegada del taxi que la llevaría a la estación del ferrocarril, al otro lado del río. Scott Davidson se acercó a ella con aquella condenada inocencia adolescente suya, sin rastro de enojo.

—Creo que deberíamos sentarnos y hablar —dijo.

—No quiero escenas.

—Sólo las mujeres arman escenas —contestó él. —Por lo demás, me encuentro mal. Siéntese, Hilde. Debe saber una cosa, y es que en toda circunstancia, pase lo que pase, yo soy un caballero.

Hilde fue hacia la lumbre y se sentó en un sofá.

—Usted es un hombre inteligente, capitán. Yo supongo que las memorias de usted estarían a la altura de las de los más grandes.

—Hilde, no lo comprendo. Usted sabe quién soy, y no obstante me acompaña…

—Déjelo —le rogó ella. —Es cierto que le amo y le necesito. Y le doy las gracias por haber despertado sentimientos que yo no había experimentado. Scott, usted es piloto de caza por instinto. Vive solamente para lograr el momento de vencer.

—Entonces, tómeme como soy.

—Para usted, Scott, el instante del triunfo es el principio del fin. Para mí, el amor ha de ser el principio del comienzo.

El portero avisó a Hilde de que le aguardaba un taxi. Scott respondió que la señorita estaría lista dentro de unos momentos.

—Si esto ha de consolarle en algo —dijo ella—, este viaje ha sido culpa mía. Hice una cosa imperdonable al meter a un chiquillo dentro de una confitería y decirle que no tocase nada.

Scott sintió necesidad de interponer unos comentarios ligeros, que le permitieran salvar la paz.

—Hasta la vista, pues.

—Usted no vendrá a verme nunca más —respondió Hilde con firmeza.

Scott saludó y sonrió.

—Si supiera lo que se pierde, se cortaría la garganta.

—Mi querido Scott…, lo mismo haría usted.

Hilde se fue. Scott la siguió con la mirada. Mientras el taxi se alejaba, le pareció recordar débilmente la voz llorosa de su mujer diciéndole que algún día se estrellaría y que su caída sería monumental, porque cuando Scott Davidson se encontrara en el hoyo, un centenar de personas cuyos corazones había destrozado, se alinearían junto a la palestra y jalearían su derrota.

Nick Papas preparó la mesa del comedor para una partida de naipes de las de día de pago. El capitán entró.

—¿Qué diablos haces aquí de regreso?

—Se me cortó la corriente.

—¿Derrotado?

—*Kaput*. El juego es así.

—¿Todavía la quieres?

—No, caramba.

—Es mejor así —dijo Nick. —Átate el cinturón y siéntate, porque tengo que darte una noticia bomba. ¿Te acuerdas de Chuck Ames?

—Rutas Aéreas, Filipinas.

—En efecto. Le vi anoche en Francfort. Acaban de trasladarle aquí desde Berlín. Estaba en Berlín desde el primer día de la ocupación.

—¿Sí?

—Estuvo aquí hace un par de semanas, buscando alojamiento y lo demás. Y fue al club Scala y te vio con Hilde.

—Yo no le vi.

—Se marchó. Te diré por qué. Conoció a Hilde en Berlín hace más de un año. Sólo que entonces se llamaba Hilde Diehl y trabajaba en un establecimiento llamado el *cabaret* de París. Scott, esas malditas mujeres le engañan a uno cada vez… Hilde era una ramera.

CAPÍTULO XXXV

UNA criada acompañó a Gerd hasta el estudio de su tío Ulrich. A. Gerd le sorprendió la austeridad con que vivía el alcalde de Berlín, aunque concordaba con la imagen política que de él se había hecho el pueblo.

Los idealistas como su tío eran necesarios para el período de transición que estaba atravesando Alemania, con el fin de tener contentas a las autoridades de ocupación. Gerd se decía que el pueblo alemán volvería los ojos, antes de mucho tiempo, hacia los hombres de empresa, como él mismo, que estaban reconstruyendo Alemania de sus mismas cenizas. Los Ulrich Falkenstein pasarían, y nadie vendría a sustituirlos.

—Hola, Gerd, ¿no quieres sentarte? —dijo Ernestine, entrando.

El muchacho se acomodó y encendió un cigarro americano.

—Mañana es la víspera de Navidad —dijo en tono seco. —Nos gustaría que fueseis a visitarnos.

—Comprendo.

—Ha sido una idea de papá, y yo estoy de acuerdo. Deberíamos intentar ser otra vez una familia unida.

—Lo siento —respondió su hermana. —Yo no volveré a vuestra casa hasta que Hilde sea bien recibida en ella.

—Erna, hemos de empezar de nuevo, como sea. Observarás un buen número de cambios en la actitud de nuestro padre.

Ernestine se había visto en secreto con su madre de vez en cuando y sabía que su padre estaba mal de salud. Durante tales entrevistas su madre se pasaba la mayor parte del tiempo repitiendo los lamentos de Bruno sobre la crueldad del hado. Sin embargo, éste era un buen momento. Ernestine había deseado siempre una reconciliación, y he ahí que ahora su padre daba el primer paso.

—Nuestros padres —dijo Gerd— deben acostumbrarse a una generación nueva que se rebela ante la clase de obediencia que nosotros tuvimos que observar. El tener a la señora Kirchner como alcalde de Berlín fue el preludio de cambios drásticos en la sociedad alemana.

Ernestine había hablado muchas veces con su tío de Hanna Kirchner y la generación nueva. Gerd, al igual que la mayoría de alemanes, abandonaba la hostilidad de la derrota, así como a sus amigos nazis, al ver que ya no podía sacarse de ellos provecho alguno. Su actitud, su arrogancia y sus ambiciones no habían cambiado, pero la única posibilidad que se le abría era la de los negocios. «Gerd es inteligente —pensaba Ernestine—, y los de su especie lograrán convencer al mundo, y especialmente a los americanos, de que ha surgido una Alemania “nueva”».

—¿Iréis? —preguntó otra vez Gerd.

—Debo discutirlo con tío Ulrich.

—Naturalmente. Espero que decidiréis que sí. Confío que tío Ulrich nos honrará

con una visita —añadió precavidamente— y me gustará que conozcáis a mi novia.

Más tarde, en el estudio, donde habían pasado muchas horas juntos conversando, Ernestine habló a su tío de la visita de Gerd.

—No es nada propio del temperamento de mi padre el perdonar u olvidar a una persona que él crea que él ha ofendido —dijo Ernestine.

Ulrich movió la cabeza en señal de conformidad.

—Desde que le enviaron a usted al campo de concentración hasta que volvió a Berlín, estuvo prohibido pronunciar su nombre, lo mismo que el de tío Wolfgang.

—El tiempo nos ablanda a todos —respondió tío Ulrich. —Nos despoja de la fuerza de voluntad que se necesita para sostener una rencilla larga.

—Pero ¿cree usted de veras que esto le ha salido del corazón?

—Creo —dijo Ulrich— que el círculo se está cerrando.

—No sea místico, tío.

—Pues hemos de serlo. Los hombres como Bruno abundan mucho, en nuestro pueblo. Están seguros de que su vida la guía un hado misterioso, y no ellos mismos. El «hado» inevitable resulta una excusa automática para el fracaso. Un hombre como tu padre, que se ve a sí mismo como una víctima del destino, suele ser supersticioso y tener una mente poco clara. Bruno no puede confesarse a sí mismo que su vida ha sido una mentira. Se ha envuelto con el «destino» para ahorrarse la culpa y la vergüenza a la vez de la era nazi. Mas… todo hombre y toda mujer de nuestra generación que hayan vivido en la Alemania nazi tienen que buscar, al final, el perdón de Dios.

—Una vez recibí una carta de un muchacho de las SS —dijo Erna. —Era la última que escribía desde Stalingrado. Me decía entonces que iba a enfrentarse con su Hacedor, tenía mucho miedo por causa de cómo había obrado.

—Sí. Y lo mismo le pasa a Bruno. Lo mismo les pasará a sesenta millones de alemanes. Llegarán al punto aquel de su camino en que uno ya no puede esquivar los interrogantes.

—Pero ¿qué pretende papá de nosotros?

—Un camino de redención, una prueba de su inocencia. Algunos alemanes se erguirán delante del trono del Señor y dirán: «Mira, Dios, yo tenía un amigo judío, y no me gustó lo que le hicieron». Bruno Falkenstein está elaborando su defensa. Él dirá: «Dios, mi hermano estuvo en un campo de concentración y ha vuelto al seno de la familia. Mi hija abandonó el techo paterno, pero yo soy tan grande y generoso que la he perdonado. ¿No merezco el cielo?».

—¿Qué deberíamos hacer, tío?

—Es tu padre…, un hermano mío…, nuestra carga, nuestra cruz.

Bruno avanzó hacia su hija, la cogió de la mano y le dio unas palmaditas en ella.

—Has sido muy buena viniendo, Erna —le dijo, con la voz ahogada por la emoción.

—*Froeliche Weinachten Vater*[23] —murmuró la joven.

Herta salió corriendo de la habitación para que no la vieran llorar.

—Siéntate, siéntate —dijo el padre.

Su viejo traje de etiqueta estaba raído, pero todavía conservaba un vestigio de distinción, aunque se le caía por todas partes. Incluso a la luz de la vela, Ernestine se impresionó al ver cuánto había envejecido su padre, cuya figura le hizo comprender de pronto que uno de sus progenitores se estaba marchando de este mundo.

Vivían en las mismas habitaciones, pero en las suyas había buena temperatura mientras en las demás del edificio hacía un frío glacial. Los candelabros eran de plata. Las ventanas no estaban cubiertas de láminas de hojalata y planchas de madera, sino por gruesas cortinas. El cuarto que antes ocupaban Hilde, y Erna era un pequeño alarde de lujo, con un sofá de cuero y una mesa escritorio para Gerd.

Mientras hablaban de cosas intrascendentes, Ernestine se dio cuenta de que la edad y las dolencias habían limado la cólera de su padre.

—Me dijeron que usted, padre, no estaba bien.

—Es el desgaste de la vida. El hado nos asestó golpes crueles.

—Gerd me dijo que ya no es preciso que usted trabaje. ¿Cómo pasa los días?

—Estoy envejeciendo. Me pongo en paz con Dios. —Bruno se frotó el dorso de la mano nerviosamente…, —tartamudeó. ¿Cómo va la salud de Hilde?

—Hilde es feliz. Vive en Wiesbaden, trabaja en casa de una familia americana.

—Los americanos no son demasiado malos. Han compensado buena parte de la destrucción que causaron en Berlín con sus bombas.

Gerd llegó con su novia, Renate Hessler. La muchacha sólo tenía diecinueve años, y Herta aseguró a su hija que era de una «buena» familia alemana.

Renate tenía la cara como de cera y se movía con los gestos forzados de una maniquí. Gerd la engalanaba pródigamente, hasta un extremo que desmentía las penalidades que se pasaban fuera de aquella vivienda. Renate tenía un conversación superficial, y casi no sabía hablar más que de vestidos.

Ernestine la veía como a un elemento decorativo, para que Gerd pudiera exhibirla en público. La educarían a la manera alemana, como una sirvienta de su marido. Los lujos que Gerd podría ofrecerle serían rescate suficiente para estar seguro de que se le permitiría tener innumerables queridas.

Después de un intercambio de variedades, Erna se sintió tentada de preguntar a Gerd si Renate pertenecía a la nueva Alemania o a la vieja.

—¿Vendrá Ulrich? —preguntó el padre por tercera vez.

—Sí, pero la Navidad es una época mala para el alcalde de Berlín. Tiene que visitar demasiados orfanatos y hospitales.

—Sí, sí, comprendo.

Como regalo de Navidad de los americanos, en el barrio de Steglitz conectaban la

electricidad una hora antes. Herta se fue al hornillo a preparar la comida.

Por fin el coche del alcalde se detuvo delante del edificio. Un número de transeúntes se detuvo y le rodeó. Resistían el frío de la nieve para poder estrechar la mano de Ulrich Falkenstein…, su nuevo «padre».

Erna contemplaba el cuadro desde la ventana, miraba a Gerd y a su madre y a Renate, y se preguntaba si existía algo que hubiese cambiado lo más mínimo.

Cuando Ulrich, desapareció en el interior del edificio, Erna observó un aumento en la excitación de su padre. Bruno se puso en pie, se arregló el traje, echó los hombros para atrás, irguióse…, era una sombra de la vieja ostentación.

Gerd saludó a su tío en la puerta, con una reverencia como se le debía, y luego dos hermanos se encontraron cara a cara. Ulrich abrió los brazos, Bruno dio unos pasos adelante, y se abrazaron.

—*Froeliche Weinachten, Bruno*.

Por primera vez en su recuerdo, Erna vio llorar a su padre.

CAPÍTULO XXXVI

HILDEGAARD pensó que los americanos cometían una crueldad al sacar al coronel Loveless fuera de su casa el día de Nochebuena. Clint llegó por la tarde y dijo a la familia que tenía que irse a la base de Erding. Se había producido un atascamiento en los talleres de montaje de piezas pequeñas.

Hilde aceleró la preparación del ganso. Lo comieron de mala gana. Luego abrieron los regalos alrededor del árbol con aire confuso y desdichado. Clint se marchó tan pronto como el coche militar llegó a buscarle.

El día de Navidad telefoneó desde Erding. Judy lloraba, Lynn lloraba porque papá estaba solo. Los niños e Hilde pidieron encarecidamente a mamá que se fuese a Erding, al lado de Clint. Clint estaba triste, pero protestó ante la idea… débilmente.

Cuando todos le hubieron asegurado repetidamente que *querían* que hiciese el viaje, Judy preparó las maletas en unos minutos. Entretanto, Clint iba en coche a Munich a buscar una habitación del hotel.

Cuando Hilde y los niños hubieron despedido a Judy en la estación del ferrocarril, la Navidad volvió a ser buena para todos.

La carta de Erna llegó al día siguiente. Cuando los niños estuvieron acostados, Hilde atizó el fuego y la leyó por tercera vez.

Erna era una santa. Hilde sabía que ella no habría ido a ver a su padre, antes de que él la hubiera visitado a ella. Sin embargo, no le odiaba tan intensamente como en otro tiempo creía. En aquellos días, la piedad y una visión más madura mitigaban el odio. Además, el tiempo curaba muchas heridas. Quizá también curase ésta. Quizá Hilde volviese a ver a su familia.

Hilde escribió a Ernestine que la necia aventura con el aviador había terminado. Como era la primera vez que entregaba su corazón, le resultaba bastante penoso. Se reafirmaba en su idea de que el amor sólo podía traer pesares.

Más abajo expresaba el deseo de volver a Berlín. Quería estudiar y, con el tiempo, poder llevar el peso que le correspondía. Pero principalmente quería estar con Erna y ayudarla a cuidar a tío Ulrich.

Llegó una llamada telefónica de Munich. El coronel Loveless había conseguido una habitación en el Bayerischer Hof. Hilde oyó la risita de *mistress* Loveless junto al teléfono y entendió que susurraba:

—Clint, basta ya. —Lo pasaban estupendamente. *Mistress* Loveless dijo que el coronel tendría que permanecer en Erding hasta después de Año Nuevo.

Hilde le aseguró que en su casa todo estaría en orden e insistió en que se quedase con su marido. Entonces el coronel Loveless cogió el teléfono y le dijo:

—Hilde, la amo. —Terminada la conferencia, Hilde reanudó la redacción de la carta a Erna.

Sonó el timbre de la puerta. Scott Davidson apareció en el umbral, resistiendo el frío. Salvo en algunos raros momentos, Hilde había aprendido a dominarse perfectamente. Gracias a ello pudo volverse, dejando la puerta abierta. Scott entró, andando pausadamente con el sombrero en la mano.

—Hola.

Hilde le volvió la espalda para reunir fuerzas.

—¿Sabe una cosa? Por Navidad jamás me había sentido tan solo. Esta vez sí; me siento terriblemente solo.

—Los niños le han recordado mucho.

—¿Y usted?

—No puedo decir que haya sido feliz.

—Yo tampoco. No lo soy.

—Scott, le pedí que no me viera. Si insiste, me marcharé de aquí. Con ello la vida me resultará mucho más difícil.

—Yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no nos casamos? —Scott se le acercó por detrás, pausadamente. —Te amo, Hilde.

Hilde miraba el fuego con unos ojos humedecidos. Scott se sentó en el cojín grande.

—Nos portamos como una pareja que estuviera delante de un pelotón de ejecución —dijo.

—En otro tiempo creí que casándome con un americano resolvería todos mis problemas. Quería un mundo que no existía. Después…, viví demasiado en otra clase de mundo. En algún punto, entre los dos extremos habrá un puesto en la vida, para mí…, allá en Berlín. En cuanto a lo nuestro, Scott… no marcharía bien.

—Hilde. Soy yo. En muchísimas cosas no cambiaré nunca, ni podría prometer que vaya a cambiar. Pero sé que usted es la única mujer a quien he querido de verdad en mi vida, y sé de sobra que haré todo lo necesario para que marche bien.

En los labios de Hilde apareció una sonrisa que subía del corazón. Le creía.

—Ambos habremos de aprender a ceder —dijo él. —Sé que usted cuidará de mí, Hilde…, hasta ahora jamás creí que nadie pudiera hacerlo. Y lo que quiero por encima de todo es cuidar yo de usted.

—No todo termina aquí, Scott; hay otras muchas cosas.

—No, no las hay. No hay otra cosa sino que hemos sido unos tontos de remate.

—No me comprende. Después de la guerra, el sobrevivir se pagó a muchos precios. Yo fui vana e irreflexiva…

—No me importa un comino lo que ocurriese en Berlín.

Hilde halló la fuerza necesaria para mirarle. Las sombras del fuego oscilaban sobre su cara.

—Yo no me acosté con usted porque lo único que usted podía ofrecerme era su

respeto… Scott, yo fui una prostituta.

—Sé todo lo de Hilde Diehl y el *cabaret* de París.

Hilde escondió la cara entre las manos y lloró en silencio.

—¡Oh, Dios mío!… ¿Por qué ha vuelto?

Hilde notó la proximidad de Scott y el amor que la saturaba, y permitió que la abrazase y la consolase.

—He vuelto porque habría sido un loco condenado si hubiese permitido que te apartases de mí.

—¿Tenemos realmente alguna posibilidad?

—Cada uno de nosotros conoce lo peor de sí mismo y del otro y lo hemos mirado frente a frente. Yo creo que un par de personas como nosotros tienen las mejores posibilidades del mundo.

CAPÍTULO XXXVII

LA fiesta de Año Nuevo del personal de oficina había adquirido la mayor solemnidad. Sean escapó a hurtadillas para regresar a su propia oficina y terminar el trabajo en un documento que apremiaba.

Se notaban los primeros ruidos sordos de un traslado de población de la zona soviética. Existiendo una ruta de escape, Sean consideraba posible que en el futuro hubiesen de acoger verdaderas oleadas de refugiados. Era preciso estudiar la manera de distinguir a los espías que viniesen entre ellos, fijar lugares secretos para proteger a fugitivos de gran categoría, organizar albergues para los refugiados corrientes, buscar los medios para trasladarlos de Berlín a la zona rápidamente. Lo más importante, subrayaba Sean era que: *Debemos tener la puerta abierta*.

Ésta es la única posición de ataque que tenemos contra los comunistas.

Podemos desangrar materialmente su economía alentando a un número mayor de personas a que les abandonen…

El teléfono le interrumpió.

—Coronel O'Sullivan.

—Hola, aquí Lil.

—Hola.

—Hace media hora que trato de localizar a Bless.

—La última vez que le he visto no sufría ningún mal. Estaba persiguiendo a un par de oficinistas alrededor de la mesa del general Hansen.

—¡Vaya con ese policía obeso! Sabe que damos una fiesta esta noche, sabe que tengo que ir al almacén y sabe que él tiene el coche.

Sean echó una mirada al reloj.

—Yo tengo media hora de trabajo, poco más o menos. Luego te acompañaré yo al almacén, porque me parece que él tiene que descabezar un sueño.

—Eres un encanto.

—Ernestine ha dicho que estaría ahí después de las nueve para ayudarte a prepararlo todo.

Sean envió una llamada ordenando que unas «patrullas» explorasen los pasillos en busca de Blessing y lo acompañasen a su oficina. En seguida continuó trabajando en su informe.

¡Antes de la batalla…, madre…
Es cuando pienso más en ti!

Sean calculó el contenido de alcohol de su amigo. Bless estaba mitad a mitad, todavía en condiciones de actuar. El policía se dejó caer en un asiento, rascóse la barriga y puso los pies sobre la mesa de Sean.

—¿Ha mandado que me llamasen, señor?

—Lil está enarbolando la bandera de combate.

—¡Oh, Jesús! Tenía que llevarla al almacén. ¡Oh, Jesús! Apuesto a que me mata a gritos.

—Si te callas durante quince minutos, te acompañaré a casa, y llevaré a Lil a la tienda. Conviene que duermas un poco, si quieres estar alegre luego, en la fiesta.

—Sean, eres un amigo. Lo llevas en las entrañas. No te cases.

—La verdad es que estaba pensando en casarme, precisamente. El Año Nuevo es un buen momento para empezar una vida nueva.

Bless se serenó inmediatamente. Quitó los pies de la mesa de Sean, los dejó caer al suelo con un golpe sordo y rompió a sudar.

—Será mejor que vengas a mi oficina —dijo con aire lúgubre.

El repentino cambio de tono desconcertó a Sean.

Siguió a Bless por el pasillo, y cerraron la puerta detrás de ellos. Bless abrió un cajón de la mesa y entregó a Sean un legajo de papeles similar a otros que ambos habían visto con frecuencia. Ahora Blessing se cubría la cara con las manos.

—Juro por Dios que no sé qué hacer.

Sin abrir el legajo, Sean adivinó lo que había sucedido.

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Hace unas dos semanas, el CIC le puso en lista, junto a otros veinte, para una comprobación normal. Hasta la semana pasada no encontramos los archivos escondidos en el Ministerio de Trabajo. Esto no lo ha visto nadie, más que yo… y tú.

Sean abrió la cubierta… *Bruno Falkenstein*.

Sus entrenados ojos recorrieron las páginas de los documentos nazis. Los hermanos Falkenstein fueron tres; y los tres se educaron en la tradición del movimiento obrero del Partido Demócrata anterior a la guerra.

Ulrich se convirtió en una figura importante de los sindicatos obreros y la vida política de Berlín. Sus hermanos quedaron en segundo término.

Cuando Hitler subió al poder, Ulrich y Wolfgang se contaron entre los pocos que continuaron fieles a su credo en medio del desastre. Ulrich fue internado en el campo de concentración de Schwabenwald. A Wolfgang lo asesinaron, estrangulándolo lentamente, en Plötzensee por haber tomado parte en la conjura contra Hitler.

Bruno era el mediocre de los tres. La doctrina nazi agradaba a los hombres mediocres. Los nazis engrandecían a los mediocres; a cambio de una obediencia ciega, les otorgaban puestos superiores a los que hubieran podido desempeñar en una sociedad normal. Bruno se hizo nazi. En la actualidad se sumaba al coro de los que clamaban que se vio obligado a obrar así para conservar su modo de ganarse la vida, y porque no le quedaba otro recurso.

A causa de su procedencia, le emplearon en el Ministerio del Trabajo. Bruno procuró que la gente no supiera exactamente cuáles eran sus actividades. Su misma familia sabía poca cosa, excepto que desempeñaba un puesto bastante importante, y tanto sus ingresos como la vida de privilegiado que llevaba lo atestiguaban.

¡Los documentos que Sean estaba leyendo los había sellado la propia mano de Bruno Falkenstein! Bruno Falkenstein había planeado y ejecutado operaciones de recogida y embarque de decenas de miles de trabajadores polacos para las industrias «Krupp» e «I. G. Farben». Bruno Falkenstein, por su propia firma, era un criminal nazi.

Sean dejó el legajo en la mesa de Blessing, con los ojos empañados por la turbación.

—Llevo muchos años de policía —dijo Bless. —Hubo ocasiones en que tuve prisionero a un hombre que yo comprendía que debía estar en libertad. Escucha, Sean…, llega un momento en que el policía ha de ser juez y jurado.

—Bruno Falkenstein merece lo que le va a pasar…

—Claro que lo merece, pero tú no, y tampoco Ernestine. Como tampoco lo merece su hermano. Es posible que le recarguen la sentencia, sólo para demostrar que Ulrich Falkenstein no le protege. Y no lo olvides, puede ser un canalla, pero es el padre de tu novia. Sean…, hay millares de canallas semejantes que escapan sin castigo. Uno más no importará.

Sean O'Sullivan estaba sentado a oscuras como un Hamlet angustiado. Sobre el cuartito que compartía en Reinickendorf, los «Hastings» ingleses desgarraban las nubes, sumergiéndose en la nevada, y aterrizaban en Tegel.

¿Qué terribles fuerzas se empeñaban en que su amor no tuviera solución? Ambos se habían esforzado en superar diferencias…, lo habían conseguido casi. En otro tiempo él juzgó severamente a un hombre por el mismo delito. Y luego cometió a su vez el pecado de Dante Arosa en el mismo instante en que escondió los informes sobre Bruno Falkenstein. Sí, él, que no había sido capaz de comprender la debilidad humana de Dante Arosa.

Ernestine anhelaba unas relaciones que trajesen de nuevo a Hilde al seno de la familia. Si Bruno Falkenstein iba a la cárcel, el escándalo alborotado que se armaría y los mismos escrúpulos de Ernestine, que se sentiría culpable, harían imposible una vida en común.

Y si él continuaba guardando el secreto, tendría que pedir a Ernestine que empezasen esa vida con una mentira suspendida sobre sus cabezas, con una amenaza que aumentaría en lugar de disminuir. El sentido de lo justo y lo injusto del propio Sean le decía que Dios no podía permitir que semejante mentira permaneciera secreta y sin consecuencias.

Ernestine llegó a la habitación, sacudiéndose la nieve de los pies. En aquel momento Sean la amaba más que a lo justo o lo injusto…, más que a su propio sentido del deber. Ahora sólo quería sobrevivir un mes, una semana, un día…, y el miedo llenaba todo su ser.

CAPÍTULO XXXVIII

—CAMARADA coronel —le dijo a Igor el mariscal Alexei Popov—, se adivinaba que los americanos y los ingleses no estudiaron los análisis que usted realizó de su colapso.

Que un comisario político le atosigara era una cosa; que un mariscal del Ejército rojo pusiera en tela de juicio su competencia, era otra muy distinta.

—Si quiere hacer el favor de recordar la conferencia en que tomamos la decisión —contestó Igor, iniciando su defensa—, yo expliqué entonces que el éxito o el fracaso del *Airlift* dependería en gran parte de la resolución de los americanos. Pero se me ordenó que me circunscribiera a las matemáticas.

—¿Y qué me dice de sus seguridades de que en invierno el *Airlift* se derrumbaría?

—Si nuestro servicio de espionaje me hubiese proporcionado una información más precisa acerca del alto desarrollo de los sistemas de control de aterrizaje desde el suelo, yo habría hecho un cálculo diferente.

Se trataba, en efecto, de un error que habían cometido todos y no había cometido nadie. Popov se daba cuenta de que su fiel aliado, el «General Invierno», había sido derrotado. El coronel era un buen oficial, y su manera de ver la situación la compartía entonces todo el mando soviético.

—Vuelva a ponerse en contacto con el americano —dijo Popov. —Infórmele de que quiero iniciar unas discusiones personales con el general Hansen.

Igor estaba tan pasmado como todos los componentes del Cuartel General. Con sólo la mitad de los días del invierno considerados buenos para volar, el *Airlift* descargaba cinco mil toneladas cada veinticuatro horas. De vez en cuando, los vuelos quedaban suspendidos durante una hora, o un día. A veces las reservas de carbón del Oeste descendían hasta no quedar más que el suficiente para una semana, y los víveres andaban tan escasos que una parte de la ciudad se encontraba de pronto casi en el mismo límite de la inanición, la oscuridad total o el congelamiento.

Pero el impulso del *Airlift* era tan poderoso que lograba elevar el nivel instantáneamente. Bam…, bam…, bam…, el metrónomo gigante continuaba funcionando a pesar de los vientos fuertes y las pistas de despegue cubiertas de una capa de hielo…, bam…, bam…, bam…, Tempelhof…, Tegel…, Gatow.

El milagro electrónico que realizaba el GCA se perfeccionó de tal modo que guiaba los aeroplanos hasta el suelo, sin perder el compás, virtualmente a ciegas. El GCA fue el eslabón final para resolver el rompecabezas. Bam…, bam…, bam…, Tempelhof…, Tegel…, Gatow…, diez toneladas…, diez toneladas…, diez toneladas.

Pronto llegaría la primavera, y el *Airlift* escalaría más elevadas cumbres. El aire traía el perfume de la victoria colosal del Oeste.

—Levantad la vista al cielo, berlineses —gritaba la voz de Ulrich Falkenstein por los altavoces de los vehículos de publicidad—, levantad la vista al cielo, berlineses,

porque de allí nos viene la libertad…

Bajo su dirección, los berlineses habían levantado una ciudad propia, con su propia policía, su universidad, su moneda. Los berlineses tenían conciencia de su propia fuerza y de la de sus aliados. Y pasaron a la ofensiva.

El contrabloqueo occidental impedía que las materias primas llegasen a la zona de los rusos y hacía tambalear su economía. Los contrabandistas se exponían a que las balas les persiguiesen hasta dentro de los sectores occidentales. La gente se levantaba contra las provocaciones de la policía de Adolph Schatz.

Y de pronto el curso de los acontecimientos quiso que Adolph Schatz no fuese ya útil al régimen, y desapareció sin que nadie le llorase.

Bam… bam…, bam…, Tempelhof…, Tegel…, Gatow.

—Aquí Jigsaw llamando a «Big Easy Veintidós». Están a una milla del punto de aterrizaje. Están en la línea central. Están en el trecho de descenso…

—Aquí Jigsaw…

—«Big Easy Catorce» llamando a Jigsaw…

—Rutas Aéreas de Tempelhof llamando a «Big Easy Treinta»…

—Aquí Jigsaw…

—Rutas Aéreas de Gatow llamando a «Big Easy Seis»…

—Aquí Jigsaw…

La Unión Soviética desencadenó una campaña de propaganda que era como la defensa del último parapeto, atacando la legalidad de los pasillos aéreos y sosteniendo que ya habían prescrito. Los documentos ordenados con toda precisión y redactados con claridad meridiana por Hiram Stonebraker tres años y medio atrás resultaron inexpugnables.

Para respaldar los alegatos soviéticos, Popov inundó los pasillos con un número mayor de cazas rusos, sin avisar al Centro de Seguridad Aérea. Todo el terreno de la zona soviética situado debajo de los pasillos vomitaba fuego antiaéreo. Se intentaba cegar a los aviadores americanos e ingleses enfocándoles reflectores a los ojos.

Bam…, bam…, bam…, Tempelhof…, Tegel…, Gatow. —Aquí Jigsaw llamando a «Big Easy»…

—Confío en que no habré sido inoportuno, llegando a estas horas de la noche —dijo Igor.

—Claro que no —respondió Sean.

—No, no, *fraulein*, quédese, por favor —le pidió el ruso a Ernestine. —Esta vez he traído yo el vodka —continuó, procurando adoptar un tono amistoso. —Vi que se les estaba terminando. ¿Me autorizan?

Igor se quitó el gorro, sentóse a la mesa del centro de la habitación y llenó tres vasos. Sean le ofreció un cigarrillo.

—«Lucky Strikes». Confieso que notaré su falta.

—¿Espera tener que viajar?

Igor levantó los hombros.

—Soy culpable de subestimar terriblemente ciertas posibilidades. —El ruso extendió los brazos como un avión, señaló en dirección a la ventana, por la que los runruneos de los motores se renovaban cada ciento veinte segundos y dijo—: Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo creería posible.

Igor confiaba en que le permitirían trabajar y enseñar en la Universidad del Aire lo que había aprendido sobre seguridad aérea y GCA (control de aterrizajes desde el suelo). Opinaba que convenía desplegar un gran esfuerzo para imitar el sistema de transporte americano, aunque se daba cuenta de que no se permitiría enseñar ningún estudio realizado sobre el *Airlift*, porque ello equivaldría a reconocer la superioridad americana.

Igor hizo tocar su vaso con el de Sean y chupó con fuerza el cigarrillo.

—Esta vez me han encargado que le preguntase a usted si el general Hansen estará dispuesto a entablar conversaciones con el mariscal Popov.

—El mariscal conoce nuestro número de teléfono —respondió Sean.

«Muy llano y lógico», pensó Igor. Luego se fue a la ventana y observó la procesión de aeroplanos durante varios momentos.

—Por cierto motivo, no me gusta marcharme de aquí. Parece que no hemos resuelto nada. Creo que lamento mucho que usted y yo no hayamos sido más amigos.

—Las puertas estuvieron abiertas hasta que empezaron a matar aviadores nuestros.

—¿Cuándo terminará todo eso?

—Hace mucho tiempo, pactamos que no hablaríamos de política. Es ya demasiado tarde para enzarzarnos en un diálogo marxista.

—Un pensamiento venido al partir, quizá. Esto no significará romper el pacto.

—¿Para qué serviría, coronel Karlovy? Allá a donde se irá ahora no podrá seguir alimentando su curiosidad.

—Lo cual no impide que la sienta.

—Esto terminará cuando el pueblo ruso deje de resignarse a vivir en la degradación y cuando los rusos se nieguen a dejarse utilizar para degradar a otros seres humanos.

A Igor hasta los labios se le pusieron blancos.

—Estoy seguro de que no le entiendo.

—Yo estoy seguro de que sí —replicó Sean.

El ruso sonrió, apuró el vodka de un solo trago, a gran estilo, saludó a Ernestine con una inclinación de cabeza, estrechó la mano, fríamente, a Sean y se encaminó hacia la puerta. Pero se volvió.

—Desearía que me ayudase en una cuestión personal —profirió bruscamente. Igor se odiaba a sí mismo por cada paso dado para regresar. Se sentó, volvió a

llenarse el vaso y fijó una mirada huraña en el suelo. —Mi amiga, Lotte, espera un niño…, y tiene la loca idea de que los médicos de la zona americana son mejores. En este caso, la madre es quien lleva todo el peso, y yo acepto gustoso su decisión —mintió. —¿Quiere ayudarle a cruzar la frontera?

—Sí.

—Magnífico; estará contenta: ¿Qué quiere que haga?

—¿Puede ir libremente por donde quiera? —preguntó sin rodeos el americano.

Igor se enfrentaba ahora con su primera confesión.

—No…, nunca salimos los dos juntos…, por falta de transportes —siguió mintiendo.

—Cuando usted está en el Cuartel General, ¿goza ella de libertad de movimientos?

Igor no quería contestar, pero comprendió que debía hacerlo.

—Mi chófer procede de… del campo político… y no la pierde nunca de vista.

—¿Cruza ella alguna vez la Puerta?

—De vez en cuando va en coche al mercado libre del Tiergarten.

—Con ello basta —dijo Sean. Cuanto más pronto se ejecutase el plan, mayores las probabilidades de éxito. —Mañana —añadió en seguida.

En la cara de Igor se pintó, bien visible, el sufrimiento.

—Mañana —repitió Sean—, entre las doce y las dos de la tarde, debe ir al Tiergarten. Conviene que no se lleve nada, en absoluto. Llevará un pañuelo de hierbas encarnado y buscará a un vendedor que se llama Braunschweiger. Le dirá que ella se llama Helen y que desea comprar un reloj suizo.

—¿Y el chófer?

—En el momento en que Lotte establezca contacto, unos agentes de seguridad ingleses se acercarán al chófer y le entretendrán. Le pedirán los documentos y le harán perder un rato por otros diversos medios. Entonces originaremos un pequeño alboroto, durante el cual se llevarán a su amiga y la esconderán. No puedo decirle cómo, pero nos la traeremos a esta zona.

Igor movió la cabeza, indicando que le comprendía. Ahora había llegado el momento de la degradación definitiva. Sacando una carta de la guerrera, se la entregó a Sean. Contenía instrucciones para mi banco del sector occidental en el que Igor tenía una cuenta secreta, designada por medio de una cifra, en marcos «B».

—Con esto podrá cubrir sus necesidades y las del niño durante unos años.

Ernestine se dio cuenta de que no se trataba de una decisión tomada bajo el apremio del pronto, sino de un paso largamente meditado, aunque peligroso.

—¿Cómo puede dejarla marchar, sabiendo que usted no conocerá nunca a su hijo?

Igor sonrió con una sonrisa patética.

—Se lo aseguro, *fraulein*, no resulta demasiado fácil.

Sean apoyó la mano en el hombro de Igor.

—Podemos pasarle a usted también.

Igor movió la cabeza negativamente.

—Ni usted ni yo aprendemos nada. El mayor error cometido por el mando soviético fue el de no comprender lo mucho que un americano ama a su patria. Vea usted, coronel O’Sullivan…, un ruso ama exactamente igual a la suya.

—Pero en Berlín obran mal —dijo Sean.

—He ahí el amor más acrisolado —respondió Igor. —Conocer las culpas y los errores de aquello que uno ama… y seguir amándolo igualmente.

CAPÍTULO XXXIX

A Scott Davidson le dieron un nuevo juguete con que entretenerse.

A Rhin-Main llegó el primer «Boeing C-97», un transporte gigante para múltiples fines llamado el «Stratofreighter» (es decir, el Estratocargo). Con sus dos cubiertas, los cuatro poderosos motores «Pratt Whitney» podían darle una velocidad un cincuenta por ciento superior a la del «Douglas Skymaster», transportando veinticinco toneladas de carga útil.

La cola tenía un par de puertas herméticas y una grúa propia que podía correr a todo lo largo del aparato y cargar grandes piezas de maquinaria, camiones, cañones, y luego descargarlos sobre plataformas rodantes, en el suelo.

Era una nave magnífica destinada a servir al MATS como avión provisional hasta que se fabricasen otros todavía mayores y más rápidos. América sabía ahora que ya nunca volvería a encontrarse sin medios para los suministros por el aire.

La espaciosa cabina delantera de mando parecía un palacio de verano, en comparación a la de los reducidos espacios de los «Gooney Birds» y los «Skymasters». Scott probó el avión en compañía de los empleados de la «Boeing», seguro de que el amor que le inspiraba aquel inmenso pajarraco era un signo revelador de que iba entrando en la edad madura.

Aquello distaba mucho de los primeros tiempos del abastecimiento aéreo de Berlín, con unos «Gooney Birds» que transportaban ochenta toneladas diarias… Ahora, en cambio, los «Skymasters» trasladaban seis y siete mil toneladas. ¡Y, sin embargo, hacía menos de un año que había empezado la operación!

Con ocasión del vuelo a Berlín número doscientos, Hiram Stonebraker le entregó un juego de hojas de roble.

—Comandante —le dijo—, le hemos dado un empujón para arriba. —Le queremos en el Cuartel General como subjefe de Operaciones.

Scott sería el segundo piloto de todo el *Airlift*. Su primer trabajo consistiría en escribir un manual sobre las características y el empleo del «Stratofreighter» en la «Operación Vituallas».

Al terminar el invierno los empleados veteranos desempeñaban deberes nuevos. Llegaron nuevos aparatos y tripulaciones nuevas. La broma del *Airlift*, la ilusoria definición de «servicio temporal», tanto tiempo de boca en boca, quedaron explicadas por fin. Con la llegada de las nuevas tripulaciones de Great Walls, comenzó el relevo de los que estaban en Alemania.

Cuando Scott se trasladó al Cuartel General, Stan Kitchek se hallaba como perdido. Entonces le ascendieron a capitán, aceptó el «cambio permanente de situación», fue nombrado primer piloto y lo transfirieron a la base de Celle, que se había convertido en el modelo del *Airlift*, epítome de la precisión en los transportes

aéreos.

El sargento primero Nick Papas recibió aviso de que los permisos acumulados sumaban ya un mes, y que ahora podía disfrutarlos todos a la vez. Nick telefoneó a Scott.

—¿Quieres decir adiós a un antiguo griego?

Un poco más tarde se encontraron en el bar del NCO Rocker «Club de Wiesbaden». Nick tenía las maletas preparadas y se disponía a partir.

—Entonces, ¿qué harás ahora?

—Ir a examinar los saldos bancarios de Chicago. Después ¿quién sabe? En setiembre habré cumplido veinte años de servicio. Quizá empiezo a ser ya un poco viejo para estas andanzas. Es posible que resuelva la cuestión al estilo auténticamente griego, pidiendo a mis parientes que me envíen una chica de mi vieja patria.

—¡Eh! Y de mí, ¿qué te parece?

—Yo nunca he dicho nada de ti y de Hilde. En estos veinte años he visto un montón de pilotos de caza. Muchos de ellos no llegan nunca a la mayoría de edad. Jamás imaginé que tú te dejases cortar las alas.

Scott rompió un huevo, lo echó en el jarro de cerveza negra y agitó el líquido.

—¿Sabes una cosa, Nick? Hoy me he mirado de cerca en el espejo. Tengo cuatro cabellos blancos. Cuando pienso en mi caso…, pienso en que soy el canalla más afortunado de este mundo. Resulta muy fácil descender de las nubes cuando uno ha encontrado una cosa mejor en el suelo.

—Me pesa el pensar que no podré defender tu causa. ¿Cuándo piensas casarte?

—Tengo muchísimo trabajo. Aguardamos a que uno de estos días nos quede un rato libre.

Nick miró el reloj y apuró la cerveza.

—Ha llegado la hora.

Scott le llevó en coche a Y-80, donde tenía pasaje en un «Skymasters» del MATS que partía para Estados Unidos.

En el último momento no encontraron palabras que reflejasen aquellos seis años de amistad íntima.

—Hasta la vista, comandante.

—Hasta la vista, Nick.

Scott aguardó hasta que el avión de Nick se hubo perdido en la distancia. Con Nick, una parte de su propia vida volaba lejos de allí.

Eran millares las muchachas que probaban a casarse con militares americanos. Muchas lo querían sólo como una manera de huir de su mundo, asolado por la guerra.

Los muchachos americanos que no estaban habituados a las relaciones francas y libres con una mujer europea querían una para ellos exclusivamente.

Se hizo necesario que las autoridades americanas implantasen barreras y rígidas cribas para evitar una oleada de parejas mal emparejadas.

Scott fue a ver al coronel Loveless y señora y habló sinceramente con ellos del

pasado de Hilde. Clint actuó de padrino de la joven y se encargó de los documentos con su pericia característica. La influencia que tenía Clint con el general Stonebraker, el afecto que éste sentía por Scott y, por añadidura, el apellido de Falkenstein eran circunstancias que contribuirían a facilitar el camino. Aun así, se encontraban en un largo trance de mucho trabajo burocrático.

Clint visitó, a la autoridad máxima, el capellán jefe de la USAFE, le consideró un verdadero sacerdote y decidió exponerle la cuestión con toda franqueza.

El capellán se sintió reconfortado por aquel caso. Encontrar a una mujer que confesara haber sido prostituta resultaba tan raro como encontrar a un hombre que confesara haber sido nazi. Después de repetir la historia de María Magdalena, como la más apropiada, indiscutiblemente, para la ocasión, se entrevistó con Hilde y le aseguró que podía ponerse de acuerdo con el comandante Davidson para señalar la fecha.

Clint y Judy solían decir que nunca habían visto a dos personas más enamoradas, ni que cada una agradeciera más que existiera la otra, ni más dispuestas a una generosidad, ni más deslumbradas por su tardío descubrimiento.

El coronel Matt Beck y su lugarteniente, comandante Scott Davidson, estaban sentados delante de Hiram Stonebraker. El general les soltaba una reprimenda.

Los incidentes causados por los aviones rusos, que se lanzaban fingiendo atacar a los aviones de transporte, o volaban demasiado cerca de ellos, iban en aumento. De este modo habían sacado fuera del pasillo a un «Skymaster», sobre el cual se echaron luego los cazas «Yak», obligándole a aterrizar en un campo de aviación soviético. Matt Beck quería escoltas de cazas para los aviones de transporte.

El general dijo que no tenía bases para tal petición. El Servicio Secreto y él personalmente estimaban que los rusos estaban representando una última comedia, probando a provocar unos cuantos aterrizajes forzosos más, con el fin de salvar su reputación.

—¿Qué gente tenemos? ¿Niños bonitos sin reaños? ¡No quiero que ninguno más se deje asustar y se salga de los pasillos!

Cuando Scott y el coronel Beck estuvieron solos, resumieron la situación en una frase lacónica:

—Demasiadas tripulaciones nuevas.

La mayor parte de las que iniciaron al *Airlift* habían volado en aviones de bombardeo durante la guerra y estaban entrenadas a conservar la formación en presencia de la metralla y los cazas enemigos. Si bien los rusos molestaban a los aviadores veteranos, jamás conseguían hacerles desviar de su ruta.

Los dos hombres procedieron entonces a una revisión de pilotos veteranos, con objeto de incluir el mayor número posible de ellos en cada caravana y en cada escuadrilla.

Al día siguiente, Scott entró, inquieto, en la oficina del coronel Beck. En Y-80 había de levantarse una caravana compuesta por las escuadrillas XII y CCCXXXIII de Transporte de Tropas y resultaba que el sesenta y cinco por ciento de las tripulaciones las formaban aviadores novatos que no habían sufrido nunca una pasada de aviones enemigos. Nueve de tales tripulaciones hacían su primer viaje a Berlín. Precisamente, la actividad rusa llegaba a un nuevo punto culminante.

—Creo será mejor que me vaya a Y-80 —dijo Scott—, y les acompañe un par de viajes.

El coronel estuvo de acuerdo.

—Mientras el comandante Scott Davidson les daba instrucciones, los componentes del grupo le miraban sintiendo un profundo alivio y con la admiración que se concede a un viejo aviador de su categoría.

—No es más que un juego con el que intentan acobardaros —les decía Scott. —Son como cachorros que ladran. No les deis a entender que lo notáis siquiera. Y ahora, aprovechemos el tiempo.

Faltaban veinte minutos para la hora de partida. Scott telefoneó a Hilde.

—Hoy haré un par de viajes a Berlín —le dijo. —Hemos de entrenar a esos hombres hasta que dominen sus nervios.

Hilde disimuló su desilusión como de costumbre. Le preocupaba mucho que Scott volase y sufría angustias horribles hasta que regresaba. Sabía, no obstante, que no podía decirlo…, ni ahora ni nunca.

—Me iré al hotel y te esperaré —contestó.

—Es posible que llegue tarde.

—Aguardaré… Scott…, yo me voy a mi cuarto a mirar el anillo veinte veces al día. ¿Traería mala suerte si me lo colgase del cuello con una cadenita? De este modo me lo podría poner en el seno y nadie vería si lo llevo.

—Gran idea. Y después yo podría meter la mano para sacarlo.

—¡Scott!

—Luego… podrás colgármelo en la nariz.

—Hablo en serio. ¡Tengo tantas ganas de tenerlo junto a mí!

—Sin duda. Pero quizá valga la pena que lo luzcas un poco antes de que se ponga verde. Si tengo tiempo, telefonearé a tu hermana.

—*Aufwiederhesen…*, te amo…

—Yo también…

Scott notó un temblor en la voz de Hilde. Dé sentimiento nada más…

Scott iba en cabeza, guiándolos sobre los montes de Fulda. La caravana penetró en el pasillo meridional. Con la llegada de la primavera, el suelo se veía desde las

alturas verde y lozano.

Los aviones fueron situándose a los intervalos señalados para las ciento diez millas que faltaban hasta Berlín. Durante veinte minutos tuvieron vía libre, todo marchaba bien. Pronto se hallarían bajo el control del radar de Tempelhof.

El copiloto, un simpático mozo pelirrojo salido de la escuela de aviación hacía pocos meses, manejaba los mandos mientras Scott se desperezaba. Scott volvió la cabeza, vio al ingeniero de vuelo, otro chico joven…, y notó la falta del humo del cigarro de Nick.

—«Big Easy Catorce» llamando a todos los aparatos. Tres «Yaks» arriba y enfrente.

Scott volvió a coger los mandos rápidamente. Su copiloto descubrió a los cazas descendiendo en su dirección. A unos quinientos pies encima de ellos, los rusos se remontaban y volvieron a esconderse entre las nubes.

—Hoy se divierten haciendo el payaso, nada más —dijo Scott por el aparato de intercomunicación. —Aquí «Big Easy Uno» llamando a todos los aviones, Conserven el intervalo. Aquí «Big Easy Uno» llamando a Rutas Aéreas de Tempelhof. ¿Estamos bajo su control de radar? Cambio.

—Aquí Rutas Aéreas de Tempelhof. Están entrando en el control de radar. Cuidado. Vuelan doce cazas no identificados alrededor de su grupo.

Scott frunció el ceño… Doce…

En la Fuerza Aérea roja, Omar Kum Dag era un bicho raro. Era uno de los pocos aviadores de Ashkabad, perteneciente a la distante República de Turkman. Sus camaradas le consideraban un temerario. Podía darse por seguro que Kum Dag se expondría a riesgos anormales. A su jefe de escuadrilla le inquietaba el hecho de que, por culpa del color amarillo de su piel y de las pullas constantes de los demás, aquel muchacho experimentase el impulso de matarse, o de demostrar sus habilidades.

A ninguno le gustó que designaran a Kum Dag para tomar parte en aquella misión. Al fin y al cabo sólo les ordenaban que se divirtiesen un poco, de un modo inofensivo, con los pájaros americanos.

—Miradle al canalla estúpido describiendo un círculo de triunfo —bufó Scott mientras el «Yak» de Omar Kum Dag subía y rodaba en espiral delante mismo de su aparato.

El copiloto estaba pálido y nervioso. Cuando el ruso descendió de nuevo a una proximidad peligrosa, Scott rechinó los dientes, deseando por primera vez disponer de un avión dotado de las armas y la velocidad necesarias para perseguirle. La broma era broma, pero sólo un loco se lanzaba de aquel modo sobre un aparato sin defensas.

El capitán ruso al mando de la escuadrilla amonestó enojadamente a Kum Dag cuando el caza de éste se lanzó hacia las nubes y giró para efectuar otra pasada. El capitán le ordenó dejarlo, pero Kum Dag no le oía. Le aislaban de los demás cazas el

ruido, el movimiento, la manía de acercarse tanto y tanto que ya nunca nadie más dudase de su valor.

—Aquí Tempelhof llamando a «Big Easy Uno». Un caza se echa sobre su cola…

A Hilde se le caía el cabello sobre los ojos al corretear por la cocina con aquella especie de furor que solía surgir en ella cuando guisaba. Hilde hablaba consigo misma, reprendiéndose por no haber condimentado bien la sopa.

De pronto se detuvo un momento, secóse las manos, tentó la blusa y tocó el anillo que reposaba entre sus pechos. Aquel contacto la hizo feliz, y se puso a cantar… Esta noche le amaría, y le amaría, y le amaría.

El coronel Loveless cerró la puerta de la cocina detrás de sí.

—¿Qué diablos hace usted en casa, coronel? No son más que las tres.

El coronel estaba pálido como un muerto y empezó a temblar, al mismo tiempo que un sonido ininteligible salía de su garganta. A Hilde se le cayeron los platos de la mano.

—¡No! —gritó en un alarido.

—Oh, Dios mío… —gimió Clint. —Oh, Dios…

—¡Scott! ¡Scott!

El coronel cogió a la convulsionada muchacha y la sostuvo hasta que la pobre Hilde perdió los sentidos.

CAPÍTULO XL

¡PRIMAVERA!

Ulrich Falkenstein había conducido a su pueblo a lo largo de todo el invierno. Ahora creía justo el aceptar invitaciones y recibir ovaciones dedicadas a su pueblo, en París, Londres, Nueva York y Washington.

En cuatro años exactamente desde que el último cañón ruso disparó por la Unter den Linden, se había producido la mayor paradoja del siglo. Berlín había cambiado por completo de significado a los ojos del mundo. En la resurrección de 1949, ocurrieron una serie de acontecimientos pasmosos que detuvieron la zapa comunista en el continente europeo.

La Europa Occidental, revitalizada ahora con la sangre del plan Marshall, se levantaba trabajosamente de sus ruinas, y la desesperación cedía el puesto a un dinámico resurgir nuevo. Volvía a oírse el trepidar de las tareas constructivas.

Al agarrarse la vida a ese nuevo asidero, las naciones occidentales declararon que se defenderían, unidas, de futuros atropellos de los soviets. Hija de la «Doctrina Truman», en la primavera de 1949, nació la NATO, la defensa común.

En la resurrección de 1949, se estaba constituyendo un nuevo Estado alemán, formado por las tres zonas occidentales. Se había redactado una constitución, y la humanidad confiaba que de ella saldría una Alemania nueva, diferente.

La Unión Soviética no había alcanzado sus fines. No había logrado impedir la formación de una Alemania orientada hacia el Oeste; no había conseguido expulsar al Oeste de Berlín. El *Airlift* derramaba dentro de Berlín seis y siete mil toneladas diarias de mercancías. El Oeste ya no se veía apremiado a negociar un acuerdo.

Los aviones trasladaron más generadores eléctricos. A medida que las reservas de carbón crecían, la capacidad de producción de fluido aumentaba. Transportaron asimismo materias primas, con lo cual empezó a mitigarse la falta de trabajo.

En la actualidad, el *Airlift* introducía en Berlín tanto tonelaje como entraba por los trenes y las carreteras antes del bloqueo.

Los artículos de consumo aparecieron poco a poco en los escaparates: ropas, jabón, mantas, libros, radios, zapatos, botes, cacerolas. Los marcos «B» fueron sustituidos por la misma moneda que circulaba en las zonas.

Los demonios que habían echado mano de la amenaza del hambre se encontraban ahora con que tal amenaza se volvía contra ellos. El contrabloqueo occidental hacía tambalear el Berlín y la Alemania soviéticos, creando un marasmo espantoso y cambiando las tornas. El tiempo, el aliado del cual la Unión Soviética se servía despiadadamente, se convertía ahora en un enemigo táctico…, ahora eran ellos los que querían concertar una paz.

Hiram Stonebraker ordenó a la Fuerza Aérea Combinada que organizase el asalto

a todas las marcas de tonelaje registradas, mediante un plan bien estudiado. Como el tiempo se presentaba bueno, eligieron la medianoche del 16 de abril para dar comienzo a la jornada de veinticuatro horas. Woody Beaver aprovechó la ocasión para bautizarla con el nombre de «Desfile de Pascua».

A medianoche, salieron de Y-80 y de Fassberg los primeros grupos de aviones que se dirigían a Berlín. Y todas las demás bases estaban preparadas.

Martha Jane e Hiram desayunaban a las seis, como de costumbre. Mientras comía, Hiram telefoneó al Centro de Control. El jefe de personal estaba allí ya y contestó que durante la noche todo había funcionado según el esquema previsto.

Stonebraker sofocó su ansiedad. Sería un día largo, el plan era atrevido, y no enviaba a Berlín ni una condenada onza de queso.

—Ya sabes, Martha Jane —dijo en una rara manifestación de nostalgia—, ayer firmé la orden de que retiren el último «Gooney Birds» del *Airlift*. Continuamente estuve pensando en ello. Es un viejo aparato excelente. Quizá no tan complicado, ni mucho menos, como esos pájaros nuevos, pero conoce todas las tretas de la atmósfera. Cuando estábamos acorralados, de espaldas a la pared, y lo necesitábamos… el «Gooney Birds» vino en nuestro auxilio. Me han dicho que los retirarán todos, pero yo te apuesto a que dentro de diez años, en cualquier base aérea del mundo… encontrarás un «Gooney Bird».

Su esposa le dio unas palmaditas en la mano y le entregó un paquetito, diciendo:

—Ha llegado cuando ya estabas aquí. —Parecía uno más de los regalos que les enviaban los berlineses. Traía un billete sujeto.

—Esto es de Chip Hansen.

> «Querido Crusty:
>
> »Hemos convencido a este exfabricante berlinés de piezas pequeñas de armamento que reorientase su producción hacia cosas más útiles. La fábrica empezó ayer, en pequeña escala. Han querido que el Modelo 1.° de la Serie 1.º fuese para ti.
>
> »Sinceramente tuyo,
>
> »Chip»

La faz correosa de Stonebraker sonreía con ancha sonrisa al sacar un carrete de pescador de acero inmaculado.

—Míralo, Martha Jane. Hasta lo han construido adrede para un zurdo. —Hiram abrió el fardo, hizo rodar la manivela y jugueteó con el ajuste de la rastra.

—Quizá Chip Hansen intente decirnos con esto que nosotros también somos un par de «Gooney Birds» viejos. ¿Por qué no te pones a mirar las revistas y los catálogos de pesca que has enviado a buscar continuamente para luego esconderlos? Te he puesto unos cuantos en la cartera de mano.

Hiram refunfuñó y decidió llevarse el carrete a la oficina disimuladamente.

Al entrar en el 11 de Taunusstrasse, el general se fue directamente al Centro de Control. Casi todos se habían reunido allí; la intrigada ansiedad iba en aumento.

Ahora el Desfile de Pascua cruzaba a través de la luz del día, después de emerger de las tinieblas de la noche. El tiempo continuaba bueno. Los rusos no hostigaban y no se producía ninguna interrupción.

Durante la noche, los aviones habían aterrizado en Berlín a intervalos de un minuto. Faltando todavía diecisiete horas de la jornada, habían depositado ya en tierra cuatro mil toneladas.

Clinton Loveless se encontraba en su oficina, garabateando dibujos sobre la mesa. Era una ironía, pensaba, que las dos cartas hubieran tenido que llegar el mismo día. Una procedía de J. Kenneth Whitcomb, escrita en papel con el membrete en oro de Whitcomb Associates.

> «Clint:
> »Me pongo en juego inmediatamente. El trato de que hablamos antes de que usted partiese hacia esa gran misión patriótica que realiza continúa en pie.
> »Le necesitamos, niño. Permítame decirle que hemos pasado revista a la labor realizada por usted, y nos enorgullecemos de que forme parte de nuestro equipo. Nosotros los americanos sabemos marcar tantos en cualquier liga.
> »Clint, acabo de coger la pelota en un partido de los grandes. Estamos lanzando al mercado la primera botella de América que se entrega sin depósito ni devolución. Revolucionará la industria…».

La segunda carta venía en un papel más bien austero, de una compañía minera de Utah. La escribía el presidente, hijo del fundador. Explicaba que a la vuelta del siglo, su padre había abierto a mano la primera pertenencia.

Era una compañía buena, con buenos productores y buena reputación. Empleaba a trescientas personas. La carta declaraba que no sabían adaptarse a los métodos modernos. Al presidente le habían dicho que tiempo atrás Clinton Loveless ayudaba a las compañías pequeñas a salir a flote y les permitía sobrevivir sin ser devoradas por las grandes.

«¿Querrán ayudarnos?», preguntaba la carta.

Judy leyó las dos. Luego cogió la de Pudge Whitcomb, la partió en un centenar de pedazos y la echó a la lumbre, acompañándola de un comentario final:

—¡Vaya idiota!

Stonebraker asomó la cabeza dentro de la oficina de Clint.

—Buenos días, señor.

—¿Cómo no está en el Centro de Control con los demás compatriotas?

—Siéntese, general, y eche una mirada a esto —respondió Clint en tono soñador, extendiendo una colección de dibujos.

Clint acariciaba la idea de colocar previamente la carga en cajas redondeadas, según la forma del fuselaje del avión. Unas correas de transmisión levantarían las cajas hasta el aeroplano y luego las dejarían descender hacia el fondo del aparato sobre cojinetes de bolas. Con ello no se perdería ni una pulgada de espacio.

Stonebraker se daba cuenta de que Clint tenía una idea muy brillante para la época en que el transporte por aviones a reacción se desarrollase hasta su mayor capacidad.

—Hoy, cuando terminemos, traiga todo eso a mi oficina. Parece interesante.

«Hoy, cuando terminemos» quería decir a medianoche. Nadie saldría de Taunusstrasse hasta que se supiera la cifra final del «Desfile de Pascua».

El día seguía su curso. No se producían interrupciones en el ritmo de *Airlift*. El tonelaje alcanzó y dejó atrás las cinco mil…, seis…, siete…, ocho.

A las diez de aquella noche, Hiram Stonebraker concentraba su atención en un catálogo de artículos de pesca. Cuando vio a Woody Beaver que entraba y se ponía a balbucear, lo escondió en el cajón de la mesa.

—¡Hable de una vez, Beaver!

—Diez mil toneladas, general. ¡Cada sesenta y tres segundos aterriza un aparato!

—Bien, no eches los intestinos por la boca al dar un rugido. Todavía nos quedan dos horas.

Llamaron desde el Cuartel General inglés de Luneberg. El vicecomodoro del Aire, Rodman, estaba fuera de sí. Una llamada telefónica de Ulrich Falkenstein; otra de Chip Hansen. Finalmente, una llamada telefónica de la Casa Blanca.

En Taunusstrasse todo el mundo se amontonaba dentro del Centro de Control, mientras las líneas telefónicas directas de Gatow, Tegel y Tempelhof seguían elevando la cifra del tonelaje.

Hiram Stonebraker continuaba en su oficina, leyendo un artículo sobre las grandes esperanzas de que se registrase la llegada de un número nunca visto de albacoras a la altura de Catalina.

El reloj siguió andando hasta señalar las veinticuatro horas. Beaver fue el primero que llegó a la oficina del general.

—¡Doce mil novecientas toneladas!

Stonebraker profirió unos sonidos guturales de contento.

—Comunique al general Buff Morgan, nuestro primer comandante de la USAFE, la gran hazaña que ha llevado a cabo, y llame a los muchachos para que vengan a celebrarlo.

El general se levantó, anduvo unos pasos, hizo una mueca de dolor, abrió la boca… y tropezó.

—Beaver… —llamó con voz entrecortada—, una píldora del cajón superior…, agua…

Beaver acudió prestamente. El general permitió que le condujesen al sofá.

—Salga…, no deje entrar a nadie…, ni diga… nada…

Clint entró en la oficina del general antes de que Beaver pudiera oponerse.

—El general no quiere que…

—Salga, Beaver…, no deje entrar a nadie… Dese prisa, caramba. Esto lo he visto otras veces.

Y sacó a Beaver, casi empujándole hacia la puerta, cerró y cogió el teléfono.

—Deje eso.

—Esta vez no, general.

—Está usted de suerte —dijo el médico del Cuerpo de Aviación. —Esa bomba estaba a punto de estallar. La llamada de Loveless ha sido providencial.

—Le daré un puntapié en el trasero.

—De ningún modo. Le dará las gracias por haber tenido el buen sentido de hacer lo que hubiera debido hacer usted. Le ha salvado la vida, general.

—Bien…, dígale al muy granuja que entre.

—Todos hemos tenido una larga jornada. Mañana habrá tiempo de sobra.

—He dicho que le quiero aquí.

El médico sopesó las alternativas. Una negativa podía causarle una contrariedad más peligrosa que una corta visita de su lugarteniente.

Clint se acercó una silla a la cama.

—Hoy les hemos derrotado de verdad, general.

—¿Sabe por qué soy tan listo, Clint? Porque tengo la lucidez bastante como para poner bajo mi mando a personas como usted.

—Ahora sí creo que está enfermo de veras, general.

—Clint, todavía no hace un año que almorzamos juntos en Nueva York. Esta patria nuestra puede hacer todo lo que quiera. ¿Sabe por qué? Porque hay bastantes hombres como usted, con un sentido de los valores que les induce a socorrer a una pequeña compañía minera de Utah. Aquella hermosa mujercita que tiene usted me lo explicó y me dijo… cuán orgullosa estaba de ser la esposa de un americano.

—Por amor de Dios…, no siga.

—Doce mil novecientas toneladas… Ojalá Scott y los otros muchachos siguieran viviendo…, pero se fueron antes de terminar la operación, se fueron antes que nosotros…, como los viejos «Gooney Birds»… Y entretanto Buff Morgan andará por ahí recogiendo medallas que hemos conquistado los demás. Cuando esté usted en Utah… baje hasta Malibu, y podremos salir un rato a pescar.

Clint advirtió la significativa mirada del médico. El general también la vio.

—Tengo el deber de darle las gracias por haberme salvado la vida —dijo en tono

fatigado. —Gracias.

CAPÍTULO XLI

—¡BERLINESES! ¡El bloqueo ha terminado!

En la medianoche del 11 de junio, cerca de un año después del comienzo del bloqueo soviético, el primer convoy de camiones rodó hacia la autopista, cruzó la zona soviética y dejó atrás el puesto de control de Helmstedt.

Habiendo pasado años sin poder celebrar una fiesta importante, los sectores occidentales estallaron en la noche más desenfrenada que la ciudad hubiera visto nunca. Grandes turbas, animadas de un entusiasmo delirante, se apiñaban delante de los cuarteles generales americano e inglés. Delante de las tenencias de alcaldía de los barrios, gritaban acompasadamente, a la luz de las antorchas, reclamando a sus jefes.

Los soldados del Oeste que se encontraban por las calles se veían rodeados por numerosos grupos de personas; las mujeres los besaban, los mimaban; los hombres, generalmente tan poco emotivos, los abrazaban llorando.

Los primeros camiones del convoy llegaron a Berlín en plena noche y quedaron enterrados bajo un diluvio de flores.

Al otro lado de la Puerta de Brandenburgo, en los barrios soviéticos de Köpenick, Treptow, Lichtenberg, Friedrichshain, Prenzlauer Berg, Weinzensee, Pankow y Mitte las calles estaban vacías. Allí, reinaba la negrura y el silencio, agorero anuncio de la vida que les esperaba.

Igor Karlovy oyó una llamada a la puerta. Una escuadra de agentes de la NKVD le ordenó que llenase una sola maleta, inmediatamente.

Sean se hallaba solo en Reinickendorf. Desde allá abajo llegaban hasta él los cantos y los vítores y veía las antorchas.

El final del bloqueo había sido para él una victoria agridulce. No podía seguir guardando el secreto encerrado en su pecho. Ernestine llegó con el vestido arrugado y reventando de gozo, pero en cuanto vio a Sean se entristeció.

Sean se sumergía una vez más en aquel humor negro. Ernestine había tenido mucha paciencia. Al principio pareció que lograrían vencer las diferencias y salir adelante. Ambos estaban muy enamorados y ponían todo su empeño. Durante un tiempo, la muchacha llegó a pensar que habían superado la crisis.

Pero luego sucedió algo que Sean guardaba encerrado en su interior. En un momento dado se abrazaba a ella desesperadamente… y luego se alejaba fuera de su alcance.

Sean encajó muy mal el golpe, cuando Blessing y su familia regresaron a los Estados Unidos a reanudar la vida civil. En lo sucesivo, sus ratos de abstracción se hicieron más frecuentes.

A veces la situación se hacía insoportable. Ernestine llegaba casi hasta provocar una escena definitiva. Pero, en el último instante, el miedo a perderle le cerraba los labios. Mientras Berlín se abandonaba a la alegría, Sean se alejaba de nuevo.

Aquella noche Sean volvió a flotar por el mundo extraño de las pesadillas. Ernestine permanecía despierta viéndole hundirse más y más, sin que nadie pudiera darle la mano. La alegría que flotaba en las calles era una extraña música de fondo para sus atormentados sueños.

—*Ja! Ja*! Berlín *bleibt*! [24].

—*Wunderbar! Alles ist Wunderbar*! [25].

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —canturreaban. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Sean se veía a sí mismo, erguido de rabia delante de Dante Arosa. ¡Una mujer alemana! ¿Cómo has podido gozar del amor, con una mujer alemana? Ahora él se arrastraba a los pies de Dante y éste le daba puntapiés en las costillas… ¡Una mujer alemana!, se mofaba Arosa… Te dejo elegir entre darte de baja del Ejército o ingresar en las SS.

Maurice Duquesne se reía estrepitosamente. ¡Americano ingenuo! Debes revolcarte en el sudor de tu enemigo.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Ernestine probó a tocarle, viéndole sudado y contraído a causa del sufrimiento que le causaba el sueño.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!, batía mi tambor improvisado, hecho con una cacerola.

¡Antorchas! Hileras de gente serpenteando por las calles…, hileras que se dirigían hacia el campo de concentración de Schwabenwald entonando cantos fúnebres. ¡Eh, mirad el campo de concentración! ¡Yo soy O’Sullivan! ¡Yo soy la ley! ¡Mirad, alemanes cochinos, mirad!

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

La trompa del cazador resuena en el monte…
Kathleen Mavourneen, el alba gris hiende las nubes…

Lo siento, Liam…, lo siento, Tim…, me duele, padre… Escuchen esa otra voz…, ésa es Ernestine…, debo irme con ella. ¡Ernestine! ¿Dónde estás? ¡Les he dicho que tenía que ir contigo! ¡Les he dicho lo de tu padre! No…, no se lo he dicho.

«Deutschland, Deutschland Über Alles,
Über Alles in der Welt!
Deutschland, Deutschland Über Alles…»[26]

—¡Prohibida! —gritó Sean, saliendo de su sueño. —¡Esta canción está prohibida!

Las voces se desvanecían calle abajo…, se apagaban…, se apagaban.

«Deutsche Frauen, Deutsche Treue,

Deutsche Wein und Deutsche Sang!»[27].

Sean anduvo con paso inseguro hasta la ventana y vio cómo las antorchas doblaban la esquina. Ernestine era una sombra en la cama.

—No podemos continuar así —dijo ella.

Sean se derrumbó en una silla y aguardó que se le calmase la respiración, que el corazón dejase de galopar.

Del pasillo del descansillo de abajo subían las carcajadas alborotadas de una mujer a la que un borracho excesivamente pundonoroso estaba abrazando.

—¿Qué pasó en Nochevieja, Sean?

Durante un momento, lo único que la muchacha pudo escuchar fue la respiración, profundamente alterada, de su amado.

—Tu padre es un criminal nazi. Yo he escondido los informes.

—¡Oh, Dios mío!

Ernestine apareció de pie junto a Sean, conocedora ya de la causa de su tormento.

—Yo tengo tanta culpa como tú. Vivía con él, y cerraba los ojos y los oídos.

—Erna… ¿Qué haremos, Erna?

Ernestine se quedó ensimismada, como lo había estado él durante meses. Por fin murmuró:

—Tu vida y el trabajo de mi tío valen demasiado para malgastarlos por un nazi. Te presentarás al general Hansen y se lo explicarás.

—No…, no puedo…

—Harás lo que debes.

—¡No quiero renunciar a ti! Nosotros no somos los autores de…

—Alemanes —murmuró ella de un modo casi incoherente—, purgad los pecados de vuestros padres.

—¡Cállate!

Ernestine se puso a reír, derramando lágrimas amargas.

—Haremos una excepción con la queridita alemana del coronel O’Sullivan. Oh, Dios mío…, estuvimos locos desde el primer momento.

—Escúchame, Erna…, venceremos esta crisis.

—Y tú te pasarás la vida oyéndome llorar en sueños, con mi padre en la cárcel y mi madre marchitándose de pena. ¿Y qué hará mi hermana, que sufre más de lo que se puede sufrir ante el recuerdo de aquel aviador que murió, y mi tío, que lucha por restaurar nuestra dignidad?

—¡Al diablo con ellos!

—Oh, Sean mío, te amo demasiado. No permitiré que te conviertas en el instrumento de tu propia destrucción. No dejaré que deshonres tu uniforme…

«Deutschland, Deutschland Über Alles…
Über Alles in der Welt…».

—¡Ernestine! ¡Ernestine!

—Soy alemana.

—¡Ernestine!

—Los alemanes somos un pueblo supersticioso. Nos guían unos hados a los que no podemos gobernar.

—¡Erna! Te juro que encontraremos fuerzas suficientes.

—¡Liam! ¡Tim! Estos nombres que gritas en sueños. ¡Sean! Dame la bendición de tus hermanos.

Sean cayó de rodillas y escondió la cabeza en el regazo de Ernestine.

—¡Oh, Dios mío —gritó ella con angustia—, tanto como nos habíamos esforzado!

CAPÍTULO XLII

SEAN se acercó lentamente a la mesa del general Hansen y dejó sobre ella el legajo de Bruno Falkenstein. El general dirigió una mirada al pliego de papel y lo apartó a un lado.

—Me alegro de que tomases la decisión de traer esto —dijo.

—Señor…, soy culpable.

—Sean, estos papeles se entretuvieron mucho tiempo en tu mesa de trabajo. No ha pasado otra cosa.

—Sí la hay, después de cómo obré yo con un hombre que había cometido el mismo delito.

—El caso es distinto. Tú te negarás a reconocerlo ahora, a causa del castigo que te infliges. Me gustaría saber cómo ha reaccionado Ernestine Falkenstein.

—Hemos roto.

Hansen se dio cuenta de que la decisión de la muchacha la había dictado el amor que tenía a Sean, que se proponía darle oportunidad para forjarse una existencia más o menos normal.

—Lo lamento, Sean.

—Llevamos en el alma heridas demasiado profundas. Yo no puedo hacer la paz con los alemanes, Erna y yo… probábamos a engañarnos a nosotros mismos. No se podrá establecer una verdadera paz hasta que nosotros desaparezcamos y la nueva generación de americanos y alemanes la funden.

—Me temo que tienes razón, Sean.

—General, le ruego que me ayude a salir de Alemania.

Una pausa para reflexionar, por Nelson Goodfellow Bradbury.

El Berlín occidental vive el delirio de la victoria. El mundo occidental ha ganado su primera y única batalla de la guerra fría.

En el espacio de un año, un cuarto de millón de vuelos ha llevado a Berlín dos millones y medio de toneladas de mercancías, salvando medio millón de millas.

La hazaña nos ha costado doscientos cincuenta millones de dólares y setenta vidas. Por lo que suelen costar las batallas, el precio es barato. Hemos adquirido conocimientos técnicos innumerables, y esta victoria ha sacado a la superficie las virtudes más acrisoladas del coraje y el ingenio americanos.

Hemos renovado nuestros lazos con el aliado inglés y hemos encontrado un aliado nuevo. En esta primera prueba, los berlineses han sido hierro puro.

Pero aquellos de los nuestros que crean que hemos conseguido una victoria definitiva son tontos. La Unión Soviética ha visto detenido su impulso por la «Doctrina Truman», el Plan Marshall, la NATO y el *Airlift*. El Kremlin ha hecho, meramente, una pausa para reflexionar.

El acuerdo poniendo fin al bloqueo de Berlín, como todos los acuerdos que suscriben los soviets, les es útil a ellos, por ahora. Los rusos no han cambiado ni una coma de su promesa de devorar al género humano mediante el comunismo.
La Unión Soviética recobrará sus rumbos y volverá a tantear en busca de victorias baratas. El Oeste será sometido a prueba una y otra vez.
Al final, la Unión Soviética ha de retornar siempre a Berlín escenario de su derrota. Mientras el Oeste permanezca en la ciudad, la Unión Soviética no puede consolidar sus colonias a puerta cerrada y se encuentra en el caso de tener que vivir exhibiendo su estilo de vida.
Vemos ya la existencia mísera que aguarda a la zona rusa de Alemania, en contraste, actualmente, con el vigoroso resurgir de la Alemania occidental. El Kremlin no puede resignarse a que su política continúe a la vista del mundo y ha de intentar una y mil veces expulsarnos de Berlín. Se ha ganado una batalla. La guerra sigue.
Al terminarse la Segunda Guerra Mundial, los rusos, encerrados durante siglos, salieron súbitamente de su concha y se derramaron fuera de sus fronteras.
Opino que les costará mucho tiempo aprender a convivir con el resto del mundo y enterarse de que la raza humana no desea ser moldeada a imagen y semejanza de ellos.
La firme voluntad americana debe conseguir que las victorias rusas se produzcan con mayor dificultad. Entonces ellos volverán la vista a su propia casa, remediarán sus propios males y decidirán sumarse a la gran familia humana y permitir que el mundo viva en paz. Hasta que la Unión Soviética aprenda esto, nos aguardan muchos años duros.
¿Qué decir de los alemanes?
A la generación actual le gustaría olvidar la era nazi. Mala suerte. Los alemanes se han bañado en la sangre de treinta millones de muertos. Imposible limpiarse.
¿Y el alemán que jura que no fue nazi?
Antes de dictar sentencia contra los alemanes, permítaseme decir que jamás encontré a un americano que manifestase un remordimiento personal por el hecho de que nosotros destruimos un pueblo entero y su civilización con una indiferencia brutal, para conquistar el Continente Norteamericano. Y muy pocos expresan remordimientos, como tales americanos, por haber arrojado bombas atómicas sobre poblaciones civiles indefensas.
Menor es todavía el número de los que aceptan una responsabilidad personal por el hecho de que en nuestro país viven veinte millones de personas como ciudadanos de segunda clase. Si bien nos es muy cómodo ver las faltas de los alemanes y los rusos, seguimos el recurso fácil de no ver las nuestras.
Los alemanes nos dicen que todos los hombres son inhumanos. Cierto. A pesar de todo, cuando se escriba un libro definitivo sobre la inhumanidad del hombre,

el capítulo más negro irá dedicado al pueblo alemán de la era nazi.
¿Qué decir de la generación alemana venidera? ¿Se la ha de hacer responsable de los pecados de sus padres? ¿Puede un muchacho alemán ser más inocente que el muchacho polaco que habrá de vivir con las cicatrices causadas por los alemanes?
Los hombres somos la suma total de nuestro pasado. La era nazi es un sumando de la suma que formará la herencia de las generaciones alemanas todavía no nacidas. Sí, serán responsables.
El camino de la redención exige enfrentarse con la verdad del pasado. Sólo una experiencia democrática lograda traerá a este pueblo por el buen camino.
El ciudadano alemán que ha de seguir la tradición de permitirse ignorar la política, evitará el cargar su «hado» sobre el «padre» que le llena las alforjas.
La política alemana ha de perseguir algo más que una hogaza de pan y la maniobra más favorable para sobrevivir. Escuchamos ya algunas quejas por el gasto que acarrea el salvar a Berlín. No obstante, hemos de ser hábiles y pacientes y confiar que, viviendo con americanos, se les inculcará algo de nuestra manera de ser.
Si la redención del pueblo alemán se convierte un día en una realidad, veremos que esta redención empezó en Berlín.
Los berlineses se vanaglorian de que son diferentes. Lo mismo ocurre con los habitantes de Hamburgo, Munich y San Francisco. ¿Qué berlineses son diferentes? ¿Los de los sectores occidentales, o los del sector soviético?
Contemplamos demasiados signos amedrentadores de renacimiento de un espíritu nazi al otro lado de la Puerta de Brandenburgo. La única diferencia está en el color de la bandera y en que el martillo y la hoz sustituyen a la esvástica. Todo lo demás es igual. Son, en realidad, un pueblo débil que tiene que apoyarse en otra persona.
Algunos dirigentes berlineses les dirán a ustedes que Berlín ha sido siempre la piedra del hogar del pensamiento demócrata alemán. Y que posee una larga tradición de obrerismo y liberalismo. Esto es cierto.
También es cierto que fue la piedra del hogar del militarismo prusiano y del Estado Mayor alemán que condujo al mundo a una calamidad tan grande.
Otros berlineses les dirán que ellos nunca fueron nazis. Yo he visto las legiones de Hitler marcando el paso de ganso por la Puerta de Brandenburgo ante unas turbas fanáticas de berlineses que se desgañifaban gritando: «*Sieg heil*!».
Concediendo a los berlineses el beneficio de la duda sobre si eran parcialmente nazis, yo pregunto: ¿Hasta qué punto continúa existiendo un poquitín de espíritu nazi?
Los berlineses dirán que como vivieron la tiranía anteriormente, cuando volvieron a verla la reconocieron inmediatamente. Y le cerraron el paso. He ahí una base sólida de partida. Ni siquiera las personas que sienten por Alemania

un odio más inconmovible y quizá aleguen que Berlín resistió por el terror que les inspiraban los rusos, pueden contestar el por qué los berlineses decidieron resistir incluso cuando creían que el Oeste abandonaría la ciudad.

En resumen: el pueblo de Berlín ha conquistado una victoria para la democracia. Esta victoria no le exonera, ni paga su deuda por la participación que tuvo en la Alemania de Hitler.

Berlín fue la capital nazi. Nada puede cambiar esta realidad.

Desde el final de la guerra, el Berlín oeste ha hecho más por la libertad del género humano que ningún otro pueblo del mundo. Nada puede cambiar esta realidad, tampoco.

Cuando pregunté a un sesudo general americano: «¿Cambiará el pueblo alemán?», me contestó con la sabiduría de los grandes hombres. Me dijo: «Vuelva usted dentro de veinticinco años y le contestaré».

CAPÍTULO XLIII

—ERNESTINE.

—Diga, tío.

—¿No puedes comer algo, por poco que sea, niña?

—No tengo hambre, tío.

—Has pasado un día tras otro sentada aquí, casi sin comer ni dormir. Vas a coger una enfermedad grave.

—No se inquiete por mí, se lo ruego.

—Yo tengo que irme para aparecer en público con el general Hansen. ¿No quieres acompañarnos?

—Estoy cansada, tío. Deseo quedarme.

—Erna…, Hilde regresa hoy a Berlín. Viene de Francfort, en avión. Esta noche estará con nosotros.

—¿Hilde?

—Hilde, tu hermana, estará aquí esta noche.

—¡Qué hermoso será verla!

—Oigo el timbre. Debe ser el ayudante del general Hansen.

—Tío…, ¿por qué no me llama por teléfono Sean?

—Debes olvidarle. Hoy se irá lejos de aquí.

—¿Cómo no ha llamado para decirme adiós?

—Erna…, ha telefoneado muchas veces, pero tú no quisiste hablar con él.

—Ah, sí…, sí…, ahora lo recuerdo.

—El ayudante del general está aquí. Debo marcharme. ¿Abro la cortina para que entre un poco de luz?

—No, estoy mejor así.

—¿Cómo está la muchacha? —preguntó el general Hansen, en el coche.

—Sufre horriblemente. Como hoy regresa su hermana, daré gracias a Dios cuando haya pasado este día. Ernestine necesitará mucho tiempo para sobreponerse.

—Señor Falkenstein…, le ruego que sepa, señor, que el muchacho es para mí como un hijo. Y se esforzó hasta más allá de los límites humanos. Se lo juro…, hizo cuanto pudo.

—No es él quien me preocupa.

Los dos viejos luchadores partieron al encuentro del público que les aclamaría. Juntos habían sobrevivido a través de penalidades de infierno y ahora les unía una profunda admiración recíproca. Ulrich Falkenstein entregó al general la copia de una ley aprobada por la Asamblea de Berlín, concediendo estudios gratuitos en la

Universidad Libre a todos los hijos, varones y hembras, de los americanos que hubiesen muerto en el Puente Aéreo.

La presencia del comandante americano, general Neal Hazzard, arrancó una ovación frenética de la muchedumbre reunida delante de Tempelhof. Su coche quedó atascado entre la gente. Neal estaba cansado de tantas bebidas y festejos en los bares alemanes de los sectores occidentales. Mientras se abría paso, la gente le acercaba niños a la cara para que los besase. Las mujeres le cogían la mano y la besaban. Podía decirse que en todo el transcurso de la historia ningún gobernador de ocupación había sido tenido en tanta estima por aquéllos a quienes había vencido.

Por fin pudo entrar en el edificio principal y encontrar la oficina donde el coronel Sean O'Sullivan esperaba el momento de partir. Sean, su poderoso amigo en las innumerables batallas de nervios que libraron juntos, era una sombra de sí mismo.

—Sean, ¿no le pasará nada?

—¿Por qué no ha querido decirme adiós Ernestine…? ¿Por qué…? ¿Por qué…?

Hiram Stonebraker había enviado su «Gooney Bird» particular para llevar a Sean a Francfort. Un ayudante dijo que el aeroplano estaba a punto.

—¿Resistirá el viaje? —preguntó Neal.

Sean movió la cabeza afirmativamente.

Delante del edificio, en la plaza, los festejos llegaban a una nueva cumbre de entusiasmo. Desde allí oían una banda militar tocando «Stars and Stripes Forever» y hasta ellos llegaban los gritos embravecidos y las ovaciones de los berlineses.

Neal Hazzard caminaba despacio, sosteniendo a Sean. Ambos subieron al «Gooney Bird». Neal hizo un ademán a la tripulación, indicando que se apartasen.

—El coronel está enfermo. No se acerquen a él y déjenle descansar. —Y dirigiéndose a su amigo—: Adiós, Sean. Que Dios le bendiga.

—Hasta la vista, Neal —murmuró Sean.

Un estruendo ensordecedor se levantó de nuevo de la multitud que llenaba todo el espacio de la plaza, delante de Tempelhof.

El alcalde Ulrich Falkenstein había llegado, acompañado del general Andrew Jackson Hansen.

Neal Hazzard se abrió paso a través de la multitud enfervorizada, para reunirse con ellos cerca del estrado del locutor. Al verle subir los peldaños, el entusiasmo histérico de los berlineses estalló otra vez. Los tres hombres subieron juntos, saludando con la mano a las muchedumbres.

—¡Falkenstein! ¡Hansen! ¡Hazzard! —gritaban al unísono cien mil gargantas. ¡Falkenstein! ¡Hansen! ¡Hazzard!

Durante un segundo patético, aterrador, los tres hombres se detuvieron, mirando al cielo, mientras la torre de Tempelhof daba salida al «Gooney Bird» que se llevaba

a Sean O'Sullivan.

El «Gooney Bird» pasó por encima del piso de Ulrich Falkenstein.

Ernestine lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Después cerró la cortina, se fue a la cocina pausadamente, cerró la puerta y la ventana y corrió la cortina. Acercóse al hornillo, y se inclinó sobre él un segundo, mirando con ojos transfigurados las espitas del gas. En seguida extendió la mano y las abrió. Las espitas silbaban. Ernestine se sentó en una silla mientras el olor inundaba su olfato. Ella lo sorbía con delicia. Pronto sintió una pesadez en los párpados y empezó a dormitar.

Sentadas las dos en un banco de madera de la parte de Rhin-Main reservada a los paisanos, Judy Loveless tenía las manos de Hilde entre las suyas. Clint estaba de pie, delante, con las manos en los bolsillos. Tony imitaba a su padre. Lynn se había sentado en el regazo de Hilde y sollozaba.

—Hilde —decía Judy—, el ofrecimiento de que venga a vivir con nosotros continúa siempre en firme. Ya sabe que lo decimos de veras.

Hilde sonrió.

—Mi padre me necesita. Me ha pedido que viniera. Será una prueba terrible. Y la tonta de mi hermana ha perdido el corazón, con lo mucho que yo le advertí que no lo entregase.

—¿Y usted, Hilde? ¿Cómo está su corazón? ¿Llegará a sobreponerse de lo de Scott?

—Somos dos hermanas tontas.

—Debe escribirnos.

—Se lo prometo, *mistress* Loveless. Coronel, me alegro de que regresen a su hogar.

—Bah —contestó Clint—, Utah no es exactamente nuestro hogar.

—Usted y *mistress* Loveless tendrán un hogar…, porque están siempre unidos.

En el momento en que la vida abandonaba el cuerpo de Ernestine, su tío estaba de pie ante el pueblo de Berlín.

—Berlineses —decía con una voz que retumbaba sobre la multitud—, nosotros no podemos expresar nuestra gratitud con el mero hecho de bautizar este espacio con el nombre de plaza del *Airlift*. No podemos decir lo que tenemos en nuestros corazones. Nuestro agradecimiento a los aviadores americanos e ingleses que nos han dado nuestra libertad lo expresaremos consiguiendo que esta ciudad siga siendo una fortaleza. Yo os ruego ahora que guardéis todos un silencio reverente en honor a los que dieron sus vidas por Berlín.

El «Gooney Bird» aterrizó en Rhin-Main. Los que esperaban al coronel O'Sullivan le acompañaron al sector civil del campo, donde un avión del MATS le trasladaría a los Estados Unidos.

En aquel momento el altavoz ordenaba a los ciudadanos alemanes que subieran a un avión de la «Pan-Am» que les transportaría a Berlín.

Alrededor de Hilde tenía lugar una escena de lágrimas y abrazos. Cuando, al final, le dijeron que no podía demorarse más, la joven se alejó unos pasos corriendo y envió un beso a la familia Loveless.

Después de atravesar la puerta, se encontró en el campo. Con la prisa, no vio al coronel del Ejército americano que venía en su dirección. Chocaron. Los paquetes que los brazos de Hilde sostenían rodaron al suelo. El coronel y la muchacha se arrodillaron instintivamente a recogerlos.

—Le pido, perdón, *fraulein* —dijo Sean.

—Soy una torpe; la culpa la tengo yo —respondió Hilde.

Sean le colocó los paquetes en los brazos. Después se llevó los dedos al gorro, en un saludo militar.

—*Aufwiedersehen, fraulein* —dijo.

—*Auf wieder sehen* —respondió ella.

Y cada uno siguió su camino.

ADVERTENCIA

ESTA novela se refiere a la Historia reciente. Existe la posibilidad de que personas que todavía viven puedan verse a sí mismas —o puedan verlas, equivocadamente, el público lector— retratadas en estas páginas a causa de la analogía de empleo, mando o posición política. Algunos de los protagonistas de esta obra ocupan puestos similares a los que tuvieron personas reales, tales como los generales Clay, Tunner y Howley, el alcalde de Berlín y otros. En particular, el doctor Otto Ostrowski sirvió al pueblo de Berlín honorable y destacadamente, y no se le debe confundir con el personaje, completamente imaginario, de Hollweg. Todos los tipos de esta novela son ficticios, creados única y exclusivamente por la imaginación del autor.



LEON URIS, (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero no obtuvo ningún título superior.

Participó como marine en la Segunda Guerra Mundial. Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine al cine en 1960 protagonizada por Paul Newman, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su novelística son *Mila 18* (1961), *Armageddon* (1963), *Topaz* (1967) en la que se basó Alfred Hitchcock para realizar la película homónima, *QB VII* (1970) y *Redención* (1995).

Notas

[1] «Yo soy un berlinés». En alemán en el original. (*N. del T.*) <<

[2] Oscurecimiento en ocasión de una alarma aérea. (*N. del T.*) <<

[3] Católica. (*N. del T.*) <<

[4] Alemanes, despectivo. (En alemán, «*kraut*» significa «col»). (*N. del T.*) <<

[5] Sí, en alemán. (*N. del T.*) <<

[6] El cielo está oscuro. Tiene que irse a su casa. <<

[7] ¿Habla usted inglés? <<

[8] No, nada. (*N. del T.*) <<

[9] Shwabenwald era una cosa mala, ¿no es cierto? (*N. del T.*) <<

[10] Madre (*N. del T.*) <<



[11] La más hermosa avenida de Berlín, como recordará el lector, se llamaba Unter den Linden, lo cual, traducido al español, significa «Bajo los Tilos». (*N. del T.*) <<

[12] Ama de casa. (*N. del T.*) <<

[13] Ayuntamiento, o brazo ejecutivo de la Asamblea. (*N. del T.*) <<

[14] Populares almacenes norteamericanos. <<

[15] Rebanaditas de pan de maíz fritas con mucha grasa. (*Nota del Traductor*). <<

[16] «Pájaros bobos». (*Nota del Traductor*). <<

[17] En alemán en el original. Dice:

«Tú no puedes ser fiel…

No, no, eso no puedes serlo,

Aun cuando tu boca

Me prometa sincero amor.

En tu corazón

Tienes tu sitio para muchas,

Por lo cual, tú tampoco eres

Para mí el tesoro (o amor) adecuado». (*N. del T.*) <<

[18] Señor coronel. (*N. del T.*) <<

[19] Te amo. (*N. del T.*) <<

[20] Hasta la vista. (*N. del T.*) <<

[21] ¿Sí, o no? (*N. del T.*) <<

[22] Transporte por mar. Palabra formada como réplica a la de AirLift. (*N. del T.*) <<

[23] Felices Navidades, padre. (*N. del T.*) <<

[24] ¡Sí! ¡Sí! ¡Berlín perdura! <<

[25] ¡Maravilloso! ¡Todo es maravilloso! (*N. del T.*) <<

[26] «¡Alemania, Alemania sobre todo,

sobre todo lo del mundo!

Alemania, Alemania sobre todo.»<<

[27] «¡Mujer alemana, lealtad alemana,

Vino alemán y canción alemana!». (*N. del T.*) <<